BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 174

ZÓSIMO

NUEVA HISTORIA

INTRODUCCIÓN TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ M.ª CANDAU MORÓN



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ A. OCHOA ANADÓN.

Depósito Legal: M. 38051-1992.

ISBN 84-249-1605-0.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6515.

INTRODUCCIÓN

Vida de Zósimo

La noticia consagrada a Zósimo en la *Biblioteca* de Focio (códice 98) contiene sólo dos datos biográficos: era cómite y antiguo abogado del fisco y profesaba la religión pagana. Ambos datos, los únicos directos, esto es, no deducidos acerca de la vida de Zósimo, aparecen paradójicamente repetidos; el primero figura en el encabezamiento del manuscrito que ha transmitido la *Nueva Historia (Codex Vaticanus Graecus 156)*, el segundo se infiere fácilmente de una lectura, aunque sea superficial de la obra. La reconstrucción de la biografía de Zósimo debe proceder, pues, a partir de la información recabable de su composición, una información siempre indirecta y deducida, ya que el autor no habla nunca de sus circunstancias biográficas.

La fecha de redacción de la *Nueva Historia*, y por tanto la época en que vivió Zósimo, está firmemente enmarcada entre dos topes cronológicos. Una cita (en V 7, 1) de Olimpiodoro de Tebas, cuya obra histórica se extendía hasta el 425, suministra el término *post quem*, mientras que el *ante quem* viene dado por la mención de Zósimo en la *Historia Eclesiástica* (V 24) de Evagrio Escolástico,

terminada en el 592-594 [1]. El ámbito temporal que resulta de ello (424-592-4) puede estrecharse considerablemente sin salir de los márgenes que proporcionan conjeturas muy fiables. En el pasaje citado Evagrio habla de Zósimo como fuente del historiador Eustacio de Epifanía, quien había dejado inconclusa su obra de forma que ésta llegaba sólo hasta el 502 [2]. Según la preceptiva historiográfica bizantina, las composiciones históricas nunca debían tratar el reinado del emperador bajo el que aparecían; debe deducirse, pues, que si Eustacio trató el año 502, perteneciente al mandato de Atanasio I (491-518), su obra se publicó con posterioridad a dicho emperador, siendo el reinado de Justino I (518-527) el momento en que con más probabilidad cabe ubicar tal publicación: así la utilización de Zósimo por parte de Eustacio implica que la *Nueva Historia* circularía con anterioridad al 518-27. Por otra parte, cuando Zósimo trata, en II 38, de las innovaciones fiscales debidas a Constantino —el crisárguiro, la fijación del *munus* distribuido por los pretores al tomar posesión de su cargo y el *follis*—, la secuencia del texto parece indicar que todas estas imposiciones habían sido abolidas en el momento en que se compuso la *Nueva Historia*, lo cual data tal composición con posterioridad a mayo del 498, fecha de supresión del crisárguiro, la última de las tres cargas en ser abolida [3]; en apoyo de ello se ha hecho notar que para Zósimo habría sido peligroso hablar, como lo hace, en términos denigratorios de contribuciones vigentes en su propia época [4], y que además la supresión del crisárguiro fue suma-

[1] Cf. G. F. CHESNUT, *op. cit.*, págs. 21-26.

[2] EVAGRIO, III 37; MALALAS, pág. 399 [Bonn].

[3] E. STEIN, *op. cit.*, II, pág. 203.

[4] Véase F. PASCHOUD ed. cit., I, págs. XV-XVI.

mente celebrada por la publicística contemporánea, dándose el caso de que determinadas composiciones utilizan, al comentar este evento, vocablos y expresiones similares a las que aparecen en Zósimo [5]. El 498 y el 518-27 aparecen, por tanto, como términos entre los que, con un muy razonable grado de probabilidad, cabe situar la composición de la *Nueva Historia*. Si se acepta tal datación resultan comprensibles, finalmente, determinados rasgos de la obra a través de los cuales ésta reflejaría ciertas cuestiones particularmente vivas en su época [6]; así la estrambótica afirmación de I 6, 1, según la cual la introducción de la pantomima fue causa principal de la decadencia del Imperio Romano, se explicaría como reflejo de los desórdenes que en el año 500 se produjeron en Constantinopla con motivo de la *Brytae*, fiesta pagana que incluía danzas pantomímicas de origen cultual [7]; y la especial atención dispensada en la *Nueva Historia* a los isauros [8] constituiría un eco de la importancia que adquiere la cuestión isaura en la segunda mitad del siglo V.

Un segundo dato recabable de la obra es que Zósimo debió o ser originario de Constantinopla o haber residido en ella una parte de su vida, pues sólo así se explica la

[5] Léase especialmente PROCOPIO DE GAZA, *Panegyricus in imperatorem Anastasium* 13. Para un tratamiento más amplio de este punto consúltese F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. XVI-XVII.

[6] Argumento éste desarrollado por A. D. E. CAMERON, «The date...», cit. Véase también A. BALDINI, *op. cit.*, págs. 30-31.

[7] Cf. A. D. E. CAMERON «The date...», cit. págs. 108-10; léase también la crítica que a esta hipótesis de Cameron hace F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. 132-33.

[8] De ellos se habla en I 69-70 (donde se trata con detenimiento desproporcionado respecto al resto de la narración una rebelión protagonizada por bandas isauras), en V 20, 1-2 y en V 25, 1-4.

descripción de la ciudad contenida en II 30, 2-31, 3, descripción con toda probabilidad no retrotraíble a la fuente de ese pasaje, Eunapio [9]. Por lo demás, rasgos expresivos respecto a la personalidad pueden extraerse de su condición de cómite y antiguo abogado del fisco y de su acendrado paganismo.

Durante el Imperio tardío la profesión jurídica era entendida como un servicio público sometido a la tutela del Estado; todos los abogados debían inscribirse en la lista de un palacio de justicia determinado, lista sujeta a los límites de un *numerus clausus*. En principio el ejercicio de la abogacía no exigía ninguna preparación especial, pero los que se dedicaban a ella habían asistido usualmente a los cursos de retórica que representaban la forma habitual de educación superior [10]. Los abogados del fisco —a quienes competía la defensa ante los tribunales de los bienes del Estado y del emperador— se reclutaban entre los abogados en ejercicio según un procedimiento que implicaba el acceso al cargo sólo a edad bastante avanzada, pues el aspirante debía inscribir su nombre en un registro donde permanecía, progresando cada año un grado en el escalafón, hasta que se produjese una vacante [11]. En cuanto al título de cómite, la comitiva entendida como título honorífico, dispensado a quien ya ocupaba un cargo, se remonta

[9] Cf. L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, págs. XII-XIII; F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. XII.

[10] Debe advertirse que en época tardoimperial la formación retórica sufrió la competencia de otro tipo de instrucción abocada al estudio del derecho y la lengua latina: (cf. A. GARZYA, *op. cit.*, pág. 308; L. CRACCO RUGGINI «Sofisti...», cit., pág. 408.

[11] Sobre la profesión de abogado y la figura de abogado del fisco véase A. H. M. JONES, *op. cit.*, págs. 507-10. Sobre el abogado del fisco consúltese asimismo W. KUBITSCHEK, *op. cit.*

a Constantino, teniendo desde sus orígenes una amplia difusión; otorgado con carácter de recompensa tanto a senadores como a otros ciudadanos, se dividía en tres grados, los *comites primi, secundi et tertii ordinis*, sin que sepamos a cuál de ellos correspondió la comitiva que ostentaba Zósimo —teóricamente los *advocatī fisci* de las cortes de justicia superiores podían acceder a la comitiva del primer grado, título que por su asimilación a los grados más altos del orden senatorial gozaba de cierto prestigio [12]—.

De todo ello cabe deducir que Zósimo poseyó una formación retórica —punto este corroborado por los ecos de Heródoto, Tucídides, Eurípides, Jenofonte y Demóstenes que se hallan en la *Nueva Historia* [13]— y que llegó a desempeñar cargos de alguna importancia. Dicho desempeño choca con su militancia pagana, pues si bien hasta el reinado de Justino I los paganos gozaron, en la práctica, de un alto grado de tolerancia, la profesión abierta de paganismo no sería recomendable para un funcionario que ocupara un puesto de relieve —de hecho una disposición imperial del 468 vedaba a los partidarios de la antigua religión el ejercicio de la abogacía [14]— y máxime cuando se trataba de un paganismo virulento como el de Zósimo, que vinculaba la decadencia del imperio al abandono del culto tradicional. Es probable, por ello, que Zósimo cultivase sus creencias en secreto, y lo es más aún que la *Nueva*

[12] Sobre la comitiva así entendida véase A. H. M. JONES, *op. cit.*, págs. 526-28.

[13] Cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. LXXI. Para L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, pág. XIII, de la *Nueva Historia* se deduce que su autor había estudiado a Heródoto, Tucídides, Polibio, Juliano y la filosofía neoplatónica.

[14] *Cod. Iust.* II 6, 8: cf. L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, pág. VIII.

Historia fuese publicada sólo tras su muerte [15], posibilidad esta que cabe relacionar con el hecho de que la obra, según todos los indicios, no haya sido acabada.

Han habido varios intentos de relacionar al autor de la *Nueva Historia* con otros Zósimos de los que nos han llegado noticias por fuentes diversas: el Zósimo de Gaza o Ascalona del que habla la Suda, el mencionado por Cedreno, el presunto autor de una vida de Demóstenes o el discípulo de Procopio de Gaza [16]. Sin embargo, de todas las discusiones desarrolladas en torno a este punto pueden extraerse sólo suposiciones más o menos verosímiles, nunca afirmaciones definitivas [17].

Contenido de la «Nueva Historia»

Tras unos capítulos iniciales en los que el autor declara sus intenciones, expone los principios de su filosofía histórica y efectúa un recorrido a vuelo de pájaro sobre el período correspondiente a Grecia y a la Roma republicana (capítulos 1-5), la *Nueva Historia* entra en lo que constituye su tema propio: la historia de la Roma Imperial. Si inicialmente el relato apenas es algo más que una simple enumeración de los sucesivos emperadores, a partir de Septimio Severo (cap. 8) la narración comienza a ser más pausada. Una nueva ralentización se produce en los caps. 14-22, dedicados al período que va desde los Gordianos a Filipo el Árabe. Finalmente, al llegar al cap. 23 la exposición se hace aún más morosa, de suerte que a partir de este momento Zósimo constituye una fuente importante para la turbulenta y mal conocida historia de la segunda mitad del siglo III. Al final del cap. 71, que concluye el relato del reinado de Probo (muerto en el 282), el texto ofrece una laguna provocada por la desaparición del cuarto *quaternio* del *Vat. Graec.* 156, manuscrito del que depende toda la tradición de la *Nueva Historia*; la narración prosigue sólo en el 305, año de la abdicación de Diocleciano, tras una digresión sobre los Juegos Seculares situada ya en el libro II. La laguna en cuestión abarca, por tanto, el relato correspondiente a 23 años.

La digresión sobre los Juegos Seculares (caps. 1-7) constituye para nosotros el inicio del libro II, libro que se halla dividido en tres partes. La primera cuenta las luchas de Constantino hasta su instalación en el trono como soberano único (caps. 8-28); después de un capítulo que expone la conversión al cristianismo de este monarca, Zósimo entra en la segunda parte, donde trata, sometiéndolas a una malevolente crítica, las reformas administrativas y militares de Constantino (caps. 30-38); tras mencionar la muerte del monarca y narrar sumariamente los sucesos acaecidos desde ésta al 350 (caps. 39-41), la *Nueva Historia* se demora en el relato de la usurpación de Magnencio (caps. 42-54) y finaliza con un capítulo dedicado a la muerte del césar Galo.

El libro III se centra en Juliano, y sólo en tanto que se relaciona con él es mencionado Constancio. Después de

[15] L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, págs. VII-VIII; XIII.

[16] Estudio detallado de esta cuestión en F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. LXXI.

[17] El dato más sugestivo al respecto es el de que en los *Excerpta* constantinianos los pasajes corespondientes al autor de al *Nueva Historia* aparecen bajo el nombre de Zósimo de Ascalona. L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, pág. XI, sin embargo, parece tener razón cuando supone que ello es producto de una conjetura por parte de los *excerptores*, pues ni en el *Vat. Graec.* 156 aparece el nombre de la patria de Zósimo ni ésta era conocida por Focio.

narrar el ascenso de Juliano al cesarato (caps. 1-2), sus gestas en Galia (caps. 3-8) y su alzamieno contra Constancio e instalación en el trono (caps. 9-11), Zósimo inicia una detallada exposición de la expedición persa de Juliano: 23 caps. (del 12 al 34) se dedican a este episodio —cuya duración fue de unos cuatro meses (de principios de marzo a principios de julio del 363, cuando se firmó la paz con los persas)— y sus consecuencias. Los dos últimos caps. refieren la muerte de Joviano (en el 364) y la subsiguiente elección de Valentiniano.

La primera parte del libro IV (caps. 1-24) se dedica al reinado de Valentiniano y Valente, resultando favorecido este último, a cuya victoria sobre Procopio (caps. 4-8) y muerte en guerra contra los godos (caps. 20-24) se dedica especial atención. La segunda parte está dominada por Teodosio; las usurpaciones de Máximo (caps. 35-37 y 42-47) y Eugenio (caps. 52-58) así como las luchas y acuerdos con los godos son los asuntos que más detalladamente se tratan. La muerte de Teodosio concluye el libro.

Los sucesos comprendidos entre el 395 y el 409 constituyen la materia del libro V, cuyos primeros 25 capítulos están consagrados casi en exclusiva al Oriente; intrigas de la corte bizantina, rebelión de Gaínas y turbulencias producidas en Constantinopla alrededor de la figura de Juan Crisóstomo son los temas principles del relato. A partir del capítulo 26, el texto de la *Nueva Historia* sufre un brusco cambio: en primer lugar trata exclusivamente los asuntos del Oeste; en segundo lugar narra dichos asuntos sólo desde el 406-7, con lo que se silencian los sucesos correspondientes a diez años de historia occidental; finalmente varían los juicios del historiador sobre determinados personajes —en concreto Estilicón, hostilmente tratado en la parte anterior del relato, es mirado ahora con simpatía— y el estilo historiográfico mismo —se presta más atención, por ejemplo, a fechas y datos numéricos—. Esta última parte expone primero los sucesos que rodearon la muerte de Estilicón (caps. 26-35) y a continuación las guerras de Alarico en Italia hasta el otoño del 409 (caps. 36-51).

El libro VI comienza relatando, en una especie de salto cronológico hacia atrás, los orígenes de la usurpación de Constantino III (caps. 1-5). A continuación se reanuda la exposición de las guerras de Alarico en Italia. El libro finaliza súbitamente poco antes del saco de Roma por Alarico (24 de agosto del 410), tras sólo 13 capítulos.

Una descripción, aun sumaria como la presente, del contenido de la *Nueva Historia* pone en evidencia determinadas peculiaridades explicables únicamente cuando se considera la preceptiva historiográfica que sigue Zósimo, el debate ideológico en que se desenvuelve su obra y las circunstancias que rodearon el nacimiento de ésta. El contenido de la *Nueva Historia* es peculiar, primero, en tanto que limitado. Zósimo consagra su exposición ante todo a los asuntos políticos y militares; prácticamente sólo otros dos temas —reformas administrativas y oráculos o prodigios relacionados con el rumbo de los acontecimientos políticos— aparecen junto a éste, siendo además objeto de una atención mucho menor. Parcelas vitales para la época tratada —piénsese, por ejemplo, en las luchas religiosas— no encuentran cabida en la obra. Esta restricción temática es imputable a la tradición historiográfica en que se mueve Zósimo, la de la historiografía clasicista de la Antigüedad tardía; los presupuestos de dicha tradición imponían, en efecto, no sólo unos moldes formales (empleo de un estilo arcaizante que prohibía la aparición de términos y expresiones no presentes en la prosa de los modelos clásicos), sino también una limitación en el contenido por la que

únicamente determinadas parcelas de la realidad —aquellas que habían sido tratadas por los grandes maestros del pasado— se consideraban dignas de admisión en el relato del historiador. Zósimo, pues, se inscribe en una tradición historiográfica cuya preceptiva actúa como un filtro colocado entre la composición histórica y la realidad, de tal manera que el peso de la tradición es el primer factor que moldea el contenido de la *Nueva Historia* [18].

Una segunda peculiaridad se refiere al empleo, a lo largo de la *Nueva Historia*, de diferentes escalas narrativas. Conforme al procedimiento usual en los historiadores clásicos, Zósimo va ralentizando el relato a medida que avanza su composición, de suerte que la exposición se hace tanto más pormenorizada cuanto más se aproxima a la época del autor. Sin embargo, esta progresión se ve rota en el libro III, cuya escala narrativa es mucho más detallada —en una proporción de 10 a 4— que la empleada en los dos últimos libros [19]. Puesto que Juliano es una figura clave en la polémica política y religiosa desarrollada a finales del siglo IV y principios del V, la preeminencia otorgada a su figura por Zósimo delata cómo la *Nueva Historia* se instala en el seno de esta polémica. Por otra parte, dentro del libro III mismo la escala narrativa muestra considerables desigualdades: de los 29 capítulos durante los cuales Juliano domina la exposición, 11 encierran el período que va desde finales del 355 (Juliano proclamado césar) a marzo del 363 (inicio de la expedición persa), mientras que a la expedición persa, de una duración inferior a cuatro meses, se dedican 18 capítulos. Zósimo parece justificar esta anomalía cuando aduce (en III 2, 4) que las múltiples composiciones existentes acerca de la vida de Juliano le dispensan de extenderse en sus gestas. Tal justificación puede aclarar la brevedad con que se tratan los restantes capítulos de la biografía del Emperador, pero no explica la desproporcionada atención que se presta a la expedición persa, pues sabemos que precisamente ésta constituyó un suceso muy discutido y fue objeto, en consecuencia, de gran número de exposiciones [20]. Más bien debe pensarse que la desproporción comentada —una desproporción en la que Zósimo no está solo: sin ir más lejos Amiano dedica tres libros al mismo episodio— se debe a que la empresa en cuestión constituyó uno de los puntos más polémicos del reinado de Juliano: no sólo por la muerte en ella del Monarca —con su secuela de acusaciones paganas y refutaciones cristianas— sino también por el debate, abierto ya en vida de Juliano, en torno a su conveniencia y operatividad, un debate que además de enfrentar a paganos y cristianos promovió importantes divisiones en el seno del paganismo [21]. La preeminencia otorgada a oráculos y prodigios anunciadores del curso de los sucesos revela, por lo demás, el peso y la importancia que ostenta el elemento religioso dentro de la *Nueva Historia*.

El giro observable en el libro V señala otra importante característica de la *Nueva Historia*; la explicación usual acla-

[18] Sobre las limitaciones estilísticas y temáticas impuestas por la preceptiva de la tradición clasicista véase A. M. CAMERON, A. D. E. CAMERON, *op. cit.*, passim; A. M. CAMERON, *Procopius...*, cit., págs. 25-28; M. V. BIBIKOV, *op. cit.*, págs. 264-65.

[19] Sobre la presencia en la *Nueva Historia* de una escala narrativa progresivamente pormenorizada, pero rota en el libro III, véase L. BERARDO, *op. cit.*, especialmente pág. 474.

[20] Véanse los datos que proporciona J. ARCE, *Estudios...*, cit., pág. 80.

[21] Sobre la polémica desarrollada en torno a la expedición persa consúltese J. HAHN, *op. cit.*, pág. 226; D. CONDUCHÉ, *op. cit.*, págs. 376-79; L. CRACCO RUGGINI, «Simboli...», cit., págs. 77-89.

ra dicho giro como resultado de una variación en la fuente utilizada por Zósimo: si hasta V 26 (con la probable excepción de I 1-46) Eunapio de Sardes constituye la fuente básica de la *Nueva Historia*, a partir de ahora es Olimpiodoro de Tebas quien cumple tal papel. Olimpiodoro centraba su obra en los asuntos de Occidente; la comenzaba en el 406-7; poseía un estilo historiográfico propio, que incluía una mayor preocupación por las fechas y los datos numéricos; y mantenía unos puntos de vista singulares —y en todo caso diferentes de los de Eunapio— sobre la política occidental [22]. Tales peculiaridades quedarían reflejadas en el triple hiato (geográfico, cronológico e historiográfico) del libro V, que incorpora una serie de características propias del nuevo autor. Esta explicación, cuya exactitud no parece dudosa, implica que Zósimo cambia su estilo, su temática e incluso sus juicios cuando cambia de fuente; ello patentiza un rasgo que hay que tener en cuenta al valorar la *Nueva Historia*: la enorme, la incluso servil dependencia de Zósimo respecto a sus fuentes.

El abrupto final del libro VI constituye otro de los rasgos cuya elucidación aclara determinados aspectos de la *Nueva Historia*. Ésta finaliza en un punto temporal que no es el esperado, ya que en él no se produce ningún acontecimiento que complete o marque la meta de la narración anterior; ese final contradice, además, el proceder usual

[22] Una visión general de Olimpiodoro en R. C. BLOCKLEY, *The Fragmentary...*, cit., págs. 27-47. E. A. THOMPSON, «Olympiodorus...», cit., págs. 47-50 y B. BALDWIN, «Olympiodorus...», cit., págs. 226-30 discuten su estilo historiográfico. Acerca de las opiniones mantenidas por Olimpiodoro sobre la historia política occidental consúltese J. MATTHEWS, «Olympiodorus...», cit., págs. 90-95. Su obra comenzaba en el 408, pero hacía alusión a asuntos anteriores que explicaban la situación existente en aquel año, véase F. PASCHOUD, «Le début...», cit.

de los historiadores de la época, quienes acostumbran a prorrogar la composición hasta el predecesor de aquel monarca bajo cuyo reinado se publica la obra [23]; los múltiples errores, confusiones y oscuridades que ofrece el libro VI evidencian, por último, la ausencia de una redacción definitiva [24]. La conclusión lógica es que la *Nueva Historia* no ha sido acabada, lo cual parece apoyar la hipótesis de Mendelssohn referente a una publicación póstuma de la obra y a la clandestinidad que debió rodear su nacimiento.

Una última peculiaridad viene indicada por la atención que Zósimo dispensa a las reformas administrativas. Tales reformas pueden formar parte del repertorio de materias que maneja la historiografía clásica; pero raramente obtienen en ésta la preeminencia alcanzada en la *Nueva Historia*, una preeminencia a medir no sólo por el espacio físico que ocupa el tema dentro del texto, sino también por la operatividad del mismo en la estructura de la obra: de hecho las reformas administrativas constituyen una herramienta básica para devaluar el reinado de aquellos emperadores a los que Zósimo es hostil, pero cuya figura está rodeada de prestigio en la mayor parte de la tradición historiográfica (es el caso, especialmente, de Constantino I y Teodosio I). Evidentemente, ello conecta con el hecho de que Zósimo fuese abogado; de ninguna manera, sin embargo, puede reducirse a simple eco de una circunstancia biográfica individual. Como indica la compilación de los códigos de Teodosio II y Justiniano, durante los siglos V y VI el derecho y la cuestión jurídica en general adquieren gran importancia. La dimensión y difusión que cobran las cuestiones

[23] Cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. XIII-XIV; véanse asimismo las matizaciones que introduce V. M. DUVAL, *op. cit.*, pág. 172.

[24] Cf. L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, pág. VII.

legales parece quedar reflejada en un aspecto concreto de la producción historiográfica contemporánea: gran parte de los historiadores activos durante ambos siglos fueron juristas o, al menos, tuvieron una formación jurídica [25]. Zósimo es, por tanto, sólo uno más entre los historiadores que en dicho período ejercieron la profesión de abogado o se relacionaron íntimamente con ella. Vistas las cosas a la luz de este dato, el relieve que adquieren los asuntos administrativos en la *Nueva Historia* puede intepretarse como efecto de la presencia viva y pujante de un tema candente en la época durante la cual fue compuesta la obra.

Fuentes de la «Nueva Historia»

Punto de partida para el estudio de las fuentes de Zósimo es la afirmación que hace Focio en su noticia sobre el historiador:

> Se diría que éste [Zósimo] no ha escrito una historia, sino transcrito la de Eunapio, difiriendo sólo en la brevedad y en que no denigra, como hace aquél, a Estilicón [26].

[25] Las fuentes otorgan a Sócrates (cf. G. F. CHESNUT, *op. cit.*, pág. 176), Sozomeno (G. F. CHESNUT, *ibid.*, pág. 200), Agatias (K. KRUMBACHER, *op. cit.*, pág. 240), Juan de Epifanía (K. KRUMBACHER, *ibid.*, pág. 245) y Evagrio (G. F. CHESNUT, *ibid.*, pág. 215) el título de abogado (*scholasticós*); formación jurídica, o al menos amplio conocimiento de las leyes, puede suponerse también para Procopio (B. RUBIN, *op. cit.*, cols. 304-5), Pedro Patricio (K. KRUMBACHER, *ibid.*, pág. 237) y Menandro (K. KRUMBACHER, *ibid.*, pág. 243). Acerca del ambiente cultural que parece haber rodeado la publicación del *Código Teodosiano* véase J. HARRIES, *op. cit.*, págs. 50-51.

[26] FOCIO *cod.* 98. Véase el estudio que de este pasaje de Focio hace J. A. OCHOA, *op. cit.*, págs. 13-18.

La afirmación de Focio debe corregirse, de entrada, en dos puntos: dado que la *Historia* de Eunapio comenzaba en el 270 y concluía en el 404, esta obra no puede estar ni tras la exposición de la *Nueva Historia* anterior a I 47, pues sólo aquí se alcanza el 270, ni tras la posterior a V 25, cuando se rebasa el 404. Respecto a lo segundo, ya se ha visto cuál es la solución unánimemente aceptada: la ruptura del libro V, que marca la incorporación al relato de una nueva disposición, la de Olimpiodoro, y el parecido general con los fragmentos de Olimpiodoro patente desde el punto de ruptura señalan a este autor como fuente de la última parte de la obra. Más difícil es contestar el interrogante que plantea la primera corrección.

Puesto que Eunapio presenta su obra como una continuación de la *Crónica* de Dexipo —historiador del siglo III a quien se deben dos obras, *Crónica* y *Escíticas*, además de una historia de los Diádocos que constituía un resumen de la composición dedicada al mismo tema por Arriano [27]— inicialmente se llegó a la conclusión de que el mismo Dexipo sería fuente de Zósimo I 1-46 [28]. Dada, sin embargo, la existencia de discrepancias entre la *Nueva Historia* y determinados pasajes de la *Historia Augusta* procedentes de Dexipo, se supuso posteriormente que Zósimo manejaba además de Dexipo una segunda fuente no identificada [29]. En 1887, Mendelssohn se incorporó al debate introduciendo un argumento importante no sólo para el esclarecimiento del problema en cuestión, sino también por su significa-

[27] Cf. JACOBY, comentario a *FGrHist* 100 F1-8.

[28] Hipótesis que emitió por primera vez Reitermeier en 1784: cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. XXXVI.

[29] Suposición debida a W. BÖHME, *op. cit.*, págs. 13-5 (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. XXXVII.

do respecto al proceso de elaboración de la *Nueva Historia*. Según Mendelssohn, la posibilidad de que Zósimo se haya servido para I 1-46 de dos fuentes viene excluida por los límites mismos que impone el método de contaminación de este autor. Las características generales de la *Nueva Historia* indican, en efecto, que su autor se ciñe a una fuente única; de ella puede apartarse —y de hecho se aparta en ocasiones— para interpolar pasajes enteros de otra composición, pero lo que nunca hace Zósimo es entretejer en una narración única y continua datos procedentes de obras diversas. Como en I 1-46 no hay señales de sutura, debe suponerse que dicha sección maneja una sola fuente. Tal fuente sería inidentificable, pero las divergencias con la *Crónica* de Dexipo eliminan esta obra, a la par que las coincidencias entre *Nueva Historia* I 1-46, de un lado, y el relato que ofrece el continuador anónimo de Casio Dión, Pedro Patricio y Zonaras, de otro, apuntan a un texto común para todos ellos, texto cuya fuente sería no la *Crónica* de Dexipo, sino las *Escíticas* del mismo autor [30]. El debate prosiguió con posterioridad a Mendelssohn, pero sin que se aportaran nuevos datos de interés [31], y los estudios más recientes se limitan a exponer la cuestión para concluir reconociendo la imposibilidad de solucionar el problema por falta de datos [32]. Sólo en fecha reciente Baldini ha expuesto una hipótesis original: puesto que Eunapio publicó dos ediciones de su *Historia* [33] y únicamente respecto

[30] L. Mendelssohn, *op. cit.*, págs. XXXIII-XXXIV.

[31] Exposición de la polémica en F. Paschoud, ed. cit., I, págs. XVIII-XXXIX, y A. Baldini, *op. cit.*, págs. 212-13.

[32] Véase F. Paschoud, ed. cit., I, págs. XXXIX-XL; F. Conca, *op. cit.*, pág. 23.

[33] Focio, *cod.* 77.

a la segunda sabemos con certeza que comenzaba en el 270, cabe suponer que *Nueva Historia* I 1-46 tiene como fuente no la segunda edición de la obra —la habitualmente utilizada por Zósimo— sino la primera [34].

El argumento de Mendelssohn concerniente al método de contaminación empleado por Zósimo ha alcanzado una especial fortuna, pues las continuas confusiones y errores en que incurre la *Nueva Historia* delatan un proceso de elaboración apresurado y poco cuidadoso, contrario, por tanto, al lento trabajo de acoplamiento, reflexión y cotejo que exige la contaminación de varias fuentes en una narración continua. Ante lo cual, y con el apoyo que proporciona la afirmación de Focio, gran parte de la investigación actual piensa que Zósimo utiliza —excepto, evidentemente, para el principio y el final de la obra— una sola fuente, la segunda edición de la *Historia* de Eunapio [35]. Ahora bien, las características de Eunapio son tales que, de alguna manera, su presencia tras determinados pasajes de la *Nueva Historia* resulta difícil de aceptar. Eunapio era un rétor, y su obra histórica ostentaba los rasgos propios de la historiografía retórica: predominio de lo anecdótico y novelesco, presencia de un lenguaje florido y efectista (cu-

[34] A. Baldini, *op. cit.*, págs. 213 ss; una discusión de esta idea de Baldini en F. Paschoud, «Sur Eunape...», cit. Relativamente reciente es la hipótesis emitida por R. C. Blockley («Was the First Book of...?, cit.), según la cual el primer libro de la *Nueva Historia* podría estar basado hasta en cinco fuentes distintas. Blockley, sin embargo, no considera el argumento concerniente al método de contaminación de Zósimo; consecuentemente, todo su razonamiento descansa sobre la hipótesis de que Zósimo pudo contaminar diversas fuentes a lo largo de la *Nueva Historia*).

[35] Así F. Paschoud, ed. cit. I, págs. LXI-LXII (véanse, sin embargo, matizaciones posteriores, inspiradas por Baldini, en F. Paschoud, «Sur Eunape...», cit., pág. 397).

yos despliegues pretenden con frecuencia ocultar una gran pobreza en el análisis y la exposición de datos), interés más por las actitudes moralmente consideradas que por las acciones examinadas racionalmente y, en suma, falta de precisión general en el tratamiento [36]. Así pues, aquellas partes de la *Nueva Historia* donde resaltan cualidades contrarias a éstas no deben, aparentemente, proceder de Eunapio. Una de esas partes sería la digresión sobre los Juegos Seculares que abre el libro II; puesto que en ella abundan las precisiones cronológicas, lo cual no sólo desentona con el estilo general de Eunapio, sino que va en contra del interés por la cronología que explícitamente manifiesta este historiador [37], se ha concluido un origen no eunapiano para el fragmento en cuestión, siendo Flegón de Tralles el autor a quien más usualmente se contempla como fuente alternativa [38]. Otra de tales secciones sería aquella del libro tercero que narra la expedición persa de Juliano, el esclarecimiento de cuyas fuentes ha constituido uno de los capítulos mayores de la investigación sobre Zósimo.

Mendelssohn, autor de una teoría muy difundida sobre esta cuestión, maneja tres argumentos contra la procedencia eunapiana del relato de la expedición persa. En primer lugar la exposición de Zósimo presenta grandes similitudes con la de Amiano; y al comparar la versión de Zósimo/Amiano con los fragmentos de Eunapio concernientes al mismo episodio se observan respecto a Amiano sólo divergencias, respecto a Zósimo/Amiano conjuntamente omi-

[36] Caracterizaciones de Eunapio como historiador en W. SCHMID, *op. cit.*, col. 1123, y R. C. BLOCKLEY, *The Fragmentary...*, cit., págs. 9-15.

[37] Véase EUNAPIO, f. 1 [MÜLLER].

[38] Discusión de esta hipótesis en F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. XL-XLI.

siones en tanto que los últimos no incluyen desarrollos presentes en los fragmentos eunapianos; debe concluirse, pues, que Zósimo/Amiano dependen de una fuente de la que no participa Eunapio [39]. En segundo lugar el mismo Zósimo se refiere, en III 2, 4, al cambio de fuentes efectuado; el pasaje en cuestión dice así:

> Las cosas que a partir de entonces y hasta el final de su vida llevó a cabo Juliano, las han registrado historiadores y poetas en libros muy voluminosos, aún cuando ninguno de los que se han ocupado del tema alcance la altura que merece su materia. Por otra parte, quien lo quiera puede enterarse de todo acudiendo a los discursos y cartas de Juliano, con cuya ayuda es como mejor pueden comprenderse sus gestas a lo largo de toda la ecumene. Como además es conveniente no romper la disposición de nuestra historia, narraremos por nuestra parte cada cosa en su debido lugar, atendiendo especialmente a cuanto los demás parecen haber omitido.

Según Mendelssohn, la expresión «los demás» contenida al final del pasaje debe entenderse como referida a Eunapio [40]. En tercer lugar, los fragmentos parecen indicar que la exposición eunapiana de la expedición persa incurría con especial énfasis en aquellos defectos de superficialidad, anecdotismo e incluso distorsión de la verdad propias de su visión retórica de la historia; en cambio Zósimo ofrece un relato ceñido a los hechos y sobrio; su exposición no pue-

[39] L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, págs. XXXIX-XLI.

[40] *Ibid.*, págs. XLV-XLVI; este autor insiste en que, a pesar de su colocación al inicio de la exposición concerniente a Juliano —exposición que comienza con las gestas del césar Juliano en Galia—, la frase en cuestión se refiere a la expedición persa, ubicada al final de dicha exposición.

de, por tanto, venir de Eunapio. Es más, si los fragmentos de este autor delatan una exacerbación de las debilidades historiogáficas eunapianas en la parte de la obra referida a la expedición persa, cabe concluir que fue esa exacerbación lo que indujo a Zósimo a desecharlo como fuente para dicho episodio [41].

La conclusión a que llega Mendelssohn —Zósimo utilizaría como fuente para la invasión de Persia al historiador Magno de Carras— no es idéntica a la que sostienen otros partidarios de una procedencia no eunapiana para esta sección [42]; pero en su teoría quedan compendiados, de alguna manera, el conjunto de argumentos utilizados por dichos autores. Pues bien, ninguno de estos argumentos es terminante. Respecto a las diferencias de contenido y estilo —argumentos primero y tercero— debe decirse que conservamos sólo cinco fragmentos del relato eunapiano de la expedición persa [43], cuya pobreza, además, no permite conjeturas mínimamente pormenorizadas sobre el carácter de ese relato; en principio nada se opone a que Zósimo haya utilizado a Eunapio, pues las diferencias existentes entre ambos autores revelan únicamente que el primero omite desarrollos contenidos en el segundo, y de ello pueden extraerse sólo argumentos *e silentio* de escasa o nula capacidad probatoria. El testimonio de Focio, según el cual la *Nueva Historia* difiere de la obra de Eunapio sólo por la brevedad, autoriza a pensar que el proceder usual de Zósimo habría sido el de extraer de una exposición colorida, pintoresca y verbosa un relato despojado y enjuto: éste

[41] *Ibid.*, págs. XLI-XLII; XLVI-XLVII.

[42] Tratamiento pormenorizado de esta cuestión con discusión de las hipótesis emitidas en F. Paschoud, ed. cit., I, págs. XLII-XLIV.

[43] Ff. 19-23 [Müller].

sería también el caso de la expedición persa, con lo que las diferencias aludidas se explican sin tener que recurrir a un cambio de fuente. En relación al segundo argumento —las palabras con que Zósimo presenta su tratamiento de Juliano— cabe decir lo siguiente: ciertamente mediante estas palabras el autor singulariza su relato y marca distancias respecto a otras composiciones centradas en el mismo tema; pero es gratuíto suponer que el párrafo alude a un cambio de fuente, pues también cabe pensar que es la dificultad de la materia a tratar lo que aquí se indica. Juliano, en efecto, era una figura difícil, y ello no sólo para los tratadistas cristianos, sino también para los paganos; en su carrera convivían realizaciones cuyo mérito no parecía dudoso —las llevadas a cabo en Galia durante su mandato como césar— con decisiones sometidas a fuerte debate. En concreto, determinadas medidas adoptadas tras su instalación en el trono como único soberano —especialmente aquéllas referidas a la vida religiosa—, así como las ideas políticas y filosóficas subyacentes a esas medidas —su paganismo militante, su activismo político, su actitud frente a las teorías legitimadoras del poder, incluso su belicismo frente al Imperio Persa— despertaron reservas en casi todos los sectores del paganismo [44]. Así pues, si por un lado aparecía como el campeón de la religión tradicional frente a los cristianos, por otro su reinado no contaba con una aprobación generalizada entre los círculos paganos, y el

[44] Sobre la actitud crítica de pensadores paganos hacia Juliano véase L. Cracco Ruggini, «Simboli...», cit., págs. 49 ss. Temistio); 76 ss. y 86 ss. (críticas de Eunapio al entorno teúrgico de Juliano; sobre este punto consúltese también J. Opelt, *op. cit.*, col. 832); J. Fontaine, «Le Julien...», cit., págs. 56-61 (reservas de Amiano hacia Juliano). Incluso Libanio muestra reservas hacia el entorno del que se rodea Juliano tras su instalación en el trono, véase su *Or. XVIII* 200.

fracaso que significó su muerte en el campo de batalla no hizo sino confirmar la creencia de que, por la razón que fuese, tampoco las fuerzas divinas secundaron su empresa. A la luz de esta dificultad intrínseca al tratamiento de Juliano debe interpretarse la disposición del libro III. En él se mantienen para la parte del reinado de Juliano no sometida a discusión los parámetros expositivos usuales en el resto de la obra, tanto en lo tocante a extensión (12 capítulos para 4 años) como en lo referente al contenido (se tratan las gestas militares de Juliano y sus medidas políticas y administrativas, mencionándose, asimismo, sus creencias religiosas). En cambio, al entrar en los capítulos más polémicos de la biografía del Emperador, Zósimo reacciona acentuando el carácter pragmático de su composición; de aquí que apenas se toquen las reformas administrativas de Juliano —en contraste no sólo con autores como Amiano o Libanio, sino también con el proceder del mismo Zósimo para otros emperadores [45]—; que no se hable de sus creencias religiosas —frente a lo que ocurre con Constantino, a cuya conversión al cristianismo dedica Zósimo un capítulo—; y que la narración se concentre en un relato de la expedición persa pormenorizado pero estrictamente ceñido a los aspectos militares y estratégicos. La disposición del libro III revela así un acercamiento cauteloso a la figura de Juliano. A esa cautela aluden las palabras con que Zósimo presenta su tratamiento del Emperador [46],

[45] Resulta especialmente llamativo que Zósimo no comente la reforma de la Corte llevada a cabo por Juliano, reforma que llamó la atención de los contemporáneos como indican las noticias que consagran al tema Amiano y Libanio, véanse las referencias que ofrece J. M. CANDAU, «Teocracia...», cit., págs. 168-69.

[46] Palabras que quizás procedan de Eunapio (cf. A. BALDINI, *op. cit.*, págs. 53-55).

como alude igualmente el párrafo que inicia el relato de la expedición persa (III 12, 1):

> Cuando ya finalizaba el invierno concentró su ejército y, después de enviarlo por delante unidad por unidad y en buen orden, abandonó Antioquía, por más que las víctimas sacrificales no le fueran propicias: en razón de qué, aun sabiéndolo, lo pasaré en silencio.

Ningún dato, pues impone la hipótesis de un cambio de fuente para el libro III, aquel para el que más se ha postulado la necesidad de una sustitución de Eunapio por otro autor; y lo mismo puede decirse del resto de la *Nueva Historia*, excepción hecha, evidentemente, del principio y el final de la obra [47]. Otra cuestión es que se quiera conceder a Zósimo capacidad para combinar más de una fuente; los defectos y signos de apresuramiento observables en el texto de la *Nueva Historia* hacen poco probable este supuesto, al cual, sin embargo, concede crédito un importante sector de la investigación [48]. Sea ello cierto o no, resulta evidente que la fuente principal de Zósimo es Eunapio; y dado que ambos autores se caracterizan por ser los únicos historiadores paganos que profesan un anticristianismo expreso y abierto, surge inevitablemente la pregunta de hasta qué punto el planteamiento ideológico de la *Nueva Histo-*

[47] Respecto a aquellos desarrollos de la *Nueva Historia* que por razones de cronología no pueden retrotraerse a Eunapio, como la mención (en IV 18, 2-4) del himno compuesto por el filósofo Siriano para celebrar la salvación milagrosa de Atenas, cabe pensar con F. PASCHOUD, ed. cit., I, pág. LXI, que son citas de memoria que Zósimo inserta en su narración.

[48] Los principales representantes serían Goffart, Blockley y Cracco Ruggini (cf. A. BALDINI, *op. cit.*, págs. 41-42; R. C. BLOCKLEY, *The Fragmentary...*, cit., pág. 98).

ria está coloreado por la ideología religiosa y política de su fuente, Eunapio.

Concepción histórica de Zósimo

Zósimo expone sus objetivos como historiador y su visión de la historia en el capítulo inicial de la *Nueva Historia*. Un nuevo párrafo, en I 57, 1, viene a completar esta exposición. De ambas manifestaciones se deduce un planteamiento historiográfico sostenido por dos pilares: el propósito de constituirse en el Polibio de la decadencia romana (lo que implica no sólo centrar su obra en la ruina del Imperio, sino, en conformidad con la preceptiva histórica polibiana, tratar el tema pragmáticamente, esto es, remitiéndose a las pruebas que suministran los hechos mismos) y la visión de tal decadencia como resultado del abandono romano de la religión ancestral.

Basándose en ello, distintos autores han atribuido a Zósimo una visión de la historia fuertemente original, con una originalidad que radicaría, ante todo, en el proyecto, no rastreable en ningún otro historiador pagano, de plantear la crisis de Roma en términos religiosos. Dicho proyecto explicaría tanto la abundante presencia de elementos sobrenaturales en la *Nueva Historia* como la importancia concedida en ella a ciertos momentos históricos —por ejemplo, la conversión de Constantino al cristianismo (II 29) o la negativa de Teodosio a financiar con fondos estatales el culto pagano (IV 59)— caracterizados por marcar hitos significativos en el abandono del paganismo: concretamente F. Paschoud ha aislado hasta cinco de tales momentos que, conforme a su interpretación, representarían otros tantos puntos cardinales en el diseño ideológico de la obra [49]. A L. Cracco Ruggini se debe una hipótesis que ha tenido gran aceptación; según esta investigadora, Zósimo habría intentado realizar un proyecto idéntico, pero inverso al realizado por los autores de las *Historias Eclesiásticas*. El propósito de éstos, para quienes la historia constituía un ámbito saturado por las manifestaciones del poder de Dios, era el de presentar el curso de los acontecimientos como un proceso que culmina con la instalación en el trono del emperador cristiano, marca de ingreso en un estadio histórico superior; frente a lo cual Zósimo, tomando como modelo las mismas Historias Eclesiásticas, habría perseguido el objetivo contrario: probar cómo el abandono de la religión tradicional fue causa fundamental de la decadencia de Roma al producir una pérdida de la protección que hasta entonces los dioses habían dispensado al Imperio [50]. Habría, pues, una voluntad de innovación que se refleja en el título mismo de *Nueva Historia*; efectivamente, el adjetivo *nueva (néa)*, resulta insólito en el repertorio de títulos historiográficos de la época clásica y tardía, y no puede tener el sentido de «reciente» o «contemporánea», puesto que la obra parte de Augusto y narra con detalle acontecimientos más de cien años anteriores al momento de su redacción: debe más bien pensarse que *nea* tiene aquí la acepción de «original» o «inusitada» [51]. Este mismo espíritu innovador estaría detrás de la crítica a la institución impe-

---

[49] Desarrollo de esta idea en F. PASCHOUD, *Cinc...*, cit., especialmente págs. 125-36; consúltese también IDEM, «Die Ursachenanalyse...», cit. Sobre la importancia de la conversión de Constantino en la estructura del libro II véase G. ZUCCHELLI, *op. cit.*

[50] L. CRACCO RUGGINI, «The Ecclesiastical...», cit., págs. 119; 122-24.

[51] L. CRACCO RUGGINI, «Publicistica...», cit., págs. 166; 181-83.

rial contenida en I 5, pasaje que no encuentra paralelo en toda la historiografía grecorromana: si para los historiadores eclesiásticos la figura del Emperador, garante del imperio cristiano, compendia la forma de gobierno cumplida y perfecta, la crítica a la monarquía que lleva a cabo Zósimo intenta invalidar esta creencia mostrando cómo el sistema monárquico que posibilitó el triunfo del cristianismo constituye un régimen político altamente falible [52]. L. Cracco Ruggini acentúa además el carácter pragmático, factual de la obra de Zósimo. Dicho carácter factual, que contrasta fuertemente con el retoricismo de su fuente principal, Eunapio, y contrapesa la impronta religiosa de su planteamiento historiográfico, es una de las razones que llevan a la autora a postular para la *Nueva Historia* un valor y una originalidad mayores de las que usualmente se le atribuyen; pues estas cualidades —subrayadas con anterioridad especialmente por W. Goffart y Z. Petre— afectarían no sólo al diseño ideológico de la obra, sino también al enjuiciamiento de sucesos tratados [53].

La visión de la *Nueva Historia* como un proyecto inverso al que aparece en las *Historias Eclesiásticas* ha alcanzado gran resonancia. Paschoud ha subrayado cómo una serie de rasgos que individualizan la *Nueva Historia* frente a otras producciones contemporáneas de la historiografía

[52] L. Cracco Ruggini, «The Ecclesiastical...», cit., págs. 120-21. La idea de que la crítica a la monarquía de Zósimo se inscribe en el seno de la polémica anticristiana de este autor había sido ya formulada por F. Paschoud, *Cinc...*, cit., págs. 9-18 y 215; el mismo autor ha reinterpretado esta idea en el contexto del sistema etiológico de Zósimo («Die Ursachenanalyse..., cit., pág. 543).

[53] L. Cracco Ruggini, «Simboli...», cit., págs. 82-83, 103-106, 116-19; «Pubblicistica...», cit., págs. 169-70.

secular se explican a través de esta hipótesis; especialmente el hecho de que la obra de Zósimo comience formalmente con la Guerra de Troya paraleliza el procedimiento seguido por los cronógrafos cristianos, cuyas composiciones se inician si no con Adán y Eva, sí al menos con Abraham [54]. No obstante, ni este autor ni otros aceptan la idea de una originalidad de Zósimo que además de afectar al planteamiento historiográfico implique independencia en el enjuiciamiento de los sucesos y, por tanto, cierto grado de autonomía respecto a sus fuentes [55]. Por otra parte, distintos estudiosos han intentado determinar los estímulos ideológicos bajo cuyo incentivo gestó Zósimo el proyecto de su obra. Paschoud creyó ver el germen de tal proyecto en una desaparecida *Historia adeversus christianos* que habría sido fuente ya de Eunapio y en la cual se desarrollaría un concepto de la historia programáticamente anticristiano [56]. Otros autores han visto en sus ideas la impronta de círculos intelectuales vigentes bajo Anastasio; así Goffart, para quien la obra de Zósimo constituye una composición abierta a los problemas planteados durante el reinado de este emperador. Por su parte Baldini retrotrae el proyecto historiográfico de Zósimo al clima ideológico dominante en determinados sectores de la corte de Anastasio; la ideología expansionista y agresiva que acompañó a la reconquista justiniana habría aparecido, según Baldini, ya en tiempos de Zósimo, aunque en estas fechas una orientación pagana sustituiría al signo cristiano de tal ideología, y ese ambien-

[54] F. Paschoud, *Cinc...*, cit., págs. 215-16.

[55] *Ibid.*, págs. 207-12.

[56] F. Paschoud desarrolló estas ideas en su libro *Cinc...*, cit., caps. 3 y 4, y especialmente págs. 147-69; véanse también sus afirmaciones posteriores en «Sur Eunape...», cit., pág. 396.

te espiritual habría inspirado a Zósimo el programa de su obra [57].

Al enjuiciar la concepción historiográfica de Zósimo resulta imprescindible partir de un dato central, el de que su obra se inscribe en la tradición de la llamada historiografía profana, secular o clasicista [58]; pues si es cierto que la *Nueva Historia* se singulariza en el marco de dicha escuela por una serie de rasgos, también lo es que comparte con otras producciones de la misma corriente historiográfica determinadas particularidades. Únicamente cuando se aclare cuáles son esas similitudes y cuáles esas diferencias podrá obtenerse un juicio ponderado de la originalidad de la *Nueva Historia* y de la profundidad de su planteamiento historiográfico.

Si no todos, gran parte de los historiadores clasicistas que precedieron a Zósimo fueron paganos, pero en ninguno de ellos, salvo Eunapio, aparece el anticristianismo abierto y directo que se despliega en la *Nueva Historia*; por el contrario, su ecuanimidad ante las distintas opciones religiosas es tal que la adscripción al paganismo o al cristianismo de más de uno de estos autores ha sido objeto de polémica [59]. Ello no quiere decir que lo religioso, o mejor, lo sobrenatural, esté ausente de sus composiciones: de hecho, los elementos sobrenaturales se presentan en éstas abundantemente, aunque con una presencia peculiar, fruto de la obediencia a la preceptiva historiográfica heredada. La limitación a lo político y lo militar constituye, en efecto, una herencia del planteamiento vigente en la historiografía pragmática. Para dicha corriente, cuyo representante más destacado es Polibio [60], la composición histórica debe brindar una explicación racional de los sucesos tratados, lo cual implica la prohibición de recurrir, para dar cuenta del desarrollo de los acontecimientos, a factores racionalmente incontrolables como la divinidad o el azar. De aquí nace, por una parte, la limitación a las acciones políticas y militares, ya que desde la óptica del historiador pragmático tales acciones son las únicas que cabe aducir legítimamente cuando se trata de explicar el curso de los sucesos; y por otra la actitud ante la religión, una actitud que tiene como presupuesto no la exclusión de los fenómenos

[57] A. Baldini, *op. cit.*, págs. 32-39.

[58] Sobre esta escuela (en la que puede incluirse a Amiano: cf. R. C. Blockley, *Ammianus...*, cit., pág. 17) consúltese especialmente A. M. Cameron, A. D. E. Cameron, *op. cit.;* R. C. Blockley, *The Fragmentary...*, cit., págs. 86-94.

[59] La actitud de los historiadores paganos frente al cristianismo ha sido estudiada en términos generales por A. Momigliano, «Pagan...», cit. Sobre el debate en torno a las creencias religiosas de Prisco, véase B. Baldwin, «Priscus...», cit., págs. 44-47, y R. C. Blockley, *The Fragmentary...*, cit., págs. 59-60. Respecto a Malco véase B. Baldwin, «Malchus...», cit., págs. 94-96, y R. C. Blockley, *ibid.*, pág. 77. El paganismo de Olimpiodoro no puede ponerse en duda; sin embargo su ecuanimidad en materia religiosa ha sido subrayada por E. A. Thompson, «Olympiodorus...», cit., pág. 43; J. Matthews, «Olympiodorus...», cit., pág. 79; B. Baldwin, «Olympiodorus...», cit., pág. 225; y R. C. Blockley, *ibid.*, pág. 40. La polémica sobre la adscripción al cristianismo o al paganismo incluye también a Procopio, consúltese A. M. Cameron, «The Scepticism...», cit.; J. A. S. Evans, *op. cit.* (con exposición de las distintas opiniones emitidas desde Gibbon); y A. M. Cameron, *Procopius...*, págs. 130-33. Amiano es claramente pagano, pero su falta de partidismo religioso es bien conocida, véase la integración de este dato en su personalidad literaria que hace A. Momigliano, «The Lonely...», cit., pág. 151.

[60] Los ideales de la historia pragmática se encuentran expuestos en Polibio, XII 25g, 1; 25h, 4; 25i, 5-9; 28, 2-5 [Pédech]. Modernamente M. Gelzer, *op. cit.*, pág. 160, ha definido la historia pragmática como «la historia que puede escribir un hombre de estado —por tanto alguien que es a la vez político y militar— para la instrucción de los hombres de estado y de los que quieren llegar a serlo».

sobrenaturales —pues el relato histórico podía registrar la presencia de prodigios o portentos—, sino el precepto en virtud del cual las ideas religiosas no deben formar parte de los instrumentos de análisis utilizados por el historiador.

Los historiadores clasicistas se atienen en principio a la preceptiva de la historiografía pragmática. Lo sobrenatural, sin embargo, está presente en sus composiciones —donde alcanza una presencia mucho mayor que en los productos de la historiografía anterior— por medio de una serie de recursos laterales: menciones abundantes de la divinidad y apelaciones a fuerzas transcendentes que rigen el curso de la historia, inclusión de numerosos oráculos, portentos y hechos milagrosos, atribución ocasional de causas sobrenaturales a determinados fenómenos o empleo de expresiones cargadas de valores teológicos y religiosos [61]. Y es la incrustación de estos elementos en un relato que inicialmente se ocupa sólo de lo político y lo militar el factor que, en gran medida, confiere a las composiciones históricas de la Antigüedad tardía su peculiaridad. Resulta

[61] Distintos autores han subrayado de una manera general la fuerte presencia de lo sobrenatural en toda la producción historiográfica, cristiana o pagana, de la Antigüedad tardía: véase A. MOMIGLIANO, «L'età...», cit., págs 62-63, y «Popular...», cit., pág. 78; Y. M. DUVAL, *op. cit.*, pág. 143. El empleo por parte de Amiano de un lenguaje cargado de valores filosóficos y religiosos ha sido subrayado por J. FONTAINE, «Unité...», cit., pág. 472; Amiano mismo manifiesta, por otra parte, su creencia en una fuerza divina que rige el mundo y también el curso de la historia: léanse las referencias que suministra P. CAMUS, *op. cit.*, pág. 142. Apelaciones a la divinidad o intervenciones de la divinidad en los acontecimientos aparecen no sólo en EUNAPIO (ff. 54; 56; 58; 71 [MÜLLER]), sino también en OLIMPIODORO (ff. 1, 15; 1, 27; 1, 34 [MÜLLER]), PRISCO (ff. 17; 23 [MÜLLER]; 1; 18; 30 [BLOCKLEY]) y MALCO (ff. 4; 9 [MÜLLER]).

característico de dichas composiciones, en efecto, la convivencia de dos esquemas historiográficos distintos; uno de ellos, que impone el tratamiento pragmático de los sucesos, se conserva formalmente; otro, que apunta a una potencia transcendente como agente real de la historia, se insinúa a través de alusiones oblicuas.

La tensión entre programa pragmático y planteamiento religioso modela toda la obra de Zósimo, dando origen a algunos de sus rasgos más notables. La voluntad pragmática se manifiesta al principio mismo de la composición, donde la cita de Polibio declara el propósito de ceñirse a un planteamiento factual, y tal declaración se ve reforzada por los abundantes pasajes en que el autor remite a los hechos para probar la verdad de sus afirmaciones [62]. Sin embargo, el programa que así se anuncia entra en contradicción con la presencia de una visión providencialista de la historia que aduce factores de índole religiosa para explicar el curso de los acontecimientos, y especialmente de aquel acontecimiento cuya elucidación constituye el tema central de la obra, la decadencia de Roma [63]. Consecuencia general de esta situación es una pérdida de perspectiva —entendiendo por perspectiva el procedimiento que ordena y organiza el espacio mediante un análisis intelectual de las formas [64]— en la articulación del relato. La *Nueva Historia* carece de perspectiva en tanto que personajes y acciones parecen vistos a una distancia desde la que no se aprecian con nitidez sus contornos individuales;

[62] Véase por ejemplo I 1, 2; II 37, 2; III 32, 6; IV 21, 3, 59, 4.

[63] F. PASCHOUD, ed. cit., I, LXIV-LXVI, enumera los pasajes en que Zósimo achaca la decadencia de Roma al abandono de la fe tradicional.

[64] Sobre el significado de la pérdida de perspectiva en el arte tardoimperial consúltese R. F. NEWBOLD, *op. cit.*, págs. 235-36.

el empequeñecimiento de figuras y paisajes narrativos que resulta de ello es consecuencia directa de la contraposición entre gestas humanas y dictamen divino, pues tal contraposición arrastra forzosamente una disminución del ámbito humano; y, por tanto, es a la tensa convivencia en el interior de la obra de dos esquemas historiográficos contrapuestos —el pragmático y el providencialista— a lo que cabe achacar esa depreciación de la actuación humana conducente a un relato falto de racionalidad. En la práctica —y dejando aparte las explicaciones religiosas, de índole irracional— Zósimo dispone de un sólo principio para dar cuenta del curso de los sucesos: la apelación al carácter de los agentes históricos, esto es, del emperador o de aquellas personas que, por la razón que sea, tienen una participación en el poder. El carácter, además, tiende a aparecer como un dato moral no sujeto a análisis, y por ello su utilización tampoco redunda en una visión clara de los sucesos: de hecho los agentes históricos de la *Nueva Historia* se asemejan, en la medida en que están dotados de un carácter individual, a títeres cuya conducta reproduce mecánicamente los rasgos distintivos del personaje que representan.

La ausencia de racionalidad y perspectiva parece ser característica general a los historiadores clasicistas al menos hasta Procopio; pues en todos esos autores opera aquella misma tensión entre planteamientos historiográficos contrapuestos, una tensión que produce efectos equiparables o similares a los presentes en la *Nueva Historia*. A la hora de juzgar esta característica deben tenerse en cuenta, por otra parte, las diferencias existentes entre la historiografía clasicista y la propiamente clásica. En el planteamiento clásico la obra histórica se propone ante todo ofrecer paradigmas referenciales cara al enjuiciamiento de la vida pública e incluso cara a la actuación futura de los hombres públicos, y tal pretensión exige que se ponga en evidencia mediante un análisis intelectual la trama subyacente a las actuaciones tratadas; en cambio el fin perseguido por los historiadores clasicistas es descubrir mediante su relato la verdad de lo ocurrido, el signifieado auténtico de los acontecimientos expuestos [65], y en el marco de este planteamiento lo importante no es el examen racional de los sucesos, sino su presentación como cumplimiento de un designio superior que no tiene por qué obedecer a lógica de la razón humana.

La *Nueva Historia* comparte, pues, una serie de características con otras composiciones de la historiografía secular. Es cierto, sin embargo, que la obra de Zósimo ostenta también rasgos —especialmente la presencia explícita de una teología histórica a cuyas exigencias se acomoda la disposición de toda la obra— más propios de las *Historias Eclesiásticas* que del modelo seguido por los historiadores clasicistas. Se hace así necesario trazar entre los distintos dominios historiográficos una línea de demarcación con referencia a la cual situar la *Nueva Historia*. Ahora bien, esta línea no puede venir trazada por la mera presencia de una visión religiosa de la historia, ya que, de acuerdo con las ideas expuestas, lo religioso tiene un papel considerable en toda la producción histórica de la época tardía, ya sea cristiana o pagana. En razón de ello parece más adecuado partir del siguiente planteamiento: en la Antigüedad tardía conviven, entre otros, dos géneros historiográficos, el de las *Historias Eclesiásticas* y el de la historiografía clasicista. Cier-

[65] De hecho los historiadores tardíos buscan con su obra consolidar una verdad frente a otras verdades concurrentes: véase sobre este punto G. Sabbah, *op. cit.*, pág. 46.

tamente el primero de ellos lleva la impronta cristiana, mientras que el segundo se mueve en la tradición historiográfica pagana; pero las diferencias entre ambos derivan no tanto de concepciones distintas del acontecer histórico cuanto de la obediencia a preceptivas literarias discrepantes: si para las *Historias Eclesiásticas* el tema lo constituye la voluntad divina como tema expreso de la historia, en las composiciones clasicistas las acciones humanas ocupan el centro de la narración, y las cuestiones teológicas, el tratamiento religioso del tema está en principio excluido, aunque de hecho la presencia de Dios se introduzca por medio de recursos laterales. En este sentido puede decirse que lo distintivo de las *Historias Eclesiásticas* es la aceptación de una teología explícita cuyos dictados guían el curso de la historia [66], mientras que en el historiador clasicista el plan divino que subyace a los acontecimientos históricos se mantiene implícito, —aun constituyendo, en realidad, el centro innominado de la obra—.

Planteadas así las cosas, lo que distingue a la *Nueva Historia* es la ambigüedad, el carácter incompleto de sus planteamientos. Por un lado Zósimo parece seguir el modelo de las *Historias Eclesiásticas* en tanto que, de manera explícita, coloca su obra bajo un argumento de índole religiosa, la visión de la decadencia romana como producto del abandono de las creencias ancestrales. Por otra, este programa, este providencialismo inverso, está lejos de penetrar toda la composición, pues, frente a las promesas del capítulo inicial, a lo largo de ella se manifiesta un hiato no explicado entre acciones humanas y voluntad divina. El más claro ejemplo de ello lo suministra Juliano, quien

[66] Sobre las premisas historiográficas de las *Historias Eclesiásticas* consúltese M. MAZZA, *op. cit.*

pese a su piedad fracasa por motivos que el autor deja en silencio; igualmente quedan sin explicar las razones por las que los dioses dispensan su protección —una protección que incluso se manifiesta en oráculos [67]— a la ciudad de Constantinopla, fundación del impío Constantino y capital del Imperio cristiano [68]. Finalmente la concentración en los temas políticos y militares, el tono literario y elevado, la dignidad general de su estilo, parecen situar la *Nueva Historia* bajo el signo de un ideal estético e historiográfico ausente en las *Historias Eclesiásticas*.

Ante todo ello, la solución más lógica es la de considerar la *Nueva Historia* como una composición híbrida, producto de la contaminación de dos géneros, el de las *Historias Eclesiásticas* y la historiografía clasicista. A la hora de juzgar esta contaminación deberán tenerse en cuenta tres observaciones.

En primer lugar no hay por qué esforzarse en buscar un origen concreto a las ideas que sustentan el diseño teórico de la *Nueva Historia*; en realidad, ya desde el siglo III, al menos, circulaban interpretaciones que achacaban a los cristianos la responsabilidad de los desastres recaídos sobre el Imperio [69], por lo que la tesis que sustenta la obra de Zósimo supone el cumplimiento de una posibilidad teórica evidente, aunque, al parecer, hasta el momento no aplicada sistemáticamente en el terreno de la historiografía.

En segundo lugar, la obra de los historiadores clasicistas, en el tramo que va de Amiano a Zósimo, está domina-

[67] Véase II 36-37.

[68] Las dificultades que halla Zósimo para articular una teología pagana de la historia han sido subrayadas por W. E. KAEGI, *op. cit.*, págs. 120; 135-45.

[69] Véanse los datos proporcionados por P. COURCELLE, *op. cit.*, págs. 151-53. Consúltese también A. DEMANDT, «Geschichte...», cit., pág. 260.

da por un delicado equilibrio entre paragmatismo e interpretación religiosa; sólo dos autores, Eunapio y el mismo Zósimo, rompen este equilibrio mediante la introducción de argumentos abiertamente anticristianos. Ambos autores se singularizan, además, por carecer de la experiencia política y militar que parecen haber poseído Amiano, Olimpiodoro, Prisco y Malco. Estos últimos concibieron su obra, conforme a la más pura tradición clásica, como deposiciones testimoniales de hombres que habían estado especialmente próximos a los asuntos narrados o incluso que habían participado en ellos [70]; en cambio Eunapio y Zósimo ocuparon una posición más marginal en la vida pública de su tiempo y se sitúan más lejos de los asuntos que tratan: el importante papel asignado a la religión en su obra puede así explicarse como resultado de un esfuerzo por suplir cualidades ausentes, esto es, como expediente destinado a sustituir la vivacidad y el interés propios del relato debido al hombre de acción que narra aquello que ha vivido o, al menos, aquello que ha indagado de testigos presenciales, sustitución tanto más necesaria cuanto que dichas cualidades constituían, de acuerdo con la preceptiva clásica, uno de los ingredientes esenciales de la composición histórica [71].

[70] Olimpiodoro desempeñó tareas diplomáticas y recabó abundante información política en los círculos dirigentes romanos para componer su obra, véase J. MATTHEWS, «Olympiodorus...», cit., págs. 90-94. La actividad diplomática de Prisco al servicio del Imperio y en concreto su participación en los asuntos que narra está bien atestiguada (véase f. 8 [MÜLLER]). Respecto a la participación de Malco en los sucesos tratados en su obra consúltese B. BALDWIN, «Malchus...», cit., pág. 251; R. C. BLOCKLEY, *The Fragmentary...*, cit., págs. 76 y 78.

[71] Cf. G. AVENARIUS, *op. cit.*, págs. 36-40.

Con la mezcla de géneros —o, más exactamente, con el proceder mecánico e irreflexivo adoptado por Zósimo al efectuar dicha mezcla— se relaciona, finalmente, una característica central de la *Nueva Historia*, su falta de claridad expositiva. El carácter confuso de su relato, su torpeza en la presentación de las distintas situaciones hacen de Zósimo uno de los historiadores griegos peor considerados —si no el peor— por la crítica moderna [72]. Tales defectos se deben, en gran medida, a la ausencia en su obra de un ingrediente básico para el relato obediente a la preceptiva de la historiografía clásica, la secuencialidad. Los grandes modelos de la historiografía pragmática griega, Tucídides y Polibio, compusieron historias fundamentalmente narrativas, esto es, composiciones integradas por afirmaciones factuales entre las que media una relación resultativa: cada uno de los hechos que se enuncian se sostiene en otro, y el conjunto aparece como una red de unidades enunciativas cohesionadas entre sí [73]. Esta propiedad, que cabe llamar secuencialidad, se mantiene, al menos para el período que va desde finales del siglo IV hasta Procopio, en los más apreciables historiadores clasicistas (Amiano, Olimpiodoro, Procopio mismo). Ciertamente la trabazón entre las unidades del relato se efectúa ahora de manera

[72] Véanse las observaciones de L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, pág. XLVIII; F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. LXVIII-LXIX; C. A. THOMPSON, «Zosimus...», cit., pág. 446.

[73] Sobre la presencia de esta característica en Tucídides véase J. DE ROMILLY, «L'utilité...», cit., págs. 54-63. Respecto a Polibio, coherencia, trabazón y ausencia de fisuras en el relato son cualidades que el mismo Polibio reclama expresamente para su obra: véase, por ejemplo, sus afirmaciones en III 1, 4; 32, 2; IV 28, 3; consúltese asimismo P. PÉDECH, *op. cit.*, pág. 76.

distinta a como se hacía en los modelos clásicos: en éstos —en Tucídides y Polibio— el análisis de las razones que guían a los sujetos actuantes, la reconstrucción de los cálculos mentales que dictaron su conducta a políticos y generales constituye el elemento cohesivo fundamental [74]; para los historiadores clasicistas, en cambio, el carácter de los agentes históricos —un carácter que no se analiza, sino que se presenta como algo dado— proporciona el factor básico de ligazón entre las unidades narrativas [75]. Pero si se salva esa diferencia puede percibirse una línea de continuidad entre la historiografía clásica y la clasicista, pues ambas guardan la secuencialidad, la cohesión narrativa gracias a la cual el historiador mantiene el control del relato. Tal propiedad, sin embargo, está ausente en la obra de Zósimo, donde resulta característico un tipo de exposición que no conecta los hechos entre sí o los conecta mediante observaciones tan vagas, tan generales y tan sumarias que su efecto cohesivo es prácticamente nulo [76]. Para entender

[74] La presencia de este método en Tucídides está bien atestiguada: véase, por ejemplo, J. de Romilly, *Histoire...*, cit., págs. 51-54. Respecto a Polibio véase P. Pédech, *op. cit.*, pág. 210; 239-42.

[75] Sobre la importancia que presenta el carácter en el planteamiento historiográfico de Amiano y Procopio consúltese R. C. Blockley, *Ammianus...*, cit., págs. 139-41 y A. M. Cameron, *Procopius...*, cit., pág. 229.

[76] El tramo que va de IV 22, 4 a IV 58, 6 suministra al menos tres ejemplos notorios de este proceder; el primero viene dado por la mención, en IV 22, 4, de los conflictos que agitaban la cúpula militar del Oriente: ninguna afirmación, ningún suceso anterior ni posterior explica o comenta dichos conflictos, que aparecen así como un dato cuya procedencia se ignora, un dato, por tanto, inexplicado. El segundo ejemplo lo suministran los abundantes capítulos y epígrafes destinados a tratar la política filogótica de Teodosio; tal política —que constituye una de las cuestiones básicas del reinado de Teodosio— se justifica exclusivamente mediante la afirmación (contenida en IV 30, 1) de que el Emperador percibía el fuerte descenso del ejército, afirmación no sólo excesivamente sumaria, sino contenida en un sintagma marginal (forma el objeto directo de un participio que acompaña al sujeto) e imprecisa (pues no queda claro si tal descenso se debía a las perjudiciales reformas de Teodosio, a las derrotas sufridas ante los godos o a la situación de desorden creada por la invasión goda). La descripción (en IV 58) de la batalla del río Frígido proporciona el tercer ejemplo: no se especifica por qué Teodosio atacó primero con las fuerzas bárbaras, ni por qué se decidió a lanzar un tercer ataque, ni cómo Arbogastes, un militar avezado, se dejó sorprender.

plenamente esta singularidad de la *Nueva Historia* debe tenerse en cuenta que, al colocar su obra bajo el signo de una teología explícita, Zósimo altera de forma esencial el planteamiento historiográfico del que parten historiadores clásicos y clasicistas; tanto unos como otros, en efecto, contemplan los acontecimientos desde una perspectiva humana, para la cual lo importante es que los hechos se sustenten y expliquen unos a otros, sin necesidad de hacer intervenir factores transcedentes a la actuación misma del hombre [77]: de aquí el imperativo de secuencialidad. En cambio, cuando la historia se presenta bajo una perspectiva teológica y providencialista —como hacen Zósimo y los autores de *Historias Eclesiásticas*— la exposición secuencial resulta seriamente obstaculizada; para tal perspectiva el rumbo de los sucesos humanos está determinado por una providencia que en definitiva es responsable de cuanto ocurre, y la pretensión de subrayar el plan divino que subyace a la historia o la procedencia divina de las vicisitudes mundanas conduce a insistir no en la trabazón de los hechos, no en su interconexión, sino en su dependencia de

[77] Otra cosa es que en los autores clasicistas esa perspectiva aparezca devaluada, horada por una serie de procedimientos laterales; inicialmente, sin embargo, su planteamiento es el mismo que el de los historiadores clásicos.

un agente suprahumano: el curso de la historia aparece así como una serie de eventos nacidos de una decisión superior y que, consecuentemente, no brotan unos de otros ni se explican por su mutua cohesión. De esta manera cabe concluir que el diseño teológico utilizado por Zósimo y la perspectiva transcedente que dicho diseño impone es el factor que priva a la *Nueva Historia* de secuencialidad y, por tanto, es el factor responsable de la falta de claridad dominante en su exposición.

Ciertamente a dicha falta de claridad deben haber contribuido factores de otra índole —como el apresuramiento o la falta de elaboración—; pero también para este proceder cabe buscar una razón profunda en la desafortunada mezcla de géneros que lleva a cabo Zósimo. Al emplear una perspectiva transcendente las *Historias Eclesiásticas* eliminaban una de las cualidades más valiosas de la historiografía clásica, la secuencialidad, la coherencia interna de la exposición; su ruptura con el estilo clásico, sin embargo, les permitía suprimir en gran medida la rigidez y las limitaciones inherentes a la historiografía clasicista, y así era posible, por ejemplo, el tratamiento de parcelas de la realidad ignoradas por estas últimas composiciones o la incorporación de documentos oficiales [78]. Por el contrario, en las composiciones clasicistas el empleo de los moldes de expresión clásicos y la consiguiente limitación lingüística y temática actuaba como un filtro entre la realidad y el historiador que entorpecía la exposición, pero el planteamiento historiográfico permitía la coherencia secuencial propia de la historiografía anterior. Pues bien, en Zósimo el empleo de una perspectiva transcedente liquida la secuencialidad, y el apego a los moldes clásicos envara y hace rígida la exposición: en tal sentido la *Nueva Historia* —lejos de fundir dos planteamientos historiográficos distintos para dar lugar a una nueva visión que supere las limitaciones de los modelos anteriores— se limita a yuxtaponer elementos de procedencia diversa dando lugar a un producto que participa de los defectos de los dos géneros historiográficos mezclados y que excluye las cualidades de cada uno ellos. Se ha dicho que el desorden es la mezcla de dos órdenes distintos; la *Nueva Historia* es una composición desordenada en el sentido que indica tal definición, lo que ocurre es que en ella desorden significa no profusión anárquica sino obstrucción y falta de fluidez. Tradicionalmente las incoherencias, los errores y las inexactitudes en que incurre la *Nueva Historia* se han explicado como consecuencias de una redacción apresurada y poco cuidadosa; es posible que esa explicación sea cierta, pero también es posible ver en la negligencia de Zósimo la reacción de un autor que deja su obra inconclusa al percatarse de los fallos que la recorren. Si ello se admite hay que admitir también que las deficiencias de la *Nueva Historia* son estructurales, pues brotan del planteamiento mismo del que parte la composición.

[78] La ruptura con el estilo clásico constituye uno de los apartados en la caracterización literaria de las *Historias Eclesiásticas* realizada por SCHWARTZ en 1908; véase exposición de dicha caracterización y revisión de algunas de las opiniones de este autor en S. CALDERONE, «Questione...», cit., págs. 144-57.

Estilo de Zósimo. La «Nueva Historia» como obra literaria.

Estilísticamente, la *Nueva Historia* acusa fuerte dependencia de la preceptiva vigente para la historiografía clasicista. Dicha preceptiva imponía una lengua elevada y culta

que debía servirse preferentemente de los términos y las fórmulas expresivas empleados por los grandes historiadores del pasado. A nivel general, ello se traduce en la utilización de un lenguaje literario y artificial, absolutamente distanciado del habla contemporánea. A nivel de léxico, en la presencia de vocablos que, recogiendo una realidad ya fenecida, se utilizan ahora para designar contenidos inexistentes en el momento en que dichos vocablos fueron creados [79]. A nivel de construcción de la frase, por último, la *Nueva Historia* delata su obediencia a la preceptiva clasicista al elegir como unidad expresiva el período retórico [80]. La observancia de las leyes del ritmo vigentes para la prosa artística, el esmero en evitar cualquier malsonancia en la conjunción de unidades fonéticas (especialmente el hiato) y la generalizada presencia de aquellos artificios propios de una dicción literaria son rasgos sobresalientes

[79] El caso más llamativo es el del término «escita»: aunque los escitas habían desaparecido de sus asentamientos danubianos hacía varios siglos, los historiadores clasicistas siguen designando con tal nombre al conjunto de los bárbaros transdanubianos —godos, carpos, sármatas, etc.—, y la única razón para ello es que «escita» —y no «godo» o «carpo»— es el término consagrado por la tradición, esto es, el utilizado por los historiadores del pasado para aludir a los pueblos que habitaban al otro lado del Danubio; igualmente llamativa es la cuidadosa omisión de palabras que pertenecen a universos conceptuales ausentes en los historiadores clásicos: se ha puesto de relieve, por ejemplo, el embarazo que evidencian los historiadores clasicistas —y los circunloquios a que, consiguientemente, recurren— cuando han de aludir a significados específicamente cristianos, y sin salir de la *Nueva Historia* resulta notable la escasísima presencia de los términos «cristiano» y «cristianismo» en una obra concebida bajo el aliento de un propósito anticristiano (sobre este último punto véase A. M. Cameron, A. D. E. Cameron, *op. cit.).*

[80] Sobre las características del período empleado por Zósimo véanse los estudios de H. Cichocka, cits.

del estilo de Zósimo. La frase es normalmente de amplias dimensiones, resultando especialmente frecuentes las construcciones participiales, ya absolutas, ya concertadas.

Si estas características son, en mayor o menor medida, comunes al conjunto de los historiadores clasicistas, la lengua de Zósimo ostenta también rasgos propios; el más conspicuo de ellos es la concisión, pero también resultan notables determinadas insuficiencias expositivas: la monotonía del tono narrativo, producto de la reiteración de un mismo esquema oracional —verbo personal en el centro, flanqueado por participios y con algún sustantivo en dependencia del verbo principal—; la sensación de acartonamiento y vaciedad que despiertan sus largas oraciones; las machaconas repeticiones de palabras, las explicaciones desmañadas y borrosas [81] y otros defectos similares que parecen derivados de un proceso de composición irreflexivo.

La concesión —cualidad que ya Focio subraya en su noticia sobre el historiador— constituye un ideal conscientemente perseguido en la *Nueva Historia*: baste recordar cómo Zósimo, enormemente dependiente de sus fuentes, modifica éstas en un solo sentido, en tanto que las despoja de cuanto no sea imprescindible para una exposición seca y descarnada. Tal aspiración se plasma, por un lado, en una dicción exenta de ornamentalismos y carente de colorido e imágenes verbales; por otro, se relaciona con una notoria ausencia, la ausencia de lo que podría llamarse momentos descriptivos. Es sabido que en los historiadores clá-

[81] En lo que respecta a repeticiones de palabras véase la tediosa reiteración del término ciudad en I 69, 2-3, o muralla en II 25, 1; como ilustración de explicaciones borrosas véase la exposición del viaje de Valesio en II 2, 1-2, o el plan atribuido a Juliano en III 24, 2. Los ejemplos podrían multiplicarse en ambos casos.

sicos el relato se ve frecuentemente interrumpido por pasajes no narrativos: piénsese, por ejemplo, en la escenificación de batallas, en la recreación plástica de episodios y acontecimientos críticos o en algo tan común dentro de la historiografía grecolatina como la reproducción de discursos. Los historiadores clasicistas continúan este procedimiento, aunque la índole de los pasajes interruptores del relato pueda verse alterado: así los discursos cambian de contenido y de función, y aparece un elemento descriptivo nuevo, los retratos de emperadores. Pues bien, nada de esto se da en la *Nueva Historia*, donde ni están presentes los contenidos descriptivos más esperables teóricamente —discursos, retratos de emperadores y escenificaciones de batallas [82]— ni figuran descripciones de otro tipo que vengan a sustituir a éstas.

La ausencia prácticamente total de momentos descriptivos representa un factor de primer orden en la creación de esa atmósfera de sequedad y desnudez que impregna la *Nueva Historia*; constituye además un rasgo que no brota de planteamientos puramente formales, sino de la ruptura con los principios historiográficos clasicistas que lleva a cabo Zósimo: en tal sentido no es casual que dicha ausencia aproxime, de nuevo, su obra a las *Historias Eclesiásticas* y la aleje de la producciones clasicistas. En un relato dominado por la secuencialidad los pasajes descriptivos des-

[82] Los discursos y las escenificaciones de batallas son elementos de primera importancia en las composiciones historiográficas clásicas y cuya vigencia se mantiene en la historiografía clasicista (pero debe precisarse que, posiblemente, ni Olimpiodoro ni Prisco insertaron discursos en su composición, véase B. BALDWIN, «Olympiodorus...», cit., pág. 230; «Priscus...», cit., pág. 48). La frecuencia de las descripciones físicas de emperadores en la historiografía tardoimperial y bizantina ha sido puesta de relieve por C. HEAD, *op. cit.*, y B. BALDWIN, «Physical...», cit.

empeñan un papel esencial; a ellos corresponde, en efecto, la misión de explicitar cuáles son las reglas, cuáles son los principios lógicos que rigen las relaciones existentes entre las diferentes unidades enunciativas. Cabría así decir que los momentos descriptivos especifican la gramática a cuyas reglas se pliega la narración posterior; tal función es fácilmente observable en los discursos de Tucídides, donde, como es sabido, el autor expone la constelación de factores que determina la actuación de los diferentes personajes históricos, y de aquí que exista una relación de estrecha conexión, e incluso de dependencia entre discursos y trozos narrativos [83]. Puesto que la *Nueva Historia* carece de secuencialidad, su autor procede de manera consecuente al suprimir las descripciones, ya que la misión de éstas resulta ahora innecesaria; y la austeridad compositiva resultante en gran medida de esa supresión guarda coherencia con el factualismo de Zósimo, con su tendencia a presentar el curso de la historia como una sucesión de hechos que se explican no por su mutua trabazón, sino por su conformidad a los dictados de una potencia transcendente.

Un vez más, sin embargo, la coherencia de Zósimo es incompleta. La lengua empleada por la historiografía clásica y clasicista alberga un gran potencial de análisis y reconstrucción; Zósimo utiliza la misma lengua para consignar datos que ni analiza ni reconstruye. Este despilfarro —entendiendo como tal la no explotación— de posibilidades expresivas crea un desfase entre forma y contenido

[83] La interdepedencia entre relato y discurso en la obra de Tucídides ha sido muy comentada: véase, por ejemplo, J. DE ROMILLY, *Histoire...*, cit., págs. 16; 49. Sobre los discursos de Tucídides como elementos organizadores de la consistencia narrativa consúltese C. SCHNEIDER, *op. cit.*, págs. 41; 46-47.

en virtud del cual las frases parecen huecas y el estilo rígido y artificioso. La vigencia de un procedimiento de exposición que no se demora en el examen de los hechos, sino que se satisface con registrarlos, hace que el mismo esquema enunciativo pueda ser utilizado, y de hecho lo sea, una y otra vez, de donde la impresión de monotonía. Las repeticiones, oscuridades y demás torpezas de expresión parecen, por último, traicionar la incomodidad del autor, su embarazo al tener que usar un instrumento de comunicación desajustado con las premisas historiográficas de su obra.

Historia del texto de la «Nueva Historia» [84].

La ausencia de noticias referentes a Zósimo en la literatura bizantina parece indicar que la *Nueva Historia* circuló de manera clandestina; responsable de ello, evidentemente, es la tendencia anticristiana de la obra. A la misma tendencia —más exactamente, a la censura provocada por ella— se han atribuido las dos grandes lagunas que presenta el texto: la situada al final del libro I, donde falta un fascículo completo, y la producida tras V 22, 3, por la desaparición de un folio; la preservación de pasajes virulentamente anticristianos —especialmente V 29— parece, sin embargo, invalidar dicha hipótesis. En todo caso, la laboriosa composición del códice que transmite la obra y la abundancia en él de anotaciones fechadas en distintas épocas indican que, pese a su circulación clandestina, el

[84] En todo este apartado sigo las exposiciones de L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, págs. XV-XXI; F. PASCHOUD, ed. cit., I, págs. LXXV-LXXXVIII, y A. M. FORCINA, *op. cit.*, págs. 26-29.

texto de la *Nueva Historia* también fue objeto en Bizancio de atención, curiosidad y una firme voluntad de preservación.

La *Nueva Historia* se ha transmitido en un códice, el *Vaticanus graecus* 156, del que son apógrafos el resto de los manuscritos conocidos [85]. Dicho códice fue copiado entre los siglos X y XI [86], y su presencia en la Biblioteca Vaticana esta atestiguada ya para 1475. Posiblemente fue este manuscrito el que utilizó Poliziano, quien en su *Miscellanea*, aparecida en 1489, reproduce el oráculo concerniente a los Juegos Seculares (I 58 = Zósimo, II 6), suministrando así la primera cita renacentista de la *Nueva Historia*. El pasaje referente a la fundación de Constantinopla fue traducido al latín por Pierre Giles, que incorporó la traducción a su *De topographia Constantinopoleos*, publicada en 1555 (I 3 = Zósimo, II 29, 3-30, 2). Una traducción latina, debida a autor desconocido, de la digresión sobre los Juegos Seculares fue reproducida por Onofrio Panvinio en su obra sobre el mismo tema fechada en 1558 (*Thes. antiq. Rom.* t. IX, págs. 1067 ss. = Zósimo, II 1-7).

Poco después el cardenal Sirleto, prefecto del Vaticano, recluyó el *Vat. Graec.* 156 en las profundidades de la Biblioteca Vaticana, hecho descrito por M. A. Muret, en carta del 2 de noviembre del 1572, con las siguientes palabras: «*...Zosimus, quem Sirletus abdendum iampridem*

[85] Fue A. KIESSLING, *op. cit.*, quien por primera vez demostró esta circunstancia.

[86] De los cuatro copistas que intervinieron en la copia del *Vat. Graec.* 156 los dos primeros se sitúan en la segunda mitad del X y los dos segundos en la segunda mitad del XI (cf. A. M. FORCINA, *op. cit.*, págs. 16-25; para F. PASCHOUD, ed. cit., pág. LXVII, en cambio, la cuarta mano data del siglo XII).

curavit in penitissimam partem bibliothecae Vaticanae, damnatum tenebris et carcere caeco». Con ello el manuscrito quedó sustraído a la consulta de los eruditos, de suerte que todas las ediciones totales o parciales de la *Nueva Historia* hasta 1887 debieron efectuarse sobre copias defectuosas del *Vat. Graec.* 156. Una traducción latina completa realizada por Johannes Löwenklau *(Leunclavius)* apareció en 1576. Cinco años más tarde Henri Estienne *(Stephanus)* publicó el texto griego de los dos primeros libros. En 1590, Sylburg editó por primera vez el texto griego completo de la *Nueva Historia*. Le siguieron las ediciones de C. Keller (*Cellarius*; su primera edición apareció en 1679; de 1713 data una segunda edición que fue reimpresa en 1729 y 1779), de T. Smith (también fechada en 1679) y de I. F. Reitermeier (1784); en lo referente al texto esta última ofrece escasas mejoras, pero el comentario histórico que lo acompañaba fue el primero que se hizo sobre la *Nueva Historia*. La edición de I. Bekker (1837) mejoró el texto de Reitermeier eliminando modificaciones poco acertadas y proponiendo un buen número de correcciones perspicaces.

Una nueva etapa en el conocimiento de Zósimo comienza cuando, en 1887, Mendelssohn publica su edición de la *Nueva Historia* basada en el *Vat. Graec.* 156. Acompañada de un aparato crítico que incluye valiosas notas de contenido diverso, la edición de Mendelssohn presenta un texto que aún hoy día puede utilizarse sin recelo; igualmente apreciable es la densa y penetrante introducción.

De 1971 a 1989 aparece la edición de la *Nueva Historia* realizada por F. Paschoud. Paschoud introduce pocas modificaciones respecto al texto presentado por Mendelssohn; pero su edición va acompañada de una excelente traducción francesa y de un amplio comentario que constituye una aportación de primer orden para el esclarecimiento de la *Nueva Historia* y, mas en general, para el conocimiento de la historia tardoimperial. La introducción, además, representa el más completo de los trabajos generales existentes sobre Zósimo.

La primera traducción de la *Nueva Historia* a lengua moderna fue la francesa de 1686; imprecisa, llena de lagunas y poco fiable, se debe a L. Cousin. Más correcta es la versión alemana publicada en 1802-1804 por Seybold y Heyler. A la traducción inglesa de J. J. Buchanan y H. T. Davies, fechada en 1967, cabe achacar su excesiva dependencia de la versión latina de Leunclavius. Una nueva, cuidada y fiable versión inglesa ha sido efectuada por R. T. Ridley (Camberra, 1982). Igualmente correcta es la traducción italiana de F. Conca (Milán, 1977). La *Nueva Historia* ha sido traducida también al checo por A. Hartmann (Praga, 1983).

La presente traducción, la primera al castellano de la *Nueva Historia*, ha sido realizada sobre el texto de Paschoud. La escasas ocasiones en que se acepta una lectura divergente están recogidas en la lista que sigue.

El estilo de Zósimo es retórico y artificioso; ha parecido oportuno mantener en la tradución estos rasgos, aun al precio de ofrecer un texto cuya comprensión requiere, en ocasiones, una lectura pausada y reflexiva.

Cualquier trabajo de investigación que utilice a Zósimo debe partir del comentario que acompaña a la edición de Paschoud. En él han bebido abundantemente nuestras notas, cuyo propósito, sin embargo, es más modesto, pues no pretenden servir de instrumento auxiliar al investigador, sino facilitar al lector la comprensión del texto; de acuerdo con ello persiguen exclusivamente cuatro objetivos: ofrecer una guía geográfica y cronológica; detectar los errores y confusiones tan frecuentes en Zósimo; consig-

nar la existencia de versiones divergentes de la que presenta este autor; y restituir al relato la coherencia que no se desprende del texto desnudo de la *Nueva Historia*. Determinados pasajes de Zósimo, por otra parte, requieren un comentario cuya extensión supera las normas de la B. C. G. este comentario se ofrece en el libro *La historia como instrumento de propaganda política y religiosa. Historiadores paganos e historiadores cristianos a finales de la Antigüedad*, debido al autor de estas líneas y actualmente en prensa.

En el capítulo de los agradecimientos debo empezar citando a los profesores Jacques Fontaine y François Paschoud, que en enero-febrero de 1989 leyeron una primera versión de esta introducción y formularon observaciones que me han sido de gran utilidad; evidentemente los errores o insuficiencias que quedan en ella son de mi exclusiva responsabilidad. En más de una ocasión el profesor Antonio Bravo me ha orientado en la profusa selva de la historiografía bizantina; gracias a él, además, he tenido acceso a los fondos bibliográficos de la Biblioteca de Filología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid. Por último, pero no en último lugar, quiero agradecer al profesor Carlos García Gual, asesor de la sección griega de la B. C. G., su estímulo y su paciencia ante las interminables demoras en que ha incurrido la terminación del presente libro.

Divergencias respecto a la edición de Paschoud (París, 1971-1989)

	Paschoud	Lectura adoptada
I, 34, 3	ἱεροῦ	Ἱεροῦ (Lampsidis)
V, 16, 1	ἐλθόντος ⟨τε⟩	ἐλθόντος ἔτι (*Vat. Graec.* 156)
V, 17, 1	⟨ἐπ⟩έπεμπε	ἔπεμπε (*Vat. Graec.* 156)
V, 32, 2	τὸ κεφάλαιον	τι κεφάλαιον (Mendelssohn)
V, 41, 2	ἔπεισιν	ἐπήισεν (Mendelssohn)
VI, 6, 2	καταλαβών	περιλαβών (Mendelssohn)
VI, 7, 5-6	πεπεισμένος. 6 Δρύμαν	πεπεισμένος, 6 Δρύμαν (Mendelssohn)
VI, 8, 1	ἐάσειν	ἕξειν (*Vat. Graec.* 156)

RELACIÓN DE FUENTES ANTIGUAS POSTERIORES AL 300

(La presente lista recoge aquellas obras griegas y latinas posteriores al 300 que son mencionadas en las notas. Éstas utilizan para los autores griegos las abreviaturas y sistemas de cita empleados por *A Greek-English Lexicon* (H. G. LIDDELL y R. SCOTT, Oxford, 1968) y *A Patristic Greek Lexicon* (S. W. H. LAMPE, Oxford, 1961), para los latinos los del *Thesaurus Linguae Latinae*.)

AGUSTÍN (DE HIPONA): 354-430. Obispo de Hipona, ha dejado una abundante masa de escritos, entre ellos *De civitate Dei* (*civ.*), en 22 libros.

AMBROSIO: 339/40-397. Obispo de Milán. Además de abundantes obras teológicas, ha dejado himnos, cartas y dos discursos funerarios, dedicados a Valentiniano II (*obit. Valent.*) y Teodosio I.

AMIANO MARCELINO: segunda mitad del siglo IV. De sus *Res gestae*, que abarcaban en 31 libros desde el año 98 d. C. hasta el 378, se nos han conservado los 18 últimos libros.

Anonymus Valesianus (Anon. Vales.): el título se refiere a dos obras distintas, debidas ambas a autor desconocido, el *Anonymus Valesianus Prior*, que trata la vida de Constantino y el *Anonymus Valesianus Posterior*, que trata la historia de Italia bajo Odoacro y Teodorico. Las citas en las notas se refieren siempre a *Anonymus Valesianus Prior*.

ARNOBIO: rétor africano. Tras su conversión al cristianismo publica, poco antes del año 300, su *Adversus nationes (nat.)*, en siete libros y dirigido contra la religión pagana.

ASTERIO (DE AMASEA): muerto en el 410. De él nos han llegado más de 20 homilías.

AURELIO VÍCTOR: segunda mitad del IV. Nacido en África y pagano, su *Liber de Caesaribus* contiene biografías breves de emperadores desde Augusto hasta Constancio II, finalizando en el 360.

AUSONIO: 310-393/4. Rétor latino, nació y desarrolló su actividad en Galia. Su obra comprende poesías de contenido diverso y un epistolario.

CEDRENO (JORGE CEDRENO): Posiblemente monje. Compuso hacia finales del XI o principios del XII una historia universal que comenzaba con la creación y alcanzaba hasta el 1057.

CLAUDIANO: Muerto poco antes del 410. Poeta y cortesano al servicio de Estilicón, es una de las figuras literarias más importantes del siglo IV. Nos ha dejado abundantes composiciones poéticas.

Codex Theodosianus (Cod. Theod.): la más antigua de las recopilaciones romanas de leyes, contiene más de 2.500 disposiciones legales, comenzando en el 312. Fue realizada bajo el reinado de Teodosio II y sancionada por este monarca en el 438.

Collectio Avellana (Avell.): Compilación de 243 cartas latinas de emperadores y papas que van desde el 367 hasta el 553.

Consularia Constantinopolitana (Consul. Constant.): se trata de una lista eponímica acompañada de ocasionales y breves anotaciones. Divisible en tres partes, la primera se refiere fundamentalmente a la ciudad de Roma y abarca desde la implantación de la República romana hasta la fundación de Constantinopla. La segunda abarca desde dicha fundación hasta el 395 y concede especial atención a los asuntos de Constantinopla. La tercera, del 395 al 468, mira a Occidente, y sobre todo a los asuntos de Hispania.

Consularia Italica (Consul. Ital.): conjunto de documentos (fundamentalmente crónicas y listas eponímicas acompañadas de breves anotaciones) que brindan noticias para el período que va desde los orígenes de Roma hasta el siglo VIII. Editados por Mommsen en 1892, en el tomo I de sus *Chronica Minora (chron. I = Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi. IX 1).*

CONTINUADOR ANÓNIMO DE DIÓN CASIO: noticias sobre distintos emperadores, desde Valeriano a Licinio y Constantino, contenidas en el manuscrito que transmite los *Excerpta de sententiis (Vat. Graec.* 73 [*olim* 91]), donde siguen sin indicación ninguna a los *excerpta* de Casio Dión.

Cronógrafo del año 354: recopilación de composiciones (calendario de fiestas, listas de cónsules, papas y prefectos de Roma, crónica de Roma y del mundo y otras más) en cuyo título figura como autor el calígrafo Furio Dionisio Filócalo.

Chronica Gallica (Chron. Gall.): conjunto de documentos (básicamente una breve noticia de Valentiniano I, Valente, Graciano, Teodosio, Arcadio y Honorio y una crónica que va desde Adán hasta principios del siglo VI). Editados por Mommsen en 1892, en el tomo I de sus *Chronica Minora.*

Chronicon Paschale (Chron. Pasch.): crónica universal anónima que alcanza hasta el 628. Compuesta en griego durante el VII.

Epitome de Caesaribus (epit.): conjunto de biografías imperiales desde Augusto hasta el 390. De autor anónimo, ha sido transmitida en el *corpus* manuscrito de Aurelio Víctor.

EUNAPIO: nacido en 349 y muerto en el primer cuarto del V. Rétor griego, de él se nos han conservado una *Vidas de Sofistas (VS)* y fragmentos de su obra histórica, que comprendía desde el 270 al 404.

EUSEBIO (DE CESAREA): su vida transcurre entre el 260 y el 340 (aprox.). Obispo de Cesarea y consejero de Constantino, ha dejado una abundante e importante obra. Se le debe la primera *Historia Eclesiástica (h. e.)* y una *Vida de Constantino (v. C.).*

EUTROPIO: Dignatario romano, desempeñó importantes cargos en la segunda mitad del IV. Su *Epítome de historia romana* abarca desde Rómulo hasta Joviano.

EVAGRIO (ESCOLÁSTICO): Abogado de Antioquía, terminó en el 593/4 una *Historia Eclesiástica* que concluía en dicho año y se iniciaba en el 431.

FESTO: Ocupó importantes cuerpos en la administración estatal durante la segunda mitad del IV. Su *Epítome* abarca desde los orígenes de Roma hasta el 364, subrayando el crecimiento paulatino del Imperio Romano.

FILOSTORGIO: nacido en el 368, escribió una *Historia Eclesiástica* de tendencia eunomiana. Conservada sólo en fragmentos, continuaba la *Historia Eclesiástica* de Eusebio y alcanzaba hasta el 425.

FOCIO: Teólogo, erudito y dignatario eclesiástico del siglo IX, su *Biblioteca* presenta resúmenes y exposiciones del contenido de 279 obras.

GREGORIO NACIANCENO: 329/30-finales del IV. Teólogo, literato y obispo, dejó una abundante obra escrita. Sus discursos 4 y 5 son invectivas contra Juliano.

GREGORIO DE TOURS: obispo de Tours del 572 al 594, su *Historia de los francos* es fuente principal para la historia gala desde finales del IV.

Historia Augusta (HA): Conjunto de 30 biografías de emperadores desde el 117 hasta el 285. Presuntamente escritas a principios del siglo IV por seis autores distintos, pero probablemente obra de un solo autor que vivió a finales de dicho siglo.

HIDACIO: 394-470 (aprox.). Obispo de *Aquae Flaviae* (act. Chaves, Galicia), escribió una crónica que continuaba la de Jerónimo hasta el 468. Fuente principal para la historia de Hispania.

JERÓNIMO: de formación retórica, asceta, erudito, secretario del papa Dámaso en el 382-385. Dejó abundantes escritos, entre

ellos una crónica (traducción latina y prolongación hasta el 378 de la crónica universal de Eusebio) y abundantes cartas.

JORDANES: historiador latino de origen godo, obispo de Crotona; hacia la mitad del VI publica su *Historia gética* (*Get.*, historia de los godos desde sus orígenes míticos hasta la era de Jordanes; resumen de la *Historia de los godos* de Casiodoro) y su *Historia romana* (*Rom.*, historia de Roma desde los orígenes).

JORGE SINCELO: monje y secretario del patriarca de Constantinopla (a tal cargo alude el griego *synkellos*), escribió el 806 una historia universal desde la creación hasta el 284.

JUAN DE ANTIOQUÍA: acreditado como autor de una historia desde Adán hasta el 610, no se sabe nada de su persona ni de la época en que vivió. De su obra se han conservado sólo fragmentos.

JUAN CRISÓSOTOMO: discípulo de Libanio, obispo de Antioquía primero y Constantinopla después, murió en el 407. Dejó una abundante obra compuesta por escritos teológicos, homilías y cartas.

JUAN LIDO: erudito nacido hacia el 490, sirvió en la administración bajo Justiniano. Escribió una composición sobre los cargos de la República y el Imperio, otra sobre los presagios y una tercera sobre los meses, las fiestas y costumbres, la ordenación de los días y el cómputo del tiempo *(De mensibus)*.

JULIANO: emperador muerto en el 362, sus escritos comprenden discursos, cartas y epigramas, además de fragmentos de la obra *Contra los galileos*.

LACTANCIO: rétor, nombrado en el 317 preceptor de Crispo, el hijo de Constantino. Entre sus obras se encuentran el *Sobre la muerte de los perseguidores (mort. pers.)*, fuente principal para la historia de la Tetrarquía, y las *Instituciones divinas (inst.)*.

LIBANIO: 314-393. Rétor de gran renombre en su tiempo, fue maestro y amigo de Juliano. Su muy abundante obra se compone de discursos y cartas.

MALALAS: de origen sirio, vivió en el VI y compuso una historia universal que comenzaba por la historia mítica de Egipto y llegaba hasta su época.

MACROBIO: erudito, estudioso de las antigüedades romanas y miembro del orden senatorial romano, compuso sus *Saturnalia (sat.)* probablemente poco después del 430.

Notitia Dignitatum (Not. dig.): fechable hacia el 425, consiste en una lista latina de los altos cargos de ambas partes del Imperio.

Notitia Galliarum (Not. Gall.): catálogo, fechable hacia el 400, de las provincias y ciudades galas.

OLIMPIODORO: Poeta, diplomático e historiador, su *Silva histórica* trataba los acontecimientos del Oeste desde el 407 hasta el 425.

OROSIO: presbítero, huido de la Península Ibérica a África en 414 para escapar a la invasión de los vándalos. En África y bajo el estímulo de San Agustín escribe su *Historia contra los paganos*, que trataba en 7 libros la historia universal desde Adán hasta el 417.

Panegíricos Latinos (Paneg.): colección de 12 panegíricos dirigidos a emperadores (Trajano, Constancio I, Constantino I, Juliano, Teodosio I), en cuya presencia fueron recitados.

PEDRO PATRICIO: 500-562 (aprox.). Abogado, embajador y dignatario, sus *Historias*, conservadas fragmentariamente, comenzaban quizás en el Segundo Triunvirato y llegaban hasta Juliano.

POLEMIO SILVIO: dignatario galo, compuso hacia la mitad del V, entre otras obras, una lista de emperadores desde César hasta Juan Primicerio y un epítome histórico.

PRAXÁGORAS: además de otros escritos históricos, compuso una obra que trataba el reinado de Constantino I hasta su victoria final sobre Licinio. Fuertemente encomiástica hacia Constantino I, la obra fue quizás escrita con motivo de la fundación de Constantinopla.

PROCOPIO (DE CESAREA): quizás la figura literaria más importante del siglo VI, es famoso sobre todo por sus composiciones históricas, centradas en las guerras libradas bajo el reinado de Justiniano.

PRÓSPERO TIRO: natural de Aquitania, hacia la mitad del V publica una crónica que tomando como base la crónica de Jerónimo alcanza hasta su época.

PRUDENCIO: 348-principios del V. Natural de Hispania y dignatario, es uno de los más importantes poetas latinos del IV.

PSEUDO JERÓNIMO: bajo tal autoría se designan las cartas dudosas o espúreas atribuídas a Jerónimo, algunas de las cuales son homilías genuínas, otras opúsculos o cartas debidas a diversos autores.

RUFINO: nacido en Aquilea hacia el 345, su *Historia Eclesiástica* traduce al latín de la obra del mismo título de Eusebio y prolonga el relato hasta el 395.

SERVIO: contemporáneo de Macrobio y como él relacionado con los círculos senatoriales, escribió un extenso comentario de Virgilio muy leído en la Edad Media.

SÍMACO: 370-413 (aprox.) Senador romano, de él nos han llegado discursos (entre ellos panegíricos), cartas e informes dirigidos al Emperador *(relationes)*.

SINESIO: 370-413. Filósofo y obispo de Tolemaide (Egipto). Ha dejado tratados de contenido diverso, entre ellos *Sobre la Providencia (provid.)* y *Discurso sobre la realeza (regn.)*.

SÓCRATES: 380-440 (aprox.). Abogado de Constantinopla, su *Historia Eclesiástica* continúa hasta el 439 la obra del mismo título de Eusebio.

SOZÓMENO: nacido en Gaza, ejerce la abogacía en Constantinopla. Hacia el 443/50 compone su *Historia Eclesiástica*, que trata el período del 324 al 425.

Tabula Peutingeriana: llamada así por el humanista K. Peutinger, consiste en un mapa o itinerario en que se consignan ciudades y caminos con indicación de distancias y de albergues. Conservado en un rollo de pergamino de unos 7 × 0,30 m. realizado en el XII sobre un modelo del IV.

TEMISTIO: filósofo, orador y dignatario, desempeñó importantes cargos en la segunda mitad del IV. Ha dejado discursos y comentarios a Aristóteles.

TEODORETO (DE CIRRO): obispo de Cirro (al este de Antioquía). Dejó abundantes escritos, entre ellos una *Historia Eclesiástica (h. e.)* terminada hacia el 450 y que continuaba la de Eusebio hasta el 428 y una *Historia religiosa (h. rel.)* compuesta por biografías de monjes.

VEGECIO: autor de un *Breviario de cuestiones militares* dedicado a temas bélicos y relacionados con la actividad militar. Fue compuesto posiblemente a finales del IV.

ZONARAS: siglo XI. Oficial de la guardia imperial y monje después, compuso un *Manual histórico* que partía de la Creación y llegaba al 1118.

BIBLIOGRAFÍA

(Los títulos de revistas y colecciones se consignan según las abreviaturas empleadas en *L'Année Philologique*. Cuando se citan dos ediciones de una obra, es a la segunda, entre paréntesis, a la que remite la paginación indicada en las notas.)

G. Albert, «Stilicho und der Hunnenfeldzug des Eutropius», *Chiron* 9 (1979), 621-645.

—, «Zur Chronologie der Empörung des Gainas im Jahre 400 n. Chr.», *Historia* 29 (1980), 504-508.

—, *Goten in Konstantinopel. Untersuchungen zur oströmischen Geschichte um das Jahr 400 n. Chr.*, Paderborn, 1984.

A. Alföldi, «Der Usurpator Aureolus und die Kavallerienreform des Gallienus», *ZN* 37 (1927), 197-212 (= *Studien zur Geschichte der Weltkrise des 3. Jahrhundert nach Christus*, Darmstadt, 1967, págs. 1-15).

—, «Die Vorherrschaft der Pannonier im Römerreiche und die reaktion des Hellentums unter Gallienus», *Fünfundzwanzig Jähre römisch-germanische kommision*, Berlín-Leipzig, 1929, págs. 11-51 (= *Studien...*, págs. 228-284).

—, «Das Problem des verweiblichten Kaisers Gallienus», *ZN* 38 (1930), 156-203 (= *Studien...*, págs. 57-72).

—, «Die Ausgestaltung des monarchischen Zeremoniells am römischen Kaiserhof», *MDAI(R)* 49 (1934); «Insignien und Tracht der römischen Kaiser», *MDAI(R)* 50 (1935) (= *Die

monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche*, Darmstadt, 1970).

—, «Die Hauptereignisse der Jähre 253-261 n. Chr. im Orient im Spiegel der Münzprägung», *Berytus* 4 (1937), 41-68 (= *Studien...*, págs. 123-154).

—, «Die römische Münzprägung und die historischen Ereignisse im Östen zwischen 260 und 270 n. Ch.», *Berytus* 5 (1938), 47-92 (= *Studien...*, págs. 155-209)

—, «The Invasions of Peoples from the Rhine to the Black Sea»; «The Crisis of the Empire (a. D. 249-279)», *The Cambridge Ancient History* XII, Cambridge, 1939, págs. 138-164; 165-231 (= *Studien...*, págs. 312-426).

—, «On the Foundation of Constantinople: a Few Notes», *JRS* 37 (1947), 10-16.

—, *The Conversion of Constantine and Pagan Rome*, Oxford, 1949.

—, «Über die Juthungeneinfalle unter Aurelian», *BIAB* 16 (1950), 21-24 (*Serta Kazaroviana I*) (= *Studien...*, págs. 427-430).

M. G. Angelli Bertinelli, «I romani oltre l'Eufrate nel II secolo d. C. (le province di Assiria, di Mesopotamia e di Osroene)», *ANRW* II 9, 1 (1976), 3-45.

J. Arce, «Constantius II Sarmaticus and Persicus: a Reply», *ZPE* 55 (1984), 225-232.

—, «La tumba del emperador Juliano», *Lucentum* 3 (1984), 181-191.

—, *Estudios sobre el emperador Fl. Cl. Juliano (Fuentes literarias. Epigrafía. Numismática)*, Madrid, 1984.

—, «La rebelión de los judíos durante el gobierno de Constancio Galo César», *Athenaeum* 65 (1987), 109-125.

N. J. E. Austin, «Julian at Ctesiphon: a Fresh Look at Ammianus Account», *Athenaeum* 60 (1972), 301-309.

—, «A Usurper's Claim to Legitimacy. Procopius in a. D. 365/6», *RSA* 2 (1972), 187-194.

G. Avenarius, *Lukians Schrift zur Geschichtsschreibung*, Meisenheim am Glan, 1956.

A. Baldini, *Ricerche sulla Storia di Eunapio di Sardi*, Bolonia, 1984.

H. R. Baldus, «Theodosius der Grosse und die Revolte des Magnus Maximus - das Zeugnis der Münzen», *Chiron* 14 (1984), 175-192.

B. Baldwin, «Crime and Criminals in Graeco-roman Egypt», *Aegyptus* 3/4 (1963), 256-63.

—, «The Career of Oribasius», *AClass* 18 (1975), 85-97.

—, «Malchus of Philadelphia», *DOP* 31 (1977), 89-107

—, «Olympiodorus of Thebes», *AC* 49 (1980), 212-31.

—, «Priscus of Panium», *Byzantium* 50 (1980), 18-61.

—, «Physical Descriptions of Byzantine Emperors», *Byzantion* 51 (1981), 8-21.

P. A. Barceló, «Die Religionspolitik des Kaiser Constantins des Grossen vor der Schlacht an der Milvischen Brucke», *Hermes* 116 (1988), 76-94.

T. D. Barnes, «Constans and Gratian in Rome», *HSPh* 79 (1975), 325-333.

—, «Imperial Campaigns, a. D. 285-311», *Phoenix* 30 (1976), 174-193.

—, «Imperial Chronology, a. D. 337-350», *Phoenix* 34 (1980), 160-166.

—, *Constantine and Eusebius*, Cambridge-Massachusetts-Londres, 1981.

P. Bastien, *Le monnayage de Magnence (340-353)*, Wetteren, 1964.

J. Béranger, «Le refus du pouvoir. Recherches sur l'áspect ideologique du principat», *MH* 5 (1948), 178-196.

—, «Julien l'apostate et l'heredité du pouvoir imperial», *Bonner Historia-Augusta-Colloquium 1970*, Bonn, 1972, págs. 75-93.

L. Berardo, «Struttura, lacune e struttura delle lacune nell'Historia Nea di Zosimo», *Athenaeum* 54 (1976), 472-81.

M. V. Bibikov, «Antike und byzantinische Geschichtsschreibung. Raum und Zeit als historische Dimensionen. Der historische Held», *Philologus* 129 (1985), 262-273.

J. Bidez, *La Vie de l'Empereur Julien*, París, 1930.

A. Birley, *Septimius Severus*, Londres, 1971.

E. Birley, «Local Militias in the Roman Empire», *Bonner Historia-Augusta-Colloquium*, Bonn, 1976, págs. 65-73.

R. C. Blockley, «Constantius Gallus and Julian as Caesars of Constantius II», *Latomus* 31 (1972), 433-68.

—, *Ammianus Marcellinus. A Study of His Historiography and Political Thought*, Bruselas, 1975.

—, «Was the First Book of Zosimus' New History Based on More than Two Sources?», *Byzantion* 50 (1980), 393-402.

—, *The Fragmentary Classicing Historians of the Later Roman Empire*, Liverpool, 1981.

—, *The Fragmentary Classicing Historians of the Later Roman Empire. II Text, Translation and Historigraphical Notes*, Liverpool, 1983.

L. de Blois, *The Policy of the Emperor Galienus*, Leyden, 1976.

W. Böhme, «Dexippi fragmenta ex Iulio Capitolino Trebellio Pollione Georgio Syncello collecta», *Commentationes philologicae Ienenses* 2 (Leipzig, 1883), 1-90.

E. von Borries, «Iulianos», *RE*, X 1 (1917), cols. 26-93.

A. B. Bosworth, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander. Volume I*, Oxford, 1980.

G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Londres, 1978.

—, *Roman Arabia*, Cambridge-Massachusetts-Londres, 1983.

A. K. Bowman, «Papyri and Roman Imperial History, 1960-75», *JRS* 66 (1976), 153-73.

A. Bravo García, «La poesía griega en Bizancio: su recepción y conservación», *Filología Románica* 6 (1989), 277-324.

P. Brin d'Amour, «L'origine des Jeux seculaires», *ANRW* II 16, 2, 1354-1417.

R. Browning, «The Riot of a. d. 387 in Antioch», *JRS* 42 (1952), 13-20.

L. Bürchner, «Chersonesos», *RE*, III 2 (1899), cols. 2242-2251.

J. Burian, «Maximinus Thrax. Sein Bild bei Herodian und in der Historia Augusta», *Philologus* 132 (1988), 230-244.

T. S. BURNS, «The Battle of Adrianople: a Reconsideration», *Historia* 22 (1973), 336-345.

T. BÜTTNER-WOBST, «Der Tod des Kaisers Julian. Eine Quellenstudie», *Philologus* 51 (1982), 561-580 (=KLEIN [ed.], *Julian Apostata...*, págs. 24-47).

S. CALDERONE, «Teologia politica, succesione dinastica e consecratio in età constantiniana», en el vol. colectivo *Le culte des souverains dans l'Empire romaine*, Ginebra, 1972, págs. 215-269.

—, «Questione eusebiane», en el vol. colectivo *La Storiografia Ecclesiastica nella tarda antichità*, Mesina, 1980, págs. 135-157.

J.-P. CALLU, *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, París, 1969.

M. CALTABIANO, «I trionfi di Constanzo II», en el vol. colectivo *Studi di Antichità in memoria di C. Gatti*, Milán, 1987, págs. 37-47.

A. D. E. CAMERON, «Gratian's Repudiation of the Political Robe», *JRS* 58 (1968), 96-102.

—, «The date of Zosimus New History», *Philologus* 113 (1969), 106-110.

—, «Theodosius the Great and the Regency of Stilicho», *HSCPh* 73 (1969), 247-280.

—, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, 1970.

—, «Paganism and Literature in Late Fourth Century Rome», en el vol. colectivo *Christianisme et formes litteraires de l'antiquité tardive en Occident*, Ginebra, 1977, págs. 1-30.

A. M. CAMERON, «The Scepticism of Procopius», *Historia* 25 (1966), 466-482.

—, *Procopius*, Londres, 1985.

A. M. CAMERON, A. D. E. CAMERON, «Christianity and Tradition in the Historiography of the Later Roman Empire», *CQ* 24 (1964), 316-328.

P. CAMUS, *Ammien Marcellin*, París, 1967.

J. M. CANDAU, «Teocracia y ley: la imagen de la realeza en Juliano», en el vol. colectivo *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, 1988, págs. 165-189.

—, *La historia como instrumento de propaganda política y religiosa. Historiadores paganos e historiadores cristianos a finales de la Antigüedad* (en prensa).

L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, 1973.

H. CICHOCKA, «Begriff und Grundform der historischen Periode», *Eos* 68 (1980), 217-227.

—, «La prose rythmique de Zosime», *JOEByz* 32 (1982), 345-354.

—, «Die Periodenkonstruktionen bei Zosimos», *JOEByz* 35 (1985), 92-113.

—, «La prose historique de Zosime», en el vol. colectivo *From Late Antiquity to Early Byzantium*, Praga, 1986, págs. 253-256.

—, «The Construction and Function of the Monocolic Period in Zosimus' New History», *LF* 110 (1987), 16-24.

F. CONCA, *Zosimo. Storia Nuova. A cura di...*, Milán, 1977.

D. CONDUCHÉ, «Ammien Marcellin et la morte de Julien», *Latomus* 24 (1965), 359-380.

B. COULIE, «De l'Empire romaine à l'Empire Byzantine: le choix d'une capital et d'une identité», *LEC* 5 (1987), 320-327.

P. COURCELLE, «Anti-christian Arguments and Christian Platonism: from Arnobius to Ambrose», en el vol. colectivo *The Conflict between Paganism and Christianity in the fourth Century*, Oxford, 1963, págs. 151-192.

L. CRACCO RUGGINI, «Sofisti greci nell'Impero romano», *Athenaeum* 49 (1971), 410-425.

—, «Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo», en el vol. colectivo *Studi Storici A. Bertolini*, Pisa, 1973 (edición por separado, Pisa, 1972).

—, «Pubblicistica e storiografia bizantine di fronte alla crise dell'Impero romano», *Athenaeum* 51 (1973), 146-183.

—, «The Ecclesiastical Histories and Pagan Historiography: Providence and Miracles», *Athenaeum* 55 (1977), 107-126.

A. Chastagnol, *L'évolution politique, sociale et économique du monde romaine de Dioclétien à Julien*, París, 1982.
G. F. Chesnut, *The First Christians Histories. Eusebius, Socrates, Sozomen, Theodoret and Evagrius*, 2.ª ed., Mercer University Press, 1986.
A. Christensen, W. Ensslin, «Sassanid Persia», *The Cambridge Ancient History* XII, Cambridge, 1939, págs. 109-137.
M. Christol, «Les règnes de Valérien et de Gallien (253-268): travaux d'ensemble, questions chronologiques», *ANRW* II 2 (1975), 803-827.
G. Dagron, *Naissance d'une capital. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, 2.ª ed., París, 1984.
A. Demandt, «Der Tod des älteren Theodosius», *Historia* 18 (1969), 598-626.
—, «Magister militum», *RE*, Suppl. XII (1970), cols. 553-790.
—, «Geschichte in der spätantike Gesellschaft», *Gymnasium* 8 (1982), 255-252.
—, *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian 284-565*, Munich, 1989.
A. Demandt, G. Brummer, «Der Prozess gegen Serena im Jahre 408 n. Chr.», *Historia* 26 (1977), 477-502.
E. Demougeot, *De l'unité a la division de l'Empire romaine*, París, 1951.
—, *La formation de l'Europe et les invasions barbares. Des origines germaniques à l'avènement de Dioclétien*, París, 1969.
—, *La formation de l'Europe et les invasions barbares. De l'avènement de Dioclétien (284) à l'ocupation germanique de l'Empire romain d'Occident (début du VI siècle)*, París, 1979.
J. Desanges, «Les relations de l'Empire Romain avec l'Afrique nilotique et érythréenne, d'Auguste à Probus», *ANRW* II 10, 1 (1988), 3-43.
H.-J. Diesner, «Gildos Herrschaft und die Niederlage bei Theueste (Tebessa)», *Klio* 40 (1962), 178-86.
—, «Protectores (domestici)», *RE*, Suppl. XII (1968), cols. 113-23.
—, «Das Bucellariertum von Stilicho und Sarus bis auf Aetius», *Klio* 54 (1972), 321-50.

G. Downey, «Aurelian's Victory over Zenobia at Immae, a. D. 272», *TAPhA* 81 (1950), 57-68.
—, «Education in the Christian Roman Empire. Christian and Pagan Theories under Constantine and his Sucessors», *Speculum* 32 (1957), 48-61 (en el vol. colectivo *Erziehung und Bildung in der heidnischen und christlichen Antike*, Darmstadt, 1976, págs. 549-572; traducción alemana de K. Nicolai).
—, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest*, Princeton, 1961.
J. F. Drinkwater, «The Pagan Underground, Constantius II's Secret Service and the Survival and the Usurpation of Julian the Apostate», en el vol. colectivo *Studies in Latin Literature and Roman History*, Bruselas, 1983, págs. 348-386.
P. Dufraigne, *Aurelius Victor. Livre des Césars. Texte établie et traduit par...*, París, 1975.
Y. M. Duval, «Les metamorphoses de l'historiographie aux iv et v siècles», en *Actes du VII Congrés de la FIEC*, t. II, Budapest, 1984, págs. 137-182
W. Ehlers, «Thriumphus», *RE*, VII A 1 (1939), cols. 493-511.
W. Ensslin, «Magnentius», *RE*, XIV 1 (1928), cols. 445-452.
—, «Maximianus», *RE*, XIV 2 (1930), cols. 2486-2515.
—, «Nobilissimus», *RE*, XVII 1 (1936), cols. 791-800.
—, «The Senate and the Army», en *The Cambridge Ancient History XII*, Cambridge, 1939, págs. 57-94.
—, «Olympios», *RE*, XVIII 1 (1939), cols. 246-47.
—, «Vaballathus», «Valens», «Valentinianus II» y «Valerius Diocletianus», *RE*, VII A 2 (1984), cols. 2013-2017, 2138-2139, 2204-2232 y 2419-2495.
—, «Placidia», *RE*, XX 2 (1950), cols. 1910-31.
—, «Praefectus praetorio», *RE*, XXII 2 (1954), cols. 2391-2502.
—, «Prokopios», *RE*, XXIII 1 (1957), cols. 252-256.
J. A. S. Evans, «Christianity and Paganism in Procopius of Caesarea», *GRBS* 12 (1971), 81-100.
R. Foerster, «Septimus Odaenathus 1)» y «Septimius Odaenathus 2)», *RE*, Suppl. XI (1968), cols. 1242-6.

J. Fontaine, *Ammien Marcellin, Histoire. Tome IV (livres XXIII-XXV). Texte établi et traduit par... II Commentaire par...*, París, 1977.

—, «Unité et diversité du mélange de genres et tons chez quelques écrivains latins de la fin du IV siècle: Ausone, Ambroise, Ammien», en el vol. colectivo *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive en Occident*, Ginebra, 1977, págs. 425-482.

—, «Le Julien d'Ammien Marcellin», en el vol. colectivo *L'Empereur Julien de l'histoire à la légende*, París, 1978, págs. 31-65.

A. M. Forcina, *Lettori bizantini di Zosimo. Le note marginali del cod. Vat. gr. 156*, Milán, 1987.

G. Fowden, «City and Mountain in Late Roman Attica», *JHS* 108 (1988), 48-59.

H. Funke, «Majestäts- und Magieprozesse bei Ammianus Marcellinus», *JbAC* 10 (1967), 145-175.

J. Gagé, «Recherches sur les Jeux Séculaires», *REL* 10 (1932), 441-457.

—, «Recherches sur les Jeux Séculaires», *REL* 11 (1933), 172-202 y 400-435.

L. A. García Moreno, «La invasión del 409 en España: nuevas perspectivas desde el punto de vista germano», en el vol. colectivo *Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo*, León, 1986, págs. 64-86.

A. Garzya, «Ideali e conflitti di cultura alla fine del mondo antico», *Maia* 20 (1986), 301-320.

C. Gebbia, «Ancora sulle rivolte de Firmo e Gildone», *L'Africa romana. Atti del V convegno di studio di Sassari, 11-13 diciembre 1987*, Sassari, 1987, págs. 117-129.

M. Gelzer, «Die pragmatische Geschichtsschreibung des Polybios», en el vol. colectivo *Festschrift für Carl Weickert*, Berlín, 1965, págs. 87-91 (=*Kleine Schriften*, III, Wiesbaden, 1964).

G. Gerov, «Die Einfälle der Nordvölker in den Ostbalkanen im Lichte der Münzschatzfunde. I. Das II. und III. Jahrhundert», *ANRW* II 6 (1977), 110-181.

F. D. Gilliard, «The Birth-date of Julian the Apostate», *California Studies in Classical Antiquity* 4 (1971), 147-151 (=Klein [ed.], *Julian Apostata...*, págs. 448-454; traducción alemana de E. Klopsch).

W. Goffart, «Zosimus, the First Historian of Rome's Fall», *AHR* 76 (1971), 412-441.

P. Grimal, *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine*, 3.ª ed., París, 1963 (=*Diccionario de la mitología griega y romana*, Barcelona, 1965; traducción de P. Pericay).

E. Groag, «Maxentius», *RE*, XIV 2 (1930), cols. 2417-2482.

K. Gross, «Aurelianus», *RLAC* I (1950), 1004-1010.

—, «Decius», *RLAC* III (1957), 611-629.

F. Grosso, «Il papiro Oxy. 2565 e gli avvenimenti del 222-24», *RAL* 23 (1968), 205-220.

V. Grumel, «L'Illyricum de la mort de Valentinien I [375] à la mort de Stilicon [408]», *REByz* 9 (1951), 5-46.

P. Guthrie, «The Execution of Crispus», *Phoenix* 20 (1966), 325-331.

I. Hahn, «Der ideologische Kampf um den Tod Julians des Abtrünigen», *Klio* 38 (1960), 225-232.

J. F. Hall III, «The *Saeculum Novum* of Augustus and its Etruscans Antecedents», *ANRW* II 16, 3 (1986), 2564-2589.

R. Hanslink, «Zenobia», *RE*, X A (1972), 1-8.

J. Harries, «Sozomen and Eusebius: the Lawyer as Church Historian in the Fifth Century», en el vol. colectivo *The Inheritance of Historiography. 350-900*, Exeter, 1986, págs. 45-52.

J. J. Hatt, J. Schwartz, «Le champ de bataille de Oberhausbergen», *BFS* 42 (1964), 427-36 (=Klein [ed.], cit., págs. 318-330; traducción alemana de E. Karge).

C. Head, «Physical Descriptions of the Emperors in Byzantine Historical Writings», *Byzantion* 50 (1980), 226-246.

A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-262. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford, 1964.

W. E. Kaegi, *Byzantium and the Decline of Rome*, Princeton, 1968.

—, «The Emperor Julian at Naissus», *AC* 44 (1975), 161-171.
—, «Constantine's and Julian's Strategies of Strategic Surprise against the Persians», *Athenaeum* 69 (1981), 209-213.
R. KEYDELL, «Peisandros», *RE*, XIX 1 (1937), cols. 145-146.
A. KIESSLING, «Zu Zosimus», *RhM* 18 (1863), 135-36.
R. KLEIN, (ed.), *Julian Apostata*, Darmstadt, 1978.
—, «Der Rombesuch des Kaisers Constantius II im Jahre 357», *Athenaeum* 67 (1979), 98-115.
F. KOLB, «Der Aufstand der Provinz Africa Proconsularis im Jahr 238 n. Chr.», *Historia* 26 (1977), 440-477.
T. KOTULA, «En marge de l'usurpation africaine de L. Domitius Alexander», *Klio* 40 (1962), 159-177.
K. KRUMBACHER, *Geschichte der Byzantinischen Litteratur. Von Justinian bis zum Ende des oströmischen Reiches*, Nueva York, 1979 (reimpresión de la edición de 1897).
W. KUBITSCHEK, «Advocatus Fisci», *RE*, I 1 (1893), cols. 438-439.
J. LAFAURIE, «L'Empire gaulois. Apport de la numismatique», *ANRW II* 2 (1975), 853-1012.
O. LAMPSIDIS, «Zu Zosimos Historía nea 1.34.3», *Byzantion* 46 (1976), 427-28.
H. J. LEVY, *Claudian's in Rufinum: an Exegetical Commentary*, Princeton, 1971.
J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972
—, «The identity of Typhos in Synesius' De Providentia», *Latomus* 46 (1987), 419-431.
H. LIETZMANN, «Die Anfänge des Problems Kirche und Staat», *SPAW* (1938), 37-46 (= RUHBACH [ed.], *Die Kirche...*, cit., págs. 1-13).
C. S. LIGHTFOOT, «Facts and Fiction - the Third Siege of Nisibis», *Historia* 37 (1988), 105-25.
A. LIPPOLD, «Theodosius I» y «Theodosius II», *RE*, Suppl. XIII (1973), cols. 838-961 y 961-1044.
X. LORIOT, «Les premières années de la grand crise du II siècle: de l'avènement de Maximin le Thrace (235) à la mort de Gordien III (244)» y «Chronologie du règne de Philippe l'Arabe 243-249 après J. C.)», *ANRW* II 2 (1975), 657-787 y 788-797.
X. LUCIEN-BRUN, «Constance II et la massacre des princes», *BAGB* 32 (1973), 585-602.
E. MANNI, «Gallienus», *RLAC* VII (1972), 962-84.
A. MARCONE, «Il significato della spedizione di Giuliano contro la Persia», *Athenaeum* 57 (1979), 334-356.
M.-A. MARIÉ, *Ammien Marcellin, Histoire. Tome V (livres XXVI-XXVIII). Texte établi, traduit et annoté par...*, París, 1984.
J. MATTHEWS, «Olympiodorus of Thebes and the History of the West», *JRS* 60 (1970), 79-97.
—, *Western Aristocracies and Imperial Court a. d. 364-425*, Oxford, 1975.
H. MATTINGLY, «The Imperial Recovery», *Cambridge Ancient History XII*, Cambridge, 1939, págs. 297-351
G. MAY, «Die grossen Kappadokier und die staatliche Kirchenpolitik von Valens bis Theodosius», en RUHBACH (ed.), *Die Kirche...*, cit., págs. 323-36.
M. MAZZA, «Sulla teoria della storiografia cristiana: osservazioni su proemi degli storici ecclesiastichi», en el vol. colectivo *La Storiografia Ecclesiastica nella tarda antichità*, Mesina, 1980, págs. 335-89.
L. MENDELSSOHN, *Zosimi comitis et exadvocati fisci. Edidit...*, Leipzig, 1887.
F. MILLAR, «Paul of Samosata, Zenobia and Aurelian: the Church, Local Culture and Political Allegiance in Third-Century Syria», *JRS* 51 (1971), 1-17.
N. S. MILLER, «The Army and the Imperial House», en *The Cambridge Ancient History XII*, Cambridge, 1939, págs. 1-56.
A. MOMIGLIANO, «Pagan and Christian Historiography in the Fourth Century», en el vol. colectivo *The Conflict between Paganism and Christianity in the fourth Century*, Oxford, 1963, págs. 79-99.
—, «L'età del traspasso fra storiografia antica e storiografia medievale», *RSI* 81 (1969), 286-303 (= *Quinto Contributo alla* Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico, t. I, Roma, 1975, págs. 49-71).

—, «Popular Religious Beliefs and the Later Roman Historians», *Studies in Church History*, vol. 8, Cambridge 1971, págs. 1-18 (= *Quinto Contributo...*, t. I, págs. 73-92).

—, «The Lonely Historian Ammianus Marcellinus», *ASNP* 4 (1974), 1393-1407 (= *Sesto Contributo...*, Roma, 1980, págs. 143-157).

T. Mommsen, *Theodosiani libri XVI cum constitutionibus sirmondianis edidit adsumpto apparatu P. Kruegeri...*, 4.ª ed., Dublín-Zúrich, 1971.

J. Moreau, «Constantius I», «Constantinus II», «Constantius II», «Constans» (Nachträge zum *RLAC*), *JbAC* 2 (1959), 156-185.

A. Nagl, «Valens» y «Valentinianus», *RE*, VII A 2 (1948), cols. 2097-2137 y 2158-2204.

R. F. Newbold, «Nonverbal Communication and Parataxis in Late Antiquity», *AC* 55 (1986), 223-345.

J. Nicolle, «Julien *apud Senonas* (356-357). Un contresens historique», *RSA* 8 (1978), 133-160.

M. P. Nilsson, «Saeculares ludi, Säkularfeier, Säkulum», *RE*, I A 2 (1920), cols. 1696-1720.

D. M. Novak, «Anicianae domus culmen, nobilitatis culmen», *Klio* 62 (1980), 473-493.

E. Obst, «Miltiades», *RE*, XV 2 (1932), cols. 1679-1681.

J. A. Ochoa, *La transmisión de la Historia de Eunapio*, Madrid, 1990.

—, «El término *historía* en la *Biblioteca* de Focio», *Itaca* 5 (1989), 85-98.

—, «La *Historia Nueva* de Zósimo en los *Excerpta de Legationibus*», *Myrtia* 5 (1990), 77-92.

—, «La *Historia Nueva* de Zósimo y la *Suda*», *Erytheia* 11-12 (1990-91), 33-47.

I. Opelt, «Eunapios», *RLAC* VI (1966), 928-936.

H. G. Opitz, «Theophilus», *RE*, V A 2 (1936), cols. 2149-2165.

H. W. Parke, «The Attribution of the Oracle in Zosimus, New History 2, 37», *CQ*, 441-44.

F. Paschoud, *Zosime. Histoire Nouvelle. Texte établi et traduit par...*, París, 1971-1989.

—, *Cinc études sur Zosime*, París, 1975.

—, «Trois livres récents sur l'empereur Julien», *REL* 58 (1980), 107-123.

—, «Die Ursachenanalyse in der Historia Nea des Zosimos», *Klio* 66 (1984), 641-645.

—, «Sur Eunape de Sardes», *REG* 98 (1985), 395-8.

—, «Le début de l'ouvrage historique d'Olympiodore», en el vol. colectivo *Studia in honorem I. Kajanto*, Helsinki, 1985, págs. 185-96.

P. Petit, *Histoire général de l'Empire romain. 2. La crise de l'Empire (161-284)*, París, 1984.

P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, París, 1964.

Z. Petre, «La pensée historique de Zosime», *StudClas* 7 (1965), 263-272.

H. Petrikovits, «Fortifications in the North-Western Roman Empire from the Third to tht Fifth Centuries a. d.», *JRS* 61 (1971), 178-208.

M. Pietrzykowski, «Die Religionspolitik des Kaisers Elagabal», *ANRW* II 16, 3 (1986), 1806-25.

H. A. Pohlsander, «Philip the Arab and Christianity», *Historia* 29 (1980), 463-473

—, «Did Decius kill the Philippi?», *Historia* 31 (1982), 214-22.

—, «Crispus: Brilliant Career and Tragic End», *Historia* 33 (1984), 79-106.

J. Pollard, *Birds in Greek Life and Myth*, Londres, 1977.

L. Polverini, «Da Aureliano a Diocleziano», *ANRW* II 2, 1013-1036.

C. Prato, D. Micalella, *Giuliano Imperatore. Misopogon. Edizione critica, traduzione e comento a cura di...*, Roma, 1979.

G. Radke, «Viae publicae Romanae», *RE*, Suppl. XIII (1973), cols. 1415-1686.

E. Ramos, «La teoría política de Salustio, prefecto de Juliano», *Habis* 18-19 (1987-1988), 93-100.

S. Rebenich, «Gratian, a Son of Theodosius and the Birth of Galla Placidia», *Historia* 34 (1985), 372-385.
R. T. Ridley, *Zosimus. New History. A Translation with Commentary by...*, Camberra, 1982.
J. de Romilly, *Histoire et raison chez Thucydide*, París, 1956.
—, «L'utilité de l'histoire selon Thucydide», en el vol. colectivo *Histoire et historiens dans l'Antiquité*, Ginebra, 1958, págs. 41-63.
J. Rougé, «L'Histoire Auguste et l'Isaurie au IV siècle», *REA* 68 (1966), 282-315.
B. Rubin, «Prokopios von Kaisareia», *RE*, XXIII 1 (1957), cols. 273-599.
G. Ruhbach (ed.), *Die Kirche angesichts der konstantinischen Wende*, Darmstadt, 1976.
G. Sabbah, *La méthode d'Ammien Marcellin. Recherches sur la construction du discurse historique dans les Res Gestae*, París, 1978.
B. Saylor Rodgers, «Merobaudes and Maximus in Gaul», *Historia* 30 (1981), 82-105.
J. Sasel, «Emona», en Stillwell (ed.), *The Princeton Encyclopaedia...*, cit., págs. 302-303.
B. Saria, «Nauportus» *RE*, XVI ²(1935), cols. 2008-13.
D. C. Scavone, «Ravenna», en Stillwell (ed.), *The Princeton Encyclopaedia...*, cit., pág. 751.
W. Schmid, «Eunapios», *RE*, VI 1 (1907), cols. 1121-1127.
W. Schneelmelcher, «Kirche und Staat im 4. Jahrhundert», *Bonner Akademische Reden* 37 (1970), 5-37 (= Ruhbach [ed.], *Die Kirche...*, cit., págs. 122-148).
C. Schneider, *Information und Absicht bei Thucydides*, Gotinga, 1974.
H. Schönberger, «The Roman Frontier in Germany: an Archaeological Survey», *JRS* 59 (1969), 144-197.
C. Schrader, *Heródoto, Historia. Libros V-VI. Traducción y notas de...*, núm. 39 de la B. C. G., Madrid, 1981.
E. Schwartz, «Eusebios von Caesarea», *RE* VI 1 (1907), cols. 1370-1439.

J. Schwartz, «La morte de Claude le Gothique», *Historia* 22 (1973), 358-62.
O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, I-VI, Berlín-Stuttgart, 1897-1921.
—, «Collatio globalis», «Collatio lustralis», «Constantius», *RE*, IV 1 (1900), cols. 365-367, 370-376, 1044-1094.
—, «Libanius gegen Lucianus», *RhM* 73 (1920), 84-101.
O. Seeck, G. Veith, «Die Schlacht am Frigidus», *Klio* 13 (1913), 451-466.
W. Seston, «Du comitatus de Dioclètien aux comitatenses de Constantin», *Historia* 4 (1955), 284-96.
V. E. Sirago, *Galla Placidia e la transformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961.
G. Sotgiu, «Treboniano Gallo Hostiliano Volusiano Emiliano (1960-1970)», *ANRW* II 2 (1975), 798-802.
A. Stein, «Saturninus», *RE*, II A 1 (1921), 213-15.
E. Stein, *Histoire du Bas-Empire. Tome I. De l'état Romain à l'état Byzantine (284-476). Tome II. De la disaparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565)*, (traducción y edición de J. R. Palanque), París, 1949-1959.
C. E. Stevens, «Marcus, Gratian, Constantine», *Athenaeum* 45 (1957), 316-47.
R. Stillwell, (ed.), *The Princeton Encyclopaedia of Classical Sites*, Princeton, 1976.
J. Straub, «Konstantin Verzicht auf den Gang zum Kapitol», *Historia*, 4 (1955), 297-313.
L. J. Swift, J. H. Oliver, «Constantius II on Flavius Philippus», *AJPh* 83 (1962), 247-264.
R. Syme, *Ammianus and the Historia Augusta*, Oxford, 1968.
—, *Emperors and Biography*, Oxford, 1971.
—, «The Ancestry of Constantine», *Bonner Historia-Augusta-Colloquium*, Bonn, 1971, págs. 273 ss. (= *Historia Augusta Papers*, Oxford, 1983, págs. 63-74).
—, «Emperors from Etruria», *Bonner Historia-Augusta-Colloquium*, Bonn, 1979-1981, págs. 267 ss. (= *Historia Augusta Papers...*, págs. 189-208).

S. SZÁDECZKY-KARDOSS, «Bagaudae», *RE*, Suppl. XI (1968), cols. 346-54.
J. SZIDAT, «Zur Ankunft Iulians in Sirmium 361 n. Chr. auf seinem Zug gegen Constantius II» *Historia* 24 (1975), 375-378.
—, *Historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus Buch XX-XXI. Teil I: die Erhebung Julians*, Wiesbaden, 1977.
—, «Die Usurpation des Eugenius», *Historia* 28 (1979), 487-508.
—, *Historischer Kommentar zu Ammianus Marcellinus Buch XX-XXI. Teil II: die Verhandlungsphase*, Wiesbaden, 1981.
R. TEJA, *Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores. Introducción, traducción y notas de...*, Madrid, 1982.
E. A. THOMPSON, «Ammianus Account of Gallus Caesar», *AJPh* 64 (1943), 302-315.
—, «Olympiodorus of Thebes», *CQ* 38 (1944), 43-52.
—, «The Visigoths from Fritigern to Euric», *Historia* 12 (1963), 105-126.
—, *The Visigoths in the Time of Ulfila*, Oxford, 1966.
—, «Zosimus 6.10.2 and the Letters of Honorius», *CQ* 32 (1982), 445-462.
J. J. TORRES ESBARRANCH, *Herodiano. Historia del imperio romano después de Marco Aurelio. Traducción, introducción y notas por...*, Madrid, 1985.
H. TRÄNKLE, «Der Caesar Gallus bei Ammian», *MH* 33 (1976), 162-179.
A. TRANOY, *Hydace. Chronique. Introduction, texte critique, traduction par... Tome I. Introduction, texte critique, traduction. Tome II. Commentaire et index*, París, 1974.
R. TURCAN, «L'abandon de Nisibe et l'opinion publique (363 ap. J.-C.)», *Mélanges d'archéologie et d'histoire offerts à A. Piganiol*, París, 1966, págs. 875-890.
—, «Le délit des monétaires rebellés contre Aurélien», *Latomus* 28 (1969), 448-59.
R. T. UPDEGRAFF, «The Blemmyes I: The Rise of the Blemmyes and the Roman Withdrawl from Nubia under Diocletian, *ANRW* II 10, 1 (1988), 44-97.

D. VERA, «I rapporti fra Magno Massimo, Teodosio e Valentiniano II nel 388-384», *Athenaeum* 63 (1975), 267-301.
F. VIAN, *Apollonios de Rhodes, Argonautiques. Tome III. Chant IV. Texte établi et commenté par...*, París, 1981.
J. VOGT, «Constantinus der Grosse», *RLAC* III (1957), 306-379.
F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius, Volume III*, Oxford, 1979.
G. WALSER, «Die Severer in der Forschung 1960-1972», *ANRW* II, 2 (1975), 614-50.
E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique* I, Nancy, 1966; II, Nancy, 1977.
H. WOLFRAM, *Die Goten. Von den Anfängen bis zur Mitte des sechsten Jahrhunderts*, 3.ª ed., Munich, 1990.
J. WYTZES, *Der letzte Kampf des Heidentums in Rom*, Leiden, 1979.
G. ZUCHELLI, «La propaganda anticonstantiniana e la falsificazione storica in Zosimo», en M. SORDI (ed.), *I canali della propaganda nel mondo antico*, Milán, 1976, págs. 229-251.

NUEVA HISTORIA

LIBRO I

SINOPSIS

1. Crecimiento del Imperio Romano en breve tramo de años. Papel de la Providencia en la historia. — 2-4. Tras combatir a los persas, los griegos, quebrantados por guerras internas, fueron sometidos por Filipo y Alejandro. — 5. Seguidamente el imperio del mundo recae en los romanos, que confían su gobierno al arbitrio de uno solo. — 6. De Augusto a Domiciano. — 7. De Nerva a Didio Juliano. — 8. Vencidos Albino y Nigro, Severo guerrea contra los persas. — 9. Caracala da muerte a Geta y a Papiniano. — 10. Su muerte a manos de Macrino, que a su vez es vencido por Heliogábalo. — 11 Infamia y muerte de Heliogábalo. Sube al trono Severo Alejandro. Muerte de Ulpiano. — 12. Usurpaciones durante el reinado de Alejandro Severo. — 13. Maximino el Tracio. Su despotismo y avaricia. — 14. Proclamación de Gordiano I y II. — 15. Muerte de Maximino. — 16. Muerte de Gordiano I y II. Proclamación de Gordiano III. — 17. Usurpación de Sabiniano. — 18. Guerra de Gordiano con los persas. Intrigas de Filipo. — 19. Muerte de Gordiano y subida al trono de Filipo. — 20. Guerras danubianas de Filipo. Usurpaciones de Jotapiano y Marino. — 21-22. Proclamación de Decio, que vence a Filipo. — 23. En lucha con los bárbaros, Decio muere traicionado por Galo. — 24-26. Devastaciones de los bárbaros bajo

el reinado de Galo. Muerte del hijo de Decio. La población diezmada por la peste. — 27. Ataques de germanos y persas. — 28-29. Emiliano, que vence a los germanos, es proclamado emperador. Muerte de Galo y Emiliano y proclamación de Valeriano. Grecia devastada por los germanos. — 30. Valeriano nombra corregente a su hijo Galieno, que guerrea contra los bárbaros transrenanos. — 31-35. Grecia y Asia Menor devastadas por los germanos. — 36. Valeriano es capturado por los persas. — 37-38. Calamidades bajo el reinado de Galieno: los bárbaros invaden Italia, estalla una mortífera peste, usurpaciones. — 39. Odenato guerrea contra los persas. A su muerte lo sustituye Zenobia. — 40. Usurpación de Auréolo. Muerte de Galieno. — 41. Proclamación de Claudio. — 42-43. Los germanos saquean Grecia. — 44. Zenobia se apodera de Egipto. — 45-46. Claudio, tras vencer a los bárbaros y expulsarlos de Grecia, sucumbe a consecuencia de la peste. — 47. Tras Quintilo ocupa el trono Aureliano. — 48-49. Aureliano guerrea con los bárbaros y se enfrenta a usurpadores. — 50-56. Aureliano combate y vence a Zenobia. — 57-58. El fin de los palmiranos había sido anunciado por oráculos y portentos. — 59. Destino de Zenobia tras su derrota. — 60-61. Aureliano deshace un nuevo intento de rebelión en Oriente. A continuación reduce a Tétrico y adopta distintas disposiciones en Roma. — 62. Fin de Aureliano. — 63. Breve reinado de Tácito. — 64. Floriano y Probo, ambos proclamados por sus tropas, se enfrentan. Victoria de Probo. — 65. Probo castiga a quienes liquidaron a Aureliano y Tácito. — 66. Usurpaciones bajo el reinado de Probo. — 67-68. Guerras de Probo contra los bárbaros. — 69-70. Revuelta de Lidio. — 71. Diversos incidentes bajo el reinado de Probo. Proclamación de Caro y muerte de Probo.

Cuando Polibio de Megalópolis se decidió a registrar 1
los acontecimientos dignos de mención ocurridos en su propia época, creyó adecuado mostrar por medio de los hechos mismos cómo los romanos, en seiscientos años de lucha que siguieron a la fundación de la ciudad, no consiguieron adquirir un gran imperio, sino sólo hicieron suya una parte de Italia, parte de la que quedaron desposeídos con la invasión de Aníbal y la derrota de Canas, llegando a ver a sus enemigos al pie de las murallas mismas, para, a continuación, resultar favorecidos por la Fortuna hasta tal punto que en menos de cincuenta y tres años se apoderaron no sólo de Italia sino también de toda Libia [1], sometieron tras ello a los iberos occidentales [2], atravesaron después, estimulados por designios más ambiciosos, el Golfo de Jonia, subyugaron a los griegos, desposeyeron a los macedonios de su imperio y, tomando como prisionero al que entonces era su rey, lo condujeron a Roma. Ahora bien, 2
semejante empresa no puede ser achacada a la capacidad humana, sino a la necesidad impuesta por las Moiras, a las revoluciones de los ciclos astrales o a una voluntad divina que secunda nuestros empeños cuando van acom-

[1] En Zósimo el término «Libia» designa preferentemente el conjunto de los dominios romanos en África con exclusión de Egipto.

[2] La expresión «iberos occidentales» (habitantes de la Península Ibérica) se justifica por contraste con la Iberia situada entre el Mar Negro y el Caspio (actual Georgia).

pañados de justicia. Instancias estas que, al imponer una
especie de encadenamiento causal sobre los sucesos futuros
para que forzosamente acaezcan de una determinada ma-
nera, informan a cuantos juzgan rectamente los hechos de
que el gobierno de las cosas humanas está encomendado
a una Providencia divina, de suerte que florecen cuando
concurren almas feraces, mientras que si prevalece la des-
gana se ven arrastradas a la situación que puede verse hoy
día. Pero sean los hechos quienes evidencien la verdad de
mis afirmaciones.

2 Entre la expedición de Troya y la batalla de Maratón
no ostentan los griegos hazaña alguna digna de mención,
ni en luchas internas ni contra enemigos de fuera. Mas
cuando Darío envió contra ellos, por medio de sus capita-
nes, mucha miríadas de soldados, ocho mil atenienses, po-
seídos como por un impulso divino, se armaron con lo
que tenían a mano y, a la carrera, les salieron al encuen-
tro, obteniendo tal victoria que aniquilaron a noventa mil
enemigos y expulsaron a los supervivientes del país [3].
2 Aquella batalla confirió un mayor lustre a los asuntos
griegos. Y a la muerte de Darío, Jerjes aprestó un contin-
gente mucho más numeroso y lanzó contra los griegos el
Asia entera, llenando el mar de naves y la tierra de infan-
tes; puesto que habían de pasar de Asia a Europa, como
si los elementos no le bastaran para dar cabida a su ejérci-
to a no ser que se usurpasen el uno al otro el empleo que
a cada uno corresponde, el Helesponto se vio sometido
al yugo de un puente para ofrecer camino a quienes mar-
chaban por tierra, y el Atos fue horadado para acoger mar
3 y naves. Grecia, aunque llena de espanto ante la sola

[3] Alusión a la batalla de Maratón, en el 490 a. C. La cifra de 90.000 enemigos muertos es claramente hiperbólica.

noticia, se equipó en la medida de sus disponibilidades y,
tras las batallas navales acaecidas en Artemisio primero
y en Salamina después, alcanzó una victoria tanto más bri-
llante cuanto que Jerjes se dio a la fuga, contento, aunque
perdió la mayor parte de sus contingentes, por salvar la
vida, mientras el resto de sus tropas fue totalmente des-
truida en Platea, lo que proporcionó a los griegos una gran
reputación gracias a la cual conquistaron también la liber-
tad de los griegos que vivían en Asia y se apoderaron de
casi todas las islas.

Si se hubiese mantenido cada uno en su terreno y satis- 3
fecho con lo que tenía, si atenienses y lacedemonios no
se hubiesen enfrentado, llenos de mutua rivalidad, por la
hegemonía de Grecia, jamás ningún otro se habría adueña-
do del territorio helénico. Pero la Guerra del Peloponeso
minó las fuerzas de los griegos y sumió sus ciudades en
la indigencia, con lo que Filipo halló ocasión de engrande-
cer, gracias a sabios y astutos procedimientos, un trono que,
cuando lo recibió en herencia, no era digno de parangón
con ninguno de sus vecinos. Asignó recursos, efectivamen- 2
te, al cuidado de sus propias fuerzas y de las de cuantos
aliados se le añadieron, saliendo así de su humilde situa-
ción para alcanzar un lugar de prominencia, tras lo cual
se enfrentó a los atenienses en la batalla de Queronea. Des-
pués de obtener la victoria mantuvo una actitud pacífica
y suave, comenzando ya a pensar en hacer la guerra al
rey de los persas; pero cuando había reunido las fuerzas
necesarias para esta empresa, murió durante los preparati-
vos.

Tomó el trono Alejandro, el cual, tan pronto puso 4
orden en los asuntos pendientes con los griegos, marchó,
en el tercer año de su reinado y acompañado de huestes
suficientes, en dirección a Asia. Habiendo vencido con fa-

cilidad a los sátrapas que se le opusieron, avanzó contra el mismo Darío, quien con un inmenso ejército se había establecido en la región vecina al Iso. Entablada batalla con los persas, logró contra todo lo que cabría esperar el trofeo de la victoria; y habiendo puesto a Darío en fuga, él por su parte emprendió el camino que lleva a Fenicia
2 y a la Siria Palestina. Lo que ocurrió en Tiro y en Gaza puede estudiarse en las obras de quienes historiaron las gestas de Alejandro; a continuación el rey marchó a Egipto, donde elevó plegarias a Amón y se ocupó con gran celo de las diversas cuestiones tocantes a la fundación de Alejandría, tras lo cual regresó con intención de llevar a
3 término la guerra contra los persas. Al encontrar que todos le eran ya adictos, atraviesa el territorio hasta llegar a Mesopotamia; y enterado de que Darío se había pertrechado de un ejército mucho mayor, se lanza al punto con las fuerzas de que disponía contra él; enfrentándosele en la batalla de Arbela [4] alcanza tamaña victoria que extermina prácticamente a todos los enemigos y consigue, huído Darío con un escaso séquito, abatir el Imperio de los persas.

5 Una vez que Darío murió a manos de Beso y que Alejandro, tras sus hazañas en la India, regresó a Babilonia y perdió allí la vida, el Imperio Macedonio se divide en satrapías [5]; menguado así por continuas guerras intestinas, la Fortuna acabó por entregar a los romanos el resto de
2 Europa. Pusieron pie en Asia, lucharon contra los reyes del Ponto, contra Antíoco y, finalmente, también contra

[4] La batalla en realidad tuvo lugar no en Arbela (ac. Erbil, Irak), sino en las proximidades de la aldea asiria de Gaugamela, para cuya localización véase A. B. Bosworth, *op. cit.*, págs. 293-294.

[5] A la muerte de Alejandro el Imperio Macedonio se desmembró en las grandes monarquías helenísticas, a las que Zósimo llama aquí «satrapías».

los soberanos de Egipto: y mientras prevalecieron los usos de la aristocracia, el Imperio siguió creciendo cada año, al rivalizar los cónsules entre sí por alcanzar la palma de la virtud. Pero cuando el régimen político que les era propio quedó arruinado por las guerras civiles de Sila y Mario primero, y más adelante de Julio César y Pompeyo el Grande, dieron la espalda a la aristocracia y eligieron monarca a Octaviano [6]. Al dejar en sus manos el conjunto de las tareas del Estado, no se percataron de que apostaban a un golpe de dados las esperanzas de toda la humanidad, ni de que fiaban el riesgo que comporta tan gran imperio al empuje y la capacidad de un solo hombre. Pues en el 3
caso de que hiciese suyo el propósito de regir el imperio honesta y justamente, no alcanzaría a dispensar a todos por igual la debida asistencia —ya que le sería imposible socorrer con presteza a quienes se hallasen más alejados—, pero tampoco podría encontrar en número suficiente representantes de la autoridad a los que el pudor impidiese traicionar la confianza en ellos depositada, ni, en fin, adecuarse a tantos y tan diferentes géneros de vida. Y si trasgrediese los linderos de la realeza para incidir en hábitos de tiranía, si llevase la confusión a las instituciones y cerrase los ojos a los abusos, trocase la justicia por ganacia y reputase siervos a sus súbditos, como ha acaecido a los más, incluso al común de los soberanos; si este fuese el caso, forzosamente habría que tener por pública calamidad la potestad sin cuenta de quien ocupa el poder. Pues 4
son los que se valen del halago, acreedores de dones y prebendas a los ojos de ese soberano, quienes acceden a los más altos cargos, mientras que los hombres prudentes y rectos, cuyas inclinaciones están lejos de semejantes prácti-

[6] Octavio Augusto.

cas, se irritan, como es de prever, al no disfrutar de tales ventajas; en razón de lo cual las ciudades rebosan de sediciones y disturbios, y las autoridades del gobierno y del ejército, confiadas a funcionarios venales, hacen de la vida civil algo penoso y triste para los espíritus cultivados, y extinguen en los soldados el espíritu de combate.

6 Que ello es así claramente lo demostró el curso mismo de los acontecimientos y los sucesos que en seguida tuvieron lugar bajo el reinado de Octaviano. Pues fue en aquellos tiempos cuando se implantó la danza de la pantomima —que antes no existía y a la que por primera vez incitaron Pílades y Batilo— así como otros muchos usos cuyos per-
2 niciosos efectos se extienden hasta el día de hoy. Octaviano, sin embargo, se afanó por ejercer con moderación el poder, a raíz sobre todo de que se decidiera a poner en práctica los consejos de Atenodoro el Estoico. Pero Tiberio, que le sucedió en el poder, adoptó una postura de extrema crueldad y se mostró como una carga insufrible para sus súbditos, confinándose a sí mismo en un apartado lugar hasta que terminó por morir oculto en cierta isla. Todas su crueldades las sobrepasó Gayo Calígula, que fue asesinado, siendo Quéreas el que con este acto libró al Es-
3 tado de una amarga tiranía. Tras Claudio, quien puso el poder en manos de esclavos manumitidos y abandonó la vida en circunstancias vergonzosas, arribaron al trono Nerón y sus sucesores, de cuyos hechos decidí no hacer la más mínima mención a efecto de que ni recuerdo quede
4 de sus locuras e insanias. Vespasiano y su hijo Tito usaron de una mayor moderación en el ejercicio de la autoridad, pero Domiciano sobrepasó a todos en crueldad, impudor y arrogancia; durante un total de quince años hubo de soportar sus ultrajes el Estado, hasta que, asesinado por

Estéfano, uno de sus libertos, pareció pagar el precio de su vileza.

A continuación accedieron al gobierno hombres valio- 7
sos —Nerva, Trajano, tras este Adriano, Antonino Pío y la biga de los hermanos Lucio y Vero [7]— que se esforzaron en reparar muchos de los daños acecidos y, además de recuperar cuanto habían perdido sus predecesores, añadieron posesiones hasta entonces inexistentes. Pero cuando Cómodo, el hijo de Marco, accedió al poder, no sólo se entregó a usos tiránicos, sino también a vesánicos desmanes; siendo asesinado después por su concubina Marcia [8], que asumió un designio propio de viril talante, finalmente Pértinax fue elegido soberano. No soportaron los guardias 2
pretorianos la minuciosidad que en lo tocante a la práctica y a los ejercicios militares desplegaba éste, y así, con menoscabo de la función que les era propia, le dieron muerte [9]. Poco faltó para que Roma se viese sumida en la confusión, al arrebatar aquella sección del Imperio, a quien competía custodiar al emperador, la potestad de designar

---

[7] Marco Aurelio, a quien Zósimo llama aquí Vero (Marco Elio Aurelio Vero), compartió el trono con su hermano adoptivo Lucio Vero del 161 al 169, fecha de la muerte de este último; a partir de entonces reinó solo hasta el 180.

[8] La versión más extendida afirma, que el veneno suministrado por Marcia no fue mortal, y que Cómodo hubo de ser muerto por un atleta llamado Narciso: véase Casio Dión, LXXII, 22, 4-5; Herodiano, I 17, 8-11; Aurelio Víctor, 17, 7-9; *epit.* 17, 5-6; Eutropio VIII 15; *HA Comm.* 17, 1-2. Algunas de las fuentes antiguas (*HA Pert.* 4, 4; Juliano, *Caes.* 312c) acusan a Pértinax de participar en la muerte de Cómodo, y ello ha encontrado eco en la historiografía moderna: consúltese A. Birley, *op. cit.*, págs. 136-43; G. Walser, *op. cit.*, pág. 618.

[9] Pértinax reinó del 1 de enero del 193 al 28 de marzo del 193. Las circunstancias políticas en que se produjo su muerte son oscuras: véase A. Birley, *op. cit.*, págs. 141-3; G. Walser, *op. cit.*, pág. 619.

monarca, desposeyendo por la fuerza al Senado de esta prerrogativa. Puesto el poder en venta, Didio Juliano, incitado por su mujer y más bajo el efecto de la demencia que en virtud de una decisión razonada, hace valer sus riquezas y compra el trono; con ello ofreció a los ojos de todos un espectáculo como antes jamás contemplaron.
3 Pues su entrada en el Palacio imperial no tuvo lugar bajo la escolta del Senado o de guardia alguna dispuesta por la ley a tal efecto, sino fueron sólo los soldados que lo habían designado quienes, con empleo de violencia, le entregaron el palacio y todo cuanto en él se guardaba. Sin embargo, tan pronto como fue proclamado, recibió muerte a manos de aquellos que lo elevaron, tras haber pasado igual que las imágenes que se ven en los sueños.

8 Como el Senado se demorase en el examen de a quién debía confiarse el poder, resultó proclamado emperador Severo [10]. Mas Albino y Nigro habían concurrido a este mismo cargo, por lo que se entablaron entre ellos no pocas guerras civiles, con división de las ciudades, que se adhirieron a uno u otro bando. En medio de la gran confusión que se extiende por Oriente y Egipto, la facción de Severo

[10] Didio Juliano fue emperador desde la muerte de Pértinax hasta el 1 de junio del 193. Las palabras referentes a su compra del trono hacen alusión a la puja que mantuvo con el prefecto de Roma Sulpiciano: ambos ofrecieron a los guardias pretorianos dinero a cambio de su proclamación como emperador, y ganó Juliano al superar la oferta de su rival (cf. CASIO DIÓN, LXXIII, 11): frente a lo que afirma Zósimo, por tanto, Juliano tomó posesión del trono bajo escolta de la guardia pretoriana. Severo fue proclamdo emperador en *Carnuntum* (población situada en la actual Austria) por las tropas estacionadas en la zona del Danubio superior; la proclamación no guardó relación con una demora del senado en designar nuevo soberano, pues tuvo lugar el 9 de abril del 193, sólo doce días después de la muerte de Pértinax, cf. A. BIRLEY, *op. cit.*, págs. 153-63.

se adueña de Bizancio, cuyos habitantes, exponiéndose a un altísimo riesgo, habían hecho suya la causa de Nigro y acogido a éste entre sus murallas. Muere Nigro y, tras él, Albino pierde el poder y al tiempo la vida, gracias a lo cual el Imperio revierte en Severo con exclusión de cualquier otro [11]. Aplicóse entonces a enmendar la pasada incuria y, antes que nada, procedió a castigar con dureza a los soldados que asesinaron a Pértinax y entregaron el poder a Juliano [12]. A continuación, aprestó cuidadosamente su ejército, marchó contra los persas y, de un solo golpe, se apoderó de Ctesifonte [13] y Babilonia; atravesó el territorio de los árabes nómadas, sometió toda Arabia y en muchas otras cosas adoptó excelentes disposiciones, mostrándose inexorable con los infractores e incautando en favor del Estado la hacienda de aquellos a quienes sus faltas llevaban a los tribunales [14].

[11] Zósimo resume aquí acontecimientos que se desarrollaron a lo largo de años. Pescenio Nigro, gobernador de Siria, se proclamó emperador en Antioquía casi al mismo tiempo que Severo; murió hacia finales de abril del 194, poco después de ser derrotado por Severo en Iso (cf. A. BIRLEY, *op. cit.*, págs. 159-60, 178). Clodio Albino, gobernador de Britania, se proclamó augusto a finales del 195, mientras Severo estaba en Oriente con motivo del alzamiento de Nigro; fue derrotado por Severo el 19 de febrero del 197 y al norte de la actual Lyon, cf. A. BIRLEY, *ibidem*, págs. 159, 186, 194-95. Respecto a Bizancio, HERODIANO, III 1, 5-6, según el cual Nigro ocupó esta ciudad para impedir que Severo cruzase por ella a Asia, difiere ligeramente de Zósimo

[12] Alusión a la célebre reforma de las cohortes pretorianas en virtud de la cual éstas pasaron a estar integradas por soldados escogidos entre las mejores legiones del Imperio, quedando así liquidado el privilegio de los naturales de Italia. En realidad la reforma fue iniciada en junio del 193: véase A. BIRLEY, *op. cit.*, pág. 165.

[13] A unos 30 kms. al sur de Bagdad, Ctesifonte fue capital del Imperio Persa bajo los Sasánidas.

[14] La Arabia aquí mencionada es la provincia de Mesopotamia creada por Severo, a menudo llamada «provincia árabe» por las fuentes litera-

9 Tras incrementar el lustre de muchas ciudades con espléndidas construcciones, designó emperador a su hijo Antonino [15] y, cuando se disponía a morir, estableció como destinatarios del poder a éste y a Geta, su otro hijo, dejándoles por tutor a Papiniano, varón de cumplida equidad que por conocimientos y aportaciones en materia de leyes sobrepasó a todos los legisladores romanos, tanto an-
2 teriores como posteriores a él. Nombrado éste prefecto del pretorio, Antonino lo miraba con recelo por el solo motivo de que, al percatarse Papiniano de la aversión que abrigaba hacia su hermano Geta, le impedía en la medida de sus fuerzas que urdiese alguna conspiración. Quiso entonces apartar tal obstáculo de su camino, a cuyo objeto consiguió mediante intrigas que los soldados degollasen a Papiniano; hallando así vía libre, dio muerte a su hermano, a quien ni su madre, hacia la que corrió a refugiarse, pudo salvar [16].

rias; éstas suelen también aludir a la presente guerra como guerra árabe (cf. M. G. Angelli Bertinelli, *op. cit.*, pág. 40; G. W. Bowersock, *Roman...*, cit., págs. 80, 115). La campaña de Severo en la frontera oriental del Imperio se inició con motivo de la guerra contra Nigro, pues los reyes y sátrapas de más allá del Éufrates habían entrado en contacto con este último; interrumpida por la expedición contra Albino, dicha campaña se reanudó el 197, continuando hasta finales del 198 o principios del 199, cf. A. Birley, *op. cit.*, págs. 201-205.

[15] Antonino Caracala, nombrado *imperator destinatus* en el 197 o quizás antes y augusto en el 198: véase A. Birley, *op. cit.*, págs. 193, 202.

[16] Cuando murió Severo (febrero del 211) Caracala y Geta tenían, respectivamente, 23 y 22 años, por lo que el término «tutor» no está empleado en su acepción estricta: Papiniano sería más bien una especie de árbitro entre los dos hermanos (cf. F. Paschoud, ed., cit., I, n. 30). Casio Dión, LXXVII, 1, 1, afirma que Caracala depuso a Papiniano del cargo de prefecto del pretorio, desempeñado por éste desde el 205, poco después de la muerte de Severo. El mismo Casio Dión, LXXVII, 4, 1-2, notifica, siendo seguido en ello por las demás fuentes con excepción de

Cuando a su vez Antonino, poco tiempo después, ex- 10
pió el asesinato de su hermano —no llegó a conocerse el nombre de quien descargó el golpe sobre él— las legiones estacionadas en Roma nombran emperador a Macrino, prefecto del pretorio, mientras que las de Oriente proclamaron a cierto adolescente de Emesa, aduciendo los lazos de parentesco que unían a éste con la madre de Antonino [17].
Dado que cada ejército mantuvo su propuesta, tuvo lugar 2
una guerra civil en la que los partidarios de Antonino de Emesa se aprestaron a conducir a Roma a su candidato, mientras que los de Macrino iniciaron la marcha desde Italia. Cuando ambos ejércitos se encontraron en Antioquía 3
de Siria, Macrino sufrió una completa derrota; tras huir abandonando su ejército, es capturado en el estrecho que separa Bizancio de Calcedón, donde muere despedazado [18].

Zósimo (cf. F. Paschoud, *ibid.*), que la ejecución de Papiniano tuvo lugar sólo después de la de Geta (muerto a su vez en febrero del 212: véanse las referencias que ofrece A. Birley, *op. cit.*, pág. 271).

[17] Heliogábalo o Elagabal, que figura en las titulaturas con el nombre de Marco Aurelio Antonino, era hijo de Julia Semia, hija a su vez de Julia Mesa; ésta última era hermana de la esposa de Septimio Severo y madre de Caracala (el Antonino aquí mencionado), Julia Domna: Heliogábalo era así sobrino nieto de la madre de Caracala (cf. A. Birley, *op. cit.*, pág. 307. Emesa es la actual Oms (Siria).

[18] Calcedón es la actual Kadiköy (Turquía). Caracala murió cerca de Carras y en abril del 317, víctima de un complot ejecutado en el curso de su expedición contra los partos. Cabeza del complot era el prefecto del pretorio Macrino, que también tomaba parte en la expedición. Las tropas expedicionarias apoyaban a Caracala, pero al desconocer la identidad del autor del complot nombraron emperador a Macrino: éste, pues, no fue proclamado por las legiones de Roma, aunque obtuvo el reconocimiento del Senado Romano. Macrino no dejó el Oriente, donde se desarrolló su enfrentamiento con Heliogábalo. Proclamado emperador en Emesa el 16 de mayo del 218, Heliogábalo venció a Macrino en junio del mismo año. Macrino fue el primer emperador de rango ecuestre (cf. Casio Dión,

11 Una vez que obtuvo la victoria, aplícase Antonino a perseguir, como elementos hostiles, a cuantos secundaron a Macrino; entregado en general a una vida de infamia y desvergüenza, consagró su tiempo a magos y charlatanes y se comportó de manera impía en lo que al culto de los dioses se refiere. No soportando los romanos tamaña impudicia, lo degüellan, descuartizan su cuerpo y proclaman emperador a Alejandro, que también descendía del linaje
2 de Severo [19]. Éste, joven aún y de buen natural, hizo que todos concibieran alentadoras esperanzas en relación a su reinado; nombró prefectos del pretorio a Flaviano y Cresto, hombres no inexpertos en cuestiones bélicas y capaces de una eficaz gestión en tiempos de paz. Pero como Mamea, la madre del Emperador, colocase junto a ellos a Ulpiano en calidad de árbitro y, en cierto sentido, de asociado al cargo —pues era un excelente legislador capaz de resolver eficazmente los problemas del momento y de prever con acierto los del porvenir—, los soldados, irritados

LXXVIII, 5; 31; 39, 1-40, 2; HERODIANO, IV 13-V 4; N. S. MILLER, *op. cit.*, págs. 48-52, y A. BIRLEY, *op. cit.*, págs. 270-75.

[19] La observación referente al culto de los dioses alude a las reformas religiosas que se pretendieron implantar bajo el reinado de Heliogábalo, el cual antes de ser coronado era sacerdote del templo de Elagabal en Emesa («Heliogábalo» resulta de una contaminación entre «Helios» y «Elagabal», sobrenombre que adoptó el nuevo emperador por identificación con su dios); dichas reformas se basaban en la introducción de un panteón reformado y presidido por una tríada a cuya cabeza se hallaba Elagabal: cf. M. PIETRZYKOWSKI, *op. cit.*, págs. 1816-19. En marzo del 222 Heliogábalo fue muerto por los pretorianos, que actuaban, quizás, bajo instigación de Julia Mamea (hermana de Julia Semia y, por tanto, tía de Heliogábalo: véase n. 17; era también madre del emperador que le sucedió, Severo Alejandro) y en connivencia con Julia Mesa (abuela materna de Heliogábalo), cf. N. S. MILLER, *op. cit.*, pág. 56; E. GROSSO, *op. cit.*, págs. 208-209.

con él, traman secretamente su muerte. Percatándose de 3
ello, Mamea se adelanta al intento y, a la vez, suprime a los conspiradores, con lo que Ulpiano se erige en jefe único de la prefectura del pretorio. Incurrió, sin embargo, en la desconfianza del ejército (el porqué no me es posible exponerlo con exactitud, ya que acerca de sus proyectos corren entre los historiadores relatos divergentes), y así se promueve una sedición a resultas de la cual muere sin que la ayuda del Emperador mismo bastase para salvarlo [20].

A partir de entonces comenzó a retirarse paulatinamen- 12
te de los soldados la buena disposición hacia Alejandro; remisos a cumplir sus órdenes e inclinados, por temor a las consecuencias que su indolencia pudiese reportarles, a la rebelión, se pusieron de acuerdo y elevaron al trono a
Antonino. Después de que éste, al no poder sobrellevar la 2
carga del Imperio, desapareciese de la escena dándose a la fuga, y de que cierto Uranio, salido de una familia de esclavos, fuese aclamado y, al punto, revestido con la púrpura y conducido ante Alejandro, seguía creciendo la animadversión hacia el Emperador; el cual, lleno de confusión ante el asedio al que por doquier se veía sometido, sufrió en su físico y en su natural manera de pensar una

[20] Los primeros prefectos del pretorio de Severo Alejandro fueron Flaviano y Cresto (cf. R. SYME, *Emperors and...*, cit., pág. 151), pero Julia Mamea logró para Ulpiano una superprefectura (fugaz innovación de escasos meses de vigencia, cf. E. GROSSO, *op. cit.*, pág. 209) que lo situaba por encima de éstos. Posteriormente Ulpiano, apoyado por Mamea, consiguió liquidar (antes de diciembre del 222: cf. E. GROSSO, *ibid.*, págs. 209-10) a los dos prefectos que le estaban subordinados; no mucho después (antes del 224: E. GROSSO, *ibid.*, págs. 205-206; R. SYME, *ibid.*, pág. 153) él mismo sucumbió a manos de los pretorianos. Para W. ENSSLIN, «The Senate...», cit., pág. 63 resulta dudoso que Ulpiano llegase a ser prefecto del pretorio único.

total transformación, de suerte que se apoderó de él una insana avaricia y diose a amasar riquezas cuya custodia confiaba a su madre [21].

13 Como su situación no era buena, las legiones establecidas en Panonia y Mesia, ya antes poco afectas a su persona, se veían incitadas ahora aún más a la sedición. Deciden, pues, rebelarse y elevan al trono a Maximino, en aquellas fechas comandante de la caballería panonia. Éste, tras concentrar cuantas fuerzas había a sus alrededores, marchó sobre Italia, en la creencia de que, al hallar al Emperador desprevenido, lo podría atacar más fácilmente.
2 Estaba entonces Alejandro en las provincias del Rin, desde donde emprendió el camino a Roma al conocer la rebelión. Tras prometer el perdón para los soldados y para el mismo Maximino si abandonaban su intento, al no lograr convencerlos renunció a toda esperanza y, por algún medio, se dio la muerte. Mamea, que había salido acompañada por los prefectos del pretorio con la intención de poner fin al tumulto, fue también acuchillada, y con ella
3 los prefectos [22]. Una vez que el Imperio quedó definitiva-

[21] La pobreza de las fuentes hace que el reinado de Alejandro Severo sea mal conocido. Se sabe que bajo su mandato estallaron numerosos levantamientos militares (cf. Casio Dión, LXXX, 3, 1, siendo particularmente el Oriente, y más en concreto Siria, escenario de frecuentes pronunciamientos. Es posible así que bajo los nombre de Antonino y de Uranio se esconda más de un usurpador (véase R. Syme, *Emperors and...*, cit., pág. 59), que Antonino sea una deformación de Taurino (mencionado por Polemio Silvio, *chron. I* págs. 521, 31) o que Uranio y Antonino sean un solo personaje, Uranio Antonino (cf. F. Paschoud, ed., cit., I, n. 35).

[22] Severo Alejandro murió en marzo del 235 (cf. J. J. Torres Esbarranch, *op. cit.*, pág. 288). Según Herodiano, VI 7-9, tanto Severo Alejandro como su madre fueron ejecutados en la frontera renana, a la que había acudido el Emperador para combatir a los germanos, y también Maximino se hallaba en dicha frontera, pues tomaba parte en la

mente en manos de Maximino, todos se arrepintieron, comprendiendo que habían trocado por amarga tiranía una monarquía moderada. Pues, de bajo nacimiento, tan pronto como se hizo con el mando empezó a exhibir, amparado en la libertad que le otorgaba el poder, las rudezas propias de su condición; a todos resultaba insoportable, ya que no sólo se comportaba abusivamente con los dignatarios, sino que ejercía el gobierno con la mayor crueldad, mostrando consideración sólo hacia los delatores, especialmente hacia aquéllos que se dedicaban a denunciar como deudores de las arcas imperiales a ciudadanos apacibles. En su ansia de riquezas llegaba al punto de ejecutar sin juicio previo, y se apropiaba de cuanto era patrimonio de las ciudades, además de arrebatar también sus haciendas a los habitantes [23].

Hallándose las provincias sometidas a los romanos vejadas por su extrema crueldad y llenas de turbulencia ante su no encubierta codicia, los habitantes de Libia nombraron emperadores a Gordiano y a su hijo del mismo nombre, y enviaron a Roma embajadores entre los cuales se encontraba Valeriano, varón de rango consular que más tarde habría de ejercer el Imperio [24]. El Senado acogió con 14

expedición. Las demás fuentes (relación en F. Paschoud, ed. cit., I, n. 36) siguen la versión de Herodiano con preferencia a la de Zósimo.

[23] Bajo Maximino (que obtuvo importantes victorias sobre los alamanos: véase E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 252-53) la población de Imperio Romano se vio sometida a fuerte presión tributaria, motivada por la necesidad de reforzar el ejército frente al empuje bárbaro (cf. W. Ensslin, «The Senate..., cit., pág. 76; X. Loriot, *op. cit.*, pág. 687; J. Burian, *op. cit.*, pág. 231). La noticia sobre la avaricia de Maximino traduce a rasgo biográfico un dato referente a la política fiscal de este emperador.

[24] Según *HA Gord.* 9, 7, Valeriano era en el 238 *princeps senatus* y como tal recibió en Roma la delegación enviada por los Gordianos.

júbilo la noticia y se aprestó a eliminar al tirano, con vistas a lo cual incitaba a los soldados al levantamiento y recordaba al pueblo las injusticias que, cada uno en parti-
2 cular y todos en común, habían sufrido. Cuando todos estuvieron de acuerdo, escogieron a veinte hombres del Senado con experiencia en cuestiones militares. Elegidos dos de entre ellos, Balbino y Máximo, en calidad de comandantes supremos y ocupadas las avenidas de acceso a Roma, se hallaron prestos para resistir [25].

Indudablemente, Valeriano jugó un papel importante en la revuelta, pero parece falso que fuese *princeps senatus*, cf. X. LORIOT, *op. cit.*, pág. 690 (según R. SYME, *Emperors and...*, cit., pág. 245 este título no tiene un contenido oficial, sino es puramente descriptivo, y su empleo para el siglo III resulta anacrónico, pero véanse las observaciones que hace al respecto A. CHASTAGNOL, *op. cit.*, pág. 71).

[25] HERODIANO, VII 10, 1-5, *HA Maximin.* 32, 3 y AURELIO VÍCTOR, 26, 7 afirman que el Senado designó la comisión de los veinte senadores y eligió emperadores a Máximo (Clodio Pupieno Máximo) y Balbino sólo tras la muerte de los dos Gordianos; un segundo pasaje de la *HA* (*Gord.* 10, 1-22) coincide en ubicar la proclamación como emperadores de Máximo y Balbino tras dichas muertes, pero coloca antes de ellas la designación de los veinte senadores. Aunque tanto esta última versión como la de Zósimo parecen erróneas, la historiografía moderna no se muestra unánime respecto a cuál de las fuentes ha de preferirse; ello guarda relación con la polémica concerniente al grado de implicación del Senado en la revuelta que condujo al derrocamiento de Maximino (exposición de opiniones y examen crítico de este punto en X. LORIOT, *op. cit.*, págs. 690-92 y 707-708). Dado que las relaciones de Maximino con el Senado fueron más complejas de lo admitido en tiempos anteriores (cf. X. LORIOT, *ibid.*, pág. 677; J. BURIAN, *op. cit.*, págs. 238-39) y que la política fiscal de este emperador suscitó el descontento general de la población romana, puede suponerse que la revuelta africana —protagonizada básicamente por miembros de la aristocracia municipal de África (véase F. KOLB, *op. cit.*, págs. 463-73)— fue un incidente en principio muy localizado, pero arropado desde sus comienzos por el apoyo de numerosos sectores, incluido el Senado (F. KOLB, *ibid.*, págs. 476-77). La revuelta estalló en febrero del 238 (véase X. LORIOT, *ibid.*, pág. 689).

Maximino, al recibir nuevas de ello, marchó sobre 15
Roma con tropas mauritanas y celtas; pero la guarnición de Aquilea lo encerró en el recinto de la ciudad y lo sometió a asedio. Como además las tropas que le secundaban se decidieron, tras mucho dudarlo, por lo que a todos convenía e hicieron causa común con quienes habían cifrado sus empeños en eliminarlo, Maximino, viéndose en gravísima situación, envió a su hijo con atuendo de suplicante a los soldados, en el pensamiento de que la juventud de aquél bastaría para hacerlos pasar de la cólera a la compa-
sión. Pero éstos, con reduplicado encono, dieron a su hijo 2
una muerte despiadada, y a él mismo lo acuchillaron inmediatamente después. Y uno se adelantó, separó la cabeza del cuerpo y la llevó a Roma, haciendo de ella un claro indicio de victoria. Libres, pues, con esto de temor, pusiéronse a esperar que los emperadores llegaran de Libia [26].

Éstos, sin embargo, perecieron en la travesía a causa 16
de una violenta tempestad, por lo que el Senado entregó el poder supremo a Gordiano, el hijo aún niño de uno de ellos [27]; comenzó entonces el pueblo a reponerse del aba-

---

[26] Maximino murió en mayo del 238, después de que murieran los dos Gordianos (véase X. LORIOT, *op. cit.*, pág. 721). Sobre el fin de Maximino, HERODIANO, VIII 1-5 (consúltese asimismo *HA Maximin.* 21-23) ofrece un relato amplio y divergente del de Zósimo: de acuerdo con dicho relato, los factores desencadenantes del motín en que murió Maximino fueron el hambre, las penalidades experimentadas por la tropa, la severidad de los castigos infligidos a algunos oficiales y la actuación de determinados contingentes cuyas familias habían quedado en poder del adversario.

[27] Según HERODIANO, VII 9, *HA Maximin.* 19, y *Gord.* 15-16, y ZONARAS, XII 17 (quien, sin embargo, menciona otra versión muy semejante a la de Zósimo), Gordiano hijo habría muerto en África durante una batalla contra fuerzas fieles a Maximino; tras la batalla, acaecida en marzo del 238 (cf. X. LORIOT, *op. cit.*, pág. 701) y finalizada con derrota

timiento en que se había visto sumido, pues el Emperador distraía a los ciudadanos con certámenes teatrales y gim-
2 násticos. Pero cuando todos estaban como despertando de un profundo adormecimiento, se prepara secretamente una conjura que apunta al Monarca y en la que Máximo y Balbino levantan a un grupo de soldados en su contra. Al ser descubierta, se da muerte a los jefes mismos de la maquinación y a la mayoría de los que se les habían adherido [28].

17 A su vez los cartagineses, no mucho tiempo después, como viesen que el Emperador había mudado el favor en que los tenía, elevan al Imperio a Sabiniano. Pero cuando Gordiano puso en pie las fuerzas estacionadas en Libia, llegan a un acuerdo con él y hacen entrega del aspirante al trono; obteniendo así el perdón, escapan a los peligros

---

de los usurpadores, Gordiano padre se habría ahorcado. Es esta última la versión aceptada por la historiografía moderna. Gordiano III era hijo de una hija de Gordiano I, sobrino, por tanto, de Gordiano II (cf. Herodiano, VII 10, 7; *HA Gord.* 22, 4, y *Max. Balb.* 3, 4; *epit.* 27, 1). Al conocer la muerte de Gordiano I y II, el Senado nombró augustos a Máximo y Balbino, mientras que a Gordiano III lo reconoció sólo césar, y ello bajo presión, véase X. Loriot, *ibid.*, págs. 710-11.

[28] En realidad Máximo y Balbino fueron muertos por los pretorianos cuando eran augustos, y a continuación Gordiano III fue proclamado emperador único (en verano del 238). No es bien conocida la trama de los acontecimientos que culminaron en la muerte de ambos augustos y la proclamación del nuevo emperador, pero la explicación que ofrece Zósimo de dicha muerte parece errónea o, al menos, simplista. La elección de Máximo y Balbino había estado seguida (y quizás precedida, véase Aurelio Víctor, 26, 5-6) por abundantes enfrentamientos entre el Senado, las cohortes pretorianas y el pueblo de Roma, y el ambiente de desorden creado con ello se agravó por las desavenencias entre los dos augustos; posiblemente la ejecución de éstos tuvo como motivo fundamental el deseo de favorecer la candidatura al trono de Gordiano (cf. X. Loriot, *op. cit.*, págs. 718-22).

que les cercaban [29]. A todo esto, Gordiano desposa a la 2
hija de Timesicles [30], hombre de reputada cultura al que nombró prefecto del pretorio; y pareció que mediante tal nombramiento compensaba las deficiencias que en el cuidado del reino pudiese causar su juventud.

Hallábase ya consolidado el Imperio cuando los persas 18
comenzaron a mostrar intenciones de atacar las provincias orientales —al heredar Sapor el trono de Artajerjes, quien había devuelto a los persas el poder caído en manos de los partos; en efecto, después de Alejandro, el hijo de Filipo, y de sus sucesores en el trono macedonio, cuando Antíoco gobernaba las satrapías superiores, Arsaces el parto, irritado por los desafueros cometidos contra su hermano Tiridates, inició una guerra contra el sátrapa Antíoco, brindando así a los partos ocasión para, tras expulsar a los macedonios, hacerse con el poder [31]—. Aprestó entonces 2

---

[29] La usurpación de Sabiniano y su derrota y muerte —debida a traición de sus partidarios— ocurrieron probablemente a lo largo del 240 (cf. X. Loriot, ed. cit., I, pág. 734).

[30] El verdadero nombre de este personaje, llamado *Misitheus* por *HA Gord.* 23, 6, es Timesíteo (cf. F. Paschoud, *op. cit.*, n. 41).

[31] La versión aquí ofrecida de los orígenes del reino parto recoge una tradición legendaria (un sátrapa enamorado de Tiridates intentó forzarlo, de donde la venganza de éste y su hermano Arsaces) presente también en Arriano y Jorge Sincelo (*FGrHist* 156 F30; F31); otras fuentes (así Estrabón, IX 9, 2-3 y Justino, XLI 4, 3: cf. Jacoby, comentario a *FGrHist* 156 F30-32; E. Will, *op. cit.*, I, págs. 275-76) ofrecen una exposición divergente de este acontecimiento. Claramente, la versión de Zósimo no ofrece garantía de exactitud histórica (sobre el posible carácter legendario de Arsaces I, de Tiridates o de ambos léase E. Will, *ibid.*). Según F. Paschoud, ed. cit., I, n. 42, el Antíoco aquí aludido es Antíoco I; éste recibió de su padre en el 294-93 el gobierno de las satrapías situadas al este del Éufrates (las «satrapías superiores» de Zósimo), aunque gobernó estos territorios no como sátrapa, sino en calidad de corregente: cf. E. Will, *op. cit.*, I, págs. 74, 239. La hipótesis de Paschoud entra

el Emperador todas sus fuerzas y marchó contra los persas. Pero cuando parecía que en el primer encuentro las tropas romanas habían obtenido la victoria, murió Timesicles, el prefecto del pretorio, con lo que se vió grandemente menguada la confianza del Emperador en la solidez de su caudillaje. En efecto, nombrado prefecto, Filipo poco a poco comenzó a disminuir entre los soldados el predica-
3 mento del Emperador. Pues Filipo, que procedía de Arabia, pueblo detestable, y mediante afortunada carrera había avanzado hasta lo alto desde un origen no muy elevado, albergó ansias de realeza tan pronto como accedió al poder [32]. Dedicábase a recabar apoyo entre los soldados

en contradicción con Arriano —de acuerdo con el cual la constitución del reino parto tuvo lugar bajo Antígono II Teón (261-246)— y Sincelo —que parece ubicar el acontecimiento bajo Antíoco Hierax (242-226) y Seleuco II Calínico (246-226)—; en realidad la batalla que dio lugar al nacimiento del reino parto data probablemente del 238-39 a. C., aunque los territorios que integrarían dicho reino se segregaron del Imperio Seleúcida hacia el 245 (cf. E. Will, *ibid.*, págs. 252-58, 270-74). La victoria de Ardashir (el Artajerjes de Zósimo) que marca el fin del reino parto y la ascensión de los Sasánidas al trono ocurrió en el 224 d. C. Frente a lo que indica Zósimo, la Persia de los Sasánidas ya se había enfrentado a Roma, pues Ardashir penetró en territorio romano en el 230 y, de nuevo, en el 237-8. Ardashir murió en el 241, y ese mismo año Sapor I volvió a invadir el territorio romano (cf. A. Christensen, W. Ensslin, *op. cit.*, págs. 109, 126-30).

[32] Según *HA Gord.* 28, 1, Timesíteo (el Timesicles de Zósimo) murió envenenado por Filipo, que le habría sucedido como prefecto: afirmación seguramente falsa (Timesíteo murió de enfermedad) y dictada por la hostilidad hacia Filipo patente en la historiografía de orientación prosenatorial; éste fue, posiblemente, colega de Timesíteo en la prefectura del pretorio (cf. X. Loriot, *op. cit.*, págs. 740, 769). La misma hostilidad parece reflejarse en el dato ofrecido por Zósimo acerca de la baja extracción de Filipo (quien probablemente era de rango ecuestre: cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 43; G. W. Bowersock, *Roman...*, cit., pág. 123); el dato aparece en otras fuentes (*epit.* 28, 4; *HA Gord.* 29, 1).

proclives a la sublevación cuando vio que habían sido reunidas provisiones suficientes para abastecer a las tropas; y como el Emperador permaneciese aún con el ejército en los alrededores de Carras y Nísibis, ordenó a los barcos que portaban el avituallamiento de las tropas que avanzasen hacia el interior [33], a la espera de que las legiones, cercadas por el hambre y la carencia de lo más elemental, se alzasen en armas.

Sus previsiones se cumplieron, y los soldados, tomando 19
como excusa la falta de avituallamiento e imputando a Gordiano la ruina del ejército, en medio del mayor desorden rodean a éste, le dan muerte y, según lo pactado, revisten con la púrpura a Filipo. Filipo concluyó bajo juramento un tratado de amistad con Sapor, y una vez que liquidó así la guerra emprendió el camino a Roma [34]; al tiempo se atraía a los soldados con abundantes repartos de dinero y enviaba mensajeros a Roma para anunciar que Gordiano

[33] Carras (actual Haran, Turquía) se hallaba en Mesopotamia, no lejos del Éufrates. Unos 200 km. al Este se encontraba Nísibis (actual Nusaybin). Las naves portadoras de avituallamiento estarían en el Éufrates, de donde la orden de adentrarse: (cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 43).

[34] Acerca de la muerte de Gordiano existen en las fuentes grecolatinas cuatro versiones distintas: en tres de ellas (que discrepan sólo en cuanto al lugar y fecha de la muerte, cf. X. Loriot, *op. cit.*, págs. 770-71) el Emperador muere a manos de los soldados instigados por Filipo; según Zonaras, XII 17, a quien siguen varios epitomistas bizantinos, Filipo no tuvo parte en la muerte de Gordiano III, pues ésta se produjo en el curso, o a consecuencia, de una batalla contra los persas. Con esta última versión concuerdan las fuentes persas. Las mismas fuentes indican que la paz incluyó el pago por parte romana de 500.000 piezas de oro y la vuelta a la situación anterior a la guerra; según Zonaras, XII 19, Filipo cedió a los persas Mesopotamia y Armenia (afirmación posiblemente falsa: cf. A. Christenssen, W. Ensslin, *op. cit.*, pág. 131). Gordiano murió a comienzos del 244. Sobre todo esto, consúltese X. Loriot, *ibid.*, págs. 770-774.

2 había muerto de enfermedad. Cuando llegó a Roma, y tras propiciarse mediante mesuradas palabras a los altos cargos del Senado, creyó conveniente entregar las magistraturas de mayor importancia a sus más allegados; encomendó, pues, a su hermano Prisco el mando de las tropas de Siria y a su cuñado Severiano le confió las fuerzas estacionadas en Mesia y Macedonia.

20 Él, por su parte, creyendo que de esta manera se había asegurado el poder, marchó a la cabeza de una expedición contra los carpos, que se encontraban ya saqueando las regiones bañadas por el Danubio. Entablada batalla, los bárbaros, sin poder resistir el choque, se refugiaron en una ciudadela donde fueron sometidos a sitio. Como vieron, sin embargo, que los suyos, tras dispersarse cada uno por su lado, se habían vuelto a reunir, cobraron ánimo y efec-
2 tuaron una salida contra el ejército romano. Pero incapaces de aguantar el empuje de las tropas mauritanas, adelantaron propuestas de paz; Filipo accedió a ellas sin poner dificultades para, a continuación, retirarse [35]. La situación general era a la sazón sumamente turbulenta, ya que las regiones de Oriente, soliviantadas por las levas de impuestos y la persona de Prisco —quien, encargado del gobierno de las provincias de la zona, era objeto del aborrecimiento general— y decididas por ello a la rebelión, habían nombrado emperador a Jotapiano, y las tropas estacionadas en Mesia y Panonia a Marino.

[35] Los carpos, procedentes de territorios situados cerca de la actual Odesa, invadieron Dacia y Mesia en verano del 245 como muy pronto (véase G. Gerov, *op. cit.*, págs. 129-30); Filipo los combatió hasta el 246 y después marchó a Roma, donde presidió, el 21 de abril del 248, las fiestas conmemorativas del décimo centenario de la fundación de Roma (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, págs. 401-402; H. A. Pohlsander, «Philip...», cit., pág. 465; debe especificarse que ambos autores confunden dichas fiestas con los Juegos Seculares, que se celebraban cada 110 años, consúltese J. Gagé, «Recherches...», *REL* 11 [1933], págs. 400-406 y 412-17).

Filipo, lleno de inquietud ante tales sucesos, pedía al 21
Senado o apoyo para afrontar la situación o, si su ejecutoria no les agradaba, licencia para dimitir. Al no obtener respuesta alguna, Decio, superior a él por linaje y prestigio y en quien, además, brillaban toda suerte de excelencias, le intentaba explicar cómo en vano se afanaba ante tal situación, pues todo ello se resolvería fácilmente por sí mismo al no poder hallar asidero en parte alguna. Y aunque 2
se realizase cuanto Decio, basándose en su experiencia, había conjeturado y tanto Jotapiano como Marino fuesen eliminados con poco esfuerzo [36], no menguaban un punto los temores de Filipo, sabedor del odio que los jefes y oficiales de aquellas zonas suscitaban entre los soldados. Comenzó entonces a pedir a Decio que aceptase el mando de las tropas de Mesia y Panonia, y como éste rehusaba por estimar la medida poco acertada tanto para él mismo como para Filipo, recurre a esa persuasión imperativa que llaman tesalia [37] y lo manda a Panonia con objeto de re-

[36] La rebelión de Marino (Claudio Marino Pacatiano) pudo estar motivada por el temor a las invasiones bárbaras reinante en la Iliria occidental, pues es probable que en el 245 las fuerzas allí establecidas hubieran de ser trasladadas al frente dacio para combatir a los carpos, con lo que la zona quedaría desguarnecida (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 402); su usurpación se extendió desde septiembre-octubre del 248 hasta abril del 249, cuando fue muerto por sus soldados (véase G. Gerov, *op. cit.*, pág. 130). La cronología de la usurpación de Jotapiano es incierta, pero su muerte tuvo lugar ya bajo Decio (consúltese Aurelio Víctor 29, 2 y n. *ad loc.* de P. Dufraigne, ed. cit.).

[37] A propósito de la «persuasión tesalia» se encuentra en el *Thesaurus Linguae Graecae* la siguiente aclaración: *proverbio ex Thessalorum ducto vel astutia vel, qua celebres erant, arte magica.*

3 ducir a los partidarios locales de Marino. Y los soldados de allí, viendo que Decio iba a proceder contra los culpables, estimaron que para ellos la mejor salida sería la de nombrar a éste emperador; pues no sólo escaparían así al inminente peligro, sino que además Decio, dada su superioridad en cuestiones políticas y en experiencia militar, cuidaría mejor de los asuntos públicos y se impondría con facilidad a Filipo.

22 Tras revestirlo, pues, con la púrpura, lo empujan a hacerse cargo de la situación, por más que él mismo, temiendo por su persona, se negaba. Filipo, una vez le fue anunciada la proclamación de Decio, reunió sus legiones con intención de atacar. Aunque los de Decio veían que sus contrincantes eran más numerosos, se mantenían animados confiando en la inteligencia de Decio y en la previ-
2 sión que siempre demostraba. Chocaron entre sí los ejércitos, superior el uno por número, el otro por las cualidades de su jefe, y cayeron muchos del lado de Filipo con ellos perece él mismo, siendo igualmente degollado su hijo, al que acababa de honrar con la dignidad de césar. De esta manera alcanzó Decio el poder supremo [38].

[38] En mayo-junio del 249, Decio —enviado por Filipo para hacer frente a la usurpación de Jotapiano y también para preparar la zona ante un posible ataque godo desencadenado por la suspensión del subsidio que Roma pagaba a este pueblo (véase n. 40)— fue proclamado emperador por las tropas de Iliria; hacia agosto o septiembre del mismo año venció, cerca de Verona, a Filipo (cf. X. Loriot, *op. cit.*, págs. 794-96). Decio fue un usurpador, hecho que la tradición historiográfica clásica, sumamante favorable a su persona, intenta atenuar mediante historias ejemplares de su amistad con Filipo (cf. R. Syme, *Emperors and...*, cit., pág. 205; «Emperors from Etruria», cit., pág. 203). Sobre el rechazo del trono (*recusatio*) como parte integrante del ceremonial de proclamación, véase J. Béranger, «Le refus...», cit. El hijo de Filipo era augusto desde verano del 247 (cf. X. Loriot, *op. cit.*, pág. 792); Zonaras, XII 19, lo hace morir, con Zósimo, en la batalla de Verona, pero el resto de las fuentes afirma que fue asesinado en Roma (cf. H. A. Pohlsander, «Did Decius...», cit.).

Hallándose todo lleno de confusión a causa de la total 23
incuria de Filipo, los escitas [39] habían cruzado el Don y devastaban las comarcas en torno a Tracia. Contra ellos se dirigió Decio y, tras vencerlos en todas las batallas arrebatándoles asimismo cuanto botín hicieran, intentaba cortarles la retirada a sus hogares, con la intención de destruirlos por completo de suerte que no pudiesen, congregándose de nuevo, volver a atacar. Apostó, pues, a Galo con desta- 2
camentos suficientes en las alturas que dominan el Don, al tiempo que él avanzaba al frente de las demás fuerzas. Y mientras todo sucedía de acuerdo con sus previsiones, Galo, decidido a la rebelión, envía mensajeros a los bárbaros invitándolos a asociarse en el complot contra Decio. Como éstos acogiesen la oferta con el mayor júbilo, Galo mantuvo su posición en las alturas sobre el Don, y los bárbaros se dividieron en tres partes, la primera de las cuales dispusieron en cierto lugar situado ante un pantano. Cuando 3
la mayoría de éstos fue destruida por Decio, apareció la segunda sección, y puesta en fuga también ésta, unos pocos de la tercera sección surgieron cerca del pantano. Como Galo le indicase que se lanzara sobre ellos a través del pantano, Decio, desconociendo el terreno, avanzó sin temor; atrapado con sus tropas en el barro, presa de los proyectiles que por doquier le dirigían los bárbaros, pereció junto a quienes le acompañaban, sin que ninguno pu-

[39] Como es usual en los historiadores griegos tardíos, con el término «escita» Zósimo designa a los pueblos bárbaros establecidos al norte del Danubio. Los «escitas» aquí aludidos son godos aliados a otras etnias asentadas al oeste del Mar Negro. El río que los «escitas» atravesaron no es el Don sino el Danubio.

diese escapar. De esta manera halló su fin Decio, que había sido un excelente emperador [40].

24 Cuando Galo —quien designó corregente a su hijo Volusiano, limitándose a no proclamar que Decio y su ejército habían perecido a causa del complot por él tramado— arribó al poder, cobró vuelo el buen momento en que se
2 hallaban los bárbaros. Pues no sólo les permitía Galo regresar a sus hogares con el botín, sino que también prometió pasarles cada año una determinada cantidad de dinero, y asimismo les permitió que se llevasen impunemente a los prisioneros —y entre ellos especialmente a los nobles—, la mayoría de los cuales habían resultado capturados con motivo de la toma de Filipópolis de Tracia [41].

[40] La invasión aquí consignada parte del año 248, cuando Filipo, tras vencer a los carpos, decide retirar el subsidio que Roma pagaba a los godos (cf. n. 41; E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 402-403; H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 55). En invierno o la primavera del 250 los invasores cruzan la frontera. Decio, que desde su ascenso al trono se había preocupado por fortificar la zona y preparar su defensa, compareció en verano del mismo año. Tras sufrir algunos reveses (los invasores capturaron Filipópolis, durante cuyo cerco se produjo en esta ciudad la usurpación de Julio Prisco: cf. A. ALFÖLDI, «The invasions...», cit. pág. 319; H. WOLFRAM, *ibid.*, pág. 56), en el 251 Decio obtiene una importante victoria (cf. A. ALFÖLDI, *ibid.*, págs. 319-20); los bárbaros inician entonces la retirada hacia sus territorios, y cuando Decio se lanza a perseguirlos, con motivo de un choque habido cerca de la localidad de *Abrittus* (actual Razgrad, Bulgaria), muere a manos del enemigo (cf. G. GEROV, *op. cit.*, págs. 132-40; H. WOLFRAM, *ibid.*, págs. 55-57). Sólo Zósimo y ZONARAS, XII 20, atribuyen su muerte a la traición de Galo; cabe pensar que Decio murió derrotado por los godos, derrota que la benevolencia hacia su persona intenta disminuir aduciendo traición de su lugarteniente (cf. A. ALFÖLDI, *ibid.*, pág. 320; E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 410-12; R. SYME, *Emperors and Biography...*, cit., pág. 205; F. PASCHOUD, ed cit., I, n. 50; H. WOLFRAM, *ibid.*, págs. 56-57).

[41] La usurpación de Julio Prisco (véase n. 40) tuvo lugar con motivo del asedio de Filipópolis (actual Plovdiv, Bulgaria); quizás los prisioneros habían participado en la usurpación, de ahí la actitud de Galo hacia ellos. Respecto al subsidio pagado a los bárbaros, PEDRO PATRICIO, f. 8 [MÜLLER], afirma que ya en el 238 los godos recibían un subsidio de los romanos y JORDANES, *Get.* 89, señala que aún bajo Filipo cobraban sumas anuales de Roma en virtud del *foedus* que unía a ambos pueblos, pero que dichos subsidios fueron cortados en el 248, con motivo de la celebración del 10.° centenario de Roma (cf. n. 35). Galo reanudaría un pacto cuya supresión había ocasionado la invasión del 248 (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, n. 51; H. WOLFRAM, *op. cit.*, págs. 54-55.

Después de adoptar tales disposiciones llegó Galo a 25
Roma, ufano por la paz conclusa con los bárbaros. Al principio se refería con todo respeto al reinado de Decio, y adoptó al hijo de éste que aún vivía. Pero a medida que 2
fue avanzando el tiempo, bajo el temor de que algunos de los que tienen por hábito introducir novedades rememorasen las virtudes de Decio como emperador y entregasen a su hijo el poder supremo, trama darle muerte, sin reparar ni en la adopción ni en sentimiento de honestidad alguno [42].

Como Galo ejerciese de manera negligente el poder, los 26
escitas comenzaron hostigando los territorios que lindaban con ellos para, a continuación, devastar incluso las regiones que llegaban al mar mismo; de suerte que no dejaron por saquear ni uno sólo de los pueblos sometidos a los romanos, y que prácticamente toda ciudad no amurallada

[42] Según A. ALFÖLDI, «The Invasions...», cit. págs. 344-45, que se basa ante todo en datos numismáticos, Hostiliano, el hijo de Decio, habría sido nombrado por su padre primero césar y luego augusto. Galo habría adoptado a Hostiliano y proclamado a su propio hijo Volusiano en primer lugar césar y poco después augusto (véase G. SOTGIU, *op. cit.*, pág. 799). Zósimo es la única fuente que atribuye la muerte de Hostiliano a Galo; suele admitirse que dicha muerte fue producida por la peste mencionada en el cap. siguiente (cf. A. ALFÖLDI, *ibid.*, pág. 345; K. GROSS, «Decius...», cit., col. 615; F. PASCHOUD, ed. cit., I, n. 51.

—y de las protegidas por muralla la mayoría— fue captu-
2 rada [43]. Y si la guerra se hacía sentir por todas partes, no menos mortandad causaba, entre la población que quedaba, la peste, causante de un estrago en vidas humanas mayor que el de ninguna época pasada [44].

27 En tal situación, sin que los que estaban en el poder pudiesen socorrer de forma alguna al Estado, y sin que se atendiese a nada de lo que ocurría fuera de Roma, godos, boranos, urugundos y carpos volvieron a devastar las ciudades de Europa que aún permanecían habitadas [45].

---

[43] A. Alföldi, «The Invasions...», cit., pág, 321, observa que la historia de las incursiones godas posteriores a Decio se ve oscurecida por el hecho de que los historiadores bizantinos han concentrado bajo Galo un conjunto de invasiones protagonizadas ciertamente por los godos, pero acaecidas al menos en parte sólo bajo los sucesores de dicho emperador; la razón de ello puede ser que en los capítulos de su obra consagrados a Galo, el historiador Dexipo, fuente común de todos aquellos autores, ofrecía una visión general de dichas invasiones, incluyendo por tanto algunas sucedidas más tarde (al equívoco debe haber contribuido, asimismo, la confusión entre el nombre de Galo y el del posterior emperador Galieno). Cabe, pues, poner en duda los datos sobre las correrías godas que ofrece Zósimo en éste capítulo y los siguientes. Parece evidente que bajo Galo continuaron los ataques de los godos —quienes debieron de explotar tanto su victoria sobre Decio como la actitud poco enérgica de Galo—, pero el número y la fecha exacta de tales ataques no pueden determinarse con seguridad. Por otra parte, el mismo Alföldi, para quien el relato de Zósimo es en lo esencial correcto, supone que el presente cap. ofrece una visión panorámica y anticipatoria de las dos incursiones precisadas en los caps. 27 y 28.

[44] La peste aquí mencionada (sobre la cual véanse las referencias que ofrece A. Alföldi, «The Crisis...», cit., pág. 422) se prolongó durante un largo período de años (aún en el 269 Claudio el Gótico había de morir a consecuencia de ella).

[45] Los boranos procedían de los territorios situados al este del Mar de Azof, urugundos es nombre de un linaje huno (cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 53; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 61 y 406. Según E. Demougeot,

Los persas marcharon sobre Asia, arrasaron Mesopotamia 2
y avanzaron por territorio sirio hasta la misma Antioquía para apoderarse también de ésta, metrópolis de todo Oriente; de los habitantes, a unos los degollaron y a otros los llevaron a su país junto con un inmenso botín, y destruyeron cuantos edificios públicos o privados encontraron en la ciudad, sin hallar la menor resistencia. Ciertamente, los persas se habrían apoderado con facilidad de todo Oriente si no hubiese ocurrido que, llenos de alegría por la inmensidad de su captura, decidieron de buen grado ponerlo a resguardo volviendo a sus casas [46].

Los escitas ocupaban con plena impunidad todo el 28
territorio de Europa e incluso habían devastado, tras pasar a Asia, los dominios que alcanzan hasta Capadocia, Pesinunte [47] y Éfeso, cuando Emiliano, comandante de las fuerzas de Panonia, después de animar cuanto pudo a sus soldados, que se hallaban sin ánimo para hacer frente al triunfal momento de los bárbaros, y recordarles la reputación de los romanos, marcha contra los bárbaros que se encontraban allí, quienes no se lo esperaban. Una vez que ani- 2

La formation... Des origines..., págs. 418-19, los godos aquí mencionados se establecerían en la península de Crimea antes del 250, y ésta sería la primera de las cinco invasiones que realizaron junto con sus aliados entre el 253 y el 266. A. Alföldi, «The Invasions...», cit., págs. 321-22, fecha la invasión en el 252.

[46] Las fuentes literarias (sobre las cuales consúltese F. Paschoud, ed. cit., I, n. 54) ofrecen relatos divergentes de los sucesos ocurridos en las provincias orientales del 253 al 260, y en concreto de las repetidas capturas de Antioquía durante esos años. Según A. Alföldi, «Die Hauptereignisre...», cit., págs. 141-146, hubo hasta tres caídas de Antioquía en manos persas (en verano del 253, verano-otoño del 258 y otoño del 260). Otros autores niegan esta reconstrucción, hablando de dos o incluso de una sola caída (cf. Petit, *op. cit.*, pág. 181).

[47] Pesinunte se hallaba a unos 150 km. al suroeste de la actual Ankara.

quiló a la mayoría e hizo que sus soldados pasasen ya territorio enemigo y destruyesen inopinadamente cuanto encontraban, librando las regiones sometidas a los romanos, contra toda esperanza, del furor de aquéllos, es elegido emperador por los ejércitos de la zona [48]. Reunió entonces las fuerzas que allí había, llenas de ánimo por la victoria sobre los bárbaros, y se puso en camino hacia Italia con la intención de enfrentarse a Galo mientras éste se hallaba
3 desprevenido. Pero Galo a su vez, cuando oyó lo ocurrido en Oriente, comenzó a equiparse con los medios de que disponía, a la par que enviaba a Valeriano para que trajese las fuerzas estacionadas en Galia y Germania. Emiliano se aproximó a Italia con gran rapidez, y cuando los ejércitos estuvieron el uno cerca del otro, como quienes estaban con Galo advirtiesen la gran inferioridad de sus fuerzas y considerasen al mismo tiempo la incuria y dejadez de éste, le dieron muerte a él y a su hijo; y al ponerse al lado de Emiliano parecieron robustecer su autoridad.

29 Valeriano avanzaba mientras con las fuerzas transalpinas hacia Italia, acompañado de grandes contingentes y ansioso de enfrentarse a Emiliano; pero los partidarios de este último, viendo que afrontaba los hechos más a la manera de un soldado que a la de un emperador, le hacen desaparecer por inepto para el desempeño de la realeza.
Por su parte, Valeriano, una vez que por decisión común 2
llegó al poder supremo, se esforzaba por restaurar la situación [49]. Escitas que habían salido de sus habituales asentamientos y marcomanos devastaban a su paso los territorios vecinos al Imperio Romano, hasta el punto de que Tesalónica se vio amenazada por el mayor peligro; mediante vigorosa resistencia los tesalonicenses lograron, a duras penas y con gran esfuerzo, deshacer el asedio, pero entonces fue Grecia entera la que se vio envuelta en confusión.
Incluso los atenienses se afanaban en sus murallas, de las 3
que no se preocupaban desde que fueron destruidas por Sila, mientras que los peloponesios fortificaban el Istmo y toda la Hélade se aprestaba a defender en común la integridad del país [50].

Valeriano, percatándose del peligro que por todas par- 30
tes se cernía sobre el Imperio Romano, designó a su hijo Galieno corregente [51]. Y como la situación era confusa por

[48] Según E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 419, ésta sería la segunda incursión, fechable en el 254-55, de los godos de Crimea y sus aliados. Para A. Alföldi, «The Invasions...», cit. pág. 322, la invasión data del 253 y constituyó la primera ofensiva por mar de dichos pueblos contra las provincias de Asia Menor; entre los invasores hay que incluir, además, a los godos establecidos al oeste del Mar Negro, que en el mismo año se alzaron por negarse Emiliano (gobernador de Mesia, no de Panonia) a pagarles los subsidios renovados por Galo (cf. n. 41). Zonaras, XII 21, consigna que la contraofensiva de Emiliano no logró despejar el territorio tracio de bandas invasoras. La proclamación de Emiliano tuvo lugar en julio del 253 (cf. G. Sotgiu, *op. cit.*, pág. 798).

[49] Galo murió en el verano del 253, Emiliano hacia octubre del mismo año (cf. G. Sotgiu, *op. cit.*, pág. 798). Según Aurelio Víctor, 32, 1-3, las tropas reunidas en Retia nombraron a Valeriano augusto al mismo tiempo que en Roma el Senado proclamaba a su hijo Galieno césar: habría, pues, un plan conjunto que se desarrollaría simultáneamente (durante el otoño del 253) en dos escenarios distintos (cf. M. Christol, *op. cit.*, págs. 808-809).

[50] Los marcomanos eran germanos asentados en Centroeuropa. Los «escitas» que asediaron Tesalónica y atemorizaron Grecia son los godos del oeste del Mar Negro, que según A. Alföldi, «The Invasions...», cit. pág. 322, cruzaron de nuevo el Danubio en el 254 (consúltese también H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 58): si se admite esta fecha habría un error en la secuencia narrativa de Zósimo, pues la incursión aquí mencionada es posterior al nombramiento de Galieno como corregente, que se consigna sólo en el capítulo siguiente.

[51] Galieno fue nombrado augusto en el 253, antes de que su padre

doquier, se puso él en camino hacia Oriente para frenar a los persas e hizo entrega a su hijo de las regiones de Europa, encomendándole que con aquellos contingentes frenase a los bárbaros que avanzaban desde todos los puntos.
2 Galieno, como viese que entre todos los pueblos eran los germanos los más fieros y los que con mayor dureza castigaban a los habitantes de las regiones galas situadas en torno al Rin, se aprestó a enfrentarse personalmente con los enemigos de esta zona, y en cuanto a aquellos que se proponían saquear las comarcas que bordean Italia, las de Iliria y el territorio griego, ordenó a sus generales que los combatiesen con las fuerzas de cada zona. Él, por su parte, vigilaba, en la medida de sus fuerzas, los pasos del Rin, ya impidiendo que los cruzasen, ya oponiéndose a quienes
3 lo atravesaban. Enfrentado con fuerzas inferiores a una masa ingente, como se viese en apuros decidió paliar parcialmente el peligro mediante el establecimiento de un tratado de paz con uno de los caudillos germanos. Éste, en efecto, se aplicó a impedir los continuos intentos de los otros bárbaros por cruzar el Rin y a enfrentarse a los que lo cruzaban. Tal era la situación en las regiones vecinas al Rin [52].

---

marchase a Oriente para enfrentarse a los persas (cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 58).

[52] Tras su nombramiento como augusto Galieno marchó a la frontera ilírica (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 491; M. Christol, *op. cit.*, págs. 814-15), donde debió hacer frente al ataque de marcomanos —mencionados en 29, 2— y otras poblaciones bárbaras de Centroeuropa; después, entre el 254 y el 256, se persona en la frontera renana para combatir a francos y alamanos (cf. E. Demougeot, *ibid.;* M. Christol, *ibid.;* para A. Alföldi, «The Invasions...», cit., pág. 334, el Emperador debió de llegar a Galia en el 254 como muy tarde). E. Manni, *op. cit.*, cols. 966-67, supone que el caudillo germano signatario del pacto aquí mencionado era un príncipe alamano, registra hacia

Boranos, godos, carpos y urugundos —pueblos éstos 31
que vivían alrededor del Danubio— continuaban saqueando hasta no dejar intacta parte alguna de Italia o de Iliria, devástándolo todo sin que nadie se les opusiera. Los boranos intentaban incluso pasar a Asia, cosa que lograron con facilidad gracias a los habitantes del Bósforo, pues éstos, más por temor que por convicción, les entregaron barcos y les guiaron en la travesía [53]. En efecto, mientras los bos- 2
foranos se vieron gobernados por reyes que heredaban el poder de padres a hijos, perseveraron —movidos por los buenos términos que mantenían con Roma, por la prosperidad de sus mercados y por los obsequios que cada año les enviaban los emperadores— en impedir los intentos de los escitas por pasar a Asia. Pero cuando, extinguida la 3
línea real, se establecieron en el poder hombres indignos y abyectos, permitieron, temerosos por su propia seguridad, que los escitas entrasen en Asia a través del Bósforo, embarcándolos en navíos de su propiedad que luego recuperaban y traían de vuelta a casa [54].

---

las mismas fechas otro tratado con un príncipe marcomano y señala que ambos acuerdos se integran en el programa de política exterior pacifista seguido por Galieno durante su etapa de corregente.

[53] Sobre la procedencia de boranos y urugundos, véase n. 45. El presente capítulo parece mezclar dos ataques bárbaros diferentes: el primero provendría de los bárbaros establecidos en Centroeuropa, cuyas incursiones ya han sido mencionadas (véase 29, 3 y 30, 2) y que hostigaban por estas fechas las regiones vecinas a Italia e Iliria (cf. n. 52); el segundo sería una nueva invasión, fechable en el 254 (en el 255, según H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 58-59), de las etnias establecidas al norte del Mar Negro (cf. n. 45; A. Alföldi, «Die Hauptereignisse...», cit., págs. 142; «The Invasions...», cit., págs. 323; 348).

[54] Las incursiones piráticas de los bárbaros contra las costas de Grecia y Asia durante los años 50 y 60 fueron facilitadas por la pérdida de influencia romana en la zona del Bósforo. Dicha pérdida, debida so-

32 Los escitas saqueaban cuanto se encontraban; y mientras los habitantes de la franja marítima del Ponto se retiraban hacia las tierras interiores, mejor fortificadas, los bárbaros comenzaron por atacar Pitiunte [55], rodeada por una considerable muralla y dotada de un buen puerto. Nombrado Sucesiano comandante de las tropas allí estacionadas, hizo frente a los bárbaros con las fuerzas de que disponía y consiguió rechazarlos; y los escitas, temerosos de que, al enterarse, se añadiesen a los soldados de Pitiunte las guarniciones de otras plazas y los aniquilasen de raíz, se apoderaron de cuantos barcos pudieron y, en medio del mayor peligro, regresaron a casa tras perder a muchos de
2 los suyos en la guerra de Pitiunte. Los habitantes del Ponto Euxino, quienes se habían salvado gracias a la ejecutoria militar de Sucesiano, creyeron que los escitas jamás volverían a hacer un nuevo intento después de ser rechazados según acabo de narrar. Tras llamar a Sucesiano y designarlo prefecto del pretorio, Valeriano se ocupaba con él de organizar la región circundante a Antioquía y de reconstruir la ciudad [56], cuando los escitas tomaron otra vez los

bre todo a motivos estratégicos, se halla estrechamente relacionada con el abandono de Dacia, abandono que a su vez comienza hacia el 242 y concluye en el 271 (cf. A. Alföldi, «The Invasions...», cit., págs. 325-29; E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 434-42, 452-58; A. Chastagnol, *op. cit.*, pág. 49). Las fuentes latinas (cf. Aurelio Víctor, 33, 3; Eutropio, IX 8, 2) tienden a atribuir la pérdida de Dacia a Galieno, pero en ello debe verse sólo un reflejo de la hostilidad que este emperador, en pugna con el Senado, despierta en la historiografía prosenatorial (véase A. Alföldi, «Das Problem...», cit.; E. Manni, *op. cit.*, cols. 977-80).

[55] Pitiunte es la actual Bitchvinta, en la costa nororiental del Mar Negro.

[56] Según Zósimo, pues, Antioquía había sido capturada (no obstante, para A. Christensen, W. Ensslin, *op. cit.*, pág. 133, ello supone una

barcos de los habitantes del Bósforo e hicieron un nuevo intento. Habiéndose apoderado de las naves y sin dejar, 3
como antes, que los bosforanos regresasen con ellas a casa, atracaron cerca del Fasis, donde dicen que se encontraba el santuario de la Ártemis de Fasis y también el palacio del rey Eetes [57]. Después de intentar, sin conseguirlo, tomar el santuario, marcharon directamente hacia Pitiunte.

Una vez que, con toda facilidad, tomaron la plaza y 33
la despojaron de su guarnición, continuaron el avance. Teniendo a su disposición gran cantidad de barcos y sirviéndose para la navegación de los prisioneros que sabían remar, puesto que hubo bonanza durante prácticamente todo el verano, pusieron rumbo a Trapezunte [58], ciudad grande, populosa y que, además de las tropas usuales, había acogido otros contingentes muy considerables. Aunque pu- 2
sieron cerco, ni en sueños albergaban la esperanza de apoderarse de la ciudad, que estaba guarnecida por una doble muralla. Pero como vieran que los soldados se hallaban entregados al ocio y a la francachela, que ni siquiera subían a la muralla y que en ningún momento abandonaban sus prácticas de molicie ni sus banquetes, apoyaron en el muro, por donde éste era accesible, unos troncos que tenían preparados de antes y durante la noche ascendieron por ellos en pequeños grupos; y tomaron así la ciudad, pues una parte de los soldados, llenos de espanto por lo súbito e inesperado de su llegada, huyeron de la plaza por

interpretación errónea del texto). La invasión liquidada por Sucesiano fue la que iniciaron los boranos por mar en el 254 (o 255, véase 31, 1 y n. 53).

[57] La desembocadura del Fasis (actual Rioni), en el Mar Negro, se halla ocupada por la actual Sebastopol. Eetes es el rey mítico de Colquis y padre de Medea.

[58] En la costa sudeste del Mar Negro (actual Trabzon, Turquía).

otra puerta, siendo los demás liquidados a manos del ene-
3 migo. Capturada de esta forma la ciudad, quedaron los bárbaros dueños de una indecible cantidad de bienes y prisioneros, pues ocurría que prácticamente todos los que habitaban en las inmediaciones se habían refugiado en ella considerándola un sólido reducto. Tras destruir los templos, los edificios y todo aquello en cuya construcción se había procurado hermosura o grandeza, tras hacer, además, incursiones por el resto de la comarca, volvieron a casa con gran número de naves [59].

34 Cuando los escitas de las regiones vecinas contemplaron las riquezas que habían traído, concibieron deseos de ejecutar algo semejante y aprestaron para ello barcos que construyeron con ayuda de prisioneros o también de gentes unidas a ellos por lazos comerciales. Decidieron no efectuar la misma travesía que los boranos, pensando que era larga, difícil y transcurría por lugares ya saqueados.
2 Aguardaron el invierno y entonces, teniendo a su izquierda el Ponto Euxino y acompañados por la infantería que, en la medida de lo posible, los seguía a lo largo de la costa, dejaron a la derecha Istro, Tomeo y Anquíalo para llegar al lago de Fileatina [60], que se encuentra junto al Ponto, al oeste de Bizancio. Y al enterarse de que los pescadores de allí se habían ocultado con las barcas de que disponían en los pantanos situados junto al lago, llegaron a un acuerdo

[59] Pitiunte y Trapezunte fueron capturadas en el 255 (cf. A. Alföldi, «The Invasions...», cit., pág. 323; según H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 59, en el 256); los protagonistas de la invasión fueron, de nuevo, las etnias bárbaras asentadas al norte del Mar Negro.

[60] Istro (actual Histria, Rumania), Tomeo (actual Constanza, Rumania) y Anquíalo (o Anquiale, en la actual Bulgaria) son localidades situadas en la costa oeste del Mar Negro, al sur del Danubio. El lago de Fileatina es el actual Derkos.

para embarcar la infantería, tras lo cual continuaron su marcha con la intención de atravesar el estrecho que sepa-
ra Bizancio de Calcedón. Había, en la misma Calcedón 3
y en toda la parte que se extiende hasta el Promontorio, situado en la boca del Ponto [61], una guarnición muy superior a los asaltantes, pero una parte de los soldados se retiró con el propósito, decían, de salir al encuentro del general enviado por el Emperador, y los otros fueron presa de tal pánico que nada más recibir la noticia huyeron en desorden. Ante lo cual, los bárbaros, tan pronto como lograron atravesar, se apoderaron de Calcedón sin oposición ninguna, quedando así dueños de riquezas, armas y una inmensa cuantía de otros bienes.

Marcharon contra Nicomedia [62], ciudad próspera y de 35
grandísima entidad, celebérrima por su riqueza y por su abundancia en toda clase de productos. Aunque, al tener noticia anticipada, sus habitantes se adelantaron a huir llevando consigo todo cuanto pudieron, los bárbaros se llenaron de asombro ante la magnitud de lo que allí encontraron, y a Crisógono, el que los había movido, instándolos desde tiempo atrás, para que fueran a Nicomedia, lo
rodearon de toda suerte de halagos. Después de caer sobre 2
Nicea, Cíos, Apamea y Prusa, donde contaron con similar fortuna, se dirigieron contra Cícico. Como el río Rindaco fluía con gran caudal por las lluvias caídas, al no poder atravesarlo retrocedieron [63]. Prendieron fuego a Nicomedia y a Nicea, cargaron su botín en carretas y barcos y

[61] El Promontorio Sacro, en la orilla asiática del Bósforo.

[62] En la costa occidental de Bitinia (actual Izmit, Turquía).

[63] Nicea (actual Iznik), Cíos, Apamea de Bitinia y Prusa pertenecían todas a la Bitinia occidental; el Rindaco desemboca en el Mar Negro, separando Bitinia de Misia; al oeste del Rindaco se encontraba Cícico.

se ocuparon del viaje de vuelta a casa, poniendo así término a su segunda expedición [64].

36 Tras conocer lo ocurrido en Bitinia, Valeriano rece-
laba de encomendar a ninguno de sus generales la defensa
contra los bárbaros; y habiendo enviado a Félix para que
custodiase Bizancio, él por su parte hizo el camino de An-
tioquía a Capadocia para volver después sobre lo andado
sin conseguir sino dejar exhaustas las ciudades a su pa-
so [65]. Y en el momento en que una peste se había abatido
sobre las legiones y la mayor parte de ellas perecía [66], Sa-
por avanzó sobre Oriente amenazando con someterlo ente-
2 ro. Valeriano, por debilidad y falta de entereza en sus há-
bitos, renunció a poner remedio a la situación, que había
llegado ya a un punto extremo, y decidió acabar con la
guerra mediante la entrega de dinero; pero los embajado-
res enviados a tal efecto fueron despachados con nulos re-
sultados por Sapor, pues era al Emperador en persona a
quien éste reclamaba para que acudiese a tratar lo que esti-
mase necesario. Cuando Valeriano, sin pararse a reflexio-
nar, accedió a lo que se le pedía y con la mayor despreocu-

[64] La invasión narrada en este y el anterior capítulo ocurrió en el 256 (para H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 61, en el 257) y debió estar protagonizada por los godos residentes al oeste del Mar Negro aliados con etnias asentadas al norte del mismo: cf. A. Alföldi, «The Invasions...», cit., pág. 323; E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 419. La calificación de «segunda expedición» se justifica por ser ésta, en efecto, la segunda excursión de los godos occidentales contra Asia Menor (la primera ocurrió en el 254, véase 28, 1-2).

[65] «Lo ocurrido en Bitinia» alude a la invasión narrada en el cap. 35; según A. Alföldi, «Die Hauptereignisse..., cit., pág. 143, la marcha de Antioquía a Capadocia que emprendió Valeriano consistiría en un movimiento de tropas mediante el cual el Emperador habría intentado hacer frente a dicha invasión.

[66] La peste es la misma que la mencionada en 26, 2 (cf. n. 44).

pación marchó al encuentro de Sapor acompañado de una pequeña escolta y en la creencia de que a lo que iba era a discutir un tratado, inesperadamente fue apresado por los enemigos. Reducido a prisionero de guerra, murió entre los persas, manchando para la posteridad el nombre de los romanos con la mayor vergüenza [67].

Mientras en tal punto se encontraba la situación en 37
Oriente y todo era anarquía y abandono, los escitas se auna-
ron en un propósito común y congregaron todos sus pue-
blos y linajes en un solo cuerpo, una fracción del cual de-
vastaba Iliria y saqueaba las ciudades de aquella zona, mien-
tras que la otra, tras invadir Italia, marchaba sobre Roma.
En tanto que Galieno se hacía fuerte en los lugares de 2
más allá de los Alpes y se ocupaba de guerrear contra los
germanos, el Senado, viendo que Roma se hallaba en si-
tuación extrema, armó a los soldados que se encontraban
en la ciudad, entregó igualmente armas a los más fuertes
de entre la plebe y reunió un ejército que superaba en nu-
mero a los bárbaros; atemorizadas ante ello, las fuerzas
enemigas abandonaron Roma pero se lanzaron sobre Ita-
lia, a la que castigaron prácticamente en su totalidad.
También en Iliria la situación era extrema a causa del 3
avance de los escitas, y todo el Imperio se hallaba conmo-
cionado hasta el punto de ver en peligro su supervivencia,
cuando una peste de magnitud no igualada nunca antes
cayó sobre las ciudades e hizo que las desgracias debidas

[67] La guerra persa en la cual fue capturado Valeriano tuvo lugar el 258, 259 ó 260 (cf. A. Alföldi, «Die Hauptereignisse..., cit., pág. 148; A. Christensen, W. Ensslin, *op. cit.*, pág. 135; M. Christol, *op. cit.*, págs. 818-19; E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 443-44; L. de Blois, *op. cit.*, pág. 2). Sobre la captura de Valeriano y su muerte las fuentes ofrecen versiones divergentes, acerca de las cuales consúltese A. Alföldi, *ibid.*, págs. 149-50.

a los bárbaros pareciesen más llevaderas, dando a quienes habían sido atacados por la enfermedad motivo para considerarse felices a sí mismos y a las ciudades ya capturadas, que quedaron totalmente desiertas [68].

38 Galieno, abrumado por todo lo que estaba pasando, emprendió el camino a Roma para poner fin a la guerra que los escitas habían llevado a Italia [69]. Y en eso se levantaron en su contra Mémoro el Mauritano, Auréolo, Antonino y muchos más, de los cuales casi todos recibieron castigo, perseverando sin embargo Auréolo en su enfrenta-
2 miento con el Emperador [70]. Por su parte Póstumo, a quien

[68] La últimas frases del presente capítulo (desde «dando a quienes...») traducen un texto griego desprovisto de sentido. La peste a la que se alude había estallado en fecha muy anterior, véase n. 44.

[69] Galieno, que se hallaba en el territorio adyacente al Rin desde su nombramiento como augusto, se personó en Panonia a mediados del 258 para hacer frente a la usurpación de Ingenuo; tras vencer al usurpador, Galieno permaneció en la región un año. En otoño del 259 debió acudir a Italia para hacer frente a una invasión de alamanos y yutungos; frente a Milán y en primavera del 259 obtuvo una importante victoria. Por otra parte, en la Iliria occidental se registró, a mediados de 259, una nueva usurpación, la de Regaliano. Éste murió en combate contra cuados, yacigas y roxolanos, que habían atacado el territorio panonio en el 259-60 causando importantes daños (véase E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 442-47, 493-98).

[70] Con motivo de la captura de Valeriano se desencadenaron usurpaciones a lo largo de todo el imperio (cf. E. Manni, *op. cit.*, cols. 969-709), pero la mayoría de las citadas aquí pertencen a otro momento. De Mémoro, mencionado sólo por Zósimo y el continuador anónimo de Casio Dión, f. 4 [Müller], prácticamente conocemos sólo el nombre; según E. Manni, *ibid.*, su usurpación se desarrolló en Egipto y fue posterior a la de Emiliano. Antonino (L. Julio Aurelio Sulpicio Uranio Antonino) debe ser el Sampsigeramo que defendió Siria frente a Sapor; su usurpación comienza en el 253, consúltese G. W. Bowersock, *Roman...*, cit., págs. 127-28. La usurpación de Auréolo data de fecha posterior (véase n. 77).

estaba confiado el mando de los contingentes establecidos en territorio galo y que también había decidido rebelarse, tomó consigo las tropas que le secundaban en el alzamiento y marchó hacia Agripina [71], ciudad de gran importancia situada junto al Rin; allí puso cerco a Salonino, el hijo de Galieno, diciendo que no levantaría el sitio a menos que le entregaran a éste. Cuando los soldados, forzados por el asedio, se lo entregaron junto con Silvano, a quien Galieno había encomendado la custodia de su hijo, Póstumo liquidó a ambos y quedó a su vez dueño de Galia [72].

Después que los escitas hubiesen reducido Grecia al peor 39
de los estados y sitiado incluso Atenas, cuando ya se habían lanzado sobre Tracia, buscaba Galieno enfrentarse a ellos; y como Oriente se hallase en situación desesperada, encomienda los asuntos de aquella zona a Odenato, ciudadano de Palmira [73] cuyo linaje había sido honrado con

[71] La actual Colonia.

[72] Salonino había sido nombrado césar (cf. M. Christol, *op. cit.*, pág. 815). Los efectivos militares que rodeaban a éste y los mandados por Póstumo estaban ocupados en combatir a los francos, y posiblemente las victorias que Póstumo obtuvo facilitaron su usurpación (véase E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 499-501). Tal usurpación, acaecida en invierno del 260-61 (cf. M. Christol, *ibid.*, págs. 818-19), inicia el llamado *imperium Galliarum*, una especie de estado autónomo que abarcaba los territorios de Galia, Britania e Hispania y cuya vida se prolonga hasta el 273-74. Con independencia de que existieran divergencias políticas entre Póstumo y Galieno (cf. E. Manni, *op. cit.*, col. 971), el Imperio Galo representó no un intento separatista, sino un expediente para contener las invasiones bárbaras sobre el *limes* renano (su liquidación se debió a sumisión voluntaria de Tétrico, último emperador galo, véase J. Lafaurie, *op. cit.*, pág. 967).

[73] Palmira es la actual Tadmor (Siria). Según algunas fuentes Odenato era de linaje oscuro; parece sin embargo que ha de preferirse la noticia de Zósimo sobre las distinciones otorgadas a su casa, véase R. Foerster,

aquellos favores que brinda la deferencia imperial. Éste añadió a las tropas que habían quedado allí el mayor número posible de sus fuerzas propias para, a continuación, marchar enérgicamente contra Sapor, recuperar las ciudades ya tomadas por los persas y derruir, tras tomarla al primer intento, Nísibis, que al haber sido capturada por Sapor fa-
2 vorecía la causa persa. Persiguiéndolos hasta Ctesifonte en dos ocasiones, encerró en sus dominios a los persas, que hubieron de darse por satisfechos con lograr la salvación de sus hijos, sus mujeres y sus propias personas mientras él reorganizaba, en la medida de lo posible, las tierras ya devastadas. Y cuando hallándose en Emesa, en la celebración de una fiesta de natalicio, fue muerto por una conjura, se hizo cargo de los asuntos de allí Zenobia, su esposa, mujer de temple viril que, gracias a la asistencia de los que apoyaban a su esposo, se aplicó al gobierno con igual solicitud [74].

op. cit., cols. 1242 y 1243). En los caps. 39-46, Zósimo ofrece un relato confuso donde se mezclan, con deterioro de la cronología, acontecimientos ocurridos en fechas distintas. La invasión bárbara con que se inicia el presente capítulo es narrada de nuevo en el cap. 43 y ocurrió con posterioridad a algunas de las actuaciones de Odenato aquí consignadas (concretamente el sitio —y captura— de Atenas tuvo lugar en el 268-69, véase n. 85).

[74] Odenato se distinguió por primera vez cuando la invasión persa del 260, que rechazaron Macriano y Balista forzando al monarca persa a retirarse; durante la retirada, Odenato (a la cabeza de un ejército privado, dato este transmitido por diversas fuentes y que se refleja en la afirmación de Zósimo referente a las «fuerzas propias», cf. R. Foerster, *op. cit.*, col. 1244) cae sobre los persas y les causa graves daños. Posteriormente se produjo la usurpación de Balista y Macriano (los usurpadores serían Macriano y Quieto, hijos de Macriano, aunque la acción fue promovida y protagonizada por el padre de ambos y Balista, cf. A. Alföldi, «Die römische..., cit., págs. 180-83), usurpación liquidada cuando, en primavera del 361, fuerzas imperiales derrotan a Macriano cerca de la actual Sofía. Seguidamente Odenato, termina, al parecer por encargo de Galieno, con los restos de la usurpación en las provincias orientales. Sólo entonces recibe el caudillo de Palmira, cuyas relaciones con Roma están teñidas de ambigüedad, un título oficial romano así como mando sobre tropas romanas (cf. A. Alföldi, *ibid.*, págs. 189, 193-94; R. Foerster, *ibid.*, cols. 1244-45). Con tropas romanas unidas a las propias dirige dos ofensivas contra los persas, la primera en el 262, la segunda en el 266-67 (para E. Manni, *op. cit.*, col. 972, en el 264). De esta segunda expedición hubo de volver para combatir una incursión goda sobre Asia. Las circunstancias de su muerte, en el 266-67, no son bien conocidas (cf. A. Alföldi, *ibid.*, págs. 192-97; M. Foerster, *ibid.*, cols. 1245-46; E. Manni, *ibid.).* Zenobia asumió el gobierno en nombre de su hijo Vabalato, de corta edad (cf. W. Ensslin, «Vaballathus...», cit., col. 2014).

Así se encontraban las cosas en Oriente cuando se le 40
anunció a Galieno, cuyos afanes estaban volcados en la guerra contra los escitas, la rebelión de Auréolo, el comandante de toda la caballería que, colocado en Milán para vigilar el paso de Póstumo a Italia, se había rebelado y aspiraba al poder supremo. Turbado por ello, tomó de inmediato rumbo a Italia, entregando la jefatura de la guerra contra los escitas a Marciano, hombre sumamente ejercitado en las lides bélicas [75]. Y mientras éste dirigía atina- 2
damente la guerra, Galieno sucumbe en el camino a Italia bajo el siguiente complot: el prefecto del pretorio Heracliano, tras hacer partícipe de sus miras a Claudio —tenido por el hombre que ocupaba el más alto lugar en el gobier-

[75] Según Gerov, *op. cit.*, pág. 142, esta guerra se dirigía contra la invasión del 267-68, en que los godos y sus aliados atacaron por mar y tierra la Península Balcánica y Asia Menor; dicha invasión sería distinta de la gran expedición cuyo relato inicia el cap. 42, acaecida en el 269, tras la muerte de Galieno. Pero también se ha supuesto que la guerra aquí aludida forma parte de la invasión relatada en aquel capítulo, que comenzaría realmente bajo Galieno (véase n. 78).

no después del Emperador—, trama la muerte de Galieno. A tal efecto, halla un hombre idóneo en el comandante de la caballería dálmata, en cuyas manos pone el asunto.
3 Éste se presentó ante Galieno cuando se disponía a comer y afirmó que, según le había anunciado uno de los espías, Auréolo se acercaba acompañado de todas sus fuerzas, consiguiendo por medio de tales noticias llenarlo de sobresalto. Galieno comenzó entonces a pedir armas y a dar a sus soldados, después de saltar sobre el caballo, órdenes de que le siguieran con las armas dispuestas, y acabó por partir sin aguardar siquiera a su escolta. En ese momento, el comandante, al verlo desprovisto de protección, lo degüella.

41 Y mientras los soldados, siguiendo la consigna de sus jefes, permanecían en calma, Claudio se hace con el poder absoluto, que ya antes el parecer de todos le había otorgado [76]. Por su parte, Auréolo, que durante largo tiempo había desafiado la autoridad de Galieno, despachó inmediatamente emisarios a Claudio para acabar entregándose, tras lo cual fue suprimido por los soldados que rodeaban al Emperador, llenos de cólera por su defección [77].

[76] La muerte de Galieno tuvo lugar a finales del verano del 268, cerca de Milán, a donde había acudido el Emperador para combatir a Auréolo (cf. M. Christol, *op. cit.*, págs. 824-25). El Heracliano de Zósimo parece haberse llamado realmente Herculiano (cf. R. Syme, *Emperors and Biography...*, cit., pág. 210). Las fuentes latinas (Aurelio Víctor, 33, 28; *epit.* 34, 2; *HA Gall.* 14, 2) pretenden exculpar a Claudio de la muerte de Galieno; pero probablemente la versión de Zósimo es la correcta (véase R. Syme, *ibid.*, pág. 205; «The Ancestry...», cit., págs. 68-69).

[77] Auréolo, comandante del cuerpo de caballería creado por Galieno, mantuvo con este emperador unas relaciones difíciles y ambiguas. Su deserción definitiva de Galieno tuvo lugar en Retia según Aurelio Víctor, 33, 17, según Zósimo, 40, 1, y Zonaras, XII 25, en Milán, cuando Auréolo se pasó al lado de Póstumo; es posible incluso que durante algún tiempo se erigiese en usurpador (cf. A. Alföldi, «Der Usurpator Aureolus...», cit.; J. Lafaurie, *op. cit.*, pág. 891; M. Christol, *op. cit.*, pág. 823). La noticia referente a la cólera que albergaban los soldados contra Auréolo por su traición a Galieno indica que este último contaba con el favor de sus tropas (cf. *HA Gall.* 15, 1-2; E. Manni, *op. cit.*, col. 976).

Hacia estas mismas fechas, los escitas que habían quedado, llenos de exaltación por el resultado de las incursiones precedentes, se concertaron con hérulos, peucas [78] y godos y, reunidos junto al río Tira [79], que desemboca en el Ponto, construyeron seis mil navíos sobre los que embarcaron en número de trescientos veinte mil [80]; cruzaron 42

[78] Tradicionalmente los hérulos son considerados germanos establecidos en Rusia meridional en el siglo iii; pero véanse las referencias que ofrece H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 393. Peucas (o peuquinos) es el nombre dado al conjunto de pueblos instalados en la costa noroccidental del Mar Negro. Desde el 261-62 y con anterioridad a la fecha en que se sitúa la presente invasión (el 267-68 ó 269), hérulos y otras etnias bárbaras instaladas alrededor del Mar Negro devastaron la Península Balcánica y el territorio de Asia Menor: cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 419-21; E. Manni, *op. cit.*, cols. 971-72; G. Gerov, *op. cit.*, págs. 141-42. La invasión que comienza a narrar el presente capítulo pudo iniciarse bajo Galieno, en el 267-68, siendo la mencionada en 40, 1 (así E. Demougeot, *ibid.*, págs. 421-26) o fue quizás independiente de aquella (véase n. 75). Si se acepta la primera hipótesis cabe pensar que el deseo por atribuir a Claudio en su integridad victorias obtenidas en gran parte por Galieno es la razón principal del desplazamiento cronológico perceptible en la tradición historiográfica que sigue Zósimo (sobre la benevolencia que la historiografía antigua alberga hacia Claudio, tenido falsamente por el antecesor de Constantino, y la hostilidad que guarda contra Galieno, véase R. Syme, «The Ancestry...», cit.).

[79] El actual Dniester.

[80] La cifra puede ser exagerada, especialmente en lo que respecta a los navíos (*HA Claud.* 8, 2, mantiene la cifra de 320.000, pero rebaja los navíos a 3.000; Amiano, XXXI 5, 15 habla de 2.000 navíos y Jorge Sincelo, 717 [Bonn], de 500); en todo caso, la invasión aquí aludida no fue una expedición de pillaje, sino un desplazamiento de pueblos que

el Ponto y cayeron sobre Tomeo, ciudad fortificada de la que fueron rechazados para, continuando el avance, llegar hasta Marcianópolis [81], que pertenece a Mesia; y al ser rechazados también de ésta, siguieron adelante viento en
2 popa. Pero cuando alcanzaron la zona de estrechos de la Propóntide, resultó que no pudo tal multitud de embarcaciones sobrellevar la rapidez de la corriente; las naves chocaban unas con otras y las barcas eran arrastradas sin orden ni concierto, mientras los pilotos abandonaban el timón, de suerte que unas se hundieron con los hombres que transportaban y otras naufragaron sin sus ocupantes, siendo ingente la pérdida de hombres y barcos.

43 A consecuencia de ello se alejaron los bárbaros del estrecho de la Propóntide y pusieron rumbo a Cícico. De allí se retiraron con las manos vacías [82] para costear el Helesponto hasta llegar junto al monte Atos, desde donde, tras reparar sus barcos, pusieron rumbo a Casandrea [83] y Tesalónica. Habían utilizado contra los muros máquinas de guerra y estaban a punto de tomarlas cuando supieron que el Emperador se acercaba, ante lo cual penetraron en el interior para devastar toda la comarca en torno a Dobero y Pelagonia [84]. Después de perder allí tres mil hombres 2
que chocaron con la caballería dálmata, con los que les quedaban se dispusieron a hacer frente a las fuerzas del Emperador. Tuvo lugar una batalla en la que, tras caer ⟨muchos⟩ de una y otra parte, los romanos se dieron la vuelta y a continuación, inesperadamente y por caminos que los otros no conocían, cayeron sobre ellos y liquidaron a cincuenta mil bárbaros. Una parte de los escitas emprendió travesía a lo largo de las costas de Tesalia y Grecia y se entregó a devastar estas zonas; como no podían acometer a las ciudades, que se les habían adelantado construyendo murallas y disponiendo lo necesario para la defensa, capturaban a los hombres que hallaban en los campos [85].

---

buscaban nuevos asentamientos (cf. E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 421). De acuerdo con ello, en la cifra de 320.000 deben incluirse, aún admitiendo que sea correcta, mujeres y niños. Se ha pensado que la invasión fue al mismo tiempo naval —los hérulos y otros pueblos establecidos al norte y noroeste del Mar Negro marcharían en barcos— y terrestre —los godos del oeste del Mar Negro atacarían por tierra— (cf. A. ALFÖLDI, «The Invasions...», cit., pág. 324; E. DEMOUGEOT, *ibid.*, págs. 422), pero según H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 62, los invasores fueron sólo hérulos y godos, la invasión tuvo lugar por mar y la frontera danubiana no sufrió graves daños.

[81] Marcianópolis se encontraba cerca de la costa occidental del Mar Negro, en territorio de la actual Bulgaria.

[82] Se ha supuesto que en el Mar Negro, la Propóntide y delante de Cícico hubo una serie de combates navales que Zósimo omite (cf. A. ALFÖLDI, «The Invasions...», cit., pág. 325; E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 423.

[83] La antigua Potidea, en la Península Calcídica. Después de llegar al Atos los invasores se dividieron en tres grupos. Uno de ellos, formado predominantemente por hérulos, se dirigió a Casandrea y Tesalónica; el segundo (mayoritariamente godos, en menor proporción hérulos) marchó a Grecia; el tercero (godos y hérulos) puso rumbo a Asia Menor (cf. H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 63).

[84] Pelagonia es el nombre de una región de Macedonia en la que estaría situada la ciudad de Dóbero, cuya localización exacta se desconoce.

[85] Las batallas aquí mencionadas se desarrollaron al norte de la Península Balcánica; la primera fue librada contra el grupo dominado por los hérulos, la segunda contra el grupo gótico-hérulo que había marchado sobre Grecia (cf. H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 64). Esta segunda batalla es la de Naíso, atribuida tradicionalmente a Claudio, pero que A. ALFÖLDI, «The Invasions...», cit. pág. 325, y E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 426, reclaman para Galieno (consúltese también H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 64); sería después de su victoria en la región danubiana cuando Galieno partió para hacer frente a la rebelión de Auréolo. Los bárbaros a que alude el final del capítulo son el

44 Así pues los escitas, según he narrado, estaban dispersos y habían perdido gran parte de sus hombres; y en esto Zenobia, ansiosa de empresas mayores y a la vista de que un egipcio, Timágenes, estaba a punto de conseguir para los palmiranos el dominio de Egipto, envía allí a Zabdas [86]. A un ejército de treinta mil hombres, formado por palmiranos, sirios y bárbaros, le hizo frente otro de cincuenta mil egipcios, y en la batalla resultante obtuvieron una amplia victoria los palmiranos, quienes se retiraron después
2 de dejar una guarnición de cinco mil hombres. Pero cuando Probo, que había recibido del Emperador la orden de limpiar el mar de piratas [87], supo la toma de Egipto por los palmiranos, unió a sus contingentes cuantas fuerzas egipcias no favorables a los palmiranos pudo hallar, y atacando con ellos logró desalojar la guarnición. De nuevo atacaron los palmiranos y de nuevo reunió Probo un ejército

grupo hérulo-godo que se dirigió a Grecia; las devastaciones de Grecia y Tesalia (durante las cuales Atenas fue tomada, episodio éste al que Zósimo alude en 39, 1: cf. G. Fowden, *op. cit.*, pág. 50) precedieron a la derrota del grupo en Naíso.

[86] La muerte de Odenato no supuso la ruptura de Palmira con Roma, pues su hijo Vabalato, en cuyo nombre gobernaba Zenobia, ostentó inicialmente la titulatura romana concedida a Odenato por Galieno (cf. W. Ensslin, «Vaballathus...», cit., col. 2014). Dicha ruptura se produjo en torno al año 270 (véase F. Millar, *op. cit.*, pág. 9) y fue causada, según A. Alföldi, «Die römische...», cit., pág. 200, por la probada incapacidad del gobierno central romano para dirigir durante estos años el Oriente; sin embargo, G. W. Bowersock, *Roman...*, cit., págs. 132-35 subraya la existencia de una fuerte confederación árabe que competiría con los palmiranos en su misma área geográfica, siendo tal competencia uno de los motivos fundamentales de la explosión militar del 270.

[87] Los piratas que había de liquidar Probo (Tenagino Probo; no es el futuro emperador) eran una fracción de los bárbaros protagonistas de la gran invasión del 267-69 (cf. n. 83).

de egipcios y libios; los egipcios, que eran superiores, empujan a los palmiranos fuera de las fronteras de Egipto, y Probo se adueña de la montaña que está situada junto a Babilonia [88] para desde allí cerrar a los enemigos la entrada a Siria; pero Timágenes, siendo como era conocedor de aquellos parajes, consiguió ocupar con dos mil palmiranos la cima de la montaña, cayó inesperadamente sobre los egipcios y los exterminó. Probo, que también resultó capturado con ellos, se suicidió [89].

Egipto, pues, estaba en manos de los palmiranos, cuan- 45
do los bárbaros que habían sobrevivido a la batalla de Naíso [90] entre Claudio y los escitas gracias a que se ampararon en las carretas, emprendieron camino en dirección a Macedonia; a medida que marchaban, extenuados por el hambre —ya que carecían de víveres—, iban pereciendo tanto ellos como sus bestias. Y mientras avanzaban les salió al encuentro la caballería romana, que exteminó a un gran número de bárbaros y obligó a los demás a volverse hacia
la Sierra de Hemo [91]. Rodeados por las legiones romanas 2

[88] Se trata de la Babilonia de Egipto, en la punta meridional del delta.

[89] Con Zósimo, *HA Claud.* 11, 1, y los historiadores bizantinos (cf. A. Alföldi, «Die römische...», cit., pág. 207) sitúan bajo Claudio la ocupación de Egipto por los palmiranos. Pero los datos numismáticos y epigráficos parecen indicar que si la empresa pudo prepararse bajo el reinado de Claudio, sólo la muerte de éste desencadenó los acontecimientos; cabe así fijar en el 270 la ocupación de Egipto por Palmira (cf. A. Alföldi, *ibid.*, págs. 208-209; F. Millar, *op. cit.*, pág. 9); los palmiranos tenían intereses comerciales y estaban presentes en Egipto desde fecha anterior, véanse las referencias que ofrece J. Desanges, *op. cit.*, pág. 40).

[90] Sobre esta batalla véase n. 85. Naíso es la actual Nish.

[91] La expresión «en dirección a Macedonia» es contradictoria, puesto que Naíso estaba en Macedonia. Hemo es la denominación del tramo de los Balcanes que separa Tracia de Mesia.

perdieron no pocos hombres. Pero cuando el Emperador, en vista de que caballería e infantería no se entendían entre sí, decidió enfrentar la infantería a los bárbaros, se produjo una recia batalla en la que los romanos acabaron huyendo. Mas, aunque no pocos murieron, al parecer la caballería les suavizó los efectos del descalabro.

46 Continuaban los escitas avanzando y los romanos siguiéndoles cuando regresaron, sin haber hecho nada digno de mención, los bárbaros que habían llevado sus barcos en torno a las costa de Creta y Rodas. Sobre todos ellos cayó una peste bajo la que sucumbían, tanto en Tracia
2 como en Macedonia. Y cuantos sobrevivieron, o engrosaron el número de las huestes romanas o recibieron tierras en las que se dedicaron a la agricultura [92]. Cuando a su vez los romanos fueron alcanzados por la peste, gran parte del ejército pereció y también halló su fin Claudio, que destacó en todas las virtudes y legó a sus súbditos una profunda añoranza de su persona [93].

[92] Las operaciones que narra Zósimo en este y el anterior capítulo se prolongaron hasta comienzos del reinado de Aureliano, pues sólo bajo este emperador se consiguió pacificar el norte de los Balcanes (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 426-30 y 452-57, según la cual los invasores se vieron reforzados en el 269 por nuevos grupos godos; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 65-66). Los bárbaros cuyas naves llegaron hasta Creta y Rodas son los que había combatido Tenagino Probo (véase 44, 2).

[93] La peste mencionada aquí y en el parágrafo anterior es idéntica a la aludida en 26, 2. Claudio II (el Gótico) murió a finales del 269 o comienzos del 270. Eutropio, IX 11, 2, y *HA Claud.* 12, 2, confirman la versión de Zósimo, pero Aurelio Víctor, 34, 3-5, y *epit.* 34, 3 (véase también *HA Claud.* 12, 6 y 18, 2) presentan su muerte como un suicidio ritual en defensa de Roma (*devotio*). Esta última versión se explica por la benevolencia con que la historiografía antigua contempla la figura de Claudio II, tenido falsamente por antecesor de Constantino (cf. J. Schwartz, *op. cit.*, págs. 358-59; R. Syme, «The Ancestry...», cit., pág. 69).

Tras Quintilo, hermano de Claudio que, proclamado 47
emperador, vivió unos pocos meses sin llegar a realizar nada digno de memoria, asciende al trono imperial Aureliano —Quintilo, según algunos autores, recibió de sus allegados, tan pronto como se supo que el Imperio había sido ofrecido a Aureliano, consejo de apartarse y ceder voluntariamente el poder a quien era muy superior, lo que, cuentan, llevó a efecto mediante la incisión que uno de los médicos le practicó en una vena, dejando fluir la sangre hasta que quedó exhausto— [94].

Una vez que hubo robustecido su autoridad, partió 48
Aureliano de Roma para dirigirse a Aquilea, desde donde marchó a las provincias de Panonia al saber que éstas sufrían la acometida de los escitas. Envió informadores que diesen la consigna de guardar en las ciudades alimentos, animales y todo cuanto pudiese ser de utilidad a los enemigos, pensando que de esta manera aumentaría el hambre que se cernía sobre ellos. Cuando los bárbaros cruzaron, 2
tuvo lugar en Panonia una igualada batalla, cuya victoria

[94] Sobre Quintilo las fuentes antiguas (relación en F. Paschoud, ed. cit., I, n. 75) ofrecen diversas versiones, tanto en lo referente a su ascensión al trono (se afirma que fue designado ya por el Ejército ya por el Senado, siendo lo más probable que fuese proclamado por el Senado y reconocido por el Ejército: cf. A. Alföldi, «The Crisis...», cit. pág. 373), como en lo tocante a las circunstancias de su muerte (suicidio o asesinato) o a la duración de su reinado (17 ó 77 días, cifra a la que debe referirse la expresión «unos pocos meses» de Zósimo). La última cuestión se complica además por el hecho de que Aureliano parece haber modificado su titulatura a fin de eclipsar el reinado de Quintilo: mediante tal subterfugio, que exigía anticipar la fecha de su ascensión al trono, intentaba presentarse como sucesor directo de Claudio (véanse las referencias que ofrece A. K. Bowman, *op. cit.*, pág. 156).

quedó indecisa para ambos por la llegada de la noche. Y por la noche los bárbaros atravesaron el río para, tan pronto se hizo de día, enviar emisarios de paz.

49 Al enterarse el Emperador de que los alamanos [95] y los pueblos vecinos albergaban propósito de lanzarse sobre Italia, lleno de preocupación ante todo, y como es lógico, por Roma y su comarca, dejó en Panonia guarnición suficiente y se volvió a Italia; entablada batalla en las regiones extremas que circundan el Danubio, exterminó a muchas
2 decenas de miles de bárbaros [96]. A todo esto, en Roma y su entorno la situación era confusa, pues ciertos miembros del Senado acusados de haberse asociado para conspirar contra el Emperador fueron condenados a muerte [97].

[95] Alamanos es el nombre de una confederación de pueblos germanos asentados entre el Danubio superior y el Rin medio. Aparecen mencionados por primera vez en el año 213 (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 335).

[96] A. Alföldi, «Über die Juthungeneinfalle...», cit., coteja el relato de Zósimo con Dexipo, *FGrHist* 100 F6-7, y *HA Aurelian.* 18, 2-21, 4, para efectuar la siguiente reconstrucción de las guerras que consignan este y el anterior capítulo, acaecidas a comienzos del reinado de Aureliano: el Emperador se dirigió primero a Panonia, invadida por suevos y sármatas (Pedro Patricio, f. 12 [Müller], habla de vándalos, y éstos parecen ser los protagonistas de la invasión, aunque también participaran en ella cuados, que eran suevos, y yazigas, que eran sármatas); tras vencer a los invasores firma con ellos un tratado (hasta aquí los acontecimientos narrados en el cap. 48; el río mencionado sería el Danubio). A continuación marcha al norte de Italia para enfrentarse a alamanos y yutungos (*HA Aurelian.* 18, 3-4, habla erróneamente de marcomanos); tras algunos encuentros de dudoso resultado, los invasores son rechazados y vencidos en la frontera del alto Danubio (las «regiones extremas» de Zósimo).

[97] E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 515 atribuye esta conspiración senatorial a la impaciencia que despertó en una parte de dicho orden los reveses sufridos por el Emperador en sus primeros encuentros con alamanos y yutungos. Pero quizás el episodio deba

Por aquellos tiempos se amuralló Roma, desprovista hasta entonces de murallas; comenzada bajo Aureliano, la muralla se terminó en tiempos de Probo. Hacia estas mismas fechas Septimio, Urbano y Domiciano, que habían concebido proyectos de rebelión, fueron al punto presos y castigados [98].

De esta manera resueltos los asuntos de Italia y Pano- 50
nia, el Emperador comenzó a pensar en conducir una expedición contra los palmiranos, quienes, dueños ya de las provincias egipcias y todo Oriente hasta Ancira de Galacia [99], había pretendido apoderarse también de la parte de Bitinia que llega hasta Calcedón, aunque los habitantes de esa zona, ante la noticia de que Aureliano era emperador, rechazaron someterse a los palmiranos. Cuando, de acuer- 2
do con tal propósito, avanzó el Emperador con su ejército, Ancira decide tomar partido a favor del Imperio Romano, y tras ella Tiana [100], y a continuación todas las ciudades

interpretarse como un indicio de la resistencia surgida entre los senadores ante las reformas con las cuales Aureliano quiso concentrar el poder en manos imperiales, reformas que afectaban directamente los intereses del Senado (cf. K. Gross, «Aurelianus...», cit., col. 1006). La noticia puede también relacionarse con el alzamiento de los *monetarii* en el invierno del 271-72 (sobre el cual véase R. Turcan, «Le délit...», cit.), pues dicho alzamiento contó con el apoyo de los senadores, cuyo derecho a acuñar moneda suprimió Aureliano.

[98] De estas usurpaciones, que no están relacionadas entre sí, apenas sabemos nada. La usurpación de Domiciano surgió quizás en Galia (cf. H. Mattingly, *op. cit.*, págs. 300-301; F. Paschoud, ed. cit., I, n. 77); *epit.* 35, 3, habla de un Septimio o Septimino que se rebeló en Dalmacia. De Urbano no se tiene más noticia que la presente.

[99] La actual Ankara. De la presente noticia se deduce que los palmiranos habían extendido su dominio por gran parte de Asia Menor, aunque no es posible establecer fecha exacta para tal extensión (cf. F. Millar, *op. cit.*, pág. 9).

[100] Actual Nigde, Turquía.

hasta Antioquía; en ésta halló a Zenobia pertrechada con un abundante ejército, ante lo cual —y como era de esperar, ya que también él se encontraba dispuesto— se ade-
3 lanta para combatir. Como viese que los jinetes del ejército de Palmira confiaban plenamente en su pesado y sólido armamento y que al mismo tiempo eran muy superiores a los suyos en cuestión de maniobras hípicas, separó a la infantería, apostándola en un paraje al otro lado del Orontes, y dio a la caballería romana consigna de no trabarse directamente con la caballería de los palmiranos mientras ésta se encontrase fresca, sino, tras aguardar el ataque, hacer amago de huir, repitiendo la operación hasta que viesen a jinetes y caballos incapacitados, bajo el calor y
4 el peso de las armas, para perseguirlos. Y he aquí que, como la caballería imperial se atuvo a la consigna, ocurrió lo previsto y cuando vieron que los enemigos ya se habían apeado y que cuantos se tenían en sus monturas permanecían inmóviles sobre los fatigados caballos, detuvieron sus propios corceles y marcharon contra ellos, que cayendo por sí solos de los caballos eran masacrados. Hubo así una confusa mortandad, aniquilados los unos a espada, los otros por los caballos propios o enemigos [101].

51 Habiendo entrado en Antioquía todos los que pudieron huir, Zabdas, el general de Zenobia, temía que los antioquenos les atacasen al conocer el revés sufrido en la batalla; al topar entonces con un hombre canoso cuyo aspecto parecía mostrar cierta vaga semejanza con el del Emperador, lo revistió del atuendo que debía llevar Aureliano cuando entró en combate, y de esta guisa lo lleva por la ciudad como si hubiese hecho prisionero al Emperador. Mediante 2
esa treta logró engañar a los antioquenos, tras lo cual salió de la ciudad, de noche y con lo que restaba de ejército, llevando consigo a Zenobia, en cuya compañía se retiró a Emesa. El Emperador, que había proyectado retomar su infantería por la mañana y atacar por uno y otro lado al enemigo ya en fuga, cuando supo la huída de Zenobia entró en Antioquía, siendo recibido jubilosamente por sus habitantes. Al encontrar que eran muchos los que habían 3
abandonado la ciudad ante el temor de recibir algún castigo por haber apoyado a Zenobia, envió por doquier proclamas en las que llamaba a los huidos y achacaba lo sucedido más a constricción y necesidad que a inclinación.

Tan pronto como tuvieron noticia de las proclamas acu- 52
dieron los huidos, acogiéndose a la buena disposición del Emperador, el cual partió para Emesa cuando hubo ordenado los asuntos de la ciudad. Al encontrarse con que un destacamento de palmiranos había tomado una colina que dominaba el suburbio de Dafne en la creencia de que, favorecidos por la posición, iban a impedir el paso de los adversarios, ordenó a sus soldados que juntasen sus escudos y, en apretada falange, marchasen en línea recta hacia arriba, rechazando con lo prieto de la formación los proyectiles y los peñascos, en caso de que también dejasen caer éstos. Consiguió que se atuviesen llenos de ánimo a 2
la orden. Una vez que efectuaron la escarpada ascensión según lo mandado, enfrentados a los enemigos en igualdad de condiciones al punto los pusieron en fuga. Unos murieron descalabrados al ser precipitados peñas abajo, a otros los perseguían hasta degollarlos tanto los que tomaron parte en la ascensión de la colina como quienes no habían ascen-

[101] La batalla aquí narrada es posiblemente la de Imas (actual Imm, unos 40 km. al este de Antioquía), librada en marzo del 272 (cf. K. Gross, «Aurelianus...», cit., col. 1006; G. Downey, «Aurelian's Victory...», cit., págs. 58-59).

dido. Y cuando, después de la victoria, pasaban sin temor
3 *** [102], pues allí condujo sus pasos el Emperador. Lo aco-
gen entonces Apamea, Larisa y Aretusa [103]. Al ver al ejér-
cito de los palmiranos —cuyo número, entre palmiranos
mismos y cuantos habían decidido tomar parte a su lado
en la campaña, era de unos setenta mil— congregado en
las llanuras frente a Emesa, decidió hacerles frente con la
caballería dálmata, con mesios y con panonios, así como
con noricenses y retos, fuerzas éstas pertenecientes a los con-
4 tingentes celtas [104]. Estaban, además, los pretorianos, ele-
gidos entre todos por su excelencia y que superaban a to-
dos. También alineó con ellos a la caballería mauritana
y, de Asia, a los contingentes de Tiana y a algunas unida-
des de Mesopotamia, Siria, Fenicia y Palestina escogidas
de entre las más valientes. Los palestinos llevaban, junto
a otras armas, garrotes y mazas [105].

53 Cuando chocaron entre sí los ejércitos, la caballería
romana decidió ceder parcialmente ante el temor de que
el ejército de Roma viniese a quedar, sin advertirlo, rodea-
do por la caballería de los palmiranos, que era superior
en número y había iniciado maniobras envolventes. Pero
cuando, después de que hubiesen retrocedido, los jinetes
palmiranos se lanzaron a perseguirlos desbordando con ello
su propia línea, el resultado para las tropas montadas de

[102] El texto resulta aquí incomprensible, no convenciendo ninguna de las enmiendas que se han propuesto para conferirle sentido.

[103] Apamea de Siria (actual Qualaat al-Mudik), Larisa de Siria y Aretusa estaban situadas al este del Orontes y al sur de Antioquía.

[104] El que tropas de Norico y Retia sean calificadas de celtas obedece posiblemente a un error de Zósimo (cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 80).

[105] Según G. W. Bowersock, *Roman...*, págs. 136-37, los palmiranos fueron vencidos por una coalición integrada por contingentes romanos y fuerzas de la confederación árabe rival de los palmiranos (cf. n. 86).

los romanos fue opuesto al que habían querido. Pues, so-
brepasadas ampliamente por el enemigo, sufrieron auténti-
ca persecución. Y como caían en gran número, he aquí 2
que la acción toda vino a quedar en manos de la infante-
ría. En efecto, los palmiranos habían roto el orden de ba-
talla al estar su caballería ocupada en la persecución, y
ello fue observado por los romanos, que cerraron filas pa-
ra acometer a los palmiranos mientras estaban desorgani-
zados y esparcidos. Se produjo entonces cuantiosa masa-
cre, pues en tanto que unos atacaban con las armas usua-
les, los palestinos descargaban sus garrotes y mazas sobre
corazas de hierro y bronce, lo que en cierta medida fue
causa esencial de la victoria, pues lo insólito de este ataque
a maza atemorizó al enemigo. Entregados ya los palmira- 3
nos a una desordenada fuga, al huir se atropellaban en-
tre sí y eran liquidados por el enemigo, con lo que el
llano comenzó a cubrirse de cadáveres de hombres y ani-
males, consiguiendo cuantos lograron escapar alcanzar la
ciudad.

Como es natural, un gran desánimo se apoderó de 54
Zenobia ante la derrota; y en una reunión que tuvo lugar
para deliberar sobre los pasos que debían seguir, todos es-
tuvieron de acuerdo en que se había de renunciar a cual-
quier plan concerniente a Emesa —dado que, incluso, los
emesanos se mostraban desafectos a Zenobia y simpatiza-
ban con la causa de Roma— e instalarse en Palmira para,
desde la confianza proporcionada por la solidez de esta
ciudad, examinar con más detenimiento la situación en que
se hallaban. Entre la propuesta y su realización no medió
intervalo alguno, sino que se apresuraron a poner en prác-
tica el parecer común. Cuando supo Aureliano la fuga de 2
Zenobia, entró en Emesa, cuyos ciudadanos lo recibieron
con alegría y donde encontró riquezas que Zenobia no ha-

bía podido llevar consigo, tras lo cual tomó enseguida el camino de Palmira en compañía de su ejército. Una vez que estuvo ante la ciudad, apostó sus fuerzas alrededor de la muralla e inició el asedio, al que contribuían las provincias vecinas proporcionando los víveres para la tropa [106]. Como los palmiranos lanzasen pullas en la creencia de que la toma era imposible e incluso uno llegó a proferir palabras injuriosas contra el mismo Emperador, un hombre de nacionalidad persa que se encontraba junto a éste dijo: «si te place, podrás contemplar el cadáver de ese insolen-
3 te». El Emperador lo invitó a ello y el persa, tras colocar ante sí a unos pocos para que lo ocultasen, tensa el arco, ajusta la flecha y la dispara; ésta, efectivamente, viene a clavarse en el hombre —que, todavía enzarzado en lanzar insultos, había asomado el cuerpo fuera de las almenas—, lo derriba muro abajo y muestra al Emperador y al ejército su cadáver.

55 Aunque resistían el asedio en la esperanza de que la falta de víveres disuadiría a los enemigos, al ver que éstos insistían —y presionados ellos a su vez por la escasez de alimentos—, planean hacer una salida hacia el Éufrates para obtener allí ayuda de los persas y traer nuevas complica-
2 ciones a los romanos [107]. Una vez resueltos a ello montan a Zenobia sobre un camello *** [108] —son éstos los más rápidos camellos, superando en velocidad a los caballos—

[106] Se ha supuesto (H. Mattingly, *op. cit.*, pág. 304) que el productivo encargo de aprovisionar al ejército romano fue un expediente mediante el cual Aureliano compró a las tribus nómadas que lo habían hostigado durante la marcha por el desierto hasta Palmira.

[107] Parece que de hecho Palmira contó con el apoyo de contingentes persas (cf. H. Mattingly, *op. cit.*, pág. 304)

[108] Según L. Mendelssohn, *op. cit.*, *ad loc.*, aquí habría desaparecido el término relativo al lugar de procedencia del camello.

y la sacan furtivamente de la ciudad. Lleno de irritación por la huida de Zenobia, Aureliano, con la energía connatural a su talante, no desiste, enviando al punto jinetes
para perseguirla. Los cuales, tras apresarla cuando ya se 3
disponía a cruzar el Éufrates y hacerla descender del barco, la conducen ante Aureliano. Éste sintió una gran alegría por lo inesperado de la visión, pero al considerar, en su ingénito afán de gloria, que no iba a adquirir lustre entre las gentes futuras por haberse apoderado de una mujer, se llenó de enojo.

En dos se dividían las opiniones de los palmiranos 56
encerrados en la ciudad, queriendo unos arriesgarse por su ciudad y luchar con todas sus fuerzas contra los romanos, mientras otros ofrecían desde la muralla ramos de suplicante y pedían que se les perdonase lo que habían hecho. Mas cuando el Emperador acogió sus súplicas y les exhortó a cobrar ánimo, se precipitaron fuera de la ciudad
portando regalos y víctimas sacrificales. Aureliano mostró 2
aprecio hacia las víctimas, aceptó los regalos y dejó que marcharan sin castigo. Dueño de la ciudad y tras apoderarse de sus riquezas y demás bienes y ofrendas, regresó a Emesa, donde llevó a juicio a Zenobia y a los que se habían levantado con ella. Al dedicarse ésta a imputar responsabilidades en descargo de su propia persona, fue causa de que comparecieran muchos otros, a quienes presentó como inductores de ella misma, mujer al fin; entre ellos estaba Longino, cuyas composiciones son de gran utilidad
a quienes se afanan por instruirse. Precisamente a éste, 3
y puesto que le fueron probados los cargos de que se le acusaba, le condenó a muerte inmediatamente el Emperador, pena que Longino sobrellevó con tal valor que incluso quienes se lamentaban por su infortunio se sintieron con-

fortados; y tambien otros debieron sufrir castigo al ser denunciados por Zenobia [109].

57 Justo es, aunque componga mi historia, según se ve, con premura, que, atendiendo al propósito expuesto en el proemio, detalle lo sucedido antes de la ruina de los palmiranos. Pues si Polibio narró cómo los romanos ganaron en poco tiempo su imperio, lo que yo me dispongo a contar es cómo en poco tiempo, y por su propia insensatez, lo perdieron. Pero ello, cuando llegue al lugar oportuno
2 de mi historia. Volviendo a los palmiranos, quienes, según relaté, se habían apoderado ya de una no pequeña fracción de territorio romano, muchos indicios divinos les predijeron la ruina que iba siguiendo sus pasos. Y diré cuáles. En Seleucia de Cilicia [110] hay un templo bajo la advoca-
3 ción de Apolo Sarpedonio, y en él un oráculo. Lo que dicen acerca de este dios —cómo a todos aquellos que se hallaban afligidos por la plaga de la langosta les enviaba, haciéndolos llegar con quienes habían ido a suplicarle, seleucíadas (son éstos unos pájaros que viven en el entorno del santuario) que se lanzaban a volar por donde estaban las langostas y las atrapaban con sus bocas, y así, al exterminarlas con toda rapidez, dispersaban en un instante incontable número de ellas y de esta manera alejaban tal calamidad de los hombres [111]— lo dejo a la dicha de los que entonces vivieron, ya que nuestra edad ha apartado de sí todo divino beneficio. Ahora bien, a los palmiranos,

[109] Palmira debió rendirse a finales del verano del 272 (cf. K. Gross, «Aurelianus...», cit., col. 1006).

[110] Hoy Silifke (Turquía).

[111] El seleucíada o seleucida es identificable con el *sturnus roseus*, un tipo de estornino que frecuentemente se ceba en nubes de langostas, véase J. Pollard, *op. cit.*, págs. 59, 146.

cuando consultaban si conservarían la hegemonía en Oriente, el dios les vaticinó de esta manera:

Salid de mi estancia, hombres falsos y malignos,
que atentais contra la estirpe gloriosa de los dioses.

Y a unos que preguntaron por la expedición de Aureliano contra los palmiranos el dios repuso:

Halcón que a las palomas, él sólo contra muchas,
helado llanto lleva. Se estremecen ellas ante su verdugo.

Otro caso similar acaeció a los palmiranos. Hay un 58
lugar, Áfaca, situado a medio camino entre Heliópolis y Biblo [112] en el cual se levanta un templo dedicado a Afrodita de Áfaca. Cerca de él se encuentra un lago parecido a un estanque artifical. Pues bien, por los parajes donde está el templo se deja ver en el aire un fuego semejante a una antorcha o a una bola, cuya aparición, con motivos de reuniones que en determinadas fechas tienen lugar, ha acaecido incluso en nuestros días. En el lago, y para hon- 2
rar a la diosa, los congregados solían arrojar presentes fabricados en oro o plata, e igualmente tejidos de lino, de biso [113] y de otros materiales que se cuentan entre los más preciados. Si resultaban aceptados, los tejidos se hundían de la misma manera que los objetos de peso, pero si eran motivo de rechazo y no aceptación podía vérseles —los tejidos y también aquello de plata o de oro o de otra materia

[112] Heliópolis (actual Baalbek) y Biblos estaban situados en territorio del actual Líbano.

[113] El término «biso» (griego *býssos*) designa un sutil tejido de lino originario de la India. También se utilizaba para designar el algodón e incluso la seda.

que por efecto de su natural consistencia no queda en la
3 superficie sino que se hunde— flotando en el agua. Así, el año anterior a su ruina los palmiranos se reunieron con motivo de la fiesta, y para honrar a la diosa lanzaron presentes —de oro, de plata, tejidos— al lago; todos se hundieron hasta el fondo, pero al año siguiente con ocasión de la fiesta se les vio a todos flotar, mediante lo cual
4 la diosa indicó qué iba a ocurrir. He aquí una prueba de la buena disposición que hacia los romanos albergaba la divinidad mientras el culto sagrado fue objeto de observación. Y cuando alcance los tiempos en que el Imperio Romano, caído poco a poco en manos de los bárbaros, llegó a llevar una tenue existencia que también acabó por quedar extinguida, entonces aportaré las razones del infortunio y, en la medida de lo posible, expondré aquellos vaticinios que anunciaron lo que pasó [114].

59 Pero es hora de volver al punto del que partí para que no pueda parecer que descuido la ordenación de mi historia. Seguidamente Aureliano marchó a Europa y llevaba consigo a Zenobia, al hijo de ésta y a cuantos habían tomado parte en el alzamiento. En lo tocante a Zenobia, dicen que murió de enfermedad o porque dejó de atender a su sustento, y que los demás fueron, con excepción del hijo de Zenobia, lanzados al mar a mitad del estrecho entre Calcedón y Bizancio [115].

[114] Alusión a una parte de la obra que nunca llegó a componerse.

[115] Según *HA Aurelian.* 30, 2; 33, 2; 34, 3, Zenobia fue hecha prisionera y conducida a Roma; *trig tyr.* 30, 27, añade que vivió posteriormente en una finca cercana a Tívoli. Zonaras, XII 27, menciona la versión de la muerte de Zenobia que ofrece Zósimo; pero cita también otra versión, presente asimismo en Jorge Sincelo, 721 [Bonn], de acuerdo con la cual Zenobia se habría casado, tras su derrota, con un senador. *HA trig. tyr.* 27, y otras fuentes (cf. R. Hanslink, *op. cit.*, col. 5) mencionan igualmente a sus descendientes romanos. Malalas, pág. 300 [Bonn], asevera que una vez en Roma fue decapitada.

Estaba Aureliano en camino a Europa [116] cuando le llegó, 60
noticia de que algunos de los que fueron dejados en Palmira se dedicaban, agrupados en torno a Apseo (el cual era también responsable de sus intentos previos), a tantear a Marcelino (éste había sido nombrado gobernador de Mesopotamia por el Emperador, quien había dejado en sus manos la administración de Oriente) para indagar si estaría dispuesto a vestir las insignias imperiales. Con objeto 2
de examinar los pasos a seguir, Marcelino daba largas, ante lo cual volvían a acosarlo, una y otra vez, con propuestas similares. Acabó él por informar al Emperador, mientras se refugiaba en palabras ambiguas, de lo que se tramaba, y los palmiranos por encerrase en Palmira tras revestir con manto de púrpura a Antíoco [117].

Cuando Aureliano tuvo noticia de ello, partió de allí, 61
tal y como estaba, en dirección al Oriente; tomada Antioquía donde, mostrándose ante el pueblo mientras tenía lugar una competición hípica, llenó a todos de estupor por lo inesperado de su presencia, marchó hacia Palmira. Después de capturar sin lucha la ciudad, a la que arrasó, deja en libertad a Antíoco, sin juzgarlo, en razón de su baja condición, ni aún digno de castigo. Una vez que, mediante una rápida actuación, hubo sometido también a los alejandrinos, quienes se habían alzado con propósitos de sedi-

[116] Aureliano debió de recibir noticia del segundo alzamiento de Palmira cuando, tras vencer a Zenobia, combatía contra los carpos en el sur de Tracia; esta guerra contra los carpos parece haber sido de poca monta (cf. *HA Aurelian.* 30, 4; E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 452-54).

[117] Antíoco recibe en *HA Aurelian.* 31, 2, el nombre de Aquiles.

ción [118], entró bajo triunfo en Roma, donde alcanzó la
2 más alta acogida por parte del pueblo y del Senado. Fue entonces [119] cuando hizo edificar el templo del Sol, al que, entre la mayor magnificencia, adornó con las ofrendas procedentes de Palmira, erigiendo estatuas del Sol y Belo [120]. Tomadas estas disposiciones, redujo sin esfuerzo a Tétrico y otros que se habían rebelado y les impuso la pena que
3 merecían [121]. Llegó incluso a distribuir entre el pueblo, y

[118] *HA Aurelian.* 32, 2-3, y *quatt. tyr.* 3-6, hablan del levantamiento que, en coincidencia con el segundo alzamiento de Palmira, protagonizó en Egipto un tal Firmo; éste se habría levantado para hacer de Egipto una especie de estado autóctono o para defender lo que quedaba de la facción de Zenobia. Hoy día se estima que en la mencionada fecha se produjo una sedición en Alejandría, pero existen incertidumbres sobre su objetivo y sobre la persona misma de Firmo: cf. A. K. Bowman, *op. cit.*, pág. 158. Para J. Desanges, *op. cit.*, págs. 35-40, con independencia de que Firmo sea o no un personaje real, su figura está cargada de significado histórico, pues mediante ella se atestigua tanto un cambio en el control del comercio del Mar Rojo —control que a lo largo del siglo III arrebatan a Roma determinadas poblaciones asentados en la costa africana y arábiga de dicho mar— como una coincidencia de intereses entre palmiranos y etnias no romanas.

[119] Esto es, en el año 274 (cf. K. Gross, «Aurelianus...», cit., cols. 1006, 1007).

[120] «Belo» equivale al semítico «Baal», con quien se identifica la divinidad solar adorada por los palmiranos. Aureliano pretendía aglutinar el dios de Palmira y otras divinidades solares de ámbito local en una única divinidad universal, identificable con el sol como símbolo del orden cósmico y objeto de un servicio cultual que revestía formas romanas (cf. K. Gross, «Aurelianus...», cit., col. 1008).

[121] La capitulación de Tétrico, acaecida en el 273, se debió quizás a su derrota ante Aureliano, pero a ella también contribuyó el deseo de escapar a las continuas sediciones e incursiones bárbaras que sufrían los territorios del Imperio Galo (cf. E. Demougeot, *La formation... Des origines...*, cit., pág. 518; J. Lafaurie, *op. cit.*, pág. 861). Posteriormente Aureliano nombró a Tétrico *corrector Lucaniae* (cf. *PLRE I*, pág. 885). No es posible determinar quiénes son los otros rebeldes aludidos en el texto.

tras adoptar las medidas necesarias para que los miembros de la plebe hiciesen entrega de la moneda adulterada, nuevas piezas de plata, con lo que alejó la confusión de los tratos comerciales [122]. Obsequió además al pueblo romano con repartos de pan [123]. Cuando hubo organizado todos los asuntos abandonó Roma.

Durante su estancia en Perinto, cuyo nombre ha cam- 62
biado ahora en Heraclea [124], surge una conjura en los siguientes términos: entre los funcionarios imperiales había un tal Eros encargado de cursar las sentencias oficiales [125]. Al cual, y a causa de cierto error, el Emperador había amenazado haciendo que se sintiera asustado. Temeroso de que 2
las amenazas llegaran a realizarse, entra en conversaciones con algunos miembros de la guardia, aquellos a los que sabía en más alto grado audaces; les enseña unas cartas, cartas que él mismo había falsificado (ya que desde tiempo

[122] Alusión a la reforma monetaria emprendida por Aureliano en otoño del 274. Según J.-P. Callu, *op. cit.*, págs. 323-355, la reforma se saldó a la larga con éxito, por lo que, aunque constituyó una operación más compleja de lo que da entender la escueta noticia de Zósimo, cabe considerar correcto en lo esencial el comentario que aquí se le dedica.

[123] Aureliano parece haber organizado en sus grandes líneas el sistema de distribución de alimentos entre la plebe romana vigente en el siglo IV, véase *HA Aurelian* 35, 2, y 48, 1; Aurelio Víctor, 35, 7; *epit.* 35, 6; cronógrafo del año 354 *chron. I* pág. 148, 11; F. Paschoud, ed. cit., I, n. 90; P. Dufraigne, *op. cit.*, n. *ad* 35, 7.

[124] Se refiere a Heraclea de Tracia; pero en realidad su muerte parece haber ocurrido en la localidad llamada *Coenofrurium*, al este de Perinto (cf. Aurelio Víctor, 35, 8, y de P. Dufraigne, *op. cit.*, n. *ad loc.*

[125] Zósimo parece indicar que Eros era secretario imperial (*notarius*); otras fuentes designan su empleo con las expresiones de *notarius secretorum* (*HA Aurelian.* 36, 4, que llama al personaje *Mnestheus*) y *secretorum officium* (Aurelio Víctor 35, 8); según Zonaras, XII 27, sería, además de secretario imperial, espía o informador del Emperador.

atrás se había ejercitado en la falsificación), y consigue, haciéndolos concebir sospechas de muerte (pues ello se podía conjeturar a partir de las cartas), moverlos a que asesi-
3 nen al Emperador. Lo acechan entonces para, cuando sale de la ciudad sin suficiente escolta, lanzarse sobre él con las espadas desnudas y darle muerte entre todos. Allí mismo fue enterrado por el ejército con toda la magnificencia, en atención a sus hazañas y a los riesgos que por el bien común había arrostrado [126].

63 Se había revestido Tácito de las insignias imperiales y ostentaba el poder cuando los escitas, tras cruzar el lago Meótide [127], comenzaron a recorrer el territorio comprendido entre el Ponto y Cilicia. Tácito marchó contra ellos, que en parte sucumbieron en operaciones dirigidas por él mismo, en parte, cuando emprendió el camino a Europa, quedaron frente a Floriano, nombrado prefecto del pretorio [128]. En esto, he aquí que también él perece víctima de
2 una conjura que nació de donde sigue: había confiado a Maximino, un pariente suyo, el gobierno de Siria. Éste guardaba hacia los notables una conducta de tal aspereza que los llenó de resentimiento y temor. Y el odio ahí alumbrado terminó por desembocar en una conjura, de la que hicieron partícipes a quienes habían exterminado a Aureliano y a raíz de la cual se dirigieron contra Maximi-

[126] Aureliano murió hacia octubre o noviembre del 275 (cf. Polverini, 1018-20). Aurelio Víctor, 35, 7-8, relaciona su muerte con la severidad empleada por el Emperador al perseguir las actuaciones depredatorias y abusivas en la administración provincial.

[127] El actual Mar de Azof.

[128] Los escitas aquí mencionados son godos que llegaron a Cilicia en invierno del 275-76 y fueron combatidos primero por Tácito (mayo-junio) y luego por Floriano (verano) para ser finalmente derrotados por Probo, véase Polverini, 1023.

no y lo degollaron; y a Tácito le dan muerte, tras lanzarse en su persecución, cuando regresaba a Europa [129].

La situación que se originó con ello desembocó en una 64
guerra civil, pues las provincias orientales eligieron emperador a Probo y las de Roma a Floriano [130]. Probo contaba con Siria, Fenicia, Palestina y todo Egipto, Floriano con el territorio comprendido entre Cilicia e Italia, obedeciéndole también las provincias transalpinas —Galia e Iberia, así como la isla de Britania— y además toda Libia y las tribus mauritanas. Ambos estaban prestos para la gue- 2
rra cuando Floriano, dejando inconclusa su victoria sobre

[129] Tácito ascendió al poder en noviembre o principios de diciembre del 275 (cf. Polverini, 1020). Su figura ha sido objeto de una profunda deformación —basada en la idea de que este emperador llevó a cabo una política favorable al Senado— por parte de la historiografía prosenatorial, que la ha ensalzado desmesuradamente (cf. R. Syme, *Emperors and Biography...*, cit., págs. 237-247; Polverini, 1021-23). A dicha deformación obedece la creencia de que entre Aureliano y Tácito existió un interregno de varios meses durante los que Ejército y Senado declinaron, cada uno en favor del otro, el derecho a nombrar nuevo emperador, hasta que finalmente el Senado designó a Tácito; dicha creencia, apoyada en el testimonio de diversas fuentes (Aurelio Víctor, 35, 9-11; *epit.* 35, 10; *HA Aurelian.* 40, 2-4 y *Tac.* 1, 1), ha penetrado en la historiografía moderna (así H. Mattingly, *op. cit.*, pág. 311; F. Paschoud, ed. cit., I, n. 92). A la misma tendencia deformadora cabe atribuir el que la mayoría de las fuentes latinas no mencionen la causa de su muerte (acaecida a principios del verano del 276: Polverini, 1020) o la atribuyan a enfermedad (Aurelio Víctor, 36, 2; Eutropio, IX 16; *epit.* 36, 1). La versión de Zósimo halla confirmación en Orosio, *Hist.* VII 24, 1, y Zonaras, XII 28. *HA Tac.* 13, 5, menciona ambas versiones.

[130] Floriano, según las fuentes latinas hermano de Tácito (pero hermanastro a lo sumo según Polverini, 1024), fue, de acuerdo con Zonaras, XII 29, elegido por el Senado; Aurelio Víctor, 36, 2, habla de autoelección y *HA* de ascensión al trono cuasihereditaria (*Tac.* 14, 1; *Prob.* 10, 8; 11, 3) y designación por los soldados (*Prob.* 13, 4).

los escitas del Bósforo, llegó a Tarso [131] y decidió establecer allí su campamento, con lo que permitió a los escitas bloqueados un regreso seguro a su casa [132]. Y mientras Probo dilataba la guerra —dado que la había afrontado con fuerzas muy inferiores—, sobreviene el calor estival en Tarso, a resultas del cual las tropas de Floriano, no habituadas por proceder de Europa el grueso del ejército, caen
3 gravemente enfermas. Al enterarse, resuelve Probo aprovechar la ocasión para atacar. Aún imposibilitados para ello, salieron los soldados de Floriano contra el enemigo, y ante la ciudad se produjeron escaramuzas pero ningún hecho digno de ser relatado, sino que, una vez separados ambos ejércitos, algunos de los que se alineaban en las huestes de Probo comparecen y despojan a Floriano del
4 poder. Tras lo cual fue puesto bajo guardia durante algún tiempo, pero como quienes le rodeaban afirmasen que lo ocurrido no se conformaba a los deseos de Probo, aceptó vestir de nuevo la púrpura hasta que regresaron los portadores de la verdadera opinión de Probo en torno a todo ello, los cuales hicieron que Floriano muriese a manos de sus propios soldados [133].

65 El Imperio había recaído en Probo, quien, continuando su avance, inició sus servicios al Estado mediante un acto digno de elogio. Pues resolvió castigar a los que habían ejecutado a Aureliano y actuado contra Tácito. Pero por temor de que a raíz de ello se produjera algún tipo de

[131] En Cilicia, cercana a la costa.

[132] Los «escitas» contra los que guerreaba Floriano son los mencionados en el capítulo anterior; frente a lo que afirma Zósimo sobre su regreso, debieron de ser combatidos aún por Probo (véase n. 128).

[133] La muerte de Floriano, que *epit.* 36, 2, atribuye a suicidio, acaeció a fines del verano del 276 (cf. Polverini, 1020).

desorden, no ejecutó abiertamente su proyecto sino que, valiéndose de algunos hombres en cuyas manos confió el asunto, tendió una acechanza y convocó a los asesinos.
Cuando éstos concurrieron a la espera de tomar parte en 2
la mesa del Emperador, Probo se retiró a un lugar situado en el piso superior desde donde se podía ver lo que iba a ocurrir e hizo una señal a los encargados de actuar. Los cuales atacan a los congregados, que se hallaban indefensos, y los degüellan a todos menos a uno, a quien no mucho después capturaron y, bajo la excusa de que por su culpa se habían visto en peligro, entregaron vivo a las llamas [134].

Después que Probo hubo terminado con esto, Saturni- 66
no, hombre de sangre mauritana muy allegado al Emperador y que por esa razón había recibido el gobierno de Siria, depuso su fidelidad al Emperador y concibió proyectos de rebelión. Habiéndose enterado Probo de ello, mientras planeaba salir al paso del intento, las tropas de Oriente se anticiparon y terminaron con el proyecto de usurpación
y con el usurpador mismo [135]. También puso fin a otra 2

[134] Según *HA Aurelian.* 37, 2, *Tac.* 13, 1, y *Prob.* 13, 2-3, Tácito procedió contra todos los que participaron en la muerte de Aureliano, si bien el agente principal de ésta había sido previamente ajusticiado, y posteriormente Probo actuó contra cuantos participantes aún quedaban impunes, y también contra los autores de la muerte de Tácito. Aurelio Víctor, 36, 2, atribuye a Tácito la ejecución tanto del agente principal como de los demás responsables.

[135] La usurpación de Saturnino (*Iulius Saturninus*: cf. A. Stein, *op. cit.*, col. 213) es tratada también por la *HA quatt. tyr.* 7-11, que ofrece una exposición poco fiable (véase A. Stein, *ibid., passim*). Sobre la fecha de la usurpación, Zósimo parece tratar aquí de manera global, y sin atender a su ubicación cronológica, distintas usurpaciones habidas bajo el reinado de Probo (al igual que en los dos capítulos siguientes trata globalmente las guerras contra los bárbaros de dicho emperador, cf. F. Pas-

rebelión que se había preparado en Britania; fue por medio de Victorino, de linaje mauritano y a quien precisamente prestara oído cuando puso al frente de Britania al que se había rebelado. En efecto, tras llamar a su presencia a Victorino y reprocharle su consejo, lo envía para que redujera la insurrección. Éste partió hacia Britania y con sagacidad no exenta de cálculo liquida al usurpador [136].

67 Una vez resueltos estos asuntos de la manera que he consignado, obtuvo también muy importantes victorias contra los bárbaros, librando contra ellos dos campañas en una de las cuales participó él mismo, mientras la otra se la encomendó a un general. Como se viese obligado a llevar socorro a las ciudades de Germania que sufrían el acoso de los bárbaros limítrofes con el Rin [137], él personalmente partió hacia el Rin; abatiéndose en plena guerra el hambre sobre todo aquel territorio, estalló una lluvia inagotable que hizo bajar, junto con las gotas, trigo, de forma que éste quedó amontonado por sí sólo en determinados lugares. Sobrecogidos todos por el prodigio, en princi- 2
pio no osaban tocarlo para saciar con él el hambre, pero después, y puesto que la necesidad prevalece sobre cualquier temor, cocieron panes, los tomaron y de esa manera arrojaron de sí el hambre, al tiempo que, gracias a la fortuna del Emperador, se impusieron con facilidad en la guerra. Muchas otras guerras llevó a buen fin con poco es- 3
fuerzo, y libró grandes batallas, primero contra los longiones [138], pueblo germánico al que venció en combate y a cuyo caudillo, Semnón, capturó juntamente con su hijo; y cuando los longiones se le acercaron como suplicantes los recibió para, tras arrebatarles los prisioneros y todo el botín que tenían, dejarlos marchar una vez concluido un pacto y liberados Semnón y su hijo.

En una segunda batalla hubo de combatir a los fran- 68
cos, a quienes venció a través de sus generales y haciendo prevalecer la fuerza, después de lo cual combatió a burgundos [139] y vándalos. Como viese que sus tropas eran inferiores en número, pensó apartar una fracción de los enemigos y librar batalla contra ella. Y de alguna manera la 2
fortuna del Emperador secundó el proyecto. Pues cuando los ejércitos se encontraban a uno y otro lado del río Lica [140], los romanos se dedicaron a incitar al combate a

CHOUD, ed. cit., I, n. 95), y por ello nada puede deducirse de sus indicaciones; el resto de las fuentes presenta datos contradictorios (tratamiento del problema y relación de fuentes en A. STEIN, *op. cit.*, col. 215; consúltese asimismo F. PASCHOUD, *ibid.)*. Se ha relacionado esta usurpación con el levantamiento de los blemias mencionado en 71, 1 (véase la referencia que ofrece A. STEIN, *ibid.*, cols. 214-15); dicha suposición no ha tenido aceptación en la historiografía moderna (cf. A. STEIN, *ibid.;* F. PASCHOUD, *ibid.*, n. 100), pero a su favor cabe decir que los blemias parecen haber estado implicados en al menos otro alzamiento surgido en Siria hacia aquellos años (véase n. 118). La usurpación de Saturnino fue de escasa duración; el relato de su muerte que ofrece Zósimo coincide con los de JORGE SINCELO, 723 [Bonn], y ZONARAS, XII 29; *Ha Prob.* 18, 4, y *quatt.tyr.* 11, 1-3, afirma que murió a manos de los soldados de Probo, pero contra la voluntad de éste.

[136] Esta usurpación británica, el nombre de cuyo protagonista desconocemos, es consignada también por otras fuentes (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., I, n. 95, para quien la usurpación debe identificarse con la mencionada en 68, 3, fechándose, por tanto, tras el 279, véase n. 142).

[137] Se trata probablemente de las ciudades mencionadas por *HA Prob.* 13, 6 y 15, 3. Sobre los ataques que a comienzos del reinado de Probo sufrieron Galia y los territorios adyacentes a la frontera altodanubiana véase E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 521-25.

[138] Longiones (o *lugii*) es nombre de una asociación cultual integrada por diversas poblaciones germanas.

[139] Los burgundos, pueblo germano, ocupaban en la segunda mitad del siglo III la región vecina al Elba medio.

[140] El actual Lech.

los bárbaros de enfrente. Irritados por ello, éstos comenzaron, cuantos estaban en posición de hacerlo, a cruzar. Chocaron entre sí los ejércitos, y de los bárbaros unos fueron degollados, otros quedaron en manos de los romanos.
3 Los restantes pidieron la paz bajo promesa de entregar el botín y los prisioneros que a la sazón tuvieran, pero una vez que lograron lo que solicitaban no hicieron entrega de todo. Indignado por ello, el Emperador los acometió cuando se retiraban, imponiéndoles justo castigo, pues los acuchilló e hizo prisionero a su caudillo Igilo [141]. A cuantos pudo capturar con vida los envió a Britania, isla en la que se establecieron y donde más tarde, cuando tuvo lugar un alzamiento, resultaron de utilidad al Emperador [142].

[141] Los caps. 67 y 68 exponen las luchas que al inicio de su reinado llevó a cabo Probo en la frontera renana y altodanubiana; de ellas ofrece Zósimo un relato confuso, sin que las fuentes paralelas ayuden a componer un cuadro más despejado. F. PASCHOUD, ed. cit., I, nn. 96 y 97 (consúltese también E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 525-27), distingue dentro de dichas luchas dos etapas, una primera a la que se refieren el cap. 67 y las primeras frases del 68 (hasta la mención de la guerra contra burgundos y vándalos) y una segunda a la que alude el resto del cap. 68. Las guerras de la primera etapa, contra longiones, francos y alamanos, habrían constituido una doble campaña, guiada por Probo (la campaña tratada en el cap. 67), y por sus generales (la que mencionan las primeras frases del cap. 68); el teatro de operaciones sería por una parte frontera renana, por otra Retia o Norico; finalmente, como ya hizo notar L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, *ad loc.*, el relato de Zósimo incurriría en un doblete, pues los enfrentamientos consignados en 67, 1-2 serían idénticos a los mencionados en 67, 3. Las guerras de la segunda etapa, contra vándalos y burgundos, habrían finalizado hacia el 279; respecto al teatro de operaciones, la mención del río Lech parece apuntar a Retia.

[142] La usurpación aquí mencionada es la consignada en 66, 2. De acuerdo con las indicaciones de Zósimo se fecharía tras las guerras narradas en este mismo capítulo, por tanto tras el 279.

Tales fueron las guerras que libró en torno al Rin, no 69
debiendo quedar en silencio los sucesos que por aquellos tiempos corrieron a cargo de los isauros. Lidio, hombre de sangre isaura que se había criado en los hábitos del bandidaje [143], se hizo con un puñado de hombres parecidos a él en cuya compañía saqueaba toda Panfilia y Licia. Tras que concurrieran contingentes de soldados para capturar a los bandidos, como no fuese capaz de oponerse a un ejército romano, se apoderó de Cremna [144], ciudad de Licia situada en una zona abrupta y parcialmente protegida por muy profundos precipicios, donde se encontró, como en lugar seguro y amurallado, con gran número de refugiados.
Al ver que los romanos, puestos al asedio, aguantaban con 2
bravura lo prolongado de éste, mandó derruir los edificios, hizo la tierra arable y sembró trigo para proporcionar sustento a los sitiados. Pero como se percatase de que la masa de la población requería abundante avituallamiento, ordenó salir, expulsándolos de la ciudad, a aquellos a quienes la edad inutilizaba, tanto hombres como mujeres. Cuando los enemigos, al prever la intención de Lidio, de nuevo empujaron a los expulsados hacia la ciudad, los arrojó a los abismos que rodean la ciudad hasta acabar con ellos.
Mandó, asombrosa empresa, excavar una galería que iba 3

[143] Isauria es el nombre de una región montañosa situada al sur de la Península Anatólica, entre Panfilia y Cilicia. El Lidio de Zósimo aparece en *HA Prob.* 16, 4-17, 1; 19, 8, bajo el nombre de Palfuerio: cf. J. ROUGÉ, *op. cit.*, págs. 286-87, para quien el nombre completo sería el de Palfuerio Lidio, constituyendo el segundo término un denominador étnico. Pero R. SYME, *Ammianus...*, cit., pág. 49, niega la identificación Lidio-Palfuerio

[144] Cremna se hallaba sobre una colina perteneciente a la cadena montañosa del Tauro.

de la ciudad al exterior, extendiéndola hasta más allá del campamento enemigo, y por ella enviaba a algunos desde la ciudad para que se apoderasen de ganado y otros alimentos. Mediante tal sistema brindó a los sitiados algo de sustento hasta que los enemigos, gracias a la delación de
4 una mujer, lo descubrieron. Pero ni aún así desistió Lidio, sino que poco a poco fue suprimiendo el vino a los que estaban con él, mientras racionaba el trigo en medidas menores de la usual; pero como incluso entonces faltasen los alimentos, forzó a morir a todos los de la ciudad con excepción de unos pocos, los que le eran más necesarios y le parecían suficientes para montar guardia. Retuvo también mujeres, a las que, con el fin de atender a las necesidades que la naturaleza impone, hizo comunes a todos los hombres.

70 Después de esto, y una vez decidido a resistir hasta el final al precio que fuese, ocurrió lo siguiente: había con él un hombre avezado en la construcción de ingenios y capaz de lanzar mediante máquinas certeros proyectiles, de suerte que ninguna de cuantas veces le había mandado Lidio lanzar un proyectil contra determinado enemigo erró
2 el blanco. Habiéndole, pues, indicado que disparase contra uno de los adversarios, cuando por azar o intencionadamente falló el lanzamiento, lo despojó de sus vestidos y lo azotó despiadadamente, amenazándolo además de muerte. Irritado por el suplicio y temeroso de las amenazas, éste marchó de la ciudad tan pronto como tuvo ocasión.
3 Topó con los del campamento y, tras descubrirles lo que había hecho y lo que había padecido, les indicó un portillo que había en la muralla por donde Lidio solía observar cuanto ocurría en el campamento; y les prometió que cuando se asomase por allí, según acostumbraba, le acertaría
4 con un dardo. Después que el comandante del ejército lo

acogiese bajo tal promesa, dispuso una máquina, colocó delante unos hombres que la ocultasen de manera que el enemigo no pudiera verla y, cuando descubre a Lidio asomándose por la rendija, dispara y le da de lleno. Incluso después de herido acabó Lidio con algunos de los que estaban a su lado e hizo jurar a cuantos quedaban que no claudicarían de ninguna manera ante el asedio, tras lo cual al fin expiró. Y los de la ciudad, sin poder soportar ya el asedio, se entregaron al ejército, finalizando de esta manera el alzamiento de los bandidos.

A Tolemaida de Tebaida, que se había rebelado contra 71
el Emperador y que durante un breve espacio de tiempo sostuvo una guerra contra los habitantes de Copto, la redujo Probo, a ella y a sus aliados los blemias, gracias a los generales que en aquella ocasión mandaron las tropas [145]. Acogió a los bastarnas, un pueblo escita que se le había sometido, estableciéndolos en territorio tracio [146].
Algunos pueblos francos se habían dirigido al Emperador 2
y habían obtenido un lugar para vivir; pero una fracción de ellos entró en rebeldía y, al disponer de abundantes naves, llevaron la confusión a toda Grecia, desembarcaron en Sicilia y atacaron Siracusa, donde efectuaron una gran matanza. Después de que hubiesen atracado incluso en Libia, donde fueron rechazados por las fuerzas traídas desde

[145] Tolemaide de Tebaide (actual El-Manshâh) y Copto (situada unos 40 km. al noroeste de Luxor) se encontraban en el Alto Egipto. Blemias es el nombre de un pueblo que habitaba la región comprendida entre el Valle del Nilo y el Mar Rojo (cf. R. T. Updegraff, *op. cit.*, págs. 45-46). Según *HA Prob.* 17, 2-6, Tolemaide y Copto cayeron en manos de los bárbaros para ser posteriormente recapturadas por Roma.

[146] Los bastarnas eran germanos establecidos al norte del Danubio ya en el siglo III a. C..

3 Cartago, pudieron regresar a casa sin daño [147]. Durante el reinado de Probo ocurrió igualmente lo que sigue: unos ochenta gladiadores se concertaron, aniquilaron a sus guardianes y a continuación salieron de la ciudad para saquear cuanto encontraban, uniéndoseles, como suele ocurrir, muchos. Pero también contra ellos envió el Emperador tropas
4 que los exterminaron [148]. Todo esto había llevado a efecto Probo, administrando el Imperio con acierto y justicia, cuando se anuncia una sublevación nacida en Occidente, donde las tropas de Retia y Norico habían revestido de
5 la púrpura a Caro. Envió Probo [149] fuerzas para que le hicieran frente, pero quienes habían sido enviados se pasa-

[147] *HA Prob.* 18, 2, 3, habla de gépidos, grotingos y vándalos que, instalados en suelo de Roma, aprovecharon las luchas de Probo con los usurpadores para alzarse y devastar distintas regiones; derrotados por el Emperador, sólo unos pocos pudieron volver a su territorio de origen. Ello puede estar relacionado con la noticia sobre los francos que aquí da Zósimo, noticia confirmada por *Paneg.* 8, 18, 3 [Mynors].

[148] Zósimo es el único autor que nos habla de esta revuelta; la ciudad mencionada es posiblemente Roma: cf. F. Paschoud, ed. cit., I, n. 100.

[149] H. Mattingly, *op. cit.*, págs. 316-17 conecta la muerte de Probo (en otoño-invierno del 282) con una serie de alzamientos militares producidos al final de su reinado: los de Próculo y Bonoso, que se desarrollaron en Galia, el de Britania mencionado por Zósimo en 66, 2 y 68, 3, y lo que parece ser una revuelta surgida en Hispania; el fin de Probo estaría así relacionado con el descontento del ejército hacia su persona, descontento que sugieren diversas fuentes (Aurelio Víctor, 37, 3; Eutropio, IX 17, 3; *HA Prob.* 20, 3). *HA Car.* 6, 1, cita una versión según la cual Caro habría participado en la muerte de su predecesor, pero dicha versión no encuentra apoyo en las demás fuentes (Aurelio Víctor, 37, 4; Eutropio, IX 17, 3; *HA Prob.* 20, 1-3, y 21, 2-3; Orosio, VII 24, 3; continuador anónimo de Casio Dión, f. 11 [Müller]; Zonaras, XII 29). El *Vat. Graec.* 156, presenta aquí una importante laguna, provocada por la desaparición de su cuarto fascículo. La narración continúa en el 305, tras la disgresión sobre los Juegos Seculares con que se abre el libro II.

ron al lado de Caro, y atacaron al mismo Probo cuando se hallaba desprotegido y, sin que nadie se opusiera, lo liquidaron; había reinado hasta entonces seis años y cuatro meses.

LIBRO II

Sinopsis

1-4. Origen e historia de los Juegos Seculares. — 5. Descripción de las ceremonias que los componen. — 6. Oráculo concerniente a los Juegos Seculares. — 7. Su celebración es relegada por Constantino. — 8-9. Constantino marcha junto a su padre y a la muerte de éste es proclamado emperador por las tropas. También Majencio es proclamado emperador en Italia. — 10. Galerio nombra emperador a Severo, pero éste es muerto por Maximiliano. Intrigas de Maximiliano. — 11. Galerio nombra emperador a Licinio, tras lo cual muere. Nuevas intrigas y muerte de Maximiliano. — 12-14. Majencio acaba con la usurpación de Alejandro. Disturbios en Roma. — 15-16. Guerra entre Majencio y Constantino. Batalla del Puente Milvio. — 17. Entrevista de Constantino y Licinio. Licinio combate y liquida a Maximino. — 18-20. Primera guerra entre Constantino y Licinio, que concluye con la firma de un acuerdo. — 21. Constantino combate a los bárbaros. — 22-26. Segunda guerra entre Constantino y Licinio. — 27. Historia de Hormisdes. — 28. Derrota y muerte de Licinio — 29. Constantino da muerte a su esposa Fausta y a su hijo Crispo. A continuación abraza la fe cristiana. — 30-31. Constantino establece su capital en Bizancio y embellece la ciudad con nuevos edificios. Luchas con los taifalos. — 32-34. Mo-

licie de Constantino, que instituye los repartos de alimento en Bizancio y construye en la misma inútiles edificios. Sus perjudiciales reformas de la prefectura del pretorio y del ejército. — 35-37. Engrandecimiento de Constantinopla. Oráculo que presagiaba el esplendor de la misma. — 38. Abusos de Constantino en materia tributaria. — 39. Muerte de Constantino. Sus sucesores. — 40. Todos éstos excepto Constantino II y Constante son muertos por Constancio II. — 41. Constante liquida a Constantino II. — 42. Usurpación de Magnencio. Muerte de Constante. — 43. Usurpaciones de Vetranión y Nepociano. Este último es muerto por Magnencio. — 44. Mediante artimaña Constancio II acaba con la usurpación de Vetranión. — 45-52. Constancio II nombra césar a Galo. Guerra entre Constancio y Magnencio. Batalla de Mursa. — 53-54. Muerte de Magnencio. Valoración de su reinado — 55. Intrigas en la corte de Constancio II. Muerte de Galo.

⟨Tienen la denominación de Seculares⟩ por abarcar la 1
distancia que separa la celebración de esta fiesta el plazo mayor de la vida de un hombre. Pues *saeculum* llaman los romanos al curso de una vida. Contribuye a remediar epidemias, plagas y enfermedades. Y tomó origen del siguiente caso: era Valesio, de donde procede el linaje de los Valerianos, hombre ilustre entre los sabinos. Ante su casa había un bosque sagrado formado por altísimos árboles. Habiendo caído sobre ellos un rayo que los abrasó, se hallaba confuso sobre cuál era la señal que portaba el rayo; y como una enfermedad se hubiese abatido sobre sus hijos, recurrió, además de al arte de los médicos, al
de los adivinos. Estos conjeturaron, por la forma de la 2
caída del fuego, que se trataba de cólera divina, ante lo cual, y como es lógico, Valerio intentó propiciarse a la divinidad con sacrificios. Estando con su mujer lleno de temor y a la espera de una muerte ya inminente para sus hijos, postróse ante Hestia y prometió entregarle a cambio de sus hijos dos vidas completas, la de él y la de la madre
de sus hijos. Y cuando miró al bosque alcanzado por el 3
rayo creyó escuchar una voz que le ordenaba llevar a sus hijos a Tarento, calentar allí agua del Tíber sobre el altar de Hades y Perséfone y darla de beber a los niños. Al oír esto, con más razón se desesperó de que sus hijos se salvaran, ya que Tarento está en el confín de Italia y allí no podría encontrar agua del Tíber. Igualmente le infun-

día tristes espectativas el haber oído que el agua fuese ca-
lentada sobre un altar de dioses infernales [1].

2 Puesto que también los intérpretes se encontraban con-
fusos ante todo ello, tras volver a informarse decidió que
era preciso obedecer a la divinidad, hizo que sus hijos su-
bieran a una barca de río y comenzó a descender. Como
éstos entrasen a causa del calor en un estado febril, puso
rumbo a aquella parte de la ribera por donde la corriente
parecía apaciguarse. Habiendo pasado la noche con sus
hijos en un chozo de pastor, oyó que había desembarcado
en Tarento: pues así se llamaba el lugar, que tenía el mis-
mo nombre que el Tarento del Promontorio de Yapigia [2].
2 Postrándose entonces ante el dios por tal dicha, ordenó
Valesio al piloto que atracara en la orilla, descendió y se
explicó ante los pastores [3]. Tomó a continuación agua del
Tíber y, después de calentarla en un altar hecho por él,
3 la dio de beber a su hijos. Nada más que beber, cayeron

[1] Valesio temía por la vida de sus hijos, pues el ámbito en que habi-tan las almas de los muertos pertenece al dominio de los dioses infernales.

[2] El Promontorio de Yapigia constituye la punta meridional de la Península de Yapigia (actual Península Salentina); Tarento (actual Taranto) está en la Península de Yapigia, pero no en el promontorio sino 117 km. al norte. Por otra parte *Tarentum* o *Terentum* era la denominación de una zona del Campo de Marte, de donde la ambigüedad del mandato divino.

[3] No tiene sentido que Valesio, al cual el relato ha dejado no embarcado, sino en tierra, ordenara al piloto atracar y descendiera. Posiblemente la fuente de Zósimo hablaba de dos desembarcos: el primero tendría lugar en «aquella parte de la ribera por donde la corriente parecía apaciguarse», es decir, en la orilla del Tíber que está a la altura de la isla Tiberina, pues ésta, al cortar el río por la mitad y ensanchar su cauce, hace el flujo de las aguas más apacible; tras pasar la noche allí Valesio prosigue la navegación, produciéndose el segundo desembarco cuando llega a la altura de Tarento: cf. GAGÉ 1932, 451.

éstos dormidos, tras lo cual se levantaron sanos. Y como
vieran en sueños que unas víctimas negras eran llevadas
a Perséfone y Hades y que durante tres días consecutivos
se celebraban fiestas nocturnas con canto y danza, relata-
ron el sueño a su padre, añadiendo que un hombre grande
y de porte divino había encomendado hacer todo ello en
el Campo de Marte de Tarento, precisamente donde había
un lugar reservado a los ejercicios ecuestres. Quiso Valesio 4
erigir allí mismo un altar, y cuando a tal efecto los tallistas
comenzaron a excavar el sitio, se halló un altar acabado
en el que estaba escrito: «De Hades y Perséfone» [4]. Com-
prendió entonces con más claridad qué había que hacer,
por lo cual llevo ante este altar las víctimas negras y se
ocupó de realizar las celebraciones nocturnas.

Este altar y el instituir la ejecución de un sacrificio tu- 3
vieron el siguiente origen: romanos y albanos se hallaban
en guerra. Estando unos y otros con las armas en la mano,
apareció una figura de extraordinario aspecto, cubierta con
negra piel y gritando que Hades y Perséfone habían orde-
nado que antes de entrar en combate se les hiciera un sa-
crificio bajo tierra. Y una vez dicho esto se desvaneció. 2
Entonces fue cuando los romanos, turbados por la apari-
ción, erigieron el altar bajo tierra y, después que hubieron
hecho el sacrificio, lo ocultaron enterrándolo a veinte pies
de profundidad, de forma que, excepto a los romanos, a
todos los demás les pasase inadvertido. Éste fue el que en-
contró Valesio, y como también llevó a cabo el sacrificio

[4] La orden dada a Valesio especificaba que debía calentar el agua para sus hijos en un altar de Hades y Perséfone (cf. 1, 3); en el relato de Zósimo Valesio descuida esta especificación, pues calienta el agua en un altar erigido por él mismo; posiblemente hay en ello un error de Zósimo (cf. VALERIO MÁXIMO, II 4, 5).

y las ceremonias nocturnas recibió el nombre de Manio Valerio Tarentino. Pues los romanos llaman a los dioses infernales *manes* y al tener salud *valere;* y Tarentino por
3 el sacrificio en Tarento [5]. Más adelante, cuando, en el primer año después de los reyes, cayó sobre la ciudad una peste, Publio Valerio Publícola sacrificó en este altar un buey negro y una ternera negra a Hades y Perséfone, con lo que liberó la ciudad de la peste; y en el altar escribió esto: «Yo, Publio Valerio Publícola, consagré el llano portador de fuego [6] a Hades y Perséfone, y organicé para Hades y Perséfone cortejos por la liberación de los romanos» [7].

[5] Para NILSSON, *op. cit.*, cols. 1701-1702, el relato que ofrecen los caps. 1-3, 2 presenta dos partes bien diferenciadas. La primera de ellas —caps. 1 y 2— reaparece con ligeras variantes en VALERIO MÁXIMO, II 4, 5 y constituye una saga gentilicia relativa al origen de los Valerios y su traslado a Roma; el tema dominante en esta parte —inesperado cumplimiento de un mandato divino aparentemente imposible de cumplir— garantiza su antigüedad. La segunda parte, no recogida por Valerio Máximo, es la expuesta en 3, 1-2; a un carácter relativamente reciente apunta tanto el que desemboque en la justificación etimológica de un nombre propio como la intrusión de elementos griegos (la aparición de una figura cubierta por una piel negra está tomada de la saga relativa a las Apaturias).

[6] Las fuentes antiguas hablan de Tarento como explanada ignífera de donde se elevaba un humo misterioso (cf. J. GAGÉ, «Recherches...», 1932, págs. 454-55).

[7] Publio Valerio Publícola es el personaje que, según la tradición romana, desempeñó un papel importante en el establecimiento de la república. Zósimo lo presenta aquí, en coincidencia con VALERIO MÁXIMO, II 4, 5, y CENSORINO, XVII 10, como figura clave en la instauración de los Juegos Seculares. La fecha en que Zósimo sitúa su noticia (509 a. C.) no cuadra con las asignadas a otras ediciones de los Juegos, cuya periodicidad incumple; es así posible que la noticia haya sido forjada por el deseo de realzar la vinculación de los Juegos al linaje de los Valerios (cf. M. P. NILSSON, *op. cit.*, col. 1704).

Después de esto, en el año 502 de la fundación de la 4
ciudad, como sobreviniesen enfermedades y guerras [8], el Senado, para encontrar la forma de salvar a la ciudad, decidió recurrir a los oráculos de Sibila, y ordenó a los decenviros [9] asignados al efecto que inquiriesen en los oráculos. Puesto que los oráculos anunciaron que cesaría el infortunio si sacrificaban a Hades y Perséfone, buscaron el lugar y, de acuerdo con lo preceptuado, consagraron ofrendas a Hades y a Perséfone *** [10] bajo el cuarto con-
sulado de Marco Popilio. Cumplida la ceremonia y una 2
vez libres de cuanto les amenazaba, volvieron a ocultar el altar, depositado en un extremo del Campo de Marte. Durante algún tiempo el sacrificio quedó relegado hasta que, cuando de nuevo surgieron adversidades, Octaviano Augusto restauró la ceremonia —⟨que había tenido lugar por última vez⟩ bajo el consulado de Lucio Censorino y Marco Manilio [Puelio]—, siendo Ateyo Capitón quien explicó el rito y los quindecenviros encargados de custodiar los oráculos de Sibila quienes inquirieron las fechas en que

[8] Tal como quedaron regulados a partir de la reforma del 249, los Juegos Seculares se realizan siempre —pese a su carácter cíclico— en cumplimiento de un oráculo de la Sibila y a fin de prevenir determinadas calamidades (cf. P. BRIND'AMOUR, *op. cit.*, pág. 1368).

[9] Los decenviros, a quienes más adelante Zósimo llama quindecenviros, formaban uno de los grandes colegios sacerdotales de Roma, siendo primero dos, luego diez, más adelante quince y por último dieciséis.

[10] El texto parece presentar aquí una laguna. Las líneas que la preceden se refieren a los Juegos del año 249 a. C., la frase siguiente a los que supuestamente tuvieron lugar en el 348 a. C. (cf. n. 11), las palabras caídas, por tanto, contendrían la expresión regente del circunstancial «bajo el cuarto consulado de Marco Popilio», expresión en que se consignaría la anterioridad de los Juegos de Marco Popilio respecto a los del 249.

debía realizarse el sacrificio y conducirse la procesión [11].
3 Después de Augusto, Claudio organizó la ceremonia con descuido del número de años prescrito. Tras él Domiciano, sin fijarse en Claudio y contando el número de años a partir del momento en que Augusto llevó a cabo la ceremonia, decidió guardar la regla que originariamente había sido transmitida. Después de ello Severo, transcurridos ciento diez años, celebró esta ceremonia en compañía de sus hijos Antonino y Geta, siendo cónsules Quilón y Libón [12].

---

[11] De la alusión a los decenviros y al oráculo de Sibila parece desprenderse que los Juegos citados por Zósimo en primer lugar son los del 249 a. C.; dado que el 502 (252 a. C.) no coincide con tal fecha, L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, *ad loc.* piensa que el texto debe corregirse para leer 505. Marco Popilio Lena fue cónsul por cuarta vez, junto con M. Valerio Corvo, en el 406 de Roma (348 a. C.); esta fecha no guarda periodicidad respecto a la celebración del 249 a. C., pero sí la guarda, aceptando el *saeculum* de 100 años, el 405 de Roma (349 a. C.): M. P. NILSSON, *op. cit.*, col. 1703, supone que la tradición ha efectuado un desplazamiento de un año para fijar los Juegos anteriores a los del 249 bajo el consulado de un Valerio. Lucio Marcio Censorino y Marco (o Manio) Manilio (o Manlio), cuyo *cognomen* no nos consta, (el «Puelio» de Zósimo fue atetizado por Roth y Mendelssohn) fueron cónsules en el 149 a. C.; posiblemente en este año no se celebraron Juegos Seculares, pero sí tres años después, en el 146: la tradición habría efectuado, así, un nuevo desplazamiento, esta vez teniendo presente la celebración del 249 y con vistas a reforzar la periodicidad secular de 100 años (cf. M. P. NILSSON, *op. cit.*, cols. 1701-1702).

[12] La celebración de Augusto (17 a. C.) no observó ningún tipo de periodicidad respecto a las celebraciones anteriores (aunque para justificar su fecha se forjara toda una serie de celebraciones anteriores, véase M. P. NILSSON, *op. cit.*, col. 1710); a partir de ella tiende a imponerse el *saeculum* de 110, pero todavía Claudio se atiene a una periodicidad de 100 años; por lo demás la fecha exacta de los Juegos de Claudio, el 47 d. C., plantea problemas de difícil solución (quizás este emperador adoptó la tradición etrusca para computar los *saecula* a partir del año de fundación de Roma; si, de acuerdo con el cómputo varroniano, ubica-

La fiesta se halla descrita de la siguiente manera: los 5
heraldos, yendo en derredor, convocaban a todos a la fiesta para presenciar un espectáculo que ni antes vieron ni más adelante podrían contemplar [13]. En la estación veraniega, pocos días antes de que se celebre la ceremonia, los quindecenviros se sientan sobre un estrado en el Capitolio o en el templo del Palatino e imparten al pueblo los medios de purificación: antorchas, azufre y esparto, de los que no participan esclavos, sino sólo hombres libres. Reunido 2
todo el pueblo en los lugares mencionados, así como en el templo de Ártemis que se levanta en el monte Aventino, porta cada uno trigo, cebada y habas [14]. Y tienen lugar solemnes celebraciones nocturnas en honor de las Moiras durante *** [15] noches. Llegado el tiempo de la fiesta, que tiene lugar en el Campo de Marte durante tres días con sus noches, se consagran las ofrendas junto a la orilla del Tíber en Tarento. Hay sacrificios para los dioses Zeus, Hera, Apolo, Leto y Ártemis, y también para las Moiras, las Ilitías, Deméter, Hades y Perséfone. La primera noche 3
de festejos, a segunda hora, el emperador acompañado de

---

ba tal fundación en el 753, el 47 corresponde exactamente al 800 de Roma). Domiciano celebró los suyos en 88 d. C., adelantándose en seis años, con una separación de 110, a la periodicidad impuesta por la celebración de Augusto. Los Juegos de Severo datan del 204.

[13] Las palabras de invitación del heraldo constituyen una expresión consagrada (cf. SUETONIO, *Claud.* 21). La descripción de los Juegos que ofrece Zósimo se ajusta al ritual instaurado por Augusto y continuado por sus sucesores. Para completar dicha descripción me baso en las indicaciones de M. P. NILSSON, *op. cit.*, cols. 1714-15.

[14] Los medios de purificación (*suffimenta*) eran distribuidos del 25 al 28 de mayo, la entrega de los frutos (*acceptio frugum*) se realizaba del 29 al 31. Hasta aquí Zósimo describe la fase preparatoria de los Juegos.

[15] El texto presenta aquí una laguna. Sobre las celebraciones nocturnas en honor de las Moiras, véase n. 16.

los quindecenviros sacrifica a orillas del río, sobre tres altares que han sido dispuestos, tres corderos, y una vez cubiertos de sangre los altares quema por completo las víctimas. Después de preparar una tienda en forma de teatro se prenden luces, se entona un himno recientemente com-
4 puesto y tienen lugar espectáculos de carácter sacro. Quienes los ejecutan reciben como salario las primicias de los frutos —trigo, cebada y habas—, primicias que, como dije, se imparten también a todo el pueblo [16]. Al día siguiente, tras subir al Capitolio, donde llevan a efecto los sacrificios que el uso prescribe, y marchar de allí al teatro que ha sido dispuesto, representan los espectáculos en honor de Apolo y Ártemis [17]. Al día siguiente, y a la hora que ordenó el oráculo, se reúnen en el Capitolio mujeres de distinción que, según fija el rito, dirigen plegarias y elevan him-
5 nos a la divinidad [18]. Al tercer día, en el templo de Apolo

[16] Los Juegos comenzaban la noche del 31 de mayo al 1 de junio. En ella el emperador sacrificaba a las Moiras nueve ovejas y nueve cabras (se trata del sacrificio aludido en el párrafo 2). Zósimo no menciona los *sellisternia* (banquetes ofrecidos a las diosas, cuyas estatuas eran colocadas sobre asientos) celebrados cada día y cada noche por 110 matronas (una por cada año del *saeculum*, cf. J. Gagé, «Recherches...», 1933, págs. 188-89) en honor de Juno y Diana. Ni la ejecución del himno «recientemente compuesto» ni la impartición de los frutos (*distributio frugum*; Zósimo la confunde con la *acceptio frugum*) tenían lugar en la primera noche, sino en el tercer día (cf. n. 19).

[17] El 1 de junio, de día, el emperador sacrificaba a Júpiter en el Capitolio. En el teatro continuaban las representaciones sagradas.

[18] En la noche del 1-2 de junio el emperador ofrendaba a las Ilitías pasteles sacrificales. El día 2 tenían lugar las plegarias aquí mencionadas (tal como lo reproduce Zósimo, el oráculo no prescribe hora ninguna para ellas), dirigida por 110 matronas a Juno; nuestro autor omite el sacrificio que la precedía, dirigido también a Juno y ejecutado por el emperador en el mismo Capitolio. Igualmente omite las representaciones sagradas.

del Palatino, tres veces nueve muchachos ilustres y otras tantas doncellas, todos ellos «florecientes al abrigo» —es decir, con ambos padres vivos—, entonan en lengua griega y latina cantos y peanes destinados a salvaguardar las ciudades sometidas a los romanos. Conforme a lo indicado por la divinidad, tenían lugar otros actos, gracias a cuya ejecución se mantuvo intacto el Imperio Romano [19]. Y para que veamos en la realidad la verdad de estas cosas, expondré el oráculo mismo de Sibila, que ya otros antes que yo han consignado.

Cuando el tiempo más largo para vida de hombre 6
advenga, de ciento diez años el ciclo cubriendo,
recuerda, romano, y cuida bien de no relegar al olvido,

[19] En la noche del 2 al 3 el emperador sacrificaba a *Terra Mater* y proseguían las representaciones sagradas. El 3 de junio el emperador ofrendaba a Apolo y Diana en el Palatino pasteles sacrificales. También ahora se ejecuta el himno «recientemente compuesto» (es decir, compuesto expresamente para cada edición de los Juegos); el número 27 de los componentes de cada sexo es cifra sagrada, y las palabras «florecientes al abrigo» intentan traducir el término griego *amphithaleís*, con el que Zósimo a su vez translada la expresión latina *patrimi et matrimi*. El himno se ejecutaba 3 veces: en el Palatino, en el Capitolio y en otro lugar que desconocemos (cf. J. Gagé, «Recherches...», 1933, págs. 185-86), pero Zósimo yerra cuando habla de ejecuciones en griego. El mismo día 3 los Juegos eran clausurados con la celebración de espectáculos circenses, tras los cuales tenía lugar la *distributio frugum* mencionada erróneamente por nuestro historiador en el párrafo 4 (posiblemente en ésta participaban no sólo los protagonistas de los espectáculos, sino también, conforme a lo indicado por Zósimo, el pueblo, cf. J. Gagé, «Recherches...», cit., 1933, págs. 196-97). En los días siguientes, fuera propiamente de la celebración religiosa, se realizaban diversos espectáculos (*ludi honorarii*, sobre los cuales véase J. Gagé, *ibid.*, págs. 197-202).

recuerda todo ello, a dioses inmortales ofrendar
en llanura cabe el caudal sin término del Tíber,
donde lo más estrecho, a tierra cuando noche sobrevenga,
el sol su luz velando: tú entonces ofrenda a las Moiras
que todo lo procuran sacrificios, corderos y cabras
oscuras, y tras los sacrificios, como es de ley divina,
las Ilitías que alumbran a los niños reciban tus obsequios.
[Y a la Tierra
a su vez sea ofrendada, grávida de lechones, negra puerca.
Toros blancos sin mancha junto al altar de Zeus sean
[llevados
de día, no en la noche: pues a dioses uranios
diurno ha de ser el sacrificio, y así también
sacrifica tú mismo. De vacuna ternera talla espléndida
santuario de Hera reciba por tu mano. Lo mismo Febo
[Apolo,
llamado también Helio, sacrificios iguales
al hijo de Leto sean ofertos. Y latinos peanes que canten
donceles y doncellas se apoderen del templo
de los dioses. Coro tengan aparte las doncellas, ellas solas,
coro aparte la viril mies de los jóvenes, mas de todos
viva esté la progenie, cuyos vástagos aún al abrigo florezcan.
Y los por yugo marital uncidos, hincadas las rodillas,
de Hera junto al ara veneranda, a la diosa
supliquen aquel día. A todos, mujeres como hombres,
remedios purgatorios les sean dados, pero más a las hem-
[bras.
Todos del santuario lleven cuanto es de ley divina
que porten los mortales que del sustento ofrecen las pri-
[micias,
medios de propiciar a los dioses de abajo y de Urano
a la prole dichosa. Yazca todo guardado
para que sin olvido lo aprestes a varones y hembras

que allí se hallan sentados. Sin cesar día y noche
espesa muchedumbre esté junto a las sillas divinales.
La seriedad se mezcle con la risa.
Mantén siempre en tu pecho memoria de estas cosas
y por siempre toda la tierra ítala, la de latinos toda
tendrá ceñido al cuello, bajo tu cetro, el yugo [20].

Así pues, como afirma el oráculo con entera verdad, 7
mientras todo ello se llevó a efecto conforme al rito, el Imperio de los romanos estuvo a salvo y éstos mantuvieron bajo su poder prácticamente toda la ecumene que conocemos. Pero cuando, al hacer Diocleciano cesión del trono, fue relegada la ceremonia, poco a poco se vino abajo, e imperceptiblemente su mayor parte llegó a quedar en manos de los bárbaros, según los sucesos mismos nos enseñan. Y quiero además mostrar a partir de las fechas la
verdad de mis palabras. Efectivamente, desde el consulado 2
de Quilón y Libón, durante el cual Severo celebró la ceremonia de los Seculares, hasta que Diocleciano por novena vez y Maximiano por octava fueron cónsules transcurrieron ciento un años, siendo entonces cuando Diocleciano pasó de emperador a particular al tiempo que Maximiano procedía de la misma manera. Y cuando Constantino y

[20] La alusión a la tierra ítala y a los latinos del verso 36 ha hecho suponer que el presente oráculo se compuso en una época dominada por el temor a una defección de los aliados latinos e itálicos; pero la presencia en el verso 2 del ciclo de 110 años y el hecho de que el ritual prescrito se ajuste al instaurado por Augusto para los Juegos del 17 a. C. indican que en realidad fue o compuesto o profundamente modificado con vistas a la celebración de dichos Juegos (cf. M. P. Nilsson, *op. cit.*, col. 1712; J. Gagé, «Recherches...», cit., 1933, págs. 177-78; F. Paschoud, ed. cit., II, n. 11; P. Brind'Amour, *op. cit.*, pág. 1371). La mencionada alusión debe ser, por tanto, una fórmula arcaizante tomada a la tradición anterior.

Licinio fueron cónsules ya por tercera vez, se cumplía el
plazo de los ciento diez años en que, según prescribe la
costumbre, ha de celebrarse la ceremonia [21]. Como esto
no se observó, debieron nuestros asuntos llegar al estadio
de infortunio en que ahora nos hallamos.

8 Diocleciano murió tres años después [22]; y los ya insti-
tuidos soberanos Constancio y Maximiano Galerio desig-
naron césares a Severo y a Maximino, que era hijo de la
hermana de Galerio, haciendo a Severo entrega de Italia,
2 a Maximino de los territorios orientales [23]. Todo estaba
en orden, en todas partes, y a causa de los anteriores lo-
gros, los bárbaros guardaban de buen grado la calma, cuan-
do Constantino (habido por el emperador Constancio del
trato con una mujer ni reputada ni legalmente desposa-
da [24]), que ya albergaba proyectos de asumir el Imperio,

---

[21] Diocleciano abdicó el 1 de mayo del 305 (cf. LACTANCIO, *Muert. pers.* 19, 1); su noveno consulado y octavo de Maximiano fue en el 304; el tercer consulado de Constantino y Licinio cae en el 313.

[22] El «después» del texto va referido al consulado de Constantino y Licinio del año 313, pero el relato de Zósimo continúa no en esta fecha, sino en el momento de la abdicación de Diocleciano. Sobre la muerte de éste existen tradiciones divergentes tanto en cuanto a la fecha (desde el 311 hasta el 316) como en lo referente a la causa (semisuicidio, envenenamiento o enfermedad), sin que en la historiografía moderna haya acuerdo al respecto (cf. W. ENSSLIN, «Diocletianus...», cit., col. 2493; F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 13; R. TEJA, *op. cit.*, n. 401).

[23] El reparto sería el siguiente; Constancio Cloro gobernaba sobre Galia, Britania e Hispania; Severo sobre Italia, África y la diócesis de Iliria; Galerio sobre las diócesis de Tracia, Macedonia, Dacia, Ponto y Asia; Maximino sobre el resto del territorio oriental (cf. E. STEIN, I, pág. 82).

[24] Para un buen número de fuentes Helena fue esposa legítima de Constancio Cloro, quien se separaría de ella para unirse a Teodora, hija de Maximiano; para otro conjunto igualmente abundante sería sólo concubina del Emperador (cf. *PLRE I*, pág. 410).

pero cuyos deseos se vieron exacerbados desde que Severo
y Maximino alcanzaron el rango de césar, decidió abando-
nar los lugares en que a la sazón se encontraba para mar-
char a las provincias transalpinas, donde estaba su padre
Constancio, cuya residencia habitual era Britania [25]. Ante 3
el temor de ser detenido durante su huida (pues ya resulta-
ba evidente a muchos que el ansia del trono se había apo-
derado de él), adelantándose en las postas mutilaba los ca-
ballos destinados al sevicio estatal que había en ellas, y
una vez inutilizados éstos se servía de los que había en
el puesto siguiente. Procediendo sucesivamente de esta ma-
nera, impedía a quienes les perseguían alcanzarle, mientras
él se iba acercando a las provincias en que estaba su padre.

Y ocurrió que cuando, por estas fechas, murió Cons- 9
tancio, la guardia de palacio no estimó a ninguno de sus
hijos legítimos con capacidad para ocupar el trono; como,
por otro lado, repararan en que Constantino tenía una bue-
na presencia, exaltados además por la perspectiva de es-
pléndidos obsequios, lo revistieron de la dignidad de cé-
sar [26]. Mas cuando, conforme a la costumbre, se exhibió 2

---

[25] Según AURELIO VÍCTOR, 40, 2, Galerio retenía como rehén a Constantino *religionis specie* y Constantino huyó movido por su ambición de ocupar el trono; para LACTANCIO, *Muert. pers.* 24, 1, y *Anon. Vales.* 2-4, Constancio Cloro reclamó a su hijo y Galerio acabó, tras resistirse, por consentir a ello; *epit.* 41, 2 habla también de fuga, subrayando que Constantino era tenido como rehén por Galerio y PRAXÁGORAS, *FGrHist* 219 T1, indica que Constantino huyó para salvar su vida (para otras noticias, aunque de carácter legendario, sobre esta cautividad véase P. DUFRAIGNE, *op. cit.*, n. *ad* 40, 2).

[26] Constancio I (Cloro) —que tenía seis hijos de su matrimonio con Teodora, la hijastra de Maximiano Hercúleo (cf. *PLRE I*, pág. 85)— murió el 25 de julio del 306. Tras llegar a las Galias Constantino participó junto a su padre en una victoriosa expedición contra los pictos, lo que explica que a la muerte de Constancio las tropas lo nombren no

su estatua en Roma, Majencio, el hijo de Maximiano Hercúleo, consideró intolerable que mientras Constantino, nacido de madre vil, coronaba sus afanes, él, hijo de tamaño emperador, aguardase lo que le deparara el azar, en tanto
3 que otros regían el imperio paterno. Valiéndose pues de la asistencia de Marceliano y Marcelo —tribunos—, de Luciano —a quien correspondía la distribución de la carne de cerdo que el Estado entregaba al pueblo romano [27]— así como de la guardia palatina —los llamados pretorianos—, logró, mediante la ayuda de éstos y bajo explícita promesa de corresponder con magníficos dones a quienes tal don le hacían, ser promovido al trono imperial. Y pusieron manos a la obra no sin haber suprimido previamente a Abelio, quien desde su cargo de prefecto de la ciudad se había mostrado contrario al intento [28].

césar, sino augusto (según *Paneg.* 6, 2, 4 y 6, 7, 3 [MYNORS], y EUSEBIO, *v. C.* I 21, Constancio, además, lo designó sucesor). Poco después Constantino fue reconocido por Galerio no augusto, sino césar, reconocimiento este aceptado por Constantino (en sustitución de Constancio, Galerio promovió a Severo al rango de augusto). Sobre todo esto, consúltese J. MOREAU, *op. cit.*, col. 157; T. D. BARNES, «Imperial Campaigns...», cit., pág. 191, y *Constantine...*, cit., pág. 27; A. DEMANDT, *Die Spätantike...*, págs. 62-63.

[27] Marceliano, Marcelo y Luciano eran los tribunos al frente de las tres cohortes urbanas que constituían la policía diurna de Roma. En una fecha situada entre el 306 y el 317 d. C. se dispuso que las tres estuvieran bajo un sólo tribuno, a quien competía además la distribución de carne de cerdo; anteriormente su mando estaba dividido entre tres tribunos, a uno de los cuales correspondía la mencionada distribución (L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, *ad loc.*).

[28] Majencio no adoptó inicialmente la dignidad de augusto, sino sólo el título de *princeps invictus* (cf. T. D. BARNES, *Constantine...*, cit., págs. 30 y 299). De acuerdo con LACTANCIO, *Muert. pers.* 44, 4, y 26, 2-4, accedió al poder el 27 de octubre de 306 gracias al apoyo de los pretorianos, que se sentían amenazados al ver sus efectivos reducidos, y el pueblo, soliviantado por la política fiscal de Galerio.

Cuando Maximiano Galerio tiene conocimiento de ello, 10
envía al césar Severo para que se enfrente a Majencio. Severo partió de Milán y se presentó en compañía de los contingentes mauritanos, pero Majencio, que había sobornado a la mayor parte de las tropas bajo su mando y que, incluso, había hecho suyo al prefecto del pretorio Anulino, se impuso con toda facilidad; Severo buscó refugio en Rávena, ciudad muy fuerte, de abundante población y que contaba con alimentos en cantidad suficiente para
él y para su tropa. Al saberlo Maximiano Hercúleo, lógi- 2
camente inquieto por su hijo Majencio, marchó desde Lucania, donde a la sazón se encontraba, sobre Rávena. Comprendiendo que Severo no podría ser desalojado contra su voluntad de esta sólida y bien aprovisionada plaza, lo persuadió con falsos juramentos para que se dirigiera a Roma. Cuando estaba, pues, en camino, al llegar a un lugar que llaman «Tres Tabernas» una compañía allí apostada por Majencio se apoderó de él y, colgándolo del cuello
por un nudo corredizo, acabó con su vida [29]. Maximiano 3
Galerio no soportó con paciencia lo perpetrado contra el césar Severo, y así resolvió dirigirse desde Oriente a Roma e imponer a Majencio un castigo proporcionado a sus crí-

[29] Para LACTANCIO, *op. cit.*, 26, 6-9, Maximiano, que residía no en Lucania sino en Campania, había sido llamado por Majencio; también *Anon. Vales* 4, 10, responsabiliza a Majencio de la intervención de Maximiano, pero EUTROPIO, X 12, 2, confirma a Zósimo. La *Tres tabernae* aquí mencionada no es la ubicada al sur de Roma, sino una estación de postas situada al borde de la Vía Flaminia, entre las actuales Terni y Espoleto (cf. G. RADKE, *op. cit.*, col. 1555; F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 16). Sobre la fecha, el lugar y las circunstancias precisas de la muerte de Severo (finales del 306 o principios del 307, Rávena o Tres Tabernas, suicidio o ejecución) las fuentes difieren, consúltese al respecto F. PASCHOUD, *ibid.*; R. TEJA, *op. cit.*, n. 281.

menes. Pero ya en Italia, como se diese cuenta de que los soldados no le eran fieles, retornó a Oriente sin que se
4 produjese ninguna batalla. En esto Maximiano Hercúleo, que también llevaba a mal el desorden en que estaba sumida la República, se persona ante Diocleciano, residente por esas fechas en la ciudad gala de Carnuto, y se aplica a convencerlo para que vuelva al trono y no consienta que aquello que salvaron con tanto esfuerzo y trabajo se vea manejado con ligereza e inmadurez y sufra los irreflexivos
5 embates de quienes pretenden para sí el imperio. Como Diocleciano no accedió a su demanda, sino que antepuso la tranquilidad al verse envuelto en preocupaciones (quizás porque sabía de antemano, como hombre dedicado desde siempre al cultivo de los dioses, la confusión en que había de caer el Estado), el Hercúleo, al errar en su intento, marchó a Rávena, desde donde de nuevo se dirigió a los Alpes albergando el propósito de entrevistarse con Constantino,
6 quien residía por aquellos parajes. Hombre intrigante y falso por naturaleza, promete entregarle a su hija Fausta y, cumplida sobre la marcha su promesa, intenta embaucarlo y persuadirlo para que persiga a Maximiano Galerio,
7 en retirada de Italia, y conspire contra Majencio. Pero como no lo encontró dócil a sus propuestas, dejó a Constantino para ocuparse —con la esperanza de indisponer entre sí a su yerno Constantino y a su hijo Majencio— en el empeño de asumir de nuevo el trono [30].

[30] Maximiano Galerio no pudo personarse en Italia hasta septiembre del 307. Con anterioridad a ello Maximiano Hercúleo había marchado a Galia, contrayendo allí alianza con Constantino rubricada por el matrimonio de éste con su hija Fausta y por la elevación de Constantino al rango de augusto (la fecha de la boda se sitúa entre primavera e invierno del 307, cf. R. Teja, *op. cit.*, n. 282). Tras un fallido intento de deponer a su hijo Majencio (posiblemente Majencio, después de su éxito sobre

Pero cuando todo ello era aún un proyecto, Maximia- 11
no Galerio instala en el trono a Licinio, persona que le era allegada en razón de una antigua camaradería y había de marchar, según planeaba, contra Majencio. Y mientras se afanaba en tales designios sufrió una grave herida que puso fin a sus días; Licinio obtuvo con ello el trono, en tanto que Maximiano Hercúleo, quien, como he dicho, pretendía reasumir el poder, se esforzó en un primer momento por alejar a los soldados del favor en que tenían a Majencio, mas como aquél los mantuviese a su lado con obsequios y con apelaciones a los sentimientos, intentó igualmente utilizar a los soldados de Constantino para atentar contra la vida de éste. Fausta, no obstante, se adelantó al intento y se lo reveló a Constantino, tras lo cual el Hercúleo, sin saber qué hacer al verse fracasado en todo, murió de enfermedad en Tarso [31].

Galerio, no quiso reconocer a Maximiano como augusto superior a él mismo; el suceso, brevemente aludido por Zósimo en el capítulo 11, es tratado con más detalle por Lactancio, *Muert. pers.* 28), en noviembre del 308 se entrevistó Maximiano con Diocleciano y Galerio en Carnuntum (en la antigua Yugoslavia; nuestro autor parece confundir esta población con Autricum [actual Chartres], posiblemente a causa de la denominacion —*civitas Carnotum*— que la última a veces recibe, cf. F. Paschoud, ed. cit., II, n. 16); allí se acuerda nombrar augusto a Licinio (lo que implicaba rebajar a Constantino a su anterior rango de césar) y expulsar a Majencio del colegio imperial; Maximiano Hercúleo fue obligado a abandonar de nuevo el título de Augusto (cf. Lactancio, *Muert. pers.* 27, 1-29, 2, cf. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 31-32).

[31] Licinio subió al trono en cumplimiento de los acuerdos de Carnuntum, pero fue con anterioridad a dichos acuerdos cuando Maximiano Hercúleo quiso deponer a Majencio (véase n. 30). Tras la conferencia de Carnuntum Maximiano marchó a Galia, donde intentó ocupar el trono de Constantino; fracasado el intento, éste le perdonó la vida, pero poco después Maximiano se suicidó (cf. W. Ensslin, «Maximianus...», cit., col. 2154). Según Lactancio, *Muert. pers.* 30, Maximiano, tras be-

12 Una vez que Majencio escapó a esta intriga, en la creen-
cia de que ya tenía asegurado el poder, envió a Libia y
Cartago emisarios que diesen a conocer su esfinge. Pero
los soldados de aquella zona, por afecto a Maximiano Ga-
lerio y en su recuerdo, impidieron que tal cosa sucediera
y cuando supieron que a causa de esta oposición Majencio
se disponía a marchar contra ellos, retrocedieron en direc-
ción a Alejandría. Y después de caer sobre fuerzas consi-
derables, ante las cuales no pudieron resistir, pusieron de
2 nuevo rumbo a Cartago. Inquieto ante todo ello, se apres-
tó Majencio a navegar en dirección a Libia para poner co-
to a tales desmanes. Pero como los adivinos, tras realizar
sacrificios expiatorios, declarasen que las víctimas no se
mostraban propicias, entró en dudas sobre si embarcarse,
y ello tanto porque las víctimas no habían resultado favo-
rables como por temor de encontrarse con la oposición de
Alejandro, nombrado vicario de los prefectos del pretorio
en Libia; intenta entonces pasar de Italia a Libia libre de
tales recelos, para lo cual despacha emisarios a Alejandro
con la demanda de que aquél le entregue a su hijo como
rehén. En efecto, Alejandro tenía un hijo en la flor de
3 la juventud y de hermosa apariencia. Pero como sospecha-
se que no era por tener un rehén por lo que Majencio le
requería la entrega de su hijo, sino en razón de pérfidos

neficiarse del perdón de Constantino, tramó una nueva intriga mediante la cual quiso —con la complicidad de su hija y esposa de Constantino, Fausta— liquidar a su yerno; la delación de Fausta hace errar el complot y Maximiano es constreñido a suicidarse: dicha versión, a la que parece aludir también Zósimo, es calificada de fantasiosa por W. Ensslin, *ibid.*; F. Paschoud, ed. cit., II, n. 19, observa que nuestro autor confunde las muertes de Maximino Daia y Maximiano Hercúleo, y de aquí que haga morir a este último de enfermedad y en Tarso. Galerio murió hacia abril del 311 (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 39).

designios, Alejandro rechaza la embajada en la que se le pedía aquello. Dado que Majencio envió incluso sicarios con el encargo de liquidarlo dolosamente y que el plan fue descubierto gracias a una delación, los soldados, encontrando en ello un motivo para la rebelión, revisten con la púrpura a Alejandro, hombre de linaje frigio, cobarde y timorato, a quien cualquier evento sumía en la incertidumbre y, además, ya anciano [32].

En Roma sobrevino un incendio, que se originó ya del 13
aire, ya de la tierra (pues ello es incierto), a cuyas resultas ardió el templo de Fortuna. Mientras todos corrían a extinguir las llamas, uno de los soldados profirió palabras blasfemas contra la diosa, a causa de lo cual, abatiéndose sobre él la masa por respeto a la diosa, fue muerto, y ello movió a los soldados a rebelarse. Poco faltó para que llegaran a destruir la ciudad, lo que impidió Majencio apresurándose a calmar su ira [33].

[32] *L. Domitius Alexander* estaba probablemente al frente de la delegación de la prefectura del pretorio (cf. *PLRE I*, pág. 43, y W. Ensslin, «Praefectus...», cit., col. 2418. *Epit.* 40, 20, le atribuye también origen frigio, pero Aurelio Víctor, 40, 17, habla de ascedencia panonia. Su usurpación se extiende desde otoño del 308 hasta finales del 309 (cf. T. Kotula, *op. cit.*, pág. 160). En esta fecha Galerio no había muerto, y por otra parte los territorios de la zona no habían estado nunca bajo Galerio, de suerte que la frase referente al afecto de los soldados debe contener un error (quizás Zósimo confunde a Galerio [Maximiano Galerio] con Maximiano Hercúleo, quien igualmente vivía, cf. F. Paschoud, ed. cit., II, n. 20). Tanto E. Groag, *op. cit.*, col. 2441, como T. Kotula, *ibid.*, págs. 160-66, tienen por falsos los pormenores que brinda Zósimo en su exposición del levantamiento de Domicio Alejandro. Zósimo no consigna que Alejandro se alió a Constantino contra Majencio (cf. T. Kotula, *ibid.*, pág. 159, y F. Paschoud, *ibid.*).

[33] El episodio remite al ambiente de desorden imperante en Roma como consecuencia de la usurpacion de Alejandro, quien cortó el suministro de trigo africano a la capital.

14 Seguidamente, se dedica a buscar pretextos para enfrentarse a Constantino; fingiendo dolor por la muerte de su padre, de la cual hacía responsable a Constantino, planeó dirigirse a Retia, ya que esta provincia está próxima tanto a Galia como a la región de Iliria. Acariciaba, en efecto, el proyecto de hacerse no sólo con Dalmacia, sino también con Iliria por medio de los oficiales de las tropas de aquella zona y de las fuerzas de Licinio [34].
2 Puestas sus miras en tal plan, creyó Majencio que debía primero solucionar el asunto de Libia, para lo cual congrega fuerzas que coloca bajo el mando de Rufio Volusiano, prefecto del pretorio, y las hace pasar a Libia, enviando a Zenas, hombre reputado por su experiencia bélica y por
3 su trato accesible, en calidad de adjunto al mando. Al primer choque se retiraron los soldados de Alejandro hacia un cuerpo del ejército, y con ellos huyó también Alejan-

[34] El texto de Zósimo resulta aquí confuso, puesto que Dalmacia forma parte de los territorios ilirios. A raíz del tratado de Carnuntum, Majencio quedó excluido del colegio imperial, y sus territorios, así como Retia y Panonia, fueron atribuidos a Licinio. La muerte de Galerio (311) y el subsiguiente problema de su sucesión supusieron el enfrentamiento de intereses entre Maximino y Licinio y, con ello, el establecimiento de dos alianzas: la de Majencio y Maximino y la de Licinio y Constantino (LACTANCIO, *Muert. pers.* 43, 2-4; 44, 10; consúltese también R. TEJA, *op. cit.*, n. 404). En el conflicto entre Majencio y Constantino las fuentes discrepan respecto a si el inicio de las hostilidades correspondió al primero (así, junto a Zósimo, LACTANCIO, *op. cit.*, 43, 4) o al segundo (AURELIO VÍCTOR, 40, 16; EUTROPIO, X 4, 1; PRAXÁGORAS, *FGrHist* 219 F1); la cuestion es difícil de resolver, ya que la propaganda constantiniana ofreció, sucesivamente, versiones divergentes del episodio (consúltese R. TEJA, *ibid.*, n. 407). El tratado entre Maximino y Majencio era secreto (así EUSEBIO, *h. e.* VIII 14, 7; LACTANCIO, *op. cit.*, 43, 3), y tanto Licinio como Maximino permanecieron neutrales durante la guerra entre Constantino y Majencio; asimismo Constantino se abstuvo de intervenir en el posterior conflicto entre Maximino y Licinio (cf. R. TEJA, *ibid.*, n. 405).

dro, quien, al caer tal cuerpo en manos del enemigo, fue capturado y estrangulado [35]. De este modo terminó la guerra, a cuyo fin le fue dada a los delatores licencia para denunciar como partidarios de Alejandro prácticamente a todos cuantos gozaban, en razón de su linaje o hacienda, de una posición de preeminencia en Libia. No hubo excep- 4
ción alguna: perecieron unos, perdiendo cuantas riquezas poseyeran *** [36], tras lo cual hubo entrada bajo triunfo en Roma a costa de las desgracias de Cartago. En tal situación se hallaba, pues, Majencio, quien, cuando hubo terminado todo ello, se entregó a una conducta brutal y de absoluta crueldad para Italia y la misma Roma [37].

Constantino, que ya antes albergaba sospechas respec- 15
to a él, con más razón se dedicó entonces a prepararse para hacerle frente por medio de las armas. Recurriendo a aquellos bárbaros que a la sazón mantenía como prisioneros de guerra, a germanos y demás pueblos celtas [38], reclutó contingentes que, unidos a los destacamentos de Britania, llegaban aproximadamente a un total de noventa mil infantes y ocho mil jinetes, marchando seguidamente desde los Alpes a Italia; las ciudades que se entregaban las dejaba intactas, pero derruía las que acudían a las armas.

[35] La confusa descripción ofrecida por Zósimo del combate que acabó con Alejadro ha sido tenida por falsa (cf. n. 32).

[36] Laguna en el texto.

[37] Alusión a las dificultades de Majencio con la población de Roma, dificultades conectadas con los disturbios a los que hace referencia el capítulo 13. Especialmente conflictivas fueron las relaciones de Majencio con el Senado Romano, blanco de la política fiscal adoptada por este monarca (cf. E. GROAG, *op. cit.*, cols. 2454-56).

[38] Con la expresión «germanos y demás pueblos celtas» Zósimo se atiene a la terminología —atestiguada en Flavio Josefo y Casio Dión— por la que «celtas» = «germanos» (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 24).

2 Con fuerzas más considerables se había aprestado, por su parte, Majencio, bajo cuyas órdenes combatían romanos e ítalos en número de unos ochenta mil, cuantos tirrenos habitaban a lo largo de toda la costa, cartagineses que igualmente habían suministrado un ejército de cuarenta mil y además sículos, de manera que el ejército en su conjunto era de ciento setenta mil más dieciocho mil jinetes [39].
3 Tales eran las fuerzas de que disponían uno y otro cuando Majencio tendió un puente sobre el Tíber, puente que no terminó desde la orilla de la ciudad hasta la otra, sino que dividió en dos partes, de suerte que los tramos que completaban cada parte del puente venían a quedar unidos entre sí, a mitad del río, por unos pasadores de hierro, los cuales, en el caso de que se acordase no mantener tendido
4 el puente, eran retirados. Ordenó además a los ingenieros que cuando viesen el ejército de Constantino situado en

[39] Las cifras que da Zósimo para el ejército de Constantino deben referirse no a los contingentes que avanzaban hacia Roma, sino al conjunto de tropas de que disponía dicho monarca; a este respecto *Paneg.* 9 [MYNORS] 3, 3 y 5, 1-2, afirma que las fuerzas expedicionarias de Constantino constituían sólo una cuarta parte de su ejército y eran inferiores a los 40.000 hombres. Tanto la cifra que da Zósimo para las huestes de Majencio como la estimación que de dichas huestes hace *Paneg.* 9, 3, 3 [MYNORS] (100.000 hombres), han de mirarse con reservas (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 24). LACTANCIO, *Muert. pers.* 44, 2, se limita a indicar que las fuerzas de Majencio eran más numerosas que las de Constantino, dato éste admitido por los estudios modernos (véase R. TEJA, *op. cit.*, n. 412). Posiblemente Majencio hubo de reclutar tropa entre la población civil de Italia y Sicilia (los romanos, ítalos, etc., de Zósimo): cf. E. GROAG, *op. cit.*, col. 2473. Constantino inició sus operaciones en primavera del 312; durante su marcha por el norte de Italia halló seria resistencia en Verona (cf. *Paneg.* 4, 25, 1 y 12, 8, 1 [MYNORS]; O. SEECK, *Geschichte...*, cit., I , págs. 122-25; T. D. BARNES, *Constantine...*, cit., págs. 41-42).

la juntura del puente soltasen los pasadores y retirasen el puente, de manera que cayesen al río cuantos se encontrasen en él. Éste fue el ardid que dispuso Majencio.

Constantino avanzó con su ejército hasta Roma, acam- 16
pando en la llanura que hay frente a la ciudad, un lugar abierto y apto para maniobras de caballería. Y Majencio se encerró para efectuar sacrificios a los dioses, informarse por los arúspices sobre la suerte de la guerra e inquirir los libros sibilinos. Como encontró un oráculo que apuntaba a que de manera forzosa había de sucumbir luctuosamente quien hiciese algún daño a los romanos, tuvo la profecía por favorable para sí, ya que él combatía contra quienes marchaban sobre Roma con intención de tomarla.
Pero lo ocurrido después reveló cuál era la verdad de ello. 2
Pues una vez que Majencio sacó sus tropas fuera de Roma y después de haber cruzado el puente que había mandado tender él mismo, una inmensa cantidad de lechuzas se posó en el muro hasta cubrirlo [40]. Constantino, al ver aquello, ordenó a los suyos que formasen. Cuando ambos ejércitos estuvieron uno frente a otro, flanco contra flanco, Constantino lanzó su caballería, que atacó imponiéndose
a la caballería enemiga. Dada seguidamente la señal a la 3
infantería, ésta avanzó también en orden contra el enemigo. Se trabó enconada batalla en la que los mismos habitantes de Roma y los aliados de Italia, deseosos de hallar

[40] La batalla del Puente Milvio tuvo lugar el 28 de octubre del 312, en la orilla derecha del Tíber, a la altura del *Pons Milvius* o *Mulvius*. El terreno presenta aquí abundantes desniveles, por lo cual la caballería no debió de jugar el importante papel que le atribuye Zósimo; se trata además de un paraje situado a varios km. de Roma, de suerte que tampoco Constantino podría ver las lechuzas posadas en su muralla (véase sobre todo esto F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 26).

escapatoria a una amarga tiranía, vacilaron en exponerse, mientras que de los demás soldados un incontable número caía, pateados por los jinetes y liquidados por la infante-
4 ría. En tanto que resistió la caballería, pudo subsistir alguna esperanza para Majencio. Pero cuando los jinetes cedieron, se dio a la fuga con los que quedaron, precipitándose por el puente tendido sobre el río hacia la ciudad. Y como las maderas no pudieron soportar el peso y se quebraron, el mismo Majencio fue arrastrado por el río junto a muchos otros [41].

[41] La táctica de Majencio consistió inicialmente en forzar a Constantino al cerco de Roma; la ciudad, en efecto, estaba bien protegida por la muralla de Aureliano y abundantemente aprovisionada, frente a lo cual el ejército de Constantino, debilitado por los combates en el norte de Italia, no estaba preparado para un asedio en regla. Sin embargo, el plan de Majencio no se llevó a cabo; ello pudo deberse al efecto de creencias supersticiosas (O. Seeck, *Geschichte...*, cit., I, págs. 130-131; F. Paschoud, ed. cit., II, n. 26), pero tambien a lo frágil del apoyo tributado a Majencio por la población romana (así E. Groag, *op. cit.*, col. 2476; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 42; véase al respecto Lactancio, *Muert. pers.* 44, 7). Hubo, pues, un cambio de planes, y esto es lo que explica la noticia acerca del puente de madera: en un primer momento Majencio habría ordenado cortar el puente de piedra existente a fin de reforzar el aislamiento de la ciudad (tal puente, en efecto, aparece cortado en el relieve del arco de Constantino que recrea los acontecimientos); cuando después decide presentar batalla hubo de reemplazar el derruido con otro de madera, como afirma Zósimo, o formado por lanchas (así Eusebio, *h. e.* IX 9, 5; *epit.* 40, 6). A la vista de ello, el detalle referente al ardid de Majencio parece ficticio, y en caso de que no lo sea, su objetivo debía ser no precipitar al enemigo a las aguas, sino impedir la persecución si se produjese una retirada. La traición a que alude Zósimo cuando habla de vacilación por parte de los habitantes de Roma y sus aliados fue probablemente causa importante de la derrota de Majencio, cuya muerte pudo deberse a suicidio; sobre todo ello y sobre las versiones, divergentes en detalle, de esa muerte, véase E. Groag, *op. cit.*, cols. 2479-80.

Anunciada la victoria a los de la ciudad, nadie osaba 17
alegrarse de lo ocurrido por temor a la creencia, que algunos albergaban, de que la noticia fuese falsa. Pero cuando la cabeza de Majencio fue portada sobre una lanza, depusieron el temor y trocaron la desazón en gozo. Tras este 2
resultado, sólo a algunos de entre los más allegados a Majencio impuso castigo Constantino, que disolvió la guardia pretoriana y demolió los fuertes que ésta ocupaba; y una vez ordenada la situación de Roma, marchó contra celtas y gálatas. Llamó a Milán a Licinio y le entregó en matrimonio a su hermana Constancia, a la que ya antes, con el objeto de hacerlo partícipe de su enemistad con Majencio, le había prometido. Concluido este asunto, Constanti- 3
no emprendió el regreso a territorio celta; guerras civiles prendieron mientras entre Licinio y Maximino, y tuvo lugar una enconada batalla en territorio ilirio; al principio Licinio pareció llevar la peor parte, pero pronto vuelve a plantar batalla y pone en fuga a Maximino, quien tras cruzar oriente en dirección a Egipto, donde esperaba reclutar tropas suficientes para la guerra, halla su fin en Tarso [42].

Recayó así el Imperio en Constantino y Licinio, y muy 18
poco tiempo transcurrió hasta que surgieron diferencias entre ambos, sin que Licinio fuese responsable, sino que Cons-

[42] Constantino abandonó Roma en enero del 313 para dirigirse a Milán, donde además de celebrar la boda mencionada por Zósimo, convino con Licinio las disposiciones del llamado «Edicto de Milán». Inmediatamente después estalló la guerra entre Maximino y Licinio. El 30 de abril del 313 Maximino fue vencido cerca de Heraclea, en Tracia; su muerte, en verano del mismo año, se debió a enfermedad (Lactancio, *Muert. pers.* 49, 2-7, es la única fuente que habla de suicidio). Constantino marchó a territorio galo sólo en primavera del 313, tras atisbar el resultado de la guerra en Oriente. Sobre todo esto, consúltese T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 62-65.

tantino, como era habitual en él, no mostró lealtad hacia
lo acordado y pretendió hacerse con algunas provincias que
habían correspondido al cetro de Licinio. Llegados, pues,
a una situación de clara hostilidad mutua, ambos reunie-
ron las fuerzas de que disponían y se encontraron en el
2 campo de batalla. Concentra Licinio su ejército en Cíba-
lis [43]. Ésta es una ciudad de Panonia que yace sobre una
colina. Conduce a la ciudad un estrecho camino, la mayor
parte de cuyas lindes la ocupa un profundo pantano, de
cinco estadios de anchura, mientras que el resto es monte,
siendo parte de éste igualmente aquella colina sobre la que
se yergue la ciudad. A continuación, se abre una amplia
y dilatada llanura por la que se pierde la vista. Allí fue
donde colocó Licinio su ejército, desplegando la línea pro-
pia a lo largo, al pie de la colina, para que los flancos
3 no diesen impresión de debilidad. Constantino, que había
dispuesto su ejército junto al monte, colocó la caballería
al frente. Esto parecía, en efecto, lo más ventajoso en or-
den a evitar que el enemigo cayese sobre la infantería, de
más lento paso, y le impidiese, por lo difícil del terreno,
seguir avanzando. Hecho lo cual, se impuso con rapidez
en el ataque, avanzando, tan pronto fueron dadas las se-
ñales, sobre las fuerzas enemigas; y se trabó la, podría de-
cirse, más recia de las batallas. Pues, agotados los proyec-
tiles por uno y otro bando, se acometieron durante largo

[43] La batalla de Cíbalis (actual Vinkovci, en la antigua Yugoslavia; según O. SEECK, *Geschichte...*, cit., I, pág. 505, el escenario de la batalla no sería propiamente Cíbalis, sino la actual de Vúkovar, unos km. al este de Cíbalis) se produjo el 8 de octubre del 316. La guerra entre Constantino y Licinio tuvo como pretexto una compleja intriga por la que Licinio fue acusado de planear la muerte de Constantino (cf. T. D. BARNES, *Constantine...*, cit., págs. 66-67).

tiempo con las espadas y las lanzas. La batalla, que empe- 4
zó de mañana, se había prolongado hasta la tarde cuando,
puesto en fuga el enemigo, venció el ala derecha, que man-
daba Constantino. Y después de que las unidades de Lici-
nio vieron cómo éste mismo saltaba sobre su caballo y se
disponía a huir, tras tomar algo de comer, desistieron de
mantenerse en sus posiciones. Abandonaron, pues, gana-
do, bestias de carga y demás impedimenta, y cogiendo sólo
el trigo necesario para no pasar hambre aquella noche, a
toda prisa llegan con Licinio a Sirmio [44]. Sirmio es una 5
ciudad de Panonia por uno de cuyos costados fluye el Sa-
vo [45], que desemboca en el Danubio. También junto a ésta
pasó corriendo para, después de soltar el puente tendido
sobre el río, proseguir la marcha, pues planeaba reunir con-
tingentes en las tierras de Tracia.

Constantino, una vez ocupadas Cíbalis, Sirmio y todos 19
los territorios que Licinio dejó tras sí en su huida, envió
tres mil hoplitas para perseguirlo. Éstos, sin embargo, al
no conocer el camino por donde huía Licinio no pudieron
sorprenderlo. Por su parte, Constantino tendió el puente
sobre el Savo, aquel puente que había soltado Licinio, y
se puso con su ejército en marcha tras las huellas de Lici-
nio. Después de cruzar Tracia, se aproxima a una llanura
donde encontró el campamento de Licinio. La noche en 2
que llegó alineó sus fuerzas e instruyó a sus soldados para
que se aprestasen a combatir al amanecer. Al llegar el día,
Licinio vio a Constantino con su ejército, y, a su vez, for-
mó frente a él, contando con la ayuda de Valente, a quien,
tras la caída de Cíbalis, había colocado como césar a su
lado. Cuando los ejércitos se encontraron, recurrieron al

[44] Actual Sremska Mitrovica, en la antigua Yugoslavia.

[45] El actual Sava.

principio, mientras estuvieron separados, a los arcos, acometiendo después, una vez consumidos los proyectiles, con
3 lanzas y armas de mano. Aún se hallaban las legiones reciamente enzarzadas cuando aquellos a quienes había destacado Constantino para perseguir a Licinio se aproximan a las fuerzas en lucha desde un lugar no visible; estimaron que debían girar por una colina para, desde una posición de ventaja, unirse a los suyos cogiendo al enemigo en un círculo. Pero los de Licinio se mantuvieron en guardia y lucharon valerosamente contra todos, produciéndose así innumerables muertos por una y otra parte y quedando incierta la batalla cuando, a una señal convenida, se separaron los ejércitos [46].

20 Habiéndose llegado el día siguiente a un armisticio, ambos acordaron entablar paz y alianza militar; en virtud de ello, Constantino ejercería el mando sobre Iliria y todas las provincias situadas más allá de ésta, Licinio tendría Tracia, el Oriente y los territorios más allá del Oriente, y Valente, al que Licinio había designado césar, sería ejecutado por estimársele responsable de las desgracias sobrevenidas [47].
2 Hecho lo cual e intercambiados juramentos por los que

[46] Esta segunda batalla tendría lugar cerca de Adrianópolis. Frente a lo afirmado por Zósimo, con quien coincide *Anon. Vales.* 17, la numismática indica que Valente había sido nombrado augusto (cf. W. Ensslin, «Valens...», cit., col. 2139). El mismo *Anon. Vales.* 17-18, explica que Licinio y Valente se retiraron para, cuando Constantino se lanzó a perseguirlos, dar un rodeo y situarse a sus espaldas, con lo que le cortaron las líneas de abastecimiemnto (consúltese también Pedro Patricio f. 15 [Müller]).

[47] Sobre el rango de Valente véase n. anterior. De Pedro Patricio f. 15 [Müller], parece deducirse que Constantino exigió sólo su retirada de la vida pública; *epit.* 40, 9, añade que la pena de muerte le fue impuesta por Licinio (cf. W. Ensslin, «Valens...», cit., col. 2139).

una y otra parte se comprometían a observar los términos del tratado, para asegurar una más sólida lealtad al acuerdo Constantino nombra césar a Crispo —a quien había tenido de una concubina, Minervina de nombre, y que había alcanzado la juventud—, y a Constantino —alumbrado no muchos días antes en la ciudad de Arelato—; con ellos es igualmente designado césar Liciniano, el hijo de Licinio, que aún no había cumplido los veinte meses [48]. Tal fue el término de la segunda guerra.

Constantino, enterado de que los sármatas que habita- 21
ban junto al lago Meótide habían atravesado con barcos el Danubio y devastaban los territorios pertenecientes a sus dominios, llevó contra ellos sus legiones. Por su parte, los bárbaros emprendieron camino, con su rey Rausimodo, para salirle al encuentro; al principio se lanzaron los sármatas sobre una ciudad que albergaba suficiente guarnición y cuyas murallas estaban hechas de piedra en la parte que subía de tierra a lo alto, pero en la parte superior eran de madera. Así pues, los sármatas creyeron que tomarían muy 2
fácilmente la ciudad si hacían arder la parte del muro construida en madera, y a tal efecto se dedicaron a aplicar fuego y a lanzar flechas contra los situados sobre la muralla.

[48] Arelato es la actual Arlés. Crispo, Constantino II y Liciniano (a quien *Anon. Vales.* 19, llama Licinio) fueron nombrados césares el 1 de marzo del 317 (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 67-68). La indicación de Zósimo sobre el alumbramiento de Constantino II (confirmada por *epit.* 41, 4) entra en contradicción con la fecha tradicionalmente aceptada para el nacimiento de Constancio II, el 7 de agosto del 317, pues, si dicha fecha se admite, la madre de ambos, Fausta, no pudo alumbrar a Constantino II pocos días antes del 1 de marzo del 317; posiblemente debe retrasarse el nacimiento de Constancio II al 7 de agosto del 318, datación ésta que además es confirmada por *epit.* 42, 17 (véase F. Paschoud, ed. cit., II, n. 30).

Pero como los que se hallaban encima de la muralla, al disparar a los bárbaros piedras y proyectiles desde una posición favorable, estaban acabando con ellos, Constantino pasó al ataque y cayó por la espalda sobre los bárbaros; mató a muchos pero a la mayoría los hizo prisioneros, de
3 suerte que el resto se dio a la fuga. Rausimodo, perdidas la mayor parte de sus fuerzas, subió a los barcos para cruzar de nuevo el Danubio, pensando en volver más adelante para saquear el territorio romano. Al oírlo, se lanza Constantino en su persecución, cruza también él el Danubio y arremete contra los bárbaros, en huida hacia una colina cubierta de espesa arboleda; mató a muchos —entre ellos al mismo Rausimodo— y apresó a otros muchos, tras lo cual aceptó las súplicas que, las manos extendidas, impetraba la masa de los restantes. Y con ingente cantidad de prisioneros se dirigió a la sede imperial [49].

22 A éstos los distribuyó entre las ciudades y, a continuación, se dirigió a Tesalónica, cuyo puerto, que antes no existía, construyó en preparación para una nueva guerra con Licinio. Se dispusieron unos dos mil triacóntoros, y fueron reunidos más de dos mil barcos de transporte, un ejército de ciento veinte mil infantes y diez mil hombres para la flota y para la caballería. Licinio, al oír que Cons-

[49] Zósimo confunde aquí dos incursiones distintas; la primera, en el 322, fue protagonizada por los sármatas, que invadieron la Panonia inferior, territorio de Constantino. Después de que Constantino rechazase esta primera invasión, se produce, en el 323, una segunda invasión en que los godos, encabezados por Rausimodo, devastaron territorios pertenecientes a Licinio, aunque limítrofes con los de Constantino. Éste hizo también frente a la segunda invasión y dio muerte a Rausimodo. Según *Anon. Vales. ibid.*, la segunda intervención de Constantino fue estimada por Licinio ingerencia justificadora de la subsiguiente guerra. Sobre todo esto véase F. Paschoud, ed. cit., II, n. 31; H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 69.

tantino hacía preparativos, envió mensajeros por sus provincias para ordenar que pusiesen a su disposición barcos de guerra y contingentes de infantería y de caballería [50].
A toda prisa enviaron ochenta trirremes los egipcios, el 2
mismo número los fenicios, sesenta los jonios y dorios de Asia, treinta los chipriotas y veinte los carios, treinta los bitinios y cincuenta los libios. De unos ciento cincuenta mil hombres constaba la infantería, la caballería de quince mil, siendo Frigia y Capadocia quienes habían proporcionado esta última. Las naves de Constantino estaban ancladas en el Pireo, en el Helesponto las que eran de Licinio.
De esta manera dispuestas las fuerzas de tierra y mar con 3
que uno y otro contaban, Licinio mantenía sus tropas en Adrianópolis de Tracia [51], mientras que Constantino hizo venir sus barcos, mayoritariamente griegos, del Pireo y, después de avanzar con la infantería desde Tesalónica hasta la orilla del río Hebro, que corre a la izquierda de Adrianópolis, acampó. Licinio, por su parte, desplegó sus fuer- 4
zas a partir de la montaña que domina la ciudad, en una línea de doscientos estadios que llegaba a donde el río Tonzo desemboca en el Hebro [52]; durante muchos días, las legiones permanecieron acampadas frente a frente, hasta que Constantino, tras haber observado el lugar en donde el río alcanza su mayor angostura, ideó lo siguiente: mandó a 5
las tropas que bajaran madera de la montaña, como si tu-

[50] La frase griega traducida por «diez mil hombres para la flota y la caballería» es confusa, pero probablemente Zósimo quiere decir 10.000 hombres para la flota y 10.000 para la caballería.

[51] En la Turquía europea.

[52] El punto en que el Tonzo (actual Tundzah) desemboca en el Hebro (actual Maritsa) se halla próximo a Adrianópolis, por lo que la cifra de 200 estadios (más 35 km.) no puede ser correcta (cf. F. Paschoud, ed. cit., II, n. 32).

viera intención de puentear el río y pasar de esta manera
con su ejército. Y dejando a las fuerzas contrarias pen-
dientes de ello, subió a una colina cubierta de tupida arbo-
leda, capaz de ocultar a quienes se metiesen en ella, y apostó
allí cinco mil arqueros de infantería y ochenta jinetes.
6 Tomó después doce jinetes con los que cruzó el Hebro por
la parte más estrecha, donde el río era franqueable con
mayor facilidad, para caer inopinadamente sobre el enemi-
go, de suerte que algunos sucumbieron, muchos huyeron
en desbandada y los demás, llenos de estupefacción por
lo súbito del percance, permanecieron boquiabiertos ante
7 tan inesperado cruce. Ya en seguridad, hizo atravesar tam-
bién al resto de la caballería, y después a todo el ejército,
produciéndose gran mortandad, pues las bajas fueron unas
treinta y cuatro mil. Al caer la tarde Constantino retiró
sus legiones, mientras que Licinio, tomando cuantos pudo
de los suyos, emprendió el camino a través de Tracia para
unirse a su flota [53].

23 Cuando se hizo de día, todos los del ejército de Licinio
que se encontraban por el monte o en los barrancos, don-
de habían buscado refugio, se entregaron junto a aquellos
que Licinio dejó atrás al huir de Constantino. Y como Li-
cinio hubiese huido a Bizancio, Constantino marcha tras
2 él y cerca Bizancio. Habiendo zarpado su flota del Pireo,
como ya he dicho, para anclar en Macedonia, Constantino
hace llegar a sus almirantes orden de llevar los barcos a
3 la boca del Helesponto. Cuando, conforme a lo ordenado,
llegó la flota, los generales de Constantino decidieron pre-

[53] La batalla tuvo lugar el 3 de julio del 324 (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 76). La descripción hecha por Zósimo, con mucho la fuente más detallada, resulta confusa; especialmente erróneas deben considerarse las cifras de 80 y 12 jinetes.

sentar batalla con sólo ochenta triacóntoros, los que mejor
navegaban, en la idea de que, a causa de su estrechez, el
lugar no se prestaba a gran número de barcos; en cambio
Abanto, el almirante de Licinio [54], navegaba hacia ellos
con doscientos barcos, lleno de desdén por lo escaso de
las naves contrarias y pensando que las rodearía fácilmen-
te. Dadas las señales por ambas partes y cuando ya los 4
timoneles avanzaban unos sobre otros, mientras los almi-
rantes de Licinio se dirigían contra el adversario en orde-
nada navegación, Abanto marchaba al ataque sin concier-
to alguno, con lo que sus naves, al moverse por su gran
número en estrechura, chocaban entre sí y daban al enemi-
go ocasión de hundirlas y causarles toda clase de daños.
Después de que muchos marinos y soldados cayeran al mar,
sobrevino la noche, que puso fin al encuentro. Entonces
los unos atracaron en Eleúnte de Tracia, los otros pusieron
rumbo a Eantio [55].

Al día siguiente, en medio de un fuerte viento del 24
norte, Abanto salió del puerto de Eantio y se dispuso para
el combate. Mas cuando los triacóntoros que habían per-
manecido en la boca del Helesponto llegaron al puerto de
Eleúnte de acuerdo con la orden dada a los generales, Aban-
to se llenó de pavor ante lo numeroso de las naves y co-

[54] *Anon. Vales.* 23, lo llama Amando.

[55] Eleúnte se hallaba en la punta del Quersoneso Tracio (actual Península de Gelibolu). Frente a ella, en la costa asiática, se encontraría Eantio. La batalla naval aquí tratada supuso el desbancamiento del trirreme como tipo usual de barco de guerra y su sustitución por navíos más ligeros y simples al estilo del triacóntoro o el pentecóntoro. Tanto el triacóntoro como el pentecóntoro habían sido empleados con anterioridad al trirreme y desbancados por éste, por lo que su vuelta supuso un paso atrás; la sustitución del trirreme estuvo motivada por razones económicas, no estratégicas (cf. L. Casson, *op. cit.*, pág. 148).

2 menzó a dudar sobre si acometer al adversario. A medio-
día decayó el viento del norte, pero se levantó un violento
sur que, al topar con la flota de Licinio junto a la costa
de Asia, hizo que de los barcos unos encallaran, mientras
que otros los estrelló contra los acantilados y otros los hun-
dió con todos sus hombres; de suerte que perecieron cinco
mil hombres y ciento treinta barcos con todos sus hom-
bres, tratándose precisamente de aquellas embarcaciones
utilizadas por Licinio para enviar parte de su ejército de
Tracia a Asia ante la estrechez en que, a causa de su gran
número, se veían las tropas cercadas con Licinio en Bizan-
3 cio. Huyó Abanto a Asia con cuatro barcos, y por lo que
respecta al combate naval, quedó de esta manera dirimido.
Como llegasen al Helesponto barcos portadores de toda
clase de mercancías, los generales de Constantino se vieron
abastecidos con la mayor abundancia, por lo que partieron
con el conjunto de sus tropas, albergando el propósito de
unirse a los que cercaban Bizancio para envolver también
por mar la ciudad; y las fuerzas de Licinio no resistieron
siquiera la contemplación de los contingentes navales, sino
que embarcaron y partieron a Eleúnte [56].

25 Dedicado ya al asedio, Constantino construyó un terra-
plén de igual altura que la muralla, y sobre el terraplén
erigió unas torres de madera, más altas que la muralla,
desde donde asaltar a los defensores de la muralla, de suerte

[56] Tras el desastre sufrido por la escuadra de Licinio la flota de Constantino llegó efectivamente a Bizancio; pero tal llegada se produjo después de que Licinio, al enterarse de la mengua sufrida por sus barcos, marchase a Calcedón dejando en Bizancio los contingentes menos valiosos (cf. cap. 25); esta pequeña guarnición es la que, a la llegada de la flota de Constantino, decide abandonar la ciudad, aunque no para marchar a Eleúnte, que debía estar ya en manos de los constantinianos (cf. *Anon. Vales.* 25-27).

que pudiese sin temor acercar a la muralla arietes y otros
ingenios de guerra; gracias a ello pensaba tomar la ciudad.
No sabiendo cómo salir del trance, Licinio decidió aban-
donar Bizancio y, al tiempo que dejaba allí lo menos capaz
de su ejército, refugiarse con quienes le eran adictos y ha-
bían dado prueba de serle afectos en Calcedón de Bitinia.
Pues estaba confiado en que podría reclutar en tierras de 2
Asia un ejército con el que volver de nuevo al combate.
Cruzó, pues, a Calcedón, y habiendo hecho partícipe de
su empresa a Martiniano, que era intendente de los servi-
cios de palacio (lo que los romanos llaman *magister offic-
ciorum),* lo nombra césar y lo envía con un ejército a Lámp-
saco para impedir que el enemigo pasase de Tracia al He-
lesponto. Él, por su parte, dispuso sus fuerzas en las coli-
nas y desfiladeros que estaban en los alrededores de
Calcedón [57].

Así estaban las cosas cuando Constantino, que contaba 26
con gran número de barcos tanto de transporte como de
guerra, resuelve ocupar la costa de enfrente por medio de
ellos; pero temiendo que la costa de Bitinia resultase, espe-
cialmente para los barcos de transporte, poco accesible,
manda construir navíos ligeros y rápidos bergantines con
los que remonta hasta el llamado Promontorio Sacro, si-
tuado en la boca del Ponto y distante doscientos estadios
de Calcedón; y tras desembarcar allí a las tropas subió a

[57] Sobre el momento en que Licinio abandonó Bizancio véase n. anterior. Lámpsaco (actual Lapseki, Turquía) estaba en el extremo noroccidental de la Península Anatólica; evidentemente hay una confusión en la frase «lo envía con un ejército a Lámpsaco para impedir que el enemigo pasase de Tracia al Helesponto». Frente al testimonio unánime de las fuentes literarias, la numismática indica que Martiniano fue nombrado augusto (cf. O. Seeck, *Geschichte...*, cit., I, pág. 512).

2 unas colinas desde las que desplegó su frente. Licinio, viendo Bitinia ocupada por el enemigo y sintiéndose acosado por toda suerte de peligros, manda llamar de Lámpsaco a Martiniano y, después de infundir valor a sus soldados y prometerles que él en persona marcharía a la cabeza, aprestó su ejército para combatir, lo sacó de la ciudad y salió al encuentro de los enemigos, que ya estaban prepa-
3 rados. Hubo una recia batalla en los campos entre Calcedón y el Promontorio Sacro, y en ella vencieron ampliamente los partidarios de Constantino, quienes se lanzaron con ímpetu sobre el enemigo causando tal mortandad que de ciento treinta mil apenas treinta mil escaparon. Tan pronto tuvo ello efecto, los habitantes de Bizancio abrieron sus puertas para acoger a Constantino, y también los calcedonios procedieron de la misma manera [58]. Licinio, tras su derrota, marchó a Nicomedia con lo que le quedaba de caballería y con unos pocos miles de infantes.

27 Por aquellas fechas un persa de sangre real llamado Hormisdes se puso al lado del emperador Constantino por el motivo siguiente: su padre, el rey persa, celebraba, de acuerdo con la costumbre de los persas, su aniversario cuando entró Hormisdes llevando consigo abundante caza en el palacio real. Como los invitados al festín le faltaron al respeto al no levantarse según reclamaba el tratamiento que le era debido, lleno de irritación les amenazó con hacerles
2 sufrir la suerte de Marsias [59]. La mayoría, sin embargo,

[58] Según *Anon. Vales.* 27, la batalla se desarrolló en Crisópolis, situada en la zona norte del Bósforo, y en ella murieron 25.000 licinianos, pudiendo huir el resto. La misma fuente explicita que Constantino entró en Bizancio con anterioridad a dicha batalla (véase n. 56). La batalla de Crisópolis tuvo lugar el 18 de septiembre del 324 (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 77).

[59] El sátiro Marsias fue desollado por Apolo.

no conocía esa historia, por no ser de su tierra, pero un persa que había vivido en Frigia y oído la historia de Marsias explicó a los comensales el significado de la amenaza de Hormisdes. Éstos atesoraron en la memoria la amenaza y cuando sobrevino la muerte del padre de Hormisdes, acordándose los persas de la amenaza que les había dirigido eligen rey a su hermano, que era más joven —y ello a pesar de que la ley le concedía la entera soberanía al mayor de los hijos del rey— y en cuanto a Hormisdes, lo cargaron de cadenas y mantuvieron preso en una colina
que se encuentra delante de la ciudad. Cuando pasó algún 3
tiempo, su mujer ideó la siguiente manera de que escapase: deposita una lima de hierro en el vientre de un gran pez que había comprado y, tras coserlo, lo entrega a uno de sus más fieles eunucos con la orden de que le diga a Hormisdes, cuando no haya nadie delante, que coma del pez y use para salvarse de lo que encuentre en el interior de su vientre. Una vez que dispuso esto, envía camellos cargados de vino y comida abundante que ofrece a los guar-
dianes de su marido para que se banqueteen. Mientras los 4
guardias se entregaban al banquete, Hormisdes abrió el pez y encontró la lima; con ella serró las cadenas que trataban sus pies y, tomando el atuendo del eunuco, sale entre los guardias, ya embriagados, para llegar en compañía de uno de sus eunucos junto al rey de Armenia, su amigo y huésped. Puesto a salvo por medio de él, se refugia al lado de Constantino, donde se le colmó de toda clase de honores y pleitesías. Y este asunto lo he expuesto como ocurrió [60].

[60] Hormisdes es un personaje real cuyos servicios al estado romano están bien acreditados (cf. *PLRE I*, pág. 443), pero la historia narrada por Zósimo es, al menos en algunos de sus puntos, claramente legendaria

28 Licinio, como también en Nicomedia se viese asediado por Constantino, perdidas las esperanzas y en la certeza de que no contaba con fuerzas suficientes para el combate, sale de la ciudad y se presenta ante Constantino en actitud de suplicante, haciéndole entrega de la púrpura, llamándole emperador y soberano y pidiéndole perdón por lo come-
2 tido. Pues confiaba en que viviría, ya que su mujer había obtenido juramentos en este sentido de Constantino. Constantino entregó a Martiniano a su guardia para ser ejecutado, y en cuanto a Licinio, lo envió a Tesalónica con objeto de que allí viviese a salvo; mas no mucho tiempo después holla sus juramentos (pues en él eso era algo usual) y le da muerte ahorcándolo [61].

(como también lo son los relatos paralelos de ZONARAS, XIII 5, y JUAN DE ANTIOQUÍA, f. 178 [MÜLLER]). El Hormisdes aquí aludido era hijo del rey persa Hormisdes II (erróneamente llamado Narses por Zonaras y Juan de Antioquía), a cuya muerte, en el 309, el Imperio Persa se vio sacudido por guerras civiles y conflictos sucesorios. Hormisdes II fue sucedido en primer lugar por su hijo mayor Adanarses, a quien tanto ZONARAS, *ibid.*, como JUAN DE ANTIOQUÍA, *ibid.*, prestan la amenaza que Zósimo pone en boca de Hormisdes; JUAN DE ANTIOQUÍA afirma además que Adanarses encarceló a Hormisdes. Adanarses fue destronado al poco tiempo de su elevación, subiendo al trono Sapor II, a la sazón niño de corta edad. Según Juan de Antioquía, fue Licinio quien acogió a Hormisdes, pero en este punto Zósimo se ve confirmado por Zonaras.

[61] Sobre la muerte de Licinio, acaecida en el 325, las fuentes divergen. EUTROPIO, X 6, 1, coincide con Zósimo, pero *Anon. Vales.* 29, afirma que se debió a imperativo de los soldados, irritados al ver que Licinio, tras ser indultado, renovaba sus intrigas políticas, y SÓCRATES, I 4, que Constantino ordenó su ejecución cuando Licinio, habiendo reunido un grupo de bárbaros, se disponía a reparar su derrota; según ZONARAS, XIII 1, Constantino hizo que el Senado de Roma lo condenara. La historiografía moderna no ofrece una explicación unánime (cf. O. SEECK, *Geschichte...*, cit., I, págs. 181-183; T. D. BARNES, *Constantine...*, cit., pág. 214; A. DEMANDT, *Die Spätantike...*, cit., págs. 70-71; H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 79). Respecto a Mariniano, *Anon. Vales. ibid.*, afirma que inicialmente se le perdonó la vida y que su ejecución, acaecida en Capadocia, fue simultánea a la de Licinio.

Cuando todo el poder quedó en manos de Constanti- 29
no, no ocultó éste por más tiempo su natural vileza, sino que dióse a obrar en todo a su placer. Practicaba aún los ritos ancestrales, pero más que por respeto, por utilidad. Por la misma razón prestaba oído a los adivinos, al haber comprobado que, respecto a todas las empresas que coronó con éxito, le habían predicho la verdad. Mas cuando, lleno de la mayor jactancia, llegó a Roma, creyó que había de hacer estreno de su impiedad comenzando por los primeros fundamentos [62]. En efecto, como su hijo Crispo, 2
quien, según ya dije, había sido honrado con la dignidad de césar, incurriese en la sospecha de mantener trato íntimo con Fausta, su madastra, le quitó la vida sin atender para nada a los dictados de la naturaleza. Dado que la madre de Constantino, Helena, se dolía ante tamaña des-

---

[62] Tras vencer definitivamente a Licinio, Constantino entró en Roma el 15 de julio del 326 (T. D. BARNES, *Constantine...*, cit., pág. 221). Situar en ese momento su conversión al cristianismo resulta falaz, debiéndose imputar esta falacia a la intervención distorsionadora de la propaganda anticonstantiniana. Tras la victoria final sobre Licinio, Constantino promulgó una serie de medidas claramente ventajosas para la Iglesia cristiana (véase T. D. BARNES, *ibid.*, págs. 208-212), pero su actitud de favor hacia la Iglesia es anterior a esta fecha e incluso al 312 (año en que tradicionalmente se sitúa su conversión al cristianismo, cf. J. VOGT, *op. cit.*, col. 318). Ya Constancio Cloro, su padre, había aplicado de manera laxa las medidas anticristianas de Diocleciano, haciendo que en la práctica el cristianismo no fuese perseguido a lo largo de sus dominios; desde el primer momento, Constantino adoptó la misma línea de actuación, y en cierto sentido sus posteriores medidas procristianas no son sino pasos adelante en esa política de acercamiento a la religión cristiana (cf. P. A. BARCELÓ, *op. cit.*, págs. 79-83, 91-92).

gracia y llevaba mal la muerte del muchacho, Constantino,
como para consolarla, remedia este mal con un mal ma-
yor. Pues ordenó calentar desmesuradamente un baño en
3 el que sumerge a Fausta hasta sacarla cadáver [63]. Con tales
hechos en la conciencia, además de violaciones de jura-
mentos, se dirige a los sacerdotes, de quienes reclama puri-
ficación de sus faltas. Y cuando le dicen que no conocen
remedio alguno que pueda purificar de semejantes atroci-
dades, un egipcio que, llegado a Roma de Iberia, se había
convertido en persona familiar para las mujeres de pala-
cio [64], aseguró en presencia de Constantino que la doctrina

[63] Las fuentes más próximas a la ejecución de Crispo y Fausta mencionan el episodio sin explicar sus causas (así Aurelio Víctor, 41, 11; *epit.* 41, 11-12; Eutropio, X 6, 3) o lo omiten sin más (así Eusebio, sobre cuya actitud al respecto consúltese H. A. Pohlsander, «Crispus...», cit., pág. 98); en cuanto a las fuentes más alejadas, la versión de Zósimo resulta en principio sospechosa —pues se integra en la teoría forjada por la publicística pagana para explicar la conversión de Constantino al cristianismo, uno de cuyos motivos consistía en atribuir la conversión del Emperador a la promesa cristiana de purificar de todas las faltas (cf. Juliano, *Caes.* 336a-b)—, el resto de los autores no suele entrar en explicaciones, y cuando lo hacen presentan relatos poco creíbles (así Zonaras, XIII 2). Modernamente se ha relacionado la muerte de Crispo y Fausta con la legislación contra el adulterio y la actividad sexual extramatrimonial promulgada por Constantino en el 326, y también se han manejado razones de índole dinástica (Crispo, hijo ilegítimo de Constantino habría entrado en competencia con los hijos legítimos de Constantino, lo que desató la intriga causante de su muerte (cf. P. Guthrie, *op. cit.*, págs. 327-28; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 220-21). Ninguna teoría, antigua o moderna, resulta por completo convincente (consúltese al respecto H. A. Pohlsander, *ibid.*, págs. 99-106), y la razón de ambas ejecuciones, ocurridas entre mayo y julio del 326, sigue siendo desconocida.

[64] El egipcio en cuestión es Osio de Córdoba. Eusebio, *h. e.* VII 10, 4, hace responsable a un mago egipcio de la persecución desatada por Valeriano contra los cristianos: la intervención de un egipcio en la con-

de los cristianos suprimía cualquier yerro y aportaba el men-
saje según el cual los impíos que tomaban parte en ella
quedaban al instante purificados de cualquier falta. Cons- 4
tantino, recibiendo con la mayor complacencia semejantes
palabras, abandonó las creencias ancestrales para acogerse
a lo que le proponía el egipcio; y dio inicio a su impiedad
entrando en desconfianza de la adivinación. Pues como
a través de ella le habían sido predichos muchos venturo-
sos sucesos que habían tenido efecto, temía se diese el caso
de que también a otros, cuando se llegasen para recabar
información hostil a su persona, les fuese predicho el futu-
ro. En tal parecer dedicóse a acabar con esa práctica.
Cuando llegó la fiesta ancestral en que el ejército había 5
de subir al Capitolio para allí ejecutar las prescripciones
tradicionales [65], Constantino participó en la fiesta por te-
mor a los soldados. Pero habiéndole hecho llegar el egip-
cio una aparición que censuraba sin paliativos la ascensión
al Capitolio, se apartó de la sacra ceremonia, con lo cual
suscitó odio por parte del Senado y del pueblo [66].

versión de Constantino puede constituir así una réplica a un motivo usual en los escritos de apología cristiana (cf. Straub, «Konstantin...», cit., pág. 304). Cabe también pensar que el término «egipcio» está utilizado aquí no tanto como indicativo de nacionalidad cuanto como término descalificatorio equivalente a embaucador, pues los egipcios tenían reputación de tales desde antiguo (cf. F. Paschoud, *Cinc études...*, cit., pág. 41; B. Baldwin, «Crime...», cit.). El mismo Eusebio, *h. e.* X 6, 2, testimonia que Osio estaba en contacto con Constantino al menos desde el 313.

[65] H. Funke, *op. cit.*, págs. 146-51, ha mostrado cómo las medidas contra la adivinación respondían, desde Augusto, a razones políticas y no religiosas; tales razones indujeron a Constantino a prohibir ciertos tipos de mántica no en la fecha que el presente capítulo indica, sino en otra muy anterior (319-20 o incluso 313, véase A. Alföldi, *The Conversion...*, cit., págs. 76-77; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 52).

[66] En época tardía, toda visita imperial a Roma debía incluir la ascen-

30 Al no poder soportar los insultos que prácticamente todos le dirigían, se dedicó a buscar una ciudad de igual categoría que Roma con el propósito de erigir en ella una residencia imperial. Y estando entre ⟨Sigeo⟩ de Tróade y la antigua Ilión, halló un lugar apropiado para edificar una ciudad; colocó cimientos y levantó hasta cierta altura una sección de muralla, aquélla en concreto que aún hoy día puede verse cuando se navega hacia el Helesponto. Pero tras cambiar de idea y dejar la obra a medio hacer,
2 se dirigió a Bizancio [67]. Impresionado por la situación de

sión del emperador al Capitolio; por otra parte, el cortejo imperial de dicha época ostentaba siempre carácter triunfal, y los *thriumphi* culminaban con una celebración en el Capitolio (cf. W. Ehlers, *op. cit.*, col. 510; A. Alföldi, «Die Ausgestaltung...», cit., pág. 93). Por ello, la fiesta aquí mencionada pudo celebrarse con ocasión de cualquiera de las visitas de Constantino a Roma. No obstante, el rechazo que comenta Zósimo tuvo lugar no en el 326, sino el 312, con motivo del *thriumphus* que Constantino protagonizó tras su victoria sobre Majencio, pues *Paneg.* 12 [Mynors], compuesto el año 313, conoce el episodio, y a la misma fecha apuntan también las fuentes arqueológicas (cf. Straub, «Konstantine...», cit., págs. 299-311). Por lo demás, el relato que ofrece Zósimo es confuso e inverosímil; véase un intento de explicar dichas insuficiencias en F. Paschoud, *Cinq études...*, cit., págs. 56-62.

[67] Sigeo (o Sige) era el nombre de una ciudad y de un promontorio situados en la Tróade. Tróade es la denominación, con resonancias épicas, del territorio conocido más usualmente como Misia, al noroeste de la Península Anatólica. En realidad las obras embellecedoras de Bizancio comenzaron poco después de la batalla de Crisópolis, acaecida el 18 de septiembre del 324, hallándose Misia con anterioridad a esta fecha en manos de Licinio, por lo que Constantino no pudo realizar ningún intento de fundación en dicho territorio. Los orígenes de esta falsa noticia hay que buscarlos en la propaganda desplegada por Constantino a favor de su nueva capital, a la que se quería hacer partícipe del lustre que otorgaban a Roma sus orígenes mitológicos troyanos (cf. A. Alföldi, «On the Foundation..., cit., pág. 11). Otras noticias hablan de los proyectos de Constantino de fundar una nueva capital en Sardica (actual

la ciudad, resolvió engrandecerla cuanto fuese posible y adecuarla para sede imperial [68]. La ciudad, en efecto, yace sobre una colina, ocupando parte del istmo que hay entre el llamado «Cuerno» y la Propóntide [69]. Antiguamente su puerta estaba entre los arcos que construyó el emperador Severo una vez que depuso su cólera hacia los bizantinos porque éstos habían acogido a su rival Nigro. El muro 3

Sofía), Calcedón e incluso Tesalónica (veáse G. Dagron, *op. cit.*, págs. 29-31).

[68] Las malas relaciones de Constantino con Roma —hecho éste en que Constantino no está aislado: los habitantes de Roma también fueron hostiles a Galerio (cf. n. 28) y Majencio (cf. caps. 14, 3, 16, 3 y 17, 1), y, en términos generales, las relaciones con la población romana constituyeron una cuestión problemática para todos los emperadores de época tardía— no se iniciaron en la fecha que indica Zósimo, sino antes (consúltese A. Alföldi, *The Conversion...*, cit., págs. 66-81). Por otra parte, las obras embellecedoras de Bizancio tampoco comenzaron en la fecha que da a entender Zósimo (esto es, después de la última visita del Emperador a Roma, en julio del 326, cuando Constantino celebró en dicha ciudad sus *vicennalia*), sino en noviembre del 324, después de la batalla de Crisópolis (Temistio, *Or. IV* 58b; el dato está además confirmado por la numismática, véase A. Alföldi, «On the Foundation...», cit., pág. 11). De ello, sin embargo, no se deduce que Constantino hubiese decidido ya en el 324 hacer de Bizancio la nueva capital del Imperio: Milán, Sirmio o Nicomedia fueron, desde el siglo iii, sedes imperiales, objeto de importantes programas urbanísticos y focos de actividad política y administrativa sin que por ello viniesen a sustiuir a Roma (y, en este sentido, otorgar a una ciudad el nombre del emperador no constituye ningún dato esencial: piénsese en Trajanópolis o Adrianópolis). Sólo para el año 328-330 evidencian con claridad las fuentes literarias y numismaticas la determinación de establecer en Bizancio una nueva capital (cf. A. Alföldi, *The conversion...*, cit., págs. 103-104).

[69] Constantinopla está situada no exactamente en un istmo, sino en un saliente de la costa europea al sur del Bósforo, saliente que separa la Propóntide de un golfo largo y estrecho llamado «Cuerno de Oro» o simplemente «Cuerno».

bajaba a lo largo de la colina desde su parte occidental hasta el templo de Afrodita, en la colina de enfrente de Crisópolis [70], y, de manera similar, descendía desde el lado norte de la colina hasta el puerto que llaman «Arsenal» y, más allá, hasta el litoral que yace justamente frente a la porción de mar por la que se sube al Ponto Euxino. Este estrecho tiene, hasta el Ponto, una longitud de tres-
4 cientos estadios [71]. Tales eran, pues, las dimensiones de la ciudad. En ella, tras construir donde antiguamente estaba la puerta un foso circular al que rodeó con pórticos de doble piso, edificó dos muy amplios pasajes abovedados de mármol de Proconeso, enfrente el uno del otro, por donde se podía entrar en los arcos de Severo y salir de la ciudad vieja. Y en su afán de hacer la ciudad mucho mayor, la ciñó con murallas que, quince estadios más allá de las antiguas murallas, abarcaban todo el istmo de mar a mar [72].

31 Una vez que, de esta manera, la hizo mucho más amplia de lo que era antes, construyó también un palacio imperial apenas inferior al de Roma. Se ocupó igualmente de adornar el hipódromo con todo lujo de detalles, incorporándole el templo de los Dioscuros, cuyas estatuas pueden verse aún hoy día situadas sobre los soportales del hipódromo. Colocó también en una parte del hipódromo el trípode del Apolo de Delfos, trípode que porta consigo
2 la imagen misma de Apolo [73]. En el extremo de uno de

[70] Crisópolis, cuyos restos no han sobrevivido, era un simple punto de embarque para la travesía del Bósforo.

[71] Unos 53 km.; de hecho su longitud es de aproximadamente 31 km.

[72] Sobre los factores económicos, políticos y estratégicos que favorecieron la capitalidad de Bizancio véase el dossier elaborado recientemente por B. Coulie, *op. cit*.

[73] La noticia sobre el trípode es cierta, pero cuando éste figuraba

los cuatro pórticos integrados en un inmenso foro existente en Bizancio [74], pórtico del que se desciende por medio de un no pequeño número de peldaños, erigió dos templos donde albergar imágenes; en uno de ellos colocó una de Rea, madre de los dioses, en concreto, aquella que instalaron los compañeros de Jasón sobre el Díndimo, el monte que se cierne sobre la ciudad de Cícico [75] (dicen que, en su falta de consideración hacia los dioses, llegó a mutilar la estatua, arrebatándole los leones que había a uno y otro
lado y variando la posición de las manos: pues si antes 3
parecía asir los leones, ahora ha cambiado su aspecto por el de una orante que mira solícitamente la ciudad); en el otro extremo puso una Fortuna de Roma [76]. Construyó casas para algunos de los senadores que lo habían acompañado y continuó sin librar guerra alguna con éxito. Cuando los taifalos, pueblo de raza escita, atacaron con qui-

en Delfos no portaba ninguna estatua (cf. L. Mendelssohn, *op. cit., ad loc.*).

[74] El Tetrástoon.

[75] Según la leyenda, los Argonautas fueron hospitalariamente recibidos por los doliones, cuyo rey se llamaba Cícico. La noche que partieron de allí se levantó un viento contrario que antes del alba y sin que ellos mismos se percataran, los llevó de nuevo al país de los doliones. Esta vez la población los tomó por piratas, con lo cual se entabló una enconada batalla interrumpida sólo al amanecer, cuando ambas partes se dieron cuenta de su error. Después de tres días de lamentaciones y juegos fúnebres en honor de los muertos, entre los cuales se contaba el mismo rey Cícico, los Argonautas partieron, pero como una tempestad les impedía hacerse a la mar, antes de embarcar erigieron en la cumbre del monte Díndimo una estatua en honor a Rea-Cibeles: cf. P. Grimal, *op. cit.*, págs. 47-48.

[76] Rea, asimilada a la Cibeles del Díndimo, era diosa protectora de Bizancio. La comparación con otras fuentes sugiere que ambas imágenes estaban colocadas no exactamente en templos, sino en hornacinas o exedras situadas en las extremidades del pórtico. Sobre todo esto véase G. Dagron, *op. cit.*, págs. 43-45, 373-74.

nientos jinetes, no sólo no les hizo frente sino que, tras perder la mayor parte de sus fuerzas y ver cómo las devastaciones del enemigo llegaban hasta su empalizada, se contentó con huir y salvar la vida.

32 Alejado de la guerra y entregado a una vida de molicie [77], se dedicó a realizar repartos de comida entre el pueblo de Bizancio, repartos de los que éste ha continuado beneficiándose hasta hoy día. Gastó los recursos estatales en numerosos edificios carentes de utilidad que, a causa de las prisas, no resultaron sólidos y se desmoronaron poco después. También llevó confusión a las instituciones es-
2 tablecidas de antiguo. Había, en efecto, dos prefectos del pretorio que ejercían colegiadamente el poder y a cuyo cuidado y autoridad estaban encomendadas no sólo las tropas destacadas en la corte, sino también las que tenían a su cargo la protección de la ciudad y las estacionadas en todas las fronteras. Pues la prefectura del pretorio, tenida tras la persona imperial por segundo poder, llevaba a cabo

[77] Afirmación falsa. Desde el 328 Constantino emprendió una serie de acciones destinadas a robustecer la línea fronteriza que se extendía a lo largo del Danubio inferior. El afianzamiento de la frontera bajodanubiana incluyó la guerra gótica del 332, en la que Constantino II cruzó el Danubio y venció a los godos; el tratado con que finalizó dicha guerra otorgaba a los godos la condición de *foederati*. Con motivo de dicha guerra se produjo el incidente con los taifalos —germanos asentados en Oltenia y aliados a los godos— confusamente aludido al final del cap. 31: posiblemente los taifalos libraron, antes de retirarse, un victorioso combate, lo que no les salvó de ser finalmente derrotados con sus aliados godos. Los prisioneros taifalos fueron establecidos en territorio frigio (consúltese E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 66-72; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 70-71). Por otra parte, poco antes de morir Constantino se disponía a guerrear contra los persas (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 258-59). La acusación de molicie es motivo frecuente en la propaganda anticonstantiniana (cf. Juliano, *Caes.* 329a; 336a).

los repartos de alimento y enmendaba, mediante las oportunas sanciones, las faltas cometidas contra la institución militar [78].

Constantino revolvió unos fundamentos sabiamente 33
establecidos al dividir en cuatro cargos el que era uno. Pues confió a un prefecto todo el Egipto hasta la Pentápolis de Libia [79], el Oriente hasta Mesopotamia y además Cilicia, Capadocia, el territorio de los armenios, la costa toda de Panfilia hasta Trapezunte y las guarniciones junto al Fasis; al mismo hizo entrega, además, de Tracia, delimitada por Mesia hasta Asemo [80] y por Ródope hasta Topero [81], así como de Chipre y las islas Cícladas con excepción de Lemnos, Imbros y Samotracia. A otro encomendó 2
el territorio de Macedonia, Tesalia y Creta, Grecia y las islas de su entorno y ambos Epiros, además, el territorio de ilirios, dacios y tribalos [82], el de los panonios hasta Va-

[78] El mando sobre las cohortes urbanas («las tropas que tenían a su cargo la protección de la ciudad»), no correspodía al prefecto del pretorio, sino al *praefectus urbi* (detalles al respecto en W. Ensslin, «Praefectus...», cit., col. 2410). Igualmente errónea es la afirmación de que al prefecto del pretorio competía el mando sobre las fuerzas fronterizas y el ejercicio de la jurisdicción militar: si ocasionalmente hubo prefectos que detentaron importantes responsabilidades militares tanto en lo estratégico como en lo judicial ello se explica por el carácter secretarial, auxiliar del cargo respecto a la persona del Emperador, quien accidentalmente podía delegar en el prefecto atribuciones que *de iure* no correspondían a la prefectura.

[79] Esto es, Libia II o Superior.

[80] El Asemo (actual Ossem) es un río que se une al Danubio en un lugar llamado Anasemo (actual Ossem-Kalessi, Bulgaria); posiblemente Zósimo se refiere a este último.

[81] Topero o Topiro es el nombre de una ciudad situada al este de la Península Calcídica.

[82] «Tribalos» es el nombre de un antiguo pueblo ilirio o vecino a Iliria. La expresión «el territorio de los ilirios, dacios y tribalos» parece

leria[83] y también la Mesia Superior. Al tercero, toda Ita-
lia, Sicilia y las islas de su entorno, así como Cerdeña,
Córcega y la parte de Libia que va desde las Sirtes hasta
la Cesariense[84], y al cuarto, la Galia Transalpina e Iberia
3 junto con la isla de Britania. Cuando hubo dividido de
esta manera la prefectura del pretorio, se aplicó a menos-
cabarla por otros medios. Pues si todas las tropas tenían
sobre sí no sólo a centuriones y tribunos, sino también
a los llamados *duces*, que desempeñan en las distintas guar-
niciones la función de general, al instituir el cargo de co-
mandante de caballería y comandante de infantería[85] y tras-
ladar a dicho cargo la potestad de formar tropa y castigar
las faltas, arrebató también esta prerrogativa a los prefec-
4 tos. Cuál fue el daño que con ello infligió tanto a la admi-
nistración en tiempos de paz como a la conducción de la
guerra, lo expondré a continuación: los prefectos, puesto
que eran quienes efectuaban a través de sus subalternos
la recaudación tributaria en todo el territorio y quienes ex-
traían los presupuestos militares de esa recaudación, tenían
a los soldados en sus manos, en tanto que éstos habían
de someterse a la apreciación que el prefecto hiciese de

aludir de manera arcaizante a las provincias de Prevalitania, Dardania y Dalmacia.

[83] Valeria es el nombre de una provincia creada por Diocleciano que ocupaba el rectángulo nororiental de Panonia.

[84] «Sirtes» es el nombre dado en la Antigüedad a la zona de aguas poco profundas que se extiende a lo largo de la costa norte africana desde, aproximadamente, Cartago hasta Cirene. Se distiguía entre una *Syrtis maior* (actual Golfo de Sidra) y *minor* (actual Golfo de Gabes). La Cesariense es la Mauritania Cesariense, límite, en efecto, de la diócesis de África, pues la Mauritania Tingitana pertenecía a la diócesis de Hispania.

[85] *Magister equitum* y *magister peditum*.

sus faltas; en razón de los cual, y como es lógico, los sol-
dados, teniendo presente que quien los proveía de víveres
se encargaba también de salir al paso de cualquier rebel-
día, no se atrevían a hacer nada que fuese contra sus debe-
res, y ello por temor tanto a que se les cortase el aprovisio-
namiento como al castigo inmediato. Pero ahora, al ser 5
uno el que reparte los víveres y otro el encargado de enten-
der las faltas, obran en todo según su voluntad, además
de que el avituallamiento, en su mayor parte, va a parar
en ganancia para el general y sus subalternos[86].

Otra cosa llevó a efecto Constantino que facilitó a los 34
bárbaros la penetración en el territorio sometido a los ro-
manos. Puesto que, gracias a la previsión de Diocleciano,

[86] La transformación de la prefectura del pretorio bajo Constantino sigue las dos líneas maestras (desmilitarización y regionalización) a que se ciñe la exposición de Zósimo; el texto, no obstante, contiene numerosos errores debidos en parte a la hostilidad hacia Constantino que domina su exposición. En realidad, los factores decisivos de la desmilitarización fueron la creación de los *magistri militum*, que acapararon las delegaciones militares, y la regionalización misma de la prefectura del pretorio, que al separar al prefecto de la persona del emperador impidió la cesión a aquél de responsabilidades bélicas. La regionalización fue un proceso complejo, nacido quizás del juego de las circunstancias (pudo desempeñar un papel importante la conveniencia de colocar junto a los hijos de Constantino —quienes, jovenes e inexpertos, habían sido nombrados césares adscritos a determinadas secciones territoriales del Imperio— personas avezadas en tareas de gobierno), quizás de un designio consciente (W. Ensslin, «Praefectus...», cit., col. 2428 subraya que Constantino nombró un prefecto para África, donde no residía ningún césar). En todo caso, Zósimo induce a error cuando afirma que las prefecturas del pretorio fueron cuatro a partir de Constantino: esta situación, descrita en la *Notitia Dignitatum* (cf. W. Ensslin, *ibid.*, col. 2439), se alcanzó de forma estable sólo tras la muerte de Teodosio; bajo Constantino hubo cinco prefectos del pretorio en el 331 y el 337, y bajo sus hijos los mismos fueron 3 ó 4 (cf. A. Chastagnol, *op. cit.*, págs. 249-51).

las fronteras del Imperio estaban por doquier jalonadas,
de la forma que ya he expuesto, por ciudades, fortalezas
y recintos amurallados en los que tenían casa todos los
componentes del ejército, a los bárbaros les resultaba im-
posible penetrar, ya que en cualquier punto se les enfrenta-
2 ban fuerzas capaces de rechazar el ataque. Pues bien, tam-
bién con esta salvaguarda acabó Constantino cuando quitó
de las fronteras la mayor parte de las tropas para estable-
cerlas en las ciudades, que no necesitaban protección; con
ello privó de amparo a quienes se veían agobiados por la
presión de los bárbaros, cargó aquellas ciudades que vi-
vían tranquilas con los perjuicios que acarrea la presencia
de los soldados —por lo cual la mayor parte de ellas ha
quedado desierta—, enervó a la tropa, entregada a los es-
pectáculos y a la molicie, y, en una palabra, puso los ci-
mientos y plantó la simiente de la ruina que hasta hoy se
prolonga en los asuntos públicos [87].

[87] La idea según la cual las reformas militares de Constantino se movieron en dirección inversa a las de Diocleciano ha sido aceptada por una parte de la crítica moderna, pero acogida con reservas por otra; para este último sector Constantino no hizo sino profundizar en las reformas de Diocleciano (véanse las referencias que ofrecen W. Seston, *op. cit.*, pág. 284, y F. Paschoud, ed. cit., II, n. 47). Zósimo no especifica que la debilitación de los contingentes fronterizos tuvo como contrapartida el robustecimiento del ejército *comitatensis* (ejército móvil que tenía guarnición en las ciudades), que pasa a ser el elemento militar más importante; su vinculación a la persona del emperador llega hasta el punto de que en gran medida funciona como fuerza propia del monarca y al servicio de éste y su dinastía. Debe precisarse que la reforma de Constantino brotó más de circunstancias coyunturales (necesidad de contar, ante las guerras civiles desencadenadas a partir del 312, con grandes ejércitos particulares acrecentados por tropas retiradas de las fronteras) que de la ejecución de directrices previamente planeadas. La ruina de las ciudades constituye uno de los motivos usualmente esgrimidos por Zósimo cuando habla de la decadencia del Imperio (cf. I 3, 1; II 38, 4; IV 59, 3).

Habiendo ya nombrado césar a su hijo Constantino, 35
una vez que junto a éste designó también a sus hijos Cons-
tancio y Constante [88], engrandeció Constantinopla hasta
las dimensiones de ciudad sumamente amplia, de suerte
que sus sucesores, la mayoría de los cuales la eligieron tam-
bién por residencia, llegaron a aglomerar una excesiva mu-
chedumbre, al congregarse en ella, por razón de servicio
militar, comercio u otra actividad, hombres de toda la tie-
rra. La ciñeron por tal razón con nuevas murallas, mucho 2
mayores que las que hizo Constantino, y permitieron que
las casas estuvieran tan apiladas que sus habitantes, ya
permanezcan en sus residencias, ya estén en la calle, viven
en angostura y se desplazan con riesgo, por la gran canti-
dad de hombres y animales. Asimismo, fue desecada una
porción no pequeña de mar que hay a su alrededor, donde
se hincaron en círculo pontones sobre los que fueron le-
vantados habitáculos que ya de por sí bastarían para llenar
una gran ciudad.

Muchas veces me he admirado de cómo, aunque la 36
ciudad de los bizantinos se ha elevado a tanta altura que
ninguna otra puede parangonársele en prosperidad o ex-
tensión, ninguna profecía le haya sido dada a nuestros an-
tepasados acerca de su encumbramiento a una suerte me-
jor. Con este pensamiento fijo desde antiguo, recorrí mu- 2
chos libros históricos y colecciones de oráculos y, perplejo
ante el asunto, invertí tiempo en ello hasta que por fin
di con cierto oráculo atribuido a la Sibila de Eritras [89] o
a Faenó de Epiro (pues también de ésta se dice que emitió

[88] El 1 de marzo del 317, 8 de noviembre del 324 y 25 de diciembre del 333 (cf. n. 48 y *PLRE. I*, págs. 226 y 220).

[89] Actual Ildiri, Turquía.

oráculos en trance) [90], en el que, cuentan, creyó Nicomedes, hijo de Prusias, interpretándolo, bajo el consejo de Átalo, en el sentido de que le sería favorable levantar guerra contra su padre Prusias [91]. Dice así el vaticinio:

37 *La ciudad dejarás, rey de los tracios* [92], *y entre reses*
gran león [93], *de uñas curvas, terrible, criarás,*

[90] PAUSANIAS, X 13, 10, y 15, 2, habla de una Faenis, hija del rey de los Caones (una de las tres grandes tribus de Epiro) que nació en torno al año 281 a. C. y predijo la invasión celta de Asia Menor. Del mismo Pausanias se deduce que en el siglo II d. C. circulaba una colección de los oráculos de Faenis (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 40; H. W. PARKE, *op. cit.*, págs. 441-42).

[91] Zósimo alude al enfrentamiento de Nicomedes I, rey de Bitinia, con su padre Prusias II, que le precedió en el trono y a quien Nicomedes derrotó hacia el 149 con ayuda de Átalo II de Pérgamo (cf. E. WILL, *op. cit.*, II pág. 324). Pero, en realidad, el oráculo reproducido resulta de la contaminación de otros oráculos no relacionados con este suceso: los catorce primeros versos se refieren al dado a un nuevo soberano de Bitinia, Nicomedes I, a quien previene para que no se alíe con los celtas (alianza que no obstante se produjo, invadiendo los celtas Asia Menor en el 277: cf. E. WILL, *op. cit.*, I, 123-24). Las particularidades formales indican que este primer oráculo fue dado por la Sibila o por Apolo; si se acepta la última posibilidad, el Apolo en cuestión debe ser el del santuario de Calcedón, designado bajo la advocación de «Oracular»; puesto que atribuye un breve reinado a Nicomedes I, quien sin embargo reinó unos treinta años, debe ser contemporáneo a la penetración celta en Asia: puede, pues, suponerse que fue emitido en Calcedón tan pronto los primeros destacamentos celtas pusieron pie en Asia y con el propósito de hacer desistir a Nicomedes de su alianza con éstos. Los siete últimos versos reproducen las palabras que dirigió Apolo de Calcedón a los calcedonios cuando éstos le interrogaron con motivo de una situación de peligro, quizás la invasión celta. Sobre todo esto véase F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 49, y H. W. PARKE, *op. cit.*.

[92] Nicomedes I es llamado rey de los tracios porque para los griegos y desde el siglo V los bitinios eran tracios de Asia.

[93] Alusión a Leonorio o Lonorio, uno de los caudillos celtas.

que un día los tesoros habrá de arrebatar del suelo patrio
y hará suya esta tierra sin esfuerzo. Y digo que tú no
te has de ufanar por mucho con honores de cetro,
mas del trono caerás, pues a un lado y al otro tienes perros.
A un lobo [94] *dormido, de uñas curvas, terrible, pondrás en*
[movimiento.
Y uncirá, aún a quien no lo quiera, penoso yugo al cuello.
Entonces, sí, lobos habitarán la tierra de bitinios
por designio de Zeus. Y pronto el imperio va a tocar
a los hombres que pueblan el suelo de Bizante [95].
Tres veces feliz Helesponto, por dioses fabricados muros de
[hombres,
*** [96] *por divinos dictados*
a quien de espanto un lobo colmará, un lobo de desdicha,
[en razón de imperioso destino.
Así, a los que de mí saben porque habitan mi templo
no ocultaré por más del padre los proyectos, sino que
[mostraré
de inmortal vaticinio a los mortales el certero cantar.

[94] Alusión a otro caudillo celta, Lutario o Luturio (cf. el griego *lýcos* 'lobo').

[95] Bizante es el fundador mítico de Bizancio. Zósimo entiende que hay aquí una alusión a la futura capitalidad de esta ciudad; en realidad, la alusión va dirigida a los celtas, que no llegaron a ocupar Bizancio, pero sí la sitiaron y se establecieron en sus territorios (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 50).

[96] Laguna en el texto. Los muros de la mítica Ilión habían sido construidos por Posidón y Apolo. La leyenda fue transferida posteriormente a Bizancio (cf. P. GRIMAL, *op. cit.*, pág. 71; G. DAGRON, *op. cit.*, pág. 369), y posiblemente Zósimo vea aquí una alusión a Bizancio; no obstante, en el oráculo original la referencia debió ir dirigida a la ciudad de Ilión, que sufrió la amenaza celta pero no llegó a ser ocupada (cf. H. W. PARKE, *op. cit.*, pág. 442).

Preñada se halla Tracia de gran calamidad, y es el parto ya
[próximo,
una serpiente niño que ⟨, en su tiempo,⟩ también a esta
[⟨comarca⟩ daño habrá de traer.
Avanza por los lados de la tierra feroz llaga,
y, trás hincharse mucho, súbitamente rota, su sangre
[correrá.

2 Este vaticinio, lleno como está de sobreentendidos y entre enigmas, lo dice prácticamente todo: los males que sobrevendrán a los bitinios a causa de los pesados impuestos que les serán prescritos en un tiempo posterior y cómo «pronto el imperio va a tocar a los hombres que habitan el suelo de Bizante». En lo tocante a que suceda lo que se anuncia después de un no breve tiempo, no lo tome nadie en el sentido de que la profecía se refiere a ninguna otra cosa. Porque para la divinidad, que siempre existe y existirá, cualquier tiempo es breve. Todo ello lo interpreté, pues, a partir de las palabras del oráculo y de los sucesos acaecidos. Y si alguien piensa que el oráculo tiene otro sentido, es libre de pensar así.

38 Una vez que llevó a cabo todas estas cosas, siguió Constantino derrochando los impuestos en obsequios que no estaban justificados, sino que se dirigían a gente inmerecedora de ellos e inútil, con lo cual resultaba gravoso a los contribuyentes y enriquecía a hombres incapaces de prestar servicio alguno. Pues para él la prodigalidad era
2 motivo de honra. Fue él, asimismo, quien impuso el pago de oro y plata a todos cuantos se ocupaban del comercio en cualquier lugar de la tierra y presentaban a la venta en las ciudades cualquier tipo de objeto, incluidos hasta los más pobres y sin dejar fuera de esta contribución ni siquiera a las desgraciadas meretrices; de suerte que cuan-

do se aproximaba el cumplimiento de los cuatro años a cuyo término había que aportar este impuesto, podían verse por todas las ciudades duelos y lamentos y, cuando se cumplía, azotes y torturas aplicados a los cuerpos de quienes a causa de su extrema pobreza no podían sobrellevar
una multa. Las madres llegaron a vender a sus hijos, y los 3
padres a conducir a sus hijas al prostíbulo, compelidos a valerse del trabajo de éstas para aportar dinero a los recaudadores del crisárguiro [97]. Con la intención de urdir algún daño a las gentes de linaje claro [98], se dedicó a llamar a cada uno de ellos a la dignidad pretoriana, y bajo el pretexto de tal honor les exigía una considerable cantidad

[97] El crisárguiro fue introducido hacia el año 312-14 y abolido en el 498; dirigido a financiar los obsequios entregados a la tropa en ocasiones extraordinarias (fundamentalemnte elevación de un nuevo emperador o celebración de aniversarios), se pagaba, según el nombre indica, en oro o plata y cada lustro; no obstante el lustro podía contarse inclusivamente, esto es, fijando su término al comienzo del quinto año, y por otra parte circunstancias como la existencia de más de un emperador hacían que en la práctica su tributación fuese bastante más frecuente que quinquenal (cf. O. Seeck, «Collatio lustralis...», cit., cols. 370-76).

[98] La expresión «gentes de linaje claro» así como el adjetivo «clarísimo», que aparece más abajo, intentan traducir los términos griegos utilizados para verter el título latino de *clarissimus*, aplicado a los miembros del orden senatorial romano. El impuesto sobre la pretura —magistratura romana cuyo desempeño permitía acceder a la Asamblea del Senado de Roma— fue introducida en el 315; en Roma, y salvo excepciones, el cargo estaba reservado a las familias más ricas, pues hasta el 336 parece que sólo hubo dos pretores (la pretura existía tambien en Constantinopla, pero allí su papel era distinto). Una de las tareas esenciales del pretor era la organización y presidencia de los juegos que eran celebrados con motivo de su entrada en el cargo; Constantino fijó una suma mínima, acumulada al gasto exigido por la realización de los espectáculos, en concepto de cantidad que el nuevo pretor debía distribuir entre espectadores y amigos (cf. A. Chastagnol, *op. cit.*, págs. 213-31).

4 de dinero. Se podía ver entonces cómo los residentes en las ciudades que habían sido señalados a tal efecto huían todos y se exiliaban a otro país, temerosos de alcanzar esa dignidad al precio de su hacienda. Censó las haciendas de los clarísimos y las gravó con una contribución a la que él mismo puso el nombre de *follis*. Con tales impuestos dejó exhaustas a las ciudades. Pues al mantenerse esta exigencia, incluso después de la muerte de Constantino, durante largo tiempo, agotado en breve el dinero de las ciudades, quedaron la mayoría de ellas desiertas de habitantes [99].

39 Tras los daños que con todas estas disposiciones infligió al Estado, murió Constantino de enfermedad [100]. Recibieron el Imperio sus tres hijos (vieron éstos luz no de Fausta, la hija de Maximiano Hercúleo, sino de otra a la que, tachándola de adúltera, había dado muerte [101]), quienes se ocuparon del gobierno atendiendo más a las inclinaciones

[99] El *follis* era un impuesto anual que gravaba a los *clarissimi*; introducido en Roma inmediatamente después de la batalla del Puente Milvio (los senadores de Constantinopla debieron aportarlo desde, al menos, el 359, véase A. Chastagnol, *op. cit.*, págs. 267-69), su montante venía determinado por la extensión y el valor de las tierras poseídas, a cuyo respecto los senadores se agrupaban en tres grados tributarios (Trajano añadió un cuarto): cf. O. Seeck, «Collatio lustralis...», cit., cols. 365-67. Acerca del motivo referente a la ruina de las ciudades véase n. 87 (no obstante, según T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 267, Constantino desplazó buena parte de las cargas tributarias desde el campo a las ciudades).

[100] En Nicomedia el 22 de mayo del 337 (cf. *PLRE I*, pág. 224; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 260-61). Según Filostorgio, 2, 16, Cedreno, pág. 520 [Bonn], y Zonaras, XIII 4, murió envenenado (cf. F. Paschoud, ed. cit., II, n. 52; véase también n. 106).

[101] Error de Zósimo: los tres eran hijos de Fausta (cf. P. Guthrie, *op. cit.*, págs. 329-31).

de la juventud que al bien público. Pues, en primer lugar, 2 se repartieron las provincias: a Constantino, el mayor, y a Constante, el más joven, correspondió el dominio de todas las provincias transalpinas, así como de Italia e Iliria, y además de los territorios en torno al Ponto Euxino y de la parte de Libia dependiente de Cartago [102]; y a Constancio les fueron entregadas las provincias de alrededor de Asia, el Oriente y Egipto [103]. Con ellos compartían el poder de alguna manera Dalmacio, elevado a césar por Constantino, y también Constancio, hermano de éste, y Anibaliano, todos los cuales disponían de atuendos teñidos de púrpura y guarnecidos de oro, por haber obtenido del mismo Constantino en consideración a su parentesco el título de «nobilísimo» [104].

[102] Esto es, la diócesis de África.

[103] La división territorial aquí expuesta parece ser fruto del acuerdo alcanzado por los tres hijos de Constantino. Éstos fueron proclamados augustos únicos el 9 de septiembre del 337, y en una reunión celebrada quizás pocos días antes en un punto indeterminado de Panonia (cf. T. D. Barnes, «Imperial Chronology...», cit.), quizás en *Viminacium* (actual Kostolac) unos meses después (opinión tradicional, véanse las referencias que ofrecen Moreau, col. 179, y A. Demandt, *Die Spätantike...*, cit., pág. 82) procedieron al reparto en cuestión. Constante gobernaba bajo la tutela de su hermano mayor Constantino II, quien además ostentaba cierta preminencia plasmada en el derecho a portar el título de *MAXIMUS*.

[104] Según el testamento de Constantino, Constantino II (llamado a ejercer sobre los otros césares un papel predominante), gobernaría Britania, Galia e Hispania; Constante, Italia y Panonia; Dalmacio (o mejor Delmacio; llevaba el mismo nombre que su padre, el cual era hijo de Constancio I y Teodora y hermanastro, pues, de Constantino: cf. *PLRE I*, 241), Mesia y Tracia; y Constancio II los dominios orientales y Egipto (cf. T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., págs. 251-52; J. Arce, *Constantius II...*, cit., pág. 229; las fuentes que tratan este reparto no mencionan África); Anibaliano (hermano de Delmacio el Joven y casado con Constantina, hija de Constantino I: cf. *PLRE I*, pág. 407) recibía los títulos

40 Pero cuando el poder había sido repartido de esta manera entre todos ellos, Constancio, como si se esforzase intencionadamente por no quedar detrás de su padre en impiedad, quiso empezar por la raíz misma para ofrecer a todos muestra de viril carácter, virtiendo sangre herma-
2 na. Primero llevó a término, por medio de los soldados, la muerte de Constancio, hermano de su padre; a continuación urdió también para el césar Dalmacio el mismo plan, disponiendo que con él fuese asimismo suprimido Optato, que había recibido de Constantino la dignidad de patricio, distinción que este monarca fue el primero en concebir y para los honrados por la cual decretó precedencia
3 de asiento respecto a los prefectos del pretorio [105]. Fue muerto a continuación el prefecto del pretorio Ablabio —Justicia le impuso el castigo que merecía por haber planeado la muerte del filósofo Sópatro llevado de los celos que la familiaridad de éste con Constantino le inspiraba—. Y como si procediese contra toda su parentela, también a

de rey de Armenia y de los territorios pónticos y rey de reyes (sobre el sentido de estos títulos consúltese R. C. Blockley, «Constantius...», cit., pág. 459; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit., pág. 259); Julio Constancio (otro hermanastro de Constantino I, hijo también de Constancio I y Teodora; era, pues, tío de Delmacio el Joven: *PLRE I*, pág. 226) había sido nombrado cónsul para el año 335. El título de «nobilísimo» era en el siglo iii exclusivo de los césares; a partir de Constantino (o quizás de Majencio) es otorgado a otros miembros de la familia imperial (cf. W. Ensslin, «Nobilissimus...», cit., cols. 791, 794-95).

[105] La *patriciatus dignitas*, instituida por Constantino I, era un título honorífico que no implicaba el desempeño de función ninguna; no obstante los patricios, además de gozar de la precedencia en el protocolo mencionada por Zósimo, participaban en el consejo del emperador (*consistorium*), con cuya casa mantenían, al menos en el siglo iv, una estrecha relación familiar o personal, véanse las referencias que ofrece A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 631-32.

Anibaliano lo añadió a la cuenta, después de inducir a los soldados a proclamar que no tolerarían más soberano que los hijos de Constantino [106].

Como hubiese tenido lugar una desavenencia entre Cons- 41
tantino y Constante a propósito de la Libia dependiente de Cartago y de Italia, Constante, con la intención de caer sobre su hermano cuando éste se encontrase desprevenido, mantuvo oculta su hostilidad por espacio de tres años; y acechándolo en el momento en que puso pie sobre una comarca bien dispuesta hacia su persona, despachó soldados aparentemente para luchar al lado de Constancio en la guerra contra los persas, pero con la misión de caer sobre Constantino, que no se esperaba nada de esto. En

[106] La masacre expuesta en el presente capítulo es anterior a la división del Imperio entre los hijos de Constantino que menciona 39, 2. En ella perecieron los parientes de Constantino I, descendientes Constancio I y Teodora, y los partidarios de éstos en la Corte. Sólo Juliano y Galo, hijos ambos de Julio Constancio, alcanzaron a salvarse (cf. J. Bidez, *op. cit.*, págs. 14-15; T. D. Barnes, *Constantine...*, cit. pág. 262; A. Demandt, *Die Spätantike...*, cit., págs. 81-82). La publicística favorable a Juliano (consúltese Juliano, *Or. V* 270c-d; Amiano, XXI 16, 8; Libanio, *Or. XVIII* 10; 31) y la literatura ortodoxa opuesta al proarriano Constancio II responsabilizan a este último de la masacre, pero desde el lado arriano se lanzó una versión distinta: oculto bajo el manto funerario de Constantino, se había hallado un testamento en el cual el difunto emperador legaba el Imperio a sus tres hijos, declaraba que había sido envenenado por sus hermanastros y exhortaba a tomar precauciones frente a sus asesinos; ante ello los soldados procedieron a la masacre (léase Filostorgio, II 16). La investigación moderna se halla dividida (relación de fuentes antiguas y de opiniones modernas en X. Lucien-Brun, *op. cit.*, págs. 591-99; añádase T. D. Barnes, *ibid.*, pág. 262), pero en general ha gozado de gran aceptación la hipótesis según la cual la matanza resultó de un movimiento espontáneo del ejército, que, obediente a las ideas dinásticas estimuladas por Constantino, quiso reconocer como emperadores sólo a los hijos de éste.

cumplimiento de la orden éstos suprimen a Constantino [107].

42 Tras deshacerse de esta manera de su hermano, comenzó Constante a dispensar a sus súbditos un trato extremadamente cruel, hasta el punto de dejar atrás cualquier intolerable tiranía. Adquiría y tenía junto a sí, en efecto, bárbaros de rostro agraciado a los cuales permitía, al proporcionarles ellos ocasión de entregarse a sus gustos depravados, que obrasen contra sus súbditos cualquier cosa que les viniese en gana, llevando así al más triste de los estados las provincias que se encontraban bajo su soberanía.
2 Irritados por todo ello, los miembros de la Corte, una vez que lo vieron dedicado a los placeres de la caza, toman como cabezas de la empresa a Marcelino, ministro del tesoro privado [108], y a Magnencio, a quien estaba confiado el mando de los Jovianos y Herculianos (unidades éstas con nombre tomado de ⟨divinidades⟩), y preparan en los siguientes términos el plan que ha de acabar con él:
3 tras anunciar que iba a celebrar el aniversario de su propio hijo, Marcelino invitó a muchos de los hombres prominentes en el ejército, entre ellos a Magnencio. Habiéndose prolongado el festín hasta la media noche, Magnencio se levantó de la mesa como para una necesidad, y, tras sustraerse por un momento a los invitados, hizo una teatral aparición, revestido de los atuendos imperiales,

[107] Fue Constantino II quien invadió el territorio de su hermano (los territorios occidentales estaban bajo Constantino II, por lo que no es verosímil que pasasen por dichos territorios soldados enviados por Constante para colaborar en la guerra persa de Constancio II). Constantino II pereció en las proximidades de Aquilea, en la primavera del 340 (cf. Moreau, «Constantinus II...», cit., cols. 179-80; F. Paschoud, ed. cit., II, n. 54; T. D. Barnes, «Imperial Chronology...», cit.; J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, págs. 63-64).

[108] *Comes rei privatae.*

ante sus compañeros de festín. Proclamáronle emperador 4
los asistentes al banquete, y el mismo parecer sustentaron, igualmente, cuantos habitaban en la ciudad de Augustoduno [109] (pues allí fue donde aquello tuvo lugar). Después de que el rumor corriese también por fuera de la ciudad, la población de los campos comenzó a fluir al interior de ésta. Al tiempo, se unieron a los agrupados en tal empresa tropas que, hechas venir para completar las unidades acantonadas en territorio celta, procedían de la caballería establecida en Iliria. Por decirlo en una palabra, todos los que 5
tenían algún mando militar se unieron para, cuando vieron a los cabezas de la conjura profiriendo gritos, casi sin saber de qué se trataba gritar al unísono proclamando emperador a Magnencio. Constante se apresuró, una vez tuvo conocimiento de ello, a huir a una pequeña población cerca de los Pirineos —Helena [110] es el nombre de la aldea—. Pero capturado allí por Gaisón, enviado a tal efecto con algunos hombres escogidos, fue muerto sin que nadie viniera en su ayuda [111].

Magnencio detentaba el poder, ejerciendo como sobe- 43
rano sobre todas las provincias transalpinas y sobre la misma Italia [112], cuando Vetranión, nombrado comandante de

[109] Actual Autun.

[110] Actual Elne.

[111] Constante (cuya homosexualidad se halla ratificada por otras fuentes, cf. Aurelio Víctor, 41, 24; Amiano, XVI 7, 5; Zonaras, XIII 5-6) guerreó en la frontera del Rin, se ocupó de preservar la frontera danubiana y quiso restablecer la disciplina militar; ello y su rigor en política financiera parecen haber sido las razones esenciales del pronuncimiento de Magnencio, acaecido el 18 de enero del 350 (cf. J. Moreau, «Constantius...», cit., col. 180; P. Bastien, *op. cit.*, págs. 9-10; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 78-79).

[112] Magnencio se había adueñado también de África (cf. P. Bastien, *op. cit.*, págs. 12-13).

los ejércitos de Panonia, al enterarse de que Magnencio había sido elevado al trono concibió el mismo deseo y por el voto de las unidades de aquella zona fue proclamado emperador, estableciéndose en Mursa [113], ciudad de Panonia. Así las cosas, los persas se lanzaron a devastar las ciudades del oriente, y sobre todo las de Mesopotamia; aunque debilitado por la guerra que libraba con éstos, Constancio decidió marchar contra las fuerzas de Magnencio
2 y Vetranión [114]. Mientras se hallaba entregado a cálculos sobre la situación y a preparativos, al tiempo que Magnencio permanecía en Galia, Nepociano, nacido de una hija de Constantino llamada Eutropia, tras reunir una muchedumbre no de hombres cabales, sino de gentes cuyos recursos se cifraban en una vida de bandidaje y extravío,
3 avanza sobre Roma ostentando atuendo imperial. Aniceto, designado prefecto del pretorio por Magnencio, armó a algunos hombres de la plebe y los sacó fuera de la ciudad para hacer frente a Nepociano; se trabó así enconada batalla, pero dado que los romanos, inexpertos como eran y faltos de disciplina, fueron puestos en fuga, el prefecto del pretorio, temeroso cuando los vio huir por la suerte
4 de la ciudad, cerró las puertas. Todos cuantos no pudieron

[113] Actual Osijec.

[114] Cuando se produce la usurpación de Magnencio Constancio se ocupaba en Oriente de la guerra persa (Sapor II cerca por tercera vez Nísibis en el 350). Posiblemente el pronunciamiento de Vetranión (el 1 de marzo del 350) fue promovido por Constantina, hija de Constantino I, para evitar que las provincias ilíricas cayeran en manos de Magnencio (cf. FILOSTORGIO, III 22). Sólo cuando concluyó el asedio de Nísibis —y aliviada la presión persa al tener que repeler Sapor una serie de agresiones en su frontera norte— pudo Constancio ocuparse de la usurpación (cf. J. MOREAU, «Constantius...», cit., col. 165; P. BASTIEN, *op. cit.*, págs. 11-12; I. SZIDAT, *Historischer...*, cit., I, pág. 64; C. S. LIGHTFOOT, *op. cit.*, pág. 113).

refugiarse sufrieron persecución y muerte a manos de los soldados de Nepociano. Nepociano, sin embargo, fue suprimido por fuerzas que no muchos días después envió Magnencio bajo el mando de Marcelino, el cual había sido puesto al frente de los servicios de palacio, en el cargo que llaman «magister officiorum» [115].

Constancio, que había partido de Oriente para la gue- 44
rra contra Magnencio, creyó que debía, en primer lugar, entablar lazos de amistad con Vetranión, a fin de entrar en guerra con un usurpador y no con dos. También Magnencio estaba ansioso de atraerse la amistad de Vetranión para librar con su ayuda la guerra contra Constancio.
Cada uno, por tanto, envió embajadores a Vetranión con 2
tal propósito, escogiendo Vetranión ponerse al lado de Constancio más que al de Magnencio. Los embajadores de Magnencio se retiraron, pues, sin conseguir nada, tras lo cual Constancio lo invita a reunir sus ejércitos y a preparar un proyecto común para la guerra contra Magnen-
cio. Convencido Vetranión por las razones de Constancio, 3
subieron sobre un estrado dispuesto a este objeto. Correspondió a Constancio, por consideración a su alcurnia, hablar primero, y a lo largo de todo su discurso se aplicó a recordar a los soldados la noble generosidad de su padre y los juramentos que le habían prestado —en el sentido de que guardarían lealtad hacia sus hijos—, pidiendo que

[115] Se ha pensado que la usurpación de Nepociano fue, como la de Vetranión, promovida por la facción de Constancio II a fin de crear un nuevo foco hostil a Magnencio. Nepociano entró en Roma en junio del 350 y fue muerto el 30 del mismo mes o el 1 de julio. El Aniceto de Zósimo es posiblemente Flavio Anicio, prefecto del pretorio de Magnencio que fue muerto con motivo de la entrada en Roma de Nepociano. Sobre todo esto véanse las referencias que ofrecen P. BASTIEN, *op. cit.*, págs. 11-14 y F. PASCHOUD, ed. cit., II, n. 56.

no tolerasen que escapase impune Magnencio, asesino de un hijo de Constantino, con el cual habían soportado las penalidades de muchas guerras y recibido las más altas re-
4 compensas. Tras escuchar todas estas cosas, los soldados, predispuestos desde antes por abundantes regalos, gritaron que los falsos emperadores debían ser eliminados y, al mismo tiempo, despojaron a Vetranión de su atuendo y lo bajaron del estrado como simple particular. Sin permitir que sufriera afrenta alguna, Constancio le hizo entrega de hacienda suficiente para establecerse en Bitinia. Allí vivió unos años, sin intervenir en los asuntos públicos, hasta que murió.

45 Una vez que tuvo lugar en estos términos el engaño tramado contra Vetranión, partió Constancio para enfrentarse a Magnencio; al tiempo, nombra césar a Galo —hijo de su tío y hermano por parte de padre de Juliano, que fue emperador más tarde— y le entrega como esposa a su hermana Constancia [116]: con ello pretendía bien que Galo hiciese frente a los ataques de los persas, bien —y esta era la verdadera razón— hallar un pretexto para acabar con él. Ocurría, en efecto, que éste y su hermano eran los únicos que quedaban de la estirpe de Constancio, pues los demás habían muerto todos a sus manos, según ya he
2 expuesto. Reviste, pues, a Galo de las insignias de césar y él, por su parte, tras confiar a Luciliano la guerra contra los persas, marcha para enfrentarse a Magnencio llevando consigo, además de las legiones de que disponía, las fuerzas de Vetranión. Resuelto a salir al encuentro de efectivos superiores en envergadura, Magnencio designa césar a su pariente Decencio para proteger las provincias transalpi-

[116] El nombre correcto es Constantina (cf. *PLRE I*, pág. 222).

nas [117]. Las legiones se encontraron en Panonia, y cuando 3
estuvieron una cerca de la otra, en los alrededores de la ciudad de Mursa, Magnencio montó una emboscada en los valles de alrededor de Adrana [118], enviando seguidamente a los generales de Constancio un mensajero que conmina al enemigo, con objeto de retrasar su marcha, a que tome posiciones en Sisquia [119], pues era allí, por tratarse de un lugar de abiertas planicies, donde iba a entablar batalla.
Al oírlo, Constancio, lleno de alegría por la noticia de que 4
podría, superior como era en caballería, luchar en parajes adecuados para el despliegue de jinetes, puso al ejército en movimiento hacia Sisquia. Pero cuando marchaban desarmados y sin guardar formación (pues no esperaban

[117] Según ZONARAS, XIII 7, y PEDRO PATRICIO, f. 16 [MÜLLER], cuando Constancio, venido de Oriente, se hallaba en Tracia, recibió embajadas de Vetranión y Magnencio con las que ambos usurpadores pedían reconocimiento; las entrevistas, que no lograron su propósito, debieron celebrarse tras la liquidación de Nepociano (P. BASTIEN, *op. cit.*, pág. 16, propone septiembre del 350). Previamente, en julio o agosto del mismo año, se habría producido el nombramiento de Decencio, que antecedió al de Galo, ocurrido el 15 de marzo del 351 (*Consul. Constant. chron. I* p. 238, 351; cf. P. BASTIEN, *ibid.*, pág. 15). La elevación de Decencio al cesarado se debió, como Zósimo indica, a la necesidad de prevenir el ataque de los bárbaros transrenanos —llamados por Constancio a atacar el territorio que dominaba Magnencio (cf. LIBANIO, *Or.* 18, 33; SÓCRATES, III 1; SOZÓMENO, V 1, 2; ZÓSIMO, II 53, 3; P. BASTIEN, *ibid.*, págs. 22-23)— y de evitar incidentes como el de Nepociano. Respecto a Galo, la situación en Oriente era lo suficientemente delicada (véase n. 114) como para justificar el nombramiento de un césar, procediendo posiblemente la acusación que Zósimo dirige a Constancio de la propaganda contra este emperador orquestada en tiempos de Juliano. Entre ambos nombramientos se desarrolló, el 25 de diciembre del 350 y en Naíso, el encuentro de Constancio y Vetranión.

[118] Adrana es quizás la actual Trojana.

[119] Actual Sisak.

nada de lo que iba a ocurrir), cayeron sobre ellos las tropas emboscadas en los valles y los sepultaron prácticamente a todos bajo piedras, impidiéndoles seguir adelante [120].

46 Muchos cayeron, pero Magnencio, rebosante de orgullo por tan gran éxito, tras recoger sus tropas no pudo soportar el desgaste cada vez mayor de la guerra, sino que marchó hacia Panonia; cuando llegó a las planicies situadas delante de Petovio y divididas en dos mitades por el río Drave [121], que atraviesa Norico y Panonia para desembocar en el Danubio, se dirigió a Panonia, pues pensaba trabar combate cerca de Sirmio. Dicen que aunque su madre le prohibió este camino y le exhortó a pasar a Iliria no obedeció, y eso estando convencido, por muchos vaticinios anteriores, de que ésta era una veraz profetisa [122].

2 Pero mientras Magnencio reflexionaba sobre si ⟨debía⟩ cruzar por medio de un puente el río Savo o uncirlo con embarcaciones y hacer pasar por ellas al ejército, Constancio envía a Filipo, hombre que contaba entre los más prestigiosos y de notable inteligencia, aparentemente, para tratar de acuerdos y de paz, en realidad, para obtener datos

---

[120] El relato que ofrece Zósimo de este primer choque entre Constancio y Magnencio es confuso y erróneo. Adrana no está en las proximidades de Mursa, sino en las de Emona; posiblemente el revés sufrido allí obligó a Constancio a retirarse hacia el sudeste, en dirección a Sisquia, con objeto de ganar tiempo.

[121] Petovio es la actual Ptuj. El Drave es el actual Drau.

[122] Tras el episodio narrado en el cap. anterior Magnencio abandona su posición defensiva para adentrarse en Panonia. Ello fue motivado posiblemente por el imperativo de acabar pronto la guerra ante las dificultades económicas que atravesaba su régimen, un régimen no aceptado por la mayoría de las grandes familias senatoriales (cf. P. Bastien, *op. cit.*, págs. 13-14, 151).

sobre las fuerzas de Magnencio, sus proyectos respecto a la guerra y los caminos que pensaba utilizar. Cuando le 3
faltaba poco para llegar, se encuentra éste con Marcelino, que ocupaba una altísima posición al lado de Magnencio, y en su compañía fue hasta Magnencio. Reunió entonces al ejército en asamblea, tras lo cual invitó a Filipo a exponer las razones de su presencia. Dijo Filipo, dirigiéndose al ejército, que no estaba bien que moviesen guerra contra los romanos quienes estaban sometidos a los romanos, sobre todo cuando era emperador un hijo de Constantino, junto al cual habían erigido muchos trofeos en lucha contra los bárbaros, y, dirigiéndose a Magnencio, que debía recordar los favores dispensados a él y a sus padres por Constantino, quien lo había recogido y honrado con las mayores distinciones. Y después de argumentar de esta manera pedía a Magnencio que se retirase de Italia y que, guardando las provincias transalpinas, ejerciese el mando sobre todas ellas.

Poco faltó para que el discurso pronunciado por Filipo 47
lograse revolucionar al ejército entero. Espantado ante esta posibilidad, Magnencio, después de conseguir con gran esfuerzo que los soldados le permitieran decir lo que quería, afirmó que también él acogía de buen grado la paz, pero pidió la disolución de la asamblea hasta que, tras considerar qué había de hacerse, les indicara al día siguiente su opinión sobre el asunto. Disuelta con ello la reunión, 2
Marcelino acogió a Filipo en calidad de huésped, pero Magnencio revolvía en su interior si debía restituir a Filipo con las manos vacías o retenerlo a su lado violando las normas referentes a los embajadores. Por último, decidió comer con oficiales, decuriones y cuantos estaban al mando de las unidades militares y mostrarles a lo largo de la comida

3 qué era lo que pensaba. Hecho lo cual, al día siguiente reunió al ejército y les expuso cuántas habían sido las injurias perpetradas contra ellos por Constante, y cómo, porque no podían soportar la magnitud de las ofensas que infirió a la república, se habían lanzado todos a la defensa del bien común y, liberando a las ciudades de una bestia dañina, le habían impuesto a él, que no lo quería, el ejercicio de la realeza.

48 Mientras hablaba de esta manera, todos se pusieron de pie para luchar, tomaron las armas y corrieron a cruzar el Savo. Cuando los vigías anunciaron el avance, la guarnición de la ciudad de Sisquia, que está situada a las orillas del Savo, se aplicó a abatir por medio de proyectiles a quienes pretendían poner pie en la orilla del río y a oponerse a cuantos intentaban atravesar el puente, de suerte que muchos fueron masacrados y muchos más cayeron al río empujados por sus propios efectivos o por los del enemigo.
2 migo. Se produjo gran mortandad, cayendo los unos al huir desde el puente que cruzaba el río, mientras los otros los perseguían con gran empuje; y había llegado Magnencio a una situación extremadamente apurada cuando logró escapar del inminente peligro mediante la siguiente estratagema: clavó su lanza en tierra y con la derecha hizo señas al enemigo como si quisiera pronunciar una declaración pacífica. Una vez que los vio atentos a sus palabras, dijo que si pretendía atravesar el río no era sin permiso del Emperador, pues Filipo le había comunicado que debía abandonar Italia y Norico para presentarse en Iliria, don-
3 de debía mantener conversaciones sobre la paz. Cuando Constancio hubo oído lo que decía, retiró a sus hombres de la persecución y permitió que Magnencio trasladase sus tropas a la planicie existente entre Norico, Panonia, Mesia y Dacia, pues quería alejarlo de los parajes difíciles para, ya que era superior en caballería, hacerle frente en lugares propicios al despliegue de jinetes [123]. Como sus cálculos se cumpliesen, pensó que un lugar idóneo para llevar a cabo estos propósitos era Cíbalis, donde ya Constantino se había impuesto por la fuerza en batalla trabada con Licinio. En esa ciudad, cuya posición es la que he detallado 4
al narrar aquellos acontecimientos, guardaba parte de su ejército; había construido además una empalizada entre la colina que ocupa la ciudad y la llanura que se extiende hasta el Savo, y de esta suerte resguardaba, tras un profundo foso y una espesa empalizada, todo cuanto no estaba ceñido por el río, mientras que la parte que rodeaba el río la puenteó con naves trabadas entre sí, con lo que, cada vez que le parecía, soltaba el puente y lo volvía a tender sin ninguna dificultad [124]. Allí levantó tiendas para 5
el común, y en medio hizo erigir una tienda imperial, mostrando a los ojos de todos que en nada cedía a las ciudades de estudiada amplitud y belleza. Mientras comandantes y jefes se regalaban con banquetes ofrecidos al Emperador, sólo Latino y Talasio, que ocupaban los cargos de más alto rango, no participaban en el convite, preocupados por Filipo, a quien, enviado como embajador, Magnencio retenía junto a sí [125].

---

[123] Parece difícil que Constancio se dejase engañar por la burda estratagema que consigna Zósimo. En todo caso, el resultado final del encuentro parece haber sido una nueva retirada de Constancio, con la subsiguiente dilación de la guerra perjudicial para Magnencio.

[124] El Savo fluye a más de 20 Km. de Cíbalis, por lo que, si se acepta el relato de Zósimo, debe suponerse que el río en cuestión es el Bosut, a cuya orilla se encontraba Cíbalis.

[125] Filipo, que había alcanzado los mayores honores bajo Constancio II, cayó en desgracia con motivo de la embajada que realizó ante Magnen-

49 Pero mientras éstos deliberaban sobre el asunto, se presentó Ticiano, uno de los miembros del Senado romano, portando palabras llenas de insolencia de parte de Magnencio, quien hacía muchas e insólitas acusaciones contra Constantino y sus hijos, atribuía la muerte de las ciudades a la incuria del gobierno y exhortaba a Constancio a que cediese el poder a Magnencio y se diese por satisfecho con
2 que éste le permitiese una vida tranquila. Constancio invocó a la divinidad y a Justicia para que viniesen a vengar el asesinato de Constante, declarando que ésos serían sus aliados en la lucha, tras lo cual le fue permitido a Ticiano regresar junto a Magnencio, y ello aunque Filipo seguía retenido al lado de éste; Magnencio, por su parte, a la cabeza de su ejército tomó Sisquia al primer asalto y la arrasó, para caer a continuación sobre el todo territorio circundante al Savo y, después de tomar abundantísimo botín, lanzarse contra Sirmio en la creencia de que tam-
3 bién a ésta la tomaría sin combatir. Pero como su intento fallase (pues fue rechazado por la masa de la población y por los soldados asignados a la defensa de la ciudad) marchó en dirección a Mursa con todos sus efectivos [126].

cio; ello se pudo deber a una falsa apreciación de Constancio, producida por el hecho de que Filipo no regresaba (en realidad, como explica el mismo Zósimo, era retenido por Magnencio) y de que Magnencio utilizó su nombre para conseguir que sus fuerzas atravesasen el Sava. Muerto mientras aún se hallaba en poder de Magnencio, al parecer Constacio comprendió más adelante su error y procedió a restaurar la memoria de Filipo (cf. L. J. Swift, J. M. Oliver, *op. cit.; PLRE I*, págs. 696-97). Posiblemente la fuente de Zósimo presentaba un relato amplio y completo de este suceso, que en la exposición de Zósimo adolece del carácter confuso e inacabado patente en toda la sección dedicada al enfrentamiento entre Magnencio y Constancio.

[126] Sisquia fue tomada en agosto del 351 (cf. P. Bastien, *op. cit.*, pág. 18). Cíbalis, donde se encontraba Constancio con sus tropas, estaba

Sin embargo, los habitantes de ésta cerraron las puertas y subieron a las almenas, quedando Magnencio confuso sobre lo que había de hacerse, ya que no disponía de máquinas ni podía acercarse de ninguna otra manera a la ciudad. En efecto, los que luchaban desde las almenas batían 4
el terreno con piedras y proyectiles. Cuando le fueron comunicadas a Constancio noticias referentes al asedio, levantó todo su ejército y se personó para llevar ayuda a la ciudad amenazada, dejando a un lado Cíbalis y toda la comarca que atraviesa el río Drave.

Acercándose a Mursa, Magnencio prendió fuego a las 50
puertas para que la madera, derretido el hierro que las recubría, cediese al fuego y abriese con ello al ejército la entrada a la ciudad. Este plan no logró resultado, pues los que estaban en la muralla extinguieron el fuego con abundante agua. Pero al enterarse de que Constancio marchaba hacia Mursa ideó un estratagema en los siguientes términos: delante de la ciudad y rodeado de árboles por 2
todas partes había un estadio de los que antes se destinaban a las competiciones de gladiadores equipados con armamento pesado. En su interior ocultó cuatro falanges de celtas con la orden de que, una vez llegado Constancio, cuando fuese a trabarse combate delante de la ciudad, cayeran inesperadamente sobre el enemigo, de suerte que éste, cogido en medio, sufriese un total exterminio. Pero quienes estaban apostados en la muralla se percataron de ello, con lo que Constancio envió al punto a los comandantes Escodilón y Manados. Los cuales, tras seleccionar de entre 3
los hombres bajo su mando a los mejores hoplitas y arqueros, cerraron todas las puertas del estadio y, ocupando las

en el camino de Sirmio a Mursa, por lo que o Magnencio debió de efectuar un gran rodeo o las indicaciones de Zósimo son falsas.

posiciones desde las que se dominaba el edificio, rodearon por todas partes a los encerrados en el estadio y los abatieron a flechazos. Y cuando algunos de ellos se colocaron los escudos sobre las cabezas para intentar romper las puertas del estadio, al punto los acometieron, dedicándose a dispararles proyectiles y descargar golpes de espada hasta
4 que acabaron con todos. La acechanza de Magnencio quedó, de esta manera, sin efecto, y su emboscada vino a tener el resultado contrario. A continuación, se encontraron ambos ejércitos y cayeron el uno sobre el otro en la llanura situada delante de Mursa [127]. Tiene lugar una batalla cual no parece haber ocurrido otra en guerra anterior alguna, y cae de cada parte un altísimo número.

51 Constancio, al ver que por tratarse de un enfrentamiento intestino ni siquiera los resultados de la victoria serían como él había esperado —tantas iban a ser las pérdidas del ejército romano que no podría después de tal mengua hacer frente a los bárbaros—, resolvió liquidar la guerra me-
2 diante algún tipo de tratado o acuerdo [128]. Y mientras, hallándose aún ambos ejércitos trabados, esto pensaba, los partidarios de Magnencio, inflamados por creciente furia,

[127] Poco antes de la comparecencia de Magnencio ante Mursa Silvano, *tribunus scholae palatinae Armaturarum*, se pasó con sus fuerzas del lado de Magnencio al de Constancio, obteniendo así este último una decisiva superioridad sobre su adversario (cf. O. Seeck, «Constantius...», cit., col. 1067; A. Demandt, «Magister...», cit., col. 567).

[128] Se ha puesto en duda la veracidad de esta noticia (así F. Paschoud, ed. cit., II, n. 66), que quizás refleja la indecisión de ambos contendientes, ninguno de los cuales se atrevía, ya en el campo de batalla, a dar el primer paso (cf. O. Seeck, «Constantius...», cit., col. 1068). Ciertamente Mursa supuso una sustancial pérdida de hombres para el Imperio, según Zonaras, XIII 8, murieron 30.000 de los 80.000 que componían el ejército de Constancio y 24.000 de los 36.000 de Magnencio.

ni aún cuando la noche se les echó encima dejaron de combatir, e incluso los generales mismos continuaron, cumpliendo tareas de soldado y exhortando a cada uno de los soldados a no dar tregua al enemigo. Exaltados también 3
los generales de Constancio por el recuerdo del valor y la gloria romanas, cuando era ya noche cerrada seguían hiriéndose con lanzas, espadas y todo lo que caía en sus manos. Ni la oscuridad ni nada de lo que suele hacer cesar la lucha logró que los ejércitos dejaran de matarse el uno al otro ni de tener por la más alta de las suertes el recíproco y total exterminio. Entre los generales que más se dis- 4
tinguieron en el encuentro por sus hazañas de valor y coraje están sobre todo Arcadio, comandante de la unidad de los Abulcos [129], y Menelao, puesto al frente de los arqueros montados de Armenia.

Vale la pena no pasar en silencio sobre lo que se dice 52
de Menelao. Afirman que éste colocaba en el arco tres flechas al mismo tiempo y de un solo disparo clavaba las tres flechas no en un cuerpo, sino en tres; y que con tal forma de utilizar el arco abatió a flechazos a una no pequeña cantidad de contrarios, y vino a ser, por así decirlo, el artífice de la huida del enemigo. Pero también éste cayó, 2
siendo quien lo abatió el comandante en jefe del ejército de Magnencio, y con él cayó asimismo Rómulo, herido anteriormente de flecha disparada por Menelao, pero que ni aun herido se retiró del combate hasta que ejecutó a su vez al autor del disparo [130].

[129] El término «Abulcos», mencionado en la *Not. dign. occ.* 7, 29, y 28, 20, es nombre de un *numerus* de infantería de Galia o Britania.

[130] La batalla de Mursa tuvo lugar el 28 de septiembre del 351 (*Consul. Constant. chron. I* págs. 237, 351).

53 Constancio, pues, se impuso en la batalla, y cuando las tropas de Magnencio se daban abiertamente a la fuga tuvo lugar una abundante mortandad de hombres, así como de caballos y demás bestias de carga. Abandonada toda esperanza y temeroso de que los que aún quedaban lo entregasen a Constancio, Magnencio planeó abandonar los territorios vecinos a Panonia con objeto de escapar a Italia y, tras reunir allí un nuevo ejército, volver a presentar ba-
2 talla. Mas cuando vio que los de Roma, ya por odio hacia él, ya porque conocieran los resultados de la batalla, habían tomado partido por Constancio, decidió atravesar los Alpes para meditar durante algún tiempo cómo, con ayuda de los habitantes de la zona, podría obtener una posi-
3 ción segura. Al enterarse, sin embargo, de que Constancio había vuelto en su contra a los bárbaros vecinos al Rin por medio de ingentes sumas y de que le había cortado, gracias a ciertos generales que le eran adictos, el paso a las provincias de la Galia, como tampoco le era posible cruzar el territorio de Iberia en dirección a Mauritania porque Constancio se había atraido a los aliados con que contaban los romanos en esa zona, sin hallar salida en parte alguna, antepuso una muerte voluntaria a una salvación vergonzosa, eligiendo dejar la vida a manos propias mejor que a las del enemigo [131].

[131] Después de Mursa, Magnencio se instaló en Aquilea, de donde es desalojado por Constancio a finales de agosto; tras un nuevo enfrentamiento en Tesino pasa a territorio galo. Sobre dicho territorio los alamanos, que ya con anterioridad habían traspasado la frontera, desencadenan nuevos ataques en agosto y septiembre-octubre del 352, creando en toda la zona una situación de inseguridad que se prolongará hasta el año 355 (sobre la posible alianza entre Constancio y los bárbaros transrenanos, véase n. 117). Mientras tanto, las tropas de Constancio habían arrebatado a Magnencio Hispania y el norte de África, a lo que aluden las palabras de Zósimo sobre la imposibilidad de cruzar Hispania en que se veía el usurpador. Constancio pasó los Alpes en julio del 353, y el 10 de agosto del mismo año, en *Mons Seleuci* (actual Montsaléon), derrotó por última vez a Magnencio, quien el mismo día o el siguiente se suicidó. Sobre todo esto consúltese las exposiciones con referencias a fuentes de W. Ensslin, «Magnentius...», cit., cols. 451-52, y P. Bastien, *op. cit.*, págs. 20-25.

De esta forma, pues, perdió la vida Magnencio, emperador durante tres años y seis meses, descendiente de bárbaros, pero emigrado a terrritorio de los letos —pueblo galo— donde adquirió una educación latina, atrevido cuando le sonreía la suerte, cobarde ante circunstancias adversas, hábil en ocultar su ingénita vileza, tenido entre quienes desconocían su carácter por hombre bueno y honesto. 54
Y me ha llevado a hacer estas consideraciones respecto a 2
Magnencio el que —pues muchos lo creyeron a él artífice de las mejoras que durante su reinado experimentó la república— fuese conocida la verdad acerca de su persona, a saber, que nada hizo movido de buen propósito. En cuanto a Decencio, quien, llamado por Magnencio para que viniese en su ayuda, se encontraba camino de Italia, al toparse, al mismo tiempo que conocía lo acaecido a éste, con destacamentos de soldados y unidades de caballería, como no viese esperanza ninguna de salvación, se ató un lazo alrededor del cuello y pereció [132].

[132] Magnencio parece haber sido hijo de padre britano-romano y madre franca (cf. W. Ensslin, «Magnentius...», cit., col. 445). «Letos» (*laeti*) no es nombre de pueblo, sino designa a gentes de origen germánico asentadas en territorio romano y adscritas a la tierra como siervos de la gleba, condición ésta que se transmitía de padres a hijos. El origen bárbaro de Magnencio debió de júgar un papel importante en la publicística favorable a Constancio, que al presentar la contienda con este usurpador como guerra contra el bárbaro refutaba la acusación, frecuentemente dirigi-

55 A resultas de ello quedó todo el poder en las solas manos de Constancio; el cual, incapaz de sobrellevar con medida su ventura, se llenó de jactancia. Vino también a añadirse la camarilla de sicofantas que en torno a tales hombres suele congregarse, una camarilla que conspiraba contra quienes parecían favorecidos por la fortuna. Pues como creían que si derribaban a aquéllos de su próspera posición obtendrían para sí sus privilegios, se aplicaban,
2 lógicamente, a lanzar injurias contra ellos. Toman éstos como cómplices de sus bajezas a algunos eunucos de la Corte y asedian a Constancio hasta convencerlo de que su primo Galo, elevado a la dignidad de césar, intenta, no satisfecho con ella, hacer recaer sobre sí el Imperio. Tras convencerlo de que ésta es la verdad, incitan a Constancio a dar muerte a Galo. Quienes urdieron esta intriga fueron Dinamio y Picencio, hombres de baja condición y ansiosos de llegar, por medio de tal perfidia, a un estado más alto.
3 También participaba en la maniobra el prefecto del pretorio Lampadio, hombre siempre deseoso de tener más predicamento que nadie ante el Emperador [133]. Así pues, habiendo Constancio prestado oídos a tal vileza, hace venir a Galo, que ignoraba lo que se urdía contra su persona. Cuando llega, Constancio lo despoja en primer lugar de su dignidad de césar, y una vez reducido a particular lo

da a Constancio, de haber triunfado sólo en enfrentamientos civiles (cf. Juliano, *Or. I* 42a; Eutropio, X 15, 2; Amiano, XVI 10, 1-3: véase M. Caltabiano, *op. cit.*, pág. 45; R. Klein, «Der Rombesuch...», cit., págs. 99-103). Decencio se suicidó en Sens, pocos días después de que lo hiciese Magnencio (cf. P. Bastien, *op. cit.*, pág. 25).

[133] Amiano, XV 5, 3-5, menciona los nombres de Dinamio y Lampadio en el contexto de las intrigas llevadas a cabo contra el general Silvano, intrigas desconectadas, en principio, con el asunto de Galo y que culminaron con la usurpación de Silvano en las Galias.

entrega a los verdugos para que sea muerto, crimen éste que no fue el primero cometido por Constancio contra sangre hermana, sino que vino a añadirse a muchos otros más [134].

[134] Galo murió a finales del 354 y no en la corte de Constancio, como Zósimo da a entender, sino cuando se hallaba en camino hacia ella. Amiano, XIV 1, 1-10; 2, 20; 7, 1-21; 9, 1-9; 10, 2; 11, 1-34, ofrece un amplio pero poco fiable tratamiento del episodio (cf. E. A. Thompson, «Ammianus Account...», cit.; R. C. Blockley, «Constantius...», cit., págs. 438-44; H. Tränkle, *op. cit.*). Las demás fuentes (relación en H. Tränkle, *ibid.*, págs. 164-65) pueden dividirse en dos grupos; uno de ellos aduce como causa fundamental la crueldad e inmoderación de Galo (así Aurelio Víctor, 42, 12; Zonaras, XIII 9; Sócrates, II 34), el otro ve en Galo una víctima de intrigas urdidas en la corte de Constancio (así Filostorgio, III 28, y el mismo Zósimo). Filostorgio, IV 1, y Zonaras, *ibid.*, cuentan que, antes de producirse la muerte de Galo, Constancio cambió de criterio y envió un agente para impedir la ejecución, agente que llegó tarde a causa de las maniobras de Eusebio, el *praepositus sacri cubiculi* de Constancio; el dato parece confirmado por el hecho de que ni las estatuas de Galo fueron derribadas ni las inscripciones en su honor borradas (cf. O. Seeck, «Constantius...», cit., col. 1099). La historiografía moderna no ha podido ofrecer una explicación satisfactoria para la muerte de Galo, episodio complejo al que contribuyeron, junto a la red de intrigas emanada de la corte de Constancio, la actuación militar de Galo (las noticias referentes a la cual son objeto de controversia: cf. E. A. Thompson, *ibid.*, págs. 303-304; R. C. Blockley, *ibid.*, págs. 441-42; H. Tränkle, *ibid.*, págs. 167-68; sobre la represión de los judíos véase J. Arce, «La rebelión...», cit.) y las medidas adoptadas ante la crisis de abastecimiento que sufrió Antioquía bajo su mandato (Amiano, XIV 7).

LIBRO III

Sinopsis

1-2. Juliano es proclamado césar y marcha a territorio galo. — 3. Batalla de Estrasburgo. — 4. Nueva victoria sobre los germanos. Ardid de Juliano para evitar que los bárbaros defrauden en la devolución de prisioneros romanos. — 5. El territorio galo es aprovisionado desde Britania. Partida de Salustio. — 6-7. Lucha contra los cuados. Carietón. — 8. Asedio persa de Nísibis. Constancio II ordena que le sean transferidas tropas de Juliano. — 9. Juliano proclamado augusto. — 10. Juliano en Sirmio. — 11. Muerte de Constancio II. Juliano en Bizancio. Preparación de la expedicón contra los persas. Juliano en Antioquía. — 12. Inicio de la expedición persa. Llegada a Carras, donde quedan dieciocho mil soldados bajo el mando de Sebastián y Procopio. — 13. Entrada en territorio persa. Nuevos nombramientos militares. — 14. Llegada a Zauzá, Dura y Fatusas, que se entrega a los romanos. — 15. Captura de distintas plazas persas. Infructuosa emboscada del Surena. — 16-17. Travesía de un canal con derrota persa. Llegada a Bersabora. — 18. Toma de Bersabora. — 19. Diversos incidentes hasta llegar a Bitra. — 20-22. Asedio y toma de una plaza persa. — 23. Llegada a Minas Sabazá. Ejecución de Anabdates. — 24. Victorioso ataque de los persas. Llegada al Narmalaques. — 25. Travesía romana con derrota per-

sa. — 26. Quema de la flota romana. Escaramuzas con los persas. — 27. Prosigue la marcha del ejército romano. Nuevas escaramuzas con los persas. — 28-29. Ataque persa a la retaguardia. Nuevo ataque al repeler el cual muere Juliano. Ambos ejércitos luchan con encono. — 30. Joviano, proclamado emperador, emprende la retirada bajo el acoso persa. Combate entre romanos y persas. El ejército romano atraviesa el Tigris. — 31-32. Joviano firma un tratado por el que cede diversos territorios a los persas, lo que nunca había acaecido a lo largo de la historia romana. — 33. Joviano llega a Nísibis. Sus habitantes le suplican sin resultado que no entregue su ciudad a los persas. — 34. Sepultura de Juliano. — 35. Los soldados de Sirmio se rebelan al conocer la muerte de Juliano. Muerte de Joviano. — 36. Valentiniano proclamado emperador.

Después de haber obrado de esta manera respecto al 1
césar Galo, marchó Constancio de Panonia a Italia [1], y como veía que por doquier los territorios bajo dominio romano se encontraban amenazados por las incursiones de los bárbaros; que francos, alamanos y sajones se habían apoderado ya de cuarenta ciudades situadas junto al Rin, a las que habían arrasado al tiempo que llevaban cautivos a sus habitantes —una inmensa cantidad de gentes— junto con un botín de incalculable riqueza; que cuados y sármatas recorrían con la mayor impunidad las tierras de Panonia y de la Mesia superior; que los persas no cesaban de llevar confusión a las provincias de Oriente por más que antes, temerosos de que el césar Galo los atacase, se encontrasen tranquilos [2], como se percatase de todo ello, sin saber qué partido tomar llegó a creer que él sólo no basta-

[1] Error de Zósimo: cuando tuvo lugar la muerte de Galo Constancio se encontraba en Milán, cf. Amiano, XV 1, 2.

[2] La usurpación de Magnencio trajo consigo una debilitación general de las fuerzas defensivas del Imperio, de ahí la presión que consigna Zósimo. Por estos años, es decir con anterioridad al nombramiento de Juliano (noviembre del 355), eran sobre todo los alamanos quienes hostigaban el *limes* del Rin, cuya situación resultaba especialmente precaria como consecuencia de la alianza entablada por Constancio con este pueblo en su lucha contra Magnencio: (cf. E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 82-83; consúltese también n. 117 al libro II; según Juliano, *Or. V* 279a, y Libanio, *Or. XII* 48, las ciudades renanas capturadas por los bárbaros eran 45). Los sajones (germanos transrenanos), cuados (que formaban parte de los suevos) y sármatas atacaron

ría para remediar tan abatida situación, pero no se atrevía, por un exagerado apego al poder y porque a todos alcanzaba la sospecha de que no había nadie bien dispuesto ha-
2 cia su persona, a elegir un asociado al Imperio. Una gran perplejidad se había apoderado de él con todo esto, cuando ante el gravísimo peligro en que se veía envuelto el Imperio Romano, Eusebia, la esposa de Constancio, mujer de la más alta cultura y cuya inteligencia sobrepasaba la natural en su sexo, lo induce a tomar una decisión, aconsejándole que nombre césar para las provincias transalpinas a Juliano, hermano por parte de padre de Galo e hijo de un hijo del Constancio que había obtenido de Diocleciano el nombramiento de césar [3]. Como sabía Eusebia que el emperador Constancio albergaba sospechas contra toda su
3 parentela, persuadió de esta manera a su marido: «Es joven», le dice, «de carácter sencillo, ha dedicado toda su vida al ejercicio de las letras y desconoce por completo la política; y para nuestros intereses será mejor que ningún otro: pues o bien se ve favorecido por la suerte, y entonces lo que obtendrá será que el Emperador se anote los éxitos en su cuenta, o bien, derrotado por quien quiera que sea, morirá, y entonces ya no habrá ante Constancio nadie que en virtud de real estirpe pueda ser llamado al poder supremo» [4].

Mesia y Panonia sólo en el 357 (cf. AMIANO, XVI 10, 20; E. DEMOUGEOT, *ibid.*, pág. 91). De acuerdo con AMIANO, XV 13, 4, los territorios orientales sufrieron por estas fechas ataques persas, pero la entidad de estos ataques era lo suficientemente débil como para justificar la afirmación, contra lo indicado por Zósimo, de que la situación en el frente persa era prácticamente de armisticio (cf. J. SZIDAT, *Historischer...*, cit., I, pág. 70).

[3] Sobre Julio Constancio véase n. 104 al libro II.

[4] También JULIANO, *Or. II* 117a, y AMIANO, XV 8, 2-3, realzan el decisivo papel jugado por Eusebia en el nombramiento del nuevo césar.

Persuadido por estas razones, Constancio manda venir 2
de Atenas a Juliano, quien convivía con los filósofos de aquella ciudad superando en cualquier ámbito de estudios a sus propios maestros. Cuando, venido de Grecia, llega a Italia, lo nombra césar y le entrega como esposa a su hermana Helena [5]; a continuación hizo que marchara a las provincias transalpinas. Desconfiado por naturaleza, sin se- 2
guridad aún de que fuera a serle leal y fiel, lo hace acompañar de Marcelo y Salustio [6], siendo a éstos y no al César

La ejecución de Galo se vio acompañada por el exilio o la muerte de numerosos dignatarios y personajes familiarizados con la Corte, y entre ellos al menos uno, el obispo Teófilo el Indo, volvió del exilio mientras Juliano se hallaba en Milán gracias también al favor de Eusebia (cf. AMIANO, XV 3; FILOSTORGIO, 4, 7; sobre la vuelta de Teófilo consúltense las referencias que ofrece J. BIDEZ, *op. cit.*, págs. 108 y 373): la concomitancia de dicho regreso con el nombramiento de Juliano invita a pensar que el nombramiento en cuestión supuso el triunfo de una facción de la Corte cuya cabeza era la Emperatriz.

[5] Cuando tuvo lugar la ejecución de Galo, Juliano fue conducido a la corte de Milán bajo escolta. Allí hubo de hacer frente a diversas acusaciones que lo implicaban en el supuesto proyecto de usurpación de Galo, acusaciones de las que pudo salir indemne sólo gracias a la intervención de Eusebia. De regreso a Grecia en verano del 355, a principios de otoño es llamado de nuevo a Milán, donde recibió el nombramiento de césar el 6 de noviembre del 355 (sobre todo ello véase J. BIDEZ, *op. cit.*, págs. 100-29). Mientras tanto se había producido la usurpación de Silvano. Éste, al frente de un considerable ejército formado sobre todo por las huestes de Magnencio que sobrevivieron a Mursa, había sido enviado a la frontera del Rin para hacer frente a los alamanos; muerto el 11 de agosto del 355, su usurpación duró 28 días (cf. J. SZIDAT, *Historischer...*, cit., I, págs. 65-66; E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 86-88).

[6] Zósimo se refiere, nombrándolo erróneamente, al personaje que las inscripciones llaman *Saturninius Secundus Salutius*, diferente del Salustio (*Flavius Sallustius*) que también desempeñó un papel importante durante el reinado de Juliano (véanse los datos bibliográficos ofrecidos al respecto por E. RAMOS, *op. cit.*, págs. 93-94).

a quienes confía el gobierno de la zona. Después de disponer de esta manera lo referente a Juliano, se encaminó Constancio a Panonia y Mesia, y tras atender allí al asunto de los cuados y los sármatas marcha al Oriente, requerido
3 por las incursiones de los persas sobre esta parte. Una vez que Juliano cruzó los Alpes y se estableció en las provincias galas a él asignadas, como la impunidad con que atacaban los bárbaros seguía siendo total, Eusebia, valiéndose de las mismas razones, convence a Constancio para que
4 le encomiende el gobierno de aquella zona [7]. Las cosas que a partir de entonces y hasta el final de su vida llevó a cabo Juliano las han registrado historiadores y poetas en libros muy voluminosos, aún cuando niguno de los que se han ocupado del tema alcance la altura que merece la materia. Por otra parte, quien lo quiera puede enterarse de todo acudiendo a los discursos y cartas de Juliano, con

[7] Juliano marchó a Galia el 1 de diciembre del 355 (J. Bidez, *op. cit.*, pág. 134). Como afirma Zósimo, el gobierno de la zona estaba inicialmente en manos de una serie de altos funcionarios nombrados por Constancio y responsables sólo ante Constancio. Resulta sin embargo simplista achacar la situación con ello creada a los recelos del Augusto, pues (dejando aparte el hecho de que la inexperiencia de Juliano, hasta el momento totalmente apartado de cualquier actividad política o militar, aconsejaba la medida) al proceder de esta manera, Constancio ceñía su actuación a una concepción del cesarado por la cual quien ocupaba tal cargo se limitaba a ejercer la representación del poder imperial, concepción ésta que se remontaba a Constantino e incluso a Diocleciano (cf. R. C. Blockley, «Constantinus..., cit., págs. 452-56; J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, págs. 76-77). Juliano fue aumentando cada vez más sus atribuciones, siendo Zósimo la única fuente que responsabiliza de ello a Eusebia. La expedición de Constancio contra cuados y sármatas tuvo lugar sólo en el 357, y su marcha hacia el Oriente se produjo en primavera del 360, después de que en el 359 Sapor hubiese reanudado su política agresiva avanzando sobre territorio romano a la cabeza de un gran ejército (cf. J. Szidat, *ibid.*, págs. 71-72).

cuya ayuda es como mejor pueden comprenderse sus gestas a lo largo de toda la ecumene. Como además es conveniente no romper la disposición de nuestra historia, narraremos por nuestra parte cada cosa en su debido lugar, atendiendo especialmente a cuanto los demás parecen haber omitido.

Así pues Constancio, después de encomendar a Juliano 3
que hiciera todo cuanto pareciera beneficioso para las provincias bajo su mando, marchó a Oriente a fin de disponer la guerra contra los persas [8]. Juliano, habiéndose encontrado con que los pertrechos militares del territorio celta estaban en su mayor parte destrozados y con que los bárbaros no hallaban obstáculo para cruzar el Rin y casi habían llegado a las ciudades de la costa, se dedicó a considerar las capacidades de lo que había quedado de ejército.
Tras observar que las tropas locales se llenaban de espanto 2
ante la sola mención de los bárbaros y que las que le había dado Constancio —trescientos sesenta hombres— sólo sabían rezar (como él mismo dice en algún pasaje), enroló en el ejército a cuantos pudo y admitió también a muchos voluntarios [9]. Preocupado asimismo por el armamento, ha-

[8] Sobre la errónea noticia de la marcha de Constancio a Oriente en estas fechas véase n. anterior.

[9] Los 360 hombres de que habla Zósimo constituían sólo la escolta que debía acompañar al César a las Galias. El cuerpo expedicionario de Silvano formó la base del ejército galo de Juliano, que en el 357 alcanzaba los 13.000 hombres (cf. J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, pág. 66). En verano del 356, Juliano participó, junto a Constancio y los generales Marcelo —*magister peditum et equitum per Galias*— y Ursicino, en una operación conjunta que debía expulsar a los alamanos instalados en la cuenca del Rin. Finalizada la operación (sobre la cual véase J. Bidez, *op. cit.*, pág. 144 y G. W. Bowersock, *Julian...*, cit., pág. 38), el César se dispuso a pasar el invierno acompañado de escasa guarnición en la actual Senon. Enterados de ello, los bárbaros se lanzaron sobre la ciu-

lló en cierta ciudad un depósito de armas viejas de las que estimó que merecía la pena ocuparse y las distribuyó entre
3 los soldados. Habiéndole informado sus espías de que por los alrededores de la ciudad de Argentorato, a orillas del Rin, una gran cantidad de bárbaros había atravesado el río, tan pronto como lo supo se puso en marcha con el ejército que había improvisado; entablada batalla con el enemigo, obtuvo la más extraordinaria victoria, pereciendo en el combate mismo sesenta mil hombres, mientras que otros tantos saltaron al Rin para morir en su corriente; de suerte que si alguien quisiera comparar esta batalla a la de Alejandro contra Darío, no resultaría la una infe-
4 rior a la otra [10]. No conviene guardar en silencio algo que el César hizo tras la victoria: disponía el César de un cuerpo de caballería de seiscientos jinetes muy ejercitados en

dad; aunque Marcelo, que acampaba en las cercanías con abundante tropa, no envió ayuda ninguna, Juliano pudo salir por sí mismo del peligro (sobre el episodio véase J. Nicolle, *op. cit.*, págs. 152-53). Cuando tuvo noticia de lo sucedido Constancio sustituyó a Marcelo por Severo, disponiendo además que el nuevo *magister* para las Galias estuviese sometido al césar (cf. E. von Borries, *op. cit.*, col. 35; consúltese asimismo Amiano, XVI 11, 1).

[10] En primavera del 357, volvió a intentarse la misma operación que el año anterior, participando en ella, por un lado, Juliano, por otro el *magister peditum* Barbatión; el plan fracasó a causa de este último (cf. J. Bidez, *op. cit.*, págs. 149-50). Fue entonces cuando Juliano forzó —mediante un acto de provocación contrario a las concesiones que Constancio hiciera a los alamanos (Amiano, XVI 12, 3; Libanio, *Or. XVIII* 52: cf. G. W. Bowersock, *Julian...*, cit., pág. 41 y n. 117 al libro II)— la batalla de Estrasburgo (agosto del 357, en los alrededores de la actual Oberhausbergen, cercana a Estrasburgo: cf. J. J. Hatt, J. Schwartz, *op. cit.*, págs. 326; 320). La cifra de caídos que ofrece Zósimo es evidentemente hiperbólica, según Amiano, XVI 12, 63, cayeron 6.000 alamanos sin contar a los ahogados (sobre un ejército de 35.000) y 243 romanos (sobre 13.000).

la guerra; confiando en su fuerza y habilidad, había depositado en ella parte no pequeña de sus esperanzas. Cuando se entabló combate, cayeron muchos sobre el enemigo, mostrando cada uno el coraje de que era capaz, y el ejército romano resultó muy superior con la única excepción de éstos, que se dieron a la fuga y abandonaron la formación; de suerte que, aunque el César en persona se lanzó con unos pocos hacia ellos llamándolos y exhortándolos a que participasen en la victoria, ni aun así accedieron a mezclarse en el combate. Entonces el César, irritado lógicamente 5
con quienes, en lo tocante a ellos, habían entregado a sus conciudadanos a los bárbaros, no les impuso las penas fijadas por las leyes, sino que, tras vestirlos con ropas femeninas, los hizo desfilar a lo largo del campamento para ser expulsados, reputando que al tratarse de hombres de armas éste sería el castigo más penoso. Lo cual vino a resultar oportuno tanto para él como para aquéllos, pues en la segunda guerra contra los germanos tuvieron en cuenta la afrenta que les había sido impuesta y fueron, frente a prácticamente todos los demás, únicos en brillar por sus proezas [11].

[11] Según Amiano, XVI 12, 21-24, los alamanos supieron por un desertor que la caballería ocupaba el ala derecha del ejército romano, ante lo cual dispusieron su propia caballería, reforzada con otros contingentes, en el ala izquierda, esperando que allí se libraría lo más duro de la batalla (véase asimismo Libanio, *Or. XVIII* 56); así se explica el fracaso de la caballería romana, un fracaso que Amiano, XVI 12, 37-41, y Libanio, *Or. XVIII* 58-59, presentan, frente a Zósimo, como sólo parcial, pues las palabras del César bastaron, según estos autores, para hacer volver a los jinetes en fuga. El pintoresco castigo mencionado por Zósimo no aparece en Amiano, limitándose Libanio, *Or. XVIII* 66, a consignar que los portaestandartes fueron sancionados, aunque se les dejara con vida.

4 Después de haberse ocupado de estas cosas, el César
reunió con tranquilidad abundantes tropas para preparar
la guerra contra el pueblo germano. Cuando los bárbaros
alinearon contra él un abundantísimo ejército, el César,
sin esperar el ataque, cruzó el Rin, pues juzgó más conve-
niente librar la guerra en tierra enemiga que en romana,
dado que con ello las ciudades no habrían de soportar una
2 vez más la presencia de los bárbaros. Tuvo lugar una muy
recia batalla en la que cayó inmenso número de bárbaros,
y el César, después de perseguir hasta los Bosques Herci-
nios a los que huían, de causar abundante mortandad y
de tomar prisionero a Vadomario, el hijo del caudillo de
los bárbaros, devolvió las tropas a sus lares mientras ento-
naban peanes por la victoria y encarecían hasta lo más alto
3 la habilidad militar del César. Dispuso Juliano que Vado-
mario le fuese enviado a Constancio, a cuya fortuna atri-
buyó la victoria; mientras, los bárbaros, colocados en la
más grave situación y temerosos ya por sus hijos y muje-
res, no fuera que el César avanzara hasta los territorios
en que se hallaban y destruyera por completo su raza toda,
envían embajadores a los romanos para negociar tratados
de amistad, con la promesa de no volver jamás a atacar
4 a los romanos. El César dijo que trataría de amistad con
ellos sólo cuando recuperase a todos los prisioneros que
en tiempos anteriores se habían llevado de las ciudades cap-
turadas. Como los bárbaros estuviesen de acuerdo en cum-
plir con ello devolviendo a cuantos aún estaban con vida,
el César, para conseguir que ningún prisionero quedara ocul-
5 tamente entre los bárbaros, idea lo siguiente: envió a bus-
car a los que habían huido de cada ciudad o aldea y les
pidió que nombraran a los prisioneros que de cada ciudad
o aldea se habían llevado los bárbaros. Cada uno nombró
a los que conocía por familia, amistad, vecindad o cual-

quier otra circunstancia, ordenando él a los secretarios im-
periales que los registrasen a todos por escrito. Hecho lo
cual, sin que conociesen los embajadores el plan, cruza
el Rin y ordena a los embajadores que vuelvan con los
prisioneros. Éstos cumplieron en breve la orden, afirman- 6
do que tenían a todos los prisioneros, y a continuación
el César tomó asiento en un alto estrado, colocó tras el
estrado a los secretarios y solicitó de los bárbaros que com-
pareciesen los prisioneros en cumplimiento de lo pactado.
A medida que cada uno desfilaba y decía cómo se llama-
ba, los secretarios colocados junto al César buscaban sus
nombres en los registros, que tenían a la vista; y compa-
rando los que antes habían anotado con los que fueron
mostrados al César, al hallar que eran muchos más los
nombrados por sus conciudadanos o vecinos, lo ponían
en conocimiento del César, a cuyas espaldas estaban situa-
dos. Como éste amenazara con guerra a los embajadores 7
de los bárbaros, ya que no habían entregado a todos los
prisioneros, y además citase a los que faltaban de cada
ciudad o aldea, cuyo nombre los escribientes le deslizaban,
los embajadores, convencidos de que por efecto de alguna
fuerza divina hasta lo muy oculto y lo invisible se hacía
visible al César, consintieron, profiriendo sobre ello la fór-
mula de sus juramentos ancestrales, en devolver a cuantos
encontrasen vivos [12].

[12] El presente capítulo confunde operaciones que tuvieron lugar en fechas distintas y en ámbitos diferentes. Respecto a la batalla mencionada al comienzo, debe decirse que durante su estancia en las Galias Juliano atravesó el Rin tres veces, en 357, 358 y 359 (cf. Amiano, XVII 1; 17, 10; 18, 2), acaudillando en las tres ocasiones expediciones victoriosas contra los alamanos; Zósimo yerra al presentar estas tres ocasiones como una sola, constituyendo la batalla mencionada, posiblemente, un doblete de la de Estrasburgo que se narra en el capítulo anterior. No se sabe

5 Efectuado lo cual y entregada la multitud de prisioneros que lógicamente se había congregado a partir de cuarenta ciudades tomadas por la fuerza, el César se hallaba confuso respecto a lo que debía hacer, pues veía que las ciudades estaban completamente destruidas, que la tierra había permanecido sin laborar no poco tiempo y que los prisioneros devueltos por los bárbaros necesitaban no poco alimento, el cual no se podía conseguir fácilmente de las ciudades vecinas porque éstas, al no haberse visto tampoco libres de las incursiones bárbaras, no disponían de suficiente alimento. No sabiendo cómo afrontar esta situación idea
2 lo que sigue: como hacia los confines de Germania, que constituyen una provincia gala, el Rin va a dar al Océano Atlántico en un punto de la costa que dista novecientos estadios de la isla de Britania, mandó traer de los bosques vecinos al río madera con la que construyó ochocientos navíos mayores que barcas, enviando los cuales a Britania hizo traer trigo; y se ocupó de que éste fuera transportado río arriba, a lo largo del Rin, en embarcaciones fluviales, repitiendo la operación, ya que el trayecto era corto, una

qué operación la terminó con persecución de los bárbaros hasta los «Bosques Hercinios»; esta denominación, sumamente imprecisa, alude vagamente a toda la región de montañas boscosas entre Rin y Cárpatos. El rey alamano enviado por Juliano a Constancio fue Cnodomario, hecho prisionero al finalizar la batalla de Estrasburgo; Vadomario, otro rey alamano, fue capturado por Juliano y enviado a Hispania en el 361; hijo suyo era Viticab, entregado como rehén al césar en el 359; como se ve, bajo la expresión «Vadomario, el hijo del caudillo de los bárbaros» Zósimo confunde tres personajes distintos. La restitución de los cautivos se produjo con motivo de la expedición del 358; AMIANO XVII 10, 7-8, cuenta sólo que el rey alamano Hortario, compelido a la entrega de los cautivos romanos, intentó en vano engañar al césar (véase también LIBANIO, *Or. XVIII* 78). Sobre todo esto consúltese F. PASCHOUD, ed. cit., III, nn. 11 y 12.

y otra vez. Así, consiguió que los prisioneros devueltos a las ciudades pudieran disponer de alimento, sembrar la tierra y contar con lo necesario hasta la siega [13]. Cuando lle- 3
vó a cabo todo esto aún no había alcanzado los veinticinco años [14]; y como los soldados estaban bien dispuestos hacia él por la sencillez de su vida, su bravura en la guerra, energía en el gobierno y demás virtudes, en las cuales puede decirse que sobrepasaba a todos sus contemporáneos, Constancio, tocado de envidia por los éxitos de Juliano y en la creencia de que había de atribuirse a Salustio, uno de los consejeros que le habían sido dados, tan alta reputación en la guerra y en el ejercicio de la administración, mandó llamar a éste bajo el pretexto de ponerlo al frente de los asuntos del Oriente [15]. Pero aunque Juliano lo dejó 4

[13] La reconstitución de la flota británica se produjo en el marco de una serie de operaciones destinadas a consolidar la defensa del bajo Rin. La necesidad de asegurar el avituallamiento de las tropas establecidas en las fortalezas que custodiaban la zona fue, frente a lo que afirma Zósimo, el factor determinante de tal reconstitución (cf. J. BIDEZ, *op. cit.*, págs. 156-57). El plan de aprovisionar el territorio renano desde Britania no respondió, por otra parte, a una idea original del César, pues sólo restauraba una práctica antigua (cf. AMIANO, XVIII 2, 3; LIBANIO, *Or. XVIII* 83). Según el mismo JULIANO, *Or. V* 280a, los navíos por él construidos fueron 400. Sobre el número de ciudades capturadas por los bárbaros véase n. 2.

[14] La fecha de nacimiento de Juliano se coloca o en el 331 (cf. G. W. BOWERSOCK, *Julian...*, cit., pág. 22) o en abril-mayo-332 (así F. D. GILLIARD, *op. cit.*, pág. 452).

[15] *Secundus Salutius* (véanse nn. 6 y 7), con quien Juliano había trabado estrecha amistad (cf. su *Or. IV*), fue llamado por Constancio en el 359; según LIBANIO, *Or. XVIII* 85, se le acusaba de incitar a Juliano contra el Augusto. En la intriga que produjo su alejamiento del César intervinieron Florencio (prefecto del pretorio para las Galias) y personajes de la corte de Constancio que habían sido hostiles a Galo (reconstrucción del episodio en J. BIDEZ, *op. cit.*, págs. 169-171).

ir sin demora (pues había decidido rendir obediencia en todo a Constancio), cuanto estaba bajo la férula del César experimentaba, por así decirlo, cada día no poca mejora, pues los soldados crecían en número y en experiencia bélica y las ciudades disfrutaban de paz y de los beneficios que de ésta se derivan.

6 Como prácticamente todos los bárbaros habían renunciado a cualquier tipo de esperanzas y lo que aguardaban era, en suma, el total exterminio de cuantos aún quedaban, los sajones, considerados por su valor, empuje y fortaleza en el combate los más poderosos de entre los bárbaros establecidos en aquella zona, envían a los cuados, que eran una parte de su pueblo [16], a la tierra ocupada por
2 los romanos. Pero dado que los francos, limítrofes con ellos, les impedían atravesar por temor a ofrecer al César una causa justificada para atacarles de nuevo, construyeron barcos con los cuales marcharon contra los dominios romanos superando el territorio ocupado por los francos. Llegados a Batavia [17], a la que el Rin, partido en dos, hace la mayor de las islas fluviales, se dedicaron a expulsar al pueblo de los salios, una fracción de los francos arrojados por los sajones de su propio país a esta isla, isla que

[16] Los cuados, que en esta época habitaban territorio danubiano y no renano, no parecen haber formado nunca parte de los sajones. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 15, explica de la siguiente manera el error de Zósimo: bajo el nombre de cuados se alude aquí a los camavos (contra los cuales —según afirman Juliano, *ad Ath.* 280b, Amiano, XVII 8, 5, y Eunapio, f. 12 [Müller]— se dirigieron las operaciones mencionadas en el presente capítulo); tampoco los camavos formaban parte de los sajones, pero con ellos se habían mezclado caucos, quienes a su vez en el siglo iv se mezclaron con los sajones. Habría pues en Zósimo un error en el nombre del pueblo y una generalización falsa.

[17] Actual Betuwe.

a su vez, siendo primero toda ella de los romanos, se encontraba entonces en manos de los salios [18]. Por su parte, 3
el César, al enterarse partió contra los cuados, encomendando a su ejército combatir a éstos enérgicamente, pero no dar muerte a ninguno de los salios ni impedirles atravesar las fronteras romanas, dado que no se acercaban al país como enemigos, sino forzados por la presión de los cuados. Al conocer esta humanitaria actitud del César, una parte de los salios se encaminó, con su rey al frente, desde su isla a territorio bajo mando romano, otra parte que había buscado refugió en las montañas regresó, y todos, llegándose como suplicantes ante el César, le hicieron entrega voluntaria de cuanto poseían. Viendo éste que los 4
bárbaros no tenían todavía ánimo para guerra alguna, sino que se dedicaban a furtivas incursiones de rapiña con las que ocasionaban a la tierra perjuicios no pequeños ni desdeñables, hizo frente a esta táctica de los bárbaros con una sagaz estratagema [19].

[18] «Salios» era el nombre de los francos que habitaban el territorio situado en la desembocadura del Rin.

[19] Los sucesos contenidos en el presente capítulo se desarrollaron durante el 358 y en el contexto de las operaciones encaminadas a la recuperación del bajo Rin. Según F. Paschoud, ed. cit., III, n. 15, los francos salios se establecieron en Batavia al ser desalojados de su primitivo territorio por los sajones; otra fracción de francos distinta a la de los salios invadió en el invierno del 357-58 el territorio romano, siendo expulsada por Juliano (Amiano, XVII 2; Libanio, *Or. XVIII* 70); Zósimo no menciona el incidente, pero la expresión «atacarles de nuevo» indica que sus fuentes lo consignaban); son estos últimos, instalados en la orilla derecha del Rin, los que se oponen al avance de caucos y camavos (véase n. 16) movidos por su reciente derrota ante el César. Los invasores entonces remontan el río hasta alcanzar un punto en que la orilla se encuentra desocupada, construyen allí embarcaciones y sobre éstas llegan a Batavia, de donde expulsan a los salios; éstos se retiran seguidamente a los domi-

7 Había un hombre que sobrepasaba en corpulencia a
todos los demás y de un valor parejo a su cuerpo. Bárbaro
de nacimiento y habituado a saquear con tales, dio en aban-
donar las costumbres de su pueblo para trasladarse junto
2 a los celtas sometidos a Roma. Así pues, residente desde
hacía algún tiempo en Tréveris (que es la mayor ciudad
de las provincias transalpinas) [20], al ver que los bárbaros
del otro lado del Rin, dedicados al pillaje de las ciudades
de esta zona, saqueaban sin obstáculo los bienes de todos
—eran los años en que Juiano no desempeñaba aún el car-
go de césar—, discurría la manera de llevar ayuda a las
ciudades; pero como no tenía facultad para ello, pues na-
die le había impuesto semejante tarea, al principio él solo,
oculto en la espesura de los bosques, acechaba las incur-
siones de los bárbaros para acercárseles de noche, cuando
ya estaban vencidos por la embriaguez y el sueño, y cortar
cuantas cabezas de bárbaros era capaz, cabezas que lleva-
3 ba a la ciudad y allí exhibía. Al hacer esto una y otra
vez, infundió no poco recelo en los bárbaros, los cuales
no sabían qué pasaba, pero se percataban del daño por

---

nios situados más al sur, y allí son admitidos por el césar, mientras cau-cos y camavos dirigen desde su nuevo territorio batavo incursiones preda-torias contra suelo romano. Por su parte E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 78-79 y 93-94, se basa en Amiano, XVII 8, 3-5 (según el cual Juliano habría atacado primero a los salios, instala-dos desde hacía años en el territorio romano de Toxiandria, al sur de Batavia, y posteriormente a los camavos), para afirmar que los salios, alojados como dediticios en Batavia hacia el 293-94, fueron expulsados de allí por los camavos en el 340-41; en tal fecha Constante los habría admitido en Toxiandria, de donde, de nuevo, fueron rechazados hacia el sur en el 358. Juliano habría reinstalado a los salios en el territorio de Toxiandria, forzando a continuación a los camavos a abandonar la orilla izquierda del Rin.

[20] Actual Trèves.

sufrir pérdidas prácticamente todos los días. Cuando otros
salteadores vinieron a añadirse a éste y concentrándose uno
a uno formaron multitud, entonces Carietón (pues así se
llamaba el primero que descubrió este ardid contra los bár-
baros) se presenta ante el César y le revela lo que era aún
secreto para muchos. El César, ya que no le era fácil valer- 4
se del ejército para hacer frente a las furtivas incursiones
nocturnas de los bárbaros (pues se dividían para el pillaje
en pequeños y numerosos grupos, sin que cuando llegase
el día pudiese verse absolutamente a nadie porque se ocul-
taban en las espesuras que rodeaban las campiñas), al com-
prender lo difícil de manejar que resultaba el enemigo, se
vio en la necesidad de hacer frente a los salteadores con
unidades de salteadores, y no sólo con el ejército. Aceptó 5
pues a Carietón y los suyos, les añadió un buen número
de salios y por las noches los enviaba, como hombres ex-
pertos en el saqueo, a saquear a los cuados, mientras de
día alineaba sus fuerzas en campo abierto y exterminaba
a cuantos fueron capaces de escapar a la banda de saltea-
dores. Continuó con esta práctica hasta que los cuados, 6
reducidos a las mayores estrecheces y rebajados de muchos
a pocos, se presentaron con su caudillo ante el César, que
había hecho gran cantidad de prisioneros en los ataques
anteriores, entre ellos el hijo del rey capturado por Carie-
tón. Y cuando les pidió como rehenes, mientras tendían 7
míseramente ramas de suplicante, a algunos de sus nota-
bles, entre ellos también al hijo del rey, el caudillo de los
bárbaros comenzó a lamentarse de la más lastimosa mane-
ra, jurando entre lágrimas que también su hijo pereció
con los demás. Entonces el César, compadecido ante las
lágrimas del padre, le muestra a su hijo solícitamente tra-
tado y, tras afirmar que lo guardaba en calidad de rehén
y tomar otros rehenes entre los nobles, les concedió honro-

sa paz a condición de que jamás alzaran las manos contra Roma [21].

8 Después de haber solucionado así este asunto, el César enroló a salios, una parte de los cuados y algunos habitantes de la isla de Batavia en unidades militares que al parecer subsisten aún hoy día [22]. Por las mismas fechas, el emperador Constancio estaba en Oriente con la cuestión de los persas como única preocupación, haciendo frente de manera enérgica a las guerras de aquella parte. Pues las

[21] Los acontecimientos aquí narrados se integran en las operaciones del 358 destinadas a despejar los territorios adyacentes a la desembocadura del Rin (se trataría en concreto de las luchas libradas por Juliano con aquellos bárbaros que habían desalojado a los salios). Carietón es un personaje histórico (cf. EUNAPIO, f. 11 [MÜLLER], y AMIANO, XVII 10, 5; LIBANIO, *Or. XVIII* 104, lo menciona sin nombrarlo y fuera de contexto, pero precisando que Carietón y sus compañeros se dedicaron al bandidaje después de la liquidación de Magnencio, a quien habían apoyado), y tras el relato de Zósimo debe haber un fondo de verdad: el silencio guardado por Amiano sobre todo el episodio responde a una especie de pudor ante la índole de los medios a que debió recurrir su héroe (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 16). La paz, impuesta no a cuados sino a caucos y camavos (cf. n. 16), estipulaba que éstos volverían a sus territorios (AMIANO, XVII 8, 5).

[22] La presente noticia está plagada de errores (de nuevo se confunden cuados con camavos; no se sabe a quién alude la expresión «habitantes de la isla de Batavia»; el «aún hoy día» se refiere no a la época de Zósimo, sino a la de su fuente: Eunapio, cf. F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 18), pero suministra un importante dato: la germanización que el ejército romano experimentó en estas fechas, particularmente por obra de Juliano. Tras la sangría de Mursa urgía la restauración de los contingentes militares, lo que se efectuó reclutando soldados germanos. En concreto Juliano, que contaba con 13.000 soldados cuando la batalla de Estrasburgo, marchó de las Galias tres años después al frente de un ejército de 23.000 hombres, dejando además importantes contingentes en territorio galo (cf. E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 101-105).

provincias transalpinas se hallaban, gracias a la prudente administración del César, favorablemente dispuestas hacia su persona, e Italia entera e Iliria estaban libres de amenaza, ya que los bárbaros de allende el Danubio guardaban sosiego por temor a que el César cruzase el territorio galo y pasase el Danubio para marchar en su contra [23]. En tal 2
menester se hallaba, pues, Constancio cuando los persas, que tenían por rey a Sapor, comenzaron a saquear el territorio de Mesopotamia y, tras devastar la comarca de Nísibis, asediaban ya con todos sus efectivos la ciudad misma. El general Luciliano pudo resistir el asedio sirviéndose ora de las ocasiones brindadas por la fortuna, ora de estratagemas, con lo que, después de verse en la más crítica situación, escapó la ciudad a los peligros que la amenenazaban. Respecto a cómo, estimé superfluo narrarlo, dado que el mismo César relató lo entonces acaecido en obra debida a su mano, consultando la cual es posible constatar además lo muy excelente de sus letras [24]. Cuando la situación 3
en Oriente parecía tranquila y los logros del César estaban en boca de todos, la envidia envolvió con fuerza a Cons-

[23] La pacificación de la frontera del Danubio debe atribuirse más bien a las operaciones emprendidas por Constancio en esta zona entre el 357 y el 358 (cf. AMIANO, XVII 6; 12; 13). Puede pensarse, incluso, que después de Mursa Constancio procedió sistemáticamente a la consolidación de la frontera renana primero, y la danubiana después. En el 359, la guerra persa interrumpió estas operaciones. Sobre todo ello véase E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 94-97; J. SZIDAT, *Historischer...*, cit., I, págs. 67-68; 73.

[24] En el año 359 Sapor II invadió a la cabeza de un gran ejército el territorio romano, siendo capturada tras larga resistencia Amida (AMIANO, XVIII 4-10; XIX 1-9). Zósimo confunde este episodio con el tercer cerco de Nísibis en el 350 (cf. n. 114 al libro II), que efectivamente fue rechazado en defensa a cargo de Luciliano; Juliano habla de ello no en una sino en dos obras, las *Or. I* (27a-29a) y *III* (62a-67b).

tancio entre sus lazos. Mortificado por la próspera marcha de los asuntos en Galia e Iberia, maquinaba excusas con las que pudiese, poco a poco e inadvertidamente, disminuir los contingentes del César y, de esta manera, despojarlo de su título. Así pues, le envió mensaje ordenando, bajo argumento de que necesitaba del concurso de ellas,
4 dos de las unidades estacionadas en territorio galo. Juliano, en ignorancia de la determinación de Constancio y también por no darle motivo para encolerizarse, cumplió al punto la orden; y mientras la Galia seguía mereciendo todos sus cuidados, el ejército crecía paulatinamente y los bárbaros de las regiones limítrofes no osaban moverse y ni en sueños alentaban ansias de guerra, Constancio ordena que le sean enviadas otras unidades militares del César. Poco después de obtener lo que había ordenado, manda que se le hagan llegar cuatro cuerpos de caballería e indica al César que prepare enseguida a los soldados para marchar fuera [25].

[25] Tras la toma de Amida (véase n. 24) las relaciones con el imperio vecino eran de guerra, por lo que el traslado de tropas a Oriente estaba en principio justificado (así J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, págs. 71-72; opinión contraria en O. Seeck, *Geschichte...*, cit., IV, pág. 281 y J. F. Drinkwater, *op. cit.*, pág. 385; las afirmaciones de Libanio, *Or. XVIII* 91, podrían apoyar esta última opinión). Por otra parte, no hubo tres órdenes de envío sucesivas inmediatamente antes de la usurpación: la triple petición de Constancio es una ficción forjada para destacar la inmoderada envidia del Augusto (envidia comentada también por Amiano, XX 4, 1, y Libanio, *Or. XVIII* 90). Es cierto, en cambio, que después de la pérdida de Amida Constancio ordenó la comparecencia en Oriente de importantes efectivos pertenecientes al ejército de Juliano. Tal proceder era usual y esperable, pero el cumplimiento de la orden habría supuesto una importante mengua militar para el César, que vería marchar entre un tercio y la mitad de sus fuerzas (cf. J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, págs. 73-74; 140-41).

Estando Juliano en París (es ésta una pequeña ciudad 9
de Germania [26]), los soldados, dispuestos ya para marchar fuera, se dedicaron hasta bien avanzada la noche a banquetearse en los alrededores de la residencia local del Emperador, sin que hubiesen barruntado absolutamente nada de lo que se tramaba contra el César. Pero algunos de los oficiales superiores descubrieron por cuanto estaba sucediendo que era cierta la intriga tramada contra aquél, y dejaron caer secretamente entre los soldados escritos anónimos en los cuales revelaban que el César —quien gracias a su habilidad militar les había dado, por así decirlo, a todos el alzarse con trofeos sobre los bárbaros y que cuando los combates en nada se diferenciaba de ninguno de ellos— iba a verse en el más grave peligro si no concurrían todos al unísono para impedir la marcha de los soldados, pues el Emperador le estaba sustrayendo sus contingentes poco
a poco. Fueron estos escritos distribuidos, y cuando algu- 2
nos soldados los leyeron y llevaron al común lo que se intentaba, consiguieron que montaran todos en cólera. Se levantaron del festín con gran estruendo y, con las copas aún en la mano, corrieron a la residencia imperial; tras forzar las puertas, sacan al César, en medio del mayor desorden, ante la multitud, y alzándolo sobre un escudo lo proclamaron emperador augusto y a la fuerza colocaron
sobre su cabeza la corona. El César, lleno de malestar 3
ante el percance, pero en la creencia de que revocar lo ocurrido no sería un paso prudente, pues Constancio no se atendría ni a juramentos ni a garantía de lealtad alguna,

[26] La concentración de tropas en París (*Lutetia Parisiorum*; en época de Juliano pertenecía a la *Lugdunensis II*) y el subsiguiente pronunciamiento tuvieron lugar en febrero o marzo del 360. Sobre la fiabilidad del relato que presenta aquí Zósimo véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

tanteó sin embargo el sentir de éste, enviándole embajadores con los que aseguraba que el asunto de la usurpación había ocurrido contra su inclinación y su parecer; afirmaba además que si le perdonaba por ello estaba dispuesto a dejar la corona y continuar con la dignidad de césar.
4 Pero Constancio se dejó llevar por la cólera y la arrogancia hasta el punto de declarar ante los embajadores que lo mejor para Juliano era que, ateniéndose a conservar la vida, hiciera entrega de la corona imperial y de las insignias de césar, compareciese como simple particular y se encomendase al criterio del Emperador: pues no le ocurriría nada terrible ni proporcionado a su atrevimiento [27]. Al oírlo por boca de los embajadores, Juliano dio clara muestra de cuál era su parecer para con la divinidad, pues dijo abiertamente y cuando todos podían oírlo que antes que en las propuestas de Constancio, en manos de los dioses

[27] Juliano despachó su embajada después del pronuciamiento, en la segunda mitad de febrero. Tal proceder pudo ser dictado por su debilidad militar frente al augusto —cuyos contingentes eran hasta cinco veces más numerosos que los del César (cf. J. Szidat, *Historischer...*, cit., I, págs. 66-67—, pero, además, la búsqueda de un reconocimiento por parte del emperador legítimo era práctica usual en los usurpadores. Frente a lo afirmado por Zósimo, las pretensiones de Juliano no parecen haberse limitado al mantenimiento de su posición anterior al nombramiento, sino que, al menos en un principio, aspiraría a ser reconocido como augusto en el ámbito de sus dominios, aun manteniendo cierta subordinación frente a Constancio (cf. J. Szidat, *ibid.*, págs. 85-87). Por otra parte la reacción de Constancio tampoco parece haber sido la que expone Zósimo: según Amiano, XX 9, 4, y el mismo Juliano (*ad Ath.* 286c), el Augusto contestó a Juliano instándole a que se conformara con su actual título de césar, y los datos epigráficos y numismáticos confirman que en esta primera fase de las negociaciones los puentes entre ambos soberanos no se rompieron (cf. J. Szidat, *ibid.*, pág. 88). Posiblemente tal ruptura no interesaba a ninguna de las partes, pues si Juliano era militarmente inferior, Constancio debía de ocuparse de la guerra persa.

ponía su persona y su vida [28]. A partir de ese momento 5
resultó evidente a todos la malevolencia de Constancio hacia Juliano; y mientras Constancio se preparaba para la guerra civil [29], a Juliano le ocurría que se encontraba lleno de inquietud por lo sucedido, pues en el caso de que se enfrentase a quien le entregó el cargo de césar cosecharía entre los más fama de ingrato. Hallándose en tal situación, mientras revolvía toda suerte de propósitos y estaba lleno de vacilaciones respecto a la guerra civil, la divinidad le mostró mientra dormía el porvenir. Residía, efectivamen- 6
te, en Vienna [30], cuando le pareció que en sueños el Sol le mostraba los astros al tiempo que pronunciaba estas palabras:

Cuando llegue al vasto confín Zeus del renombrado Acuario
y de Virgo al grado veinticinco Crono lleve su paso,
Constancio emperador tendrá en suelo de Asia
confín para su vida terrible y doloroso [31].

[28] Juliano hizo profesión pública de paganismo sólo cuando su enfrentamiento armado con Constancio parecía inevitable, esto es, durante su estancia en Naíso, tratada en el cap. 11, 1-2 (donde Zósimo confunde Sirmio con Naíso: cf. W. E. Kaegi, «The Emperor...», cit., págs. 162, 167-68); allí dirigió a los atenienses la carta abierta que se conoce bajo el nombre de *Epistula ad S. P. Q. Atheniensem*, plagada de expresiones paganas. Amiano, XXI 2, 5, y Zonaras, XIII 11, cuentan que todavía el 6 de enero del 361 asistió Juliano en una iglesia cristiana a los oficios correspondientes a la Epifanía. Posiblemente con tal actitud buscaba atraerse el apoyo de los ortodoxos galos en pugna con el proarriano Constancio (cf. J. Szidat, *Historischer...*, cit., pág. 87).

[29] Afirmación falsa: a la sazón Constancio se ocupaba de la guerra contra los persas (véase n. 27).

[30] La actual Vienne, cerca de Lyon.

[31] El oráculo describe la situación real de los astros a comienzos de noviembre del 361. Constancio murió el día 3 de dicho mes y año (cf. T. Büttner-Wobst, *op. cit.*, pág. 41; *PLRE I*, pág. 226; F. Paschoud, ed. cit., III, n. 23).

7 Animado por este sueño, se consagró como acostumbraba al cuidado de los asuntos públicos; y dado que aún era invierno, estimó oportuno, por un lado, prestar la debida atención a todo lo concerniente a los bárbaros, de suerte que, si iba a verse en la necesidad de dirigir sus esfuerzos a los otros asuntos, la situación de la Galia guardase un completo orden; por otro lado, comenzó a preparar, mientras Constancio estaba en Oriente, su ofensiva.

10 Ya bien entrado el verano, una vez puesto en orden lo tocante a los bárbaros del otro lado del Rin, a quienes, en parte, forzó por las armas a que se mantuvieran en calma, en parte convenció a preferir la paz a la guerra mediante la experiencia de lo antes acaecido [32], preparó el ejército como para un larga ausencia y, después de establecer en las ciudades y los puntos fronterizos gobernadores civiles y militares, se puso en marcha hacia los Alpes con
2 sus efectivos. Cuando llegó a Retia —de donde nace el

[32] Tras el pronunciamiento de París, Juliano dirigió dos expediciones contra los bárbaros. La primera tuvo lugar en verano-otoño del 360; el examen de las circunstancias en que se desarrolló esta primera incursión parece indicar que el verdadero objetivo del César era proveerse de una excusa para pasar el invierno con sus tropas en Vienne, no en París: más próxima al escenario de la expedición que París, Vienne disfrutaba también de una posición estratégica muy superior cara a un enfrentamiento con Constancio (cf. J. SZIDAT, *Historischer...*, cit., II, págs. 43-44). La segunda expedición, respuesta a las incursiones de los alamanos que habitaban el alto Rin, se llevó a efecto en marzo y abril del 361; ciertamente las incursiones alamanas ponían en peligro la tranquilidad del territorio galo, pero al mismo tiempo la contraofensiva brindó a Juliano ocasión para adelantar su ejército con vistas a la marcha a Sirmio. Un buen número de fuentes antiguas (AMIANO, XXI 3, 4-5; JULIANO, *ad Ath.* 286a; LIBANIO, *Or. XVIII* 107; consúltese también SÓCRATES, III 1) denuncian la existencia de un pacto contra Juliano entre Constancio y Vadomar, el caudillo de los alamanos; la investigación más reciente tiende a aceptar la veracidad de tal afirmación (cf. J. SZIDAT, *ibid.*, págs. 88-90).

Danubio para ir a dar al Ponto Euxino después de pasar por Norico, por toda la Panonia, por Dacia igualmente y por la Mesia y la Escitia Tracias— mandó construir embarcaciones fluviales en las que él mismo siguió avanzando por el Danubio [33] con tres mil hombres, dando órdenes de que otros veinte mil ganaran por tierra Sirmio. Gracias 3
a un incesante bogar, al movimiento de la corriente y a la ayuda que brindaron los vientos etesios, en el undécimo día llegó junto a Sirmio [34]; y como circulase la noticia de que había llegado el Emperador y prácticamente todos creyeran que era Constancio el que se presentaba, cuando recibieron a Juliano se llenaron todos de estupor y tuvieron por prodigio lo ocurrido. Habiendo comparecido poco después los contingentes de Galia que le seguían, escribió al Senado de Roma y a las tropas estacionadas en Italia que mantuvieran la paz en las ciudades, dado que él ejercía el Imperio. Puesto que Tauro y Florencio, los cónsules de 4
aquel año, que eran del partido de Constancio, tan pronto como supieron que Juliano había atravesado los Alpes y llegado a Panonia huyeron de Roma [35], ordenó que se les

[33] Según AMIANO, XXI 9, 2, Juliano no mandó fabricar los barcos, sino que los encontró casualmente en el lugar oportuno.

[34] La marcha de Juliano a las provincias danubianas marca su ruptura definitiva con Constancio (cf. AMIANO, XXI 5, 1). Emprendida desde el territorio en que se había desarrollado su última expedición contra los alamanos —lo que le permitió burlar las defensas establecidas por Constancio en las fronteras de la prefectura de Italia— la llegada a Sirmio debe ubicarse, frente a lo que indica Zósimo al comienzo del capítulo, en mayo-junio del 361. Si Juliano no halló a su paso resistencia militar, ello se debió a que las regiones ilíricas estaban escasamente guarnecidas de tropa. Sobre todo esto consúltese J. SZIDAT, «Zur Ankunft...», cit.; *Historischer...*, cit., I, pág. 69; *Historischer...*, cit., II, pág. 88.

[35] Florencio no estaba en Roma, sino en Iliria, cuya prefectura del pretorio ocupaba; probablemente Tauro estaba en Italia, pero no en Ro-

hiciese figurar en los contratos como cónsules desertores; y a todas las ciudades que vino a atravesar en su marcha daba muestras de buena disposición, infundiendo en todos muy buenas esperanzas. Escribió igualmente a atenienses, lacedemonios y corintios exponiendo las razones de su llegada.

11 Mientras estaba en Sirmio le fueron enviados embajadores de prácticamente toda Grecia, tras ofrecer a los cuales las respuestas adecuadas y brindarles las muestras de consideración debidas, añadió al ejército de Galia otro procedente del mismo Sirmio y de las unidades de Panonia y Mesia y continuó su avance. Ocupada Naíso, dedicóse allí a escrutar con los adivinos lo que debía de hacerse. Como los presagios le indicasen que permaneciera allí algún tiempo, se atuvo a ello, al tiempo que, asimismo, ace-
2 chaba el momento señalado en su sueño [36]. Cuando los movimientos de los astros parecían unánimes, estando en

ma. (cf. *PLRE I*, págs. 365 y 880; F. Paschoud, ed. cit., III, n. 26). Zósimo incurre en un evidente error cuando afirma que Juliano había atravesado los Alpes.

[36] La actividad diplomática y militar de que habla Zósimo la desarrolló Juliano no en Sirmio, donde permaneció sólo tres días, sino en Naíso, a la que se dirigió tras abandonar Sirmio (cf. Amiano, XXI 10). Debe precisarse que las unidades halladas en Mesia y Panonia no parecieron enteramente leales a la nueva causa, por lo que fueron enviadas a territorio galo. Con independencia de cualquier predicción sobrenatural, la permanencia de Juliano en Naíso estuvo motivada por la imposibilidad, dada su delicada situación, de continuar avanzando: de un lado Sapor retiró su ejército de territorio romano (Amiano, XXI 13, 8), por lo que Constancio pudo abandonar el Oriente para hacer frente a la usurpación; de otro, el Senado Romano había adoptado una actitud reticente hacia el usurpador (cf. Amiano, XXI 10, 7); finalmente, la ciudad de Aquilea había abierto sus puertas a las tropas de Mesia y Panonia enviadas a la Galia, y al abrigo de las murallas de la ciudad dichas tropas habían proclamado, contando con el apoyo de la población, su adhesión a Constancio (Amiano, XXI 11).

Naíso, un gran número de jinetes procedentes de Constantinopla le trajo la noticia de que había muerto Constancio y las legiones llamaban a Juliano al poder supremo. Aceptando, pues, lo que la divinidad le había concedido, continuó su marcha hacia adelante. Llegado a Bizancio, todos lo acogían con aclamaciones, lo llamaban, como nacido y criado en aquella ciudad, su conciudadano y vástago y, tributándole demás obsequios, lo tenían por destinado a
ser máximo benefactor de los hombres. Allí dispensó sus 3
cuidados tanto a la ciudad como al ejército; a la ciudad le concedió el contar, como Roma, con un senado, construyó para ella un amplísimo puerto, refugio de los barcos amenazados por los vientos del sur, y un pórtico en forma de sigma más que recto y que se extendía hasta el puerto, pórtico en el cual construyó una biblioteca donde depositó cuantos libros tenía; después se dedicó a preparar la guerra contra los persas. Cuando habían transcurrido diez meses de estancia en Bizancio nombró generales a Hormisdes y a Víctor, les asignó oficiales y legiones y se puso en mar-
cha hacia Antioquía [37]. Con cuánta calma y compostura 4
hicieron la ruta los soldados, no hay qué decirlo. Pues tampoco era lógico que, bajo las órdenes del emperador Juliano, provocaran éstos desorden alguno. Llegado a Antioquía, la población lo acoge favorablemente. Pero siendo

[37] Constancio murió el 3 de noviembre del 361 (cf. *PLRE I*, pág. 226). El 11 de diciembre del 361 entró Juliano en Constantinopla (Amiano, XXII 2, 4), de la que salió antes del 17-19 de julio del 362 (cf. J. Bidez, *op. cit.*, pág. 400): su estancia se prolongó, por tanto, sólo unos 6 meses. Además la creación del Senado de Constantinopla se debió a Constantino, y la afirmación de Zósimo a este respecto no parece estar justificada en ningún sentido. La fundación de la biblioteca, por otra parte, se remonta al menos a Constancio II (véase G. Dagron, *op. cit.*, págs. 89, 194, 120-24).

por naturaleza dada a los espectáculos e inclinada más a lo muelle que a un obrar responsable, lógicamente llevaba mal la prudencia y el comedimiento que hacia todo mostraba el Emperador, el cual se mantenía apartado de teatros y acudía raramente, absteniéndose incluso durante el
5 día entero, a los juegos. Lanzaron, pues, estrambóticos rumores con los que le zaherían. Pero él se defendió sin imponerles, de hecho, castigo alguno, sino con un pulidísimo discurso compuesto contra ellos y la ciudad, tan lleno de ironía y tan zahiriente que bastó para llevar a todo rincón de la tierra el oprobio de los antioquenos. Aquéllos, por tanto, se arrepintieron de sus faltas, y el Emperador, tras procurar las ayudas precisas a la ciudad y concederle abundante número de curiales, integrados, además de por aquellos que heredaban el título paterno, por cuantos hubiesen visto la luz de hijas de curiales —lo cual nos consta que ha sido concedido a pocas ciudades— y tras tomar muchas otras disposiciones acertadas y justas, se dedicó a preparar la guerra contra los persas [38].

---

[38] El enfrentamiento entre Juliano y los antioquenos tuvo motivaciones más complejas de las que consigna Zósimo. Hubo, en primer lugar, un alza de precios (fenómeno usual en cualquier ciudad que acogiese un número importante de tropas) que el Emperador intentó frenar a través de distintos expedientes, incluyendo las medidas referentes a la curia mencionadas por Zósimo (véase *Cod. Theod.* XIII 1, 51; 12, 1, 52); el fracaso en la solución de este problema fue una de las causas del conflicto. La amplia población cristiana de Antioquía se sintió además ofendida por la política religiosa de Juliano (cf. Amiano, XXII 12, 8-13, 3). Finalmente, tanto a paganos como a cristianos disgustó el ascético rigorismo religioso de que hacía ostentación el Emperador. Es importante puntualizar que la obra de donde procede la mayor parte de nuestra información respecto al conflicto con los antioquenos es el *Misopogon* (el «pulidísimo discurso» de Zósimo), composición oficialmente escrita para los antioquenos, pero de hecho, y según muestra la presencia en ella de motivos

Cuando ya finalizaba el invierno, concentró su ejército 12
y, después de enviarlo por delante unidad tras unidad y en buen orden, abandonó Antioquía [39], por más que las víctimas sacrificales no le fueran propicias: en razón de qué, aun sabiéndolo, lo pasaré en silencio. En el quinto día llegaba a Hierápolis, donde debían concurrir todos los barcos de guerra y de transporte que descendían desde el Samosata y otros lugares por el Éufrates; puso al frente de estos barcos a Hiereo, uno de los comandantes de las unidades del ejército, y lo envió por delante. Él, por su 2
parte, permaneció sólo tres días en Hierápolis, marchando después hasta Batnas, una pequeña ciudad de la Osroena; allí fueron a encontrarle en masa los habitantes de Edesa, que portaban una corona y lo invitaban a su ciudad en medio de aclamaciones. Él los acogió, se presentó en la ciudad y, después de despachar los asuntos que requerían atención, marchó en dirección a Carras. A partir de este 3
punto se abrían dos caminos, uno que a través del río Tigris y la ciudad de Nísibis desembocaba en las satrapías de Adiabena, otro a través del Éufrates y de Circesio (ésta es una plaza fuerte, rodeada por el río Abora y por el Éufrates mismo, que linda con la frontera asiria) [40], y mien-

---

usuales en la publicística projulianea, dirigida a un público mas amplio y destinada a propagar el ideario político del nuevo soberano (cf. G. Downey, *A History...*, pág. 394; C. Prato, D. Micalella, *op. cit.*, págs. 13*-15*): este carácter propagandístico de la obra vierte sobre los sucesos de Antioquía una luz deformadora, haciendo que con frecuencia se atribuya al episodio una importancia mayor de la que tuvo.

[39] El 5 de marzo del 363 (Amiano, XXIII 2, 6).

[40] Hierápolis (al norte de la actual Siria) se encontraba a unos 30 Km. al oeste del Éufrates, por lo que no pudo ser elegida lugar de conjunción de la flota. El territorio de Osdroena u Osroena se hallaba al este del Éufrates; a dicho territorio pertenecían Batnas de Osdroena y Edesa (ambas en territorio de la actual Turquía, cerca de la frontera

tras el Emperador examinaba cuál de ellos había de utili-
zar para su marcha llegó la noticia de un ataque de los
persas, quienes, contaban, habían saqueado los territorios
4 sometidos a los romanos. Y ocurrió que, a raíz de ello,
todo el ejército se llenó de confusión. Pero el Emperador,
en el conocimiento de que eran más bien salteadores que,
tras coger lo que hallaron a mano, se habían retirado, de-
cidió dejar en la comarca cercana al Tigris guarnición sufi-
ciente, de suerte que los persas no procediesen, al marchar
todas las tropas con él por el otro camino a Persia, a da-
ñar Nísibis y todos los territorios adyacentes a ella por
5 encontrarlos privados de protección. Resolvió, pues, dejar
allí dieciocho mil soldados bajo el mando de Sebastián y
Procopio, al tiempo que él avanzaba por el Éufrates con
todos sus contingentes, de suerte que, dividiendo así el ejér-
cito de que disponía, en cualquier punto por donde apare-

con Siria). Edesa (actual Urfa) contaba con abundante poblacion cristiana; dado además que para visitarla Juliano habría debido efectuar un rodeo, cabe pensar que la noticia de tal visita, presente sólo en Zósimo, es errónea: cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 32. La expresión «satrapías de Adiabena» designa el territorio persa situado al este del Tigris. Circesio (en Amiano, *Cercusium*) se hallaba en el territorio de la actual Siria, y el Abora es el actual Khapur, afluente del Éufrates que en tiempo de Juliano constituía parte de la frontera entre Roma y Persia. Asiria hace referencia al territorio mesopotámico situado al sudeste del Abora. La deliberación sobre el camino que había de seguirse, de la que habla sólo Zósimo, no debió tener lugar, pues toda la estrategia de la expedición persa estaba basada en dos premisas: la de conjuntar las tropas de tierra con los efectivos que descendían en barco por el Éufrates y la de sorprender a Sapor tomando la ruta menos esperable, que era aquella que discurría en paralelo al Éufrates; el camino que atravesaba el Tigris desembocando en «las satrapías de Adiabena» estaba, pues, descartado de antemano, explicándose quizás la noticia acerca de la deliberación como un eco del proyecto de sorprender al rey persa (cf. Amiano, XXIII 2, 7 y J. Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 45).

ciesen los enemigos hubiese quienes le hiciesen frente y no
devastasen impunemente lo que encontrasen ante sí [41].
Una vez que hubo organizado la cosas de esta manera 13
en Carras (ciudad limítrofe entre territorio romano y asi-
rio) [42], quiso contemplar el ejército desde un lugar elevado
y admirar las unidades de a pie y los escuadrones de caba-
llería. Eran en total sesenta y cinco mil hombres [43]. Par-
tiendo de Carras dejó atrás las plazas fuertes que había
hasta Calínico [44], marchó de ésta a Circesio, de la que ha-
blamos antes, y cruzó el río Abora para embarcarse y
seguir su camino por el Éufrates. Marchaban también con 2
él los soldados que habían transportado los víveres, y em-
barcaron cuantos recibieron orden de ello. Pues ocurría
que ya se había presentado la flota llevando consigo seis-
cientas embarcaciones de madera y quinientas de cuero.
A ellas se añadían cincuenta navíos de guerra, acompaña-
dos por otros, de ancha cubierta, de los que en caso nece-
sario habían de resultar puentes para que el ejército atra-
vesara a pie los ríos. Seguían otros muchos barcos que 3
llevaban unos alimento para el ejército, otros madera para

[41] Las fuentes paralelas se contradicen respecto al número de los efectivos confiados a Sebastián y Procopio: frente a Zósimo, Libanio, *Or. XVIII* 214, habla de 20.000 hombres, Amiano, XXIII 3, 5 de 30.000, Malalas, pág. 329 [Bonn], de 6.000. Sobre las razones que motivaron la divisón del ejército en Carras véase J. M. Candau, *La historia...* cit.

[42] Indicación falsa; como afirma el mismo Zósimo 12, 3, la frontera romano-persa comenzaba en Circesio.

[43] El silencio de las fuentes paralelas (que hablan sólo de un abundante ejército) no permite verificar la exactitud de la cifra de 65.000 hombres dada por Zósimo, resultando asimismo imposible de precisar si tal cifra se refiere al conjunto del cuerpo expedicionario antes de la división del ejército en Carras o a lo que quedó después de ésta (cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 34).

[44] Calínico o Niceforio estaba a unos 90 Km. al sur de Carras.

máquinas, otros ingenios ya construidos para el asedio, siendo almirantes Luciano y Constancio. Dispuesto de esta manera el ejército, el Emperador dirigió a todos desde una tribuna las palabras que cuadraban a la ocasión, honró a cada uno de los soldados con un donativo de ciento treinta monedas de plata y, tras nombrar comandante de infantería a Víctor y de caballería a Hormisdes y Arinteo conjun-
4 tamente, inició la invasión de Persia [45]. Respecto a Hormisdes, ya antes se dijo que era persa e hijo de rey, y que, víctima de la injusticia de su hermano, llegó fugitivo junto al emperador Constantino, donde proporcionó muestras de lealtad y fue distinguido con los más altos honores y cargos.

14 Cuando penetró por la frontera persa tenía el Emperador a su izquierda la caballería, que avanzaba en paralelo al margen del río, a su derecha una parte de la infantería, y en cuanto al resto del ejército, iba atrás, con una separación de setenta estadios [46]. El espacio de en medio lo ocupaban los animales de carga, que transportaban las armas

[45] Zósimo no precisa cuándo desembarcó Juliano (tampoco lo precisa Malalas, págs. 329-30 [Bonn], la única fuente con Zósimo que habla de ello; el mismo Malalas ubica la arenga a los soldados antes del embarque, no después). En cuanto a las cifras referentes a la flota, nuestro historiador parece coincidir, en términos generales, con los datos de las otras fuentes (cf. Amiano, XXIII 3, 9; Malalas, pág. 329 [Bonn]; Zonaras, XIII 13), siempre que se tenga en cuenta que la mención de «muchas otras embarcaciones» se explica, casi con toda certeza, como un doblete de los barcos sin especificación de cometidos antes citados. Finalmente, los nombres de los almirantes deben corregirse en Luciliano y Constanciano. Sobre todo esto consúltese J. Fontaine, *Ammien...*, cit., nn. 69-71; F. Paschoud, ed. cit., III, nn. 34-35.

[46] Juliano seguía el descenso del Éufrates, que estaba a su derecha; por tanto lo que marchaba junto a la orilla del río era la infantería, detalle además que confirma Amiano, XXIV 1, 2.

pesadas y demás equipamiento, así como todo lo perteneciente a la intendencia, de suerte que, al rodearlo por todas partes la tropa, estuviese ello seguro. Organizado así el avance, decidió enviar por delante mil quinientos hombres, bajo el mando de Luciliano, para que indagasen cualquier posible agresión, abierta o en emboscada, por parte
del enemigo. Cuando hubo avanzado sesenta estadios, lle- 2
gó a un lugar llamado Zauzá, y de éste a Dura, que, mostrando huellas de la ciudad que había sido, a la sazón no era sino un desierto [47]. Allí se podía ver la tumba del emperador Gordiano, e irrumpió una gran cantidad de ciervos a los que los soldados abatieron a flechazos, comiendo de su carne hasta saciarse. Desde este punto llegó, tras recorrer cuatro etapas, a un lugar llamado Fatusas, frente al cual había, en el río, una isla que tenía una fortaleza
con gran cantidad de habitantes [48]. Contra ella envió a 3
Luciliano acompañado de los mil exploradores a sus órdenes [49], poniendo sitio a la fortaleza. Mientras fue de noche, los sitiadores pasaron desapercibidos, pero al hacerse de día fueron vistos por los de la fortaleza cuando uno salió a coger agua, sumiendo a los sitiados en confusión. Todos subieron a la muralla, y entonces el Emperador, una vez pasado a la isla junto con máquinas y otras fuerzas, hizo llegar a los sitiados la promesa de escapar a una

[47] Zauzá (en Amiano, *Zaithan*) es la actual Al-Merwanijje. Dura (= Dura-Europos) fue destruida por los persas hacia el 257.

[48] La isla que Amiano llama Anathan, nombre al que responde la actual ciudad de Anah.

[49] La presente noticia contradice lo afirmado en el párrafo 1, donde Zósimo habla de 1.500 hombres bajo Luciliano; como Amiano, XXIV 1, 6, también asigna 1.000 hombres a Luciliano para esta misión, debe concluirse que el error de la presente indicación consiste en la indebida introduccion de un artículo.

destrucción cierta si hacían entrega de sus personas y de
4 la fortaleza. Cuando así lo hubieron hecho, mandó a los hombres, bajo escolta militar y en compañía de las mujeres y los niños, a territorio romano, y a Puseo, el comandante de éstos le concedió, después de haber probado su lealtad, cargo de oficial superior y le tuvo en adelante entre sus íntimos.

15 Después de recorrer un trecho desde este lugar, dio con otra isla del río en la que había una muy robusta fortaleza [50]. Contra ella se lanzó el Emperador, y al ver que era por todas sus partes inexpugnable, los conminó a que se rindieran anticipándose a los peligros de la captura. Cuando le prometieron que harían aquello que vieran que ha-
2 cían los demás, continuó el avance. Dejó atrás, fiando en promesas similares, otras plazas, pues era su parecer no gastar el tiempo en pequeñeces, sino ir a lo que era la parte capital de la guerra. Tras recorrer algunas etapas llegó a Dacira, ciudad situada a la derecha según se baja por el Éufrates [51]. Al encontrarla vacía de sus habitantes, los soldados se apoderaron de abundante trigo allí depositado y de una inmensa cantidad de sal, y tras degollar a cuantas mujeres habían sido abandonadas en el lugar efectuaron una devastación tal como para no creer, contemplándolo,
3 que en aquel paraje había habido una ciudad. En la orilla opuesta, por la que marchaba el ejército, había una fuente de la que brotaba asfalto, pasada la cual llegó a Sita, des-

[50] La que Amiano, XXIV 2, 1, llama *Thilutha*, actual Telbes, a 14 Km. de Anah.

[51] Si se presta crédito a Amiano, XXIV 2, 2, entre Tiluta y Dacira (*Diacira* en Amiano; probablemente la actual Hit) Juliano encontró sólo una plaza fuerte (*Achaiachala*, actual Haditha) que se rindió bajo las mismas condiciones que las anteriores y una pequeña población a la que incendiaron los soldados romanos.

pués a Meguía y, tras ésta, a la ciudad de Zaragardia, en donde había un alto pedestal de piedra que los naturales
acostumbran a llamar «de Trajano» [52]. Los soldados, una 4
vez que tomaron con gran facilidad la plaza y que le prendieron fuego, descansaron ese día y el siguiente. Y el Emperador, extrañado de que, después de recorrer el ejército tan largo trecho, por parte persa no le saliera al paso ni fuerza alguna emboscada ni ningún tipo de agresión abierta, envía para investigar, como persona que conocía con mayor precisión los hábitos de los persas, a Hormisdes
acompañado de un destacamento. El cual se habría visto 5
envuelto con sus compañeros en gravísimo peligro a no ser por un golpe de suerte que inopinadamente vino a salvarles. Pues el Surena (éste es nombre de un cargo militar persa) [53] había colocado una emboscada en cierto lugar y vigilaba a Hormisdes y a los soldados que le acompañaban con la intención de atacarles cuando, sin esperar nada se-
mejante, pasasen por allí. Y habría llevado a efecto su plan 6
a no ser porque un canal del Éufrates, al fluir con corriente superior a la habitual, impidió a Hormisdes y a sus tropas cruzar. Diferido el paso por esta razón, cuando al día siguiente aparecieron el Surena y sus compañeros de emboscada se agruparon y los atacaron; tras acabar con algunos de ellos y poner a otros en fuga se unieron al resto del ejército.

[52] Zaragardia (en Amiano, XXIV 2, 3, *Ozogardana*) es la moderna Sari-al-Hadd. En cambio, Sita y Meguía, sólo mencionadas por Zósimo, parecen ser dobletes de Diacira erróneamente tenidas por ciudades distintas de ésta: (cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 42).

[53] *Suren* era el nombre de una familia persa a quien competía hereditariamente el segundo puesto en la jefatura del ejército. Los autores grecolatinos entendieron el nombre de Surena como título militar: cf. J. Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 319.

16 Al continuar su avance llegaron a un canal del Éufrates
cuyo curso se prolonga a lo largo del territorio de Asiria,
extendiéndose por toda la comarca para alcanzar el Tigris [54].
Allí fueron a dar los soldados en terreno de viscoso lodo
y pantanoso, y cuando vieron que sobre todo los caballos
se encontraban en apuros por lo difícil del lugar, como
tampoco ellos eran capaces de atravesar el canal a nado
con sus armas y puesto que ni la profundidad consentía
el paso a pie, ni era éste posible porque el barro estaba
medio seco, se vieron totalmente incapacitados para deci-
2 dir lo que había de hacerse. Hacía más precaria su situa-
ción el ver a los enemigos en la orilla contraria dispuestos
a impedir el tránsito con proyectiles y piedras lanzadas por
honda. Nadie podía hallar solución para los peligros en
que se encontraban, pero el Emperador, que por su pene-
tración en todos los asuntos y por su experiencia bélica
se distinguía de todos los demás, resolvió indicar a los mil
quinientos hombres que habían sido destacados a las órde-
nes de Luciliano como exploradores que avanzasen por la
espalda del enemigo y atrajeran su ataque, con lo que les
permitirían a ellos pasar por el canal sin dificultades.
3 A tal efecto despacha, acompañado por efectivos suficien-
tes, al general Víctor. Éste aguardó la noche, de suerte
que no pudiera ser visto por los persas al separarse del
ejército; y una vez que, de esta manera, avanzó trecho su-
ficiente para no permitir que el enemigo viese lo que esta-
ba pasando, atravesó el canal y se puso a buscar a los
hombres de Luciliano.

[54] Se trata del Naarmalca, al que Zósimo más adelante llama *Narmalaques* (actual Saklawija al-Wassas), un gran canal navegable que surge a la izquierda del Éufrates y atraviesa Mesopotamia (la Asiria de Zósimo) hasta desembocar en el Tigris: cf. F. Paschoud, ed. cit., III, págs. 246-50.

Después de haber penetrado algo más hacia el interior 17
y cuando se percató de que no había absolutamente nin-
gún enemigo, comenzó a llamar a gritos a sus compatrio-
tas y a indicarles con sones de trompeta que se acercasen.
Una vez que les hubieron salido al encuentro, Luciliano,
constatando que el azar les había ofrecido una ocasión acor-
de con sus planes, mezcló sus fuerzas a las de Víctor e
inesperadamente avanzó contra los enemigos por la espal-
da. Los cuales, al no hallarse prevenidos para tal eventua- 2
lidad, eran masacrados y se daban a la fuga por donde
mejor podían. Después del éxito obtenido con su estrata-
gema, el Emperador efectuó la travesía del canal sin que
nadie lo estorbara. Cuando hubo pasado a la caballería
en las balsas que pudo obtener sobre la marcha y a la in-
fantería en las embarcaciones que halló en muchos puntos
del canal, continuó su avance sin recelar de momento nin-
guna agresión por parte del enemigo. Al llegar a una ciu- 3
dad llamada Bersabora [55], reparó en el tamaño de la ciu-
dad y en lo sólido de su posición. Estaba rodeada, en efec-
to, por dos murallas circulares, hallándose en medio la acró-
polis, que por su parte disponía igualmente de una muralla
semejante en cierto sentido al segmento de un círculo y
hacia la cual había un camino desde la muralla del interior
de la ciudad, camino que a su vez tampoco ofrecía fácil
acceso. Presentaba la ciudad en la parte que daba al po- 4
niente y al sur una sinuosa vía de salida, mientras que por
la parte norte habían tendido, desviándolo del río, un am-
plio canal por el que discurría el agua para uso de los ha-
bitantes. La parte oriental estaba guardada por un foso 5
profundo y un baluarte formado por estacas de fuertes ma-

[55] Bersabora (en Amiano, *Pirisabora*; es transcripción del persa *Peroz-Shapur* 'Sapor victorioso') se ha identificado con la actual Al-Ambar.

deras en empalizada. Alrededor del foso se levantaban grandes torres, construidas desde el suelo hasta la mitad con ladrillos aglutinados por asfalto, y, a partir de la mitad, con los mismos ladrillos y yeso.

18 Decidido a tomar por asedio la ciudad en cuestión, se
dirigió el Emperador a los soldados para exhortarlos a la
tarea. Cuando éstos ya se lanzaban a cumplir la orden con
todo entusiasmo, los habitantes de la ciudad resolvieron
llegar a un acuerdo con el Emperador, y ora pedían que
se les enviara a Hormisdes para tratar el acuerdo, ora col-
maban a éste de injurias por desertor, tránsfuga y traidor
a la patria. Ante lo cual, y como es lógico, el Emperador
montó en cólera, ordenando que se aplicasen todos a la
2 tarea y que perseverasen animosamente en el asedio. Cada
uno se dirigió al lugar al que había sido asignado, mientras
que los de la ciudad, como reparasen en que no eran bas-
tantes para defender las murallas de la ciudad, se refugia-
ron todos en la acrópolis. Al ver esto, el Emperador entre-
gó la ciudad, abandonada por sus habitantes, a los solda-
dos. Éstos, tras derruir las murallas y prender fuego a las
casas, levantaron sobre las ruinas de la ciudad máquinas
desde las que tiraban contra quienes estaban en la acrópo-
lis, disparándoles piedras y proyectiles. Como los de la ciu-
dad se defendían de los atacantes con lluvia de proyectiles
y piedras, se produjo gran mortandad por ambas partes.
Entonces el Emperador, ya porque adecuándose a la dispo-
sición del paraje lo idease gracias a su astucia personal,
ya porque también a ello llegase en razón de su múltiple
3 saber, urdió la siguiente estratagema: ensambló entre sí con
hierro cuatro tablones de tamaño muy grande, los conjun-
tó dándoles forma de torre cuadrangular y puso ésta frente
a la muralla de la acrópolis; poco a poco fue elevando
su altura hasta igualarla al nivel del muro, y entonces hizo

que subieran a ella arqueros y hombres de los asignados
al lanzamiento de piedras y proyectiles desde las máqui-
nas. Tras lo cual los persas, acribillados por doquier bajo
los disparos tanto de los atacantes como de los apostados
sobre la máquina, resistieron un tiempo, pero acabaron
por llegar a un acuerdo en cuya virtud prometieron entre-
gar la acrópolis si por parte del Emperador recibían un
trato moderado. Se convino que cada uno de los persas 4
que estaba dentro pasaría por medio del ejército sin sufrir
daño, llevando una cantidad de dinero pactada y un vesti-
do, y que la acrópolis sería entregada al Emperador. Lle-
vado lo cual a efecto, fueron unos cinco mil los hombres
a los que se permitió ir [56], aparte de cuantos pudieron huir
en pequeñas embarcaciones por el canal. También Momo-
siro [57], su comandante, salió con ellos. Tomada de esta 5
manera la acrópolis, los soldados se pusieron a buscar lo
que allí hubiera, y hallaron muchísimo trigo, armas de to-
das clases, máquinas y cantidades ingentes de muebles y
demás utensilios. La mayor parte del trigo fue depositado
en las barcas para avituallamiento del ejército, pero hubo
también una parte que ellos mismos repartieron entre sí,
con independencia de la ración oficialmente asignada.
De las armas, cuantas parecieron que podían servir al 6
romano para la guerra fueron distribuidas entre el ejército,
pero aquellas que eran adecuadas sólo para que las utiliza-
se el persa y no ellos, las entregaron unas al fuego, otras
al río para que las arrastrase y sumergiese. No fue banal
la reputación que de esta hazaña se derivó para los roma-
nos, al haber sido una gran ciudad —la mayor de Asiria
después de Ctesifonte y tan guarnecida— tomada por la

[56] Según Amiano, XXIV 2, 22, fueron 2.500.

[57] *Mamersides* en Amiano, XXIV 2, 21.

fuerza en sólo dos días. Ante lo cual el Emperador, lleno de complacencia hacia su ejército, lo honró con las palabras que convenían y obsequió a cada hombre con cien monedas de plata.

19 Así fue como transcurrieron los acontecimientos; a su vez, el Surena, desde una de las ciudades de Asiria atacó con no pocos contingentes a las fuerzas del ejército romano enviadas por delante para explorar; y como éstas no previesen nada de lo que iba a ocurrir, acabó con uno de los tres comandantes que había y también con algunos de los soldados a las órdenes de aquél, consiguió poner en fuga a los demás y se apoderó de una enseña del ejército que portaba un dragón, de las que acostumbran a llevar
2 los romanos en combate. Cuando el Emperador tuvo conocimiento de ello no lo llevó con calma, sino que, lleno de furor, se lanzó tal como estaba sobre el Surena y las tropas que le acompañaban, poniendo en fuga a cuantas de éstas lograron escapar y recuperando la enseña arrebatada por el enemigo; seguidamente se dirigió de inmediato a la ciudad en que el Surena había emboscado sus tropas para caer sobre los exploradores, la tomó por la fuerza y la entregó a las llamas. En cuanto al comandante de los exploradores, por haber abandonado la enseña al enemigo anteponiendo su salvación al honor romano, lo despojó de sus insignias y en adelante lo tuvo, junto a quienes habían participado con él en la fuga, apartado de toda consi-
3 deración [58]. Continuó después el avance y, marchando a lo largo del río, llegó a cierto paraje próximo a una ciudad

[58] Zósimo no dice nada del otro comandante que escapó con vida; según AMIANO, XXIV 3, 2, fue también degradado, y en cuanto a los soldados que participaron en la huida, diez de ellos ejecutados.

llamada Fisenia [59]. Paralelo a las murallas de ésta corría un foso muy profundo que los persas habían colmado de agua, derivando hacia él una parte no pequeña del cercano río («río del rey» era su nombre [60]). Tras dejar atrás esta ciudad (pues no había que prever ningún tipo de agresión por parte de ella), marchaban a través de una ruta anegada por un pantano producido artificialmente. Los persas, en efecto, al soltar el canal y el río mismo en dirección a los campos, habían imposibilitado, al menos en su opinión, el paso del ejército. No obstante, como el Emperador se 4
lanzase a la cabeza, el ejército marchó asimismo en pos de él con las piernas hundidas hasta las rodillas: pues estimaban vergonzoso no hacer lo que veían que hacía el Emperador. Cuando el sol ya se ponía, el ejército acampó en estos parajes, mientras el Emperador, habiendo ordenado que le acompañasen soldados e ingenieros y tras cortar árboles y madera, se dedicó a tender puentes sobre los canales, a llenar los socavones de los caminos y a dar la debida anchura a los pasos estrechos. Después regresó y condujo con facilidad la expedición hasta llegar a la ciudad de Bitra [61], en la que se encontraba una residencia real y había edificios suficientes para acoger a la vez al Emperador y al ejército.

Prosiguió desde aquí su avance, y entregándose a las 20
mismas tareas hacia el camino más practicable al tiempo

[59] Mencionada sólo por Zósimo, Fisenia, cuya localización e identificación precisa ofrece dificultades, se encontraría a orillas del Naarmalca.

[60] Se trata del canal de Naarmalca (cf. n. 54), nombre que significa justamente «río del rey»; los romanos lo habían atravesado antes de la toma de Bersabora (cf. 17, 2) y ahora continuaban la marcha en dirección al Tigris teniéndolo a su izquierda.

[61] La localización de Bitra no puede precisarse con seguridad; relación de las hipótesis emitidas en F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 50.

que conducía a la tropa. De esta manera, consiguió hacer pasar a todos hasta llegar a un lugar donde no había vivienda alguna, pero sí un bosque sagrado formado por palmeras; crecían también al lado de ellas vides que ascendían con sus sarmientos hasta las copas de las palmeras, con lo que podía verse el fruto de la palmera mezclado con los racimos de uvas. Allí pasó aquella noche, y al día si-
2 guiente continuó la marcha. Al acercarse a cierta fortaleza [62] estuvo a punto de ser mortalmente herido. Pues un persa de los que habían salido de la fortaleza dirigió su espada a la cabeza del Emperador. Pero éste, viendo lo que iba a pasar, puso el escudo ante su cabeza y esquivó
3 así el golpe. Fue aquél acuchillado por los soldados, que se lanzaron sobre él, y también lo fueron todos los que le acompañaban con excepción de alguno que logró escabullirse y hallar refugio en la fortaleza. Irritado por el atrevimiento, se puso el Emperador a observar la fortaleza y a examinar, yendo a lo largo de su perímetro, por dónde
4 se la podría tomar. Mientras estaba en ello, ante los soldados que habían permanecido en el bosque de las palmeras apareció de improviso el Surena; creyó que iba a apoderarse de las bestias de carga y de la impedimenta y a lograr simultáneamente que el Emperador, al conocer lo que ocurría, renunciase definitivamente a poner cerco a la fortaleza. Tales eran los propósitos que albergaba, pero erró en uno y en otro, y el Emperador, por su parte, puso mayor
5 empeño en la toma de la fortaleza. Había junto a ella, en efecto, una ciudad llamada Besuqui [63] de abundante po-

[62] La *Mahozamalcha* de Amiano, XXIV 4, 1, cuya identificación precisa resulta problemática (cf. J. Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 370, y F. Paschoud, ed. cit., III, n. 52.

[63] Besuqui es mencionada sólo por Zósimo; del mismo Zósimo, III 21, 5, se deduce que distaba unos 17 Km. de Ctesifonte.

blación, así como gran cantidad de otras fortalezas, y resultaba que los habitantes de todas ellas (con excepción de los que escaparon a Ctesifonte o se ocultaban en lo más espeso del bosque) habían abandonado sus lugares de residencia, al no ofrecer estos garantías de seguridad, para congregarse en la plaza que el Emperador asediaba. El Emperador, pues, se aplicó con ahinco al asedio, mientras que el contingente del ejército destacado para misiones de exploración y cobertura [64], no sólo rechazando a los que atacaban, cuando se producía algún tipo de agresión, sino también acabando con unos y a otros persiguiéndolos tenazmente, permitió al Emperador seguridad en las operaciones de asedio. Y como incluso en los pantanos situados bajo el bosque había refugiados, tampoco a éstos dejó en paz el destacamento de exploradores, sino que mataron a unos y llevaron prisioneros a otros.

Los sitiados en la fortaleza se defendían de sus contra- 21
rios con lanzamiento de toda clase de proyectiles, y como dentro no tenían piedras, arrojaban pellas de tierra envueltas en fuego de asfalto. Al ser enviados desde posición favorable y contra una multitud, los disparos alcanzaban fácilmente su destino. Pero tampoco los soldados romanos, 2
aún desfavorecidos en razón de las ventajas derivadas de la altura, renunciaron a exhibir valor y conocimiento de la guerra. Lanzaban, en efecto, piedras todo lo grandes que abarca la mano y proyectiles que arrojaban no sólo con sus arcos, sino también con máquinas, y que no quedaban clavados en un sólo cuerpo, sino atravesaban dos

[64] Posiblemente Zósimo se refiere al cuerpo de los *procursatores*, distinto del de los exploradores. Los *procursatores* se encargaban de misiones de reconocimiento y protegían el grueso del ejército durante la marcha (cf. J. Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 54).

3 o tres o más. La fortaleza yacía en una colina, estaba guar-
necida por dos murallas y dieciséis grandes torres y a su
alrededor corría un profundo foso, que en uno de sus pun-
tos llevaba a los de la fortaleza agua potable; mandó el
Emperador a los soldados colmar el foso con un terraplén
y erigir otro sobre éste hasta alcanzar la altura de la torre.
4 Había decidido horadar en otro punto una galería bajo
las murallas, en dirección a la parte media de la muralla
interior, planeando atacar al enemigo a través del pasadizo
horadado. Como los enemigos obstaculizaban con lluvia
de proyectiles a los que amontonaban el terraplén, el Em-
perador se hizo cargo del combate al descubierto, para el
que usó de muy diversos medios de protección contra los
disparos —ya proyectiles, ya bolas de fuego— que les en-
viaban, y encomendó a Nevita y a Dagalaifo los pasadi-
5 zos [65] y la erección de los terraplenes. A Víctor le entregó
hoplitas y jinetes, ordenándole rastrear el terreno hasta
Ctesifonte, de suerte que, si vislumbraba algún movimien-
to por parte del enemigo destinado a arrancar al Empera-
dor del asedio, impidiese con las tropas a sus órdenes la
maniobra, y, además, que tendiese puentes y paso para
facilitarle, a él y al ejército, el camino hasta Ctesifonte,
que era de noventa estadios [66].

22 Después que hubo distribuido de esta manera la tarea
entre los generales, él a su vez hizo llevar, por medio de
las tropas que tenía bajo su mando, un ariete a una de
las puertas, a la que no sólo sacudió, sino también echó
abajo; y viendo que quienes estaban encargados de exca-
var la galería se aplicaban a su labor con escaso celo, los
apartó de ello, siendo esta la forma de degradarlos por

[65] Zósimo se refiere a la galería subterránea mencionada poco antes.

[66] Esto es, 16,6 Km.

su falta de diligencia, y puso en su lugar a otros. Él, por 2
su parte, aplicó un segundo ariete a otra puerta. Cuando
ésta no podía soportar la embestida, llegó alguien con la
noticia de que los encargados de horadar el pasadizo desde
el foso hasta la ciudad misma habían llegado ya al término
de su labor y estaban dispuestos a emerger. Eran aquéllos
tres regimientos, los Mattiarios, Lanciarios y Víctores. El 3
Emperador retuvo de momento el ataque de éstos y ordenó
que a toda prisa se dispusiera una máquina ante otra puer-
ta, frente a la cual apostó al ejército entero, haciendo creer
al enemigo que al día siguiente se aplicaría contra esa puerta
hasta adueñarse de la fortaleza. Al obrar de esta manera
eliminaba en los persas cualquier pensamiento tocante a
la toma por medio del paso subterráneo. Habiéndose, pues, 4
concentrado todos los de la fortaleza para rechazar la má-
quina, terminaron de horadar el pasadizo los hombres asig-
nados a esta tarea, y después perforaron la tierra sobre
sus cabezas hasta la superficie; aparecieron en medio de
una casa en la que resultó haber una mujer dedicada, aun
siendo noche cerrada, a moler el trigo en harina. Como
fuese a gritar, el primero que salió la mató asestándole
un golpe. Era Superancio, miembro destacado del regimien-
to de los Víctores, al que siguió Magno, en tercer lugar
Joviano, asignado a la comandancia del cuerpo de secreta-
rios [67], y después muchos más. Ensancharon poco a poco 5
la boca hasta emerger todos, y entonces no les quedó sino
correr hacia la muralla y caer inopinadamente sobre los

[67] *Primicerius notariorum*, es decir, jefe de la *schola notariorum* o cuerpo de secretarios imperiales. La *schola notariorum* tenía origen militar, manteniendo como recuerdo de tales orígenes la división en dos grados: el de los *tribuni* —grado superior— y el de los *domestici* —grado inferior— (cf. A. H. M. Jones, *op. cit.*, págs. 572-75).

persas, que entonaban cantos del país celebrando la valentía de su rey y escarneciendo el intento imposible del Emperador romano. Pues decían que más fácilmente tomaría
6 éste el palacio de Zeus que la fortaleza. Lanzados al ataque, herían y daban muerte a los que se encontraban precipitándolos desde las murallas, a otros los perseguían para exterminarlos de las más diversas maneras, sin respetar mujeres ni niños salvo en el caso de que alguno quisiera tomarlos como prisioneros. Anabdates [68], el gobernador militar de la plaza, fue capturado junto a los que le acompañaban, cuyo número era de ochenta, y conducido ante el
7 Emperador con las manos atadas a la espalda. Tomada de esta manera la plaza y ejecutados cuantos en edad de portar armas había en ella —aunque unos pocos consiguieron ponerse a salvo contra toda previsión—, procedió el ejército a saquear los bienes abandonados. Después de que cada uno se llevase lo que encontró, la muralla fue derruida a ras de suelo, aplicándosele gran número de máquinas, y las casas liquidadas por el fuego y la mano de los soldados, hasta quedar de tal manera que se pudiera creer que jamás hubiese habido nada.

23 Reanudado el avance, pasó junto a otras fortalezas no dignas de mención hasta llegar a un recinto llamado «caza del rey». Consistía en una muralla de escasa altura que encerraba en su interior gran cantidad de terreno plantado de toda suerte de árboles. En él había encerradas las más diversas especies de animales, a las que no faltaba el alimento —ya que éste, además, se les hacía llegar— y que proporcionaban al rey fácil ocasión de caza cada vez que
2 lo deseaba. Tras haberlo contemplado, dispuso Juliano que se perforara el muro en numerosos puntos, efectuado lo

[68] En Amiano, XXIV 4, 26, *Nabdates*.

cual los animales que escapaban fueron abatidos con flechas por los soldados. Por aquellos parajes vio, al acercarse algo más, un palacio suntuosamente adornado al estilo romano [69], y tras conocer que había sido construido por los romanos lo respetó, no permitiendo a los comandantes que se dañara nada de lo que había en él por consideración a la noticia de que lo habían edificado los romanos.
Seguidamente, la expedición dejó atrás ciertas fortalezas 3
para llegar a la ciudad llamada Minas Sabazá. Distaba ésta treinta estadios de la antes denominada Zocase, ahora Seleucia [70]. El Emperador acampó con la mayor parte del ejército en un lugar próximo, pero un contingente de exploradores enviado por delante tomó la ciudad por la fuerza. Mientras, al día siguiente, recorría el Emperador el perímetro de sus murallas, vio unos cuerpos crucificados
delante de las puertas. Eran, al decir de los naturales, de 4
familiares de alguien acusado de traicionar una ciudad que, siendo de los persas, había venido a caer en manos del emperador Caro [71]. Allí fue llevado a juicio el gobernador

[69] Debía tratarse de una construcción de tipo helenístico, construcción fácilmente explicable en las proximidades de una ciudad como Seleucia del Tigris.

[70] Minas Sabazá (quizás la actual Al-Munejjir) no aparece mencionada en otras fuentes; de acuerdo con Zósimo estaría a 5 Km. de Zocase (llamada por Amiano, XXIV 5, 3, *Coche*, aunque el texto está corrupto, e identificable tal vez con Weh-Ardeshir). Seleucia (o Seleucia del Tigris, junto a la actual Tell-Umar), en la orilla occidental del Tigris, se hallaba a la altura de Ctesifonte, que estaba al otro lado del río. Fue destruida en el 165 d. C., y sobre parte de sus ruinas surgiría Zocase, por lo que la noticia de Zósimo debe entenderse en sentido inverso: el lugar llamado posteriormente Zocase se llamaba antes Seleucia. Sobre todo esto véase J. Fontaine, *Ammien...*, cit., nn. 168, 419, 420; F. Paschoud, ed. cit., III, n. 65.

[71] La narración que hace Zósimo de los sucesos comprendidos entre 23, 3, y 24, 1, difiere del relato paralelo de Amiano, XXIV 5, 5-12,

militar Anabdates, quien durante mucho tiempo engañó al ejército romano como si fuese a cooperar con él en la guerra; en aquella ocasión, sin embargo, fue probado que se había dedicado ante gran número de gente a injuriar a Hormisdes, al que tachaba de traidor y culpable de la expedición contra los persas. Condenado por ello fue muerto.

24 Continuó el ejército su avance hacia el interior, y Arinteo, rebuscando en los pantanos, halló y llevó consigo un gran número de prisioneros. Allí, por primera vez, se congregaron los persas para atacar a los exploradores que marchaban por delante de ejército, pero puestos enérgicamente en fuga se resguardaron muy de su grado en la ciudad vecina. En la orilla opuesta, los persas atacaron a los sevidores asignados a la vigilancia de las bestias de carga y a cuantos estaban con ellos, matando a unos y llevando a otros prisioneros, lo cual, al ser el primer revés acaecido

e incurre en importantes errores. Según F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 67, el curso de los acontecimientos sería como sigue: Juliano establece su campamento en un lugar próximo a Minas Sabazá, y mientras el ejército romano permanece allí acampado tienen lugar los acontecimientos expuestos en este capítulo y el primer parágrafo del siguiente. El campamento y el grueso del ejército romano están en la orilla occidental del Naarmalca (que al llegar a Minas Sabazá gira para correr en dirección norte-sur), pero las tropas ligeras romanas efectúan maniobras de hostigamiento sobre la orilla este, al igual que las tropas persas sobre la oeste. La ciudad cuyas ruinas recorrió Juliano sería no Minas Sabazá, sino la parte abandonada de la antigua Seleucia, y tanto esta visita como el ataque persa narrado en el capítulo 24, 1, precedieron, frente a lo que afirma Zósimo, a la toma de Minas Sabazá por un contingente romano. Posiblemente la Zocase de Zósimo es la Coqué de que hablan otras fuentes en el contexto de la expedición persa del 283 acaudillada por Caro, pero los cadáveres de crucificados vistos por Juliano no son de personajes que intervinieron en aquella expedición sino, como afirma AMIANO, XXIV 5, 3, los de los familiares de Momosiro (cf. capítulo 18).

a los romanos, infundió desánimo en el ejército [72]. De allí 2
partieron para llegar a un canal muy grande que, según decían los naturales, había sido construído por Trajano cuando su expedición contra los persas. A él va a parar el río Narmalaques antes de desembocar en el Tigris. Pensó el Emperador en limpiarlo e inspeccionarlo, planeando proporcionar a los barcos una vía hacia el Tigris y al resto del ejército, si ello fuese posible, puentes para que pasase [73].

Mientras en esta parte se llevaba ello a efecto [74], en 25
la orilla de enfrente se congregó una multitud de jinetes

[72] La ciudad en que se refugiaron los atacantes sería Minás Sabazá.

[73] El canal llamado «de Trajano» tenía una longitud de unos 5 Km.; corría de este a oeste unos 2 Km. al norte de Minas Sabazá, Seleucia-Zocase-Coqué y Ctesifonte, uniendo el Naarmalca con el Tigris. Posiblemente no fue construido por Trajano sino que, encontrándose seco cuando la expedición pártica de este emperador (igual que en época de Juliano), Trajano le restituyó su caudal. El plan que Zósimo atribuye a Juliano —restituir las aguas del canal (lo que viene exigido por la frase «proporcionar a los barcos una vía hacia el Tigris») y a continuación aprestar puentes para que el ejército atraviese ese mismo canal— resulta absurdo. Según F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 69, Zósimo confunde el canal de Trajano (que era la vía a proporcionar a la flota), el Naarmalca (que fue lo que, más al sur del canal de Trajano, atravesó el ejército para dirigirse a Ctesifonte, travesía que debe entenderse como referida exclusivamente a los bagajes e impedimenta —ya que las tropas ligeras habían cruzado repetidamente el Naarmalca— y que se relaciona con la apertura del canal de Trajano sólo en el sentido de que, al restituir su caudal a esta última vía, el tramo siguiente del Naarmalca arrastraría menos corriente y sería, por tanto, más fácil de atravesar) y el Tigris (con motivo de cuyo paso se produjo el combate que narra el capítulo siguiente).

[74] Zósimo prolonga aquí el error perpetrado en el capítulo anterior. Con ayuda del relato paralelo de AMIANO, XXIV 6, puede efectuarse la siguiente reconstrucción: tras la limpieza y restitución del canal de Trajano se hace pasar por él a la flota, que de esta manera abandona el Naarmalca para quedar situada en el Tigris, al norte de Ctesifonte. Por otra parte, el grueso del ejército atraviesa el Naarmalca y marcha hacia

e infantes persas con el propósito de obstaculizar cualquier tentativa de paso. Cuando el Emperador vio estos preparativos de la huestes enemigas, se sintió impulsado a lanzarse a través de las aguas contra ellos y, lleno de cólera, ordenó
2 a sus generales que embarcasen. Éstos, contemplando la orilla opuesta, sumamente elevada y guarnecida en todo su frente por una valla que, originariamente levantada como cerca de un parque real, hacía en aquella ocasión la función de muralla, decían temer los lanzamientos de proyectiles y bolas de fuego arrojados desde lo alto. Pero como el Emperador se obstinase, emprendieron la travesía dos naves llenas de legionarios [75] a las que inmediatamente incendiaron los persas disparándoles multitud de proyecti-
3 les envueltos en fuego. Puesto que el ejército se veía cada vez más invadido por el pánico, dijo el Emperador para contrarrestar la derrota experimentada: «Han tenido éxito en la travesía y ya son dueños de la ribera. Lo muestra el fuego que han prendido en las naves, pues esto fue lo que indiqué a los soldados de las naves que hicieran como
4 señal de victoria». Todos entonces, tal como estaban, embarcaron y emprendieron la travesía. Saltando al agua donde ésta permitía el paso a pie y trabando combate cuerpo a cuerpo con los persas, no sólo se adueñaron de la orilla, sino que también rescataron, medio quemadas, las dos naves que habían atravesado y salvaron a los legionarios que
5 aún quedaban en ellas. Cayeron finalmente los dos ejércitos uno sobre otro, y duró de medianoche a mediodía el combate. Por último, los persas renunciaron y se dieron atropelladamente a la fuga, siendo los generales quienes

el este, en dirección a Ctesifonte; cuando llega al Tigris, y con motivo de su travesía, se producen los sucesos que narra el presente capítulo.

[75] Según Amiano, XXIV 6, 5, serían cinco naves.

ordenaron la huida. Eran éstos Pigraxes, que por linaje y distinción aventajaba a todos con excepción del rey, Anareo [76] y el Surena mismo. Cuando echaron a huir, los 6
romanos, y con ellos los godos [77], se lanzaron a perseguirlos; mataron a muchos y se apoderaron de mucho oro y plata, así como de toda clase de objetos de adornos que pendían de hombres y caballos y de cuantos lechos y mesas de plata habían sido abandonados por los generales en el interior del recinto. En el combate cayeron dos mil qui- 7
nientos persas y romanos no más de setenta y cinco. El peán de la victoria pareció de alguna manera ensombrecido por el general Víctor, herido de disparo de catapulta.

Al día siguiente, el Emperador hizo que el ejército 26
pasara, bajo condiciones de gran seguridad, al otro lado del Tigris, y el tercero, tras la batalla, cruzó también él con toda su guardia; llegado a cierto paraje (Abuzatá [78] lo llaman los persas), permaneció en él cinco días. Al con- 2
siderar la ruta que venía a continuación pensó que sería más adecuado renunciar a conducir el ejército a lo largo de la orilla del río y penetrar en la región interior, pues no había ya nada que les hiciese necesario el empleo de embarcaciones. Tras tomar esta decisión, expone su plan al ejército, mandando quemar los barcos. Todos menos 3
dieciocho romanos y cuatro persas fueron consumidos por el fuego: a éstos se les hizo ir atrás, sobre carretas, para ser utilizados en el caso —probable— de que ello fuera necesario. Lo que quedaba de camino había que hacerlo

[76] Según Amiano, XXIV 6, 12, Pigranes y Narses.

[77] Se trata de los godos enrolados en el ejército romano (cf. n. 27 al libro IV).

[78] Abuzatá aparece sólo en Zósimo. Según F. Paschoud, ed. cit., III, n. 71, estaría situada al este del Tigris, unos Km. al norte de Ctesifonte.

remontando un breve trecho de río. Tras alcanzar un lugar llamado Noorda [79] descansaron en él durante algún tiempo. Allí fueron capturados por todos los rincones gran can-
4 tidad de persas, a los que se pasó por la espada. Llegados al río Duro [80], tendieron un puente y lo atravesaron. Tras percatarse de que los persas habían quemado todo el forraje del suelo para que los animales de tiro de los romanos sufrieran por falta de alimento y de que se habían agrupado en numerosos escuadrones a fin de recibir, en la creencia de que éstos no eran demasiados, a los romanos, como los vieron ahora reunidos en un solo cuerpo se retiraron
5 las tropas romanas hacia la orilla del río [81]. Trabaron combate los exploradores que guiaban el ejército con un con-

[79] Posiblemente, la actual Djisr Nahrawan, 40 Km. al norte de Ctesifonte (cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 75).

[80] El actual Diyala, que desemboca en la orilla oriental del Tigris.

[81] El río en cuestión es el Tigris, la retirada hacia el cual de las tropas romanas explica Zósimo confusamente a partir de dos factores, la táctica persa de la tierra quemada y la presencia de un fuerte contingente enemigo. Los hechos parecen haberse desarrollado, en realidad, de forma distinta. Al llegar el ejército romano a Noorda, debió de tener lugar la deliberación sobre el plan a seguir que cuenta Amiano, XXIV 8, 2; se decidió cruzar el Duro y avanzar hacia el Oeste hasta alcanzar el Tigris, marchando a continuación en dirección N. N. O. con el río a la izquierda. Según F. Paschoud, ed. cit., III, n. 75, que se apoya en Amiano, XXIV 7, 7, el factor decisivo para el cambio de itinerario fue la táctica persa de tierra quemada, cuyo empleo, por tanto, se produce con anterioridad a lo indicado por Zósimo; el intento por conectar con las fuerzas de Procopio y Sebastián y la conveniencia de avanzar manteniendo el río al lado —con lo cual, al tiempo que se aseguraba el suministro de agua, quedaba guardado el flanco izquierdo del ejército— pudieron ser también razones de peso (cf. N. J. S. Austin, «An Usurper's...», cit., pág. 305; Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 470). Las tropas persas que aquí menciona Zósimo son el ejército mandado por Sapor (cf. Amiano, XXV 1, 1).

tingente persa, y un tal Macameo [82], llevado por el ardor, se lanzó sobre ellos sin armadura y mató a cuatro, pero fue acuchillado por un numeroso grupo que concurrió en su contra. Al ver que su cuerpo yacía rodeado de persas, Mauro, hermano de éste, se apodera de él y mata al que lo había herido. Y a pesar de los golpes que recibía, no cejó hasta restituir a su hermano, que aún respiraba, al ejército romano.

Cuando llegaron a la ciudad de Barsaftás [83] hallaron 27
que el forraje había sido incendiado por los bárbaros. Apareció un contingente de persas mezclados con sarracenos que, sin soportar la sola contemplación del ejército romano, desapareció de allí; y al irse reuniendo poco a poco hasta aglutinar una gran multitud, despertaron los persas la sospecha de que iban a atacar los bagajes. Por primera 2
vez entonces, revistió el Emperador la coraza y se lanzó a la cabeza de todas sus fuerzas, pero los persas no los aguardaron, sino que resolvieron escapar a los lugares que tenían acordados. Continuando su avance, llegó a la aldea de Simbra, que yace en medio de dos ciudades llamadas Nísbara y Niscanadalbe. Separadas por el Tigris, un puen- 3
te hacía fáciles y frecuentes los intercambios entre ambas, puente que los persas incendiaron a fin de que los romanos no pudieran, por medio de él, amenazar a placer a una y otra [84]. Por aquella zona aparecieron algunas unidades persas, pero las pusieron en fuga los exploradores que mar-

[82] Acameo en Malalas, pág. 329 [Bonn].

[83] Barsaftás, no localizable con seguridad, se encontraría unos 20 Km. al oeste de Noorda, cerca ya del Tigris (cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 77).

[84] La identificación y localización de Simbra (en Amiano, XXV 1, 4, *Hucumbra*), Nísbara y Niscanadalbe no es segura: cf. J. Fontaine, *Ammien...*, cit., n. 482, y F. Paschoud, ed. cit., III, n. 78. Simbra ha sido identificada con la actual Ukbara, a orilla del Tigris y 50 Km. al norte

chaban por delante en busca de forraje. Al mismo tiempo, el ejército encontró en esta aldea comida abundante, de la que tomó cuanto bastaba para sus necesidades, destru-
4 yendo todo lo que sobró. Cuando se encontraron entre la aldea de Danabe y la de Sinque [85], los persas cayeron sobre la retaguardia del ejército y mataron a muchos, aunque hubieron de darse a la fuga tras experimentar pérdidas aún mayores, sufriendo además mengua en otro sentido; pues fue muerto en este combate cierto sátrapa ilustre llamado Daques [86], uno que había sido enviado como embajador al emperador Constancio para tratar de paz y de cese de hostilidades.

28 Al ver que se acercaban a la ciudad de Aquete [87], se dedicó el enemigo a incendiar los campos con sus cosechas. Los romanos se lanzaron contra ellos y, tras extin-
2 guir el fuego, utilizaron lo que quedaba de cosecha. Penetrando más en el interior alcanzaron la aldea de Maronsa [88], en la que la escolta de la retaguardia sufrió el ataque de unidades persas que cayeron sobre ella; mataron, además de a otros soldados, a Vetranión, que estaba al frente del regimiento *** [89] y había peleado valerosamente. Tam-

de Bagdad. Paschoud, sin embargo, sitúa las tres poblaciones unos 20 Km. más al Sur.

[85] Danabe y Sinque no se han podido identificar.

[86] En Amiano, XXV 1, 6, *Adaces*.

[87] No identificable con seguridad, Aquete se hallaría, según F. Paschoud, ed. cit., III, n. 80, 15 ó 20 Km. al norte de Simbra.

[88] Maronsa debe ser la *Maranga* de Amiano, XXV 1, 11, aunque en este autor no se trata de una ciudad, sino de una comarca (*tractus*). Según F. Paschoud, ed. cit., III, n. 81, se encontraría a unos 40 Km. al norte de Aquete siguiendo el trazado del Tigris.

[89] Laguna en el texto. Según Amiano, XXV 1, 19, mandaba la *legionem Ziannorum*, por lo que L. Mendelssohn, *op. cit., ad loc.*, supone que en la laguna debió encontrarse el equivalente de *Ziannorum*.

bién fueron capturadas embarcaciones que, encontrándose muy por detrás del ejército, cayeron en manos del enemigo [90]. Después de pasar por unas aldeas llegaron a Túma- 3
ra [91], donde todos comenzaron a arrepentirse de haber quemado los barcos. En efecto, los animales de tiro, resintiéndose de un camino tan largo y todo él por tierra enemiga, no bastaban para transportar lo imprescindible, y los persas recolectaban todos los frutos que podían y los guardaban en los lugares más protegidos, con lo que impedían que el ejército romano se sirviese de ellos; aun en estas condiciones, cuando aparecieron unidades del ejército persa y se trabó combate con ellas, los romanos vencieron sobradamente y liquidaron gran cantidad de persas. En la 4
mañana siguiente, al mediodía, una numerosa formación persa cayó por sorpresa sobre la retaguardia de las huestes romanas. Éstas permanecieron unos instantes sin formar y confundidas por lo súbito de la acometida, pero después cobraron ánimo para responder a la agresión; el Emperador, como era su costumbre, iba de un lado a otro infundiendo valor entre las filas.

Una vez que todos trabaron combate entre sí, el Empe- 29
rador, al marchar en busca de los comandantes y oficiales, se ve mezclado con la multitud y resulta en lo más vivo de la batalla herido de espada, por lo que es transportado secretamente a su tienda; sobrevivió hasta medianoche, pe-

[90] Según Libanio, *Or. XVIII* 263, todas las embarcaciones que se libraron del incendio fueron arrastradas por la corriente del Tigris y cayeron en manos persas; pero Amiano, XXV 8, 3, habla del empleo, al final de la expedición, de los barcos salvados del fuego.

[91] Túmara, al nordeste de Maronsa siguiendo el curso del Tigris, se encontraría separada de ésta por unos 40 Km. (cf. F. Paschoud, ed. cit., III, n. 82).

reciendo cuando se hallaba a punto de liquidar el poderío
2 persa hasta su última raíz [92]. Mientras aún no era conocido el fin del Emperador, el ejército romano se impuso hasta el puntc de que sucumbieron cincuenta sátrapas del más alto rango [93] y además de ellos un incontable número de persas. Cuando fue público que el Emperador había sucumbido y la mayor parte de los soldados refluyó hacia la tienda en que yacía el cadáver, todavía algunos romanos continuaban la lucha y se imponían al enemigo, pero de un fuerte persa salieron contingentes que acometieron a las fuerzas encomendadas a Hormisdes y entablaron bata-
3 lla con ellas. Tuvo lugar un enconado combate en el que sucumbió Anatolio, quien ejercía la jefatura de los servicios de palacio, cargo que los romanos llaman *magister* [94]. También el prefecto del pretorio Salustio [95], que había caído de su caballo, estuvo a punto de ser acuchillado en medio del acoso enemigo; pero uno de sus servidores descendió del caballo y le facilitó la huida, replegándose con él dos de las unidades de la guardia imperial, las que llaman
4 *scutarii*. De los que se habían dado a la fuga, sesenta hombres, teniendo presente su propia reputación y la del ejército romano, se adueñaron ellos solos, con riesgo de sus vidas, del fuerte desde el cual los persas desencadenaron sobre los romanos el ataque que pareció darles la victoria. Durante tres días seguidos los asedió el enemigo, pero al acometer una porción de hombres no pequeña a las fuerzas que montaban el cerco fueron rescatados.

[92] AMIANO, XXV 5, 1, indica la fecha del combate, el 26 de junio. A partir del mismo AMIANO, XXV 6, 4 y de ZÓSIMO, III 30, 2, puede situarse el lugar en que se libró unos Km. al sur de la actual Samarra (en la orilla oriental del Tigris, 150 Km. al norte de Ctesifonte). Sobre la muerte de Juliano véase J. M. CANDAU, *La historia...*, cit.

[93] AMIANO, XXV 3, 13, habla de cincuenta *Persarum optimates et satrapae*. Bajo la dinastía sasánida los sátrapas eran gobernadores civiles de las provincias (véanse las referencias que ofrece J. FONTAINE, *Ammien...*, cit., pág. 539). Posiblemente en el presente pasaje el término no tiene sentido político o administrativo estricto, sino que sirve para designar a los grandes del Imperio Sasánida.

[94] *Magister officiorum*.

[95] Se trata en realidad de *Saturninius Secundus Salutius* (cf. n. 6).

Reunidos entonces todos cuantos desempeñaban cargos 30
de responsabilidad y con ellos el ejército [96], se trató la cuestión de a quién debía entregarse el poder supremo, en la convicción de que, en medio del territorio enemigo, sería imposible escapar a los peligros que se cernían sin alguien que ostentase una total autoridad. Por unánime votación fue proclamado emperador Joviano, hijo de Varroniano, el comandante de la unidad de los domésticos [97]. Tal fue 2
el curso de los acontecimientos hasta la muerte de Juliano; en cuanto a Joviano, cuando hubo vestido la púrpura y ceñido la diadema, centró sus afanes en la vuelta a casa. Llegado al fuerte de Suma [98], cayó sobre su comitiva la caballería persa, que, llevando consigo no pocos elefantes, comenzó a castigar el ala derecha. En ella estaban alinea-

[96] Una asamblea de todo el ejército es imposible tratándose de contingentes tan numerosos. Según AMIANO, XXV 5, 1, asistieron a la asamblea miembros del Estado Mayor, oficiales y suboficiales.

[97] *Comes domesticorum*. El cuerpo de los *protectores (et) domestici* estaba agrupado en cuatro unidades o *scholae* de 500 hombres cada una; al frente de las cuatro *scholae* estaban dos *comites* (*comes domesticorum equitum* y *comes domesticorum peditum*). Los *protectores (et) domestici* constituían la *elite* del ejército y disfrutaban de importantes prerrogativas (cf. H.-J. DIESNER, «Protectores...», cit.; A. DEMANDT, *Die Spätantike...*, cit., pág. 257).

[98] Suma (en AMIANO, XXV 6, 4, *Sumere*) sería la actual Samarra, 150 Km. al norte de Ctesifonte y en la orilla oriental del Tigris (cf. FONTAINE, *Ammien...*, cit., n. 620).

dos los Jovianos y Herculianos, unidades cuyo nombre, instituido por Diocleciano y Maximiano, recogían los sobrenombres de éstos, pues el primero tenía el sobrenombre
3 de Zeus, el segundo el de Hércules. Así pues, al principio se veían desbordados por el furor de los elefantes, y muchos sucumbieron. Mas cuando los persas lanzaron sobre ellos, además de la caballería, los elefantes, llegaron a un empinado paraje, aquél en que se encontraban los auxiliares de transporte de los romanos. Éstos, viniendo a socorrerles en el peligro, se pusieron a disparar sobre los persas desde una posición dominante, y alcanzaron a algunos de los elefantes, que, conforme a lo que acostumbran, huyeron llenos de dolor entre berridos y llevaron la confusión a toda la caballería, de suerte que en la huida no sólo hubo elefantes muertos por las heridas que les asestaron los soldados, sino también gran cantidad de bajas producidas
4 en la misma batalla. De los romanos murieron tres comandantes que habían peleado con valentía, Juliano, Maximiano y Macrobio. Al rebuscar entre los cadáveres hallaron el cuerpo de Anatolio, al que honraron, dado que los enemigos presionaban por todos lados, con la sepultura que la ocasión permitía. Después de avanzar durante cuatro días sufriendo por doquier el acoso del enemigo, que se lanzaba en su persecución cuando veía que avanzaban y huía cuando las fuerzas romanas le hacían frente, al ofrecerse ante ellos un lugar despejado decidieron atravesar el
5 Tigris. Ataron entonces odres entre sí, confeccionando una especie de balsas, y atravesaron sobre ellas. Una vez que se apoderaron de la orilla opuesta, cruzaron los generales, gracias a ello, sin peligro, pero ni aún así desistieron los persas, sino que les hostigaron en todos los puntos del camino, con lo cual los romanos, agobiados por las dificultades que les rodeaban y además por la falta de alimentos, estaban expuestos a los más diversos peligros [99].

Aun siendo ésta la situación en que se encontraba el 31
ejército, con todo les hicieron los persas, por medio del Surena y de otros altos dignatarios, propuestas de amistad. Joviano aceptó las propuestas de paz y envió a Salustio [100], el prefecto del pretorio, junto con Arinteo; después que éstos discutieran entre sí el asunto, se concluye un armisticio de treinta años, acordándose que los romanos hiciesen cesión a los persas de la provincia de Zabdicena, así como de las de Carduena y Remena, igulmente de la de Zalena [101] y, además de todo ello, de las plazas fuertes que había en estas regiones —cuyo número era de quince— con sus habitantes, sus bienes, sus animales y todos sus enseres, y que entregaran Nísibis sin su población: se acordó, efectivamente, que los romanos trasladasen ésta a donde les pareciera. Los persas se apoderaron además de la 2
mayor parte de Armenia, permitiendo a los romanos ocu-

---

[99] El relato ofrecido por AMIANO, XXV 6, 11-8, 4, permite corregir y completar la versión del cruce del Tigris por las fuerzas romanas que brinda Zósimo. Dicho cruce se inicia en la noche del 5 al 6 de julio, cuando de 500 hombres escogidos consiguen pasar a la otra orilla y masacran las guarniciones persas allí apostadas; la fuerte crecida del río impide que el resto de las tropas pueda seguirles, perdiéndose en tentativas dos días. Entretanto, Sapor, considerando sus propias pérdidas, la desmoralización de su ejército y las reservas de que aún disponen los romanos, envía emisarios de paz. Las conversaciones se prolongan durante 4 días. Concluida la paz el 12 de julio, sólo entonces pasa a la otra orilla el grueso del ejército. Respecto al acoso persa en la orilla occidental del Tigris y una vez firmada la paz, AMIANO, XXV 8, 4, lo menciona sólo como plan que, al ser descubierto por los romanos, no se cumplió.

[100] *Salutius*, véase n. 6.

[101] En AMIANO, XXV 7, 9, *Arzanena*.

par sólo una pequeña porción de ella. La paz, concluida en estos términos y rubricada por ambas partes, concedía a los romanos vía libre para, sin causar daño alguno a las tierras persas ni sufrir acechanza ninguna por parte persa, regresar a casa [102].

32 Llegado a este punto de mi historia, di en remontarme a tiempos muy remotos para indagar si en alguna ocasión los romanos consintieron la cesión de cualquier cosa que hubieran adquirido, o si, en suma, sufrieron que otro ocupara alguna de las posesiones caídas en un momento ante-
2 rior bajo su dominio. Pues he aquí que cuando Licio Lúculo hubo acabado con Tigranes y Mitrídates y obtenido por primera vez para el Imperio Romano los territorios que van desde lo más profundo de Armenia y, además, Nísibis y las fortalezas vecinas a ella, Pompeyo Magno, coronando los éxitos de éste, aseguró mediante la paz a él debida la posesión para Roma de dichos territorios.
3 Después que, mostrándose los persas hostiles de nuevo, el

[102] Amiano, XXV 7, 9, habla de la cesión de cinco *regiones Transtigritanas*, añadiendo a las cuatro de Zósimo, Moxoena; se trata de territorios (que, frente a la terminología empleada por éste, nunca constituyeron cada uno separadamente una provincia romana) ribereños del tramo septentrional del Tigris por ambas orillas. Amiano, además, añade a Nísibis las ciudades de Singara y *Castra Maurorum*: todas ellas debían formar parte de las quince plazas mencionadas por Zósimo y Amiano, resultando su enumeración por separado de un error de ambos. Respecto a Armenia, los romanos se limitaron, según Amiano, XXV 7, 12, a abandonar la alianza defensiva que mantenían con ella, lo cual brindó a los persas ocasión para ocupar buena parte de su territorio. En el momento de firma del tratado, los romanos no ocupaban la orilla oriental del Tigris, algunos de cuyos territorios, sin embargo, les pertenecían en virtud del tratado del 297 entre Galerio y Narses; posiblemente lo que Sapor pretendía era la revocación oficial de aquel tratado (véase la alusión al respecto de Amiano, XXV 7, 9).

Senado votase a Craso comandante supremo y que éste, tras entrar en combate, legase hasta el día de hoy una afrentosa reputación a los romanos —dado que fue capturado en la batalla y murió a manos de los persas—, Antonio, que le sucedió en el mando, preso de su amor hacia Cleopatra dedicó a las cuestiones de la guerra escasa y negligente atención. También él cayó guardando en su haber hechos indignos del nombre de Roma, pero ni siquiera bajo el peso de tales reveses abandonaron los romanos ninguno de estos lugares. Cuando la constitución de su estado 4
cambió a monarquía y Augusto puso en el Tigris y el Éufrates la frontera del Imperio de Roma [103], tampoco por ello se retiraron de estos territorios los romanos. En tiempos muy posteriores, el emperador Gordiano sucumbió en el interior de territorio enemigo durante una expedición contra los persas, pero ni aun tras esta victoria obtuvieron los persas comarca alguna de las ya sometidas a Roma, y ello después de que Filipo, que sucedió en el trono, firmase la más alevosa paz con los persas. Tras no largo 5
intervalo, la tea persa se abatió de nuevo sobre Oriente, fue tomada por la fuerza Antioquía la Grande y el ejército persa llegó hasta las puertas de Cilicia; entonces el emperador Valeriano marchó contra ellos y cayó en manos persas, pero tampoco bajo tales circunstancias dio a los persas licencia para hacer suyas estas regiones. Sólo el fin del 6
emperador Juliano alcanzó a lograr su pérdida, de suerte que ninguna han podido recuperar, hasta hoy día, los em-

[103] El Tigris no fue frontera romana ni bajo Augusto ni bajo sus sucesores, pues si Trajano conquistó amplios territorios en el Oriente, Adriano los evacuó para volver a fijar la frontera donde antes. Sólo en tiempos de Septimio Severo se instalaron de forma estable los romanos en la orilla oriental del Éufrates, creando la provincia de Mesopotamia.

peradores romanos, sino que, por añadidura, perdieron poco a poco la mayoría de las provincias, unas porque se independizaron, otras porque fueron entregadas a los bárbaros, otras por quedar en gran medida yermas. Ello se mostrará sobre los hechos a medida que avance mi composición [104].

33 Una vez quedó establecida, en los términos que hemos visto, la paz con los persas, el emperador Joviano emprendió el regreso con su ejército a salvo de cualquier agresión; tras tropezar con gran cantidad de pasajes de difícil andadura y de lugares sin agua, tras sufrir, al atravesar la tierra enemiga, gran cantidad de bajas en sus tropas, ordenó a uno de sus oficiales, Mauricio, que sacase alimentos de Nísibis y con ellos saliese a su encuentro avanzando cuanto le fuese posible, y a otros los despachó a Italia para que anunciasen el fallecimiento de Juliano y su propia procla-
2 mación. Cuando al fin, después de muchos padecimientos, se halló cerca de Nísibis, no quiso instalarse en una ciudad cedida al enemigo, sino acampó ante sus puertas, en un lugar al descubierto donde al día siguiente recibió coronas y súplicas con que los habitantes de la ciudad le movían a que no les abandonase ni les pusiese en trance de probar

[104] Amiano, XXV 7, 10, subraya que al negociar el tratado Joviano antepuso su afianzamiento en el poder a los intereses del Estado, viéndose además incitado a ello por el rumor según el cual Procopio, a la cabeza de un ejército aún intacto, había sido designado secretamente por Juliano como sucesor. Los términos en que se firmó la paz, y especialmente el abandono de Nísibis, dieron lugar a una acalorada polémica, prolongada hasta muchos años después de los acontecimientos, en la que hubo posturas coincidentes con la de Amiano (así Eutropio, X 17, 3; Festo, 29), pero también otras que intentaron atenuar la claudicación romana recurriendo a la apurada situación en que se vio el nuevo emperador (Gregorio Nacianceno, *Or. V* 15; Orosio, VII 31, 1-2, Sozómeno, VI 3, 2): cf. R. Turcan, «L'abandon...», cit.

costumbres bárbaras, después de que por tantos años se hubiesen criado voluntariamente en las leyes romanas.
Era además vergonzoso que Constancio, quien emprendió 3
tres guerras contra los persas y en todas fue derrotado, no abandonara Nísibis, sino hubiese puesto todo su empeño en salvarla cuando se hallaba sitiada y corría el más grave peligro, y en cambio él, sin que fuerza alguna equiparable le obligara a ello, entregara la ciudad al enemigo e inaugurase para los romanos un día cual jamás habían contemplado, obligados a consentir la entrega al enemigo de ciu-
dad y comarca de tal magnitud. Como el Emperador, al 4
oír todo aquello, alegase los acuerdos establecidos, Sabino, presidente del consejo de los curiales, añadió a las súplicas elevadas por el pueblo que para luchar contra los persas no habría necesidad de acudir a gastos ni ayudas del exterior, sino que ellos mismos, con sus efectivos y recursos propios, bastarían para hacer frente a la guerra que se les venía encima, y que, tras vencer, de nuevo se someterían a los romanos, cumpliendo de la misma manera que
antes con sus obligaciones. Al declarar el Emperador que 5
no era posible infringir ningún punto de los acuerdos tomados, los de la ciudad pidieron, suplicando una y otra vez, que no fuera privado de este baluarte el Imperio Romano.

Dado que no obtuvieron niguna concesión ulterior y 34
puesto que el Emperador se había retirado de mal talante y los persas querían, en conformidad con el tratado, tomar posesión de las provincias, las fortalezas y la ciudad, los habitantes de las provincias y las fortalezas que no pudieron huir en secreto se entregaron a los persas para que hiciesen de ellos lo que quisieran, mientras que la mayoría de los habitantes de Nísibis —e incluso prácticamente todos—, como obtuviesen una tregua para trasladarse, par-

tieron hacia Amida [105], siendo sólo unos pocos los que se
2 establecieron en otras ciudades. Todo rebosaba llanto y lamento, creyendo cada ciudad hallarse abierta al ataque de los persas una vez que Nísibis había sido entregada. A los ciudadanos de Carras el anuncio de la muerte de Juliano les produjo tal dolor que lapidaron al mensajero y amontonaron sobre él un enorme cúmulo de piedras: tan grande fue el trastorno que la muerte de un solo hombre
3 alcanzó a infundir en la vida del Estado. Atravesó Joviano apresuradamente las ciudades, dado que éstas, sumidas en el dolor y la tristeza, no se hallaban propensas a ofrecer, como era costumbre en las poblaciones de aquella parte, muestra alguna de alegría y de regocijo; así, cuanto del ejército pertenecía a la guardia imperial se presentó en Antioquía con el Emperador, al tiempo que el conjunto de
4 las fuerzas seguía al cadáver de Juliano. Fue éste llevado a Cilicia, donde recibió sepultura en una tumba imperial situada en las afueras de Tarso; sobre el sepulcro se grabó la siguiente inscripción:

Cruzó el Tigris de caudal impetuoso y aquí yace, Juliano,
que fue tan virtuoso emperador como guerrero poderoso [106].

35 Cuando se hizo con el poder supremo, Joviano resolvió, entre otras cosas, enviar a los campamentos de Panonia a su suegro Luciliano, a Procopio y a Valentiniano,

[105] La actual Diyarbakir (Turquía), a orillas del Tigris.

[106] Posteriormente los restos de Juliano fueron trasladados a Constantinopla, donde quedaron depositados en la Iglesia de los Santos Apóstoles, junto a los de otros emperadores del siglo IV (sobre esto y otras circunstancias de su enterramiento véase J. Arce, «La tumba...», cit.). Zonaras, XIII 13, y Cedreno, I, pág. 539 [Bonn], dan una versión diferente del epigrama que figuraba en su tumba: compuesto de cuatro versos, sólo el último coincide con el último del ofrecido por Zósimo.

que fue emperador después de él, para que les llevase noticia del fin de Juliano y de que había sido en él en quien, a la muerte de éste, recayera el nombramiento de augusto [107]. Pero los batavos dejados en Sirmio como guarni- 2
ción de la ciudad, tan pronto como se enteraron, dieron muerte a Luciliano por ser portador de tan malas nuevas, sin consideración alguna a su condición de pariente por alianza del Emperador; a Procopio lo dejaron marchar sano y salvo en razón de su consaguineidad con Juliano, y Valentiniano logró escapar, evitando así la muerte a manos de aquéllos [108]. Y cuando Joviano había partido de 3

[107] Zósimo incurre aquí en considerables errores, corregibles mediante el relato paralelo de Amiano, XXV 8, 8-12, y 10, 6-9 (consúltese también J. Fontaine, *Ammien...*, cit., nn. 665-67, 670-71, 712 y 716). Los dignatarios enviados por Joviano eran Procopio, secretario imperial no identificable —frente a lo que afirma Zósimo— con el Procopio militar bajo Juliano y luego usurpador, y Memórido; debían recabar de las tropas acuarteladas en Occidente apoyo para el nuevo emperador y fueron despachados cuando el ejército romano aún no había llegado a Nísibis. Procopio y Memórido debían, asimismo, entregar a Luciliano —suegro del Emperador, panonio como él y residente a la sazón en Sirmio— orden de personarse en Milán (capital de la prefectura de Italia, Milán era residencia de Mamertino, prefecto de Italia, África e Iliria y partidario incondicional de Juliano).

[108] Joviano había ordenado la sustitución de Jovino —*magister equitum per Galias* (cf. A. Demandt, 1980, 582-83) y hombre de confianza de Juliano— por Malarico, pero éste rechazó el ofrecimiento. Cuando conoce el rechazo de Malarico, Luciliano, que había llegado ya a Milán acompañado de Valentiniano y Seniauco, corre hacia Reims (capital de la Bélgica Segunda y residencia usual del *magister equitum per Gallias*: la actitud de Malarico despierta la sospecha de que en la Galia del Norte se trama una insurreccion basada en el no reconocimiento del nuevo emperador); allí muere, junto con Seniauco, a resultas de la violenta sedición provocada por un oficial que, acusado de malversación y venalidad, intenta escapar denunciando ante las tropas una inexistente insurrección contra Juliano, del cual afirma que aún vive (es en Reims, no en Sirmio,

Antioquía y estaba camino de Constantinopla, cayó súbitamente sobre él una enfermedad que puso fin a su vida en Dadastanos de Bitinia; reinó ocho meses, sin poder llevar orden a ámbito alguno de la vida pública [109].

36 Planteada la cuestión de a quién debía colocarse a la cabeza del Estado, había en el ejército muchos propósitos y sobre muy diversos nombres, hasta que fue a confluir el voto de todos en un solo nombre, en Salustio, el prefecto del pretorio. Mas como éste objetara su avanzada edad y afirmara que en razón de ella no bastaría para enfrentarse a la quebrantada situación política, pidieron entonces a su
2 hijo que asumiera el poder supremo. Éste, sin embargo, alegó que era no sólo joven, sino además persona poco adecuada para la majestad de tan alto cargo [110]; de tal ma-

donde debían hallarse las tropas batavas de que habla Zósimo; en Iliria, efectivamente, no había tropas batavas, cuyos cuarteles se situaban prioritariamente en territorio galo: cf. F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 103). Finalmente, llegan noticias de que Jovino reconoce a Joviano, y con ello la situación se normaliza (para la reconstrucción de estos sucesos véanse las fuentes citadas en n. anterior).

[109] Dadastanos no puede localizarse con precisión (cf. J. FONTAINE, *Ammien...*, cit., n. 724; F. PASCHOUD, ed. cit., III, n. 104). La muerte de Joviano (el 17 de febrero del 364: cf. EUTROPIO, X 18, 2; SÓCRATES, III 26) es atribuida por la mayoría de las fuentes a causas accidentales (intoxicación, indigestión o ambas causas combinadas: véase EUTROPIO, *ibid.; epit.* 44; OROSIO, VII 31, 3; SOZÓMENO, VI, 1, 1; FILOSTORGIO, VIII 8; ZONARAS, 13, 14; CEDRENO, pág. 540 [Bonn]); AMIANO, XXV 10, 12-13, consigna también esta noticia, pero al mismo tiempo insinúa la posibilidad de muerte violenta y consigna que las causas del fallecimiento fueron oscuras, sin que jamás se realizara una investigación sobre el suceso; JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. 4 in Phil.* [*PG* 62, pág. 295] habla de envenenamiento.

[110] El ofrecimiento del trono a Salutius (véase n. 6) y a su hijo se encuentra también en ZONARAS, XIII 14, pero no en Amiano, según el cual (XXV 5, 3) fue tras la muerte de Juliano cuando se propuso a Salutius como sucesor (el pasaje no menciona al hijo de Salutius).

nera perdieron la oportunidad de designar al hombre con más cualidades entre ellos y dirigieron sus votos a Valentiniano, quien procedía de Cíbalis (ciudad ésta de Panonia) y, si bien había participado en bastantes guerras, no contaba en su haber con instrucción alguna. Mandaron, no obs- 3
tante, hacerlo venir, pues no estaba presente, transcurriendo un período de no pocos días durante los cuales el Estado se halló sin cabeza. Cuando se unió al ejército en Nicea, ciudad de Bitinia, tomó allí posesión del Imperio [111] y seguidamente continuó su marcha hacia adelante.

[111] El 26 de febrero del 364 (*Consul. Constant. chron I*, págs. 240, 364).

LIBRO IV

Sinopsis

1. Enfermedad de Valentiniano. Valente nombrado emperador. — 2. Acusaciones contra los partidarios de Juliano. Nombramientos de Valente y Valentiniano. — 3. Valente y Valentiniano se reparten el Imperio. Valentiniano decide legislar contra los cristianos, pero es disuadido de ello. Robustecimiento de la frontera renana. — 4. Incursiones de los persas en territorio romano. Procopio bajo Juliano y Joviano. — 5. Procopio proclamado emperador. — 6-8. Desarrollo de la insurrección de Procopio. Su fin. Persecución de sus partidarios. — 9. Valentiniano combate a los germanos. — 10-11. Valente combate a los godos transdanubianos. — 12. Valentiniano refuerza la frontera renana y nombra emperador a Graciano. — 13-15. Valente se dispone a luchar contra los persas. Conjura y muerte de Teodoro, tras la cual Valente desata dura represión en Oriente. — 16. Avaricia, acritud y mal gobierno de Valentiniano. Usurpación de Firmo en Libia. Ataques de cuados y sármatas. — 17. Muerte de Valentiniano. — 18. Prodigios tras la muerte de Valentiniano. Toda Grecia, salvo el Ática, sufre bajo un terremoto. — 19. Valentiniano II nombrado emperador. — 20. Depredaciones de los isauros. Acosados por los hunos, los godos transdanubianos piden y obtienen del Emperador licencia para refugiarse en suelo roma-

no. Una vez pasado el Danubio se entregan al saqueo. — 21. Valente inicia la guerra contra los godos. Prodigio al salir de Constantinopla. — 22. La caballería sarracena rechaza a los godos de Constantinopla. — 23. Valente confía la dirección de la guerra a Sebastián. Triunfos de Sebastián. — 24. Batalla de Adrianópolis, donde muere Valente. Graciano designa emperador a Teodosio. — 25. Trajano guerrea con los godos. Victoria de Modares. — 26. Julio extermina a los rehenes godos. — 27. Perjudiciales reformas militares de Trajano. — 28-29. Venalidad y corrupción bajo Trajano. — 30. Incidente entre las tropas romanas procedentes de Egipto y las unidades reclutadas entre los godos. — 31. Teodosio acoge a los bárbaros en el ejército. Derrota de Teodosio ante los godos. — 32. Teodosio pide ayuda a Graciano. Abusos fiscales de Teodosio. — 33. Teodosio entra en Constantinopla. Victorias de Baudón y Arbogastes sobre los godos. Trajano persevera en su errada política de acogida de los bárbaros. Corrupción bajo su reinado. — 34. Invasiones bárbaras en Occidente, donde son acogidos como federados, y Oriente. Teodosio recibe en Constantinopla a Atanarico. Derrota de esciros y carpodacios. — 35. Prómoto combate a los bárbaros de Odoteo. Usurpación de Máximo. Muerte de Graciano. — 36. El rechazo de Graciano al hábito pontifical. — 37. Teodosio reconoce a Máximo. Medidas antipaganas en Egipto. — 38-39. Victoria de Prómoto sobre los grotingos. — 40. Geroncio castiga la insolencia de los bárbaros acogidos por los romanos. — 41. Disturbios en Antioquía. — 42. Máximo invade el territorio de Valentiniano II. — 43. Valentiniano II se refugia junto a Teodosio. — 44. Teodosio decide entrar en guerra contra Máximo. — 45. Nombramientos de Teodosio en preparación de la guerra. Represión de los bárbaros acogidos en suelo romano que se habían rebelado por incitación de Máximo. — 46. La usurpación de Máximo es liquidada. Su muerte. — 47. Teodosio restituye su imperio a Valentiniano II. — 48-49. Teodosio vuelve a Oriente y combate a los bárbaros rebelados por Máximo que habían escapado a la represión precedente. — 50. Voluptuoso régimen de vida de Teodosio en Constantinopla. El peculiar carácter de este emperador. — 51. Prómoto muere por intrigas de Rufino. — 52. Intrigas de Rufino contra Taciano y Proclo, que es ejecutado. —53-54. Arbogastes da muerte a Valentiniano II y proclama emperador a Eugenio. — 55. Teodosio decide entrar en guerra con Eugenio. — 56. Enfrentamiento entre los godos aliados a Roma. — 57. Preparativos militares para la guerra contra Eugenio. — 58. Batalla de Frígido. Muerte de Eugenio y Arbogastes. — 59. Teodosio visita Roma. Su muerte.

Ha quedado recogido en el libro anterior lo que acaeció hasta el fin de Joviano, tras quien fue elegido para dirigir el Imperio de Roma Valentiniano. Al abatirse sobre éste, cuando se hallaba en camino, una enfermedad que espoleó su naturaleza de hombre colérico propenso a considerable crueldad y extrema demencia, le asaltó la falsa sospecha de que su mal procedía de algún hechizo que le habían preparado los partidarios de Juliano; hubo con ello acusaciones sobre algunos nombres ilustres, acusaciones disueltas con sagacidad e inteligencia por el prefecto del pretorio, que era aún Salustio [1]. Cuando hubo cedido la enfermedad, partió de Nicea y llegó a Constantinopla, y como el ejército y los que por alguna otra razón eran próximos a su persona le exhortaran a elegir un corregente del Imperio, a fin de que si aconteciese algún cambio en la situación dispusiesen de un sucesor y no pasaran por lo que habían pasado a la muerte de Juliano, accede a su ruego y, tras madurar internamente la decisión, elige, de entre los candidatos sobre los que recaían sus conside-

1 (first line)
2 (line "torio, que era aún Salustio")

[1] Según AMIANO, XXVI 4, 3-4, Valentiniano y Valente cayeron enfermos en Constantinopla inmediatamente después de que este último fuese nombrado augusto (28 de marzo del 364), iniciándose, ante los rumores que achacaban el quebranto de ambos augustos a los partidarios de Juliano, una investigación. La versión de Amiano, que no atribuye intervención ninguna en todo el asunto a *Salutius* (=Salustio: cf. n. 6 al libro III), es preferible a la de Zósimo.

raciones, a su hermano Valente, estimando que le sería más leal que ningún otro. Así pues, nombra a éste corregente [2].

2 Mientras ambos se hallaban en Constantinopla, los que conspiraban contra los hombres de confianza de Juliano no cesaban de difundir a la puerta de la residencia imperial rumores de que aquéllos intrigaban contra los Emperadores, ni de estimular entre la necia multitud proclamas de esta índole. Y los Emperadores, que por lo demás ya eran hostiles al círculo de Juliano, comenzaron a dar aún más riendas a la animadversión que sentían contra ellos y a
2 planear procesos carentes de cualquier fundamento. Un especial resentimiento albergaba Valentiniano contra el filósofo Máximo, pues guardaba recuerdo de cierta acusación dirigida contra él precisamente por Máximo en tiempos de Juliano, según la cual había faltado, en razón de su fe
3 cristiana, a los preceptos divinos [3]. De todo ello, sin em-

[2] El abandono de Nicea por Valentiniano cierra el libro tercero de Zósimo: hay pues una errónea repetición de la noticia en el presente capítulo. Fue en Nicea donde Valentiniano se vio presionado por el ejército a elegir un corregente (AMIANO, XXVI 2, 3-4). Valente fue proclamado augusto el 28 de marzo del 364, en Constantinopla (repertorio de fuentes en A. NAGL, *op. cit.*, col. 2162; añádase TEMISTIO, *Or. VI* 83a).

[3] Los rumores contra los hombres de Juliano se esparcieron a consecuencia de la enfermedad que sufrieron ambos emperadores tras la coronación de Valente (cf. cap. 1, 1): Zósimo, pues, disocia dos episodios de un mismo acontecimiento que además expone erróneamente. A raíz de tales acusaciones Máximo, que había desempeñado un importantísimo papel durante el reinado de Juliano, fue encarcelado, torturado y condenado a pagar una fuerte suma (relato en EUNAPIO, *VS* 7, 4, 11-13). Distintas fuentes (SOZÓMENO, VI 6, 2-6; RUFINO, XI 22; FILOSTORGIO, VII 7; ZONARAS, XIII 15) hablan, con Zósimo, de la profesión de fe cristiana hecha por Valentiniano en tiempos de Juliano y de los perjuicios que ello trajo a su carrera; Amiano sin embargo no menciona el episodio y SÓCRATES, IV 1, lo niega (exposición del episodio y relación de fuentes y opiniones en A. NAGL, *op. cit.*, col. 2160).

bargo, los apartó su entrega y dedicación a la política y los asuntos militares; consagráronse, en efecto, a asignar gobernadores a las distintas provincias y a la elección de aquéllos a quienes debía encomendarse el cuidado de la Corte imperial. Pues todos cuantos habían resultado elegidos por Juliano gobernadores provinciales o habían sido designados para algún otro cargo, fueron separados de éste. Entre ellos se contaba también Salustio, el prefecto del 4
pretorio; sólo Víctor y Arinteo mantuvieron los empleos militares que antes desempeñaban. Paralelamente a ello, los cargos se vieron ocupados de manera gratuita por quienes deseaban obtenerlos, siendo al parecer el único criterio razonable que se adoptó el de que si sobre alguno de ellos recaían acusaciones fundamentadas bajo las que se viese condenado, sufriese castigo sin que le valiese perdón alguno [4].

Una vez que hubieron despachado así este asunto, Va- 3
lentiniano, tras haber hecho a su hermano corregente del Imperio, tomó la decisión de encomendarle la parte oriental hasta Egipto, Bitinia y Tracia; él por su parte se haría cargo de las ciudades de Iliria y pasaría a Italia para poner bajo su mando las ciudades de esta región, así como las provincias transalpinas, Iberia, la isla de Britania y toda

[4] Frente a lo afirmado por Zósimo, Valentiniano y Valente no introdujeron, al menos inicialmente, cambios significativos en las altas jerarquías civiles y militares. *Salutius* (=Salustio: cf. n. 6 al libro III), que había apoyado el nombramiento de Valentiniano (FILOSTORGIO, VIII 8), era prefecto del pretorio para el Oriente desde el 361, prolongando el ejercicio de tal función hasta poco antes de la usurpación de Procopio (el presente texto invita a suponer que Valente lo depuso durante un breve espacio de tiempo, tras el que fue rápidamente reinstalado: cf. *PLRE I*, pág. 816); posteriormente volvió a ocupar el cargo hasta el 367 (cf. AMIANO, XXVI 5, 5, y 7, 4; EUNAPIO, *VS* 7, 5, 3-9; f. 30 [MÜLLER]; ZÓSIMO, IV 6, 2 y 10, 4).

2 Libia [5]. Repartido de esta suerte el Imperio, Valentiniano se aplicó con gran rigor al ejercicio del poder, procediendo de forma regular a la elección de magistrados y mostrando suma meticulosidad en lo concerniente a la percepción de contribuciones y en el avituallamiento del ejército que dependía de éstas [6]. Puesto que había adoptado, igualmente, la decisión de introducir nuevas leyes, comenzó, por así decirlo, desde la base y prohibió la celebración de sacrificios nocturnos, con el fin de obstaculizar mediante esta
3 ley las prácticas mistéricas. Pero como Pretextato, que desempeñaba el proconsulado de Grecia y era hombre destacado en toda suerte de virtudes, afirmó que esta ley haría imposible la vida de la Hélade al impedir que se celebrasen conforme al rito los sagrados misterios, salvaguarda del linaje humano, consintió en que, quedando la ley sin efecto, todos esos misterios se ejecutasen conforme a
4 las tradiciones ancestrales [7]. Los bárbaros del otro lado del

[5] La división territorial del Imperio tuvo lugar en Sirmio, entre el 1 de julio y el 1 de agosto (cf. AMIANO, XXVI 5, 4; NAGL, *op. cit.*, cols. 2167-68).

[6] Rigor y severidad caracterizaron, según historiadores antiguos y modernos, la política de Valentiniano I (véase A. NAGL, *op. cit.*, cols. 2202-4; sobre su rectitud en la provisión de magistraturas consúltese AMIANO, XXX 9, 3). Particularmente estricta fue su gestión fiscal, que abolió numerosos privilegios y exenciones (cf. A. NAGL, *ibid.*, cols. 2188-89); AMIANO, XXX 8, 8, cita la merma que supuso para el tesoro público la expedición persa de Juliano como argumento justificatorio de tales medidas. En todo caso, Valentiniano I sostuvo una agresiva política exterior y fomentó las obras públicas (cf. nn. 26 y 30-32; A. NAGL, *ibid.*, cols. 2193-95), todo lo cual debió exigir fuertes inversiones por parte del estado.

[7] La prohibición de sacrificios nocturnos aquí aludida debió de obedecer a motivos políticos (cf. n. 65 al libro II), pues la actitud ante la religión de Valentiniano I fue de absoluta imparcialidad, tanto en lo relativo a las luchas internas de la Iglesia cristiana como en lo tocante a

Rin, que mientras vivió Juliano se consideraban felices, en su temor al nombre de Roma, con permanecer en sus tierras sin que nadie les molestara, tan pronto recibieron noticia de la muerte de éste abandonaron sus lugares habituales y comenzaron a preparar la guerra contra Roma.
Enterado de lo cual, distribuyó Valentiniano de la manera 5
pertinente las unidades de infantería, caballería y tropa ligera y puso las ciudades colindantes con el Rin bajo vigilancia. Estas medidas, pues, adoptó Valentiniano, que no carecía de experiencia bélica [8].

Numerosos problemas, por otra parte, asediaban de 4
todos lados a Valente, que antes había llevado una vida ociosa e, instalado recientemente en el trono, no soportaba el peso de los asuntos públicos. Pues, en primer lugar, los persas, ensoberbecidos por la posicion de seguridad derivada de los acuerdos con Joviano, gracias a la ocupación de Nísibis perpetraban impunemente sus incursiones, atrayendo al Emperador a sus dominios y llevando la confusión a las ciudades de Oriente. Además, cuando dejó Cons- 2
tantinopla tuvo lugar la insurrección surgida en torno a Procopio [9]. Juliano, en efecto, había confiado a éste, por

la práctica del paganismo. Las medidas restrictivas en este campo se limitaron a aquellos casos (como el de los maniqueos, los donatistas o determinadas formas de culto pagano) en que el orden público o los intereses estatales resultaban afectados (cf. A. NAGL, *op. cit.*, cols. 2198-2201).

[8] Sobre las guerras mantenidas por Valentiniano con los pueblos transrenanos véanse nn. 26, 30 y 32.

[9] Valente había iniciado su carrera militar antes de ascender al trono llegando a ser *protector domesticus* bajo Joviano (cf. A. NAGL, *op. cit.*, col. 2097). La salida de Constantinopla aquí mencionada tuvo lugar el 30 de julio del 365, siendo Antioquía la meta (cf. A. NAGL, *ibid.*, col. 2100). De acuerdo con Zósimo, distintos autores antiguos dan como motivo de tal viaje la vigilancia del rey Sapor, cuyas tropas amenazaban, por estos años, ya las provincias romanas colindantes con Persia, ya el

ser pariente suyo, una parte de sus fuerzas, con la orden de que avanzase con Sebastián a lo largo de la Adiabena y le saliera al encuentro, pues él marcharía contra el enemigo por otro camino. Le hizo además entrega, por motivos a todos los demás desconocidos, de vestimentas imperiales [10].
3 Cuando las fuerzas divinas hubieron guiado hacia otra vía la suerte del Estado y Joviano entró, tras el fin de Juliano, en posesión del trono imperial, al punto Procopio corrió a poner en manos de Joviano las vestimentas imperiales y, confesando de quién las había tomado, rogó encarecidamente al Emperador que le licenciase del ejército y le permitiese retirarse a la vida privada, dedicado al

territorio armenio (cf. Sócrates, IV 2; Amiano, XXVI 4, 6; XXVII 12, 1; Sozómeno, V I 7, 10, y Filostorgio, IX 5).

[10] La expresión utilizada por Zósimo al exponer los motivos por los que Juliano entregó a Procopio las insignias imperiales marca distancias frente a la noticia de acuerdo con la cual el primero habría nombrado sucesor al segundo, y una intención similar puede adivinarse tras las palabras (*ut susurrauit obscurior fama [...] falsoque rumore disperso*) de Amiano, XXVI 6, 2-3, referentes a la misma noticia (consúltese también XXIII 3, 2). Se sabe que los procopianos adujeron la designación de Juliano y las conexiones familiares de Procopio con la dinastía constantiniana —su madre era hermana de la Basilina que casó con Julio Constancio, el hermanastro de Constantino y padre de Juliano (cf. n. 104 al libro II), siendo utilizado tal parentesco, a pesar de su precariedad, para explotar el fuerte sentimiento dinástico dominante en la época— como argumentos legitimadores de la ocupación del trono por su candidato (consúltese al respecto N. J. E. Austin, «An Usurper's...», cit.). Puede así suponerse que el presente texto recoge, al igual que Amiano, XXVI 6, 2-3, uno de los argumentos aducidos por la propaganda favorable a Procopio (Amiano, XXV 3, 20, y Libanio, *Or. XVIII* 273, consignan la negativa de Juliano en su lecho de muerte a nombrar sucesor; Juliano, *Caes.* 312a-b, y Libanio, *Or. XVIII* 181, registran el rechazo del principio dinástico por parte de este emperador: todo ello invita a pensar que dicha designación no es sino un invento de la propaganda procopiana, pero véase la opinión contraria en J. Béranger, «Julien...», cit., págs. 88-92).

campo y al cuidado de su hacienda. Como obtuvo lo que pedía, marchó con su mujer e hijos a Cesarea de Capadocia [11], con la resolución de vivir en ella, puesto que allí tenía sus posesiones de valor [12].

Mientras residía en aquella ciudad fueron elegidos em- 5
peradores Valentiniano y Valente; y como éstos albergaban ya antes sospechas en su contra, se apresuraron a despachar agentes para prenderlo. Procopio se entregó a aquéllos, consintiendo en que lo llevasen a donde quisiesen si antes le permitían hablar con su mujer y ver a sus hijos.
Una vez que hubieron accedido a su ruego, hizo que les 2
dispusiesen la mesa y, cuando los vio lo suficientemente embriagados, escapó con todos los suyos al Ponto Euxino, y desde allí, tomando una embarcación, llegó al Quersoneso Taúrico [13]. Tras residir un tiempo allí, temeroso —al percatarse de que no podía fiar en la lealtad de sus habitantes— de que lo entregasen a quienes iban a llegar en su busca, como viese pasar un barco de carga, encomienda a éste su suerte y la de los suyos y llega a Constantinopla
cuando aún era de noche. Alojado en casa de uno de los 3
amigos adquiridos en el trato cotidiano durante los tiempos anteriores, después de examinar la situación de la ciudad a la partida del Emperador planeó instalarse en el trono, iniciando su empresa de esta manera: había un eunuco

[11] La actual Kayseri (Turquía), al sudeste de Ankara.

[12] Amiano, XXV 9, 12-13, relata cómo Procopio recibió de Joviano la misión de conducir a Tarso el cadáver de Juliano, confirmando así que la persecución sufrida por el futuro usurpador no fue inmediata al ascenso al trono del sucesor de Juliano; pero resulta muy expresiva la frase con que dicho relato caracteriza el apresuramiento de Procopio por realizar su misión cuanto antes para a continuación alejarse (*quid ad exsequendum profectus, confestim corpore sepulto discessit*).

[13] La actual península de Crimea.

llamado Eugenio expulsado recientemente de la Corte imperial y cuya disposición hacia los soberanos no era buena.
4 Procopio cultivó su amistad y, al encontrar que disponía asimismo de ingentes riquezas, pasado cierto tiempo le revela quién era, con qué intenciones se le había acercado y de qué manera había de llevar a la práctica el intento. Como aquél accediese a participar en todo lo que se le proponía y a proporcionarle fondos cuando lo precisase, dieron principio a la empresa sobornando a la guarnición que tenía asignada la ciudad, constituida por dos unidades de
5 soldados. Armaron además esclavos, y, tras reunir con no mucho trabajo —ya que muchos entre ellos se sumaron espontáneamente— una multitud considerable, la lanzaron en lo más intempestivo de la noche contra la ciudad, sumiendo en la confusión a todos sus habitantes. Y cuando cada uno salía de su casa veía a Procopio improvisando, como en un teatro, de emperador [14].

6 Reinaba en toda la ciudad grandísimo alboroto, sin que por lo inesperado del intento ninguno de quienes podían discurrir las medidas adecuadas recobrase la presencia de ánimo. Procopio creyó oportuno no darse a conocer ante la multitud, pensando que consolidaría su dominio si durante algún tiempo no se dejaba ver. Prendió a Cesario, 2
el hombre a quien los Emperadores habían designado gobernador de la ciudad [15], y también a Nebridio, asignado, tras Salustio, a la prefectura del pretorio, y los forzó a enviar a sus subordinados órdenes por escrito con lo que a él le parecía. A cada uno lo mantenía preso por separado, vedándoles que aunasen sus opiniones. Una vez que 3
hubo tomado estas medidas, se encaminó suntuosamente al palacio imperial; subido en el estrado situado ante palacio, colmó a todos de esperanzas y abundantes promesas y a continuación penetró en el palacio para ocuparse de lo que aún quedaba pendiente [16]. Como los Emperadores se habían distribuido recientemente las legiones, creyó Procopio que era menester enviar a los soldados, mientras permanecían aún desorganizados y marchaban de un lado para otro según ordenaran los Emperadores, agentes que procurasen ganar para su causa a todos los que pudieran. También esto lo consiguió, mediante reparto de dinero 4
entre ellos y sus jefes, sin gran esfuerzo. Y con una muchedumbre que no era fácilmente desdeñable agrupada en torno a su persona, se preparaba resueltamente a atacar. Despachó pues a Marcelo en dirección a Bitinia para que prendiese a Sereniano y a la caballería imperial que lo acom-

[14] Amiano, XXVI 6, ofrece un relato del alzamiento de Procopio que difiere en puntos importantes del de Zósimo. Dicho relato no menciona ni a Eugenio, ni a los esclavos armados, ni a la muchedumbre espontáneamente sumada a la usurpación, pero insinúa la falta de apoyo al movimiento por parte del estamento senatorial; Amiano precisa además que el usurpador sobornó no a la guarnición de Constantinopla, sino a las unidades que, dirigiéndose a Tracia para hacer frente al ataque godo contra este territorio, se albergaban de paso en la ciudad (en este punto la versión de Amiano es preferible, pues Constantinopla no contaba por entonces con guarnición militar alguna: cf. G. Dagron, *op. cit.*, págs. 108-10).

[15] *Praefectus urbi Constantinopolitanae.*

[16] Después de su proclamación (que tuvo lugar el 28 de septiembre del 365: cf. A. Nagl, *op. cit.*, col. 2101; W. Ensslin, «Prokopios...», cit., col. 254) Procopio se hizo en primer lugar con el mando de las tropas estacionadas en Tracia; según Amiano, XXVI 7, 5, ello lo consiguió no mediante el soborno, sino forzando al prefecto del pretorio Nebridio a escribir una carta que, en nombre de Valente, ordenaba al comandante de esas tropas presentarse en Constantinopla para recibir órdenes: una vez llegado fue puesto bajo vigilancia (episodio al que alude, pero desconectándolo de la obtención de tropas por el usurpador, capítulo 6, 2).

5 pañaba, deseoso de acabar con ellos. Pero como éstos escaparon a Cícico, Marcelo, tras conseguir la victoria en batalla naval y con sus contingentes de infantería, se apoderó de esta ciudad y prendió y dio muerte a Sereniano, que había huido y se retiraba en dirección a Lidia.

7 Exaltado por este triunfo, continuó Procopio procurándose contingentes navales poco a poco, y era ya en opinión de los más digno contendiente de los Emperadores, pues se le había sumado, junto a las unidades romanas, gran cantidad de bárbaros. Atrajo además a estos el renombre que suponía su parentesco con Juliano y el haber tomado
2 parte en todas las guerras libradas por aquél [17]. Como por añadidura despachase algunas ilustres personalidades al caudillo que ejercía el mando sobre los escitas del otro lado del Danubio, éste le mandó diez mil vigorosos hombres para que combatieran a su lado, y también otros pueblos bárbaros se le unieron con intención de participar en la empresa. Al reparar en que, ciertamente, no debía enfrentarse a ambos emperadores, estimó que lo mejor era combatir de momento al que tenía más cerca, y más adelante
3 determinar lo que había de hacerse. En eso estaba Procopio cuando el emperador Valente se enteró en la Galacia de Frigia del levantamiento, quedando, tan pronto como recibió la noticia, espantado y confuso [18]; mas cuando Ar-

[17] Frente a lo que afirma Zósimo, la única expedición de Juliano en que participó Procopio fue la del 363 contra los persas.

[18] En razón del tratado firmado con Constantino y formalmente mantenido por todos los emperadores de la dinastía constantiniana, los godos prometieron auxiliar al usurpador con un contigente formado, de creer a AMIANO, XXVI 10, 3, por 3.000 hombres (la cifra de Amiano es preferible a la de Zósimo: cf. H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 75). Valente tuvo noticia de la usurpación cuando se disponía a abandonar Cesarea de Capadocia para dirigirse a Antioquía (véase A. NAGL, *op. cit.*, col. 2102).

bitión le exhortó a cobrar ánimo, dispuso como para la guerra las fuerzas con que contaba y envió mensajeros a su hermano a fin de comunicarle los términos del intento de Procopio. Rehusó, sin embargo, Valentiniano llevar ayu- 4
da a un hombre que no se había bastado para defender el dominio puesto bajo su soberanía, así que Valente se preparó a combatir [19], dejando en manos de Arbitión la dirección de la guerra contra Procopio. Cuando los dos ejércitos se disponían a trabar batalla, aprovechó Arbitión la precipitación de Procopio para, a su vez, contraatacar atrayéndose un muy elevado número de soldados, gracias a los cuales pudo saber con antelación lo que se proponía aquél.

Una vez que Procopio y el emperador dieron orden de 8
avanzar el uno contra el otro, se encuentran sus ejércitos en un punto del camino de Tiatira [20]. Poco faltó para que la facción de Procopio se impusiera e hiciese que la situación tornase a su favor, pareciendo que el hijo del persa Hormisdes, de igual nombre que su padre, llevaba la parte

Procopio mientras tanto pasa a Asia y se adueña del territorio de Bitinia. Es entonces cuando tiene lugar la toma de Cícico, en la cual no se produjo batalla naval alguna, sino la ruptura, a lo largo de una escaramuza naval, de la cadena que cerraba el puerto de la ciudad (AMIANO, XXVI 8, 8-10); posiblemente Sereniano tampoco fue muerto tras la toma, sino en un momento bastante posterior (AMIANO, XXVI 10, 1).

[19] Si Valentiniano no socorrió a Valente fue, sobre todo, por hallarse ocupado en guerra contra los alamanos. Por otra parte, cuando agentes procopianos marcharon a Iliria con objeto de tomar posesión de este territorio, fue Equitio, nombrado por Valentiniano *magister militum per Illyricum*, quien frustró el intento al ocupar los pasos de acceso a la zona (AMIANO, XXVI 7, 11-12).

[20] En el término municipal de la actual Akhisar (Turquía), al norte de Lidia.

2 mejor en la batalla. Pero Gomario [21], el otro general de Procopio, puesto de acuerdo con todos los que, aun alineados con Procopio, eran partidarios del Emperador, gritó en medio de la batalla el nombre de augusto, haciendo que cuantos estaban en la conspiración lanzasen, conforme a la consigna que fuera, la misma voz; a resultas de ello, todos los soldados de Procopio se pasaron a las filas de
3 Valente. Después de su victoria se estableció éste en Sardes [22], desde donde se dirigió a Frigia, hallando a Procopio en la ciudad de Nacolea [23]; y como allí el general de Procopio, Agilón, volvió a disponer las cosas de manera que se resolvieran a favor del Emperador, impuso su fuerza Valente hasta el punto de que se apoderó del usurpador en persona y no mucho después hizo prisionero a Marcelo.
4 Dio entonces muerte a éstos [24], y al encontrar en poder de Marcelo una vestimenta imperial que Procopio le había entregado, desató, excitado hasta el más alto extremo por ello, una dura persecución general, dedicándose a descubrir no sólo a quienes habían colaborado en la usurpación, sino también a los que participaron del proyecto o, de manera más amplia, incluso a quienes tras haber oído algo

[21] En las fuentes latinas, *Gomoarius*.

[22] En territorio de la actual Turquía, al sur de Tiatira.

[23] En territorio de la actual Turquía, al oeste de Ankara.

[24] Amiano, XXVI 9, 4-5, concuerda con Zósimo en achacar a Arbitión (*Arbitio* o *Arbetio* en las fuentes latinas), militar ya retirado que gozaba de gran prestigio, las deserciones que condujeron a la derrota de Procopio (sobre las razones por las que Arbitión tomó partido contra el usurpador véase Amiano, XXVI 8, 13). Valente hizo frente al Procopio con el ejército traído del frente oriental por Lupicino. Procopio había dividido su ejército en dos partes: la primera es derrotada en Tiatira, la segunda en Nacolea; tras la derrota de Nacolea Procopio es ejecutado (el 28 de mayo del 366). Marcelo fue detenido y ejecutado por Equitio, el *magister militum* de Valentiniano (cf. A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2104-5).

no denunciaron inmediatamente el plan. Procedió contra 5
todos insistentemente y sin que mediara juicio alguno conforme a la justicia, y fueron sacrificados a la cólera del Emperador no sólo los que habían tomado parte en la sedición, sino también, y por razones de parentesco o amistad, los que no tenían culpa alguna [25].

Mientras ésta era la situación en la parte del Imperio 9
que correspondía a Valente, el emperador Valentiniano, establecido en las regiones transalpinas, pasaba por los mayores y más inopinados peligros. Pues las naciones germanas todas, que mantenían el recuerdo de los padecimientos soportados cuando Juliano ocupaba el cargo de césar, tan pronto como conocieron el fin de éste, sacudieron el miedo adherido a sus almas y retomando su ingénita audacia se lanzaron todos a una sobre los territorios sometidos al Imperio de Roma. Al salirles el Emperador al encuentro, 2
se entabló fuerte batalla y vencieron los bárbaros, que persiguieron impetuosamente al ejército romano. No fue el parecer de Valentiniano el de huir para sustraerse al peligro, sino que, asumiendo lo ocurrido, se puso a indagar la responsabilidad de la derrota, que recaía sobre quienes iniciaron la huida. Tras municiosa búsqueda en la que 3
halló culpable a la unidad de los batavos, ordenó que el ejército entero se congregase revestido de su armamento completo, pues había de escuchar unas palabras de las que se derivaría para todos común beneficio. Empleó entonces

[25] Amiano, XXVI 10, 9-14, y otros historiadores (relación en A. Nagl, *op. cit.*, col. 2105) afirman con Zósimo la dureza de la represión desatada por Valente contra los partidarios del usurpador; Libanio, *Or. I* 171, Temistio, *Or. VII* 93a-c, y Símaco, *or. I* 21, hablan de indulgencia: el testimonio de estos tres oradores parece tener menos peso que el de los historiadores citados, pero véase discusión del asunto en A. Nagl, *ibid.*, cols. 2105-6.

palabras que iban a llevar la verguenza para el resto de
sus vidas a los que iniciaron la huida, ordenando que los
batavos depusiesen las armas para ser deportados y, al igual
que esclavos fugitivos, vendidos en beneficio del Estado
4 a quienes pagaran mejor precio. Todos entonces le su-
plicaron, postrándose en el suelo y gachas las cabezas, que
librase al ejército de tal afrenta, prometiendo que se mos-
trarían hombres dignos del nombre de Roma. Y cuando
les exhortó a que allí mismo dieran prueba de ello, se le-
vantaron del suelo, tomaron las armas que precisaban y,
sobrepasando la empalizada, hicieron gala de tanto ardor
bélico que de una inmensa multitud de bárbaros sólo unos
pocos regresaron salvos a sus casas. Así finalizó la guerra
librada contra la nación germana [26].

10 El emperador Valente, que a la muerte de Procopio
había llevado a cabo abundantes ejecuciones y más abun-
dantes confiscaciones en beneficio del Estado, veía impedi-
da su marcha contra los persas por la confusión que en
las fronteras romanas promovía una parte de los escitas
del otro lado del Danubio. Habiendo despachado contra

[26] En enero del 365 los alamanos invadieron el territorio romano. Contrariamente a lo que afirma Zósimo, Valentiniano no estuvo al frente de las tropas en ninguna de las operaciones a que dio lugar esta invasión. En un primer combate las tropas romanas, mandadas por Carietón y Severiano, fueron derrotadas en *Cabillona* (actual Chalons-sur-Saône), perdiendo la unidad de los bátavos, junto con la de los hérulos, su estandarte (Amiano, XXVII 1, 6); a esta derrota se referiría la pesquisa y el posterior castigo narrados por Zósimo). En enero del 366 los alamanos cruzan de nuevo el Rin; el general Jovino los derrotó el 366 en tres encuentros sucesivos, durante el último de los cuales (librado en *Catelauni*, actual Chalons-sur-Marne) mueren 6.000 alamanos y 1.200 romanos (cf. Amiano, XXVII 2, 7; A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2169-71; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 106-107; F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 123).

ellos fuerzas suficientes, contuvo su avance y, después de
obligarlos a entregar las armas, los distribuyó entre las ciu-
dades situadas a lo largo del Danubio que pertenecían a
su territorio, con la orden de que fueran mantenidos en
libertad pero sujetos a vigilancia. Se trataba precisamente
de aquéllos que el caudillo de los escitas enviara a Proco-
pio para que combatieran a su lado. Cuando el menciona- 2
do caudillo solicitó al Emperador que fuesen puestos en
libertad, aduciendo que se les había enviado a consecuen-
cia de una embajada del que entonces ostentaba el poder,
Valente no atendió a ninguno de sus requerimientos. Pues
alegaba que ni aquéllos le habían sido enviados a él, ni
en el momento de ser capturados eran amigos, sino enemi-
gos. Ésta fue la causa que reanimó la guerra escítica [27].
Percatándose el Emperador de que aquéllos pensaban avan- 3
zar sobre las fronteras de Roma y de que a tal efecto todos
se habían ya congregado con la mayor celeridad, desplegó
su ejército a lo largo de la frontera del Danubio, al tiempo
que él, estableciéndose en Marcianópolis, que es la mayor
de las ciudades tracias, cuidaba de que los soldados practi-

[27] Los «escitas» aquí mencionados son los godos. Posiblemente la obra de afianzamiento de la frontera bajodanubiana que llevó a cabo Constantino no pudo ser preservada por sus inmediatos sucesores, y es asimismo probable que tanto Constancio como Juliano hubiesen de llegar a nuevos acuerdos con los godos. En todo caso ya bajo el reinado de estos dos últimos monarcas bandas godas llevaron a efecto incursiones predatorias sobre el territorio tracio, incursiones que se renovaron en los primeros meses del 365, a comienzos del reinado de Valente. Tales ataques tuvieron escasa entidad, pero testimonian un clima de hostilidad entre godos y romanos; en gran medida fue ese clima el responsable de la guerra emprendida por Valente, la cual, por tanto, no estuvo motivada tan sólo por la ayuda que los godos prestaron a Procopio (cf. E. A. Thompson, *The Visigoths in the Time...*, cit., págs. 13-17; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 132-35, 328; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 72-76).

casen la instrucción con sus armas y, sobre todo, de que
4 no les faltase alimento alguno. Designó prefecto del pretorio a Auxonio, pues en razón de su avanzada edad había licenciado del cargo a Salustio, quien ya lo ejerciera dos veces [28]. Auxonio, aun en puertas de tan considerable guerra, procedió con justicia en la recaudación de contribuciones, no tolerando que nadie fuese gravado más allá de lo en justicia debido y transportando con gran cantidad de barcos de carga el avituallamiento de las tropas a través del Ponto Euxino hasta la desembocadura del Danubio, desde donde, por medio de embarcaciones fluviales, lo depositaba en las ciudades junto al río, de suerte que las provisiones quedasen a disposición del ejército.

11 Estas disposiciones fueron tomadas mientras aún era invierno; cuando comenzó la primavera partió el Emperador de Marcianópolis junto con la tropa apostada para vigilar el Danubio y, pasando a tierra enemiga, atacó a
2 los bárbaros. Como éstos no se atrevían a aguardar a pie firme un combate en regla, sino que se mantenían ocultos en los pantanos para dirigir desde allí ataques furtivos, ordenó a los soldados que se mantuvieran en su sitio y, reuniendo a todos cuantos formaban parte del servicio del ejército y también a los encargados de vigilar los equipajes, prometió regalar cierta cantidad convenida de oro al que
3 presentase una cabeza de bárbaro. Todos entonces, súbitamente exaltados por la esperanza de enriquecerse, penetraron en selvas y pantanos dando muerte a cuantos hallaban. Y cuando mostraban las cabezas de los que habían degollado, recibían la suma estipulada. Después de que una gran cantidad pereciese de esta manera, los restantes pre-

[28] *Salutius* habría vuelto a ocupar el cargo tras la detención de Nebridio por Procopio (cf. n. 4); su cese tendría lugar en la primavera del 366.

sentaron ante el Emperador solicitudes de paz. Al no re- 4
chazar éste la petición, se concluyó la paz, y no con desdoro para el prestigio de Roma, pues acordaba dar a los romanos plenas garantías respecto a la conservación de cuanto tenían con anterioridad, y por parte de los bárbaros se llegó al compromiso de no atravesar jamás ni poner siquiera el pie en las fronteras de Roma [29]. Tras concluir la paz en tales términos llega a Constantinopla y, como hubiese muerto el prefecto del pretorio, pone el cargo en manos de Modesto. Tomadas estas disposiciones se aplicó con diligencia a la guerra contra los persas.

Mientras aquél hacía sus preparativos, el emperador 12
Valentiniano pensó que, una vez solucionado el asunto de los germanos, debía asimismo, cara al porvenir, adoptar medidas cautelares en lo tocante a las provincias galas. Procedió entonces a una leva de jóvenes lo más numerosa posible entre los bárbaros que vivían junto al Rin y los campesinos de las provincias sometidas a Roma, enroló a éstos en las unidades militares y a continuación los ejercitó de tal manera en el oficio de la guerra que, por miedo al do-

[29] Zósimo resume aquí acontecimientos que se desarrollaron a lo largo de tres años (cf. AMIANO, XXVII 5, 2-7). Cuando Valente cruzó por primera vez el Danubio, en la primavera del 367, los godos se retiraron a las montañas, por lo que el ejército romano no pudo entablar combate en regla; sólo unos pocos que se refugiaron en bosques y pantanos fueron objeto de la búsqueda y muerte a cambio de una cantidad estipulada de oro mencionadas por Zósimo. A comienzos del verano del 369, Valente pasó de nuevo a territorio transdanubiano, y, en septiembre del mismo año, firmó un tratado con el caudillo de los godos, Atanarico. La precaria situación económica por la que atravesaba este pueblo y las rivalidades entre sus diferentes clanes fueron factores determinantes para la conclusión de la guerra, conclusión que, sin embargo, no estuvo marcada por una victoria militar romana. Sobre todo esto véase H. WOLFRAM, *op. cit.*, págs. 76-78.

minio y a la experiencia de los soldados en tal menester, a lo largo de nueve años completos ninguno de los bárbaros del otro lado de Rin hostigó a las ciudades sometidas
2 a Roma [30]. Por estas fechas Valentiniano, que en razón de determinadas faltas había recibido la orden de fijar su residencia en la isla de Britania, llevó a cabo un intento de usurpación, al errar el cual perdió también la vida [31]. Sobre el emperador Valentiniano cayó una enfermedad que

[30] El presente capítulo ofrece un confuso resumen de las actividades desplegadas por Valentiniano desde la segunda mitad del 366 hasta finales del 373. En el 369, tras sucesos que Zósimo consigna en este mismo capítulo más adelante, inicia Valentiniano la fortificación de la frontera renana y altodanubiana, empresa que constituyó uno de sus logros más notables (cf. A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2175-78 y 2182-84; H. Schönberger, *op. cit.*, págs. 182-86; H. Petrikovits, *op. cit.*, págs. 184-87); la necesidad de guarnecer las nuevas fortificaciones motivó el reclutamiento de los contingentes bárbaros aquí mencionado (cf. E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 118-19). Hasta el 374, y a la vez que proseguía su obra fortificadora, Valentiniano continuó luchando contra sajones y francos, a quienes derrotó en el 370 (Amiano, XXVIII 5, 1-7), y alamanos, a los que no pudo infligir derrotas de importancia; con estos últimos acabó firmando a finales del 374 un tratado de *amicitia* (véase E. Demougeot, *ibid.*, págs. 110-13). Zósimo yerra al hablar de una paz de 9 años en la frontera del Rin.

[31] Deserciones masivas de tropas, ataques de una coalición bárbara integrada por pictos, escotos y atacotos, e incursiones piráticas de francos y sajones sobre las costas habían creado en Britania, desde el año 364, una situación de inseguridad y desorden. Para poner orden en la zona fue enviado Teodosio, padre del futuro emperador; en dos series de operaciones —la primera de ellas desarrollada antes del invierno del 367, la segunda durante el 368— Teodosio derrotó y contuvo a los bárbaros, limpió las costas de piratas y liquidó el intento de usurpación de Valentiniano (a quien Amiano llama *Valentinus)*. Teodosio culminó su tarea con una importante obra administrativa y de restauración del sistema defensivo británico (cf. Amiano, XXVII 8, 5-10; XXVIII 3, 3-8; sobre la cronología consúltese M.-A. Marié, *op. cit.*, n. 256).

casi alcanzó a poner fin a sus días. Una vez salido de ella, los miembros de la Corte se reunieron para pedirle que se pronunciase sobre su sucesor, de suerte que si algo le acaeciera a él no peligrara el Estado. El Emperador, al que convencieron estas razones, proclamó emperador y partícipe del Imperio a su hijo Graciano, joven aún y que ni siquiera había llegado a la plena adolescencia [32].

Tal era la situación en la parte occidental cuando el 13
emperador Valente, de acuerdo con sus propósitos primeros, marchó a Oriente contra los persas; avanzaba sin prisas, socorriendo debidamente a las ciudades que le mandaban delegaciones, al tiempo que tomaba en muchas otras cosas las medidas adecuadas y otorgaba de grado las peticiones que se le hacían con justicia. Llegado a Antioquía, 2
se dedicó a preparar lo concerniente a la guerra en una situación de total tranquilidad; el invierno lo pasó en el palacio imperial, en primavera marchó a Hierápolis y desde allí condujo sus legiones contra los persas para, cuando

[32] Graciano, que a la sazón contaba 8 años de edad, fue proclamado augusto en Amiens, el 24 de agosto del 367. Debe precisarse que la decisión de nombrar un sucesor respondió no tanto a los requerimientos de la Corte cuanto a la necesidad de poner fin a las turbulencias nacidas entre los altos mandos del ejército ante el grave estado del Emperador: de hecho habían sido propuestos dos candidatos a la sucesión por sendas facciones militares (Amiano, XXVII 6, 1-3). Hacia el invierno o la primavera del 368, los alamanos reanudaron sus ataques y en junio Valentiniano emprende una expedición que lo lleva hasta cerca de las fuentes del Danubio: sólo en *Solicinium* (cerca de Rottenburg) pudo obtener una difícil y no decisiva victoria (cf. Amiano, XXVII 10, 1, 2; 5-16; A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2172-74). En otoño del mismo año el Emperador lucha con francos y sajones, cuyas incursiones piráticas hostigaban de nuevo las costas britana y gala (cf. A. Nagl, *op. cit.*, col. 2174). Fue entonces cuando se inició el fortalecimiento de la frontera mencionado al comienzo del presente capítulo.

de nuevo sobrevino el invierno, regresar a Antioquía. Se dilataba pues, de esta manera, la lucha contra los persas [33]; y acaeció de otro lado, mientras el Emperador estaba en Antioquía [34], algo que desencadenó sucesos extraordinarios,
3 siendo su origen el siguiente: había entre los secretarios imperiales [35] un tal Teodoro. De buen linaje y crianza pero, en razón del ardor de su aún joven edad, fácilmente inducible al mal camino por halagos de aduladores, cayó sobre él una partida de tales que le persuaden de ser hombres de extremada cultura y capaces de conjeturar el porvenir según un procedimiento adivinatorio cuya eficacia tenían comprobada. Buscando así informarse de quién reinaría tras Valente, habían erigido un trípode que les in-

[33] Sapor II aprovechó que entre el 364 y el 369 Valente tuviera que dedicarse a la usurpación de Procopio, primero, y a la guerra gótica, después, para intentar colocar al estado armenio bajo su influencia; la marcha del emperador romano a Antioquía, a donde llegó en la primavera del 370, obedecía al deseo de contrarrestar tal intento. Tras avanzar, en el verano del 370, hasta Hierápolis, Valente volvió a Antioquía pero —frente a lo afirmado por Zósimo— no permaneció en ésta durante el invierno siguiente: del 8 de diciembre del 370 al 1 de mayo del 371 residió en Constantinopla, regresando a Antioquía sólo en el invierno del 371-72. Las negociaciones entre persas y romanos para llegar a un acuerdo respecto a Armenia se dilataron hasta el fin del reinado de Valente, quedando inconclusas por la muerte del emperador en Adrianópolis. Durante todo este tiempo se produjo sólo una confrontación armada entre los dos Imperios, confrontación acaecida en el 373, finalizada con victoria romana y tras la cual, en el mismo año, los contendientes firmaron un armisticio (cf. A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2113-18).

[34] Se trata de la estancia en Antioquía correspondiente al invierno del 371-72 (véase n. 33), fecha en que, frente a lo indicado por otras fuentes, debe ubicarse el descubrimiento de la conjura de Teodoro (cf. A. Nagl, *op. cit.*, col. 2111).

[35] Alusión al cuerpo de los *notarii*, de los que Teodoro era *secundicerius* (cf. *PLRE I*, pág. 898); sobre la *schola notariorum* véase n. 67 al libro III.

dicaba el porvenir mediante cierto misterioso protocolo.
Y había aparecido escrito en el trípode zeta, épsilon, ómi- 4
cron y además la delta, lo que equivalía prácticamente a un sonido que indicaba cómo Teodoro había de suceder a Valente en el trono. Exaltado por estos despropósitos, se encuentra una y otra vez, movido por su desmedido ardor, con charlatanes y embaucadores en cuya compañía departe sobre el plan que habían de seguir, hasta que es flagrantemente sorprendido por el Emperador. Sobre él cayó un castigo proporcionado a su intento.

Otro incidente vino a añadirse a éste: Fortunatiano, 14
sobre quien había recaído la tutela de la tesorería privada [36], en el curso de un proceso por hechicería contra uno de sus subordinados decidió someterlo a tortura. Dado que éste, constreñido por los suplicios, mencionase a otros como estando en connivencia con él, pasó la pesquisa a manos de Modesto, el prefecto del pretorio, ya que habían salido a relucir pesonajes no sometidos a la jurisdicción del que inicialmente había conducido el proceso, al tiempo que las implicaciones del juicio se extendían por todas par-
tes [37]. Y el Emperador, bajo los efectos de una desmesura- 2

[36] *Comes rei privatae.*

[37] En relación a las circunstancias que condujeron al descubrimiento de la conjura de Teodoro debe preferirse la versión de Amiano, XXIX 1, 5-9, a la de Zósimo. De acuerdo con Amiano, en el curso de las actuaciones emprendidas contra dos cortesanos acusados de defraudar el fisco conoce Fortunatiano la delación de un tal Procopio, según la cual ambos cortesanos proyectaban acabar con su vida; ante ello procede al arresto de otros dos personajes, Paladio, experto en venenos, y Heliodoro, adivino, a quienes pone bajo la autoridad del prefecto del pretorio. Sometido a interrogatorio bajo tortura, revela Paladio tener noticia de un asunto mucho más grave, iniciándose con tal revelación el descubrimiento de toda la conjura.

da cólera, comenzó a alimentar sospechas contra cuantos en aquellas fechas eran conocidos como filósofos o estaban consagrados de alguna otra manera a la letras, e incluso contra algunos cortesanos insignes: pues también éstos habían sido delatados ante el Emperador como conspiradores. Se sucedían así por doquier los lamentos, y el llanto
3 hacía presa en todos. Pues las cárceles estaban repletas de gentes que sin razón moraban en ellas, y por los caminos eran conducidas multitudes mayores que las que quedaban en las ciudades. Las tropas asignadas a la vigilancia de aquellos que sin motivo se veían llevados reconocían su incapacidad para garantizar la vigilancia y su temor de que los prisioneros, al ser muchos más, escapasen valiéndose
4 de la fuerza. Y los sicofantes iban de un lado para otro, libres de cualquier peligro a cambio tan sólo de acusar, mientras que los reos ya eran conducidos a muerte sin pruebas legales, ya perdían su hacienda dejando a hijos, mujeres y demás parientes en la más precaria situación. Pues lo que se pretendía era recaudar, por medio de todo tipo de impiedades, riquezas abundantes en beneficio del Estado.

15 De entre los filósofos conocidos Máximo fue el primero en ser ejecutado; tras él Hilario de Frigia, bajo el pretexto de haber interpretado en un más cierto sentido determinado oráculo ambiguo; además, Simónides, Patricio el Lidio y Andrónico de Caria. Todos ellos poseían un altísimo grado de instrucción y se veían condenados más por
2 rencor que por resoluciones conformes a la justicia. Hasta tal punto reinaba por doquier la confusión que los sicofantes, acompañados de una multitud, penetraban a placer incluso en las viviendas de gentes fortuitamente elegidas, apresaban a cuantos encontraban y los ponían a todos en manos de los encargados de darles muerte sin juicio alguno. Cima de las atrocidades vino a ser Festo, hombre dis-

puesto a toda clase de crueldades, a quien el Emperador envió como procónsul a Asia para que ninguno de cuantos habían consagrado su esfuerzos a las letras escapase; y tal propósito obtuvo cumplimiento. Festo, en efecto, tras man- 3
darlos buscar a todos, dio muerte sin juicio a los que encontró, y a los restantes los forzó a refugiarse al otro lado de las fronteras. Así terminaron los infortunios que la causa de Teodoro desencadenó sobre las ciudades.

Valentiniano, tras haber llevado la guerra contra los 16
germanos de una forma que parecía más bien comedida, se mostraba sumamente riguroso en la imposición de contribuciones, insistiendo con la mayor severidad en ellas y percibiéndolas en cantidad superior a la normal. Daba como pretexto de su actitud la magnitud de los gastos militares, magnitud que lo había forzado a gastar las reservas del tesoro estatal. Así, habiendo suscitado con su actitud 2
el odio de todos, se conducía con una acritud mayor aún que la de antes; no se preocupaba por indagar si los magistrados se abstenían de enriquecerse, guardaba rencor a cuantos llevaban una forma de vida irreprochable y, para decirlo brevemente, en relación a la disposición de que había dado muestras cuando inició el desempeño de la función imperial, era otro [38]. Por ello, los habitantes de Libia, cansados 3

[38] Con independencia de que Valentiniano poseyese un temperamento más o menos acre, las noticias sobre su vehemencia e inflexibilidad (acerca de las cuales y de su rigor fiscal véase n. 6) pueden constituir un reflejo del conflicto que este soberano sostuvo con el senado, un conflicto cuyo centro de gravedad fue la pugna por el poder entre la clase senatorial y el entorno de burócratas cortesanos en que se apoyaba el emperador. En su fase final el enfrentamiento condujo a las persecuciones de senadores relatadas por Amiano, XXVIII 1, 1 (de donde quizás las palabras de Zósimo acerca de la intratabilidad de Valentiniano en sus últimos años). Véase sobre todo ello Matthews, *Western Aristocracies...*, cit., págs. 39-41; 56-63.

de la avaricia de Romano, quien ostentaba el mando militar sobre los mauritanos, le otorgaron la púrpura a Firmo, nombrándolo emperador. Al recibir noticia de ello, Valentiniano, lógicamente, se llenó de inquietud. Y al punto hizo llegar a determinadas unidades del ejército la orden de que abandonaran sus posiciones de vigilancia en Panonia
4 y Mesia Inferior para navegar hacia Libia [39]. Mas cuando así se hizo, sármatas y cuados, que ya antes albergaban sentimientos de cólera contra el encargado de vigilar la región (que era Celestio [40]), atacaron, después de que los sol-

[39] Según Amiano, XXVIII 6, 1-24, la ciudad de *Lepcis Magna* pidió ayuda al *comes Africae* Romano ante los ataques de los bárbaros vecinos a sus fronteras; Romano exigió en calidad de impuesto de guerra una suma tan alta que los habitantes de la ciudad, empobrecidos por las devastaciones bárbaras, debieron renunciar a su ayuda. El relato prosigue con la exposición de un complicado juego de intrigas, denuncias y contradenuncias, pues a los tripolitanos, que en medio de nuevas incursiones bárbaras se esfuerzan por hacer llegar a oídos del Emperador la impostura de Romano, responde éste sirviéndose del soborno, la extorsión o sus contactos en la Corte para dejar sin efecto las reclamaciones de sus acusadores (debe hacerse notar que la narración de Amiano presenta incoherencias delatoras de una parcialidad hostil a Romano: cf. G. Sabbah, *op. cit.*, pág. 530). El relato de la revuelta de Firmo que ofrece Amiano en un pasaje posterior (XXIX 5, 2-3) no establece relación de causa a efecto entre este movimiento y las supuestas prevaricaciones de Romano.

[40] Hacia el 373 se inició, de acuerdo con el plan de robustecimiento de las fronteras trazado por Valentiniano (cf. n. 30), la construcción de una serie de fortificaciones al otro lado del Danubio, en territorio cuado. Como los cuados protestaran, Equitio, *magister armorum per Illyricum*, suspende los trabajos; ante ello, Maximino, el prefecto del pretorio, hace que su hijo Celestio (*Marcellianus* en Amiano) sea nombrado *dux Valeriae*. Celestio prosigue los trabajos de fortificación y responde a las reclamaciones de los cuados invitando a su rey Gabinio a un banquete a cuyo término le da muerte. Fue entonces, ya en el 374, cuando se produce la incursión de los cuados aquí mencionada (cf. A. Nagl, *op. cit.*, col. 2184).

dados marcharan a Libia, las regiones de Mesia y Panonia. Su caudillo, en efecto, había sido embaucado mediante juramentos de lealtad por Celestio, que le dio muerte dolosamente mientras aún estaba dispuesta la mesa, y los bárbaros, como era de esperar, hicieron de ello un pretexto para su ataque y saquearon los territorios en torno al Danubio, apoderándose de todo cuanto se encontraba fuera de las ciudades. Ahora bien, los habitantes de Panonia 5
se veían expuestos a la rapiña de los bárbaros, ya que los soldados se ocupaban con desgana de la defensa de las ciudades e infligían a las zonas cercanas al río un castigo no menor que el de los bárbaros. Mesia, sin embargo, no 6
experimentó daño alguno, pues Teodosio, que desempeñaba el mando militar, resistió valerosamente y expulsó a los invasores, gracias a lo cual, y tras el renombre obtenido a raíz de esta victoria, alcanzó más tarde el Imperio. Pero esto lo expondré a su debido tiempo [41].

Valentiniano, impaciente ante las noticias que le llega- 17
ban, partió de Galia para, con vistas a la guerra contra cuados y sármatas, cruzar Iliria. Al frente de todo el ejército coloca a Merobaudes, quien pasaba por aventajar a los demás en conocimiento del oficio militar. Habiéndose 2
prolongado el invierno más allá de lo habitual, los cuados le enviaron embajadores portando misivas insolentes, ante las cuales Valentiniano se enfureció; transportado por el exceso de cólera a un estado cercano a la demencia, al subirle a la boca un flujo de sangre que le oprimió los

[41] Teodosio, a la sazón *dux Moesiae*, derrotó a los sármatas agaragantes, que se habían unido a los cuados. La noticia que brinda Zósimo acerca de la ineficacia y desgana de las tropas puede hacer referencia a la confusión imperante en las fuerzas romanas, dos de cuyas legiones fueron vencidas (cf. A. Nagl, *op. cit.*, col. 2185; A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 839).

conductos de la voz falleció; a la sazón llevaba en Iliria nueve meses menos unos pocos días y había llegado al duodécimo año de su reinado [42].

18 A su muerte cayó sobre Sirmio un rayo que redujo a cenizas el palacio imperial y el foro; y a los avezados en el examen de cosas como éstas tal prodigio no les pareció que fuera un buen presagio para la república. Además en
2 algunos lugares se produjeron terremotos. También sufrió un violento seísmo Creta, así como el Peloponeso y el resto de la Hélade, de suerte que la mayor parte de sus ciudades quedaron destruidas salvo Atenas y el Ática. Ésta quedó preservada, dicen, por el siguiente motivo: Nestorio, que desempeñaba en aquellas fechas el cargo de hierofante, tuvo en sueños una visión que le prescribía la necesidad de rendir honras públicas al héroe Aquiles, pues ello re-
3 dundaría en salvaguarda de la ciudad. Como participase su visión a los magistrados, mas éstos, teniéndolo por habladuría propia de sus muchos años, no prestasen atención ninguna a sus palabras, tras meditar consigo mismo lo que procedía y como hombre instruido en los propósitos divinos, mandó fabricar una imagen del héroe dentro de un templo en miniatura y la colocó al pie de la estatua de Atenea situada en el Partenón. Y al tiempo que oficiaba

[42] Cuando Valentiniano tuvo noticia de la incursión de los cuados firmó, a finales del 374, la paz con los alamanos (véase n. 30). Hacia finales del verano del 375 cruzó el Danubio y devastó el territorio cuado. Ya en otoño regresó a suelo romano, recibiendo, el 17 de noviembre y en Brigetio (actual Szöny, Hungría), la embajada de los cuados cuyas proposiciones lo enfurecieron hasta causarle la muerte; la duración de su última estancia en Iliria habría sido, como máximo, de 7 meses (cf. Amiano, XXX 5-6; A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2183-87; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 113-16; F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 136).

para la diosa las ceremonias habituales, ejecutaba los ritos por él sabidos en honor del héroe. Llevado así a efecto 4
el aviso tenido en sueños, cuando se desencadenó el terremoto resultó que sólo los atenienses quedaron a salvo, participando también el territorio del Ática de la benéfica influencia del héroe. Que ello es cierto puede saberse por lo que narró el filósofo Siriano en el himno que compuso para aquel héroe. Y esto lo consigno por no dejar de estar relacionado con el asunto presente [43].

Al morir Valentiniano, viendo los generales Merobau- 19
des y Equitio que Valente y Graciano moraban lejos (pues el uno estaba aún en Oriente y al otro lo había dejado su padre entre los gálatas de Occidente [44]), temerosos de que al hallarse el Estado sin cabeza sobreviniesen ataques de los bárbaros transdanubianos, mandaron que se trajese del no lejano lugar donde se encontraba con su madre a un hijo pequeño de Valentiniano, tenido por éste de aquella esposa que antes había estado casada con Magnencio, y lo conducen vestido de púrpura al palacio imperial, cuando apenas estaba en su quinto año de vida [45]. Se repartie- 2

[43] Frente a lo afirmado por Zósimo, Atenas parece haber sufrido por estos años los efectos de un terremoto (cf. G. Fowden, *op. cit.*, pág. 53).

[44] Esto es, en territorio galo (cf. F. Paschoud, ed. cit., n. 24 al libro II).

[45] La proclamación de Valentiniano II, que por entonces tendría unos 4 años, tuvo lugar el 22 de noviembre del 375 (cf. W. Ensslin, «Valentinianus II...», cit., col. 2206). Recogiendo la sugerencia de los autores antiguos, parte de la historiografía moderna explica tal proclamación como una maniobra mediante la cual determinadas personalidades del entorno imperial pretendieron asegurar el mantenimiento en el trono de la dinastía valentiniana (así E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 115); resulta imposible decidir con fundamento si esta explicación es exacta o si quienes promovieron el nombramiento actuaron bajo el deseo de robustecer su propia posición (D. M. Novak, *op. cit.*, pág. 485). Sea como fuere, el clima en que debe situarse el incidente

ron entre sí el Imperio Graciano y Valentiniano el Joven conforme al dictado de aquéllos de su entorno que tomaban las decisiones concernientes al Estado (pues los Emperadores mismos estaban incapacitados en razón de su edad), tocando a Graciano las poblaciones de Galia, toda Iberia y la isla de Britania, mientras que se decidió que Valentiniano tuviera Italia, el territorio de Iliria y el conjunto de Libia [46].

20 Muchos brotes de guerra, y emergentes de muchos focos, asediaban al emperador Valente. Pues, en primer lugar, los isauros (a quienes unos llaman pisidios, otros solimos, otros cilicios montañeses; qué es lo más exacto lo mostraremos al entrar en los capítulos concernientes a ellos [47]) se dedicaban a devastar las ciudades de Licia y

---

es el del vacío de poder creado a la muerte de Valentiniano I, un vacío gracias al cual Iglesia, Senado y dignatarios civiles y militares vieron incrementado su ámbito de influencia política. Resulta significativo que ni Valente ni Graciano jugasen papel alguno en la designación del nuevo augusto: distintas fuentes (relación en F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 140; añádase Sozómeno, VI 36, 5) registran cómo ambos, inicialmente descontentos porque el nombramiento se hubiese llevado a efecto sin solicitarles anuencia, debieron en último extremo resignarse.

[46] Ha sido puesto en duda que el reparto se produjese en los términos indicados por Zósimo, pero tal duda no encuentra apoyo en las fuentes antiguas (discusión de este punto en F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 140).

[47] Los límites de Isauria no eran nítidos, de donde la pluralidad de sus denominaciones (punto este cuyo tratamiento patentiza el gusto por la erudición libresca característico de la fuente de Zósimo, Eunapio). Hacia el Este, Isauria lindaba con las montañas de la Cilicia occidental, de donde el nombre de «cilicios montañeses»; al nordeste de Licia estaba la región llamada Panfilia o Pisidia, también colindante con Isauria; los «solimos» eran los antiguos habitantes de Pisidia (Estrabón, I 2, 28; Plinio, *Hist. nat.* V 94). Para más detalles consúltese F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 141. La referencia a los capítulos concernientes a los isauros apunta a una parte de la obra que no llegó a componerse.

Panfilia, no bastando para adueñarse de las murallas pero saqueando cuanto se encontraba en campo abierto. Y cuan- 2
do el Emperador, que permanecía aún en Antioquía, enviaba contra ellos fuerzas en su opinión suficientes, los isauros se refugiaban con todo el botín en lo más escarpado de las montañas, sin que los soldados, por negligencia, alcanzasen a perseguirles ni a remediar de alguna manera los daños que caían sobre las ciudades [48]. Hallándose en 3
tal punto estos sucesos, una tribu bárbara, desconocida con anterioridad y que entonces irrumpió súbitamente, se abatió sobre las tierras de los escitas transdanubianos. Les daban el nombre de hunos, ya se trate de los llamados escitas reales, ya de aquellos habitantes del otro lado del Danubio —chatos y de cuerpo mezquino— que menciona Heródoto, ya de gentes que pasasen de Asia a Europa. Pues también encontré esto registrado: que el Bósforo Cimerio, cegado por los aluviones del Don, les permitió pasar a pie de Asia a Europa [49]. Llegando con sus caballos, mujeres, 4

---

[48] Las incursiones de isauros aquí mencionadas pueden ser las mismas que expone Amiano, XXVII 9, 6-7 (así F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 141): en este caso la secuencia narrativa de Zósimo resulta errónea, pues tales incursiones acaecieron en el 367, antes de concluir la primera guerra gótica de Valente (capítulo 11) y de iniciarse los preparativos para la «guerra» persa (capítulo 13, 1-2). Pero también es posible que Zósimo y Amiano aludan a incursiones distintas o que sea Amiano quien fecha erróneamente el episodio (J. Rougé, *op. cit.*, págs. 295-96; M.-A. Marié, *op. cit.*, n. 277).

[49] De los «escitas reales» habla Heródoto, IV 20. En el pasaje del mismo autor aludido seguidamente por Zósimo (Heródoto, V 9) se menciona al pueblo de los *sigynnas*, cuyos caballos son descritos como «pequeños y chatos»; en palabras de F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 142, Zósimo confunde «los caballos de los *sigynnas* y la persona de los hunos». El Bósforo Cimerio (actual Estrecho de Kertch, separa el Mar de Azof del Mar Negro) no pudo ser cegado por los aluviones del Don, que desemboca en el Mar de Azof pero bastante más al Norte; F. Pas-

hijos y con todos sus enseres, cayeron sobre los escitas establecidos al otro lado del Danubio y, sin capacidad ni conocimiento alguno para sostener una batalla franca (pues cómo iban a tenerla quienes ni alcanzaban a plantar con solidez los pies en tierra, sino que hacían la vida y dormían sobre sus caballos), con golpes, fintas y oportunas retiradas, causaron tremenda mortandad entre los escitas.
5 Al proceder una y otra vez de esta manera, pusieron en tal trance a los escitas que los supervivientes salieron de las casas que ocupaban para dejar a los hunos que las habitaran y, por su parte, darse a la huida y pasar a la orilla opuesta del Danubio, donde suplicaron al Emperador con las manos extendidas que los acogiera y prometieron com-
6 portarse para con él como leales y firmes aliados [50]. Los encargados de custodiar las ciudades danubianas remitie-

CHOUD, *ibid.*, supone que Zósimo confunde el Don con el Cuban, explicándose la confusión por el hecho de que en la geografía clásica Don y Mar de Azof separaban Asia (de donde venían los hunos) de Europa.

[50] Entre el 369 y el 372 Atanarico había desencadenado la segunda persecución goda contra los cristianos. Dicha persecución topó con la resistencia de Fritiguerno, quien, en connivencia con el gobierno de Valente, se yergue en caudillo del cristianismo godo. Debe especificarse que Fritiguerno actuaba por motivos políticos, pues tras su resistencia operaba la actitud de la aristocracia goda, amenazada por la previsible transformación en monarquía definitiva de la jefatura temporal desempeñada por Atanarico (la transformación dañaba también los intereses de Roma, de donde la postura romana). Los dos jefes godos se enfrentan con suerte diversa hasta que se impone Atanarico, siendo él, por tanto, quien dirige la defensa contra los hunos en el 376. Dicha defensa fracasa, ante lo cual resurge la oposición de Fritiguerno, que, a la cabeza de la mayoría de los godos transdanubianos, solicita del emperador Valente acogida en el Imperio. Atanarico quiso penetrar también en suelo romano, pero posteriormente desiste de ello y se refugia con sus partidarios en un punto de las montañas del Cáucaso cuya ubicación precisa desconocemos (cf. H. WOLFRAM, *op. cit.*, págs. 78-82, 90-91, 95-98).

ron todo ello a la consideración del emperador Valente, quien aceptó acogerlos si previamente hacían entrega de sus armas. Cruzaron los oficiales superiores y cuantos desempeñaban mando militar al objeto de escoltar a los bárbaros desarmados por las fronteras romanas, pero no atendieron sino a elegir mujeres hermosas, a capturar muchachos lozanos con propósitos inmundos y a procurarse siervos y aparceros; absortos en ello, descuidaron cualquier otra medida encaminada al provecho público, de donde naturalmente resultó que la mayoría pasó inadvertidamente con sus armas [51]. Y tan pronto como pusieron pie en 7
suelo romano no volvieron a acordarse de súplicas ni de juramentos, sino que toda Tracia, Panonia y el territorio que se extendía hasta Macedonia y Tesalia se vio lleno de bárbaros que saqueaban cuanto hallaban ante sí [52].

[51] El gobierno de Valente resolvió establecer en Tracia a los godos cristianos capitaneados por Fritiguerno y Alavivo. Teóricamente eran admitidos en calidad de *dediticii* que se acogían a la gracia del Emperador; perdían así cualquier condición anterior de *foederati* y debían entregar las armas, recibir asentamiento como colonos en territorio señalado por el Emperador (normalmente zonas alejadas de la frontera) y someterse a la posibilidad de un reclutamiento ilimitado en filas romanas. Sin embargo, se trataba de unos dediticios especiales (como lo indica su asentamiento en Tracia), por lo cual cabe poner en duda que estas exigencias se cumplieran. En lo relativo a la entrega de las armas, sólo Zósimo y su fuente, EUNAPIO, f. 42 [MÜLLER], precisan que Valente impuso tal requisito, y el dato es aceptado por autores como A. NAGL, *op. cit.*, cols. 2119-20; T. S. BURNS, *op. cit.*, pág. 336, y E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 139. F. PASCHOUD, ed. cit., IV, n. 143, tiene la noticia por falsa. La única fuente que ofrece una estimación numérica de los refugiados es EUNAPIO, *ibid.*, que habla de 200.000 personas; la cifra es posiblemente exagerada, aunque AMIANO, XXXI 4, 68, habla de *innumerae gentium multitudines*. El paso del Danubio se llevó a cabo en otoño del 376 (cf. F. PASCHOUD, *ibid.*).

[52] La rapacidad de los oficiales romanos, el hambre a que se vieron sometidos los refugiados y en general la deficiente organización de las

21 Cirniéndose sobre el Estado grandísimo peligro en esta parte, noticias de lo que está ocurriendo son llevadas a toda prisa a la residencia del Emperador. El cual, una vez que solucionó como pudo las cuestiones pendientes con los persas, tras cubrir a la carrera el camino desde Antioquía, llegó a Constantinopla; desde allí se puso en camino a Tracia con la intención de presentar batalla a los escitas huidos. Y cuando el ejército y el Emperador mismo salían,
2 se mostró ante sus ojos el siguiente prodigio [53]: apareció tendido en el camino un cuerpo humano, inmóvil todo él y con signos de haber sido flagelado de la cabeza a los pies, excepto los ojos, que mantenía abiertos y con los que

autoridades romanas ante el paso godo del Danubio motivaron un ambiente de tensión para hacer frente al cual el comandante de las fuerzas destacadas en Tracia, Lupicino, resolvió escoltar a los refugiados con parte de sus tropas; la vigilancia del Danubio se vio así descuidada, con lo que determinadas bandas bárbaras (entre ellas un grupo predominantemente ostrogodo acaudillado por Aloteo y Sáfraga) cruzaron el río sin autorización romana (Amiano, XXXI 4, 12-5, 3; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 126-27). El enfrentamiento entre godos y romanos estalló en las puertas de Marcianópolis. A los godos se unieron mineros tracios, población romana empobrecida y marginada, esclavos de origen godo o bárbaro y una unidad del ejército romano acuartelada cerca de Adrianópolis e integrada por godos (cf. Amiano, XXXI 5, 4-9; 6, 1-6). Entre las regiones devastadas no se contó Panonia.

[53] El 30 de mayo del 378 llega Valente a Constantinopla, marchando el 11 de junio a la residencia imperial de Melantia, próxima a esta ciudad, desde la que preparó la guerra contra los godos (cf. A. Nagl, *op. cit.*, cols. 2120-23). La salida de que habla Zósimo es ficticia (en el cap. 22 vemos al Emperador de nuevo en las proximidades de Constantinopla), proporcionando su invención una excusa para insertar el prodigio expuesto a continuación, que a su vez pretende subrayar la importancia de la derrota sufrida por los romanos en Adrianópolis. Adrianópolis significa para buena parte de la tradición antigua y moderna el inicio de la muerte del Imperio (cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 149; A. Demandt, *Die Spätantike...*, cit., pág. 124; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 134-35).

miraba a cuantos se le acercaban. Como los que le preguntaban quién era o de dónde venía, o por obra de qué sufría aquello no recibían absolutamente ninguna respuesta, teniéndolo por algo prodigioso lo señalaron al Emperador, que se hallaba presente. Éste le dirigió las mismas palabras sin que abandonara lo más mínimo su silencio, dando la impresión de que ni vivía, pues el cuerpo todo estaba inmóvil, ni se encontraba completamente muerto, ya que su mirada parecía llena de vigor; *** [54] súbitamente el prodigio se desvaneció. No sabiendo cuantos allí estaban a qué 3
atenerse respecto al camino a seguir, los avezados en interpretar cosas como éstas explicaron que predecía la situación en que iba a verse el Imperio, que el Estado continuaría herido y lacerado como un agonizante hasta que, por la perfidia de gobernantes y súbditos, fuese completamente destruido. Y, ciertamente, cuando procedamos a narrar cada episodio se demostrará que ello fue dicho con verdad.

El emperador Valente, al ver que los escitas saqueaban 22
ya toda Tracia [55], decidió enviar contra la caballería escítica,

[54] Laguna en el texto.

[55] Valente dispuso que las tropas de la frontera persa marcharan, bajo el mando de Profuturo y Trajano, al frente godo. Pidió también ayuda militar a Graciano. Éste envía por una parte al *dux* Frigérido, que debía de bloquear a los bárbaros en Tracia, por otra al *comes domesticorum* Ricomer, a quien acompañaban escasas fuerzas, pues se quiso retener en el Oeste los efectivos existentes ante la perspectiva de un ataque alamano que de hecho se produjo (Amiano, XXXI 7, 3-4; 9, 1; 10, 21; sobre el ataque alamano véase n. 57). Ricomer se une a Profuturo y Trajano para caer sobre los godos en las proximidades de Tomeo (actual Tomis, Rumania): el resultado fue de pérdidas abundantes tanto para los bárbaros como para los romanos (en verano del 377; relato en Amiano, XXXI 7). El plan romano consistía en mantener a los godos encerrados en el triángulo formado por los Balcanes, el Danubio y el Mar Ne-

en primer término, las tropas que habían venido con él desde Oriente, sumamente expertas en el enfrentamiento
2 con caballería. Cuando éstas, por tanto, recibieron la señal del Emperador, se dedicaron a franquear en pequeños grupos las puertas de Constantinopla y, atravesando con sus venablos a aquellos escitas que flaqueaban, cobraban cada día las cabezas de muchos de ellos. Los escitas, puesto que la celeridad de la caballería y la acometida de los venablos les parecían difíciles de combatir, proyectaron vencer por medio de un ardid a los contingentes sarracenos: celaron en parajes provistos de depresiones una emboscada con el
3 plan de atacar tres escitas por un solo sarraceno. Habiendo errado este intento —pues los sarracenos, gracias a la rapidez y ductilidad de sus caballos, escapaban a placer cuando veían que un grupo ingente se adelantaba, a la vez que si alguno procedía con lentitud se lanzaban contra él y le daban muerte con sus venablos—, se produjo tal mortandad entre los escitas que éstos, renunciando a su propósito, pretendieron atravesar el Danubio y entregarse a los hunos antes que perecer masacrados por los sarracenos. Cuando abandonaron el territorio de los alrededores de Constantinopla para avanzar más allá, el Emperador dispuso de espacio para llevar hacia adelante su ejército.
4 Y mientras consideraba de qué manera había que plantear la guerra cuando era tan grande el número de bárbaros que amenazaba, viéndose, al mismo tiempo, hipotecado por

gro; pero tras el encuentro junto a Tomeo se unió a los godos de Fritiguerno el grupo de Aloteo y Sáfraga (cf. n. 52), cuyas fuerzas eran fundamentalmente caballería: la movilidad así obtenida permite a los godos forzar el bloqueo para marchar hacia el Sur, derrotando a las tropas romanas estacionadas junto a la ciudad de *Dibaltum* (Amiano, XXXI 8; cf. H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 130). Todo ello fue anterior al invierno del 377.

la vileza de los mandos, en la duda, ante el desorden que dominaba la situación, de si los destituiría y sin saber a quién entregaría el generalato, pues no aparecía nadie con merecimientos suficientes, se presentó en Constantinopla Sebastián, el cual había dejado el Occidente ante el hecho de que los emperadores de aquella parte no aceptaban, por falta de madurez, ponerse de acuerdo entre sí, sino que se habían dado a las calumnias salidas de los eunucos asignados al cargo de chambelán [56].

Cuando se enteró de ello, Valente, conocedor de la 23
valía de aquel hombre tanto para la guerra como en lo relacionado con cualquier faceta del gobierno, lo elige general y le confía la dirección de toda la guerra. Éste, al 2
ver la indisciplina e incuria total de oficiales y soldados y cómo estaban ejercitados sólo en la huida y en femeninas y lastimeras plegarias, pidió que se le entregasen dos mil

[56] Cuando Valente llega a Constantinopla en mayo del 378 (cf. n. 53), bandas bárbaras merodeaban por sus alrededores (sobre el empleo de la caballería sarracena véase n. 60). Según Teodoreto, *h.e.* IV 33, Valente reprochó a Trajano su actuación militar, pero éste respondió achacando al arrianismo del Emperador los fracasos cosechados; ante la cólera que suscitó en Valente tal respuesta, los generales Víctor y Arinteo salieron en defensa de su colega. En principio, la anécdota es sospechosa, pues Teodoreto recoge la tradición ortodoxa hostil al arriano Valente, pero Amiano, XXXI 11, 1; 12, 1, consigna que Trajano, destituido cuando el Emperador llegó a Constantinopla en el 378, fue poco después llamado de nuevo al servicio activo (cf. A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 706-707). Todo ello indica la existencia de desórdenes entre los altos mandos del ejército, explicando tales desórdenes, junto a la incapacidad de los generales para liquidar el problema godo, las palabras con que se justifica la elección de Sebastián. Éste no había abandonado voluntariamente el Occidente sino que, según Amiano XXX 10, 3, cuando murió Valentiniano había sido alejado por Merobaudes al considerársele excesivamente popular entre la tropa.

soldados que él elegiría, pues no sería tarea fácil mandar a una multitud de hombres escasamente entrenados y, en cambio, instruir a unos pocos y restituirlos de maneras mujeriles a hábitos de virilidad, no resultaría excesivamente laborioso, y, por lo demás, era más factible arrostrar el
3 peligro con unos pocos que con toda la masa [57]. Mediante tales argumentos convence al Emperador; y al llevar a cabo su elección no escogió de entre los habituados a la cobardía y hechos a huir, sino que tomó determinados hombres que, recién alistados en el ejército, sobresalían por sus buenas proporciones corporales y parecían además, calibrada su conformación física por alguien competente en ello, aptos para lo que habían sido elegidos. Se consagró acto seguido a probar la naturaleza de cada cual, y mediante un continuo entrenamiento colmó sus deficiencias, tributando elogios y premiando a los que obedecían y adoptando una actitud dura e inflexible contra los recalcitran-
4 tes. Tras, de esta manera, ejercitar en toda clase de materias bélicas a sus elegidos, ocupó las ciudades fortificadas, prestando la máxima atención a la seguridad del ejército, y al tiempo se dedicó a atacar por medio de continuas emboscadas a cuantos bárbaros merodeaban en busca de botín, a quienes liquidaba ya al toparse con ellos cuando se encontraban lastrados por la magnitud de su presa —y entonces se apoderaba él de los despojos—, ya cuando esta-

[57] Tras descender al Sur llegando a amenazar Constantinopla (véase n. 56), los godos marcharon hacia el Noroeste, en dirección a Adrianópolis, cerca de la cual tuvieron lugar las operaciones dirigidas por Sebastián mencionadas en 23, 4 (cf. Amiano, XXXI 11, 2-4). Mientras tanto, Graciano hubo de repeler, en febrero del 378, un ataque alamano; vencidos los alamanos, el Emperador pasó a territorio enemigo con objeto de explotar la victoria, y a continuación se dispuso a reunirse con Valente (Amiano, XXXI 10; 11, 6).

ban ebrios, mientras que a otros los acuchillaba cuando
se bañaban en el río. Una vez que hubo exterminado con 5
estratagemas como éstas a la mayor parte de los bárbaros y que los restantes de ellos renunciaran al pillaje por miedo al general, se levantaron altísimas envidias contra su persona. De ellas nació odio, y de éste calumnias ante el Emperador promovidas a través de los eunucos de la Corte
por quienes se habían visto desposeídos de mando. Ha- 6
biendo sido inducido el Emperador, de tal manera, a una actitud de ilógico recelo, Sebastián le indicó que permaneciera quieto y sin avanzar más allá, pues contra tan ingente muchedumbre lo cómodo era no librar batalla abiertamente, sino gastar el tiempo en ataques oblicuos y furtivas acometidas, hasta que bajo la escasez de avituallamiento desistieran bien para rendirse, bien para, saliendo de territorio romano, abandonar su suerte a los hunos antes que a los penosísimos daños que suelen ir de la mano del hambre.

Pero al tiempo que éste le aconsejaba de semejante ma- 24
nera, los del partido contrario movían al Emperador a que, como estuvieran aniquilados ya los bárbaros casi por completo y la victoria yaciera fácilmente al alcance del Emperador, saliese con todo el ejército a la guerra. Al vencer el criterio peor, pues precisamente hacia lo peor guiaba la fortuna los eventos, conduce el Emperador a la batalla,
sin orden alguno, al ejército entero [58]. Los bárbaros les salie- 2

[58] Valente, que había acampado con su ejército cerca de Adrianópolis, decidió atacar a los godos sin esperar la llegada de las tropas occidentales (véase n. 57) Amiano, XXXI 12, 1; 6, habla de rivalidad con Graciano exacerbada por la reciente victoria de éste (Valente no habría querido compartir con su sobrino las glorias del triunfo final sobre los godos) y, frente a Zósimo, presenta a Sebastián como inductor del plan de librar

ron al encuentro con resolución, e imponiéndose totalmente en la batalla a punto estuvieron de lograr el completo exterminio del ejército. Como el Emperador se hubiese refugiado acompañado de unos pocos en una aldea que no estaba fortificada, rodearon ésta por todas partes con madera, le prendieron fuego y abrasaron junto con sus habitantes a quienes se habían refugiado en ella, de suerte que nadie pudo siquiera acercarse al cuerpo del Emperador [59].
3 Pendiendo la situación de la más delgada de las esperanzas, Víctor, el comandante de la caballería romana, consiguió escapar al peligro con un pequeño número de jinetes y se lanzó en dirección a Macedonia y Tesalia, desde donde remontó hasta Mesia y Panonia para anunciar a Gra-

batalla cuanto antes. Resulta verosímil que Sebastián no quisiera combatir junto al ejército del que había sido alejado, y ello parece corroborar la versión de Amiano, a quien sigue preferentemente la historiografía moderna (cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 148; A. Nagl, *op. cit.*, col. 2124; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 132-33); un deseo de favorecer al maniqueo Sebastián explicaría, en tal caso, el aventajado papel que le atribuye la tradición pagana recogida por Zósimo (cf. F. Paschoud, *ibid.*). Sin embargo, el que Sebastián fuese iniciador de la táctica de guerrillas (dato este confirmado por Amiano, XXXI 11, 2-4) apoya la versión de Zósimo, a quien sigue T. S. Burns, *op. cit.*, pág. 342.

[59] Los pródromos de la batalla de Adrianópolis (acaecida el 9 de agosto del 378) fueron más complejos de lo que da a entender Zósimo. El caudillo godo Fritiguerno dirigió propuestas de paz por dos veces antes de que se iniciase la batalla. La primera propuesta fue rechazada; la segunda fue aceptada, pero una parte del ejército romano entabló combate por propia iniciativa, lo que dio principio a la batalla (cf. H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 132-35; E. A. Thompson, «The Visigoths from Fritigern...», cit., págs. 106-107). Los detalles sobre la muerte de Valente que brinda Zósimo aparecen también en *epit.* 46, 2, y Sozómeno, VI 40, 3-5. Amiano, XXXI 13, 12-17, ofrece dos versiones: según la primera Valente habría muerto por herida de flecha; la segunda repite con pequeñas diferencias el relato de Zósimo. Ambas versiones reaparecen en Sócrates, IV 38 (cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 149).

ciano, que permanecía en estos parajes, lo ocurrido, así como la destrucción del ejército y del Emperador. Éste, 4
que no sintió gran tristeza por la muerte de su tío (pues uno y otro se miraban con cierto recelo), al ver que —ocupada Tracia por los bárbaros en ella asentados, sacudidas Mesia y Panonia por los bárbaros de esa zona, atacando los pueblos tranrenanos las ciudades sin obstáculo alguno— por sí mismo no alcanzaría a manejar la situación [60], elige corregente a Teodosio, que, oriundo de Galicia, en Iberia, de la ciudad de Coca, no era ajeno a la guerra ni carecía de experiencia en el mando militar. Tras haber encomendado al cuidado de éste los asuntos de Tracia y Oriente, emprendió él la marcha hacia la Galacia de Occidente, con intención de arreglar como pudiese los asuntos de aquella parte [61].

[60] Tras su victoria, los godos pretendieron, sin conseguirlo, apoderarse de distintas ciudades, llegando hasta Constantinopla (para la defensa de ésta se empleó la caballería sarracena, por lo que se ha supuesto que la noticia del capítulo 22, 1-3, referente a la intervención de dicha caballería está insertada en un contexto cronológico erróneo: sería ahora cuando tuvieron lugar las escaramuzas en cuestión: cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 145). A continuación, mientras el número de bárbaros que cruzaban el Danubio aumentaba sin cesar, los godos y sus aliados se esparcieron en pequeños grupos por todo el territorio comprendido entre Tracia y el Véneto (cf. Amiano, XXXI 15; 16, 4-7; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 144-45; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 135-38).

[61] Cuando Graciano supo la muerte de Valente no se hallaba en Mesia ni Panonia, sino en *Castra Martis* (Amiano, XXXI 11, 6), población de la Dacia ripuaria. La coronación de Teodosio (*Cauca*, actual Coca, se encuentra no en Galicia sino en Castilla, cerca de Valladolid; sobre este error consúltese A. Tranoy, *op. cit.*, II, pág. 11) tuvo lugar el 19 de enero del 379, en Sirmio. Bajo Teodosio quedaron, además de la prefectura de Oriente y Tracia, las diócesis de Dacia y Macedonia, pertenecientes a la prefectura de Iliria; la cesión de ambas diócesis, a la sazón

25 Mientras el emperador Teodosio permanecía en Tesalónica, de todos los lugares acudían muchos que, portadores de causas públicas o particulares, se alejaban tras haber encontrado un trato equitativo. Como ingentes porciones de los escitas transdanubianos —me refiero a godos, taifalos y cuantos pueblos convivían antes con éstos— hubiesen atravesado a la otra orilla, forzados por las masas hunas que habían ocupado sus lugares de residencia a llevar desorden a las ciudades bajo el dominio de Roma, el emperador Teodosio comenzó a hacer preparativos para librar la
2 guerra con todo el ejército. Tracia entera ya en poder de los mencionados pueblos y sin atreverse las tropas que guarnecían ciudades y fuertes de la zona a avanzar ni un breve trecho fuera de las murallas y aun menos a entablar combate en campo abierto, Modares, perteneciente por su linaje a la familia real escita y que tras desertar no hacía mucho junto a los romanos había recibido, gracias a la lealtad que demostraba, mando militar, hizo subir a los soldados a una colina lisa y sin rocas que se extendía a lo largo y a cuyos pies se dilataban llanuras de gran amplitud, consiguiendo efectuar la maniobra sin que los bárba-

invadidas por los bárbaros, tenía carácter provisional, pues el nuevo emperador debía de pacificarlas para restituirlas después a la jurisdicción de su colega de Occidente. Graciano y su ejército permanecieron en Oriente a fin de sostener al nuevo emperador en la guerra contra los godos; las victorias obtenidas por ambos augustos fueron insuficientes, pero permitieron a Graciano volver al Oeste (*Cod. Theod.* VII 18, 2, atestigua su presencia en Aquilea para el 2 de julio del 379), donde seguía vigente el peligro de las incursiones alamanas (véase n. 57; de hecho en otoño del 378 Graciano hubo de dirigir una rápida expedición contra los alamanos). Sobre todo esto véase A. Lippold, «Theodosius I...», cit., cols. 844-45; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 123-24 y 146.

ros se percataran; y cuando supo por los observadores que todos los enemigos, después de haberse saciado a placer con las exquisiteces halladas en los campos y las aldeas no fortificadas, yacían ebrios a lo largo de las llanuras al pie de la colina, indica a los soldados que, sin alboroto, portando sólo espadas y escudos, con olvido del armamento de más envergadura y sin recurrir a las usuales maniobras de orden cerrado, ataquen a los bárbaros ya abandonados a la molicie. Al ser tal plan llevado a efecto, caye- 3
ron los soldados sobre los bárbaros poco antes del amanecer y los degollaron a todos, a unos antes incluso de que se percataran, a otros porque se percataron sólo cuando tenían encima la ofensiva, pereciendo cada uno de distinta muerte. Cuando no quedó hombre alguno, comenzaron a despojar a los caídos y se ocuparon de las mujeres y los niños, tomando cuatro mil carretas y el número de prisioneros que cabe calcular que llevara tan elevada cantidad de éstas, aparte de aquéllos que las seguían a pie para, como suele hacerse, descansar sobre ellas alternativamente. Gracias a que el general aprovechó de tal manera las opor- 4
tunidades brindadas por la fortuna, la situación en Tracia, tras haberse visto abocada al más extremo peligro, quedó en calma durante algún tiempo, destruidos contra toda esperanza los bárbaros que la ocupaban [62].

[62] Teodosio fijó residencia en Tesalónica al menos desde el 17 de junio del 379, ocupándose allí de la reorganización del ejército al tiempo que guerreaba, en verano y otoño del mismo año, contra los invasores bárbaros; acerca de esta guerra no sabemos prácticamente nada, pero parece que se logró contener de forma provisional a los invasores (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., cols. 844-45; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 146). Posiblemente fue en el curso de la mencionada guerra cuando tuvo lugar la acción de Modares, cuya importancia exagera Zósimo. Tras el asedio de Constantinopla los inva-

26 Los asuntos de Oriente se hallaban no lejos del desastre total en razón de lo siguiente: como hubiesen los hunos caído, según antes expuse, sobre los pueblos transdanubianos, los escitas, no resistiendo las agresiones de éstos, solicitaron de Valente, emperador a la sazón, que los acogiese en Tracia en calidad de súbditos obedientes a cuanto el
2 emperador les ordenase. Atraído por estas propuestas, Valente los acoge y, en la creencia de que obtendría una segura garantía de su lealtad si disponía que aquellos de sus hijos que aún no habían llegado a la adolescencia vivieran en cualquier otra región, envió una gran cantidad de muchachos al Oriente, encomendando su crianza y custodia a Julio, a quien estimó hombre suficientemente discreto
3 para bastar a ambas tareas. Éste los repartió entre las ciudades, de forma que no tuviesen ocasión los jóvenes bárbaros, al verse reunidos en tan gran tropel, de tramar lo que quiera que fuese conjurándose fuera de su país. Fue cuando vivían en las ciudades y alcanzaban ya la edad del vigor cuando les fue anunciado lo que había acaecido en
4 Tracia a sus hermanos de raza. Soliviantados ante la noticia, comenzaron a reunirse cuantos estaban en la misma ciudad y a advertir ocultamente a cuantos habitaban otras ciudades, con la intención de vengar a sus padres y herma-
5 nos de raza lanzándose contra las ciudades. Al enterarse Julio del propósito de los bárbaros, sin saber qué hacer pero temeroso de la presteza en la ejecución de que dan muestra los bárbaros cuando se proponen algo, decidió no

sores debieron —por imposibilidad de aprovisionar en un solo lugar a tan numerosa multitud— dividirse en pequeños grupos, atacando a los cuales por separado lograron los romanos victorias limitadas; una de ellas fue la de Modares, caudillo godo captado por la política filobárbara de Teodosio (cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 153).

comunicar el plan al emperador Teodosio, pues éste se encontraba en los alrededores de Macedonia, no había sido además él, sino Valente, quien le había hecho responsable y Julio mismo era prácticamente un desconocido para el
entonces emperador. Habiendo escrito en secreto al Sena- 6
do de Constantinopla, recibió una carta de éste que le exhortaba a hacer lo que juzgara adecuado, con lo que suprime el peligro que se cernía sobre las ciudades de la siguiente manera: llamó a su presencia a todos cuantos tuviesen mando militar y, tras comprometerlos con juramentos, les
comunicó su designio. Éstos, una vez conocieron lo que 7
había que hacer, se dedicaron a diseminar entre los bárbaros de cada ciudad propósitos en el sentido de que el Emperador quería recompensarlos con obsequios abundantes y distribuir entre ellos no sólo riquezas, sino también tierras, a fin de que viesen acrecentada su buena disposición
hacia él mismo y hacia los romanos. A tal efecto les orde- 8
naban congregarse en las ciudades principales, dándoles para ello un día fijo. Eufóricos ante tales perspectivas, los bárbaros olvidaron en parte su resentimiento y la destrucción de las ciudades y, tras aguardar la fecha fijada, confluyeron a los lugares a donde se había ordenado que fuese
cada uno. Los soldados, que estaban también al tanto de 9
lo acordado, ocuparon los tejados que dominaban las plazas y cuando los bárbaros penetraban los acribillaban con disparos de piedras y dardos hasta, en una completa matanza, aniquilarlos a todos, con lo que libraron a las ciudades de Oriente de los temores que pendían sobre ellas [63].

[63] Amiano, XXXI 16, 8, sitúa los acontecimientos narrados en el presente capítulo inmediatamente después de la batalla de Adrianópolis, antes por tanto de la coronación de Teodosio; habla por otra parte de «godos previamente admitidos y esparcidos a lo largo de diversas ciudades y campamentos», sin precisar que se tratara de jóvenes rehenes. Dado

27 De tal manera acabó, gracias a la perspicacia de los jefes militares, la calamidad que había caído sobre el Oriente y Tracia. Por su parte, el emperador Teodosio, que aún residía en Tesalónica, daba en conjunto una impresión de afabilidad a cuantos accedían a él, pero prologó con molicie y desidia su reinado, llevando el desorden a las magistraturas ya existentes y aumentando, en relación a lo anterior, el número de generales con mando sobre la tropa [64].
2 En efecto, si uno era el comandante de caballería y uno el jefe asignado a la infantería, él distrubuyó ambos cargos en más de cinco, con lo cual, además de aumentar las cargas por manutención que pesaban sobre el Estado (porque se debía prever no ya para dos, sino para cinco o más la cantidad que antes recibía cada uno de los dos), dio pie a que los soldados quedaran expuestos a la avidez de
3 tan alto número de mandos. Pues cada uno de éstos pretendía, como si fueran sólo dos, concentrar la riqueza que se derivaba del comercio desarrollado en torno al avituallamiento de las tropas, y ello no en parte, sino en su totalidad [65]. No paró aquí, sino que elevó también el número de comandantes de caballería, de oficiales y de jefes a tales dimensiones que quedó el doble de lo que había antes, mientras que a los soldados no les llegaba nada de lo que el Estado les asignaba.

---

que la versión de Zósimo incurre en evidentes absurdos (no es verosímil que niños acogidos como rehenes en el 376 alcancen la edad de llevar armas sólo 3 años más tarde) parece preferible la versión de Amiano (cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 154).

[64] Los *magistri militum*.

[65] Desde T. Mommsen, se piensa que el presente capítulo alude a aquellas reformas cuyo fruto es la organización militar plasmada en *Not. dign. or.* V-IX; en virtud de tales reformas el ejército *comitatensis* del Oriente quedó dividido en cinco cuerpos al frente de cada uno de los cuales figu-

Tal fue el punto al que la desidia del Emperador y su 28
irracional ansia de riquezas llevó todas las cosas [66] y tanta prodigalidad introdujo en la mesa imperial que, como consecuencia de la cantidad de platos y de los gastos motivados por éstos, se constituyeron nutridas guarniciones de cocineros, escanciadores y demás, que si se quisieran contar harían necesaria una larga lista. Sobre el número de 2
eunucos dedicados al servicio imperial y sobre cómo los más de éstos, y especialmente cuantos por lozanía brillaban sobre los demás, hacían destacar a los funcionarios que querían y ejercían su dominio sobre todo el Imperio, dirigiendo según les placía el punto de vista del Emperador, a qué extenderse alargando el discurso, cuando de lo que se trata es de exponer las causas de la decadencia en los asuntos públicos que aquél trajo. Puesto que dilapila- 3

---

raba un *magister militum*, mientras que con anterioridad a Tedosio el ejército oriental contaba con sólo dos *magistri militum*; sólo respecto a la fecha incurriría Zósimo en error, pues las reformas se habrían aplicado no en 379, sino en un momento a situar entre el 386 y el 391. Si bien este punto de vista ha sido ampliamente aceptado por la historiografía moderna (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 939; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 155-56), A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 720-23, ha demostrado que la noticia de Zósimo resulta errónea en varios aspectos: es falso que con anterioridad a Teodosio sólo hubiera dos *magistri* en Oriente, pues bajo Valente hubo normalmente cuatro, e inmediatamente antes de Adrianópolis seis. Es cierto, en cambio, que al comienzo de su reinado, durante su estancia en Tesalónica, Teodosio, además de mantener a tres de los generales de Valente, nombró a un cuarto para completar el número usual bajo su predecesor y a un quinto para ponerlo al frente de la zona ilírica recién asignada al Oriente. Zósimo es, pues, veraz respecto a la fecha de las «reformas», pero falaz respecto a su contenido.

[66] El antiteodosianismo aquí patente dicta la noticia, probablemente falsa, contenida en las últimas líneas del capítulo 27 (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., cols. 720-23).

daba al azar los caudales del Estado entre quienes no lo merecían, lógicamente se veía necesitado de más recursos, con lo que puso en venta los gobiernos provinciales, teniendo por bueno a quien aportase más [campos o] dinero y sin reparar para nada en reputación o seriedad de la forma de vida. Y podía verse cómo cambistas, usureros y otros que ejercían en la plaza los más viles oficios, brindaban las insignias de las magistraturas y entregaban las provincias a los que disponían de mayores recursos [67].

29 Siendo ya tamaño el mal que para peor había caído sobre la república, la milicia en poco tiempo fue menguando hasta verse reducida a la nada, y las ciudades estaban faltas de recursos, que se agotaban ya por lo excesivo de las contribuciones fijadas, ya en razón de la avidez de los magistrados. Pues a los que no se plegaban a su insaciabilidad los entregaban a la acción de los delatores, apenas recatándose de gritar que habían de reunir todo cuanto
2 habían dado por el cargo. Y así, los habitantes de las ciudades, extenuados por la miseria y por la ruindad de los gobernadores, arrastraban una infortunada y tristísima vida entre plegarias y súplicas a la divinidad para que les deparase un medio de poner fin a sus desgracias [68]. Pues

[67] Respecto al boato de la Corte y al poder de los eunucos, si bien FILOSTORGIO, XII 2 —arriano y por tanto hostil a Teodosio—, concuerda con Zósimo, *epit.* 48, 10, y *Paneg.* 2, 13 [MYNORS], alaban la sobriedad del Monarca; es cierto, sin embargo, que en tiempos de Teodosio el cargo de *praepositus sacri cubiculi* (o gran chambelán), usualmente desempeñado por eunucos, vio acrecentado su prestigio, y que este emperador concedió privilegios y títulos honoríficos a los funcionarios (véase A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 915-20). Con relación a la venalidad de los cargos, fue éste un achaque que precedió y pervivió a Teodosio, quien, por otra parte, intentó ponerle fin mediante diversos expedientes (cf. A. LIPPOLD, *ibid.*, cols. 929-30).

[68] La merma de ejército, uno de los más graves problemas a que hu-

todavía gozaban de la facultad de visitar los templos y congraciarse con los seres divinos según los ritos ancestrales.

El emperador Teodosio, al ver el fuerte descenso expe- 30
rimentado por los contingentes militares, permitió que viniesen a él cuantos de los bárbaros transdanubianos lo quisieron, prometiendo que enrolaría a los refugiados en las unidades del ejército. Éstos aceptaron la propuesta, vinieron junto a él y se mezclaron con los soldados, albergando en su interior el propósito de hacerse, si llegaban a ser mayoría, con las riendas del Estado hasta quedar dueños de todo él. El Emperador, cuando vio que la masa de los 2
refugiados sobrepasaba ya a la de las tropas de aquella zona, tras percatarse de que nadie los detendría en el caso de que se decidieran a obrar de manera distinta a la convenida, estimó preferible mezclar parte de ellos con los efectivos que servían en Egipto y traer parte de las fuerzas que constituían los contingentes de allí a donde él estaba. Hecho lo cual —y con ocasión de, según lo acordado por 3
el Emperador, marchar unos hacia allá y venir otros aquí— atravesaban los egipcios las ciudades sin alborotar, comprando a justo precio lo que necesitaban, pero los bárba-

bo de enfrentarse Teodosio, fue una herencia de Adrianópolis. La decadencia de la ciudades constituye un cliché usual en Zósimo cuando se trata de criticar la ejecutoria de algún emperador (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., IV, n. 157); Teodosio, por lo demás, emitió disposiciones que evidencian su preocupación por este asunto (cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 921-24). Zósimo alude también a las contribuciones: la necesidad de enmendar el grave estado de cosas heredado hizo que Teodosio se mostrara sumamente meticuloso en la percepción de impuestos, pero nada apunta a que las cargas fiscales crecieran bajo su mandato; existen además indicios de que levantó o suavizó las obligaciones tributarias cuando la situación de los deudores era difícil y de que persiguió la exacción fraudulenta o abusiva de impuestos (cf. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 924-30).

ros hacían el trayecto en medio de una absoluta falta de orden, disponiendo a su capricho de lo que hubiese en los
4 mercados. Cuando coincidieron en Filadelfia, una ciudad de Lidia [69], los egipcios, que eran muchos menos que los bárbaros, mantuvieron la disciplina militar, mientras que los bárbaros dieron en estimar que, al sobrepasarlos en número, debían gozar de alguna ventaja. Y al pedir uno en el mercado que se le pagase el precio de aquello que había entregado, el bárbaro lo acometió con la espada, y a continuación, cuando aquél empezó a gritar, hirió también a otro que quería ayudarle; entonces lo egipcios, llenos de conmiseración ante lo que estaba ocurriendo, pidieron sosegadamente a los bárbaros que se abstuviesen de tales desafueros, pues no era esa forma de obrar propia de hombres que querían vivir según las leyes romanas.
5 Pero los bárbaros sacaron las espadas contra ellos hasta que los egipcios, cediendo a la cólera, les cayeron encima y mataron a más de doscientos, a unos a golpe de espada, a otros porque los obligaron a refugiarse en las alcantarillas, donde perdieron la vida. Tras infligir en Filadelfia tal castigo a los bárbaros, persuadiéndolos, ya que no habían de faltar quienes les hicieran frente, a moderarse, siguieron los egipcios su camino, mientras los bárbaros continuaron la marcha al lugar que se les había ordenado, Egipto. Los mandaba el persa Hormisdes, hijo del Hormisdes que participó en la expedición contra los persas del emperador Juliano [70].

---

[69] Actual Allah-Schehr.

[70] Durante su estancia en Tesalónica Teodosio hubo de proceder a la leva de nuevas tropas para compensar las pérdidas de Adrianópolis (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 849); como venía ocurriendo desde tiempo atrás, se recurrió para ello a los bárbaros. El traslado

Llegados los egipcios a Macedonia y agregados a las 31
unidades de aquella zona, no había concierto alguno entre las tropas ni distinción entre romano y bárbaro, sino que todos andaban revueltos sin que siquiera se guardase registro de los hombres inscritos en las unidades militares. A los refugiados se les permitía, una vez enrolados en los cuerpos del ejército, que volviesen a sus casas y enviasen a otros en lugar de ellos, y que militasen de nuevo, cuando
les pareciese, bajo los romanos. Al ver los bárbaros que 2
tan grande era la confusión existente en las unidades del ejército (pues los refugiados, así como la facilidad para establecer contacto, los tenían al corriente de todo), creyeron disponer, ya que imperaba en los asuntos del Estado una incuria de tal calibre, de oportunidad para hacerse con
éste. Atravesaron el río sin dificultad ninguna y llegaron 3
hasta Macedonia (nadie, en efecto, les ponía obstáculo, proporcionándoles especialmente los refugiados paso libre a donde quisieran), y cuando sintieron que el Emperador en persona les salía al encuentro con todo el ejército, al ver, ya bien entrada la noche, el fuego de una gran hoguera, conjeturaron que el fuego que se vislumbraba ardía para el Emperador y sus acompañantes —conjetura cuya confirmación obtuvieron además por boca de los refugiados que iban llegando junto a ellos—, con lo que se lanzaron a la carrera, guiados por el fuego, hacia la tienda del Em-
perador. Como los refugiados tomaran, igualmente, las 4
armas a su favor, sólo los romanos y cuantos egipcios estaban presentes se les opusieron. No alcanzaron éstos a resistir, pocos como eran, frente a un número mucho mayor, pero hicieron posible que el Emperador huyera, mien-

---

que aquí menciona Zósimo tendía a evitar la barbarización del ejército de los Balcanes y puede fecharse, a partir del capítulo que sigue, en el 379.

tras que ellos murieron todos, luchando valerosamente, después de liquidar incontable número de bárbaros [71]. Si entonces los bárbaros hubieran explotado su éxito y perseguido a los que huyeron con el Emperador, se habrían impuesto a ellos al primer asalto. Sin embargo cuando, satisfechos por su victoria, se vieron dueños de Macedonia y Tesalia, a las que no protegía guarnición, dejaron en paz a las ciudades y, en la esperanza de obtener de ellas un moderado tributo, ni la más mínima contrariedad les causaron.

32 Cuando supo el Emperador que se habían retirado, volviendo a sus casas, con tales miras, protegió por medio de guarniciones las plazas fuertes y ciudades amuralladas; él marchó a Constantinopla tras enviar al emperador Graciano misivas en las que exponía lo sucedido y subrayaba la necesidad de, puesto que la república se hallaba en el más extremo peligro, acudir a defenderla con toda presteza.

[71] Si las acciones emprendidas en el 379 por Teodosio y Graciano habían logrado contener provisionalmente a los vencedores de Adrianópolis —una parte de los cuales volvió a cruzar, de acuerdo con el presente capítulo, el Danubio—, el año siguiente los godos de Fritiguerno y la coalición acaudillada por Aloteo y Sáfraga (cf. n. 52) invadieron de nuevo el Imperio. Estos últimos atacaron los dominios de Graciano. Ocupado desde verano del 378 en combatir a los godos al norte de los Balcanes, Graciano no había podido hacer frente a los alamanos, cuyas acometidas se renovaron tras Adrianópolis, sino en una breve campaña hacia septiembre-octubre del 378 (cf. n. 61); de hecho, cuando la invasión de Aloteo y Sáfraga los alamanos devastaban el territorio transrenano (Sócrates, V 6), por lo que Graciano hubo de llegar a un acuerdo con los caudillos ostrogodos: en virtud de éste los invasores fueron acogidos como federados en Panonia II, Savia y Valeria. Fritiguerno cayó sobre Macedonia; Zósimo consigna aquí la derrota de Teodosio, que hacia marzo del 380 salió de Tesalónica para hacerle frente (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 846; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 123, 147-49; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 138-39).

A tal efecto despachó los correos, mientras que, por su 2
parte, instó a los recaudadores de tributos estatales a que, como si ningún daño hubiese acontecido a las ciudades de Macedonia y Tesalia, colectasen la contribución fijada con todo rigor. Se pudo ver entonces cómo, si algo había sido preservado gracias al humanitarismo de los bárbaros, era sustraído en calidad de tributo. Pues no sólo riquezas, sino 3
adornos femeninos y toda clase de ropa, incluso aquélla que cubre, por así decirlo, la sede misma del pudor, era entregada para atender a los impuestos decretados, con lo cual ciudades y campos todos estaban llenos de lágrimas y lamentos, no habiendo quien no llamase a los bárbaros y no reclamase su presencia [72].

Mientras tal era la situación en Tesalia y Macedonia, 33
el Emperador Teodosio entró esplendorosamente, como si celebrase triunfo por una magnífica victoria, en Constantinopla, sin prestar la más mínima atención a los infortunios de la república y conformando la desmesura de su boato a la magnitud de esta ciudad [73]. El emperador Graciano, no poco inquieto por lo que se le había anunciado, envió

[72] Tras su victoria los bárbaros no se retiraron, sino avanzaron hasta Tesalia, según se deduce del mismo Zósimo IV 33, 1-2. Tampoco Teodosio se retiró a Constantinopla, sino a Tesalónica, desde donde pidió ayuda a Graciano. Ambos emperadores se encontraron en Sirmio a finales de verano (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 850; F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 160).

[73] Teodosio visitó Constantinopla el 24 de noviembre del 380, después de participar con Baudón y Arbogastes en las operaciones que consiguieron hacer retroceder a los bárbaros (narradas por Zósimo a continuación: cf. E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 148; A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 851); la pompa con que se celebró la visita no estaba, pues, tan injustificada como aquí se dice. Ésta fue, además, la primera ocasión tras su ascensión al trono en que el Emperador entró en la capital.

un considerable ejército bajo el mando del general Baudón, junto al cual hizo marchar, asimismo, a Arbogastes.
2 Ambos eran francos de nacimiento, alimentaban una fuerte devoción hacia Roma e, inaccesibles en grado máximo al soborno mediante dinero, destacaban en la guerra por su sagacidad y arrojo. Cuando éstos se presentaron con su ejército en las tierras de Macedonia y Tesalia, los escitas que se habían establecido allí, como se hubiesen enterado de antemano de la sagacidad y resolución de ambos hombres, salieron al punto de aquellos lugares para dirigirse a Tracia, a la que ya anteriormente habían saqueado [74]; y sin saber qué hacer, repitieron el propósito de antes e intentaron engañar al Emperador Teodosio de idéntica manera.
3 Le enviaron, efectivamente, un muy pequeño número de

[74] Graciano envió a Baudón (o Bautón: cf. *PLRE* I, pág. 159) y Arbogastes antes de su encuentro con Teodosio en Sirmio (según A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., col. 850) o después de él (así E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 148). La cronología y secuencia de los acontecimientos del 380 se ve, por lo demás, oscurecida a causa de las contradicciones que presentan las fuentes respecto a la grave dolencia padecida ese mismo año por Teodosio: si para Zósimo Teodosio acababa de salir de su enfermedad el 11 de enero del 381 (cuando Atanarico entró en Constantinopla, cf. capítulo 34, 3-4), según JORDANES, *Get.* 140, tal enfermedad se produjo mucho antes (pues el factor desencadenante del ataque bárbaro de primavera del 380 fue la incapacitación que sufría el Emperador en razón de su crítico estado). Dados los errores e inexactitudes cometidos por Zósimo en esta parte de su relato, tradicionalmente se prefirió la versión de Jordanes, con lo que la afección del monarca quedaba situada en enero o febrero del 380; sin embargo, SÓCRATES, V 6, y SOZÓMENO, VII 4, 2-3 (y para ciertos detalles el mismo Jordanes) parecen confirmar a Zósimo, de acuerdo con cuya versión los estudios más recientes tienden a fechar la enfermedad de Teodosio en otoño del 380 (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., IV, n. 159; A. LIPPOLD, *ibid.*, cols. 846 y 851; J. MATTHEWS, *Western...*, cit., pág. 122; consúltese asimismo E. DEMOUGEOT, *ibid.*, págs. 148-50).

refugiados con promesas de lealtad, amistad y sumisión a todo lo que se les mandase. Cuando, confiando en tales palabras, los acogió sin que la experiencia anterior hubiese bastado a hacerle ver cuál era la solución provechosa, otros igualmente siguieron a éstos, y a todos los acogió, hasta que de nuevo quedó la situación en manos de los bárbaros por causa de la estulticia del Emperador, una estulticia a la que nutría su entrega a los hábitos de molicie [75]. Pues 4
cuantas cosas llevan a la degeneración de las costumbres y formas de vida se vieron bajo el reinado de éste incrementadas hasta el punto de que prácticamente todos aquellos que se afanaban en emular las costumbres del Emperador reducían la felicidad humana a ellas: mimos de cosas risibles, abyectos bailarines y todo lo que en su inmundicia concierne a ese extravagante y desvariado juego musical, fue practicado en tiempos de Teodosio [76], tras lo cual *** [77], que se afanaban en imitar las insensateces de aquéllos, tan grande era la corrupción a que había sido llevada la república. Puso además bajo vigilancia, por todas las ciudades y campos, las sedes de los dioses, viéndose en peligro todos los que creían en la existencia de los dioses o que, sencillamente, cuando miraban al cielo se prosternaban ante lo que allí veían [78].

[75] Zósimo alude a la práctica de acoger mercenarios godos en el ejército romano, pero quizás también a los acuerdos entre Roma y los godos de los años 380 y 382. Sobre ellos véase n. 80.

[76] La afirmación de Zósimo entra en contradicción con el hecho de que Teodosio restringiese la actividad de las bailarinas y prohibiese —en atención al respeto debido a su propia persona— la exhibición de imágenes referentes a pantomimas, carreras circenses y espectáculos teatrales en lugares donde se exponían imágenes del Emperador (*Cod. Theod.* XV 7, 10 y 12: cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., col. 947).

[77] Laguna en el texto.

[78] Frente a lo que afirma Zósimo, durante los primeros años de su

34 A tales cosas, pues, se dedicaba Teodosio cuando Gra-
ciano envió como comandante de las fuerzas destacadas
en territorio ilirio a Vitaliano, hombre totalmente incapaz
de hacer frente a situaciones apuradas como aquélla.
2 Mientras éste desempeñaba el mando, dos facciones de las
tribus germanas transrenanas, la una acaudillada por Friti-
guerno, la otra bajo las órdenes de Aloteo y Sáfraga, ame-
nazaron las provincias galas, poniendo al emperador Gra-
ciano ante la obligación de consentir que, a cambio de de-
jar en paz el territorio galo, ocupasen Panonia y la Mesia
Superior a este lado del Danubio. Los planes y esfuerzos
de Graciano se dirigían, en efecto, a alejar por algun tiem-
3 po las continuas agresiones de aquéllos [79]. Cruzaron por
tanto, de acuerdo con lo pactado, el Danubio y, planean-
do atravesar Panonia en dirección a Epiro y pasar el Aque-
loo para caer sobre las ciudades griegas, pensaron en pro-
curarse primero alimentos y en desembarazarse de Atana-
rico, jefe de toda la casa real escita, con objeto de no tener
a sus espaldas nadie que obstaculizase sus propósitos.
4 Cayeron pues sobre él y, sin dificultad alguna, lo desaloja-
ron de los parajes que ocupaba. Corrió éste junto a Teo-
dosio, quien acababa de salir de una enfermedad que
había puesto en peligro su vida. Teodosio lo acogió favo-
rablemente, a él y a los bárbaros que le acompañaban,
adelantándose para recibirlos a cierta distancia de Cons-
tantinopla, y como Atanarico muriese muy pronto, lo hizo
5 depositar en una sepultura regia. Tan grande fue el boato

reinado Teodosio no emitió disposiciones que atentasen directamente contra el paganismo: la prohibición de *Cod. Theod.* XVI 10, 7 (del 21 de diciembre del 381), se dirige contra las prácticas adivinatorias, y tiene por tanto un sentido político (cf. H. FUNKE, *op. cit.*, págs. 141-51).

[79] Zósimo narra aquí, perpetrando gran cantidad de errores, la invasión del año 380 que ya mencionó en el cap. 31.

desplegado en torno a esta sepultura que, impresionados
los bárbaros todos por la magnitud del despliegue, regresa-
ron los escitas a su territorio y no volvieron a importunar
a los romanos, llenos de admiración ante la benevolencia
del Emperador, y cuantos se habían presentado con el di-
funto impidieron durante mucho tiempo, empeñándose en
la vigilancia del río, las agresiones contra los romanos [80].
También otros beneficios le fueron deparados a Teodosio
en esas mismas fechas por la fortuna. Resistió, efectiva- 6
mente, a esciros y carpodacios, que se habían mezclado
con los hunos, y los obligó, tras derrotarlos por las armas,
a pasar el Danubio y volver a ocupar sus territorios [81].
Resultó así que, como consecuencia de todo ello, los sol-
dados cobraron de nuevo ánimo, e incluso pareció que,

[80] A fin de tener las espaldas cubiertas durante la invasión del 380, Fritiguerno desalojó a Atanarico de su refugio en el Cáucaso (cf. n. 50), bien marchando contra él (según Zósimo), bien promoviendo una intriga a resultas de la cual fue expulsado por personas de su entorno (AMIANO, XXVII 5, 10, según H. WOLFRAM, *op. cit.*, págs. 83, 139). Atanarico se refugia entonces junto a Teodosio y entra en Constantinopla el 11 de enero del 381. No conocemos la índole del acuerdo contraído entre Teodosio y Atanarico, pero evidentemente dicho acuerdo preparó el tratado entre Teodosio y los godos del 382. En virtud de este último, ratificado por el Emperador el 2 de octubre del 382, los antiguos godos transdanubianos quedaban establecidos en la región comprendida entre el Danubio y los Balcanes; dicho territorio seguía estando bajo soberanía romana, pero sus nuevos habitantes lo recibían como propiedad libre de impuestos, comprometiéndose por su parte a prestar apoyo militar a Roma en calidad de federados que combatirían bajo sus propios caudillos (cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 851, 858, 861; H. WOLFRAM, *ibid.*, págs. 139-40). Sobre la enfermedad de Teodosio véase n. 74.

[81] Los esciros eran germanos establecidos desde el siglo III a. C. al noroeste del Mar Negro (cf. E. DEMOUGEOT, *La formation... Des origines...*, cit., págs. 46-47); carpodacios es denominación de los carpos. El ataque aquí mencionado tendría lugar en verano del 381: cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., col. 859.

al menos por breve tiempo *** [82], remitían los anteriores infortunios y los campesinos podían dedicarse al cuidado de la tierra y a la cría de animales y ganado libres de temor.

35 Daba pues la impresión de que el emperador Teodosio, de alguna manera, estaba poniendo remedio a la situación. Por su parte, Prómoto, comandante de la infantería estacionada en Tracia, salió con fuerzas de tierra y embarcaciones fluviales al encuentro de Odoteo, quien, al mando de numerosísimos contingentes extraídos no sólo de los pueblos vecinos al Danubio, sino también de otros más lejanos que no eran conocidos, habían avanzado con todo su ejército atravesando el río; y llevó a cabo tal masacre que se llenó de cadáveres el río y no podían contarse fácilmen-
2 te los caídos en tierra [83]. En tal punto se encontraban los asuntos en Tracia cuando se cirnieron sobre Graciano eventos que ni eran del calibre usual ni para ser sobrellevados con buen ánimo. Pues cediendo a los argumentos de esos cortesanos que suelen corromper las costumbres de los emperadores, había acogido y enrolado en su ejército a unos refugiados alanos [84] a los que honraba con abundantes obsequios y a cuyo recaudo, sin prestar mucha atención a los soldados, dio en poner los más apremiantes negocios.
3 Ello engendró en los soldados una inquina contra el Emperador que prendió y tomó cuerpo poco a poco hasta suscitar afanes de rebelión por parte del ejército, y muy especialmente por parte de las fuerzas estacionadas en las islas britanas, dado que, más que ninguna otra, se dejaban és-

[82] Laguna en el texto.

[83] Sobre esta guerra, ocurrida en realidad en el año 386, véanse caps. 38 y 39 y n. 92.

[84] Los alanos, de origen iranio, se habían establecido al norte del Mar Negro desde el siglo I a. C..

tas llevar por la arrogancia y la cólera. También suscitaba en ellas mayores deseos de tal empresa Máximo, un ibero que había combatido junto al emperador Teodosio en Britania. El cual, molesto porque Teodosio se viese honrado 4
con el trono mientras él no había conseguido ni ascender a una magistratura de importancia, reavivó más la aversión de los soldados hacia el Emperador. Éstos se alzaron prontamente y proclamaron a Máximo emperador, lo revistieron de la púrpura y la diadema y, al punto, cruzaron el Océano por medio de barcos para recalar en la desembocadura del Rin. Las legiones de Germania y de las regiones situadas más allá se adhirieron con gran júbilo a la proclamación, tras lo cual Graciano determinó plantarle batalla, pues conservaba aún el apoyo de una parte no pequeña del ejército. Una vez que se encontraron las fuerzas, 5
hubo escaramuzas durante cinco únicos días, mas cuando Graciano vio, en primer lugar, que toda la caballería mauritana desertaba proclamando augusto a Máximo y, a continuación, que también los demás se ponían paulatinamente al lado de Máximo, perdidas las esperanzas, tomó trescientos jinetes con los que huyó precipitadamente [85] hacia

[85] La usurpación de Máximo se inició a finales del 382 o principios del 383 (cf. A. D. E. Cameron, «Gratian's...», cit., pág. 97; H. R. Baldus, *op. cit.*, pág. 175). En junio-julio del 383, Graciano dirigió en Retia una expedición contra los alamanos (Sócrates, V 11; Sozómeno, VII 13, 1; H. R. Baldus, *ibid.*, pág. 176), y sólo a continuación marchó contra el usurpador. El encuentro entre las tropas imperiales y las de Máximo tuvo lugar en París, según informa Próspero Tiro, *chron. I*, pág. 461, 1183; la misma fuente corrobora las afirmaciones de Zósimo sobre deserción, pues achaca la derrota del Emperador a traición de Merobaudes, *magister militum* de Graciano. Tal traición ha sido negada por una parte de la historiografía moderna (la que ve en Merobaudes el prototipo de general franco unido a la dinastía valentiniana por un in-

6 los Alpes. Como encontrase que éstos no estaban vigilados, marchó en dirección a Retia, Norico, las Panonias y Mesia superior. No se despreocupó Máximo ante su huida, sino que envió tras él a un cuerpo de jinetes selectos bajo el mando del comandante de caballería Andragacio, quien, procedente del Ponto Euxino, parecía tener buena disposición. Éste se lanza con sostenido vigor en su persecución y, alcanzándolo cuando pretendía atravesar el puente de Sigiduno, lo degüella, con lo que hizo más firme la ocupación del trono por Máximo [86].

36 Merece la pena no omitir de los sucesos consignados algo que no deja de estar relacionado con la presente exposición. Entre los colegios sacerdotales existentes en Roma tenían primacía los pontífices, a quienes se llamaría «guefyreos» si su denominación se vertiese a lengua griega. Obtuvieron este nombre por la razón siguiente: los hombres no conocían aún el culto a través de las imágenes cuando se hicieron en Tesalia por primera vez representaciones figu-

quebrantable lazo de fidelidad germánica: así E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 119-121), pero otros autores la admiten como única explicación de la deserción masiva que dio la victoria al usurpador. Si se acepta este último punto de vista cabe suponer que Graciano había perdido el apoyo del ejército (de esta manera habría que interpretar la afirmación de Zósimo referente a los alanos que rodeaban al Emperador, afirmación presente también en *epit.* 47, 6, y que parece corroborar Amiano, XXXI 10, 19: cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 170), y que ello fue causa de la defección de Merobaudes (tratamiento de la cuestión y defensa de este punto de vista en B. Saylor Rodgers, *op. cit.*, págs. 94-102).

[86] *Sigidunum* (el término correcto sería *Singidunum*) es la actual Belgrado; no obstante Graciano murió en *Lugdunum*, actual Lyon: el itinerario que le hace recorrer Zósimo es, de acuerdo con ello, ficticio. Otras fuentes afirman que Andragacio capturó a Graciano mediante un engaño. Sobre las distintas versiones de la muerte de Graciano, el 25 de agosto del 383, véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

radas de dioses. Y como todavía no había santuarios (pues 2
también el empleo de éstos se desconocía), colocaron las efigies divinas en el puente sobre el Peneo, llamando, en razón de su instalación primera, *guefyreos* a los elegidos para atender el culto de los dioses. Los romanos tomaron esto de los griegos [87], y dieron el nombre de pontífices a quienes ejercían las tareas del más alto sacerdocio, entre los cuales dictaminaron, dada la importancia del cargo, que habían de contarse los reyes. Así Numa Pompilio fue 3
el primero que alcanzó este cargo, y a continuación de él todos: los llamados reyes y, tras aquéllos, Octaviano mismo y los que le sucedieron en el trono de Roma. Pues al tiempo que cada uno de ellos ascendía al poder supremo, los pontífices le llevaban el hábito sacerdotal, y enseguida era registrado como pontífice máximo, que equivale a sumo sacerdote. Al parecer, pues, todos los demás sobe- 4
ranos recibieron tal honor y se sirvieron de tal título con la mejor de las disposiciones, incluso, cuando le cayó en suerte el trono, Constantino —a pesar de que en lo referente a las cosas divinas se había apartado del recto camino, eligiendo la fe cristiana—, y después de él todos los demás, ininterrumpidamente, hasta Valentiniano y Valente. Cuando por tanto los pontífices, de acuerdo con la cos- 5
tumbre, le presentaron el hábito a Graciano, éste rechazó lo que se le solicitaba, pensando que a un cristiano no le era lícito tal atuendo. Y cuentan que, al serles devuelto el hábito a los sacerdotes, el que entre ellos ocupaba el primer lugar dijo: «si el emperador no quiere recibir el

[87] *Guéfyra* significa puente en griego. El origen griego del pontificado es, con toda seguridad, un invento de Zósimo o su fuente tendente a conferir antigüedad, es decir, prestigio y venerabilidad, a esta institución romana.

título de pontífice, muy pronto advendrá un máximo pontífice»[88].

37 Tal fin, pues, tuvo el reinado de Graciano. Por su parte Máximo, seguro de estar sólidamente instalado en el trono, envió al emperador Teodosio una embajada en la que, lejos de pedir perdón por su conducta para con Graciano,
2 se expresaba en términos de cierta dureza. A tal efecto fue enviado el gran chambelán, que no era un eunuco (pues Máximo no toleraba que la custodia de la Corte estuviese en manos de eunucos), sino un anciano de los que le asistían desde su juventud. Reclamaba la embajada a Teodosio paz, concordia y alianza contra todo enemigo de Roma, y anunciaba, para el caso de que no accediera, ene-
3 mistad y guerra[89]. El emperador Teodosio aceptó a Máximo como emperador y se avino a compartir con él efigies y título de emperador; ocultamente se disponía a hacerle la guerra, preparando, entre agasajos y consideraciones de todo tipo, maniobras en su contra. Así, incluso encargó a Cinegio, el prefecto del pretorio enviado a Egipto con la orden de llevar a todos la prohibición del culto a los dioses y de clausurar los recintos sagrados, que mostrase a los alejandrinos la imagen de Máximo, la expusiera públicamente y anunciase al pueblo que le había correspondido a aquél ocupar el trono a su lado. Cinegio, además de cumplir en este punto la orden, cerró a lo largo del Oriente, de todo Egipto y en la misma Alejandría los accesos a los templos y prohibió los sacrificios que habían

[88] Sobre el rechazo del pontificado por Graciano véase J. M. CANDAU, *La historia...*

[89] Desconocemos el nombre del *praepositus sacri cubiculi* al que Máximo designó embajador, pero no parece que éste haya excluido a los eunucos de su corte sistemáticamente.

sido celebrados desde siempre y cualquier ceremonia ancestral[90].

Cuántos percances se abatieron desde aquellos tiempos 38
hasta el momento actual sobre el Imperio de Roma, lo mostrará el relato detallado de los acontecimientos. Por esas mismas fechas irrumpió al otro lado del Danubio cierto pueblo escita desconocido a todos los nómadas de la zona. Los bárbaros de aquella región los llamaban grotingos[91]. Numerosos y convenientemente armados, como descollaban además por su robustez, atravesaron fácilmente entre los bárbaros que hallaron en su camino y consiguieron llegar a la orilla misma del Danubio, donde pidieron que se les permitiese atravesar el río. Pero Prómoto, a quien se 2
había encargado el mando de las legiones de la zona, alineó sus tropas en un frente muy amplio a lo largo de la orilla, cerrando el paso a los bárbaros. Al tiempo que llevaba esto a efecto acudió, por otra parte, al recurso siguiente: convocando de entre los que conocían la lengua de aquéllos a unos cuantos —los que creyó más adecuados

[90] Sobre las circunstancias en que se produjo el reconocimiento de Máximo por Teodosio véase J. M. CANDAU, *La historia...*, cit. El viaje de Cinegio a Egipto debió realizarse a finales del 383 o principios del 384, cf. D. VERA, *op. cit.*, págs. 279-80; el mismo autor supone que se le habría encomendado sólo la puesta en práctica de una disposición dirigida contra el ejercicio de la adivinación por medio de sacrificios sangrientos —disposición por tanto de finalidad más política que religiosa (cf. n. 65 al libro II)—, constituyendo el cierre de los templos paganos una medida con la que Cinegio sobrepasó sus atribuciones y contrarió la voluntad del Emperador: ello parece confirmado por el hecho de que Teodosio no promulgó medidas de importancia contra el paganismo hasta el 391 (cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 871-72 y 958) y por las afirmaciones de LIBANIO, *Or. XXX* 34.

[91] Grotingos (*Greutingi* en las fuentes latinas) es una denominación de los ostrogodos.

para atreverse a tal empresa—, los despacha con la misión de presentar a los mencionados bárbaros propuestas de trai-
3 ción. Pedían una fuerte suma a cambio de entregar al general romano con todo su ejército, y al contestar los bárbaros que no disponían de recursos para satisfacer tan elevado precio, los enviados por el general, con el fin de conferir verosimilitud a sus propuestas, se ratificaron en los ofrecimientos iniciales, no permitiendo disminución alguna
4 de sus ganancias. Tras ponerse ambos de acuerdo en cierta cantidad, concluyeron pactos secretos de traición, conviniendo que los traidores se llevarían de inmediato una fuerte suma y aguardarían para la restante al momento de la victoria. Cuando fijaron la manera de dar las señales y la hora en que debían llevar a efecto la traición, comunicaron al general el acuerdo por el que los bárbaros se disponían, llegada la noche, a pasar a la acción atravesando hacia
5 donde se encontraba el ejército romano. Determinaron los bárbaros que lo más granado de sus tropas, a quienes embarcaron en gran cantidad de piraguas, atravesaran en primer lugar para caer sobre los romanos cuando durmiesen; tras ellos los que ocupaban el rango medio en cuanto a fortaleza, a fin de cooperar con los primeros cuando éstos hubiesen iniciado ya el combate; y a continuación, de la misma manera, todos los incapacitados en razón de la edad, cuya comparecencia se produciría una vez que las cosas estuviesen ya bien encaminadas.

39 El general Prómoto, previamente enterado de todo ello por los enviados con propuestas de traición, efectuó sus preparativos cara a los planes de los bárbaros; colocó las naves enfrentadas entre sí, y en lo tocante a profundidad, constituyó una triple línea de embarcaciones, ocupando por otra parte, atento a que el frente fuese lo más extenso posible, hasta veinte estadios de la orilla del río, con lo que

a lo largo de todo ese trecho cerraba el paso a los enemigos, mientras con las restantes hacía frente a las piraguas que estuviesen ya cruzando, hundiendo a cuantas encontrase. Al ser la noche sin luna, los bárbaros, desconocedores de las medidas de los romanos, pusieron manos a la obra y, con gran silencio y calma, embarcaron en las piraguas, creyendo que los romanos desconocían por completo
sus planes. Dadas las señales, los que habían arreglado la 2
traición, tras prevenir al general de cada detalle y adaptarse a los preparativos del enemigo, marcharon al ataque en las naves, que al ser grandes y beneficiarse de una robustísima boga hundían cuanto encontraban a su paso, sin que ninguno de los que caían pudiese, por el peso del ar-
mamento, salvarse. En lo tocante a las piraguas que esca- 3
paron a quienes patrullaban desde las naves, vinieron a topar con las embarcaciones alineadas longitudinalmente, donde, alcanzadas por todo lo que pudiese servir como proyectil, eran destruidas con sus tripulantes, sin que ninguno lograra traspasar la barrera de los barcos romanos. Se produjo una gran mortandad, como jamás antes en batalla naval ocurrió, de suerte que el río estaba lleno de cuerpos y de cuantas armas son de naturaleza propia para flotar sobre el agua; y si algunos consiguieron cruzar a nado, fueron muertos al dar con la infantería apostada
en la orilla del río. Habiendo sido destruido todo lo más 4
florido de los bárbaros, los soldados procedieron al saqueo llevándose niños y mujeres y apoderándose de los ajuares. Entonces el general Prómoto llamó al emperador Teodosio, que no se encontraba lejos, para hacerlo partíci-
pe de su victoria. Éste, una vez que contempló la multitud 5
de los prisioneros y la magnificiencia de los despojos, dejó libres a los prisioneros y los obsequió con regalos, incitándolos por tal gesto de humanidad a pasarse a su lado; ha-

bían de serle, por lo demás, útiles en la guerra contra Máximo. Así pues, Prómoto siguió al frente de la custodia de Tracia, al tiempo que ocultamente se mantenía preparado para la mencionada guerra [92]. Pero vale la pena relatar otro caso similar acaecido por las mismas fechas.

40 Hay en la Escitia tracia una ciudad llamada Tomeo. Mandaba sobre los soldados establecidos en ella Geroncio, hombre apto, por vigor físico y por celo, para cualquier avatar relacionado con la guerra. Delante de esta ciudad habían sido instalados por orden del Emperador grupos de bárbaros selectos, de aventajada complexión física y su-
2 periores con mucho a los demás por valentía. Viéndose éstos honrados por el Emperador con un avituallamiento superior al del resto de los soldados y con otros obsequios, daban en corresponder a las prerrogativas que se les concedían no con buenas disposiciones, sino con la arrogancia hacia el comandante y el desprecio por los soldados. Enterado Geroncio de esta actitud suya y de cómo planeaban asaltar la ciudad para liquidar el orden establecido, reúne a aquellos soldados que más se distinguían por su inteligencia, queriendo salir al paso de la insolencia y altivez de

[92] El encuentro data posiblemente de verano del 386 y se desarrolló en el bajo Danubio. Los invasores pertenecían a diversas etnias, pero estaban aglutinados en torno a un núcleo ostrogodo. En el rechazo de la invasión debieron intervenir los federados godos: serían aquellos soldados que conocían la lengua de los invasores y fingieron propósitos de traición. Los supervivientes fueron instalados en Frigia. Zósimo trató ya el episodio en el cap. 35, 1, aunque teniéndolo erróneamente por un suceso distinto; el error de Zósimo se explica quizás por el hecho de que la misma región había sufrido ataques bárbaros en el invierno del 385-86 y, posiblemente, en el del 384-85 (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., cols. 869-70, F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 169; H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 141).

los bárbaros. Pero como los viese vacilantes y acobarda- 3
dos, temerosos ante la posibilidad misma de que los bárbaros se pusiesen en movimiento, vistió su equipo militar y con un puñado de servidores se preparó a enfrentarse a toda la masa de los bárbaros; abriendo las puertas marchó al ataque, mientras los soldados o aún dormían, o permanecían atenazados por las dudas, o subían a las murallas para contemplar lo que iba a ocurrir. Los bárbaros se 4
echaron a reír ante la insensatez de Geroncio y, en la creencia de que le esperaba la muerte, enviaron en su contra a los que entre ellos sobresalían por su vigor. Geroncio trabó entonces combate con aquel que le acometió primero, y manejando con brío el escudo luchó reciamente hasta que uno de sus sevidores, al verlos mutuamente trabados, golpeó con su espada el hombro del bárbaro haciéndolo caer de su caballo. Quedaron los bárbaros paralizados de 5
temor ante el valor y la resolución de semejante hombre; y al tiempo que Geroncio se lanzaba sobre otros enemigos, los de la muralla, al contemplar la hazaña de su general, recordaron el nombre de Roma y cayeron sobre un enemigo ya paralizado por el temor, acuchillando a cuantos hallaron. Los que huyeron encontraron fácil refugio en un edificio venerado por los cristianos que era considerado lugar de asilo. Geroncio, pues, libró a la Escitia de los 6
peligros que se cernían sobre ella y venció, gracias a su excelso valor y grandeza de ánimo, a los bárbaros que allí se habían alzado, tras lo cual esperaba la recompensa del Emperador. Mas Teodosio se indignó enormemente de que unos bárbaros que tantas consideraciones recibieran de él hubieran sido aniquilados —aún dándose la circunstancia de que atentaban contra el Estado—, por lo que al punto arresta a Geroncio y le pide explicaciones de su heroica conducta a favor de Roma. Como aquél, además de aducir 7

que éstos se habían rebelado contra Roma, expusiese sus pillajes y las pérdidas de los propietarios, el Emperador, sin parar mientes en nada de eso, se empeñó en que no había sido por el bien común, sino por ansia de los regalos que les hiciera el Emperador, con motivo de lo cual, y a fin de que no le fuese probado el lucro obtenido mediante dichos regalos, habría querido desembarazarse de ellos.
8 Aunque Geroncio replicó que una vez liquidados los bárbaros había remitido al erario público los regalos (se trataba de unos collares de oro que el Emperador les había obsequiado como prenda de adorno), apenas, tras haber distribuido entre los eunucos cuanta hacienda poseía, alcanzó a librarse de los peligros que le amenazaban: justo pago por su devoción a Roma [93].

41 A tal punto llegaba la corrupción bajo el reinado de Teodosio, cuando ningún hombre honesto veía sus esfuerzos hacia la virtud recompensados por alabanzas, sino que toda suerte de molicie y de exceso crecía —como dicen— cada día un palmo, los habitantes de Antioquía la Grande en Siria, negándose a tolerar los aumentos en las contribuciones públicas que sin cesar discurrían los recaudadores, se alzaron en rebeldía, derribaron ignominiosamente las estatuas del Emperador mismo y de su esposa y comenzaron a lanzar propósitos que no dejaban de hacer justicia a lo que ocurría, sin que, no obstante, fuesen más allá de la palabrería y de los juegos de ingenio habituales en ellos [94].

[93] Ninguna indicación permite fechar el suceso, que de acuerdo con el contexto dataría del 386. El incidente debe interpretarse en el marco de las tensiones entre romanos y godos suscitadas por la política filobárbara de Teodosio.

[94] Durante los años que siguieron a Adrianópolis el pago de las contribuciones resultó especialmente gravoso. La revuelta aquí comentada (la «Revuelta de las Estatuas», iniciada en febrero del 387) nació de la

Cuando el Emperador, soliviantado por los percances que 2
aquéllos habían protagonizado, amenazó con imponerles un castigo proporcionado a su desmán, decidió la Curia, temerosa de la cólera imperial, enviar dos embajadores para que diesen cuenta de lo que había hecho el pueblo. Eligieron entonces al sofista Libanio, cuya gloria predican los discursos que de él han quedado, y a Hilario, hombre eminente por claridad de linaje y por una cultura consumada en todos los campos. El sofista pronunció ante el Empera- 3
dor en persona y el Senado su discurso *Sobre la revuelta,* con lo cual logró que el Emperador mudase la cólera contra los antioquenos, de suerte que, incluso, al deponer su hostilidad hacia la ciudad, le encargó también a él el discurso *Sobre la reconciliación.* E Hilario, habiéndose hecho merecedor de elogios por sus altas prendas, recibió del Emperador el mando sobre toda Palestina [95].

En tal punto se hallaban los asuntos del Oriente, Tra- 42
cia e Iliria cuando Máximo, que al imperar sólo sobre los territorios regidos antes por Graciano creía que ésta no era una situación proporcionada a sus merecimientos, planeó despojar a Valentiniano, si podía, de todos sus territo-

protesta contra un impuesto, sin que se sepa exactamente cuál (cf. A. Browning, *op. cit.*, pág. 19; G. Downey, *A History...*, cit., pág. 427; A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 873; J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch...*, cit., pág. 165). Se ha supuesto (Browning) que los disturbios de Antioquía se relacionan con movimientos similares producidos durante estos mismos años en ciudades como Constantinopla o Tesalónica.

[95] Libanio, según propia confesión (*Or. I* 253), no participó en la embajada a Constantinopla; el que su discurso 19 se presente como efectivamente pronunciado ante el Emperador responde a una convención que circula entre los rétores antiguos desde Isócrates. El mismo Libanio y Juan Crisóstomo atribuyen el apaciguamiento de Teodosio al obispo Flaviano, al *magister officiorum* Cesario y al *magister militum* Helébico (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 874).

rios y, si no, anexionarse al menos cuanto fuese capaz de
2 ellos. Obsesionado por este pensamiento, se dispuso a cru-
zar los Alpes para marchar sobre Italia, pero al percatarse
de que la ruta habría de discurrir por caminos angostos y
montes abruptísimos e inaccesibles, a los que suceden mar-
jales y pantanos, transitables para viajeros que marchan
con toda calma pero no para un ejército de tales dimensio-
3 nes, postergó a mejor ocasión el proyecto [96]. Como Valen-
tiniano pidiese, por medio de embajada despachada desde
Aquilea, que le fueran dadas garantías más firmes de paz,
se avino Máximo a sus solicitudes fingiendo que también
él precisaba de tal cosa en el más alto grado. Valentiniano
le envía entonces a Domnino, hombre de sangre siria de
4 quien tenía elevado concepto. Domnino, en efecto, ejercía
el poder al lado de Valentiniano, pareciendo descollar en-
tre todos los demás por fidelidad y experiencia de gobier-
no. En suma, el Emperador había dado en confiarle espe-
cialmente a él cuanto decidía llevar a cabo sin que ningún
otro lo supiese. Domnino, pues, llegó junto a Máximo,
y, tras comunicarle el asunto de la embajada, se vio honra-
do con toda suerte de miramientos y halagos. Máximo le
dispensó, efectivamente, extraordinarias muestras de con-
sideración, colmándolo con una profusión de regalos tal
como para hacer pensar a Domnino que ningún otro ami-
go iba a encontrar Valentiniano de la calidad de éste.
5 Consiguió Máximo embaucar a Domnino hasta el punto
de que incluso lo hizo acompañar por una parte de las
fuerzas de que disponía a fin de que éstas llevaran ayuda
al Emperador contra los bárbaros que amenazaban a sus

[96] Las relaciones entre Máximo y Valentiniano II fueron mucho más complejas de lo que Zósimo da a entender. Sobre tales relaciones véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

súbditos panonios. Domnino, de regreso tras conseguir to-
do ello, radiante por la cantidad y magnificencia de los
regalos y por el acompañamiento de las fuerzas militares
aliadas que le habían sido entregadas, no reparó en que
facilitaba a Máximo el camino de los Alpes que conducía
a Italia. Ello precisamente había sido previsto por Máxi- 6
mo, quien, habiéndolo dispuesto todo a este fin, lo siguió
con el conjunto de su ejército después de enviar tranquila-
mente vigilantes que se adelantasen en el camino para cui-
dar por todos los medios de que nadie se anticipara y anun-
ciara a los de Domnino la marcha hacia Italia de Máximo.
Tal vigilancia era, además, extremadamente fácil, pues de
ninguna manera podía pasar desapercibido quien se des-
plazase a través de la suma estrechez de los pasos alpinos.
Cuando, por tanto, supo que los de Domnino habían fran- 7
queado los más estrechos pasos de los Alpes y las monta-
ñas inaccesibles, así como el tramo que sucede a los Alpes
—aquellos parajes pantanosos llenos de dificultad para un
ejército que aguarda el encuentro con tropas enemigas pres-
tas a enfrentársele—, en ese momento puso, sin que nadie
se lo obstaculizase, los pies en Italia para a continuación
dirigirse a Aquilea [97].

[97] Posiblemente la embajada de Domnino debe conectarse con la ofensiva bárbara contra Panonia aquí mismo mencionada: los sármatas, que ya habían atacado Panonia en el 384 reanudaron sus incursiones sobre esta zona en el 387; la corte de Milán pretendía o bien hacer frente por sí sola al ataque, para lo cual debía asegurar la paz en la frontera gala, o bien solicitar ayuda de Máximo contra los atacantes. Si esto último es cierto, cabe sospechar la existencia de tensiones entre Teodosio y el gobierno de Valentiniano a causa de la política religiosa de este último o de la pugna en torno a las diócesis de Dacia y Macedonia, que Teodosio no había devuelto (véase n. 61). La invasión de Máximo se produjo en verano del 387 (cf. W. Ensslin, «Valentinianus II...», cit., cols. 2222-23; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 124).

43 Como ante lo súbito y totalmente inesperado de la maniobra quedase Valentiniano paralizado de temor, los que le rodeaban se sintieron invadidos por el miedo de que Máximo lo llegase a coger prisionero y acabase con su vida. Ante lo cual subió a un barco y partió hacia Tesalónica. También navegaba con él su madre Justina, consorte primero, según ya expuse, de Magnencio y a la muerte de aquél unida, en razón de su notable belleza, al emperador
2 Valentiniano, la cual llevaba consigo a su hija Gala. Tras efectuar una larga travesía, una vez desembarcados en Tesalónica se comunicaron con Teodosio por medio de una embajada en la que le pedían que, al menos ahora, vengara la insolencia de aquél para con la familia toda de Valentiniano. Teodosio, conmocionado ante la sola noticia, olvidando en parte su excesiva molicie y recatando su obsesión por los placeres, determinó, después de tomar consejo, personarse en Tesalónica acompañado por algunos
3 miembros del Senado. Hecho lo cual se deliberó por última vez sobre el criterio que había de seguirse, prevaleciendo por unánime consenso la opinión de castigar los desmanes de Máximo, pues no debía de dejarse con vida a un hombre que, después de suprimir a Graciano y apoderarse de sus dominios, ante el éxito alcanzado había seguido avanzando por este camino hasta arrebatar al hermano de aquél el poder que le quedaba [98].

44 Teodosio, a quien esta solución irritaba tanto por la abulia en él ingénita como por lo desarreglado del régimen de vida que hasta entonces había llevado, vacilaba frente

[98] TEODORETO, *h. e* V 15, y ZONARAS, XIII 18, afirman que antes de marchar a Tesalónica, a donde llegaría a finales del verano o en otoño del 387, Teodosio envió una carta a Valentiniano expresando la convicción de que los infortunios caídos sobre él constituían un castigo del cielo por su política anticatólica.

a la guerra, aduciendo los males inherentes a las luchas intestinas y cómo necesariamente el Estado en su conjunto resulta afectado por los golpes procedentes de uno y otro lado. Decía por ello que antes debían enviarse parlamentarios para, en el caso de que Máximo decidiese devolver a Valentiniano sus dominios y vivir en paz, guardar el reparto del Imperio entre todos según los términos en vigor hasta entonces, pero si, por el contrario, se veía desbordado por la avaricia, eliminarlo sin titubeos. Entre los miem- 2
bros del Senado nadie osaba oponerse a estas propuestas, que parecían de alguna manera beneficiosas para la república. Pero Justina, que no carecía ni de experiencia en los asuntos del Estado ni de recursos cuando de alcanzar una solución ventajosa se trataba, sabedora de cuán vulnerable era Teodosio en lo que a apetitos amorosos se refiere, hizo comparecer a su hija Gala, que brillaba por una belleza fuera de lo común, y, aferrándose a las rodillas del Emperador, comenzó a suplicarle que ni la muerte de Graciano, quien le había otorgado a él la realeza, quedase impune, ni tolerase que ellos mismos, perdida toda esperanza, se viesen abandonados al azar. Y mientras argüía 3
de esta manera, señalaba a su hija, que se quejaba entre lágrimas de la suerte que le había correspondido. Al escucharla, Teodosio, prendado no más verla de tan bella muchacha, acusó incluso en la mirada la impresión producida por la belleza de la joven; difirió no obstante la adopción de medidas concretas, aunque les dió a entender que podían tener esperanzas. Pero como la pasión que sentía por la muchacha lo consumía cada vez más, llamó a Justina para pedirle a su hija en matrimonio, ya que sus anterior esposa, Placila [99], había fallecido. Aquélla declaró que no 4

[99] Su verdadero nombre era *Aelia Flavia Flaccilla* (cf. *PLRE I*, pág. 341).

se la entregaría al menos que, emprendiendo la guerra contra Máximo, castigase el asesinato de Graciano y restituyese a Valentiniano el imperio de su padre. Tras conseguir desposarla bajo estas condiciones, se entregó por completo a los preparativos de guerra; e impulsado por su esposa se propiciaba al ejército con repartos de alimento y rectificaba, bajo el yugo de la necesidad, todos sus demás desaciertos, decidido a dejar preparado cuanto a su partida se vería necesitado de apercibimiento [100].

45 Por ello, y como había ocurrido que el prefecto del pretorio Cinegio murió en el camino cuando regresaba de Egipto, se aplicó a buscar la persona a quien pudiese encomendarse la prefectura del pretorio, y, tras indagar mucho y a muchos, halló al fin al hombre indicado para ello. Haciendo, en efecto, volver de Licia a Taciano, hombre merecedor de respeto en todos los sentidos y que ya bajo Valente había desempeñado altos cargos, lo nombra prefecto del pretorio en su patria [101] para, después de enviarle las

[100] Con independencia de cuáles fueran los sentimientos personales de Teodosio hacia Gala, la boda beneficiaba políticamente a éste, pues lo conectaba con la dinastía valentiniana (cf. S. Rebenich, *op. cit.*, pág. 380).

[101] La expresión «en su patria» no resulta clara. Zósimo puede indicar que en el momento de su designación Taciano estaba en su tierra natal (lo cual explicaría el posterior envío de insignias, pero entraría en contradicción con la afirmación anterior de que lo hizo venir de Licia, por ser precisamente Licia la patria de Taciano) o que Taciano ejerció su cargo en Licia (lo que constituiría algo sin precedentes). Tras la deposición de Taciano (véase capítulo 52, 2) los habitantes de Licia fueron despojados de sus dignidades y privados del derecho a desempeñar cargos en la administración imperial (*Cod. Theod.* IX 38, 9), medida que ha sido interpretada (A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., págs. 81-82) como tendente a evacuar de la administración estatal el desproporcionado número de licios afincados en ella bajo el mandato de Taciano; quizás

insignias de su cargo, proclamar al hijo de éste, Proclo, prefecto de la urbe. Y en esto bien que acertó, pues dejó 2
las más altas magistraturas a hombres de excelentes cualidades, que habían de mostrarse capaces de administrar óptimamente, incluso en ausencia del Emperador, los intereses de sus súbditos. Por lo que respecta a los soldados, puso al frente de la caballería a Prómoto y de la infantería a Timasio [102]. Cuando nada parecía quedar pendiente cara 3
a la partida, llegaron a oídos del Emperador noticias de que los bárbaros incorporados a las unidades romanas habían acogido, bajo promesa de grandes regalos, propuestas de traición emanadas de Máximo, yendo sin embargo a refugiarse, cuando el asunto llegó a ser notorio, a la zona lacustre y pantanosa de Macedonia, en cuyas espesuras se ocultaban. Allí fueron perseguidos y rastreados con toda clase de medios hasta que perecieron en su mayoría, de suerte que el Emperador pudo, libre de este temor, marchar contra Máximo acompañado por el conjunto de su ejército. Hizo pues embarcar a Justina junto con su hijo 4
e hija y, poniéndola en manos de una escolta que garantizase su seguridad, la envió a Roma (tenía la certeza, en efecto, de que los romanos iban a recibirla con la mejor disposición, dado que no simpatizaban con Máximo [103]);

la frase de Zósimo constituya un eco deformado y confuso de la noticia referente a los favores otorgados por Taciano a sus paisanos. La cuestión se complica con factores textuales («Licia» resulta de aceptar una corrección de Reitermeier).

[102] Posiblemente Prómoto sería *magister peditum* y Timasio *magister equitum*, véase A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 714-15.

[103] La afirmación de Zósimo parece ser exacta, en tanto que Roma era el lugar desde donde operaba una «quinta columna» teodosiana (véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.). Cierto que uno de los miembros más destacados de esa «quinta columna», Símaco, había pronunciado un

él se dispuso a cruzar junto con su ejército la Panonia superior y los Apeninos [104] para lanzarse sobre la misma Aquilea y acometer al enemigo antes de que éste se hallase preparado.

46 Mientras Teodosio cubría este itinerario, Máximo, enterado de que la madre de Valentiniano se disponía a atravesar el Golfo Jónico en compañía de sus hijos, concentró embarcaciones de rápido navegar, que puso en manos de Andragacio con el encargo de que los capturase. Andragacio, tras surcar el mar en todos los sentidos sin lograr su propósito (pues aquéllos se le anticiparon en cruzar el Estrecho de Jonia), habiendo reunido considerables contingentes navegaba por todos los parajes de la zona, en la creencia de que Teodosio iba a atacar por medio de con-
2 tingentes navales. Mientras Andragacio estaba así ocupado, Teodosio, atravesada la Panonia y traspuestos los pasos de los montes Apeninos [105], cae sobre Máximo y los suyos, que además de hallarse desprevenidos no habían montado guardia alguna. Una parte del ejército se lanzó sobre los muros de Aquilea con vivísimo empuje y forzó la entrada por las puertas (ya que la guarnición, al ser escasa, no pudo ofrecer resistencia); derrocado del trono cuando había comenzado a repartir dinero entre los soldados a sus órdenes y despojado de las insignias impe-

panegírico en honor a Máximo el 1 de enero del 388, con motivo de la inauguración del consulado de éste (Sócrates, V 14: cf. F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 191); pero por aquellas fechas Teodosio no había roto oficialmente con Máximo (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 876). Justina y Valentiniano I tuvieron tres hijas (cf. *PLRE I*, pág. 488); la que viajó a Roma con el Emperador y su madre no era Gala, sino una de las otras dos hermanas (véase S. Rebenich, *op. cit.*, págs. 381-82).

[104] Zósimo confunde los Alpes con los Apeninos.

[105] Nueva confusión con los Alpes.

riales, fue Máximo conducido ante Teodosio. Éste, tras 3
exponer a modo de reproche algunos de los crímenes contra el Estado que había perpetrado Máximo, lo entregó al verdugo para que pagase la pena debida [106]. Tal término hallaron la vida y la usurpación de Máximo, quien, además de imponerse a Valentiniano, soñó con apoderarse sin lucha de todo el Imperio de Roma.

Tuvo el emperador Teodosio noticia de que Máximo, 47
al atravesar los Alpes, había dejado allí a su hijo Víctor, a quien había honrado con la dignidad de césar [107], por lo que inmediatamente envió al general Arbogastes, quien despojó al joven de su cargo y le dio muerte. Cuando todo ello fue comunicado a Andragacio, que rastreaba la zona en torno al Estrecho Jónico, éste, sabiendo que perecería bajo un sinfín de suplicios, se impuso a sí mismo castigo

[106] Hacia junio del 388 emprendió Teodosio la marcha al Oeste. Poco antes Andragacio, comandante de las tropas de Máximo, había tenido noticia de que el enemigo prepara un ataque por mar, ante lo cual corre hacia el Adriático, donde apresta una flota (*Paneg.* 2, 30, 2; 34, 1 [Mynors]; Orosio, VII 35, 3). Teodosio pudo así caer por sorpresa sobre tropas privadas de general: tras vencer en Siscia y Petovio llega a Aquilea, donde se encontraba Máximo. No se sabe qué sentido puede tener la frase según la cual éste había comenzado a repartir dinero entre los soldados cuando fue derrocado; de acuerdo con *Paneg.* 2, 36, 3; 38; 43, 1 [Mynors], y Claudiano, 8, 81-86, Máximo se rindió previendo la inutilidad de ofrecer resistencia y porque esperaba salvar la vida; Sócrates, V 14, y Sozómeno, VII 14, 6, afirman que fue traicionado y entregado por sus propias tropas, versión ésta que parece confirmada por la brevedad de la guerra y lo escaso de las pérdidas en ella registradas. Máximo murió el 28 de julio o el 27-28 de agosto del 388 (cf. O. Seeck, *Geschichte...*, cit., V, pág. 525). Sobre todo esto véase W. Ensslin, «Valentinianus II...», cit., col. 2224; A. Lippold, «Theodosius I...», cit., págs. 877-78; F. Paschoud, ed. cit., IV, nn. 191-93.

[107] Víctor era en realidad augusto (cf. *PLRE I*, pág. 961).

sin aguardar a que se lo impusieran, pues dio su cuerpo al mar en la creencia de que era preferible entregarse a
2 aquél antes que a acérrimos enemigos. Teodosio, pues, restituyó a Valentiniano todo su Imperio, cuanto fue cuando lo tenía su padre, con lo que dio muestras de guardar el agradecimiento debido a sus benefactores. Y tras incorporar lo más selecto de la tropas de Máximo a su propio ejército, dejó que Valentiniano dispusiera en los asuntos de Italia, Galia y cuantos territorios caían bajo su dominio. Era aquél asistido por su madre, que, en la medida en que es capaz una mujer, suplía la falta de prudencia debida a su extrema juventud.

48 Él volvió a Tesalónica [108], hallando particularmente revuelta la situación de Macedonia. Pues los bárbaros que, ocultos en los pantanos y los bosques de alrededor de los lagos, habían escapado al ataque previo de los romanos, saqueaban, aprovechando la dedicación que la guerra civil exigía al emperador Teodosio, las comarcas de Macedonia
2 y Tesalia sin que nadie les opusiese resistencia. Cuando les fue comunicada la noticia de la victoria y vuelta del Emperador, se ocultaron de nuevo en los pantanos, desde donde lanzaban furtivos ataques, tomando y llevando consigo cuanto encontraban para, al despuntar el día, volver a sus lugares habituales, de suerte que al Emperador sólo le quedaba pensar que eran fantasmas y no hombres los atacan-
3 tes [109]. Sumido en confusión, no hizo a nadie partícipe de

[108] La vuelta de Teodosio a Oriente tuvo lugar en verano del 391. Justina murió antes de que finalizase el 388, y a su muerte el gobierno de Valentiniano fue dirigido por Arbogastes, hombre de confianza de Teodosio (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 881).

[109] Zósimo se refiere a los desertores godos de los que ya habló en el capítulo 45, 3. Hacia otoño del 391, un grupo poliétnico penetró en los Balcanes y se abrió camino hacia el sur: posiblemente se produjo una conjunción entre los nuevos invasores y los desertores godos. Contra esta coalición, cuyo caudillo era el godo Alarico, se libraron los encuentros tratados en este capítulo y el que sigue (cf. H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 143).

sus planes, sino que tomando cinco jinetes ordenó a cada uno llevar de la brida tres o cuatro caballos, de suerte que cuando el caballo sobre el que iba un jinete se rendía a la fatiga, pudiese éste cambiar a otro y de esta manera diesen las monturas abasto al esfuerzo exigido por la empresa que planeaba. Recorría así los campos sin dejar que ninguno de los que le veían sospechase que era el Emperador, y si en algún momento se veía necesitado de comida para sí o sus acompañantes la pedía a los campesinos. De esta manera, fue a dar a un pequeño albergue donde habitaba una mujer anciana a la que pidió que le brindase cobijo y bebida. La vieja lo acogió afablemente, ofreciéndole 4
vino y todo lo que tenía a mano, tras lo cual el Emperador, llegada la noche, solicitó dormir allí. Habiendo accedido la anciana también a ello, estaba el Emperador acostado en un rincón de la posada cuando reparó en un hombre que, sin decir nada, parecía deseoso de ocultarse. Lleno de extrañeza ante lo cual, llamó a su presencia a 5
la vieja y le preguntó quién era aquél y de dónde procedía. Ésta respondió que lo ignoraba, como ignoraba también el asunto por el que había venido, pero, de otro lado, declaró estar segura de lo siguiente: se alojaba en su casa justamente desde que fue anunciado que el emperador Teodosio volvía con su ejército, pagaba diariamente el precio de su comida y pasaba el día entero fuera de la casa para, después de vagar por donde quiera que fuese, regresar fatigado al caer la noche; entonces comía y se acostaba tal como ahora podía verse. Habiendo oído tales palabras, pensó el Emperador que no debía dejarse sin indagar lo dicho

por la anciana, de manera que hizo prender al hombre y
6 lo requirió a que explicase quién era. Como perseverase en mantener total silencio, se procedió a extraerle la verdad a latigazos. Puesto que tampoco cedía a la violencia de tal procedimiento, ordenó el emperador Teodosio a sus jinetes que despedazaran el cuerpo del hombre a golpes de espada, añadiendo que él era el emperador Teodosio. Cuando oyó aquello, el hombre descubrió su identidad y dijo que era un espía de los bárbaros escondidos en los pantanos, a quienes comunicaba dónde se encontraba el
7 ejército y qué posiciones o tropas convenía atacar. Mandó entonces sin dilación cortar la cabeza de éste y, después de reunirse a toda prisa con su ejército, lo conduce al lugar en que había sabido que se escondían los bárbaros, sobre los que cayó con sus tropas para dar muerte a todos cuantos estaban en la flor de la edad, a unos haciéndolos venir de los pantanos donde se ocultaban, a otros en las mismas aguas, de suerte que se produjo gran matanza de ellos.

49 El general Timasio, admirado de la valentía del Emperador, pidió que se concediera a los soldados, hambrientos ya e incapaces de soportar las fatigas que hallaban en los pantanos, licencia para retirarse a comer. Habiendo accedido a ello el Emperador, la trompeta llamó a retirada y apartó a los soldados de la tarea de acometer a los bárbaros; retrocedieron entonces para solazarse con abundante comida, repletos de la cual sucumbieron al cansancio y al
2 vino cayendo en el más profundo de los sueños. Cuando los bárbaros se percataron de ello, volvieron a tomar sus armas y se lanzaron sobre los soldados, a los que, vencidos por el sueño y la embriaguez, liquidaban con lanzas, espadas o cualquier instrumento mortífero. El mismo Emperador habría perecido con todo su ejército de no ser porque

algunos de los que aún no habían comido se lanzaron a la tienda del Emperador anunciando lo sucedido. Ante lo cual, llenos de confusión decidieron, éste y los que le acompañaban, escapar al peligro inminente. Mientras huían les 3
salió al encuentro Prómoto (ocurría, en efecto, que el Emperador lo había hecho llamar), quien pidió al Emperador que se pusiera a salvo con sus acompañantes, pues él se ocuparía de los bárbaros y les impondría el castigo que merecía su demencia. Tan pronto como pronunció estas palabras se precipitó hacia delante para, dando con los bárbaros cuando aún se lanzaban sobre tropas dormidas, acometerlos con el mayor brío; y a tantos dio muerte que ninguno o muy pocos consiguieron salvarse al resguardo de los pantanos.

Tales fueron, pues, los acontecimientos que hubo de 50
afrontar Teodosio cuando regresó tras acabar con Máximo. Al volver a Constantinopla [110] estaba lleno de orgullo por el triunfo obtenido sobre Máximo, mas, desazonado por lo que perpetraron contra él y contra el conjunto del ejército los bárbaros de los pantanos, decidió renunciar a guerras y luchas, todo lo concerniente a las cuales puso en manos de Prómoto, mientras él, rememorando su anterior régimen de vida, se dedicaba a lujosos banquetes, centraba sus afanes en los placeres y satisfacía su vanidad con teatros y carreras de caballos [111], de suerte que no puedo

[110] El 10 de noviembre del 391 (Sócrates, V 18).

[111] Los enfrentamientos con el grupo capitaneado por Alarico continuaron hasta el año 392, cuando Estilicón, sucesor de Prómoto en la dirección de la guerra, venció y apresó al caudillo godo; el gobierno romano firmó a continuación un nuevo acuerdo con los godos (o simplemente renovó el *foedus* del 382, roto con motivo de la guerra iniciada el 391). En virtud del nuevo acuerdo Alarico fue liberado (cf. H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 143). Teodosio no se ausentó de Constantinopla du-

sino admirarme de cuán proclive a una y otra forma de
2 vida era este hombre. Siendo, en efecto, de natural desarreglado, inclinado a toda suerte de placeres y a cuantas debilidades he expuesto, cedía a su naturaleza mientras ningún motivo de pesar ni nada que comportara temor le importunase, pero colocado ante una situación de emergencia que amenazase con arruinar el orden establecido, abandonaba sus placeres para, despidiéndose de la molicie, seguir el camino de las más varoniles virtudes, de la fatiga y de la abnegación. Y después de que la experiencia misma lo hubiese mostrado en posesión de tales cualidades, ya lejos de toda preocupación, se sometía a la incuria en él ingénita.

51 De entre aquéllos que ocupaban las magistraturas era objeto de especiales honores Rufino, de linaje galo, intendente de los servicios de palacio [112]. Todo, en efecto, se lo confiaba, con menoscabo para los demás, el Emperador. Y ello soliviantaba a Timasio y Prómoto, quienes, tras correr tantos peligros en defensa del Estado, se veían relegados a segundo lugar. Con motivo de que se deliberase sobre un asunto de interés público, Rufino, que, lleno de presunción ante la situación creada, había adoptado aires de grandeza, dirigió a Prómoto cierta palabra cargada de
2 arrogancia. Éste no lo toleró, sino que alzando la mano al rostro de aquél le propinó un golpe. Rufino se dirigió al Emperador y le mostró el golpe, induciendo en él un estado de cólera tan alto como para afirmar que si no deponían sus envidias contra Rufino pronto lo verían en el trono. Al oír aquello, Rufino, dado que por lo demás estaba lleno de inquina contra todos por su desmedido afán

rante los años 392-93 (cf. A. LIPPOLD, «Theodosius I...», cit., cols. 894; 899).

[112] *Magister officiorum*; Rufino lo era desde el 388.

de protagonismo, se dedica a convencer al Emperador para que ordene a Prómoto residir en algún lugar fuera de la Corte dedicado a adiestrar a los soldados en el oficio
de la guerra. Una vez que lo consiguió, dispone contra 3
Prómoto, en el momento en que éste marcha en dirección a Tracia, una emboscada de contingentes bárbaros. Cuando los bárbaros reciben la señal, caen sobre él por sorpresa y lo degüellan; hombre que no se había dejado vencer por el dinero, que había observado una conducta limpia hacia el Estado y hacia los emperadores, recibió lo que sus principios merecían por ponerse al servicio de quienes con tal incuria e impiedad regían la república [113].

Después de que el suceso llegase a ser en todas partes 52
comentado, en boca de todos puesto y para toda persona sensata motivo de indignación a causa de lo irregular de sus circunstancias, Rufino, como si hubiese llevado a cabo algo admirable, fue nombrado cónsul; mientras, se importunaba sin motivo ninguno a Taciano y al hijo de éste, Proclo, que estaban enfrentados con Rufino por la sola razón de que en el ejercicio de las prefecturas que ostentaban —la del pretorio aquél, la de la ciudad éste— no hacían concesión alguna a los sobornos y se ceñían tanto como era posible a los deberes del cargo. Para que el plan 2

[113] El conflicto entre Rufino y Prómoto se sitúa a finales del 391. CLAUDIANO, 3, 316-22 y 21, 94-103, confirma que Prómoto murió en combate contra los bárbaros, pero su alejamiento de la corte pudo deberse no a una pérdida de favor, sino a la conveniencia de dirigir personalmente las operaciones en que se enmarcaba dicho combate: concretamente se trataba de las operaciones contra el grupo capitaneado por Alarico (véanse las nn. 109 y 111). El mismo CLAUDIANO, 30, 232-36, parece confirmar la implicación de Rufino en la muerte de Prómoto, pero la alusión —que además pudo estar dictada por la hostilidad de Claudiano hacia Rufino— resulta poco clara.

tramado contra ellos tuviese efecto, primero fue apartado del cargo Taciano y sometido a juicio, al tiempo que Rufino era nombrado prefecto del pretorio. Y si aparentemente otros habían de tomar parte junto con Rufino en el jui-
3 cio, sólo éste disponía del voto ratificatorio. Como Proclo, cuando se percató de la intriga, desapareció para ocultarse, Rufino, lleno de desconfianza ante el carácter resuelto de aquél y temeroso de que planease cualquier revuelta con que obstaculizar de alguna manera sus planes, apremió al padre con engaños y juramentos y convenció al Emperador para que hiciese concebir a Taciano y a su hijo las mayores esperanzas; de esta manera, tras convertir las sospechas verdaderas en vanos sueños, persuade a Taciano
4 de que mediante cartas haga venir a su hijo. Así Proclo es arrestado y encarcelado tan pronto como aparece; y mientras a Taciano se le confina a vivir en su patria, las sesiones correspondientes al juicio de Proclo tienen lugar ininterrumpidamente hasta que al final los jueces, según lo acordado por Rufino, ordenan que se le conduzca al suburbio de Sicas [114] para ser ejecutado. Cuando el Emperador lo supo no dejó de enviar un emisario para apartar el hacha del cuello. Pero éste, obedeciendo una orden de Rufino, marchó con la mayor lentitud, de suerte que llegó cuando la cabeza ya había caído [115].

53 Mientras tenía lugar todo ello, llega la noticia del fallecimiento del emperador Valentiniano. Fueron las circunstancias del fallecimiento éstas: Arbogastes, que era de origen franco, había sido asignado por Graciano a la subjefatura del ejército bajo la autoridad de Baudón. Como éste muriese, Arbogastes, confiando en su capacidad y sin que el Emperador se lo otorgase, se había conferido a sí mismo el cargo de comandante del ejército [116]. Considerado por los soldados a sus órdenes como idóneo para el cargo, había alcanzado mediante valor, conocimiento de la guerra y desprecio hacia las riquezas, un alto grado de poder, y su peso era tal como para dirigirse con libertad al Emperador y oponerse a cuanto no le pareciera decoroso o conveniente. Disgustado por esta situación, Valentiniano se ha- 2
bía resistido muchas veces, pero sin conseguir nada, pues el favor unánime de los soldados servía de amparo a Arbogastes. Al no soportar más tiempo el hallársele sometido, una vez que, sentado en el trono imperial, vio que Arbogastes se le aproximaba, le entregó, mirándolo torvamente, una carta en que lo deponía del cargo. Éste dijo tras leer- 3
la: «ni me has dado el cargo ni puedes quitármelo». Pronunciadas estas palabras rompió la carta, la arrojó al suelo, se retiró y se fue. A partir de entonces, no alimentaban en secreto los efectos de su desconfianza, sino que a todos resultaba evidente que se guardaban mutua hostilidad.

[114] En Constantinopla.

[115] Rufino fue cónsul en el año 392. Taciano y Próculo (el Proclo de Zósimo), que eran paganos, fueron destituidos en septiembre del 392, fecha en que Rufino accedió a la prefectura del pretorio para el Oriente. La muerte de Próculo tuvo lugar el 6 de diciembre del 392. Padre e hijo fueron posteriormente rehabilitados (cf. *PLRE I*, págs. 746-47; 876-78; F. PASCHOUD, ed. cit., IV, n. 199).

[116] *Magister militum*. Según FILOSTORGIO, X 8, Arbogastes sirvió bajo Teodosio cuando la guerra contra Máximo, a partir de lo cual F. PASCHOUD, ed. cit., IV, n. 200, concluye, frente a Zósimo, que este emperador lo designó *magister militum* en el 388. Sea ello cierto o no (opinión divergente en A. DEMANDT, «Magister...», cit., cols. 609-10), Baudón había muerto probablemente antes del verano del 387 (cf. ENSSLIN, «Valentinianus II...», cit., cols. 2222-23; E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 124), con posterioridad a lo cual Arbogastes había servido bajo Teodosio y desempeñado por encargo de éste la tutoría de Valentiniano II a la muerte de Justina (véase n. 108).

4 Valentiniano recurría continuamente a cartas en que notificaba al emperador Teodosio la insolencia hacia el trono que aquel hombre mostraba, exhortándole a que viniera en su ayuda y asegurándole que, si no lo hacía, pronto se lanzaría contra él. A su vez Arbogastes, a fuerza de considerar el partido a tomar, adoptó la siguiente decisión:

54 Frecuentaba el palacio imperial un individuo llamado Eugenio, de tan destacada cultura como para haber sentado plaza de rétor, encontrándose al frente de una escuela. Persona extraordinariamente agradable y educada, disfrutaba de la familiaridad de Ricomer, quien lo presentó a Arbogastes encomendándole que lo contara entre sus allegados y amigos, pues no había de resultarle inútil si alguna vez surgía cualquier asunto que precisase de una sincera
2 amistad. De esta manera, una vez que marchó Ricomer junto al emperador Teodosio, la amistad entre Arbogastes y Eugenio alcanzó, en razón del trato continuo, el más alto grado de intimidad, y no existía asunto grave que aquél no le confiara a éste. Fue entonces cuando, habiendo concebido Arbogastes una imagen de Eugenio que incluía el considerarlo el más apto, por su ingente cultura y la dignidad general de su estilo de vida, para ser un buen emperador, le participa sus planes; y al ver que recibía con desagrado sus propósitos, insistía en linsojearlo y requerirle para
3 que no rechazara lo que la fortuna le brindaba. Una vez que lo hubo convencido, pensó que era lo mejor quitar primero de en medio a Valentiniano y de esta manera poner el cetro en manos de Eugenio. Así pues, cuando el Emperador estaba en Vienna, una ciudad gala, y mientras se entretenía en juegos alrededor de sus murallas acompañado de algunos soldados y sin esperar nada semejante, cae sobre él y le asesta un certero golpe del que muere.
4 Como todos tolerasen en silencio tan aventurada acción

no sólo por el prestigio de valor guerrero del que Arbogastes disfrutaba, sino también porque, a causa de su desdén por las riquezas, los soldados le tributaban gran simpatía, designa emperador a Eugenio, respecto al cual, y en razón de las prendas que lo adornaban, hace concebir a todos excelentes esperanzas [117].

Cuando tales noticias fueron comunicadas a Teodosio, 55
la esposa de éste, Gala, llenó de alboroto el palacio imperial con lloros por su hermano. También el Emperador era presa de gran disgusto, pues, además de perder un corregente joven y unido a él por estrechos lazos de parentesco, se veía en manos de hombres que le eran ajenos y a quienes, además, hacían invencibles el valor combinado con audacia de Arbogastes y las virtudes acompañadas de cultura que adornaban a Eugenio. Decidió entonces, aun 2
reconociendo y sopesando en su interior muchas veces estas dificultades, aventurarlo todo a un solo golpe, a cuyo efecto dispone toda suerte de preparativos para la guerra. Tomó la decisión de encomendar a Ricomer las unidades de caballería, pues conocía ya por experiencia de muchas guerras el valor de aquél, y de poner al frente de los demás contingentes a otros generales. Mas como en el momento 3
en que se tomaba aquella decisión Ricomer murió de enfermedad, lógicamente procedió a la elección de nuevos generales. Y cuando el Emperador estaba aún considerando la decisión al respecto, le fue anunciada una embajada de Eugenio que inquiría si el emperador Teodosio aprobaba el acceso de aquél al trono o rechazaba el nombramiento. Al frente de la embajada estaba el ateniense Rufino, 4
que ni llevó cartas de Arbogastes ni hizo ningún tipo de

[117] Sobre las circunstancias que rodearon la muerte de Valentiniano II y la elección de Eugenio véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

alusión a éste. Como el Emperador se demorase a fin de reflexionar y dar una respuesta adecuada a los embajadores, vino a acaecer este otro suceso [118].

56 Al tiempo de acceder al trono había acogido Teodosio en pacto de amistad y alianza a ciertos bárbaros a quienes había lisonjeado con perspectivas esperanzadoras y con abundantes regalos. Dispensaba también toda clase de atenciones a los caudillos de cada tribu, a los que honraba
2 haciéndolos partícipes de su mesa. Vinieron éstos a mantener propósitos enfrentados a causa de una disensión surgida entre ellos. Pues lo mejor era, según afirmaban unos, ignorar los tratados, cualesquiera que fuesen, que habían firmado cuando se entregaron a los romanos, según otros, por el contrario, no contravenir de ninguna manera los pactos. Quien quería hollar la palabra dada y exhortaba a ello a sus compañeros de raza era Eriulfo, Fravito el
3 que pugnaba por atenerse a los juramentos. Durante mucho tiempo mantuvieron oculta esta disensión interna, pero en cierta ocasión en que fueron honrados con una invitación a la mesa imperial, como las libaciones se prolongaran, cambiaron de actitud y en un arrebato de cólera revelaron cuál era su parecer; tras percatarse de la intención de cada uno, el Emperador puso fin al banquete, pero cuando se habían retirado del palacio imperial cayeron en tal frenesí que Fravito no aguantó más y sacando la espada hirió a Eriulfo y lo mató. Sus soldados se dispusieron en-

[118] Rufino, VIII, 31, habla de una embajada en la que participaban obispos y destinada a exculpar a Arbogastes del asesinato de Valentiniano, por lo que O. Seeck, *Geschichte...*, cit., V, pág. 243, seguido por J. Wytzes, *op. cit.*, pág. 17, supone dos embajadas distintas: en todo caso la respuesta dada a la embajada de Rufino sería tan contemporizadora y falta de compromiso como la que recibió la mencionada por Zósimo (véase capítulo 57, 1).

tonces a caer sobre Fravito, pero los miembros de la guardia imperial se interpusieron e impidieron que el enfrentamiento fuese más allá.

Enterado de aquello, el Emperador lo llevó, sin embar- 57
go, con gran calma y dejó que los rivales se destruyesen entre sí; al tiempo entretuvo a los embajadores con obsequios y palabras que parecían llenas de moderación, después de lo cual los mandó a sus casas para, una vez que marcharon, seguir dedicado a los preparativos de la gue-
rra. En la creencia de que el preparativo esencial era, 2
como ciertamente lo es, la elección de los generales, dispuso que dirigiese las legiones romanas Timasio y, en segundo lugar, Estilicón (éste se había casado con Serena, hija de un hermano del emperador Teodosio [119]), y en cuanto a las fuerzas bárbaras aliadas, las puso bajo el mando del Gaínas y Saúl. Con aquéllos participaba también en el 3
mando Bacurio, cuyo linaje procedía de Armenia [120], hombre que unía a sus conocimientos militares una condición al abrigo de toda vileza. De esta manera, pues, quedó dispuesta la elección de los mandos [121]; mas cuando ya apre-

[119] Además de sobrina, Serena era hija adoptiva de Teodosio (cf. *PLRE I*, pág. 824).

[120] Bacurio procedía no de Armenia, sino de la Iberia situada al este del Ponto (cf. *PLRE I*, pág. 144).

[121] De las indicaciones de Zósimo puede deducirse la importancia que en la planificación de la guerra contra Eugenio atribuía Teodosio a los contingentes bárbaros, recogiendo con ello el fruto de la política filobárbara adoptada desde los inicios de su reinado. El incidente entre los jefes godos expuesto en el capítulo 56 se desarrolló, como indica el contexto en que lo sitúa Zósimo, durante el período correspondiente a la preparación de la guerra contra Eugenio (esto es, hacia el 392-93), cuando la conciencia del peso recaído sobre sus espaldas y de la importancia atribuida a su participación hizo que las distintas facciones godas plantearan con especial vehemencia sus diversas actitudes frente al Imperio; al triunfo

suraba el Emperador la salida ocurrió que su esposa, Gala, murió cuando daba a luz, dejando con su vástago la vida.
4 El Emperador la lloró, según el precepto homérico, un día y a continuación se puso en marcha con el ejército para hacer frente a la guerra [122], dejando allí a su hijo Arcadio, al que ya anteriormente había instituido emperador. Puesto que aún era joven, mirando por la falta de prudencia que había de esperarse de su juventud dejó junto a él a Rufino, que al mismo tiempo era prefecto del pretorio, dirigía en cualquier otro asunto el parecer de Teodosio y hacía cuanto a un emperador le permite su omnímodo poder.

58 Tomadas estas disposiciones y tras hacer que el más joven de sus hijos, Honorio, lo acompañase [123], atravesó las comarcas intermedias para apoderarse del paso de los Alpes y comparecer contra todo lo que cabía esperar ante
2 el enemigo. A Eugenio lo dejó estupefacto por lo inesperado de su presencia. Pensando que sería mejor lanzar contra el enemigo las fuerzas bárbaras y arriesgarse primero

provisional de la facción hostil a Roma debe atribuirse la ruptura del *foedus* del 382, mientras que su renovación o la firma de un nuevo acuerdo tras la guerra del 391-92 (véase n. 111) indica la recuperación de la corriente filorromana (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., col. 900; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 143, 144-45).

122 Alusión a *Ilíada* XIX 229. Las palabras con que Zósimo registra la muerte de Gala pueden interpretarse en el sentido de que el niño pereció con la madre o en el de que ésta, al dejar la vida, dejó también un hijo que sobrevivió al parto, pudiendo ser el niño Graciano o Juan (véase F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 209; S. Rebenich, *op. cit.*). Teodosio partió contra Eugenio en primavera del 394 (cf. A. Lippold, «Theodosius I...», cit., cols. 903-904).

123 Parece más cierto que, como afirman Rufino, XI 34, o Claudiano, 28, 88-91 (relación completa de fuentes en F. Paschoud, ed. cit., IV, n. 210), Honorio llegase al Oeste sólo después de la derrota de Eugenio.

a través de ellas, ordenó a Gaínas que atacase con las huestes a sus órdenes, debiendo marchar tras él, igualmente, el resto de los generales a quienes había correspondido mandar las unidades bárbaras, tanto las de caballería como las de arqueros montados y de infantería. Eugenio les salió 3
al encuentro con todas sus tropas, y cuando los ejércitos chocaron entre sí vino a producirse, justo en aquella ocasión, un eclipse de sol tal como para hacer pensar, durante largo espacio de tiempo, que más bien era de noche; y por otro lado, los ejércitos, que libraban de alguna manera un combate nocturno, derramaron tanta sangre que el mismo día pereció la mayoría de los aliados del Emperador, así como Bacurio, que se había batido con la mayor valentía al frente de los suyos, mientras que los demás generales huyeron sin concierto mezclados con los supervivientes.
Una vez que, llegada la noche, los ejércitos se retiraron 4
a sus campamentos, Eugenio, lleno de entusiasmo por su triunfo, distribuyó recompensas entre los que se habían distinguido y permitió que se procediese a comer, en el pensamiento de que después de tal revés no habría ya lugar para más combate. Se hallaban éstos dedicados a reponer fuerzas cuando el emperador Teodosio, viendo que pronto iba a amanecer, se abatió con todo su ejército sobre los enemigos, que estaban aún acostados, y los acuchilló sin que se enterasen en absoluto de lo que les había sobrevenido.
Tras avanzar hasta la tienda misma de Eugenio, cayó 5
sobre su séquito, del que mató a los más. Algunos que, arrancados del sueño por el sobresalto, se habían dado a la fuga, fueron capturados; entre ellos se encontraba Eugenio en persona, a quien apresaron y cortaron la cabeza, la cual, a continuación, hincaron en una pica de considerable tamaño para pasearla por todo el campamento, mostrando a quienes aún seguían en el partido de aquél que,

como romanos que eran, debían mudar sus pareceres a favor del nuevo emperador, sobre todo una vez que el usur-
6 pador había sido liquidado. Prácticamente todos los que habían sobrevivido a la victoria corrieron entonces hacia el Emperador, a quien aclamaban augusto y pedían perdón por las faltas cometidas, lo que el Emperador concedió prontamente. Arbogastes, sin embargo, no tuvo a bien recurrir al humanitarismo de Teodosio, por lo que huyó a lo más áspero de las montañas; pero al percatarse de que quienes le buscaban estaban recorriendo todos los parajes, se encomendó a sí mismo a la espada, prefiriendo la muerte voluntaria a caer en manos del enemigo [124].

59 Habiéndose hecho Teodosio, de esta manera, con la situación, se establece en Roma, donde nombra emperador a su hijo Honorio y, al tiempo, designa a Estilicón comandante de las fuerzas allí estacionadas y lo deja como tutor de su hijo. Puesto que el Senado perseveraba en las tradiciones patrias de antaño y mantenía aún el parecer de no dejarse llevar junto a quienes se habían inclinado al desprecio por los dioses, lo convocó para exponer ante él un discurso en el que les exhortaba a abandonar el extravío (según él lo llamaba) al que hasta entonces se dieran y a

[124] La batalla del Frígido (sobre la cual consúltese el extenso dossier elaborado por F. Paschoud, ed. cit., IV, págs. 474-500) se desarrolló durante los días 5 y 6 de septiembre del 394 en las proximidades del río que le da nombre, el *Frigidus*, identificable o con el actual Hubl o con el actual Vipava (llamado también Wippach o Vipacco, pues la región formó posteriormente parte de Yugoslavia pero perteneció con anterioridad al Imperio Austrohúngaro y a Italia, de donde la existencia de una doble o triple toponimia para la zona); en todo caso, el escenario del enfrentamiento ha de situarse en un punto muy próximo a la confluencia de ambos ríos. Sobre el significado de la batalla véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

elegir la fe de los cristianos, que prometía absolver de todo error e impiedad. Ninguno quedó convencido por su ex- 2
hortación, ni quiso nadie apartarse de las ancestrales tradiciones que databan de cuando la ciudad fue fundada para anteponer a ella un acatamiento absurdo (pues, en efecto, durante los ya casi mil doscientos años a lo largo de los cuales habían habitado la ciudad en observancia de aquéllas, ésta no había sido saqueada, mientras que si ahora cambiaban dichas creencias por otras ignoraban qué sucedería), ante lo cual Teodosio dijo que el Estado se veía abrumado por los gastos que ocasionaban ceremonias y sacrificios y que quería suprimir todo aquello, dado que tampoco él aprobaba estas prácticas y que, por lo demás, las necesidades del ejército exigían mayores recursos. Al contestar los miembros del Senado que la ejecución de 3
las ceremonias no sería conforme al rito si no corría el Estado con los gastos *** [125]. Por esta razón cesaron entonces los ritos sacrificales y, asimismo, quedaron descuidadas cuantas otras cosas concernían a las tradiciones patrias, con lo que el Imperio Romano, progresivamente disminuido, llegó a convertirse en morada de bárbaros e incluso, al fin, tras perder sus habitantes se vio reducido a tal estado que ni los lugares en que estuvieron las ciudades podrían reconocerse. Pero por qué vicisitudes lle- 4
garon las cosas a tal extremo lo mostrará con claridad el relato detallado de los sucesos. Por su parte, el emperador Teodosio cuando, después de entregar las provincias de Italia, Iberia, Galia e incluso Libia entera a su hijo Honorio, se disponía a volver a Constantinopla, murió de enferme-

[125] Laguna en el texto. Sobre la realidad de este viaje a Roma véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

dad; su cuerpo fue embalsamado y depositado en la tumba imperial de Constantinopla [126].

[126] Teodosio murió en Milán el 17 de enero del 395. Antes de su muerte se disponía, como afirma Zósimo, a marchar a Constantinopla, pues la acometida de los hunos a las provincias danubianas reclamaba su presencia (Claudiano, 5, 26-30; Filostorgio, XI 8; relación completa de fuentes en H. J. Levy, 127-28; consúltese también Albert, «Stilicho...», cit., pág. 626). Con anterioridad a su partida hizo venir de Constantinopla a Honorio (proclamado augusto en el 393: cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, pág. 5) y lo designa emperador de Occidente. Las disposiciones finales de Teodosio han sido, por lo demás, objeto de controversia, pues si el presente cap. especifica que nombró a Estilicón comandante de las fuerzas militares de Occidente y tutor de Honorio, según el propio Estilicón (Claudiano, *In Rufinum, passim*; Zósimo, V 4, 3; véase también V 34, 6) le había sido confiada no sólo la tutela de Honorio (quien contaba de 10 años a la muerte de su padre), sino también la de Arcadio (18 años), encontrando tales afirmaciones crédito en determinados historiadores antiguos y modernos; no obstante la versión preservada por Zósimo parece cierta tanto con relación a la tutela como en lo referente a los territorios encomendados a Honorio (entre los cuales no se encontraba Iliria): véase A. D. E. Cameron, «Theodosius the Great...», cit., págs. 268-80.

LIBRO V

Sinopsis

1. Dominio de Rufino en Oriente y Estilicón en Occidente. Rufino planea casar a su hija con Arcadio. — 2. Rufino ejecuta a Luciano. — 3. El emperador Arcadio casa con la hija de Prómoto. — 4. Honorio casa con la hija de Estilicón. Planes de éste para extender su domino a Oriente. — 5. Rufino desencadena la invasión de Grecia por Alarico. — 6. Atenas se libra de ser saqueada gracias a la intervención de Atenea y Aquiles. Alarico en el Peloponeso. — 7. Estilicón hace retroceder a Alarico, pero le permite escapar incólume. Devolución a Constantinopla de las tropas orientales que estaban bajo Estilicón. Muerte de Rufino. — 8-9. Ascenso de Eutropio. Intrigas conducentes al destierro de Timasio. — 10. Castigo de Bargo. Destierro de Abundancio. — 11. Estilicón declarado enemigo del Imperio en Oriente. Revuelta de Gildón. Muerte de éste y de Masqueldelo. — 12. El Imperio controlado por Eutropio y Estilicón. Avaricia de ambos. — 13. Gaínas se alía secretamente con Tribigildo, y éste levanta a los bárbaros establecidos en Asia Menor. — 14. Tribigildo devasta Asia Menor. — 15-16. Complicidad de Gaínas con Tribigildo. Éste es derrotado en Panfilia. — 17-18. Derrota y muerte de León. Gaínas persuade al Emperador para que pacte con Tribigildo. Muerte de Eutropio. Encuentro del Emperador con Gaínas y Tri-

bigildo. Éstos pasan a Europa. Destierro de Aureliano, Saturnino y Juan. Gaínas en Constantinopla. — 19. Matanza de godos en Constantinopla. — 20-21. Derrotado por Fravito, Gaínas cruza el Danubio. — 22. Derrota y muerte de Gaínas en lucha contra los hunos. — 23. Hostilidad entre la emperatriz y el obispo Juan. Exilio de éste. Disturbios en Constantinopla. Regreso del obispo Juan. — 24. Venalidad e injusticias en el Imperio oriental. El exilio del obispo Juan produce un incendio en Constantinopla. — 25. Devastaciones de los isauros. Venalidad del general Arbazaquio. — 26. Pacto entre Alarico y Estilicón. Invasión de Rodogaiso. — 27. La usurpación de Constantino III hace que Estilicón abandone sus planes de atacar el Oriente en alianza con Alarico. — 28. Honorio casa con Termancia. Muerte de ésta. — 29. Digresión sobre los argonautas. Alarico se establece en Norico. El Senado accede a sus reclamaciones. — 30. Honorio pretende viajar a Rávena, pero Estilicón se opone. — 31. La noticia de la muerte de Arcadio llega a Italia. Estilicón reprime un enfrentamiento entre los soldados romanos. Su oposición a que Honorio marche a Oriente. — 32. Ascenso de Olimpio, que promueve una revuelta entre los soldados. Masacre entre los miembros del gobierno. — 33. Plan de Estilicón y sus aliados bárbaros para castigar a los soldados en rebeldía. — 34. La comitiva de Saro liquida a la guardia de Estilicón. Éste abandona a sus aliados bárbaros y marcha a Rávena. Allí es detenido y muerto. — 35. Primacía de Olimpio, que procede contra los partidarios de Estilicón. Al tener noticia de la muerte de Estilicón los aliados bárbaros se pasan junto a Alarico. — 36. Alarico dirige a Honorio propuestas de paz que son rechazadas. Nombramientos militares de Honorio. — 37. Alarico penetra en Italia. Arsacio y Terencio se anticipan a su llegada y huyen llevando a Euquerio. Nombramientos de Honorio. — 38. Muerte de Serena, resultado de su impiedad. Lo mismo puede aplicarse a Estilicón. — 39. Alarico asedia Roma. Hambre y pestilencia en la ciudad. — 40. Los habitantes de Roma despachan embajadores a Alarico. — 41. Intento frustrado de salvar a Roma mediante plegarias y ceremonias paganas. Las condiciones de Alarico son aceptadas. — 42. Se envía una delegación que informe a Honorio de la paz entre Alarico y los habitantes de Roma. Alarico marcha a Etruria. Fugas de esclavos al bando godo. Desórdenes en las cercanías de Roma. — 43. Constantino III despacha una embajada a Honorio. — 44. El gobierno de Honorio no rubrica el pacto entre Alarico y los habitantes de Roma. Nombramientos de Honorio. Olimpio continúa persiguiendo a los partidarios de Estilicón. — 45. Alarico aniquila a las legiones dálmatas que se dirigían a Roma. Destitución de Heliócrates. Rescate de Maximiliano. Embajada del Senado romano a Honorio. Éste manda atacar a Ataúlfo, que pretendía marchar junto a Alarico. — 46. Caída de Olimpio. Nombramientos de Honorio. Genérido impone la abolición de una ley contra los no cristianos. — 47. Alzamiento de los soldados en Rávena. — 48. Nuevos nombramientos de Honorio, cuyo gobierno entabla conversaciones de paz con Alarico. — 49. Fracasadas las conversaciones, Alarico marcha de nuevo contra Roma. — 50-51. El Emperador recluta diez mil hunos para combatir a Alarico. Éste dirige nuevas propuestas de paz que son rechazadas.

Habiendo pasado el Imperio a manos de Arcadio y Honorio, nominalmente era como si éstos tuvieran el poder, pero la dirección del Imperio la ejercía en el Oriente Rufino, mientras que el Occidente se plegaba a los designios de Estilicón. Los juicios todos se decidían al arbitrio de aquéllos, y salía ganador quien compraba con dinero el veredicto o gozaba, por alguna relación de familiaridad, 1
de la simpatía del juez. Cuantas riquezas deparaban a sus 2
dueños reputación de prosperidad en boca de todos iban a parar a aquéllos, ya que unos los agasajaban con regalos como medio de esquivar el verse objeto de acusaciones, y otros empeñaban sus bienes en la consecución de un cargo o la adquisición de cualquier otro motivo de ruina para
las ciudades. Y mientras toda clase de males florecía en las 3
ciudades, a las casas de Rufino y Estilicón afluía el dinero de los más diversos lugares, al tiempo que, por doquier, las casas de quienes eran ricos de antiguo se veían invadidas por la pobreza. Los Emperadores, sin percatarse en absoluto de lo que ocurría, se limitaban a promulgar cuan-
to disponían Rufino y Estilicón. Cuando era ya insondable 4
la riqueza reunida por éstos, comenzó Rufino a soñar en hacerse también con el trono, a cuyo efecto planeaba desposar con el Emperador a una hija suya en edad de matrimonio, teniendo ello por una forma de acometer el proyecto [1]. Ocultamente, entabla entonces, por medio de cier-

[1] Sobre las circunstancias bajo las que Rufino proyectó casar a su hija con el emperador Arcadio véase n. 5.

tas personas a cuyo cargo estaba la tutela del Emperador, conversaciones tendentes a este fin. Creía que absolutamente nadie conocía sus miras, pero el rumor había llevado hasta el pueblo lo que se traía entre manos. Pues su arrogante encumbramiento y su jactancia, que cada día iban a más, permitían a todos conjeturar qué se tramaba al respecto, y ello incrementaba la universal animadversión hacia su persona. Entonces, como si intencionadamente quisiera ocultar a base de mayores alevosías las faltas más tolerables, concibió una nueva audacia en los términos que siguen:

2 Hijo de Florencio, el que fue prefecto del pretorio en las provincias transalpinas cuando Juliano el Grande ostentaba la dignidad de césar, era Luciano. El cual, con objeto de ponerse bajo la protección de Rufino, había hecho llegar a manos de éste las más codiciables de las riquezas que poseía, y en correspondencia a ello Rufino premiaba con sus favores al joven, recitando ante el emperador
2 Teodosio elogios hacia su persona. El Emperador lo había nombrado cómite del Oriente, cargo éste que pone a quien lo ejercita al frente de todos los gobiernos provinciales del Oriente y lo faculta para enmendar las gestiones indebidamente llevadas [2]. Pues bien, Luciano desplegaba para con sus gobernados todas las virtudes tocantes al desempeño del gobierno, y era reputado por su justicia, moderación y demás cualidades con que puede ilustrarse un gobernante, sin que tuviera ni más de una cara ni otra mira que
3 el ejercicio de la ley. Así que, como es natural, también Euquerio, tío del Emperador [3], fue rechazado cuando pre-

[2] El *comes Orientis* tenía a su cargo no todo el territorio oriental, sino las 15 provincias que integraban la diócesis de Oriente, sobre la que ejercía la función desempeñada en las demás diócesis por los vicarios.

[3] En realidad tío abuelo de Arcadio: cf. *PLRE I*, pág. 288.

tendía algo no ajustado a la equidad, a resultas de lo cual se enfureció hasta el punto de insultar a Luciano en presencia del Emperador. Como el Emperador dijera que el responsable era Rufino por haber otorgado tan alto cargo a un hombre de aquella condición, Rufino, con este pretexto —e irritado, es de suponer, por los reproches del Emperador—, se dirigió a Antioquía sin comunicar a nadie lo que había decidido y acompañado por un exiguo séquito. Tras entrar en la ciudad bien avanzada la noche, arresta a Luciano y lo somete a juicio, aunque sobre él no pesaba ninguna acusación. Ordenó que fuese azotado 4
en la cerviz con bolas de plomo, y tan pronto como falleció hizo que se le llevase cubierto en una litera, con lo que daba a entender a todos que no había muerto y que alcanzaría al menos alguna benevolencia [4]. La ciudad llevó muy a mal aquella desmedida acción. Y él, para congraciarse con el pueblo, ordenó construir un arco imperial que es el más notable edificio de que dispone la ciudad.

[4] La secuencia narrativa del relato de Zósimo sitúa la ejecución de Luciano entre la muerte de Teodosio (17 de enero del 395) y el matrimonio de Arcadio (27 de abril del 395); según O. Seeck, «Libanius...», cit., el suceso debe ubicarse en el 393 (año para el que consta una visita de Rufino a Antioquía), ya que de admitir la fecha sugerida por Zósimo deben comprimirse en 3 meses la negativa de Luciano a Euquerio, la protesta de éste y consiguiente observación del Emperador acerca de Rufino, el viaje de Rufino a Antioquía para ejecutar a Luciano, el regreso de Rufino a Constantinopla, sus intrigas para emparentar con Arcadio, las contramaniobras de Eutropio y el matrimonio del Emperador. El veredicto de Seeck ha encontrado bastante aceptación (referencias bibliográficas en E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 127, y A. D. M. Cameron, *Claudian...*, cit., pág. 80), sin ser admitido, no obstante, por aquella parte de la crítica cuya interpretación del suceso favorece la datación sugerida por Zósimo: así E. Demougeot, *ibid.*, y A. D. M. Cameron, *ibid.*, págs. 64 y 80-81, para quienes la ejecución de Luciano evidencia la posición de precariedad en que a la muerte de Teodosio se vio Rufino.

3 Después de estos sucesos volvió a Constantinopla para ocuparse del matrimonio del Emperador, afanándose más que nunca por unir a éste con su hija. Pero como cierto acaso decretase algo distinto a lo que él aguardaba, vio Rufino fallidas sus expectativas por la razón siguiente:
2 Prómoto tuvo dos hijos que habitaban junto a los hijos de Teodosio mientras éste aún vivía. En casa de uno de ellos había una doncella que brillaba por su extraordinaria belleza. Y Eutropio, uno de los eunucos encargados del servicio imperial, exhortaba al Emperador a desposarla, para lo cual se dilataba en descripciones sobre su belleza.
3 Como veía que aquél aceptaba con agrado sus palabras, le mostró un retrato de la joven, aumentando de esta manera la pasión que sentía Arcadio hasta persuadirle de que la tomase en matrimonio; mientras, Rufino no sabía nada de lo que se estaba tramando, sino que creía inminente la boda del Emperador con su hija y la propia asociación de él mismo, tras no mucho tiempo, al poder supremo.
4 Cuando el eunuco vio que que sus planes respecto al matrimonio estaban ya bien encaminados, invitó al pueblo a que danzara y se coronara de flores como para celebrar bodas imperiales; y tomando del palacio imperial vestimenta y adornos dignos de un emperador, se los dio a llevar a los siervos del Emperador, a quienes condujo por medio
5 de la ciudad seguidos del pueblo. Si todos creían, mientras acompañaban a los portadores, que aquello iba a ser entregado a la hija de Rufino, cuando los que marchaban a la cabeza llegaron cerca de la casa de Prómoto y entraron con los presentes de boda, mostraron, al dárselos a la doncella criada junto al hijo de Prómoto, quién era la
6 que iba a casarse con el Emperador [5]. Así, Rufino, frus-

[5] La doncella con quien casó Arcadio era Eudoxia, hija del *magister militum* franco Baudón. El presente capítulo consigna la existencia de

tradas sus esperanzas al ver que otra iba a ser la desposada, se dedicó en adelante a considerar cómo podría quitar de en medio también a Eutropio. Tal era la situación en la parte del Imperio que regía Arcadio.

Por su parte, Estilicón, a cuyo cargo estaba la regencia 4
de la parte occidental del Imperio, entrega a Honorio en matrimonio a la hija que le había dado Serena [6]. Serena era hija de Honorio, que fue hermano de Teodosio, el padre de los Emperadores. Gracias al parentesco con el 2
Emperador, Estilicón fortaleció su poder hasta el punto de que, entre otras cosas, tenía bajo su mando a prácticamente todo el ejército romano. Pues cuando tras la desaparición de Eugenio murió Teodosio en Italia, Estilicón, que era comandante supremo de todo el ejército, se había quedado con cuanto de los pertrechos de Eugenio podía ser utilizado o era especialmente valioso, dejando que lo caduco y desechable marchase a Oriente [7]. Una vez que 3

una fuerte facción antirrufiniana en Constantinopla: no es casual, en efecto, que el Emperador contrajese matrimonio con una persona allegada a la casa de Prómoto, pues Prómoto había sido enemigo de Rufino (cf. Zósimo, IV 51). La boda se celebró el 27 de abril del 395 (*Chron. Pasch. s.a.*, 395).

[6] Se trata de María, cuya boda con Honorio debió tener lugar a finales del invierno del 398 (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 183; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 4), después de los sucesos narrados en los próximos capítulos.

[7] Noticia posiblemente errónea, pues en primavera del 385 Estilicón marchó a Oriente al frente del ejército romano (véase capítulo 7, 1-2), y no resulta lógico que en los tres meses transcurridos entre la muerte de Teodosio y esta marcha se procediese a otro envío más —y en pleno invierno— de tropa; quizás Zósimo está aludiendo confusamente a los federados godos que participaron en Frígido, quienes tras la batalla fueron despachados —pero no por Estilicón sino por Teodosio— a Oriente (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 5). A la muerte de Teodosio, y durante

dispuso de tal manera las cosas, como albergaba sentimientos de animadversión hacia Rufino por ver en él a alguien que pretendía tener en el Oriente un poder equiparable al suyo, comenzó a trazar planes para ir junto a Arcadio, proyectando disponer a su arbitrio también de los dominios de éste. Decía, en efecto, que cuando Teodosio iba a morir le había encomendado que se ocupase con el mayor celo de los territorios bajo uno y otro emperador [8].

5 Al enterarse de aquello, decidió Rufino obstaculizar por todos los medios la marcha de Estilicón hacia el Oriente sin por eso dejar de disminuir y arruinar cada vez más la potencia militar de Arcadio. Afanándose en lo cual encontró para ese menester hombres aún peores de lo que deseaba, con cuya asistencia dio inicio a grandes males
2 para el Imperio romano. Ello ocurrió de la siguiente manera: Musonio, varón griego de la más alta cultura, tenía tres hijos llamados Musonio, Antíoco y Axíoco; y si Musonio y Axíoco aspiraban, por cultura y excelencia, a igualar las virtudes de su padre, Antíoco se ufanaba en lo contrario, hasta el punto de ser incluso un instrumento de perfidia. Como hallase en él una persona adecuada para sus 3
designios, lo nombra Rufino procónsul de Grecia, con la intención de preparar la destrucción de ésta a manos de los bárbaros que se disponían a atacarla; a tal efecto había encomendado la guardia de las Termópilas a Geroncio, quien secundaba sus propósitos contra el Estado. Una vez que hubo tramado semejante perfidia, Rufino, 4
como vio a Alarico en trance de rebelarse y decidido a dar la espalda a las leyes (pues se hallaba irritado porque no ostentaba mando militar alguno, sino sólo contaba con aquellos bárbaros que le entregara Teodosio cuando con él abatió al usurpador Eugenio), le indicó entonces secretamente que, pues todo estaba ya preparado para la conquista, avanzara trayendo a los bárbaros bajo su mando y demás efectivos aglomerados en torno suyo. Ante lo cual, 5
Alarico partió de los lugares que ocupaba en Tracia para lanzarse sobre Macedonia y Tesalia, destruyendo cuanto encontró a su paso [9]. Cerca ya de las Termópilas envió ocultamente emisarios al procónsul Antíoco y a Geroncio, comandante de la guarnición de las Termópilas, a fin de que les anunciasen su llegada. Geroncio se retiró con la 6
guarnición, dejando franca y libre de obstáculos a los bárbaros la entrada en Grecia. Éstos procedieron, tal como

---

algunos meses, Estilicón ostentó el mando sobre todo el ejército romano; pero debe especificarse que, al menos durante los primeros años del reinado de Honorio, la posición de Estilicón no se cimentaba en el apoyo del ejército, sino que tenía una base esencialmente áulica, es decir, era fruto de sus privilegiadas relaciones con la dinastía teodosiana (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 137).

[8] Bajo el efecto de la disputa surgida en torno a Estilicón y de la propaganda orquestada alrededor de su figura, las fuentes antiguas ofrecen versiones divergentes del testamento de Teodosio. No obstante, Zósimo parece estar en lo cierto al presentar las supuestas disposiciones testamentarias en que Teodosio encomendaba a Estilicón la tutela de sus dos hijos como algo forjado por el propio Estilicón a fin de justificar su ingerencia en los asuntos de Oriente (ello es coherente con lo que asevera el mismo Zósimo, IV 57, 4, y 59, 1, mientras que la afirmación de V 34, 6, se debe a la influencia de Olimpiodoro, cf. n. 61): véase A. D. E. Cameron, «Theodosius...», cit., págs. 267-80; J. Matthews, *Western...*, cit., págs. 257-58; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 5.

[9] Abundantes falsificaciones, confusiones y errores distorsionan el relato que en este y los siguientes capítulos ofrece Zósimo del enfrentamiento entre Alarico y el Imperio de Oriente. Dicho enfrentamiento se desarrolló en dos etapas, la primera de las cuales se inicia en los primeros meses del 395 y finaliza en septiembre del mismo año, mientras la segunda abarca desde finales del 395 o principios del 396 hasta la segunda mitad del 397. Para más detalles véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

se les brindaba, a depredar los campos y destruir por completo las ciudades [10]; a los hombres adultos los mataban, a mujeres y niños los llevaban en tropel, junto con todas
7 las riquezas, como botín. Beocia entera y cuantas provincias griegas atravesaron los bárbaros después de entrar por las Termópilas quedaron postradas, ofreciendo patente espectáculo de la ruina que desde entonces llega hasta hoy, y fueron los tebanos los únicos que se salvaron por lo sólido de la ciudad y porque Alarico, en su afán de capturar
8 Atenas, no perseveró en el asedio de aquélla. Habiéndose, pues, librado los tebanos por dichas razones, marchaba hacia Atenas en la creencia de que pronto capturaría la ciudad, ya que ésta, a causa de su tamaño, no podía ser defendida por los que estaban dentro de ella, y además, una vez capturado el Pireo, los habitantes tendrían que ceder tras no mucho tiempo por falta de avituallamiento. Pero si tal era la esperanza de Alarico, iba la antigüedad de la plaza a atraer en su ayuda cierta salvaguarda divina gracias a la cual quedaría incólume.

6 Merece la pena no dejar tampoco en silencio el motivo gracias al cual la ciudad fue salvada, motivo de índole divina y que suscita sentimientos de piedad al ser oído. Cuando Alarico marchaba con todo su ejército sobre la ciudad, vio que en torno a sus murallas paseaba Atenea Defensora; aparecía según se la puede contemplar en sus estatuas, armada y como dispuesta a enfrentarse a los atacantes, y el héroe Aquiles estaba a su lado con el aspecto bajo

[10] Resultan inciertos el valor y la credibilidad asignables a las acusaciones que hace Zósimo contra Antíoco y Geroncio, personajes muy mal conocidos (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 6). En todo caso, la acometida con motivo de la cual lanza Zósimo sus acusaciones se sitúa en la segunda etapa de la invasión de Grecia por Alarico.

el cual hizo Homero que lo vieran los troyanos cuando luchaba enfurecido para vengar la muerte de Patroclo. Sin poder resistir semejante visión, renunció Alarico a 2
toda maniobra contra la ciudad y envió emisarios. Aceptadas las propuestas ‹por parte ateniense› y después de tomar y dar juramentos, entró Alarico con una escasa comitiva en Atenas. Tras disfrutar de toda clase de atenciones, tras bañarse y compartir banquetes con los más distinguidos ciudadanos y recibir además regalos, se retiró dejando intacta la ciudad y el territorio entero del Ática. La ciudad 3
de Atenas, la única que, cuando toda Grecia fue sacudida por el terremoto acaecido bajo el reinado de Valente, quedó incólume de la manera que expuse en el libro anterior, también ahora, llegada al más extremo peligro, escapó [11]. Alarico por su parte, temeroso de las apariciones que se le habían mostrado, abandonó el Ática dejando todo su territorio incólume y a continuación se dirigió a la Megáride, región que capturó mediante un imprevisto ataque para, a renglón seguido, avanzar sobre el Peloponeso sin que nadie se le opusiese. Como Geroncio le permitiese atrave- 4

[11] Las fuentes literarias (Claudiano, 5, 191; Jerónimo, *epist. 50* 16; Filostorgio, XII 2) afirman, frente a Zósimo, que también Atenas sufrió los efectos de la invasión goda (durante la segunda acometida). Es posible, sin embargo, que la ciudad no fuese completamente devastada, pues la arqueología (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 9; G. Fowden, *op. cit.*, págs. 53-54) indica que la reducida zona comprendida en el interior del muro construido cuando la invasión hérula del 267 no sufrió los daños infligidos a edificios situados en otras zonas. Evidentemente son también falsos los motivos aducidos por Zósimo para justificar la preservación de parte de la ciudad; probablemente cuando Alarico llegó ante el muro interior los atenienses ofrecieron un rescate (los «regalos» de Zósimo), se alcanzó un acuerdo («emisarios», «propuestas» y «juramentos») y por último Alarico visitó el interior del recinto (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 166-67; F. Paschoud, *ibid.*).

sar el Istmo, de allí en adelante todo lo demás yacía ante
él para ser capturado sin esfuerzo ni lucha, ya que prácti-
camente la totalidad de las ciudades carecían de murallas
en razón de la seguridad que el Istmo les proporcionaba.
Así pues, pronto fueron tomadas por las armas primero
Corinto y las aldeas vecinas a ella, a continuación Argos
5 y cuanto hay entre esta y Lacedemonia. La misma Esparta
fue arrastrada en esta general conquista de Grecia, pues
a causa de la codicia romana no estaba guarnecida ni
por armas ni por hombres belicosos, sino que se encontra-
ba en manos de magistrados traidores y ansiosos de ple-
garse al gusto de los poderosos hasta el punto de secundar-
los en aquello que implicaba la destrucción del Estado.

7 Cuando tuvo noticia de las calamidades sobrevenidas
a Grecia, crecieron en Rufino las ansias que alimentaba
respecto al trono, pues creía que, revuelto el Estado, desa-
parecería cualquier cosa que pudiese obstaculizar su em-
presa. Pero Estilicón había hecho embarcar tropas con las
que socorrió la tierra aquea ante los infortunios que se
abatían sobre ella, y tras desembarcar en el Peloponeso for-
2 zó a los bárbaros a huir hacia Foloe [12]. Los habría exter-
minado con toda facilidad por falta de avituallamiento si
no hubiese consentido —tras darse él mismo a la molicie,
a farsas cómicas y a mujeres de ínfimo pudor— que los
soldados arramblasen con cuanto habían dejado los bárba-
ros, gracias a lo cual brindó al enemigo fácil ocasión de
retirarse del Peloponeso con todo el botín para cruzar al
3 Epiro y saquear las ciudades de aquella zona. Después de
verlos efectuar tal maniobra, se embarcó Estilicón para re-
gresar a Italia, sin ningún logro en su haber y habiendo
incrementado y agravado las desgracias de los griegos por

[12] Meseta situada en el Peloponeso, entre Arcadia y la Élide.

obra de los soldados que llevó consigo. Nada más llegar
decidió preparar la muerte de Rufino conforme al siguien-
te plan: expone al emperador Honorio la conveniencia de
enviar a su hermano Arcadio determinados contingentes
militares para socorrer a aquellas provincias del dominio
de éste que estaban siendo dañadas. Una vez que se le 4
autorizó a llevar ello a cabo, dispuso quiénes debían ser
enviados a tal misión, designando comandante a Gaínas,
a quien había puesto al corriente de sus planes contra Ru-
fino. Cuando los soldados estaban ya cerca de Constanti-
nopla, se adelantó Gaínas para informar al emperador Ar-
cadio de su presencia y de cómo ésta fuera debida al deseo
de prestar ayuda ante el deterioro de la situación. Dado 5
que el Emperador se congratuló por su venida, lo invitó
Gaínas a ir al encuentro de los soldados, cuya presencia
era ya inminente, pues ésta era, decía, una muestra habi-
tual de consideración hacia las tropas. Cuando el Empera-
dor, convencido, salió a recibirlos a las puertas de la ciu-
dad, le seguía asimismo, en su calidad de prefecto del pre-
torio, Rufino. Después de que se postraran y recibieran
las adecuadas muestras de benevolencia por parte del Em-
perador, al hacer Gaínas una señal, todos a un tiempo
rodearon a Rufino y descargaron sobre él sus espadas. Se 6
llevaba uno la mano derecha, cortaba otro la izquierda,
aquél se retiraba, tras separarle la cabeza del cuello, ento-
nando peanes de victoria. El escarnio llegó hasta el punto
de pasear su mano por toda la ciudad y pedir a los vian-
dantes que diesen dinero al insaciable [13].

[13] La muerte de Rufino ocurrió el 27 de noviembre del 395 (Sócrates, VI 1). Respecto a la autoría, Claudiano, 5, 274-77, y Filostorgio, XI 3, coinciden a grandes rasgos con Zósimo; la historiografía moderna (así E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 154-56; A. D. E. Cameron,

8 Así pues Rufino, quien con su sola actuación personal había sido para muchos origen de insufribles calamidades e inferido destrozos al conjunto del Estado, pagó el castigo que merecían sus perfidias; por su parte Eutropio, cómplice de Estilicón en las intrigas tramadas contra aquél,
2 ganó el control sobre los asuntos de la Corte. La hacienda de Rufino fue casi toda ella a parar a sus manos, si bien dejó que otros se hicieran con las partes de ésta cuya adquisición, por la razón que fuese, resultaba de poco interés para él [14]. En cuanto a la esposa de Rufino, que se había refugiado con su hija en la iglesia cristiana [15] por miedo

---

Claudian..., cit., pág. 91; G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 107; H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 148) acepta este punto de vista, aunque matizándolo con el añadido —presente en el mismo Zósimo, V 8, 1— de que el partido antirrufiniano de Constantinopla debió tener parte en la intriga (resulta significativo que la muerte de Rufino abra un breve período de armonía entre los gobiernos de Oriente y Occidente, cf. E. Demougeot, *ibid.*, pág. 169; A. D. E. Cameron, *ibid.*, pág. 168). Tras la muerte de Rufino se inicia, con el paso de las Termópilas, la segunda etapa de la invasión de Grecia por Alarico, que Zósimo narra en los capítulos 5 y 6.

[14] *Cod. Theod.* IX 42, 14 (del 13 de febrero del 396) dispone la confiscación de los bienes de Rufino, sin conceder restitución ninguna a cuantos, habiendo sido espoliados por el difunto prefecto, no reclamaron en vida de aquél; para juzgar esta medida debe tenerse en cuenta que las supuestas víctimas de Rufino extrajeron a menudo importantes beneficios a cambio de sus aportaciones: véase capítulo 2, 1. La avaricia de Eutropio constituye, por otra parte, un motivo recurrente en las fuentes antiguas; posiblemente hay que ver en ello la traducción a rasgo biográfico de un dato concerniente a la política fiscal, pues bajo Eutropio el Imperio Oriental, agotado por las guerras civiles de Teodosio y sus subsidios a las tropas bárbaras así como por los gastos que suponía la defensa contra godos y hunos, hubo de recurrir a medidas impositivas que contrariaban los intereses de la clase alta (cf. cap. 13, 1; E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 192-94; A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., págs. 129-30).

[15] Zósimo debe referirse a la iglesia principal de Constantinopla, Santa Sofía, cuyo nombre es omitido posiblemente por razones estilísticas

a perecer junto a su marido, Eutropio les dio seguridades y permitió que embarcaran en dirección a Jerusalén, antiguamente hogar de los judíos, pero desde el reinado de Constantino embellecida con edificios debidos a los cristianos. Aquéllas, pues, consumieron allí el tiempo que les quedaba de vida. Y Eutropio, proyectando suprimir a cual- 3
quiera que poseyese algún renombre a fin de que nadie sino él pudiese ejercer el mando junto al emperador, trama ahora una conspiración contra Timasio, quien, en desempeño de cargos militares desde la época de Valente, había participado en muchas guerras y contra el cual no existía cargo alguno. Fueron estos los términos de la intriga:

Bargo, un nativo de Laodicea de Siria [16] que se dedica- 9
ba a vender salchichas en el mercado, sorprendido en ciertas tropelías escapó de Laodicea para llegar a Sardes en calidad de fugitivo. Y al mostrarse allí tal cual era adquirió notable reputación de vileza. Timasio, a la sazón en Sardes, cuando tuvo noticia de su facilidad de palabra y de su habilidad para atraerse sin esfuerzo a quien fuera por medio de halagos, lo coloca a su lado, disponiendo enseguida que desempeñase empleos militares. No contento con esto, incluso lo llevó consigo a Constantinopla.
Si bien los magistrados no estaban de acuerdo con tal 2
proceder (ocurría en efecto que previamente se le había negado a Bargo la entrada en Constantinopla por determinada felonía), Eutropio halló en aquel hombre un instrumento adecuado para su intriga contra Timasio, por lo que

---

(rechazo de expresiones que por su resonancia cristiana desentonarían con el colorido clásico preceptuado por la tradición historiográfica a que pertenece nuestro autor, véase A. M. Cameron y A. D. E. Cameron, *op. cit.*).

[16] Ciudad situada en la costa siria, frente a Chipre.

lo erige en su acusador, de suerte que, aduciendo documentos falsos, muestra a Timasio como deseoso de obtener el trono. Aunque el Emperador presidía el juicio, Eutropio, a su lado, controlaba por completo el veredicto desde
3 su posición de gran chambelán de la Corte. Pero como cundiese por doquier el malestar ante el hecho de que un salchichero se erigiese en acusador de quien se había ilustrado en el desempeño de tantos cargos y tantas dignidades, el Emperador se retiró del juicio para encomendar su presidencia a Saturnino y Procopio. De ellos el uno era de edad muy avanzada y había alcanzado grandes honores, conseguidos sin embargo no sin adulación, sino gracias al hábito de secundar en los juicios los deseos y planes de quienes ejercían el poder junto al Emperador. En cambio Procopio, que había llegado a emparentar con el emperador Valente, era hombre grosero e inculto, pero capaz en
4 ocasiones de expresar la verdad con franqueza. De manera que, como era de esperar, también ahora —y aún votando, en consonancia con Saturnino, contra Timasio— añadió la objeción de que no era de ley que Bargo fuese el acusador de Timasio, ni que quien se ilustrara en tantos cargos y dignidades sucumbiese ante calumnias debidas a la desvergüenza de un hombre de baja condición, ni, lo más fuerte de todo, que el benefactor sufriese por mano
5 de quien se había beneficiado de sus favores. Nada consiguió Procopio ejerciendo de tal manera la franqueza, sino que prevaleció, tras ser grandemente alabado, el voto de Saturnino, y Timasio fue recluido en Oasis [17], a donde se

[17] Los autores clásicos (ya desde HERÓDOTO, III 26, 1) llaman «Oasis» o «Gran Oasis» al actual oasis de el-Khargah (Libia), depresión situada en el antiguo curso del Nilo y que se extiende a lo largo de unos 150 Km. de Norte a Sur y 40 de Este a Oeste.

le condujo bajo escolta oficial. Es éste un ínfimo paraje del que no han podido salir ninguno de los en él confinados. Pues el territorio que lo rodea, al ser arenoso, absolu- 6
tamente desértico e inhabitable, priva de la orientación a quienes marchan a Oasis, dado que los vientos se llevan, con la arena, las huellas y que tampoco existen señales que puedan servir de indicio al caminante, como árboles o casas. Corrió entre todos, sin embargo, el rumor de que 7
Timasio había sido rescatado por obra de su hijo Siagrio, el cual, después de escapar a quienes fueron despachados para buscarlo, se había apoderado de su padre con ayuda de unos forajidos. Quizás esto sea verdad o quizás se difundiese entre el vulgo por deseo de agradar a Eutropio; sea como fuere, lo cierto es que desde aquello no se volvió a ver ni a Timasio ni a Siagrio [18].

Bargo, tras haber librado de toda inquietud a Eutro- 10
pio, quien ya no había de temer la hostilidad de Timasio, se vio recompensado con empleos militares que podían suministrarle suntuosas riquezas, y daba en cultivar esperanzas de beneficios mayores. Pues ignoraba que, después de haber mostrado semejante condición para con su benefactor Timasio, Eutropio había supuesto que también con él habría de mostrarse igual. Sea ello como fuere, mientras 2

[18] No conocemos con exactitud el curso de los acontecimientos que desembocaron en exilio de Timasio, acaecido hacia el 396 (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 17; *PLRE I*, pág. 914). De SOZÓMENO, VIII 7, 2, y ASTERIO DE AMASEA, *hom. 4* 224c, parece desprenderse que Timasio murió al intentar huir de Oasis. G. DAGRON, *op. cit.*, págs. 203-204, inserta el proceso de Timasio, como el de Abundancio, en el contexto de la pugna mantenida por Eutropio contra la clase senatorial (cf. n. 14), mientras que G. ALBERT, «Stilicho...», cit., pág. 628, los contempla como un paso más en el conjunto de medidas concernientes a política militar que inició este dignatario.

Bargo se hallaba ausente en razón de su cargo, alguien
convence a la mujer que vivía con él, la cual por alguna
razón le era hostil, de que entregue al Emperador unos
documentos llenos de acusaciones que inculpaban gravísi-
3 mamente a Bargo. Cuando Eutropio se enteró de ello lo
sometió a juicio, y al ser encontrado culpable recibió el
castigo que merecía. Tras lo cual quedaron todos llenos
de admiración ante el ojo de Adrastea [19], en cuyo honor
no cesaban de entonar himnos, pues nadie que haya come-
tido impiedad puede escapar lo más mínimo a su vigilan-
4 cia. Embriagado ya por la riqueza y elevado, a lo que
imaginaba, por encima de las nubes, tenía Eutropio en prác-
ticamente todas las provincias agentes que indagaban los
asuntos e inquirían por la suerte de cada uno. No había
absolutamente nada que no fuese para él motivo de enri-
quecimiento. Por rivalidad y por ambición procede enton-
5 ces contra Abundancio. Era Abundancio natural de la
Escitia Tracia; tras servir en el ejército desde los tiempo
de Graciano y alcanzar bajo Teodosio las más altas digni-
dades, había sido ya designado general y cónsul. Como
Eutropio decidió desposeerlo también a él de sus riquezas
al mismo tiempo que de todas sus dignidades, el Empera-
dor promulgó un edicto en este sentido, con lo que Abun-
dancio, expulsado de la Corte, fue recluido en Sidón [20]
de Fenicia, donde habitó por el resto de su vida [21].

[19] Epíteto de Némesis.

[20] Actual Saida (Líbano).

[21] El destierro de Abundancio (sobre cuyo posible sentido consúltese n. 18) ocurrió en el 396. De CLAUDIANO, 18, 152-70, parece desprenderse que fue anterior al de Timasio. Dicho pasaje insiste en que Abundancio había promocionado a Eutropio cuando éste inició su carrera y en que el antiguo protector fue la primera víctima del nuevo regente: resulta así verosímil que Claudiano haya antepuesto el destierro de Abundancio

Eutropio, al no tener en Constantinopla quien osase 11
alzar contra él la mirada, con el pensamiento puesto exclu-
sivamente en Estilicón, que era dueño de la situación en
Occidente, planeó impedir que se presentase en Constanti-
nopla [22]. Se dedica entonces a persuadir al Emperador hasta
lograr que éste, después de convocar al Senado, declarase
a aquél enemigo del Imperio mediante decreto oficial.
Hecho lo cual, consiguió muy pronto atraer a su lado a 2
Gildón, que ostentaba el mando de toda la Libia depen-
diente de Cartago, y a través de él sustrae dicho territorio
al Imperio de Honorio para incorporarlo al de Arcadio [23].

a fin de subrayar la perversidad de Eutropio. JERÓNIMO, *epist. 60* 16, señala como lugar del destierro Pitiunte, lo que parece confirmado por ASTERIO, *hom. 4* 224c; quizás Pitiunte fuese cambiado tras la caída de Eutropio por Sidón (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 21).

[22] En la segunda mitad del 397, el Imperio Oriental firma la paz con Alarico, solucionando así un problema que embarazaba sus movimientos y condicionaba su política frente a Occidente; hacia la misma época se fechan otros dos acontecimientos conectados con el fin de la concordia entre ambas *partes imperii* desde la muerte de Rufino y tratados en este mismo capítulo: el apoyo de Constantinopla a la revuelta de Gildón y la declaración de Estilicón como *hostis publicus* en Oriente. Sobre la cronología relativa de estos episodios consúltese E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 172-73, y *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 166-67; F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 22.

[23] La revuelta de Gildón fue presentada por el Gobierno occidental como un intento de usurpación, a pesar de que Gildón pretendiese justificar su actitud aduciendo, con la aquiescencia del Gobierno oriental, depender de Arcadio (cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 175-79; A. D. E. CAMERON, *Claudian...*, cit., págs. 93-94). El Gobierno de Roma contestó mediante un *senatus consultum* que declaraba a Gildón *hostis publicus* (cf. SÍMACO, *epist. 4* 5; CLAUDIANO, 21, 325-32): en ello se ha visto una maniobra tendente a preservar al Senado de la impopularidad derivada de una guerra con África, que significaba corte del suministro de trigo africano a Roma (Estilicón, en efecto, gobernaba con el beneplácito de los senadores romanos, con quienes mantenía una tácita alianza

Apesadumbrado por aquello, no encontraba Estilicón vía alguna de solución cuando vino en su ayuda el juego
3 imprevisible de la fortuna. Gildón tenía, en efecto, un hermano llamado Masqueldelo contra el que, movido por bárbara demencia, había conspirado, forzándolo así a marchar por mar a Italia, junto a Estilicón, a quien expuso los padecimientos que había debido soportar a causa de su hermano. Estilicón, tras entregarle nutridos pertrechos y poner a su disposición naves suficientes, lo envía a
4 enfrentarse con Gildón [24]. Desembarcó donde había oído

basada en el apoyo mutuo), sin embargo para A. D. E. CAMERON, *ibid.*, pág. 231, y J. MATTHEWS, *Western...*, cit., págs. 268-70, el *senatus consultum* apuntaba justamente al fin opuesto: con él Estilicón pretendió hacer recaer la responsabilidad del conflicto sobre el Senado. La declaración de Estilicón como *hostis publicus* en Oriente parece ser una medida con la que Eutropio respondió a su rival del Oeste situándose en el mismo plano (O. SEECK, *Geschichte...*, cit., V, 286; F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 22); no es seguro, sin embargo, que la cronología permita tal hipótesis (cf. E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 166-67). Debe precisarse que por la misma época el Senado de Constantinopla vuelve a aparecer al menos en una ocasión asociado a Arcadio con motivo de una decisión importante: véase capítulo 20, 1.

[24] La impopularidad y los riesgos derivados del conflicto con Gildón amenazaban la posición de Estilicón en la Corte, y a fin de consolidar su poder el regente adelantó la boda de su hija María con el emperador Honorio, que se celebró a finales del invierno del 397-98; poco antes (E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 183) o poco después (F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 24) partió a territorio africano un cuerpo expedicionario integrado, según OROSIO, VII 36, 6, por 5.000 hombres y mandado por Masqueldelo (en las fuentes latinas *Mascizel* o *Mascezel*). Según E. DEMOUGEOT, *ibid.*, págs. 180-83, el envío de tan reducida expedición se explica por el deseo de localizar prontamente el conflicto y tomar cuanto antes medidas contra Gildón; Estilicón proyectaba marchar a África con mayores tropas en un momento posterior, tras haber consolidado su posición en la Corte mediante la boda de su hija María. O. SEECK, *Geschichte...*, cit., V, págs. 287-88, y F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 24, suponen que Masqueldelo debía, una vez llegado a África, reclutar fuerzas

que estaba su hermano y, cayendo sobre él de improviso, obtuvo después de fuerte batalla tal victoria que Gildón se ahorcó, pues prefirió esto a quedar en manos del enemigo. Restituyó Libia al Imperio de Occidente el hermano de Gildón, y, a continuación, regresó vencedor a Italia. Estilicón, aunque resentido por su triunfo, fingía agasajarle, dejándole entrever perspectivas excelentes. Mas con oca- 5
sión de encabezar, seguido por Masqueldelo y los demás, la marcha a cierto suburbio, cuando se halló sobre el puente de un río, los soldados de su guardia, en ejecución de una señal que les dirigió, empujan a Masqueldelo al río. Reía Estilicón y, mientras, se apoderan las aguas de aquél hasta ahogarlo [25].

complementarias. Respecto a las tropas de Gildón, OROSIO, *ibid.*, habla de 70.000 hombres.

[25] Cabe preguntar cómo Gildón, cuyas fuerzas eran muy superiores, hubo de retirarse sin que prácticamente se produjese combate. O. SEECK, *Geschichte...*, cit., V, pág. 287 y E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 185, hablan de defección, idea que H.-J. DIESNER, «Gildos...», cit., desarrolla de la siguiente manera: frente a la hipótesis según la cual la revuelta de Gildón fue un movimiento de importante densidad política, nutrido ideológicamente por el donatismo y dotado de amplio sostén popular (visión resucitada recientemente por C. GEBBIA, *op. cit.*, págs. 125-29), Diesner subraya la precariedad del pacto entre Gildón y los donatistas; las confiscaciones y rapiñas de aquél le habían valido, además, la hostilidad de gran parte de la población romana de África, y el apoyo tributado a la revuelta por las tribus autóctonas africanas era frágil y poco seguro; en estas condiciones, la llamada a la deserción encontró amplio eco en las tropas rebeldes. La inesperada rapidez del desenlace determinó que Eutropio no llegara siquiera a considerar la posibilidad de enviar ayuda a los rebeldes (cf. A. D. E. CAMERON, *Claudian...*, cit., pág. 95). Respecto a la muerte de Gildón, la versión de Zósimo reaparece, entre otros autores, en JORDANES, *Rom.* 320, pero otra rama de la tradición sigue la versión de OROSIO, VII 36, 11, según la cual el caudillo africano escapó con vida del combate para ser estrangulado a los pocos días, siendo esta última versión la más verosímil (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 25).

12 A partir de entonces la hostilidad de Eutropio y Estilicón quedó al descubierto. Pero aún enemistados entre sí, se deleitaban en los daños que infligían a sus gobernados con toda impunidad: el uno ya había casado a su hija María con el emperador Honorio, el otro dominaba a Arca-
2 dio como si de una res se tratase. Si alguno de los súbditos poseía cualquier cosa digna de admiración, ésta pasaba a poder de uno de los dos, y todo lo que fuese oro o plata iba a parar, de sus antiguos propietarios, a manos de ellos. Pues había por doquier un abundante enjambre de delatores que tenían la misión de revelar dónde se hallaban tales cosas [26].

13 Siendo ésta la situación en una y otra parte del Imperio, todos los miembros del Senado se hallaban apesadumbrados ante el mal trance por el que atravesaba el Estado; y no era el último en sentir de esa manera Gaínas, que ni recibía los honores correspondientes a un general ni ⟨era agasajado⟩ por medio de regalos con que satisfacer su bárbara insaciabilidad. Más que nada, le irritaba que

[26] El Gobierno occidental no se pronunció abiertamente contra los dirigentes orientales hasta que en otoño del 398 Arcadio proclamó a Eutropio cónsul para el año siguiente. Eutropio recibió el consulado como recompensa por sus empresas militares, pues en el 398 dirigió personalmente una expedición contra los invasores hunos de Asia Menor (cf. n. 126 al libro IV), logrando acabar con las devastaciones que se prolongaban desde hacía tres años. Mediante el desempeño de su jefatura militar Eutropio —que mandó a los ostrogodos establecidos por Teodosio en Frigia tras la guerra del 386 (véase Zósimo, IV 39, 5) así como a las fuerzas devueltas por Estilicón en el 395— robusteció su posición, que hasta entonces descansaba exclusivamente sobre el favor imperial, al granjearse el prestigio y los apoyos subsiguientes a una empresa bélica afortunada; inició además la independización militar del Este respecto al Oeste. Ambos logros dificultaban los proyectos de intervención en el Oriente que alimentaba Estilicón (sobre todo ello véase G. Albert, «Stilicho...», cit.).

todas las riquezas fueran a fluir a la casa de Eutropio [27].
Disgustado por tal estado de cosas hace partícipe de sus 2
propósitos a Tribigildo. Era éste hombre amigo de arriesgarse y temerario en grado máximo, y mandaba sobre tropas no romanas, sino bárbaras, asentadas en Frigia, a cuyo frente había sido puesto por el Emperador. Fingió 3
Tribigildo intención de salir para Frigia a fin de inspeccionar a los bárbaros que tenía bajo sus órdenes, así que, bajo tal excusa, parte de Constantinopla. Mas después de hacerse con los bárbaros cuyo mando ostentaba, se dedicó a acometer cuanto le salía al paso, saqueando —sin abstenerse de matar hombres, mujeres o niños— todo lo que hallaba. En poco tiempo, reunió tal cantidad de esclavos 4
y gentes en general desarraigadas, que llevó toda Asia al más extremo peligro. Lidia, efectivamente, se vio sumida en una total confusión, pues prácticamente todos huían a las regiones próximas al mar, desde donde se embarca-

[27] Zósimo parece indicar que Gaínas pertenecía al estamento senatorial, lo que no es cierto. Desde Seeck, la historiografía moderna asumió la idea de que la hostilidad de Gaínas hacia Eutropio constituía sólo un reflejo de la existente entre este último y Estilicón (cf. G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 18); dicha idea resulta de la visión de Gaínas como agente de Estilicón en el Oriente, visión que, a su vez, ha sido rechazada por A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., págs. 147-78 y G. Albert, *ibid.*, págs. 108-15. Ambos estudiosos suponen que desde su vuelta al Oriente Gaínas vio su carrera militar entorpecida por Eutropio, contra quien hubo de maniobrar para no verse excluido del poder; según Albert, entre tales maniobras se contó la creación de una nutrida guardia personal, reclutada entre los godos y que constituía un séquito militar unido a Gaínas por lazos de fidelidad personal (serían bucelarios: cf. H.-J. Diesner, «Das Bucellariertum...», cit.); la búsqueda de recursos con que mantener a su ejército particular habría sido uno de los factores determinantes de la conducta de Gaínas durante la crisis de estos años, y a ello aludiría la observación de Zósimo sobre su insaciabilidad.

ban con el conjunto de sus pertenencias a las islas o a cualquier otro lugar, y las costas de Asia veían ya cernirse el peligro sobre ellas [28].

14 Sin embargo, cuando el Emperador tuvo noticia de estas cosas no prestó la menor atención al percance, fatal para todos (pues en su extrema necedad ni podía siquiera hacerse idea de las medidas que debía tomar), sino que puso toda la administración del Imperio en manos de Eutropio. El cual elige comandantes supremos a Gaínas y a León, a éste para enviarlo a Asia con la misión de enfrentarse a los bárbaros y demás gente de laya diversa que la recorrían, a Gaínas a fin de que, a lo largo de Tracia y los pasos del Helesponto, hiciese frente al enemigo si veía que
2 castigaba también estos territorios [29]. León, el encargado

[28] Las tropas bárbaras mandadas por Tribigildo eran aquellos ostrogodos que en el 386 fueron establecidos en Frigia como colonos (cf. Zósimo, IV 39, 5). Posiblemente el papel que desempeñaron en la reciente guerra contra los hunos los hizo conscientes de su significado y valía, lo que les indujo a exigir mejores condiciones de vida; tales reivindicaciones constituyeron un factor esencial en su alzamiento (cf. Claudiano, 20, 177-78; 198-201). Sin embargo, todas las fuentes antiguas con excepción de Claudiano (relación en G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 89) coinciden con Zósimo en aducir como causa fundamental de la revuelta la influencia ejercida por Gaínas sobre Tribigildo: la historiografía reciente tiende a favorecer el testimonio de Claudiano (así E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 224-26; G. Albert, *ibid.*, págs. 92-98, pero véanse las reservas de F. Paschoud, ed. cit., V, n. 28). El alzamiento de Tribigildo se inició en primavera del 399 (Claudiano, 20, 95-99).

[29] La promoción de Gaínas al grado de *magister* tuvo lugar sólo cuando fue elegido para combatir a Tribigildo (A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 733-34; *PLRE I*, pág. 380). El que Eutropio ascendiera a Gaínas no cuadra con la hipótesis que ve en este último un agente de Estilicón, por lo cual sus defensores deben suponer que el ascenso tuvo lugar contra la voluntad de Eutropio, constituyendo una imposición de los grupos po-

de poner remedio a las desgracias acaecidas en Asia, no contaba en su haber con ningún tipo de excelencia militar, ni debía semejante golpe de suerte a más mérito que al de su estrecha relación con Eutropio. Por su parte, Gaínas había sido enviado a Tracia para impedir que las tropas de Tribigildo cruzasen el Helesponto, así como para combatirlas por mar si ello se hacía necesario. Con tales órdenes llevaron los generales sus fuerzas a donde había correspondido a cada uno. Gaínas, considerando su acuerdo 3
con Tribigildo y la oportunidad que se le brindaba para ejecutar lo que traía entre manos, invitó a Tribigildo a llevar su ejército hacia el Helesponto. Y, ciertamente, si hubiera guardado cautela respecto a sus planes contra el Estado y conseguido partir silenciosamente de Constantinopla junto a sus bárbaros, el proyecto habría salido adelante con todo éxito y Asia entera hubiese sido capturada, sin que nada impidiese que con ella pereciese también el Oriente. Pero quería la fortuna que aún por algún tiempo 4
el poder de Roma velase sobre las ciudades, y, de esa manera, fue arrebatado por el ardor y la falta de cordura propia de los bárbaros como Gaínas —tras hacerse, por así decirlo, con la llave misma de la guerra— salió de Constantinopla para, cuando apenas había llegado a Heraclea [30],

líticos hostiles al regente (así O. Seeck, *Geschichte...*, cit., pág. 308): a ello cabe objetar la noticia que aquí ofrece Zósimo según la cual fue Eutropio quien nombró a Gaínas. La promoción de Gaínas pudo ser un ardid mediante el cual Eutropio, que había mostrado a Tribigildo el cebo de un ascenso a las altas jerarquías del ejército romano (cf. Claudiano, 20, 316-24), intentó crear y explotar en propio interés una relación de competencia y rivalidad entre ambos jefes godos por acaparar los grados superiores de la carrera militar: véase G. Albert, *Goten...*, cit., págs. 96-97, 116.

[30] Se refiere a Heraclea de Tracia.

indicar a Tribigildo el plan a seguir. Decidió éste no avanzar hacia el Helesponto por temor a las fuerzas allí estacionadas, con lo que, después de haber devastado Frigia, se lanza ahora sobre territorio pisidio, de donde se retira saqueándolo todo y sin topar con obstáculo alguno. Cuando llegó noticia de ello, se desentendió Gaínas de cuantos sufrían los efectos de la guerra, ya que tenía las miras puestas en su acuerdo con Tribigildo.

León, por su parte, permanecía en los alrededores del Helesponto sin atreverse a trabar batalla con Tribigildo, pero al mismo tiempo bajo el temor, según decía, de que Tribigildo enviase por otro camino una parte de su ejército e inadvertidamente consiguiese saquear la zona del Heles-
2 ponto. Pues ocurría que, como no había nadie que obstaculizase a Tribigildo, las ciudades eran tomadas por las armas y todos sus habitantes muertos junto con los soldados, sin que hubiese ningún bárbaro que combatiera al lado de los romanos, pues en los encuentros aquéllos se unían a sus hermanos de raza para marchar contra los súbditos de Roma. Gaínas, aunque aparentemente sufría por las desgracias que se abatían sobre los romanos, invitaba sin embargo a admirar las habilidades militares de Tribigildo, de quien decía que no tenía rival y que su ventaja consistía
3 en inteligencia y perspicacia más que en tropas. Pasó a territorio asiático, pero a efectos no de realizar acometida alguna, sino de asistir desde lejos a la destrucción de las ciudades y las tierras. Y mientras se limitaba a ir a la zaga y, de alguna manera, a contemplar los acontecimientos, aguardaba el paso de Tribigildo a Oriente, con vistas a lo cual le enviaba secretamente fuerzas que le secundasen en su empresa, aunque sin mostrar todavía qué postura
4 había asumido él personalmente ante la situación. Ciertamente, si después del ataque a Frigia Tribigildo se hubiese dirigido directamente a Lidia y no a Pisidia, nada hubiese impedido que, conquistada aquélla sin esfuerzo, pereciese con ella también Jonia, desde donde Tribigildo se hubiese embarcado en dirección a las islas; allí hubiese podido hacerse con cuantos barcos quisiera para recorrer el Oriente entero y devastarlo todo hasta Egipto sin que se le opusiesen fuerzas dignas de medirse con las suyas. Mas como 5
no tomó en consideración nada de esto sino que decidió conducir sus fuerzas a Panfilia, colindante con Pisidia, vino a dar en caminos de difícil paso y totalmente intransitables para la caballería [31]; y aunque no le salió al encuentro ejército alguno, un tal Valentín, habitante de Selga (aldea ésta de Panfilia situada sobre una colina) [32], hombre me-

[31] Al frente de fuerzas donde el elemento godo era prominente, Gaínas pasó a Asia Menor con objeto de vigilar la frontera persa, amenazada por aquellos años (cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 225-26); León desempeñaba un papel esencial por doble motivo, pues de un lado aislaba las fuerzas de Gaínas de las rebeldes (el contacto entre ambas entrañaba riesgo no tanto de que Gaínas traicionase la causa romana cuanto —como se desprende de las palabras de Zósimo referentes a las defecciones de soldados bárbaros— de que los contingentes godos de sus tropas desertasen al bando rebelde; cabe suponer que incluso con la barrera de León por medio se produjeron deserciones que Zósimo, en su esfuerzo por hacer ver que desde el principio hubo entendimiento entre los dos militares godos, presenta como envíos secretos de fuerzas a Tribigildo); en segundo lugar, León impedía que Tribigildo se acercara al Helesponto y amenazara el aprovisionamiento de Constantinopla, siendo el cumplimiento de esta misión de vigilancia la razón determinante de su inmovilidad.

[32] Selga (actual Sirk o Serük, Turquía), se hallaba no en Panfilia sino en Pisidia. Los ostrogodos luchaban montados, por lo que la caballería constituía el núcleo de las fuerzas de Tribigildo. Para los rebeldes evitar el encuentro con las fuerzas de León pudo ser una consideración importante a la hora de elegir ruta; G. ALBERT, *Goten...*, cit., págs. 98-103,

dianamente instruido y que contaba con cierta experiencia bélica, reunió una multitud de esclavos y campesinos ejercitados en los continuos enfrentamientos con los bandoleros de los territorios vecinos y se apostó en las colinas situadas sobre los accesos, de suerte que, pudiendo contemplar a los que avanzaban por el camino, no podían ellos mismos ser vistos aunque el enemigo marchase de día.

16 Una vez que Tribigildo, en compañía de sus bárbaros, se hubo lanzado hacia las partes interiores de Panfilia por el camino más llano, cuando llegó aún de noche a los parajes situados al pie de Selga [33], se vieron los bárbaros sometidos a incesantes disparos de hondas que hacían caer sobre ellos peñascos del tamaño de una mano y aún mayores: desde posiciones dominantes, en efecto, resultaba fácil
2 lanzar incluso las piedras más pesadas. Dado que no se podía huir, pues a un extremo del camino había un profundo pantano y marjales, al otro una salida estrecha —con cabida apenas para dos hombres y en forma de espiral, por lo que los nativos la llaman «caracol» aludiendo a la disposición de este animal—, salida que guardaba un tal Florencio con hombres suficientes para impedir el paso
3 a cuantos lo intentasen, los bárbaros, encerrados en seme-

supone además, siguiendo a Zósimo, que desde el principio de la insurrección grupos de esclavos y población marginada se unieron al núcleo ostrogodo; estos grupos no estaban interesados en planes de largo alcance ni en maniobras que forzasen al gobierno de Constantinopla a una solución negociada, pues necesariamente habían de verse excluidos de tales soluciones, que afectarían únicamente al núcleo godo: su único objetivo era así el saqueo y la subsistencia cotidiana, y de aquí la ausencia de auténtica estrategia en los movimientos seguidos por Tribigildo.

[33] La traducción sigue aquí el texto del *Vat. Graec.* 156, frente a la lectura propuesta por L. Mendelssohn, *op. cit.*, que admite F. Paschoud, ed. cit.

jantes parajes y sometidos al disparo de numerosas y grandes piedras, perecieron en su mayoría. Efectivamente, como estaban apiñados en un espacio estrecho, las piedras que caían sobre ellos no erraban sus mortales golpes. En medio, pues, de un gran desconcierto, se lanzaron los más al pantano con sus caballos, pereciendo en los marjales por escapar a la muerte bajo las piedras; Tribigildo, no obstante, subió con trescientos hombres al caracol y buscó, mediante el ofrecimiento de altísimas sumas de dinero, la connivencia de Florencio y la guardia que le acompañaba, gracias a lo cual compra el paso. Escapando merced a tal expediente, dejó que todos los demás, del primero al último, pereciesen. Mas cuando Tribigildo creyó así haber 4
escapado a los peligros promovidos en su contra por Valentín, he aquí que se ve inmerso en peligros no menores que los de antes. Pues prácticamente todos los habitantes de la ciudad, armados con lo primero que encontraron, lo encerraron con sus trescientos hombres en el espacio entre los ríos Mélano y Eurimedonte, de los cuales el uno corre más allá de Side, el otro fluye a través de Aspendo [34]. Atrapado y sin saber qué hacer, envió emisarios a 5
Gaínas. Pero éste, descontento con lo sucedido y sin querer descubrir todavía el propósito que albergaba respecto a la insurrección, despacha a su lugarteniente León para que llevase auxilio a los habitantes de Panfilia y para que, junto a Valentín, atacase a Tribigildo y no le permitiese atravesar los ríos. León, aunque era indolente por naturaleza y había entregado toda su existencia a los placeres, cumplió sin embargo la orden.

[34] Side (actual Selimiye), estaba en la costa de Panfilia, al sur de Selga: unos Km. al Oeste se hallaba Aspendo (actual Belkis).

17 Temeroso Gaínas de que Tribigildo, acosado por todas partes y sin fuerzas bastantes para combatir, fuese completamente aniquilado, se dedicó a enviar a las legiones romanas [35] unidades extraídas de los bárbaros que estaban a su mando —cada unidad a una legión— con objeto de que las destruyesen poco a poco y así tuviese Tribigildo oca-
2 sión de escapar. Los bárbaros que Gaínas entregó a León como ayuda cayeron, pues, sobre todo lo que fuese romano, devastando el territorio y exterminando a los soldados [36]. No cesaron en sus indiscriminados ataques hasta liquidar las fuerzas bajo el mando de León junto al comandante mismo de ellas y convertir en un desierto prácticamente toda la comarca, de suerte que el designio de Gaínas alcanzó a realizarse. Tribigildo, en efecto, escapó de Panfilia para sumir a las ciudades de Frigia en trances aún
3 más duros que los de antes. Y realzando ante el Emperador los méritos de aquél, infundió Gaínas tal temor hacia su persona en el Senado y en todos los miembros de la Corte, que llegaba a amenazar con que se abatiría también sobre el Helesponto y llevaría a todas partes la catástrofe en grado hasta entonces jamás visto si el Emperador, en previsión de ello, no condescendía a prestar oídos a los propósi-

[35] Sigo aquí la lectura del *Vat. Graec.* 156, sin aceptar la corrección de Bekker y Mendelssohn que admite Paschoud.

[36] De acuerdo con G. Albert, *Goten...*, cit., págs. 117-19, las unidades que acabaron con las fuerzas de León pertenecerían al séquito militar de Gaínas y habrían desertado por iniciativa propia, pues hacia estas fechas Gaínas guardaba aún fidelidad al Imperio. Cabe también pensar que los desertores pertenecían a las fuerzas godas que servían en el ejército romano bajo Gaínas. Según Claudiano, 20, 432-61, Tribigildo atacó por sorpresa a León causando gran mortandad y produciendo la muerte del mismo León.

tos del enemigo. Estas maniobras de Gaínas obedecían al 4
deseo de no descubrir sus proyectos y al designio de realizar sus miras por medio de las intenciones atribuidas a Tribigildo. Le irritaba, en efecto, no ser objeto de tantas consideraciones como Eutropio, que había llegado ya al culmen del poder —y ello hasta el punto de ser proclamado cónsul, con lo que el año llevaba su nombre— y había sido honrado con la dignidad de patricio. Esto era lo que 5
más que nada movía a Gaínas a levantarse contra el Estado. Y con el pensamiento puesto en tal determinación decidió urdir en primer lugar la muerte de Eutropio. Envía entonces, mientras aún permanecía en Frigia, un mensaje al Emperador comunicándole que se rendía ante la habilidad militar de Tribigildo y que, por lo demás, no sería posible sobrellevar el furor de éste ni liberar Asia de los peligros que se cernían sobre ella a no ser que el Emperador consintiese en acceder a sus reclamaciones. Tales reclamaciones se referían a que le fuese entregado Eutropio, el principal responsable de todos los males, para hacer con él lo que quisiera.

Tan pronto llegó aquello a oídos del Emperador, man- 18
dó éste venir a Eutropio, al que tras despojar de sus títulos dejó marchar. Eutropio se dirigió a la carrera a la iglesia cristiana, que gozaba desde entonces del derecho de asilo [37]. Pero como Gaínas insistía en que si Eutropio no era

[37] Las palabras «desde entonces» intentan traducir la vaguedad de la expresión correspondiente en el texto griego, vaguedad agravada además ante el hecho de que la costumbre de erigir las iglesias en lugar de asilo es bastante anterior a Eutropio. Por el contrario, éste intentó reforzar la autoridad del Estado frente a la Iglesia mediante una serie de medidas que le valieron la enemistad de la jerarquía eclesiástica y entre las cuales se contaban determinadas restricciones al derecho de asilo

suprimido Tribigildo no iba a ceder, incluso contravinendo
la ley que establecía el derecho de asilo para las iglesias,
se apoderan de él y, a continuación, una vez puesto bajo
2 rigurosa vigilancia, lo conducen a Chipre [38]. Sin embargo,
puesto que Gaínas presionaba y urgía al Emperador a fin
de que le diese muerte, los que habían asumido las funcio-
nes imperiales, falseando el juramento que recibiera Eutro-
pio cuando fue arrancado de la iglesia, lo hacen volver
de Chipre y, a continuación, como en observancia del ju-
ramento prestado —por el que mientras Eutropio estuviese
en Constantinopla no habían de darle muerte— lo condu-
3 cen a Calcedón para allí pasarlo por la espada. Eutropio,
pues, se vio inesperadamente llevado a uno y otro extremo
por la fortuna, que lo elevó a tanta altura cual ninguno
de los eunucos alcanzase y le dio muerte en razón del odio
4 que contra él decían sentir los enemigos del Estado. A
todos era ya evidente la inminencia de la rebelión de Gaí-

(cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 192-93; G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 152). Ahora bien, una de las circunstancias más comentadas en los relatos acerca de la caída de Eutropio es la de que hubo de buscar refugio en una iglesia, apoyándose en aquel derecho que él mismo había atacado (Sócrates, V 5; Sozómeno, VIII 7, 3-4: cf. E. Demougeot, *ibid.*, pág. 230); es posible así que la ambigua expresión de Zósimo constituya un eco deformado de este tipo de comentarios. Sobre la expresión «la iglesia cristiana» véase n. 15.

[38] Sobre los factores que motivaron la deposición de Eutropio véase J. M. Candau, *La historia...*, cit. Los soldados cercaron la iglesia donde se había refugiado Eutropio reclamando su muerte, pero la intervención de Juan Crisóstomo logró que abandonara su refugio bajo promesa de salvar la vida (cf. F. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 230-31). Eutropio fue depuesto a finales del verano del 399 y ejecutado con anterioridad al 1 de enero del 400, transcurriendo varios meses entre su deposición y su muerte (cf. G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 67; J. H. N. G. Liebeschuetz, «The identity...», cit., pág. 428).

nas, aunque él creía pasar desapercibido. Puesto que era
dueño de las decisiones de Tribigildo, como superior a él
en poder y prestigio, hace que aquél firme la paz con el
Emperador y, después de intercambiar juramentos, se reti-
ró a través de Frigia y Lidia. Le seguía asimismo Tribigil-
do, quien conducía sus tropas a través de la Lidia supe-
rior, de suerte que ni llegó a contemplar Sardes, la capital de
Lidia. Una vez reunidos en Tiatira, Tribigildo se sintió arre- 5
pentido de dejar intacta Sardes, cuando, por estar total-
mente desguarnecida, la ciudad es muy fácil de tomar. De-
cidió entonces volver con Gaínas y apoderarse por la fuer-
za de la ciudad. Hubiera llevado a efecto su designio a
no ser por una inusitada lluvia que, al inundar las tierras
y volver intransitables los ríos, le cortó el avance. Divi- 6
diéndose por caminos diferentes condujeron entonces sus
fuerzas Gaínas hacia Bitinia, el otro hacia el Helesponto,
y todo cuanto encontraban lo entregaban al pillaje de los
bárbaros que los seguían. Uno ocupó Calcedón, otro se
asentó en torno a Lámpsaco, amenazando con el mayor
peligro Constantinopla y el Imperio Romano mismo, mien-
tras Gaínas pedía que compareciese ante él el Emperador:
pues decía que no hablaría con nadie sino con éste. Como 7
el Emperador accediese a ello, tuvo lugar el encuentro en
cierto lugar situado ante Calcedón, donde se halla un san-
tuario dedicado a Santa Eufemia (la cual es objeto de cul-
to por su devoción a Cristo), y se acordó que Gaínas y
Tribigildo pasasen de Asia a Europa llevando consigo los
hombres prominentes del Gobierno, que les serían entrega-
dos para recibir muerte. Eran éstos Aureliano, que osten- 8
taba aquel año la dignidad consular, Saturnino, incluido
ya en la lista de los cónsules, y además Juan, a quien el
Emperador había confiado todos sus secretos y que inclu-
so era, en opinión de la mayoría, padre del hijo de Arca-

9 dio. El Emperador, pues, satisfizo también aquella tiránica exigencia que Gaínas le formulara, mas cuando Gaínas tuvo a esos hombres se limitó a tocarlos con la espada hasta producirles un pequeño rasguño en la piel, bastándole que se les sancionara con el destierro [39]. Pasó después a Tracia e invitó a Tribigildo a que lo siguiera; con ello abandonó Asia que, libre de los peligros que la asediaban, pudo, por
10 así decirlo, respirar de nuevo. Una vez en Constantinopla, dispersó a los soldados bajo sus órdenes hasta el punto de, incluso, despojar la ciudad de la misma guardia palatina; al tiempo enviaba secretamente contraseñas a los bárbaros, dándoles garantías para que cuando los viesen salir a todos juntos de la ciudad cayeran sobre ésta —ya que estaría privada por completo de defensa militar— y pusiesen el poder en sus manos.

19 Tras encomendar la realización de tal empresa a los bárbaros bajo sus órdenes, salió de la ciudad diciendo ha-

[39] El período que va desde la ejecución de Eutropio hasta la entrega de los notables a Gaínas abarca los meses comprendidos entre otoño del 399 y abril del 400 (cf. G. Albert, «Zur Chronologie...», cit.; *Goten...*, cit., pág. 126). De Sócrates, VI 6, Sozómeno, VIII 4, 5 y Juan de Antioquía, f. 190 [Müller], parece desprenderse que la entrega de los notables fue anterior al encuentro entre el Emperador y Tribigildo; los mismos autores mencionan al hablar de la entrega de los dignatarios sólo a Aureliano y Saturnino, y su testimonio se ve reforzado de un lado por el título de la homilía compuesta con tal ocasión por Juan Crisóstomo —*Homilia praedicata cum Saturninus et Aurelianus in exsilium acti essent*— y de otro por el contenido de la undécima acusación dirigida contra el mismo obispo Juan en el Concilio de la Encina (cf. Focio, *cod.* 59), según la cual cuando la «rebelión de los soldados» —esto es, cuando, tras el acuerdo con el Emperador, Gaínas se estableció en Constantinopla— el acusado habría delatado a su homónimo, el dignatario Juan. Sobre la trama política subyacente a lo que narra aquí Zósimo véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

llarse físicamente agotado por los trabajos de la guerra y estar necesitado de descanso, descanso que no obtendría si no se concedía una temporada libre de preocupaciones.
Así pues dejó en la ciudad un contingente de bárbaros 2
cuyo número era muy superior al de las tropas asignadas a la guardia de la Corte y se retiró a un suburbio distante cuarenta estadios de la ciudad, desde donde esperaba emprender el ataque una vez que, según lo acordado, hubiesen atacado los bárbaros dejados en aquélla. Tales planes albergaba Gaínas, y de no ser porque, movido por su bárbaro ardor, se anticipó al momento oportuno, nada hubiese impedido que la ciudad quedase bajo los bárbaros.
Pero como se dirigió hacia las murallas sin esperar la 3
contraseña, los guardias, asustados, prorrumpieron en gritos; en medio de la mayor confusión comenzaron a oírse lamentos de mujeres y los gemidos llegaban a todas partes, como si la ciudad estuviese ya tomada, hasta que todos se congregaron para dirigirse contra los bárbaros de la ciudad, les dieron muerte con espadas, piedras y cuanto hallaron a mano, subieron a continuación rápidamente a las murallas y, en compañía de los guardias, se dedicaron a disparar contra las tropas de Gaínas sirviéndose de todo lo que encontraban, gracias a lo cual contuvieron el asalto
a la ciudad [40]. Cuando hubo la ciudad escapado a este gran 4

[40] Cuando su encuentro con el Emperador en Calcedonia, Gaínas habría obtenido confirmación del grado militar que ostentaba y quizás promesas referentes a su promoción a un cargo similar al ocupado en Occidente por Estilicón (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 250-51; A. Demandt, «Magister...», cit., col. 734; G. Albert, *Goten...*, cit., pág. 129). El relato que ofrece Zósimo del enfrentamiento entre los godos de Gaínas y la población de Constantinopla incurre en evidentes absurdos; sobre los intentos de reconstruir lo ocurrido véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

peligro, más de siete mil bárbaros, al verse asediados por los del interior, tomaron la iglesia de los cristianos que está cerca del palacio imperial, con la pretensión de hacer de ella el lugar de asilo que garantizase su salvación. Pero el Emperador ordenó que incluso allí, sin que el lugar les bastase para escapar del castigo al que por su atrevimiento
5 se habían hecho merecedores, acabasen con ellos. Éstas fueron las órdenes del Emperador, pero nadie osaba adelantarse a arrancarles del asilo por temor a encontrar alguna resistencia de su parte. Se decidió entonces permitir que, después de quitado el techo que cubría la mesa del llamado altar, unos hombres apostados al efecto lanzasen contra ellos maderas ardiendo hasta que, a fuerza de insistir en la operación, los abrasasen a todos por completo. El plan fue llevado a cabo, y gracias a él exterminaron a los bárbaros, si bien los practicantes rigurosos del cristianismo estimaron que en medio de la ciudad había sido perpetra-
6 do un gran sacrilegio [41]. Gaínas, pues, vio frustrada aquella empresa tan ambiciosa, con lo que reanudó, ya abiertamente, la guerra contra el Estado; y cuando se lanzó sobre las regiones de Tracia, pudo ver que sus ciudades estaban guarnecidas por murallas y defendidas por sus habitantes. En efecto, convertidos ya a causa de las acometidas anteriores en gentes no desconocedoras de la guerra, se habían
7 aprestado con todo vigor a combatir. Al darse cuenta de que fuera de las murallas no quedaba ya más que yerba (pues todos se habían preocupado de llevar consigo cuan-

[41] Los cristianos rigurosos que se quejaban por el sacrilegio cometido, esto es, por la violación del derecho de asilo, fueron posiblemente Juan Crisóstomo y sus partidarios, pues el obispo ya había defendido la inviolabilidad del derecho de asilo con motivo de la detención de Eutropio (véase n. 37). La matanza tuvo lugar el 12 de julio del 400 (cf. *Chron. Pasch. s. a.*, 400).

tos frutos, animales o utensilios tuviesen), decidió Gaínas dejar Tracia para lanzarse al Quersoneso [42] y de allí nuevamente correr en dirección a Asia cruzando los estrechos del Helesponto.

En ello estaba cuando el Emperador y el Senado, por 20
unánime decisión, eligen comandante supremo para la guerra contra Gaínas a Fravito, hombre bárbaro de estirpe pero, por lo demás, griego no sólo en cuanto a carácter, sino también por voluntad y por observancia del culto divino. Así pues, pusieron el ejército en manos de éste, que ya había brillado en el desempeño de muchos generalatos y había librado el Oriente entero, desde Cilicia hasta Fenicia y Palestina, de la plaga de los bandidos [43]. Cuando 2
se hizo con las tropas, acampó frente a Gaínas, impidiendo que los bárbaros cruzasen por el Helesponto a Asia. Y mientras Gaínas se preparaba para el combate, Fravito no permitía que los soldados permaneciesen ociosos, sino que los adiestraba mediante continuos entrenamientos, y gracias a los ejercicios les infundió tal coraje que, en contraposición a la pereza e incuria de antes, se sentían irritados frente a lo que parecían ser aplazamientos de la guerra provocados por Gaínas. Tales eran pues las actividades de 3
Fravito en Asia, dedicado día y noche a vigilar su propio ejército y a contemplar las operaciones del enemigo. También se ocupaba de la flota. Tenía, en efecto, barcos suficientes para una batalla naval, de aquellos llamados «libernos», así denominados por cierta ciudad situada en Italia en la que originariamente se construían barcos de este

[42] El Quersoneso Tracio.

[43] Se trata posiblemente de los bandidos isauros (cf. J. Rougé, *op. cit.*, pág. 297). Sobre la participación del Senado en el nombramiento de Fravito véase n. 23.

4 tipo. En principio, dichos barcos navegan a una velocidad no menor que la de los pentecóntoros, pero son muy inferiores a los trirremes, cuya construcción había cesado ya muchos años antes, si bien Polibio estimó oportuno describir a grandes rasgos las medidas correspondientes a los barcos de seis filas de remos, de los que, al parecer, ⟨se sirvieron⟩ con frecuencia romanos y cartagineses en sus mutuos enfrentamientos [44].

21 Gaínas, tras forzar la entrada en el Quersoneso a través del Gran Muro [45], dispuso a sus bárbaros a lo largo de toda la cordillera tracia paralela a la línea que va desde

---

44 Posiblemente la presente disgresión naval resume desmañadamente un excurso más amplio. Los liburnos (que Zósimo llama erróneamente «libernos») eran navíos rápidos de dos filas de remos; el nombre provendría de los liburnos, pueblo dado a la piratería que habitaba en la costa dálmata. Cabe pensar que Zósimo utiliza el término liburno no en su sentido técnico, sino en la acepción amplia que era usual en esta época (cf. Vegecio, *mil.* 4, 87); en todo caso, y según se desprende de la reproducción que figura en la columna erigida para conmemorar la victoria, los barcos de Fravito tenían una sola fila de remos: véase E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 260. Los pentecóntoros, navíos de aproximadamente 50 remos, constituyeron el tipo usual de barco de guerra hasta la llegada del trirreme; éste, a su vez, representó el tipo estándar (para las grandes flotas italianas, no para las provinciales, que usaban el liburno) desde la batalla de Accio hasta el 324. El texto de Polibio al que alude Zósimo no ha sido conservado, pero los barcos preferentemente empleados en las guerras púnicas no fueron trirremes (barcos de 3 filas de remos) ni hexeres (los «barcos de seis filas de remos» de Zósimo) sino quinquerremes. Sobre todo esto véase L. Casson, *op. cit.*, págs. 61-62, 100-107, 141-42, 148; F. W. Walbank, *op. cit.*, pág. 746; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 41.

45 El Gran Muro separaba el Quersoneso Tracio del resto del continente; fue construido a mediados del vi a. C. por Milciades el Viejo para impedir las invasiones de los tracios (Heródoto, VI 32, 6: cf. L. Bürchner, *op. cit.*, col. 2245; E. Obst, *op. cit.*, col. 1680; C. Schrader, *op. cit.*, n. 171 al libro VI).

Parion [46] hasta Lámpsaco, Abido [47] y los territorios que conforman el Estrecho. El comandante de los romanos se 2
dedicó entonces a recorrer con sus barcos las tierras situadas frente a Asia, observando noche y día las maniobras de los bárbaros. Por su parte Gaínas, que por falta de subsistencia llevaba mal la dilación, ordenó cortar de los bosques existentes a lo largo del Quersoneso unos troncos que hizo unir entre sí con todo cuidado hasta conseguir plataformas adecuadas para acoger hombres y caballos; a continuación, subió en ellas a los hombres junto con los caballos y dejó que se deslizaran corriente abajo. No había, en efecto, posibilidad ni de enderezarlas mediante remos ni de someterlas a técnica alguna de pilotaje, al haber sido improvisadas sin arte alguno según los dictados de un bárbaro diseño. Gaínas, que personalmente había per- 3
manecido en tierra, creyó tener en sus manos la victoria, pues por ningún lado aparecían los romanos en número suficiente como para hacerles frente. No escapó ello, sin embargo, a la perspicacia del comandante de los romanos, quien, después de que se hubo figurado la maniobra, hace que sus barcos avancen un breve trecho desde la orilla; y cuando vio que las balsas de los bárbaros se deslizaban a merced de la corriente, marchó él en primer lugar contra la que inauguraba la formación. Dotado su barco de un espolón de bronce, acometió con ventaja y, al tiempo que disparaba proyectiles a los bárbaros que iban en la balsa, la hundió con su tripulación. Cuando los soldados que iban 4
en los demás barcos vieron a su general, siguieron el ejemplo, acribillando a unos mientras que otros, al caer de las

---

46 La actual Kemer (Turquía); se hallaba como Lámpsaco, al nordeste de la cual estaba situada, en la orilla asiática del Helesponto.

47 En la orilla asiática del Helesponto, al suroeste de Lámpsaco.

balsas, eran presa de las aguas, no pudiendo prácticamente ninguno escapar a la muerte. Gaínas, quebrantado por el revés y sin saber qué hacer ante la perdida de tantos combatientes, se retiró a poca distancia del Quersoneso para lanzarse en dirección a la Tracia exterior [48]. Cuando Gaínas huyó Fravito decidió no perseguirlo de momento, sino, satisfecho con la victoria que le había otorgado la for-
5 tuna, recogió sus fuerzas en tierra. Si bien prácticamente todos acusaban a Fravito de que cuando Gaínas se dio a la fuga no lo había perseguido, sino que se abstuvo por ser Gaínas mismo y los que con él huyeron compañeros suyos de raza, sin sentirse afectado por nada de esto se dirigió a donde el Emperador, ufano de la victoria, que atribuía, expresándose con franqueza, a los dioses por él honrados. Pues no se avergonzaba de reconocer, aunque el Emperador mismo lo escuchase, que honraba y veneraba a los dioses a la manera tradicional, y no aceptaba en
6 este punto los dictados de la masa. El Emperador acogió a Fravito y dispuso que fuera nombrado cónsul [49]. Y Gaínas, tras perder de la manera expuesta la mayoría de sus fuerzas, marchó rápidamente con las que le quedaban hacia el Danubio. Halló Tracia ya devastada por los embites sufridos previamente, mas iba saqueando cuanto le salía al paso. Bajo el temor de que otro ejército romano le siguiera para caer sobre los no muchos bárbaros que le acompañaban, y como desconfiaba de los romanos integrados en sus fuerzas, exterminó a todos éstos antes de que se percataran de sus intenciones, y, a continuación, atravesó el Danubio en compañía de sus bárbaros, proyectando regresar a su lugar de origen y allí habitar lo que le restaba de vida [50].

Tal era el plan de Gaínas. Pero Uldes [51], que por aque- 22
llas fechas ejercía el liderazgo sobre los hunos, estimó poco seguro consentir que un bárbaro con ejército propio se estableciese más allá del Danubio; y como al mismo tiempo creía que si lo expulsaba obtendría el agradecimiento del emperador romano, se dispuso a plantarle batalla, a cuyo efecto reunió sus tropas y las situó frente a las de

[48] SÓCRATES, VI 6, y SOZÓMENO, VIII 4, 19, atribuyen la derrota de Gaínas a un violento céfiro, JUAN DE ANTIOQUÍA, f. 190 [MÜLLER], al oleaje; posiblemente el efecto del viento combinado con la fuerza de la corriente, muy impetuosa en la angosta zona de los Dardanelos por donde los bárbaros intentaron atravesar, fueron aprovechados por Fravito (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 42). *Chron. Pasch. s.a.*, 400 sitúa la batalla el 23 de diciembre del 400, pero también afirma que la cabeza de Gaínas llegó a Constantinopla el 3 de enero del 401: se admite desde O. SEECK, *Geschichte...*, cit., V, pág. 570, que el 23 de diciembre corresponde en realidad a la muerte del caudillo godo, mientras que la batalla habría tenido lugar hacia mediados de otoño, cuando resulta probable un temporal como el que obstaculizó a Gaínas: cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 261.

[49] Fravito fue designado cónsul para el 401. Las acusaciones de traición contra su persona reparecieron en el año 403 ó 404, cuando fueron usadas para derrocar al gobierno que sostenía a Fravito. Dicho gobierno, encabezado por Cesario, abogaba por un entendimiento con la corte de Milán —el período correspondiente a su mandato marcó una época de entendimiento entre las dos *partes imperii*— y permaneció en el poder desde abril del 400 hasta ser desbancada en el 403-4, desbancamiento que arrastró consigo la ejecución de Fravito: cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 262-65; G. ALBERT, *Goten...*, cit., págs. 77-85 y 183-95.

[50] Cuando, tras salir de Constantinopla, Gaínas merodeaba por las comarcas tracias se unieron a sus tropas bandas de esclavos, desertores y población desarraigada; decidido a regresar a territorio transdanubiano, el imperativo de homogeneizar sus huestes movió al jefe godo a desprenderse de aquellas bandas, en las que veía más un lastre para sus nuevos planes que un refuerzo, de aquí el exterminio mencionado por Zósimo (cf. G. ALBERT, *Goten...*, cit., págs. 137-39).

[51] En las fuentes latinas Huldino o Uldino.

2 Gaínas. Éste, dado que no podía ni regresar junto a los
romanos ni escapar de ninguna manera al ataque que lo
amenazaba, tras armar a los suyos salió al encuentro de
los hunos. Ambos ejércitos trabaron combate no una sino
muchas veces, y aunque la facción de Gaínas resistió los
primeros enfrentamientos, sin embargo, después de caer
muchos de ellos, incluso el mismo Gaínas, que había pe-
3 leado enconadamente y con valentía, sucumbió. Liquidada
la guerra con la muerte de Gaínas, Uldes, el caudillo de
los hunos, envió la cabeza de éste al emperador Arcadio,
gracias a lo cual se vio gratificado mediante obsequios y
además firmó un acuerdo con los romanos [52]. Pero como
por falta de discernimiento del Emperador los asuntos del
estado discurrían sin concierto, se vio Tracia sumida en
la confusión. Pues fugitivos que o eran esclavos o habían
abandonado las filas y decían de sí mismos que eran hu-
nos, se dedicaron a devastar el campo abierto, hasta que
Fravito, al frente de una expedición contra ellos, mató a
cuantos encontró, con lo que liberó a los habitantes de
temores *** [53].

23 *** decidió cruzar. Temerosos de que recayese sobre
ellos algún castigo si se encontraban con éste, bajaron de
la nave en los alrededores de Epiro, donde, mientras deli-
beraban acerca de la manera de salvarse (pues la gravedad
de la falta cometida hacía que ello les resultase comprome-
tido), dieron a sus prisioneros ocasión de huir. Otros, sin

[52] La cabeza de Gaínas llegó a Constantinopla el 3 de enero del 401 (cf. n. 48). Según Sócrates, VI 6, Sozómeno, VIII 4, 20, y Juan de Antioquía, f. 190 [Müller], su muerte ocurrió en Tracia y frente a un ejército romano; Filostorgio, XI 8 coincide con Zósimo.

[53] El texto presenta aquí una laguna provocada por la desaparición de un folio en el *Vat. Graec.* 156.

embargo, afirman que compraron con dinero su puesta en
libertad. Como quiera que fuese, éstos escaparon para, 2
regresando a Constantinopla, aparecer de manera totalmente
inesperada ante el Emperador, el Senado y todos los de-
más. A partir de ese momento, se vio incrementado el odio
que contra Juan, el obispo de los cristianos, alimentaba
la esposa del Emperador; la cual, previamente irritada con
éste por la costumbre de ridiculizarla en las homilías dirigi-
das al pueblo con motivo de las reuniones religiosas, en-
tonces, a la vuelta de Juan y de los demás, adoptó una
postura de abierta hostilidad contra él. Y poniendo todos 3
los medios a su alcance se dedicó a promover la deposición
de Juan entre los obispos de todas las sedes, sobre los cua-
les ostentaba primacía y liderazgo Teófilo, el obispo de
Alejandría en Egipto, que había sido el primero en iniciar
el plan contra los templos y las tradiciones ancestrales [54].
Sometido el asunto a juicio, como viese Juan que, según
se desarrollaban las cosas, los votos favorables a su perso-
na no iban a igualar a los contrarios, abandonó volunta-
riamente Constantinopla. A resultas de ello la turbulencia 4
se adueñó del pueblo (era, en efecto, persona capaz de arras-
trar tras sí a muchedumbres sin discernimiento), con lo
cual la ciudad quedó sumida en el desorden y la iglesia
de los cristianos fue ocupada por los llamados monjes. Son
éstos gentes contrarias al matrimonio según la ley que, sin
miras ni a la guerra ni a ninguna otra cosa de utilidad
para la república, constituyen nutridas asociaciones, al es-
tilo de ciudades y aldeas, de hombres solteros, pese a lo

[54] No es cierto, al menos en sentido literal, que Teófilo fuese el primero en atacar las tradiciones ancestrales (esto es, el culto pagano); es verdad, en cambio, que destacó por su celo en la persecución del paganismo (cf. H. G. Opitz, *op. cit.*, col. 2151).

cual han progresado en su senda desde entonces a hoy hasta apoderarse de la mayor parte de la tierra y, con la excusa de compartirlo todo con los pobres, reducir
5 a prácticamente todo el mundo a la pobreza. Dueños éstos de la iglesia, impedían a la multitud concurrir para sus oraciones habituales. Disgustados por la situación, tanto hombres del pueblo como soldados pedían que se atajase la insolencia de los monjes. Cuando esto les fue concedido, procedieron sin restricciones, acuchillándolos a todos indistintamente hasta que llenaron la iglesia de cadáveres; y en cuanto a los que habían huido, se pusieron a perserguirlos para acribillar a cuantos encontrasen vestidos
6 con ropas oscuras. Ocurrió así que entre éstos perecieron muchos que, por luto o por alguna otra circunstancia, fueron hallados con atavíos de tal clase. Y Juan regresó para recurrir de nuevo a los mismos procedimientos, provocando idénticos tumultos en la ciudad [55].

24 Florecía como nunca la actividad de los delatores, que marchaba de acuerdo con los dictados de los eunucos de la Corte, y así, cada vez que fallecía un hombre acaudalado, como si no hubiese hijos o parientes, denunciaban sus riquezas, a lo que seguían edictos del Emperador con la orden de que la riqueza de éste se le diera a aquél, y las herencias eran entregadas a los que las habían reclamado, mientras quedaban los hijos invocando entre lágrimas a
2 sus padres. Por decirlo en una palabra, todo era motivo

[55] No es posible reconstruir el contenido de la laguna situada al inicio del presente capítulo, pero evidentemente su párrafo inicial trata la vuelta de los dignatarios exiliados a petición de Gaínas (véase capítulo 18, 9), vuelta que enlaza con la llamada crisis iohannita, esto es, la crisis desatada en los primeros años del siglo v por la actuación de Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla. Sobre dicha crisis véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

de llanto para las ciudades y ocasión para el conjunto de sus habitantes de injustificados castigos. Presa el Emperador, en efecto, de la más extrema insensatez, la esposa de éste, llevada por una arrogancia impropia de su condición natural y entregada a la insaciabilidad de eunucos que florecían por doquier y de aquellas mujeres de su entorno que más predicamento tenían sobre ella, hacía de la vida algo insufrible para todos, de suerte que, en opinión de las almas cuerdas, nada había mejor que la muerte. Como 3
si ello no bastara, se vio Constantinopla arrastrada a un peligro por encima de todo encarecimiento a causa de lo siguiente: cuando Juan, quien, de la manera que expuse, había vuelto del exilio y se dedicaba a soliviantar al pueblo contra la Emperatriz mediante sus habituales habladurías, se vio expulsado no sólo de la sede episcopal sino también de la ciudad, él personalmente dejó la ciudad por mar [56], pero sus partidarios se pusieron en movimiento para impedir que nadie después de él ocupase la sede episcopal de la ciudad, a cuyo efecto decidieron acabar con la ciudad incendiándola. Prendieron entonces, ocultamente y por la 4
noche, fuego a la iglesia [57], y hacia el alba salieron al exterior, logrando así que permaneciera oculta su identidad; de esta manera, cuando se hizo de día mostraron a todos el espectáculo del extremo peligro en que se debatía la ciudad. Pues la iglesia entera ardía, y con ella se consumían

[56] Se trata del segundo destierro de Juan Crisóstomo, acerca del cual consúltese J. M. Candau, *La historia...*, cit.

[57] La iglesia en cuestión es Santa Sofía (cf. n. 15). Aunque las fuentes responsabilizan del incendio mayoritariamente a los partidarios del obispo Juan (véase relación en F. Paschoud, ed. cit., V, n. 49), Sozómeno, VIII 22, 5, afirma que éstos y sus adversarios se lanzaban recíprocas acusaciones al respecto.

los edificios vecinos, especialmente aquéllos hacia donde
el impetuoso viento que se había levantado llevaba las lla-
5 mas. El fuego llegó a abatirse sobre la casa que suele dar
cabida al Senado, ubicada ante el palacio imperial y en
la realización de la cual se alcanzaron las máximas cotas
de belleza y magnificiencia. Está adornada, en efecto, con
estatuas cuya mera contemplación apunta la pulcritud de
los artistas que las hicieron, y con mármoles de tonalida-
6 des que hoy día no se encuentran. Dicen que incluso las
efigies originariamente consagradas a las Musas del Heli-
cón —parte también ellas del despojo de templos acaecido
en tiempos de Constantino y depositadas en este lugar—
fueron arrastradas en la destrucción producida por el in-
cendio, cosa que de alguna manera delata meridianamente
la falta de trato con las Musas que había de invadir a to-
dos. Y no se debe pasar en silencio cierto suceso entonces
7 ocurrido digno de admiración: en el recinto aquel del Se-
nado que motiva la presente digresión había, ante las puer-
tas, unas estatuas de Zeus y de Atenea, erigidas sobre pe-
destales de piedra en la postura en que aún hoy día puede
vérselas —dicen, por cierto, que la de Zeus es la del san-
tuario de Dodona y la de Atenea la ubicada anteriormente
en Lindos [58]—. Pues bien, al extenderse el fuego por todo
el recinto, el plomo que cubría el techo, derritiéndose, co-
menzó a derramarse sobre las estatuas, y también les caye-
ron encima las piedras empleadas en la construcción, inca-
8 paces de ofrecer resistencia a las fuerzas del fuego. Después
de que toda esa belleza hubiese quedado convertida en un
montón de escombros, era opinión general que dichas es-
tatuas se habrían igualmente calcinado, mas cuando el lu-

[58] Dodona, en el Epiro, era sede de un renombrado templo de Zeus. Lindos se halla en Rodas.

gar quedó limpio y listo para la restauración pudo verse
cómo lo único capaz de resistir aquella total destrucción
habían sido las efigies de los dioses en cuestión. Lo cual
permitió a todos los hombres cultivados alentar mejores
esperanzas respecto a la ciudad, en el sentido de que estos
dioses albergaban la voluntad de velar por ella. Pero en
lo que respecta a tales cosas, sea el dictado divino quien
decida.

Irritados todos por la desgracia caída sobre la ciudad 25
y sin poder encontrar otra causa que, como se dice, la som-
bra de un burro [59], los miembros del círculo imperial se
ocupaban de reconstruir lo destruido cuando llegó a la Corte
noticia de que las hordas de los isauros establecidos en
las alturas que dominan Panfilia y Cilicia, donde habitan
perpetuamente las inaccesibles y escarpadísimas montañas
del Tauro, divididas en bandas de saqueadores recorrían
las regiones situadas a sus pies, e incapaces todavía de ata-
car las ciudades fortificadas se lanzaban sobre las aldeas
sin murallas y sobre todo lo que encontraban a su paso.
Facilitaba sus incursiones la captura que previamente su- 2
frieran aquellas tierras por parte del rebelde Tribigildo y
sus tropas. Cuando estas noticias son comunicadas, se en-
vía en calidad de comandante supremo a Arbazaquio, quien
había de poner remedio a la penosa situación por la que
atravesaba Panfilia. Tras hacerse con fuerzas suficientes,
persiguió a los saqueadores, que se habían refugiado en
las montañas, tomando muchos de sus poblados y acuchi-
llando no poca cantidad de hombres. Los habría vencido 3
definitivamente con la mayor facilidad y habría procurado
una completa tranquilidad a los habitantes de las ciudades

[59] Expresión proverbial griega que alude a un objeto nimio y carente de valor.

si no hubiese, al entregarse a deleites y descomedidos placeres, relajado gran parte de su rigor ni colocado, al poner precio a sus actos, el enriquecerse por encima de la utilidad del Estado. Bajo la acusación de haber incurrido de esta manera en traición, recibió la orden de volver y, una vez en palacio, permanecía a la espera de ser sometido a
4 juicio. Ofreció sin embargo a la Emperatriz una parte del botín arrancado a los isauros, con lo que escapó al juicio para derrochar su dinero en los placeres de Constantinopla. En cuanto a los isauros, aún había continuos saqueos, sin que todavía se levantasen en abierta rebeldía contra las provincias vecinas [60].

26 Después de devastar toda Grecia [61], se retiró Alarico, según he expuesto, del Peloponeso y del resto de los domi-

---

[60] Las incursiones de isauros que combatió Arbazaquio (*Narbazaicus* en las fuentes latinas y Artabazaco en Sinesio, *ep. 135*) se iniciaron en verano del 404; aún en el 408 el Gobierno decretaba medidas contra el bandidaje isauro (cf. J. Rougé, *op. cit.*, pág. 299; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 52).

[61] El comienzo de este capítulo marca un hiato en el relato de Zósimo: hiato en primer lugar geográfico, pues si la parte primera del presente libro trata con preferencia los asuntos de Oriente, a partir de ahora son las vicisitudes del Occidente las que ocupan la narración; hiato además cronológico, dado que su autor pretende enlazar aquí con los acontecimientos que relata el cap. 7, correspondientes al año 397, mientras los hechos tratados en el presente capítulo se desarrollan a partir del 408; hiato, por último, en la actitud misma del historiador: Zósimo varía su estilo historiográfico y su forma de valorar determinados personajes —en concreto expresa a propósito de Estilicón opiniones contrarias a las consignadas antes—. Es doctrina usual explicar todos estos saltos como productos de un cambio de fuente: ya que la obra histórica de Eunapio de Sardes, utilizada hasta aquí, terminaba en el 404 (cf. R. C. Blockley, *The Fragmentary...*, cit., págs. 5-6), a partir del presente capítulo, Zósimo recurre a una nueva fuente, la *Silva histórica* de Olimpiodoro de Tebas. Olimpiodoro centraba su obra en las suertes de Occidente —de donde el salto geográfico—; la comenzaba en el 408 (cf. F. Paschoud, «Le debut...», cit.) —lo que explica el lapso cronológico—; y mantenía sobre la política occidental puntos de vista divergentes de los mantenidos por Eunapio —de aquí el cambio de actitud del historiador (cf. L. Mendelssohn, *op. cit.*, *ad loc.*: *iudicium quoque cum fonte mutavit*)—.

nios por donde discurre el río Aqueloo; y establecido en el Epiro, donde habitan molosos, tesprotos y cuantos viven en el territorio que llega hasta Epidamno y la región de los taulantios [62], aguardaba una señal de Estilicón cuya razón habría que buscar en lo siguiente: viendo Estilicón 2
que quienes regían el Imperio de Arcadio no eran afectos a su persona, proyectó servirse del apoyo de Alarico para incorporar las provincias todas de Iliria al Imperio de Honorio; concluidos con aquél pactos en tal sentido, esperaba llevar a efecto su empresa de inmediato [63]. Pero mientras 3

---

[62] Epidamno era el antiguo nombre de Dirraquio (actual Durazzo, Albania). Igualmente arcaizantes, pues correponden a pueblos que dejaron de tener existencia autónoma antes de Augusto, son los nombres de molosos, tesprotos (residentes ambos en Epiro) y taulantios (establecidos también en Epiro, pero más al norte que los anteriores).

[63] Al pretender enlazar con los acontecimientos del 397, Zósimo continúa la exposición concerniente a Alarico como si éste no hubiera protagonizado ningún episodio digno de mención desde aquella fecha; sin embargo a fines del 401 Alarico invadió Italia. De allí sale, tras combatir en Polencia y Verona con el ejército romano, para establecerse en el territorio bárbaro vecino a Panonia y Dalmacia. Hacia el 405 Alarico firmó un pacto con Estilicón en virtud del cual el primero era nombrado *magister militum per Illyricum* de Honorio; mediante tal nombramiento, Estilicón reclamaba para Honorio no sólo la sección occidental de la Prefectura Ilírica —perteneciente en teoría al Imperio del Este, pero por razones defensivas cedida provisionalmente al gobierno de Roma— sino también la oriental (cf. O. Seeck, *Geschichte...*, cit., V, págs. 375 y 586; A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., págs. 59-62 y 181-87; A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 731-32; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 173-75 y 427; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 54; H. Wolfram, *op. cit.*, págs. 158-160).

Alarico aguardaba dispuesto a cumplir sus órdenes, Rodo-
gaiso, al frente de cuatrocientos mil bárbaros procedentes
de los pueblos celtas y germanos del otro lado del Danubio
y del Rin, se puso en movimiento para pasar a Italia.
4 Cuando ello fue anunciado, todos quedaron aterrorizados
al oír por primera vez la noticia. Pero al tiempo que las
ciudades renunciaban a alimentar esperanzas y la misma
Roma, en medio del más extremo peligro, se veía sumida
en confusión, Estilicón, después de hacerse con todo el ejér-
cito estacionado en Tesino de Liguria [64] (que sumaba un
total de treinta unidades) y con cuantas tropas aliadas, pro-
cedentes de alanos y hunos, pudo conseguir, sin aguardar
el ataque del enemigo cruzó el Danubio con todo su ejérci-
5 to. Cayendo inesperadamente sobre los bárbaros extermi-
nó, en generalizada masacre, a la totalidad del ejército ene-
migo, de suerte que no quedó ninguno de ellos salvo unos
pocos incorporados por él mismo a los aliados de Roma.
Lleno lógicamente de orgullo por tal victoria, emprendió
Estilicón el camino de regreso, recibiendo coronas de, por
así decirlo, todas las manos, pues contra toda esperanza
había librado a Italia de peligros tenidos por inminentes [65].

[64] Actual Pavía.

[65] La cifra de 400.000 bárbaros (en la que debe incluirse mujeres y niños) puede ser hiperbólica: AGUSTÍN, *civ.* V 23, habla de más de 100.000, OROSIO, VII 37, 4, y otros cronistas de 200.000. Fueron los bárbaros quienes atravesaron el Danubio a la altura de la Panonia II y Valeria a comienzos del 406; los invasores se dividieron en tres grupos (cf. *Chron. Gall. chron. I*, pág. 652, 52), el más numeroso de los cuales, integrado sobre todo por ostrogodos y bajo el mando de Rodogaiso, emprendió el descenso hacia el sur de Italia (tal itinerario fue impuesto probablemente por la presencia del ejército romano reunido por Estilicón en Tesino). Sólo a este grupo venció Estilicón, quien, en agosto del 406, alcanzó a los invasores cerca de Florencia y los obligó a capitular. Rodogaiso fue preso y ejecutado, pero no se dio la masacre generalizada de que habla Zósimo, pues parte importante de las fuerzas invasoras quedó incorporada al ejército romano (cf. OLIMPIODORO, f. 9 [MÜLLER]) y muchos otros fueron vendidos como esclavos (cf. OROSIO, VII 37, 16). La invasión de Rodogaiso supuso la primera dilación de los planes trazados por Estilicón y Alarico contra el Imperio Oriental.

Mientras, en Rávena (ciudad antigua, capital de Flami- 27
nia y colonia de los tesalios, llamada Rene a causa de las
aguas que por doquier fluyen a su alrededor y no por ha-
ber sido, como dice Olimpiodoro de Tebas, fundador de
aquella ciudad Romo, el hermano de Rómulo. En efecto, 2
creo que se ha de dar crédito a Cuadrato, quien en su
relato concerniente a la época del emperador Marco se ex-
presa en tal sentido [66]), mientras, pues, en esta ciudad de
Rávena Estilicón se preparaba para atacar con su ejército
las ciudades de Iliria, a fin de, con ayuda de Alarico, sus-
traerlas a Arcadio y hacer de ellas parte del Imperio de
Honorio, vinieron a presentarse dos obstáculos: un rumor
según el cual Alarico había muerto y unas cartas expedidas
por el emperador Honorio desde Roma y a tenor de las
cuales Constantino, erigiéndose en usurpador, habría he-
cho acto de presencia en las provincias transalpinas —a

[66] Según la etimología propuesta por Cuadrato (que vivió a comienzos del III d. C. y escribió una historia de Roma en 15 libros llamada *Milenaria* que abarcaba desde la fundación de la ciudad hasta el reinado de Severo Alejandro: cf. *FGrHist* 97 T1 e introducción al comentario) el nombre griego de Rávena provendría del verbo griego *rhéo* (= 'fluir'); tal etimología es falsa, como lo es también la propuesta por Olimpiodoro (que para R. J. RIDLEY, *op. cit.*, pág. 215 reflejaría el efecto de la propaganda desplegada cuando, en el 402, Rávena pasó a ser capital del Imperio Occidental: al conectar el nombre de Rávena con las leyendas fundacionales de Roma se presentaba la nueva capital como digna rival de la antigua). En realidad, el nombre de Rávena es etrusco (cf. D. C. SCAVONE, *op. cit).* Aunque Zósimo polemice con Olimpiodoro parece que es de éste de quien procede la cita de Cuadrato (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 58).

donde había pasado desde la isla de Britania— y ejercería
3 en sus ciudades como emperador [67]. Ahora bien, la noticia referida a Alarico fue tenida por dudosa hasta que unos testigos presenciales indicaron lo que ocurría, pero la información referente a la proclamación de Constantino era admitida por todos. Por ello, Estilicón suspendió su marcha a Iliria y llegó a Roma con intención de deliberar acerca del plan que se había de seguir.

28 Finalizado el otoño, a la llegada del invierno, Baso y Filipo fueron nombrados cónsules, mientras que el emperador Honorio, cuya esposa María había muerto no hacía mucho, solicitaba que le fuese dada en matrimonio la hermana de ésta, Termancia. Si Estilicón dudaba al respecto, Serena insistía, teniendo la siguiente razón para que el ma-
2 trimonio se realizase: cuando Honorio iba a contraer matrimonio con María, la madre de ésta veía que la joven aún no tenía edad para el matrimonio; dado que no soportaba la idea de retrasar el matrimonio, pero de otro lado ⟨consideraba⟩ que acceder a la unión sexual sin tener edad para ello no es sino violentar las leyes de la naturaleza, como casualmente diese con una mujer versada en tales menesteres, consigue por medio de ella que su hija case con el Emperador y comparta su lecho sin que aquél pueda
3 ni quiera cumplir con lo que al matrimonio toca. A todo esto murió la joven en ignorancia de la vida matrimonial, en vista de lo cual Serena, lógicamente deseosa de descendencia imperial y ante el temor de que su considerable poder se viese disminuido, empeñó sus fuerzas en desposar

[67] Sobre la usurpación de Constantino véase n. 2 al libro VI. Dicha usurpación supuso, junto con el colapso de la frontera renana en el 407, la segunda y definitiva dilación de las maniobras planeadas por Estilicón y Alarico contra el Imperio Oriental.

a Honorio con su segunda hija. Conseguido lo cual, muere al poco tiempo la joven tras sufrir igual suerte que la primera [68].

Estilicón, cuando se le notificó que Alarico, después 29
de dejar el Epiro y cruzar los desfiladeros que se interponen en la travesía de Panonia a territorio véneto, había plantado su campamento en la ciudad de Emona [69], situada entre la Panonia superior y Norico —pero merece la pena detenerse en esta ciudad y en las circunstancias de
su inicial fundación. Se cuenta que los argonautas llegaron 2

[68] Baso y Filipo fueron cónsules en el 408 (cf. *PLRE II*, págs. 219-20 y 876-77), mientras que la usurpación de Constantino y la consiguiente suspensión de las hostilidades contra el Imperio Oriental se sitúan en el 406-407 (cf. n. 2 al libro VI). Para la muerte de María, casada con Honorio a comienzos del 398 (cf. n. 24), no existe fecha precisa, habiéndose propuesto los años 404 y 407 (véase E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 373; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 61). La boda con Termancia data posiblemente de los primeros días del 408 (cf. E. Demougeot, *ibid.*); a la muerte de Estilicón Honorio repudió a Termancia, pero, frente a lo afirmado por Zósimo, *Chron. Pasch. s.a.*, 415, precisa que ésta vivió hasta el 415. Según Filostorgio, XII 2, la droga productora de impotencia habría sido administrada a Honorio por Estilicón, quien al privar de descendecia al Emperador intentaría asegurar el trono para su hijo Euquerio. Euquerio había sido prometido a Gala Placidia, hija de Teodosio y Gala (Claudiano 22, 350-61), lo cual hacía de él un buen candidato al trono; la boda, sin embargo, nunca llegó a celebrarse.

[69] Emona (actual Ljubljana) estaba habitada desde tiempos prehistóricos (cf. J. Sasel, *op. cit.*, pág. 302). Originariamente no era Emona sino Nauporto (actual Vrhnika, 18 Km. al suroeste de Emona) la ciudad fundada por los Argonautas al final de su travesía danubiana (Plinio, *Hist. nat.* III 128): la sustitución de Nauporto por Emona puede remontar a comienzos del reinado de Tiberio, cuando, por ser ascendida Emona al rango de *colonia*, Nauporto perdió importancia a favor de su vecina hasta el punto de desaparecer de los itinerarios (con excepción de la *tabula Peutingeriana*): cf. B. Saria, *op. cit.*, cols. 2010-11; F. Paschoud, ed. cit., V, n. 63.

perseguidos por Eeto a los lugares del Ponto donde desemboca el Danubio; y pensaron que sería una buena decisión la de, con ayuda de los remos y al amparo de vientos favorables, remontar el curso del río corriente arriba hasta al-
3 canzar el punto más proximo posible al mar. Pusieron en práctica el plan y cuando alcanzaron el lugar que perseguían conmemoraron su llegada fundando la ciudad; colocaron la nave Argo sobre unos aparejos por medio de los cuales la arrastraron a lo largo de un camino de cuatrocientos estadios hasta el mar y, de esta manera, anclaron en las costas de Tesalia, según cuenta Pisandro, el poeta cuya composición *Las Teogamias heroicas* abarca práctica-
4 mente toda la historia [70]—. Tras avanzar desde Emona y

cruzar el río Aquilis había irrumpido en Norico, fuera ya de los Apeninos. Confinan éstos con el extremo de Panonia, ofreciendo, si se pretende atravesar por ellos a la provincia de Norico, un paso muy estrecho para cuya vigilancia bastan unos pocos hombres por nutridos que sean los
contingentes que pretenden forzar la vía. No obstante, 5
Alarico cruzó, tras lo cual envía a Estilicón desde Norico una embajada con la que reclama dinero como pago de su estancia en las provincias de Epiro —estancia que, según decía, había debido efectuar en obediencia a Estilicón— y de su irrupción en Italia y en Norico [71]. Una vez

---

[70] La digresión desencadenada por la mención de Emona rompe la continuidad sintáctica del párrafo que inicia el presente capítulo, introduciendo así un anacoluto. El recorrido danubiano de los Argonautas no formaba parte de la saga original, sino que fue un producto de la erudición geográfica y mitológica, preocupada desde el siglo IV a. C. por trazar un itinerario que explicara coherentemente la ruta legendaria de la nave Argo; según una de las soluciones propuestas los expedicionarios habían penetrado desde el Mar Negro en el Danubio y salido de éste al Adriático: en la época en que se aventuró tal solución se atribuían al Danubio dos desembocaduras, una en el Mar Negro y otra en el Adriático (cf. F. Vian, *op. cit.*, págs. 16-18); sólo en fecha posterior, al conocerse más correctamente la geografía del río, fue formulada la versión que recoge Zósimo. El viaje de los Argonautas concluía en Yolco, Tesalia; a este final en Tesalia parece aludir la frase con que cierra Zósimo su digresión sobre el recorrido de la nave Argos; ahora bien, entre el momento de alcanzar el Adriático, vía Danubio, y la llegada a Yolco se interponían abundantes aventuras, por lo que el texto de Zósimo induce a confusión. Pisandro vivió en la época de Alejandro Severo; su poema mitológico *Las Teogamias heroicas* constaba de 60 libros. La historia cuya totalidad recorría, según Zósimo, el poema de Pisandro es probablemente la historia mítica; pero debe especificarse que Macrobio, *sat.*, V 2, 5, además de repetir la misma expresión —*universas historias*— a propósito de Pisandro, precisa que éste prolongaba el relato hasta su propia época (cf. R. Keydell, *op. cit.*).

[71] La marcha de Alarico tiene como término *ante quem* la llegada a Roma de la noticia, que menciona Zósimo, 31, 1, referente a la muerte de Arcadio (acaecida el 1 de mayo del 408: cf. Sócrates, VII 1); el término *post quem* viene dado por la suspensión de las hostilidades entre el Este y el Oeste subsiguiente a la usurpación de Constantino: al no poder contar con el apoyo de Occidente, Alarico, que había marchado al Epiro para desde allí hostigar al Imperio del Este en cumplimiento del pacto concluido con Estilicón (véase n. 63), hubo de retirarse del territorio oriental, de donde su exigencia de que se le pague por su estancia en el Epiro y por su marcha a Italia y a Norico. Emona formaba en esta época parte de Italia, ubicándose en una lengüeta de la provincia de Venecia-Istria situada al sur de Norico; Alarico, como afirma Zósimo, habría marchado desde Epiro a Norico pasando por Italia. No son correctas, en cambio, ni la afirmación concerniente al río Aquilis (el río en cuestión puede ser el Sava; Aquilis es nombre de un río inexistente, invento probablemente del poeta Pisandro: véase L. Mendelssohn, *op. cit.*, n. *ad loc.* y F. Paschoud, ed. cit., V, n. 64) ni la mención de los Apeninos. Alarico atravesaría en realidad los montes Karawanken (al sur de Klagenfurt) para establecerse en Virunum (al nordeste de Klagenfurt); ocupaba así un territorio, el *Noricum mediterraneum*, desde el cual amenazaba Italia. La observación referente a la facilidad con que se podría haber impedido a los godos el paso a Norico recoge de forma vaga acusaciones, consignadas en Orosio, VII 38, 2, y Filostorgio, XII 2, que culpaban a Estilicón

recibida la embajada, Estilicón dejó a los embajadores en Rávena y marchó a Roma proyectando deliberar con el
6 Emperador y el Senado sobre el plan a seguir. Reunido el Senado en el palacio del Emperador, cuando se planteó la cuestión de si ir o no a la guerra, el parecer de la mayoría era guerrear, y sólo Estilicón junto a unos pocos —aquéllos a quienes el miedo obligaba a votar al unísono con él— defendían la opinión contraria declarándose a fa-
7 vor de firmar la paz con Alarico. Cuando los partidarios de la guerra pidieron a Estilicón que explicara en razón de qué anteponía la paz a la guerra y toleraba que aquélla se comprase con dinero para afrenta del buen nombre de Roma, dijo: «porque efectivamente ha pasado tanto tiempo en las provincias de Epiro para servir al emperador», a fin de luchar junto a él mismo contra el Emperador de Oriente y sustraer Iliria del dominio de éste poniéndola
8 bajo el de Honorio. Y aseguraba que así habría sido a no ser por unas cartas previas del Emperador que habían impedido el paso de Alarico al Oriente, paso a la espera del cual éste había gastado allí mucho tiempo. Y a la vez que daba estas razones mostraba Estilicón la carta y afirmaba que la culpable de todo era Serena, quien pretendía que el buen entendimiento entre los dos Emperadores se
9 mantuviese incólume. A todos entonces parecieron justas las razones de Estilicón, con lo que el Senado decidió entregar a Alarico cuatro mil libras de oro en pago de la paz, si bien el voto de la mayoría no obedeció al propio albedrío sino al miedo hacia Estilicón, de suerte incluso que Lampadio, hombre de excelente reputación y linaje,

de haber permitido el paso a Alarico. Véase sobre todo esto E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 402-5, y *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 451; F. Paschoud, *ibid.*; H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 161.

tras pronunciar en su lengua natal las palabras *non est ista pax, sed pactio servitutis* (que quiere decir «ésta no es paz, sino pacto de servidumbre») [72], tan pronto como se disolvió la asamblea buscó refugio en una iglesia cristiana próxima, temeroso de que su franqueza le acarrease algún percance [73].

Una vez que obtuvo de esta manera la paz con Alarico, 30
se aprestó Estilicón a partir con objeto de llevar a efecto sus planes. Por su parte, el Emperador había expresado el deseo de marchar de Roma y personarse en Rávena para, precisamente ahora que fuerzas de tal magnitud habían penetrado en el interior de Italia, inspeccionar el ejército y brindarle muestras de su aprecio. Al hablar de esta ma- 2
nera no lo hacía, sin embargo, por convencimiento propio, sino siguiendo el consejo de Serena, pues ésta quería que

[72] Las palabras de Lampadio son cita de Cicerón, *Filíp.* 12, 14.

[73] El Senado Romano no parece haber apoyado —al menos en bloque— a aquella facción de la Corte que se oponía a Estilicón, esto es, la facción operante tras Honorio en la cual militaba la propia esposa de Estilicón, Serena: el relato de la sesión en que se discutió la actitud a tomar ante Alarico es contradictorio (se afirma simultáneamente que las razones de Estilicón parecieron justas a todos los senadores y que la mayoría de éstos asintió a la propuesta de Estilicón por miedo) e induce a error (pues la preminencia concedida a la anécdota referente a Lampadio arroja una falsa luz sobre el episodio), pero en definitiva puntualiza cómo las medidas propuestas por Estilicón fueron aprobadas. En efecto, el estamento senatorial no tenía razones para romper la alianza que desde la muerte de Teodosio mantenía con Estilicón, y ello a pesar de que tibieza, limitación a pacto de pura conveniencia e incluso tensiones soterradas habían presidido desde el principio tal alianza (cf. J. Matthews, *Western...*, cit., págs. 264-78). Es posible que además de obtener la suma requerida (que nunca llegó a cobrar), Alarico recibiese el nombramiento de *magister militum per Gallias* (A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 641-42, y H. Wolfram, *op. cit.*), pues ello explica que le fuese encomendada la guerra contra Constantino (cf. capítulo 31, 5).

el Emperador habitase en la ciudad más segura a fin de que, si Alarico violaba la paz y atacaba Roma, no se apoderase también de él. Serena, en efecto, estaba empeñada en salvar al Emperador, ya que en la salvación de éste po-
3 nía también su propia seguridad. Como Estilicón no veía con agrado el viaje del Emperador a Rávena, ideó gran cantidad de obstáculos al respecto. Mas dado que, lejos de ceder, el Emperador se disponía a marchar, Saro, hombre de linaje bárbaro y que mandaba sobre huestes bárbaras en Rávena, promovió por decisión de Estilicón tumultos en las inmediaciones de la ciudad, y ello no con la intención de alterar el orden existente, sino para atemorizar al Emperador y conseguir que desechara el viajar a
4 Rávena [74]. Al no mudar éste de opinión, parece que Justiniano, miembro destacado de la abogacía romana y nombrado por Estilicón colaborador y consejero suyo, alcanzó a vislumbrar con gran perspicacia lo que suponía la marcha del Emperador y cómo al contar con su presencia los soldados establecidos en Tesino, cuya disposición no era favorable a Estilicón, pondrían a este último en una situa-

[74] Estilicón se veía enfrentado a la facción actuante tras Honorio, cuyas directrices en política exterior —entendimiento con el Este y actitud belicosa ante Alarico— eran opuestas las suyas propias —conducta hegemónica hacia el Oriente y recurso a los pactos frente al bárbaro—. Aparte del sostén brindado por aquella parte de la Administración y la Corte que le era adicta, el principal apoyo de Estilicón era las tropas bárbaras: Alarico de una parte, de otra los federados de Panonia, entre los cuales ocupaba una posición preminente Saro; ambos caudillos se hallaban además enemistados entre sí, lo cual representaba una garantía para Estilicón al impedir cualquier acuerdo de los dos en su contra. Los adversarios del Regente contaban con el apoyo militar que les pudiera brindar el Este y con el ejército asentado en Tesino (cf. capítulo 26, 4). La situación político-militar así definida se complicaba por el juego de un tercer factor, la usurpación de Constantino III.

ción extremadamente peligrosa. E insistía en aconsejar que 5
se hiciera desistir al Emperador del viaje en cuestión, pero al ver que aquél no prestaba oído a las palabras de Estilicón se marchó de allí, temeroso de verse arrastrado, en razón de su intimidad con Estilicón, a la misma suerte que éste [75].

Había llegado antes a Roma un rumor según el cual, 31
el emperador Arcadio habría muerto [76], y como después de la partida del emperador Honorio hacia Rávena dicho rumor se afirmase, cuando Estilicón estaba en Rávena y el Emperador se había detenido en Bolonia, ciudad de Emilia separada de Rávena por setenta de las llamadas millas [77], recibe Estilicón la orden de comparecer para apaci-

[75] Según se desprende de la declaración de intenciones que hace Honorio en el párrafo 1 (inspeccionar el ejército) y de las consideraciones de Justiniano, Estilicón se oponía al viaje imperial por evitar que el soberano contactase con las fuerzas estacionadas en Tesino: cabe suponer, consecuentemente, que en el itinerario planeado se incluía una visita a Tesino, y si ello es así la frase «marchar de Roma y personarse en Rávena» induce a error, pues omite la visita a Tesino, que de ninguna manera puede sobreentenderse, ya que esta última ciudad no se encuentra en la ruta entre las dos primeras. Por otra parte, tampoco la presencia de Honorio en Rávena debía ser conveniente para Estilicón, pues desde allí el Emperador podía comunicar con el Oriente mucho más fácilmente que desde Roma: de hecho, y según informa el mismo Zósimo, VI 8, 2, es a Rávena a donde llegaron, en el 410, tropas orientales que resultaron providenciales para Honorio y que eran esperadas, precisa el texto, «desde los tiempos de Estilicón»; las afirmaciones de Zósimo resultan así engañosas, pero no erróneas.

[76] Arcadio murió el 1 de mayo del 408 (cf. n. 71).

[77] Error de Zósimo: 70 millas equivalen a más de 100 Km., mientras que la distancia entre Bolonia y Rávena es de unos 70 Km. Bolonia no está en el camino de Roma a Rávena; Honorio habría pasado por ella al dirigirse a Tesino, lo que confirma la hipótesis sobre la visita imperial a esta última ciudad. Estilicón había marchado a Rávena para dar allí contestación a los embajadores de Alarico.

guar a los soldados en camino, que se habían alzado unos
2 contra otros. Estilicón reconcilió entonces a los adversarios, y ello afirmando no ya que el Emperador había ordenado que se les hiciese entrar en razón, sino que portaba instrucciones de castigar con la muerte a un hombre, el que resultase más culpable, de cada diez; con lo cual les infundió tal temor que todos comenzaron a derramar lágrimas hasta suscitar compasión en el general y hacerle prometer clemencia por parte del Emperador [78].
3 Puesto que

[78] La confusa noticia que aquí brinda Zósimo ha dado lugar a diversas explicaciones: cf. O. SEECK, *Geschichte...*, cit., V, págs. 385-86; E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 411-12; F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 69. Del texto de Zósimo cabe deducir lo siguiente: si se llamó a Estilicón para sofocar la revuelta fue porque estaban involucrados contingentes bárbaros —los únicos sobre los cuales el regente poseía predicamento y autoridad—. Se ha pensado que «los soldados en camino» eran las tropas que acompañaban al Emperador: pero resulta extraño que entre tales tropas se encontrasen bárbaros adictos a Estilicón, pues Honorio se dirigía a Tesino, donde se hallaba el ejército hostil al Regente; por tanto, los soldados en camino debían ser aquellos efectivos bárbaros que habían promovido disturbios en las cercanías de Rávena (cf. capítulo 30, 3) y que ahora se dirigían (o hacían amago de dirigirse) a Tesino para amenazar al ejército allí estacionado —de donde la afirmación de que los soldados «se habían alzado unos contra otros»—. Tal supuesto parece confirmado por el desarrollo ulterior de los acontecimientos: de acuerdo con el capítulo 33, 1, cuando Estilicón, aún en Bolonia, conoció el alzamiento de Tesino se entrevistó con los jefes bárbaros; la entrevista debió celebrarse enseguida, quizás al día siguiente de que llegasen las nuevas de Tesino: ello se deduce no sólo de la celeridad con que transcurrieron los acontecimientos entre el alzamiento de Tesino y la muerte de Estilicón —episodios separados por sólo 9 ó 10 días (cf. nn. 82 y 94)—, sino también del aserto de Zósimo según el cual cuando tuvo lugar la reunión no se sabía aún si Honorio había perecido en la matanza; los jefes bárbaros, pues, debían estar muy cerca de Bolonia, posiblemente en la misma ciudad, con lo cual las fuerzas a sus órdenes serían causantes de la sedición que determinó la llamada del Regente. Si ello es

el Emperador no dejó sin cumplimiento las promesas que aquél les hiciera, volvieron sus miras a la situación política. Estilicón, en efecto, deseaba pasar al Oriente para disponer lo relativo al mandato de Teodosio, el hijo de Arcadio, que contaba pocos años y estaba necesitado de tutela, mientras que Honorio quería ser él quien realizase este viaje y organizase cuanto fuese menester para que el muchacho conservase la corona [79]. Disconforme con lo cual, Es- 4
tilicón disuade al Emperador de tal empresa aduciendo lo elevado de los gastos que habrían de invertirse en la marcha. Y decía que tampoco el alzamiento de Constantino le permitía despreocuparse respecto a Roma e Italia, pues el usurpador Constantino había a la sazón atravesado toda Galia para establecerse en Arelato [80]. A estas cosas, ya de 5
por sí suficientes para requerir la presencia y providencia del Emperador, se añadía asimismo la llegada —y con tan numeroso ejército bárbaro— de Alarico, hombre pérfido, bárbaro y que atacaría Italia tan pronto la viese desprovista de protección. Por tanto, la decisión mejor y la más conveniente para la república era hacer que Alarico se dirigiese contra el usurpador llevando consigo una parte de los bárbaros a sus órdenes, así como unidades y jefes romanos que participarían a su lado en la guerra; en cuanto a él mismo, se establecería en el Oriente por orden del Em-

así, todo el episodio habría sido un montaje con el que Estilicón habría intentado —y conseguido— demostrar al Emperador la imposibilidad de prescindir de su persona.

[79] El sujeto de «volvieron sus miras» son Estilicón y Honorio. En esta parte de su obra Zósimo parece haber sometido a fuerte resumen el texto de Olimpiodoro, lo que produce malentendidos en la articulación de la frase y en el sentido general del relato. Teodosio II había nacido el 10 de abril del 401: cf. A. LIPPOLD, «Theodosius II...», cit., col. 962.

[80] La actual Arlés.

perador, quien le habría de dar una carta referente al plan
6 a seguir. Pues bien, el Emperador juzgó que todo lo expuesto por Estilicón era acertado, en vista de lo cual, y tras entregarle las cartas para el emperador de Oriente y para Alarico, partió de Bolonia [81]. Estilicón permaneció algún tiempo en la comarca, sin partir en dirección al Oriente, llevar a efecto ningún otro de sus planes y ni aún desplazar a Rávena o a cualquier otro sitio parte de los soldados establecidos en Tesino, por miedo a que coincidiesen en el camino con el Emperador y lo indujeran a hacer algo dañino contra su persona [82].

32 En tal coyuntura se hallaba Estilicón, quien no estaba implicado en ninguna maniobra hostil contra el Emperador o contra los soldados [83]. Ahora bien, había un tal Olimpio —procedente del Ponto Euxino, honrado con un brillante empleo en la Corte y cuyo interior ocultaba, bajo una aparente devoción cristiana, grandes dosis de vileza— que a causa de su fingida honestidad tenía trato habitual con el Emperador [84]; éste se dedicó a verter contra Estilicón lo que el poeta llama «muchos y funestos propósitos», en el sentido de que si se afanaba por marchar a Oriente era para tramar la muerte de Teodosio y poner el Imperio oriental en manos de su hijo Euquerio [85]. Tales fueron los
2 propósitos que por el camino, cuando tuvo ocasión de ello, deslizó en el Emperador. Encontrándose el cual ya en Tesino, al visitar Olimpio a los soldados que se hallaban enfermos (pues precisamente esto era punto principal de su si-

81 Las presentes afirmaciones parecen corroborar que Alarico había sido nombrado *magister militum per Gallias* (cf. n. 73).

82 El alzamiento de Tesino —narrado en el cap. 32— acaeció el 13 de agosto del 408, 4 días después de la llegada del Emperador (cf. *Cons. Ital. chron. I* p. 300, 538); éste pudo invertir 6 días en ir de Bolonia a Tesino, con lo que partiría de la primera el 3 de agosto. Honorio, por otra parte, salió de Roma para Bolonia muy poco después del 1 de mayo, fecha de la muerte de Arcadio (cf. n. 71), puesto que, según indica el párrafo 1 del presente capítulo, cuando se produce tal salida la noticia sobre la muerte de Arcadio es sólo un rumor: cabe así suponer que su llegada a Bolonia tuvo lugar hacia mediados de mayo. De acuerdo con ello, el Emperador debió permanecer en Bolonia, detenido posiblemente con motivo de la revuelta que consignan los párrafos 2 y 3, casi tres meses.

83 Las palabras de Zósimo sobre la inactividad de Estilicón tras la marcha del Monarca aluden quizás a una momentánea posposición de los preparativos requeridos por el viaje del Regente al Imperio Oriental, viaje en el que, según Sozómeno, IX 4, 6, debían acompañarlo 4 unidades militares.

84 No sabemos con seguridad qué cargo ocuparía Olimpio antes de la muerte de Estilicón. A este respecto, Filostorgio, XII 1, registra dos tradiciones divergentes: según la primera, Olimpio contaría entre los *magistri* cuando tramó con el Emperador el fin de Estilicón, que estaba en Rávena; de acuerdo con la segunda, el nombre del personaje no sería Olimpio sino Olimpiodoro, Estilicón habría sido su benefactor (Olimpiodoro, f. 1, 2 [Müller], confirma esta noticia) y sólo cuando éste murió habría recibido el cargo de *magister*. De otro lado, Zósimo, V 35, 1, y Olimpiodoro, f. 1, 8 [Müller], afirman que Olimpio fue *magister officiorum* tras la muerte de Estilicón, consignando además Zósimo en el presente capítulo, párrafo 6, que cuando tuvo lugar dicha muerte el *magister officiorum* era Nemorio. Es posible pensar, por tanto, que en las dos versiones registradas por Filostorgio *magister* equivale a *magister officiorum*, y entonces la primera versión sería errónea (así F. Paschoud, ed. cit., V, n. 71), o que esta equivalencia sólo se da en la segunda versión, ante lo cual el cargo designado en la primera podría ser el de *magister scrinii* (W. Ensslin, «Olympios»..., cit., col. 246; *PLRE II*, pág. 801).

85 El rumor según el cual Estilicón pretendía el trono para su hijo Euquerio (posiblemente invento de la propaganda antiestiliconiana: cf. A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., págs. 46-47) se halla también recogido por Orosio, VII 38, 1, Sozómeno, IX 4, 7, Filostorgio, XI, 3, y XII 2, y Jordanes, *Rom.* 322. La expresión «muchos y funestos propósitos» es homérica: cf. *Il.* VI 169.

mulada virtud [86]), también en aquéllos dejó caer insinua-
3 ciones similares. Sólo cuando transcurrió su cuarto día de estancia en Tesino se mostró el Emperador ante los soldados, que habían sido convocados al palacio imperial, y los animó a la guerra contra Constantino. Sin que se mencionase para nada a Estilicón, dio la impresión de que Olimpio, como recordando las conversaciones que había mantenido con ellos en secreto, hacía una señal a los soldados.
4 Los cuales, colocados por la razón que fuese en un estado de frenesí, degüellan a Limenio, prefecto del pretorio para las provincias transalpinas, y junto a él a Cariobaudes, el general de las fuerzas allí estacionadas (ocurría, en efecto, que habían huido del usurpador para salir al encuentro del Emperador a la altura de Tesino). Degüellan además a Vicencio y Salvio, el uno comandante de caballería, el otro colocado al frente de la unidad de los domésticos [87].
5 Como quiera que, al ir a más la revuelta, el Emperador se retirase al palacio imperial y algunas personalidades del gobierno consiguiesen escapar, los soldados se dispersaron por la ciudad, mataron, después de sacarlos a rastras de las casas donde se habían refugiado, a cuantos miembros del gobierno pudieron y saquearon las riquezas de la ciudad. Puesto que los destrozos prosiguieron hasta el límite de lo irremediable, el Emperador se puso una simple túnica y, sin manto ni diadema, apareció en medio de la ciudad, logrando apenas, y por medio de gran esfuerzo, contener
6 el furor de los soldados. De las personalidades del gobier-

[86] En la traducción de esta frase sigo la corrección de L. MENDELSSOHN, que no acepta F. PASCHOUD.

[87] Cariobaudes era *magister equitum per Gallias*, Vicencio *magister equitum praesentalis* y Salvio *comes domesticorum*. Sobre los *domestici* véase n. 67 al libro III.

no perecieron también cuantos fueron capturados después de huir: Nemorio, intendente de los sevicios de palacio, Patroino, encargado del tesoro público, *** [88], que estaba al frente de la caja del Emperador, y además Salvio, a quien competía publicar las sentencias imperiales, cargo éste al que desde tiempos de Constantino se dio en llamar cuestor [89]. Salvio, en efecto, no alcanzó a escapar de la muerte
ni asiéndose a los pies del Emperador. La revuelta duró 7
hasta el final de la tarde, y el Emperador se retiró por miedo a que se produjera un movimiento hostil incluso contra su persona. Mientras, al encontrar a Longiniano, que era prefecto del pretorio para Italia, también a él le dan muerte. Éstos fueron los magistrados que murieron a causa de la demencia de los soldados. Asimismo pereció, de entre los que casualmente se encontraban presentes, una muchedumbre cuya magnitud no es fácil de contener en cifras.

Cuando Estilicón, a la sazón en Bolonia —ciudad per- 33
teneciente, según ya se expuso, a la Emilia— recibió noticia de todo ello, se sintió invadido por una enorme conmoción. Llamó entonces a todos los caudillos bárbaros que estaban bajo sus órdenes para deliberar sobre lo que debía hacerse. Todos por unanimidad aprobaron la decisión consistente en que si el Emperador había muerto (pues esto era aún dudoso), los bárbaros aliados a Roma cayesen conjuntamente y de un solo movimiento sobre los soldados, ante lo cual, todos los demás se verían obligados a actuar con mayor prudencia, y si resultaba que el Emperador no

[88] Laguna en el texto.

[89] Nemorio era *magister officiorum*, Patroino *comes sacrarum largitionum*, el cargo designado a continuación es el de *comes rei privatae* y Salvio era *quaestor sacri palatii*.

había muerto pero sí habían perecido los miembros del gobierno, hacer que los responsables de la rebelión pagaran
2 por ello [90]. Tales fueron, pues, las decisiones adoptadas por Estilicón y los bárbaros a sus órdenes. Mas cuando supieron que no se había producido ofensa alguna contra la institución imperial, entonces ya no fue el parecer de Estilicón el de proceder a imponer sanciones al ejército, sino el de retirase a Rávena. Tomaba, efectivamente, en consideración lo cuantioso de los soldados, veía además que, ciertamente, la opinión del Emperador sobre su persona no era algo en que se pudiera confiar y, junto a todo ello, no consideraba ni lícito ni seguro acometer con bárbaros a un ejército romano.

34 Mientras Estilicón se debatía en estas consideraciones, los bárbaros que estaban con él se esforzaban, deseosos de ejecutar los puntos de vista previamente adoptados, por apartarlo de las consideraciones que posteriormente se hi-

[90] El plan trazado por Estilicón y sus aliados para el caso de que el Emperador hubiese muerto es expuesto de manera confusa, pues no se sabe con exactitud quiénes eran los soldados a los que habían de atacar los bárbaros (posiblemente los estacionados en Tesino: cf. L. Mendelssohn, *op. cit.*, *ad loc.*), ni quiénes los que actuarían con mayor prudencia tras dicho ataque (¿los estacionados en otras plazas?). Las consideraciones de Estilicón sobre lo numeroso de los soldados parecen indicar que las tropas bárbaras no eran superiores al ejército de Tesino: éste, en efecto, estaba integrado por unos 30.000 hombres (cf. capítulo 26, 4, y F. Paschoud, ed. cit., V, n. 56), mientras las fuerzas de los bárbaros no llegaban a ese número o en todo caso sólo lo igualaban (en el capítulo 35, 6, se habla de 30.000 bárbaros, cifra que quizás resulta excesiva o en la que tal vez deben incluirse mujeres y niños: cf. n. 100). La maniobra, en todo caso, estaría destinada a intimidar a la facción enemiga de Estilicón, haciéndole ver la necesidad de contar con éste y con los federados bárbaros para hacer frente a la delicada situación existente. La marcha posterior de los acontecimientos parece indicar que Estilicón fue incapaz de controlar a sus aliados una vez que los puso en movimiento.

ciera. Como, sin embargo, no lograban convencerlo, determinaron todos menos Saro aguardar en ciertos lugares a que el Emperador expresara con más claridad el parecer que albergaba respecto a Estilicón; pero Saro, que por vigor físico y por renombre destacaba del resto de los aliados, liquidó mientras dormían, valiéndose de los bárbaros a sus órdenes, a todos los hunos que en esos momentos se encargaban de la guardia de Estilicón, y tras apoderarse de cuanto formaba parte del bagaje de aquél se encaminó hacia su tienda, donde se instaló para observar lo que iba
a ocurrir [91]. Estilicón entonces partió, aún contra el pare- 2
cer de sus aliados bárbaros, en dirección a Rávena, desde donde advierte a aquellas ciudades en que hubiera mujeres y niños bárbaros de que no acojan a ningún bárbaro que se dirija a ellas. A su vez Olimpio, dueño ya de los designios del Emperador, procedió a enviar a los soldados de Rávena una carta imperial con la orden de que Estilicón fuera apresado y retenido entre ellos, bajo guardia pero
sin confinamiento carcelario, durante algún tiempo. Al 3
tener Estilicón conocimiento de dicha orden se instaló, mientras aún era de noche, en una iglesia cristiana próxima. A la vista de ello, los bárbaros que le acompañaban y las

[91] No sabemos el sentido exacto que tuvo la acción de Saro contra la guardia de Estilicón. Desde un punto de vista general puede suponerse que Saro intentó presionar al Regente a fin de poner en práctica una línea de actuación ante la cual este último retrocediera: a la hora de juzgar tal retroceso no debe olvidarse que el doble pacto con dos aliados —Saro y Alarico— enemistados entre sí proporcionaba a Estilicón la independencia necesaria para llevar a cabo una política no dictada por sus socios bárbaros, y que Saro habría aprovechado cualquier encumbramiento o cualquier posibilidad de iniciativa para proceder contra su rival; el Regente, por tanto, no podía conceder protagonismo ninguno a Saro sin temor de que éste vulnerara el difícil equilibrio en que se cimentaba su propia independencia política.

gentes en general que formaban parte de su casa se dispusieron, armados y acompañados de servidores, a observar
4 el desenlace. Cuando ya fue de día, irrumpieron en la iglesia los soldados; y después de prometer bajo juramento y en presencia del obispo que las órdenes recibidas del Emperador no eran de matarlo sino de someterlo a vigilancia, una vez que ya había salido de la iglesia y estaba bajo vigilancia de los soldados, el que había traído la primera carta procedió a entregar una segunda en la cual se sancionaba con la muerte los delitos cometidos por Estilicón con-
5 tra el Estado. Al ocurrir todo ello su hijo Euquerio se había dado a la fuga retirándose en dirección a Roma, y a continuación Estilicón fue conducido al lugar donde debía recibir muerte. Como los bárbaros de su comitiva, los sirvientes y demás miembros de su casa (que integraban una no mediana muchedumbre) se pusieran en movimiento para librarlo de la ejecución, Estilicón los hizo desistir de semejante empresa atemorizándolos con toda suerte de amenazas, por lo cual él mismo, de alguna manera, ofreció el cuello a la espada, tras haberse probado el más comedido de prácticamente todos cuantos en aquel tiempo ejer-
6 cieron el poder. Casado, en efecto, con una sobrina de Teodosio y habiendo recibido en encomienda el Imperio que tocaba a ambos hijos de éste, desempeñó la comandancia suprema del ejército durante veintitrés años [92], sin

[92] Sobre la sucesión y disposiciones testamentarias de Teodosio I consúltese n. 8. El presente elogio de Estilicón contradice las opiniones vertidas por el mismo Zósimo en otros pasajes: véase V 1, 1-3, y V 12; con toda probabilidad este cambio de criterio es un reflejo del cambio de fuente que se registra en la *Nueva Historia* a partir de V 26 (cf. n. 61), pues si Eunapio no apreciaba al regente del Oeste, Olimpiodoro parece haberlo tenido en alta estima (véase J. Matthews, «Olympiodorus...», cit., pág. 90). Es falso que Estilicón desempeñara la comandancia suprema del ejército durante 23 años.

que jamás se le viera asignar cargos militares por motivos de lucro ni utilizar en provecho propio la intendencia militar. Padre de un único hijo, lo elevó hasta la dignidad que 7
recibe el nombre de notario tribuno [93], sin recabar para él ninguna posición de poder. Para que los adictos a la erudición no desconozcan la fecha de su muerte, era entonces el consulado de Baso y Filipo, durante el cual halló su fin también el emperador Arcadio, en el décimo día de las calendas de septiembre [94].

Muerto Estilicón, toda la Corte se regía al dictado de 35
Olimpio, que tomó para sí mismo el cargo de intendente de los servicios de palacio [95], mientras que los demás cargos los distribuía el Emperador entre quienes señalaba Olimpio. Al rastrearse por doquier la presencia de hombres de 2
la casa de Estilicón y demás partidarios suyos, fueron llevados a juicio Deuterio, chambelán de la cámara imperial, y Pedro, protooficial del cuerpo de secretarios [96]; sometidos a una investigación oficial, se intentó forzarlos a que hablaran de Estilicón, pero como no tenían nada que revelar ni contra ellos mismos ni contra Estilicón, Olimpio, al ver fallidos sus propósitos, ordenó que se les apaleara hasta morir. Llamados a juicio muchos otros de quienes 3
se sospechaba que habían de tener parte en algún secreto de Estilicón, dado que, forzados bajo tormento a declarar si sabían de aspiración alguna al trono por parte de éste,

[93] Zósimo transcribe aquí el título de *tribunus et notarius*. Sobre la *schola notariorum* véase n. 67 al libro III.

[94] *Cons. Ital. chron. I*, pág. 300, 538, adelanta un día la fecha que ofrece Zósimo para la muerte de Estilicón; éste sería ejecutado, pues, el 22 ó 23 de agosto del 408.

[95] *Magister officiorum*.

[96] *Praepositus sacri cubiculi* y *primicerius notariorum*.

ninguno dijo conocer nada semejante [97], los que se ocupaban del asunto lo abandonaron, mientras que el emperador Honorio dispuso que su esposa Termancia fuera, aunque libre de sospecha en lo tocante a la investigación, apartada del trono y entregada a su madre, y que a Euquerio, el hijo de Estilicón, se le buscase por doquier y se le diese
4 muerte. Habiéndosele hallado en una de las iglesias de Roma, donde había buscado refugio, lo dejaron en paz por respeto al lugar. En Roma Heliócrates, que había sido puesto al frente del tesoro privado [98], al ser portador de una carta imperial en la cual se prescribía que fuesen confiscadas en favor del estado las haciendas de cuantos habían alcanzado un cargo público en tiempos de Estilicón, emprendió una tarea *** de riquezas para el tesoro priva-
5 do [99]. Y como si todo esto no bastase para satisfacer al espíritu que a la sazón imperaba sin restricciones, espíritu perteneciente al orden de los nefastos y que en ausencia de la divinidad confundía todos los asuntos humanos, un nuevo factor vino a añadirse a los ya existentes, y fue el que sigue: cuando les llegó la noticia del fin de Estilicón, los soldados estacionados en las ciudades cayeron sobre las mujeres e hijos de los bárbaros que había en cada una de ellas y, como si obedeciesen a una señal, los masacraron a todos, apoderándose de cuantas riquezas tenían.
6 Una vez que los parientes de las víctimas se enteraron de ello y afluyeron desde todas partes a un mismo lugar, tras lamentar tamaña muestra de impiedad por parte de los romanos en perjuicio de la palabra dada a la divinidad, deci-

[97] Sobre tal acusación véase n. 85.

[98] *Comes rei privatae.*

[99] Laguna en el texto.

dieron por común acuerdo añadirse a Alarico para participar junto a él en la guerra contra Roma. Reunidos con tal objeto en número ligeramente superior a los treinta mil, se apresuraron a llevar a efecto lo que creían oportuno [100].

Ni incitado por éstos se decidía Alarico a la guerra, 36
sino que, ateniéndose al acuerdo firmado con Estilicón, anteponía la paz. Envió entonces embajadores con la solicitud de guardar la paz a cambio de una suma no muy alta, recibiendo como rehenes a Aecio y a Jasón —hijo el uno de Jovio, el otro de Gaudencio— y entregando a su vez él mismo a algunos de los nobles de sus huestes: bajo estos términos se mantendría en calma y conduciría su ejército de Norico a Panonia. Propuesta la paz por Ala- 2
rico sobre estas condiciones, el Emperador rechazó su solicitud. Ciertamente, para manejar adecuadamente la situación era preciso llevar a cabo una de estas cosas: había o que diferir la guerra, llegando a un acuerdo a cambio de una suma moderada, o, si se elegía luchar, reunir cuantas unidades militares hubiese, apostarlas en los lugares de

[100] Zósimo 42, 3 (cuyo texto, sin embargo, ha sido objeto de corrección: cf. n. 121) cifra en 40.000 los godos que asediaban Roma bajo Alarico, lo que resulta difícil de compatibilizar con el número que aquí se ofrece para los bárbaros que se le unieron (sería necesario suponer o que los seguidores primeros de Alarico estaban en minoría o que ambas cifras contienen mujeres y niños en muy distinta proporción). En todo caso, no parece probable que se le unieran, al menos inmediatamente, los federados panonios; a este respecto el mismo Zósimo (V 37, 1-2) consigna que Ataúlfo (jefe de la facción favorable a Alarico) no pudo unirse a Alarico cuando en octubre éste emprendió la invasión de Italia y un segundo pasaje (V 45, 5-6) precisa que cuando Alarico se hallaba ya en el sitio de Roma, Ataúlfo, al frente de escasos contingentes, intentó sumársele y logró su objetivo (esto último se deduce no del pasaje en cuestión, que no lo especifica, sino de Zósimo, V 48, 1). Según Filostorgio, XII 3, la comitiva bárbara de Estilicón se unió, asimismo, a Alarico.

entrada del enemigo, cerrando el avance al bárbaro, y elegir comandante supremo a Saro, quien de por sí poseía reputación como para infundir pavor al enemigo en razón de su valor y su experiencia bélica y disponía además de un contingente de bárbaros suficiente para oponer resisten-
3 cia. Pero como ni firmó la paz, ni congregó al ejército romano, ni se atrajo la amistad de Saro, sino que puso sus esperanzas en las plegarias que elevaba Olimpio, infligió grandísimos males al Estado [101]. Designó comandantes del ejército, en efecto, a hombres aptos para suscitar desprecio en el enemigo, pues colocó al frente de la caballería a Turpilión, de la infantería a Varanes, de la unidad montada de los domésticos a Vigilancio [102] y a este tenor lo demás, por lo que todos, perdidas las esperanzas, creían tener ante los ojos la destrucción de Italia.

37 Así las cosas, Alarico se decidió a marchar contra Roma, lleno de irritación ante los preparativos de Honorio. Como, al tratarse de un empresa de dimensiones tan sumamente grandes, pensaba realizarla no simplemente en condiciones de igualdad, sino con efectivos bastante mayores, manda llamar de la Panonia superior al hermano de su esposa, Ataúlfo, para que tomara parte a su lado en el intento, dado que poseía una cantidad no despreciable de

[101] El establecimiento de Alarico en Panonia (o incluso en algún lugar próximo a Panonia) habría arrastrado el triunfo de aquella facción de los federados panonios, la de Ataúlfo, favorable a la unión con Alarico, lo cual habría implicado —junto al incremento de fuerza de los federados, unidos ahora en un solo bloque— un serio desequilibrio en el sistema de alianzas romano. Es posible que fuese tal condición lo que ocasionó el rechazo de la corte de Rávena.

[102] Turpilión fue nombrado *magister equitum praesentalis* (cf. A. Demandt, «Magister...», cit., col. 636), Varanes *magister peditum* y Vigilancio *comes domesticorum equitum*.

hunos y godos [103]. Sin aguardar, no obstante, su compare- 2
cencia, avanza hasta sobrepasar Aquilea y, tras ésta, las ciudades ubicadas al otro lado del río Po (esto es, Concordia, Altino y a continuación Cremona); cruzado el río sin que, como si de concurrir a una celebración festiva se tratara, ningún enemigo le saliese al paso, llegó a un puesto militar de Bolonia llamado Ecubaria [104]. Desde allí atrave- 3
só toda Emilia y, dejando atrás Rávena, alcanzó Rímini, una gran ciudad de Flaminia. Sobrepasó asimismo, seguidamente, Rímini y el resto de las ciudades pertenecientes a su demarcación para presentarse en Piceno, provincia situada hacia el extremo del Golfo Jónico [105]. Desde allí 4

[103] Sobre la no comparecencia de Ataúlfo véase n. 100.

[104] Identificable quizás con la actual Vigarano, 10 Km. al norte de Ferrara (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 84). Si se admite, como indica Zósimo, que desde el primer momento Roma era el objetivo de las huestes godas, en la ruta recorrida por éstas el paso por Cremona para ir luego a Bolonia y Rímini constituye un desvío hacia el Oeste de unos 200 Km. difícilmente justificable: de aquí que se hayan propuesto enmiendas al texto o pensado que el nombre de Cremona fue introducido en el presente pasaje en virtud de un accidente en la transmisión (véase F. Paschoud, *ibid.*). Cabe también aventurar que la decisión de marchar contra Roma fue tomada sólo cuando los invasores se hallaban en suelo italiano y que el objetivo primero de Alarico habría sido otro (así E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 433-34, y *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 454-55; H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 162).

[105] Zósimo yerra al localizar el Piceno «hacia el extremo del Golfo Jónico», error que F. Paschoud, ed. cit., V, n. 84, explica así: Procopio, *Bell.* III 2, 9, sitúa Rávena en el extremo del Golfo Jónico, de donde cabe deducir que los historiadores griegos tardíos confunden dicho golfo con el Mar Adriático; a esta confusión se superpondría en el presente texto otra entre Flaminia —al norte del Adriático— y Piceno, confusión facilitada por el hecho de que ambas demarcaciones formaron en el siglo IV una sola provincia, pero hacia el 398 fueron de nuevo separadas en dos, llamadas *Flaminia et Picenum annonarium* y *Picenum suburbicarium*.

se lanzó en dirección a Roma [106], al tiempo que devastaba cuanto encontraba a su paso, ya fuese plaza fuerte o ciudad, de suerte que si los eunucos Arsacio y Terencio no hubiesen, anticipándose a la llegada de los bárbaros a estos lugares, huido en compañía del hijo de Estilicón, Euquerio, que había sido condenado a muerte por el emperador y a quien condujeron a Roma, donde se cumplió la resolución imperial, con toda seguridad el joven hubiera caído
5 en manos de Alarico y alcanzado a salvarse. Una vez que llevaron a efecto la orden concerniente a éste y que pusieron a Termancia, la esposa de Honorio, en manos de su madre [107], los eunucos, como no podían volver junto al Emperador por ningún camino, se embarcaron tomando el rumbo que lleva al país de celtas y gálatas [108]. Tras llegar al puerto de Génova, ciudad de Liguria, consiguieron refugiarse en Rávena, donde residía también el Emperador.
Por tener el Emperador como cosa de gran utilidad para 6
la república el recompensar a los eunucos que habían devuelto a Termancia a su madre y ejecutado a Euquerio, en gracia a semejantes muestras de valentía designó a Terencio chambelán del palacio imperial y a Arsacio lo nombró segundo en este cargo [109]. Y después de ordenar la muerte de Batanario, ⟨comandante⟩ de las tropas estacionadas en la Gran Libia [110] y marido de la hermana de Estilicón, entregó el puesto a Heracliano, ejecutor con su propia mano de Estilicón y, a título de tal, honrado con semejante nombramiento.

Estando ya Alarico en las inmediaciones de Roma y 38
habiendo sometido a cerco a sus habitantes, concibió el Senado sospechas respecto a Serena en el sentido de que había atraído a los bárbaros a la ciudad; por ello el Senado todo, en unánime decisión, y Gala Placidia, la hermana por parte de padre del Emperador, decidieron la ejecución de aquélla como responsable de los males que se habían abatido sobre la ciudad. En efecto, una vez suprimida Serena, el mismo Alarico se había de retirar, pensaban, de la ciudad, al no haber ya nadie de quien pudiese esperarse el propósito de traicionarla. Pues bien, la sospecha era en 2
realidad falsa (ya que Serena no había concebido ningún propósito semejante), pero aportó justo castigo a las impiedades perpetradas por ésta contra la divinidad, según inmediatamente voy a exponer: cuando Teodosio el Viejo, tras suprimir al usurpador Eugenio, tomó Roma e incitó

[106] Alarico se presentó en Roma a tiempo para apoderarse del trigo africano que abastecía a la capital (ZÓSIMO, V 39, 1; SOZÓMENO, IX 6, 2; FILOSTORGIO, XII 3); dicho abastecimiento llegaba a la desembocadura del Tíber en otoño. Por otra parte, Honorio, que estaba en Milán el 24 de septiembre del 408 (*Cod. Theod.* IX 42, 20), se refugió ante el avance de Alarico en Rávena, donde residía el 14 de noviembre del 408 (*Cod. Theod.* XVI 5, 42). Puede suponerse, a la vista de ello, que Alarico, cuya marcha debía ser lenta a causa de la masa humana que arrastraba consigo, salió de *Virunum* a finales de septiembre.

[107] En el capítulo 35, 3-4 se cuenta que a la muerte de Estilicón Euquerio se había refugiado en una iglesia cristiana de Roma para escapar a la muerte; hay pues una contradicción con el presente relato. FILOSTORGIO, XII 3, consigna que, tras morir su padre, Euquerio marchó a Roma, donde se acogió al asilo de un lugar sagrado; posteriormente, sin embargo, llegó una carta de Honorio que invalidaba el derecho de asilo al que se había acogido Euquerio, con lo que éste fue ejecutado. Es posible, como indica F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 85, que Zósimo haya resumido el relato de Olimpiodoro, de quien depende también Filostorgio, hasta el punto de omitir un elemento que explicaría la conexión entre el presente pasaje y lo consignado en 35, 3-4. Sobre Termancia véase n. 68.

[108] Esto es, a territorio galo.

[109] *Primicerius sacri cubiculi.*

[110] *Comes Africae*, es decir, comandante del ejército *comitatensis* establecido en la diócesis de África.

a todos a despreciar los cultos sagrados negándose a proveer pública financiación para los sacrificios, sacerdotes y sacerdotisas hubieron de partir, y los recintos cultuales que-
3 daron vacíos de cualquier ceremonia religiosa. Serena decidió entonces, haciendo escarnio de todo ello, visitar el templo de la Gran Madre, y al reparar en que el cuello de la estatua estaba ceñido por un adorno en correspondencia con la dignidad del culto debido a aquella diosa, lo quitó de la estatua para colocarlo en torno a su propio cuello [111]. Y cuando una anciana, resto aún subsistente de las vírgenes vestales, le echó en cara esta impiedad, respondió de forma ofensiva y dio a sus acompañantes orden de expul-
4 sarla. La anciana pidió a los dioses, en el momento de salir, que sobre Serena misma, su marido y sus hijos cayera todo el castigo que esta impiedad merecía. Mas como, sin tener en nada aquella maldición, se retirase Serena del recinto adornada con el aderezo, muchas veces la visita-

[111] Zósimo parece situar el sacrilegio de Serena en el curso de la presunta visita que hizo Teodosio a Roma en el 394 (cf. Zósimo, IV 59); la suposición de que tal visita sea falsa no fuerza a considerar ficticio el despojo de la estatua aquí narrado, despojo que pudo ocurrir también en el 389 (cuando sabemos por Claudiano, 24, 174-81, que Serena estaba en Roma; debe añadirse que los subsidios públicos al Colegio de las Vestales fueron suprimidos, según indica Símaco, *rel.* 3, 11, en el 382, por lo que ya en el 389 el Colegio podía registrar los síntomas de decadencia aludidos por Zósimo: cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 88) o en fecha posterior (cabe también imaginar con A. Demandt-G. Brummer, *op. cit.*, pág. 468 que Zósimo ofrece sólo el término *post quem* del espolio). El templo donde se sitúa la escena es posiblemente el *Metroon* del Palatino, donde Cibeles-Rea era adorada bajo forma de una piedra negra traída de Pesinunte en el 204 a. C.; la piedra era anicónica, pero de Arnobio, *nat.* VII 51, y Prudencio, *perist.* 10, 156-7, se concluye que posteriormente le fue añadida una cabeza, lo que explica la presencia de un aderezo en su cuello. Sobre el proceso contra Serena véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

ban, en sueño y vigilia, fantasías que apuntaban a su futura muerte, y también otros tuvieron sueños semejantes. La Justicia que recae sobre los impíos estaba tan determinada a ejecutar la pena adecuada al caso, que ni aún sabiendo lo que iba a ocurrir se guardó Serena de ello, sino que ofreció a la soga el cuello en que había ceñido el adorno
de la diosa. Se dice que tampoco Estilicón, a causa de una 5
impiedad no alejada de ésta, escapó al secreto dictamen de la Justicia. En efecto, Estilicón mandó, según cuentan, desguarnecer unas puertas del Capitolio de Roma revestidas por una capa de oro que sumaba gran peso; y los encargados de ello encontraron escrito en una de las puertas *misero regi servantur*, que significa «para un triste soberano se guardan». Y alcanzó a realizarse lo que estaba escrito, pues triste y miserablemente abandonó aquél la vida [112].

Mas tampoco la muerte de Serena hizo que Alarico 39
desistiera del cerco, sino que él mismo tenía rodeada la ciudad y todas sus puertas, y, por otra parte, había hecho ocupar el río Tíber, con lo que impedía el abastecimiento por el puerto. Tras reparar en ello, los romanos decidieron resistir, a la espera prácticamente cada día de que acudiera
de Rávena ayuda a la ciudad. Puesto que nada llegaba, 2
viendo frustadas sus esperanzas determinaron disminuir la ración de alimentos y consumir sólo la mitad de lo que anteriormente se gastaba cada día, y después, al ir a más la escasez, la tercera parte. Dado que no había manera

[112] Con independencia de que el desguarnecimiento de las puertas del Capitolio sea o no cierto, Estilicón, que hasta el 407 había mantenido una política de relativa neutralidad en materia religiosa, decretó a partir de esta fecha —movido quizás por el afán de competir en celo cristiano con Olimpio— una serie de medidas antipaganas: cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 400-401; A. D. E. Cameron, *Claudian...*, cit., pág. 220.

de remediar la deteriorada situación y que cuanto contribuye al sustento faltaba, lógicamente al hambre vino a añadirse la peste, y toda la ciudad estaba llena de cadáveres.
3 Por ser imposible dar sepultura a los cuerpos (pues el enemigo vigilaba todas las salidas), la ciudad se convirtió en una tumba ocupada por los muertos, hasta el punto de resultar, también por esta razón, un lugar prácticamente inhabitable y de que, incluso sin la escasez de alimentos existente, hubiese bastado para acabar con las vidas el olor
4 expelido por los cadáveres. Laeta, la esposa del que fue emperador Graciano, y Tisamene, su madre, socorrieron a gran cantidad de gente al compartir con ellos los artículos indispensables. En efecto, como el Estado las proveía con suministros de la mesa imperial, prerrogativa que disfrutaban por decisión de Teodosio, no pocos encontraban fuera de su casa alivio al hambre gracias a la humanidad de estas mujeres.

40 Habiendo alcanzado las penalidades un punto extremo, como, tras probar cuantas otras cosas tienen los hombres por impuras, corrían incluso el peligro de devorarse entre sí, decidieron enviar al enemigo una embajada por la que anunciaban que, dispuestos a una paz razonable, lo estaban más a combatir, pues el pueblo de Roma ya había tomado las armas y no iba a vacilar, dada su continua
2 ocupación en asuntos de esta índole, ante la lucha. Elegido embajador Basilio, cuyo linaje procedía de Iberia y que había sido honrado con la dignidad de prefecto [113], le acompañaba asimismo Juan, que había estado al frente de los secretarios imperiales llamados tribunos [114] y fue designa-

[113] *Praefectus urbi*; Basilio lo fue en el 395 (*Cod. Theod.* VII 24, 1). Cuando la embajada, es decir, hacia noviembre del 408, el prefecto de Roma era Pompeyano.

[114] *Primicerius notariorum*, cargo sobre el cual véase n. 67 al libro III.

do para la misión por conocer a Alarico y ostentar la representación de sus intereses. Pues los habitantes de Roma no sabían si Alarico estaba allí ni si era él mismo quien cercaba Roma. En efecto, daban pábulo a un rumor, que circulaba desde antes, según el cual había sido otro de los partidarios de Estilicón quien condujo las tropas contra la ciudad. Llegados a su presencia, los embajadores se 3
limitaron, llenos de vergüenza por el error en que durante tanto tiempo habían estado los romanos, a comunicar la resolución del Senado. Tras enterarse de la cual, así como de que el pueblo estaba armas en mano preparado para luchar, Alarico dijo: «más fácil de cortar es la yerba cuando espesa que cuando clarea», y pronunciadas estas palabras prorrumpió en abundantes carcajadas a costa de los embajadores. Cuando procedieron a hablar sobre la paz, empleó términos que excedían la mera insolencia bárbara. Decía, en efecto, que no levantaría el cerco hasta hacerse con todo el oro y la plata que hubiera en la ciudad, además de cuantos enseres se hallasen en ella e incluso con los esclavos bárbaros. Y al decir uno de los embaja- 4
dores: «si te hicieras con todo eso ¿qué otra cosa dejarías ya a sus habitantes?», respondió: «sus vidas». Tras recibir esta contestación, solicitaron los embajadores consultar con sus ciudadanos sobre el plan que debían seguir; obtenida venia para ello, pusieron a aquéllos al tanto de las conversaciones tenidas durante la embajada. Se convencieron entonces de que Alarico era el adversario, con lo que, desechado ya todo recurso a las capacidades humanas, dieron en recordar la divina ayuda que antiguamente solía asistir a la ciudad con motivo de los asedios y cómo por faltar a las tradiciones se habían visto privados de ella.

A tal punto llegados, Pompeyano, el prefecto de la ciu- 41
dad, topó con unos hombres venidos de Etruria a Roma

que decían haber librado a una ciudad llamada Narnia [115] de los peligros circundantes, expulsando a los bárbaros que la asediaban mediante súbitos truenos y relámpagos surgidos gracias a las plegarias dirigidas a la divinidad y a las ceremonias efectuadas en conformidad con las tradiciones.
2 Y hablando con ellos entendió [116] cuántas ventajas se derivan de los ritos sagrados. Puesto que tenía en consideración cuáles eran las creencias dominantes, deseoso de llevar su plan a efecto con la mayor seguridad informa de ello al obispo de la ciudad, que era Inocencio. El cual antepuso la salvación de la ciudad a sus propias creencias, con lo que les permitió realizar secretamente aquello en
3 que eran duchos. Mas como afirmasen que cuanto se hiciera no aprovecharía a la ciudad a menos que las prácticas se efectuasen de manera oficial, lo cual implicaba que el Senado ascendiese al Capitolio y ejecutase allí y en los foros de la ciudad lo preceptuado, nadie se atrevió a tomar parte en la ancestral ceremonia, sino que dieron la espalda a los visitantes etruscos para dedicarse a adular al bárbaro
4 en la medida de sus fuerzas [117]. Así pues, envían otra vez embajadores y, tras copioso intercambio de discursos por ambas partes, se decidió que la ciudad entregase cinco mil libras de oro, otras tres mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, además de tres mil pieles escarlatas y pimienta por un montante de treinta mil libras. Al no contar la ciu-

[115] La actual Narni. Según SOZÓMENO, IX 6, 4, el prefecto llamó a los etruscos.

[116] Traduzco aquí el texto resultante de la corrección propuesta por L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, que no acepta F. PASCHOUD, ed. cit.

[117] La noticia sobre este tímido resurgimiento del paganismo puede no ser cierta en todos sus extremos, pero el suceso (consignado también por SOZÓMENO, IX 6, 3-5) resulta típico de la turbulenta atmósfera creada en Roma con motivo de la invasión de Alarico.

dad con fondos públicos, los miembros del Senado que disponían de sus haciendas hubieron de cubrir la entrega mediante suscripción. Encargado Paladio de calibrar la 5
cuota según los recursos de cada cual, como no pudo reunir la suma total ya porque una parte de los bienes fuese ocultada por sus propietarios, ya porque la ciudad se hubiese empobrecido en general a causa del afán de lucro de sus sucesivos gobernantes [118], el espíritu maléfico que administraba las suertes humanas indujo a quienes entonces regían los asuntos de la ciudad a la más desdichada de las acciones. Decidieron, en efecto, completar lo que 6
faltaba mediante los adornos de que estaban revestidas las estatuas de los dioses, lo cual no suponía sino dejar sin vida ni efecto, menoscabando la práctica de las ceremonias, imágenes erigidas con miras a las celebraciones sacras y provistas del boato que les era debido por guardar a la ciudad eternamente venturosa. Y puesto que de todas par- 7
tes habían de concurrir los elementos de ruina para la ciudad, no sólo despojaron las imágenes sino que incluso fundieron algunas de las que estaban hechas de oro y plata, entre ellas también las del Valor, al que los romanos llaman *Virtus:* aniquilada la cual, se extinguió cuanto de valor y de excelencia había entre los romanos, en conformidad con lo que los hombres versados en el culto divino y las ceremonias ancestrales profetizaron para tiempos sucesivos a aquél.

De esta manera, pues, fue reunida la aportación; se 42
acordó además enviar al Emperador una delegación que

[118] El prefecto de Roma disponía de un fondo destinado a sufragar el avituallamiento de la ciudad y los trabajos de obras públicas; pero posiblemente ese fondo no alcanzaba a cubrir un gasto imprevisto como el del rescate exigido por Alarico.

le informara de la paz en ciernes y de cómo Alarico pretendía hacerse no sólo con riquezas, sino también, y en calidad de rehenes, con hijos de los notables [119], a fin de concluir, además de la paz, un tratado con el Emperador por el que marcharía junto a los romanos contra cualquie-
2 ra que albergase intenciones hostiles hacia ellos. Puesto que también el Emperador accedió a la paz en estos términos, se le entregaron los bienes a los bárbaros y Alarico concedió a los habitantes de la ciudad tres días de mercado, permitiéndoles salir por determinadas puertas y accediendo, asimismo, a que se trajese el trigo desde el puerto. Los romanos obtuvieron un respiro y, mediante la entrega de cuanto les resultaba superfluo, compraron lo que necesitaban o lo consiguieron por intercambio con otras cosas, tras lo cual los bárbaros emprendieron la retirada de Roma para clavar sus tiendas en ciertos lugares cercanos a
3 Etruria [120]. Casi todos los esclavos que estaban en Roma salían prácticamente cada día de la ciudad y se mezclaban con los bárbaros, cuyo número era de unos cuarenta mil [121].

[119] Según se desprende de ZÓSIMO, V 44, 1, los rehenes en cuestión no procederían de las familias nobles romanas, sino que debían ser entregados por la corte de Rávena.

[120] Es posible que, pese a trasladar su campamento a Etruria, los invasores no levantasen completamente el cerco de Roma, sino que mantuviesen, a la espera de que el Emperador cumpliese las condiciones exigidas, cierto control sobre los accesos a la ciudad; así se explicaría la noticia según la cual Alarico permitió tres días de mercado a los romanos antes de llevar sus huestes cerca de Etruria.

[121] Es absurdo suponer que, como parece indicar el presente pasaje, casi diariamente los esclavos romanos se mezclaran con los bárbaros (para, en consecuencia, volver a la ciudad de noche): posiblemente Zósimo quiere decir que cada día salían de la ciudad esclavos para unirse definitivamente a los godos, noticia esta que SOZÓMENO, IX 6, 3, confirma, pero situando las fugas antes de la conclusión del acuerdo con Alarico y aña-

Algunos de los bárbaros, dedicados a merodear, comenzaron a asaltar a los que regresaban del puerto llevando algún artículo; al enterarse de ello, Alarico se apresuró, dado que no ocurría por decisión suya, a ponerle término. Y mientras parecía darse una moderada tregua en las calamidades, en Rávena el emperador Honorio inició el consulado —dignidad que había alcanzado con ésta ocho veces— y en Oriente el emperador Teodosio —por tercera vez— [122].

En esto, el usurpador Constantino decidió despachar 43
unos eunucos al emperador Honorio con la solicitud de que le perdonase por haber consentido en tomar la corona. Pues no había optado a ella, afirmaba, por propia elección, sino bajo imposición de los soldados. Cuando el Em- 2
perador hubo oído su solicitud, como se daba cuenta de que le sería difícil, al no estar lejos los bárbaros de Alarico, atender a otra guerra y tomando en consideración a unos parientes que se hallaban retenidos por el usurpador (eran Vereniano y Dídimo), accede a sus solicitudes y le

diendo que la mayoría de los tránsfugas eran esclavos bárbaros. No resulta admisible, por otra parte, que éste fuese el comportamiento habitual de «casi todos los esclavos que estaban en Roma», puesto que el número de habitantes de esta ciudad durante el siglo IV puede cifrarse, tasando por lo bajo, en unos 500.000 habitantes de los que una cuarta parte, es decir, 125.000, serían esclavos (cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 471; F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 99) y de ninguna manera habría admitido Alarico en su campamento —simplemente por razones de avituallamiento— una masa tan considerable. Quizás la cifra debe aplicarse exclusivamente a los esclavos de origen godo que había en Roma. Es preciso advertir que el texto de Zósimo ha sido corregido por Leunclavius y Bekker: de acuerdo con dicha corrección, aceptada por E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 437 y *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 456, y J. MATTHEWS, *Western...*, cit., pág. 289, el número de 40.000 se referiría no a los godos sino a los esclavos huidos.

[122] Es decir, todos los acontecimientos narrados hasta aquí se desarrollaron con anterioridad a enero del 409.

envía un atuendo imperial. Por sus familiares se preocupó en vano, ya que antes de esta embajada habían sido degollados, enviando a continuación a los eunucos [123].

44 Cuando la paz con Alarico aún no había sido consolidada, pues el Emperador no había ni entregado los rehenes ni satisfecho todas las peticiones, fueron enviados a Rávena como embajadores del Senado Ceciliano, Átalo y Maximiano [124], quienes, aunque se lamentaron de todo lo ocurrido y pintaron con colores trágicos la magnitud de las pérdidas, nada más consiguieron, ya que Olimpio lo confundía todo e impedía las medidas que parecían acerta-
2 das. Tras frustrar de esta manera la empresa por la que habían venido los embajadores, separó a Teodoro de la prefectura del pretorio y entregó ésta a Ceciliano, al tiempo que ponía a Átalo al frente de las finanzas públicas [125]. Como Olimpio no tenía más ocupación que indagar a través de cuantos se decía que habían compartido algún secreto con Estilicón, fueron llevados a juicio, con motivo de delaciones referidas a ello, Marceliano y Salonio, dos hermanos promovidos al cuerpo de secretarios imperiales. También éstos, en efecto, fueron entregados por Olimpio al prefecto del pretorio, mas, aunque sus cuerpos fueron lacerados por tormentos de todo tipo, nada dijeron de lo que deseaba Olimpio.

[123] Sobre la usurpación de Constantino véase n. 2 al libro VI. A juzgar por el contexto (véase n. 122), Zósimo parece ubicar la embajada a comienzos del 409.

[124] Se ha pensado que el verdadero nombre de este personaje es Maximiliano, siendo el mismo que menciona Zósimo, V 45, 4, donde a su vez habría que sustituir el nombre de Mariniano por el de Marciano; la hipótesis, sin embargo, parece gratuita (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, nn. 101 y 104).

[125] *Comes sacrarum largitionum.*

Como la suerte en que se hallaban los asuntos de Roma 45
no experimentaba mejora alguna, decidió el Emperador que cinco de las legiones de Dalmacia se trasladasen de sus emplazamientos habituales y viniesen para servir de guarnición a Roma. Componían estas unidades seis mil soldados que por su valor y fortaleza se situaban a la cabeza del ejército romano. Los mandaba Valente, hombre absoluta- 2
mente dispuesto a afrontar toda suerte de peligros; no tuvo éste a bien marchar por caminos que no vigilase el enemigo, con lo cual, dado que Alarico acechó su paso para lanzar todas sus tropas al ataque, ocasionó que todos cayeran en manos del enemigo; apenas si escaparon cien hombres, entre ellos también el comandante de las fuerzas. En efecto, éste consiguió, junto con Átalo, el que había sido enviado por el Senado al Emperador, ponerse a salvo entrando en Roma. Y mientras males mayores se añadían 3
sin interrupción a los existentes, Átalo, tras presentarse en Roma, despoja a Heliócrates de las funciones que por consejo de Olimpio le había encomendado el Emperador. Pues Heliócrates había recibido del Emperador el encargo de investigar los bienes de aquellos que fueron expropiados a causa de sus relaciones con Estilicón y de ingresar dichos bienes en el erario público. Mas como, hombre de ideas moderadas, reputara impío pisotear a los desafortunados, no dirigiese las pesquisas con rigor e incluso indicara a muchos que ocultaran cuanto pudiesen, tenido a la vista de todo ello por persona incapaz, fue trasladado a Rávena a fin de recibir castigo por su humanidad para con los infortunados. Sin duda habría sido, en razón de la cruel- 4
dad de aquellos años, condenado a muerte si no se hubiese refugiado con ocasión de todo ello en una iglesia cristiana. Maximiliano, que había caído en manos del enemigo, fue

devuelto a su padre Mariniano [126] a cambio de un rescate de treinta mil piezas de oro. Pues en la idea de que el Emperador había rechazado la paz e incumplido los acuerdos entre los sitiados ⟨y Alarico concernientes a los hijos⟩ de los notables, los romanos no podían ya salir libremente
5 de la ciudad. Con miras a la paz, sin embargo, el Senado despachó una vez más embajadores al Emperador, con los cuales partió asimismo el obispo de Roma. También iban con ellos algunos bárbaros a fin de salvaguardarlos de aquellos enemigos que dificultaban el paso por los caminos. Mas cuando éstos habían ya partido para dirigirse junto al Emperador, Ataúlfo, a quien había mandado llamar Alarico, atravesó la porción de los Alpes que separa Panonia
6 del territorio véneto. Cuando el Emperador se enteró de aquello y de que no eran muchos los contingentes de que disponía aquél, ordenó que todas sus tropas, cuantas —caballería e infantería— había en las ciudades, saliesen con sus comadantes al encuentro de Ataúlfo. A Olimpio, que estaba al frente de los servicios de palacio [127], le encomienda los hunos que había en Rávena, quienes en número de trescientos, tras ⟨dar con los godos⟩ que habían partido ⟨junto a Ataúlfo cuando estaban acampados en los alrededores de cierta ciudad de Italia⟩ llamada Pisa, los atacan y caen sobre ellos para liquidar, con sólo diecisiete bajas, a mil cien godos. Pero como se percataron de toda la muchedumbre que les venía encima, temerosos de ser rodeados por tal multitud se pusieron a salvo en Rávena [128].

[126] Sobre Maximiliano y Mariniano véase n. 124.

[127] *Magister officiorum.*

[128] Sobre Ataúlfo y su proyecto de unirse a Alarico véase n. 100.

Por medio de acusaciones ante el Emperador en que 46
se le inculpaba de cuantas desgracias habían caído sobre el Estado, consiguieron los eunucos de la Corte que Olimpio fuese separado de su cargo. El cual, ante el temor de que le aconteciese cualquier cosa, se dio a la fuga para establecerse en Dalmacia [129]. El Emperador envía entonces a Roma, en calidad de prefecto, a Átalo [130], y como prestase gran atención a que no pasase desapercibido nada de cuanto debía ser ingresado en las arcas estatales, despacha a Demetrio para completar la misión asignada a Átalo e indagar acerca de cuantos bienes pertenecían al erario [131].

[129] La caída de Olimpio debió tener lugar hacia febrero o marzo del 409, pues en *Cod. Theod.* II 8, 25, ya figura Jovio como prefecto del pretorio para Italia.

[130] En el capítulo 45, 3, Átalo había entrado en Roma; debe suponerse que a continuación volvió a Rávena y que Zósimo omite este detalle.

[131] Para un sector de la historiografía moderna el triunfo de Olimpio sobre Estilicón habría significado la victoria del partido antibárbaro o antigermánico, partido que, nacido bajo el estímulo del antigermanismo oriental, se oponía a cualquier entendimiento con los godos y rechazaba las pretensiones de Alarico; la caída de Olimpio representaría, a su vez, la ascensión de dirigentes más próximos a las directrices políticas y a la clientela de Estilicón, favorables, pues, al acuerdo con el caudillo godo: de aquí que el hombre fuerte del nuevo régimen, Jovio, perteneciese al círculo de Estilicón y mantuviese buenas relaciones con Alarico (exposiciones de este punto de vista en E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 397-402 y 427-39; F. Paschoud, ed. cit., V, nn. 78, 101 y 106; consúltese también J. Matthews, *Western...*, cit., págs. 286-87 y 293). Que el gobierno instaurado a la caída de Olimpio estuviese formado por hombres próximos a Estilicón parece no encajar con la noticia que aquí se da sobre Demetrio, encargado, según Zósimo, de continuar la confiscación de los bienes de los estiliconianos; respecto a la responsabilidad de un partido antigermánico occidental en la falta de acuerdo con los godos, debe tenerse en cuenta que el acuerdo tampoco llegó a la caída de Olimpio (sobre el partido antigermánico oriental véase J. M. Candau, *La*

2 Efectuó muchas otras innovaciones en lo que a magistratu-
ras se refiere, expulsando a los que antes ejercían el poder
para entregar su cargo a otros; seguidamente, puso al fren-
te de todas las fuerzas de Dalmacia a Genérido, quien asi-
mismo ejercía el mando sobre el resto de las fuerzas que
constituían la guarnición de la Panonia superior, Norico,
Retia y toda la parte de este territorio que se extiende has-
ta los Alpes. Era Genérido bárbaro por su linaje, por ca-
rácter bien dotado para el ejercicio de todo tipo de virtu-
3 des e inaccesible al soborno. Fiel aún a las tradiciones
ancestrales, no consentía en abandonar el culto de los dio-
ses, por lo que, a raíz de introducirse una ley que impedía
a los no cristianos portar el cíngulo en palacio, como al
entrar en vigor la ley Genérido desempeñaba funciones mi-
litares en Roma, despojándose del cíngulo se recluyó en
su casa [132]. Cuando el Emperador le instó, dado que se
encontraba entre los miembros del gobierno, a presentarse
en palacio según requería su cargo, contestó que una ley,
al prohibir que los no cristianos en general se contasen
entre los miembros del gobierno, le impedía portar el cín-
4 gulo. Replicó el Emperador que la ley tenía vigencia sobre
todos los demás, pero no ya sobre él, que había afrontado
tan grandes peligros en defensa del Estado, a lo cual res-
pondió que no iba a tolerar aquel privilegio, que compor-
taba una afrenta para todos cuantos a causa de la ley se
habían visto excluídos de la administración del Estado, y
no volvió a ocupar el cargo hasta que el Emperador, movi-
do a un tiempo por pudor y por necesidad, derogó la ley

historia..., cit.; sobre las razones para la falta de acuerdo con Alarico n. 101).

[132] El cíngulo (*cingulum*) acreditaba el cargo que desempeñaba su portador en la función pública (*militia*): cf. A. Alföldi, «Insignien...», cit., pág. 182.

con carácter general y permitió que cada cual ejerciese cargos y magistraturas sin abandono de sus creencias [133].
Ante aquel gesto de magnanimidad, Genérido se dedicó 5
a instruir a los soldados mediante continuos entrenamientos; al proceder a la entrega del avituallamiento no consentía que, según era costumbre, nadie les sustrajese parte de éste, y él en persona, sacándolo de lo que le daba el Estado, recompensaba de manera adecuada a quienes más se habían esforzado. Gracias a tal comportamiento se hacía temer de los bárbaros de las zonas vecinas e infundía una plena seguridad a las provincias cuya custodia le había sido encomendada.

En Rávena, los soldados, que se habían alzado en 47
rebeldía, ocupan el puerto de la ciudad al tiempo que profieren gritos, en medio de la mayor confusión, pidiendo la comparecencia del Emperador. Como éste se hubiese ocultado por miedo al alzamiento, aparece ante ellos Jovio, prefecto del pretorio y honrado asimismo con la dignidad de patricio [134], quien, fingiendo ignorar la causa del alzamiento (por más que él mismo fuese, según se dice,

[133] La ley que excluía a los no cristianos puede ser la contenida en *Cod. Theod.* XVI 5, 42, del 14 de noviembre del 408. Por estos años ningún militar de alto rango estaba normalmente estacionado en Roma, la capital se hallaba además sitiada por Alarico y el relato de Zósimo indica que Genérido residía junto al Emperador en Rávena: la noticia acerca del cargo militar desempeñado por Genérido en Roma parece, por todo ello, dudosa (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 107). No se sabe tampoco cuál es el nombramiento que éste recibió en el reajuste habido a la caída de Olimpio; de acuerdo con A. Demandt, «Magister...», cit., cols. 646-47 (consúltese también F. Paschoud, *ibid.*) Genérido habría sido designado *magister militum per Illyricum occidentale*, comandancia esta que habría constituido una fugaz innovación de Honorio.

[134] Jovio era prefecto del pretorio para Italia (cf. n. 129).

el causante de ello con la complicidad de Alóbico, comandante de la caballería de los domésticos [135]), solicita una explicación de los motivos que les han llevado a tal acti-
2 tud. Cuando oyó de boca de los soldados que sin excusa alguna les debían ser entregados los generales Turpilión y Vigilancio y junto con ellos Terencio, chambelán del palacio imperial, y también Arsacio, quien tras Terencio era el segundo en el cargo, como el Emperador mirase con temor el alzamiento de los soldados, se promulgó un decreto de destierro perpetuo para los generales, a los que, mientras eran transladados por barco, dan muerte quienes los transportan, pues esto era lo que les había ordenado
3 Jovio. Temía, en efecto, que si alguna vez volvían y llegaban a conocer el complot, reclamasen al Emperador castigo contra su persona. Terencio es enviado a Oriente y a Arsacio se le asigna residencia en Milán.

48 Tras la designación de Eusebio, que sustituía a Terencio, como chambelán de palacio, la entrega a Valente del cargo que detentaba Turpilión [136] y el nombramiento, depuesto Vigilancio, de Alóbico como hiparco [137], pareció que el Emperador había puesto de alguna manera fin al alzamiento; a su vez el prefecto del pretorio Jovio, que

[135] En V 36, 3, aparece como *comes domesticorum equitum* Vigilancio, que en cambio figura aquí y en V 48, 1 como *magister equitum*; debe suponerse que en el intervalo, esto es, entre la muerte de Estilicón (22 ó 23 de agosto del 408: cf. n. 94) y la caída de Olimpio (febrero o marzo del 409: cf. n. 129) Vigilancio fue promocionado a *magister equitum* y sustituido por Alóbico en su anterior cargo.

[136] Este Valente que sustituyó a Turpilión como *magister equitum praesentalis* es distinto del Valente mencionado en V 45, 2: cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 109.

[137] *Magister equitum*; sobre el desempeño de tal cargo por Vigilancio véase n. 135.

se había hecho con una posición de influencia total sobre el Emperador, decidió despachar a Alarico embajadores con la petición de que compareciese acompañado de Ataúlfo en Rávena, donde había de concluir la paz. Cuando Alari- 2
co, convencido por las cartas del Emperador y de Jovio, se presentó en Rímini, que dista treinta millas de Rávena [138], fue Jovio quien, como huésped y amigo que había sido de Alarico en las provincias de Epiro, acudió a la cita y llevó a cabo las conversaciones referentes a la paz.
Pedía Alarico que anualmente se le entregase una suma 3
fija de oro y suministrase determinada cantidad de trigo, y también derecho a residir con todos los suyos en ambas Venecias [139], en los Noricos y en Dalmacia. Esto fue lo que delante de Alarico escribe Jovio para su envío al Emperador; mas privadamente, y con destino al mismo, añade una carta que aconseja nombrar a Alarico comandante de caballería y de infantería [140], en el pensamiento de que si accedía a tales funciones suavizaría algo el rigor del tratado, planteando la paz sobre condiciones más llevaderas
y mesuradas. Censura el Emperador, al recibir tal misiva, 4
la precipitación de Jovio, y a su vez procedió a despacharle una carta en la cual le indicaba que, como prefecto del pretorio y conocedor del montante de los ingresos estatales, le correspondía definir la cantidad de oro y de trigo, pero que de ninguna manera iba a conceder dignidad o

[138] La distancia entre ambas ciudades es de 50 Km., algo más que las 30 millas de Zósimo.

[139] Aunque la provincia de Venecia-Istria jamás haya sido dividida, *Not. dign. occ.* 11, 49, y 42, 3, menciona una *Venetia Inferior*, de lo que se deduce la existencia de una *Venetia Superior*; tal división, que sería no oficial sino práctica, parece confirmada por la presente mención de «ambas Venecias» (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 110).

[140] *Magister utriusque militiae*.

generalato alguno a Alarico o a cualquiera de los miem-
bros de su familia.
49 Cuando recibió la carta, Jovio no la abrió en privado,
sino la leyó en voz alta ante Alarico. Éste lo llevó todo
con moderación, pero al ver que se le negaba el mando
del ejército a él mismo y a su linaje, montó en cólera y
al punto mandó a sus bárbaros marchar sobre Roma, con
intención de vengar inmediatamente el agravio infligido a
2 todo su linaje. Jovio, lleno de confusión por lo inesperado
de la carta del Emperador, regresó a Rávena. Deseoso de
sustraerse a las censuras, hizo jurar al Emperador que ja-
más habría paz con Alarico, sino que le plantaría batalla
hasta el final. También él prestó juramento, asiendo la ca-
beza del Emperador con las manos, e hizo que los demás
miembros del gobierno procediesen de la misma manera [141].
50 A continuación, y ya que iba a emprender la guerra
contra Alarico, mandó el Emperador llamar en calidad de
aliados a diez mil hunos. A fin de que cuando se presenta-
sen hubiese dispuesto alimento para ellos, dio órdenes de
que los habitantes de Dalmacia suministrasen trigo, ovejas
y vacas. Despachó también hombres con el encargo de vi-
gilar la forma en que Alarico efectuaba la marcha sobre
2 Roma, y de todas partes reunía a sus tropas [142]. Mientras,

[141] El encuentro de Rímini, no datable con precisión, tiene como término *post quem* febrero o marzo del 409 (cf. n. 129). Ya antes de que llegase Alarico parece el gobierno arrepentido de haber concertado el encuentro en la residencia imperial de Rávena (véase capítulo 48, 1), y de aquí que Jovio se adelantara para entrevistarse en Rímini con el caudillo godo (cf. F. Paschoud, ed. cit., V, n. 110). El rechazo del que fue objeto la propuesta de Alarico pudo deberse a la pretensión de asentarse en territorios limítrofes con Panonia (cf. n. 101).

[142] F. Paschoud, ed. cit., V, n. 112, subraya que sólo Zósimo menciona a estos hunos, a quienes no se ve entrar en acción ni jugar papel

Alarico, arrepentido de su marcha sobre Roma, enviaba
a los obispos de cada ciudad con objeto de que hiciesen
de embajadores e instasen simultáneamente al Emperador
a no consentir que fuera entregada a los bárbaros, para
su aniquilación, la ciudad dueña durante más de mil años
de la mayor parte de la tierra, ni fueran destruidos por
el fuego enemigo tan magníficos y venerables edificios, an-
tes bien, que accediese a la paz bajo condiciones suma-
mente moderadas. Pues, aducían, el bárbaro no solicitaba 3
magistraturas ni dignidades, ni actualmente pretendía ya
entrar en posesión de las provincias de antes, sino sólo
de los dos Noricos, situados en un extremo del Danubio,
sometidos a continuas incursiones y de escaso rendimiento
tributario para el Estado [143]; además, en cuanto a trigo
recibiría cada año tanto cuanto el Emperador estimase su-
ficiente. Renunciaba, por otra parte, al oro, y habría amis-
tad y alianza entre él y los romanos frente a todo el que
tomase las armas y se alzase en guerra contra el Imperio.
Frente a tan prudente y mesurado ofrecimiento de Ala- 51
rico y mientras todos admiraban semejante ponderación
por su parte, Jovio y los que ejercían el poder junto al
Emperador explicaban que la petición no tenía sentido desde
el momento en que todos cuantos formaban parte del go-
bierno habían jurado no hacer la paz con Alarico: efecti-
vamente, si fuera el caso que el juramento dado hubiese
sido por la divinidad, entraría dentro de lo natural que
lo pasasen por alto, confiando para el perdón de la impie-
dad en la bondad divina. Mas dado que habían jurado 2

alguno en acontecimientos posteriores, por lo cual la noticia resulta dudosa y, sobre todo, resulta dudosa, por excesiva, la cifra de 10.000.

[143] Sobre la importancia que podía revestir la ocupación de los dos Noricos, véase n. 101.

sobre la cabeza del Emperador, no les estaba permitido faltar a tamaña promesa. Hasta tal punto permanecía ciega la mente de los que a la sazón regían el Estado, abandonados de la divina Providencia.

LIBRO VI

Sinopsis

1. Embajada de Constantino III a Honorio. — 2. Usurpación de Constantino III. Constantino III pasa a Galia, donde lucha con Saro. Éste se retira a Italia, habiendo de entregar a los bagaudas el botín recogido. — 3. Suevos, vándalos y alanos invaden territorio transalpino y provocan la usurpación de Constantino III. Combate entre las fuerzas de éste y las tropas imperiales. Constantino III refuerza las fronteras galas. — 4. Constantino III nombra césar a su hijo Constante y lo envía a Hispania. Éste liquida la oposición hispana al usurpador. — 5. Geroncio se levanta en Hispania contra Constantino III y provoca el alzamiento de los bárbaros establecidos en territorio galo. Ataques de los bárbaros transrenanos. Britania, el Armórico y otras provincias galas se independizan de Roma. — 6. Alarico asedia de nuevo Roma, que se le entrega. — 7. Átalo elegido emperador en Roma. Nombramientos de Átalo. Discrepancias entre éste y Alarico sobre el plan que se ha de seguir en África. Átalo marcha contra Rávena — 8. Honorio se dispone a huir de Rávena, pero la llegada de tropas del Imperio oriental le infunde nueva confianza. — 9. Intrigas de Jovio, que acoge propuestas de Honorio y difama a Átalo ante Alarico. Alarico se retira de Rávena. — 10. Ejecución de Valente. Alarico fracasa ante Bolonia. Carta de Honorio

a las ciudades de Britania. Bienestar de Honorio — 11. Hambre y pestilencia en Roma al ser suspendidos los envíos de alimento desde África. — 12. Alarico depone a Átalo — 13. Constantino III proclama emperador a Constante y designa un nuevo prefecto del pretorio. La paz entre Alarico y Honorio impedida por Saro.

Así pues, Alarico, sintiéndose, dada la moderación de 1
las condiciones que formulara, vejatoriamente tratado, avanzó al frente de su ejército sobre Roma con firme propósito de someterla a asedio. En eso llegó junto a Honorio, de parte de Constantino (el que había perpetrado la usurpación en territorio galo) y en calidad de embajador, Jovio, hombre insigne por cultura y demás virtudes, quien solicitaba ratificación de la paz anteriormente acordada y, además, disculpa por la ejecución de Dídimo y Vereniano, los dos parientes del emperador Honorio. Alegaba a título de excusa, en efecto, que éstos no habían sido ejecutados
por designio de Constantino. Como, por otra parte, vio 2
a Honorio sumido en confusión, se dedicó a afirmar que, pues el cuidado de los asuntos de Italia centraba su atención, sería una buena determinación la de acceder. Y que si se le permitía comparecer ante Constantino y notificarle la situación en que se veía envuelta Italia, pronto haría venir incluso a éste —y acompañado por todo el ejército del territorio celta, de Iberia y de la isla de Britania— para poner remedio al estado de cosas sobrevenido en Italia y en Roma [1]. Pero puesto que aún no se le ha dispensado

[1] El encuentro de Jovio, el prefecto del pretorio (distinto del Jovio embajador de Constantino aquí mencionado), y Alarico en Rímini sería posterior a febrero-marzo del 409 (véase Zósimo, V 48, y n. 141 al libro V), y todo lo que se narra desde V 48, 4, hasta el final del libro V ocurrió con posterioridad a tal encuentro; la secuencia narrativa de Zósi-

a lo ocurrido en la región de los celtas la atención que merece, justo es proceder al relato pormenorizado de cómo ocurrió todo ello desde el principio.

2 Cuando aún reinaba Arcadio, siendo cónsules Honorio por séptima vez y Teodosio por segunda, las tropas que servían en Britania se alzaron para poner en el trono a Marco, a quien comenzaron a rendir obediencia como dueño de la situación en esta parte. Después que, al no estar Marco de acuerdo con sus hábitos de conducta, le diesen muerte, ponen sus miras en Graciano, al cual tributaban, tras investirlo de púrpura y corona, la asistencia de una guardia
2 imperial. Pero disgustados también con éste, lo deponen al cabo de cuatro meses y, tras entregar el Imperio a Constantino, le dan muerte [2]. Constantino, después de ordenar a Justiniano y Nebiogastes que asumiesen el mando sobre las tropas de territorio celta, dejó Britania y efectuó la travesía del Estrecho. Una vez en Bononia (de las ciudades

mo sugiere, pues, que la marcha de Alarico sobre Roma y la segunda embajada de Constantino ocurrieron ya avanzado el 409 (cf. J. MATTHEWS, *Western...*, cit., pág. 294; E. DEMOUGEOT, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 457; F. PASCHOUD, ed. cit., VI, n. 114).

[2] Si Zósimo data aquí la rebelión britana en el año consular correspondiente al 407, en VI 3, 1, conecta dicho evento con una invasión bárbara fechada en el 406; OLIMPIODORO, f. 1, 12 [MÜLLER], sitúa la mencionada rebelión antes de comienzos del 407, OROSIO, VII 40, 3-4, en el 408, PRÓSPERO, *chron. I* pág. 465, 1230, y las crónicas latinas (relación en E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 382) dan como fecha el 406. Las interpretaciones modernas hacen comenzar el episodio en el 406 (cf. E. DEMOUGEOT, *ibid.*, 381-82; *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 436-37; C. E. STEVENS, *op. cit.*, págs. 317-21; J. MATTHEWS, *Western...*, cit., pág. 308; F. PASCHOUD, ed. cit., VI, n. 115): Zósimo sería así correcto en VI 3, 1, mientras que en el presente capítulo su error consistiría en fijar el inicio de la revuelta en el año correspondiente a la coronación de Constantino (sobre el 407 como fecha de dicha coronación véase C. E. STEVENS, *ibid.*, pág. 319; F. PASCHOUD, *ibid.*).

de la Germania Inferior es ésta la que está más cerca del mar [3]), donde pasó algunos días, consiguió hacer suyas todas las fuerzas existentes hasta los Alpes que separan Galacia de Italia, con lo que llegó a pensar que su ocupación del trono había cobrado firmeza [4]. Por esas fechas, Estili- 3
cón envía contra Constantino al general Saro en compañía de un gran ejército. Saro salió al encuentro del general Justiniano [5] y de los contingentes que le acompañaban y liquida a aquél y a la mayor parte de sus soldados. Dueño de abundante botín, cuando supo que Constantino en persona había ocupado la ciudad de Valentia [6], donde hallaba garantías de seguridad suficientes, pone cerco a la ciudad. Y como Nebiogastes, el que quedaba de los generales, hu- 4
biese adelantado propuestas de amistad a Saro, éste procede a acogerlo en calidad de amigo, pero, tras dar y recibir juramentos, al instante le da muerte sin cuidarse de los juramentos. Habiendo nombrado Constantino generales a Edobinco [7], de linaje franco, y a Geroncio, originario de la Britania, Saro, temeroso del conocimiento guerrero y también del valor de estos generales, se retiró de Valentia tras haberla asediado por siete días. Al precipitarse en su 5
contra los generales de Constantino acompañados de grandísimos efectivos, con mucho esfuerzo se puso a salvo tras

[3] La actual Boulogne, perteneciente en realidad a la Bélgica Segunda: cf. *Not. Gall.* 6, 12 *chron. I* pág. 592.

[4] Cuando Constantino pasó a Galia hubo de guerrear contra los bárbaros invasores: la pacificación del país fue problemática, y posiblemente Constantino hubo de recurrir a pactos en virtud de los cuales los bárbaros quedaron establecidos en determinadas zonas del territorio galo (cf. J. M. CANDAU, *La historia...*, cit.).

[5] Justino en OLIMPIODORO, f. 1, 12 [MÜLLER].

[6] Actual Valence, unos 40 Km. al sur de Lyon.

[7] Llamado también en las fuentes Edobico o Edobeco.

hacer entrega de todo el botín a los bagaudas [8], que le salieron al encuentro en las proximidades de los Alpes, con objeto de obtener de éstos vía libre para pasar a Italia.
6 De esta manera, pues, se puso a salvo en Italia Saro [9]; y Constantino, tras congregar todas sus fuerzas, decidió apostar en los Alpes guarniciones suficientes para custodiarlos. Los Alpes, que cierran el paso de territorio celta a Italia y de ésta a aquél, se dividían en tres: Cotios, Peninos y Marítimos [10]. La precaución a la cual me he referido se debía a lo siguiente:

3 En tiempos anteriores a éstos, cuando Arcadio y Probo ostentaban el consulado ya por sexta vez, vándalos que se habían mezclado con suevos y alanos [11] franquearon esos

[8] Los bagaudas eran antiguos siervos o campesinos que habían abandonado sus lugares de origen para errar por los campos en grupos dedicados al bandidaje (cf. S. Szádeczky-Kardoss, *op. cit.).*

[9] El ejército de Saro —que no era entonces *magister* sino *comes* (cf. A. Demandt, «Magister...», cit., col. 638)— no debía ser grande; ello se deduce de su retirada ante Geroncio y Edobinco —que le hicieron huir por venir acompañados de tropas numéricamente superiores: cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 393 y *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 439; F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 117— y de la entrega del botín a los bagaudas (éstos, sin embargo, podían constituir bandas importantes: véase S. Szádeczky-Kardoss, *op. cit.*, col. 347). La retirada de Saro a Italia se produjo probablemente en verano del 407 (cf. C. E. Stevens, *op. cit.*, págs. 323-24).

[10] Se trata de las tres provincias en que se hallaba dividida la sección de los Alpes situada entre Galia e Italia; las provincias de los Alpes Marítimos y Peninos pertenecían a la prefectura de las Galias, la de los Alpes Cotios a la prefectura de Italia (cf. *Not. dign. occ.* 1, 107-8, y 2, 21).

[11] Los tres pueblos mencionados son los mismos que posteriormente invadirían la península ibérica (cf. Hidacio, *s.a.* 409, 42 [Tranoy]; Sozómeno, IX 12, 3) y que anteriormente, cuando la invasión de Rodogaiso, habían penetrado en el imperio (véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.). Según Jerónimo, *epist. 123* 15, entre los invasores figuraban abundantes

parajes y castigaron las provincias transalpinas; habiendo efectuado una gran masacre, llegaron incluso a despertar miedo entre las legiones de Britania, con lo que las obligaron, temerosas de que se abatiesen también sobre ellas, a recurrir a la elección de usurpadores —me refiero a Marco, Graciano y tras ellos Constantino [12]—. Con éste entabla- 2
ron los romanos fuerte batalla de la que salieron triunfan-

poblaciones bárbaras de distinta procedencia; cabe pensar que la oleada invasora estuvo integrada por grupos de ascendencia diversa, y que durante su recorrido migratorio esos grupos se aglutinaron en tres mediante el proceso conocido como etnogénesis (*Stammesbildung*): cf. L. A. García Moreno, «La invasión...», cit., págs. 71-75.

[12] El presente párrafo contradice una comúnmente admitida versión según la cual la invasión aquí consignada se produciría en los últimos días del 406 o los primeros del 407, penetrando además los bárbaros a través del Rin, cuyas aguas heladas les facilitaron el paso a pie. Con respecto a la procedencia, Zósimo afirma expresamente que los invasores entraron en territorio galo por los Alpes; no ha lugar, por otra parte, a la hipótesis de que esta afirmación constituye una de las confusiones geográficas tan frecuentes en Zósimo, pues el presente capítulo se halla enmarcado entre dos alusiones a los Alpes —una al final del mismo, otra al cierre del anterior— que indican cómo la custodia de los pasos alpinos constituye su tema central. Respecto a la datación, la fecha consular del 406 consignada al principio de este capítulo es corroborada de nuevo por el entrelazamiento entre las indicaciones de dicho capítulo y las del anterior; Zósimo, por otra parte, conecta claramente el nombramiento de los usurpadores britanos, que sólo pudo comenzar en el 406 (cf. n. 2), con el movimiento invasor, lo cual exige asimismo que dicho movimiento sea anterior a los últimos días del 406. De todo ello se deduce que según la fuente de Zósimo, Olimpiodoro, en el año 406 (pero no a finales del mismo) un grupo invasor formado por «vándalos, alanos y suevos», penetró en territorio galo desde Italia y provocó, como expediente defensivo, las usurpaciones britanas iniciadas aquel mismo año. Sobre la compatibilización de esta afirmación de Olimpiodoro-Zósimo con las noticias consignadas en otras fuentes véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

tes después de acuchillar a la mayor parte de los bárbaros, mas, como no persiguieran a los que huían (pues si así hubiera sido los habrían exterminado a todos en generalizada masacre), les permitieron que, una vez recuperados del revés y después de congregar ingente cantidad de bárbaros, estuvieran de nuevo en condiciones de combatir [13].
3 En razón de ello, entonces, apostó Constantino guarniciones en esos lugares, a fin de que el camino a Galia no les resultara fácil. También consolidó, y hasta el punto de una total salvaguarda, la seguridad del Rin, que desde los tiempos del emperador Juliano se había visto descuidada [14].

[13] El presente capítulo repite, aparentemente, las luchas entre Constantino y las tropas imperiales narradas en el anterior, mezclándolas además con enfrentamientos entre romanos y bárbaros (en el párrafo tercero los romanos se enfrentan a Constantino con gran mortandad para los bárbaros). En cuanto a la repetición, y dada la dependencia de Zósimo respecto a sus fuentes, cabe afirmar que ésta se encontraba ya en la *Silva histórica* de Olimpiodoro de Tebas; no sabemos, sin embargo, qué razones justificaban en dicha obra, cuya estructura composicional era compleja (cf. F. Paschoud, «Le début...», cit., págs. 191-92), el tratamiento en dos capítulos distintos de idénticos sucesos. Por lo que respecta a la confusión entre luchas del usurpador con tropas imperiales por un lado y luchas de romanos con bárbaros por otro, todo el capítulo gana claridad si se considera que Constantino debió de pactar con grupos bárbaros a los que instalaría en suelo galo y cuyos efectivos militares engrosarían sus filas (véase n. 4): tal hipótesis explica que en ciertos pasajes Zósimo identifique al usurpador con sus aliados bárbaros.

[14] Esta última observación contradice las afirmaciones del mismo Zósimo IV 3, 5; 12, 1, que mencionan la fortificación de la frontera renana llevada a cabo por el emperador Valentiniano; es posible por ello que el presente pasaje se refiera a una consolidación lograda no a través de disposiciones militares sino mediante pactos con los pueblos bárbaros que habitaban junto al Rin (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 391-92). Si tal hipótesis es cierta, la alusión a Juliano se justificaría en virtud de los tratados concluidos por éste con los alamanos transrenanos, tratados que sólo se rompieron a la muerte de dicho emperador (véase E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 97-100).

Habiendo dispuesto así los asuntos concernientes a la 4
Galia toda, confirió a su hijo Constante el cargo de césar y a continuación lo envió a Iberia; pretendía con ello apoderarse de las provincias de aquella parte, a fin tanto de incrementar su poder como de poner fin al dominio allí ejercido por los parientes de Honorio. Albergaba, efectiva- 2
mente, el temor de que éstos, tras reunir de la manera que fuese efectivos procedentes de las tropas de aquella zona, cruzasen los Pirineos y se lanzasen sobre él, y que al mismo tiempo desde Italia el emperador Honorio enviase contra él sus legiones para, rodeándolo por todas partes, terminar con la usurpación. En razón de tales consideraciones, pasó Constante a Iberia; le acompañaban Terencio [15] en calidad de general, Apolinario como prefecto del pretorio *** [16] de los servicios de la Corte. Tras designar tanto 3
magistrados civiles como militares, toma ⟨prisioneros⟩ por medio de éstos a aquellos [17] parientes del emperador Teodosio que sembraban la turbulencia en los asuntos de Iberia, pues primero habían emprendido guerra contra el mismo Constante valiéndose de las legiones de Lusitania, y a continuación, cuando se percataron de que estaban en desventaja, habían puesto en pie de guerra una multitud de siervos y campesinos con los que a punto estuvieron de colocarle en situación sumamente apurada. Pero como 4
también entonces vieran fallidas sus esperanzas, Constante los tenía, a ellos y a sus mujeres, bajo vigilancia. Al ente-

[15] Error por Geroncio: cf. Zósimo, VI 2, 4; 5, 1; Gregorio de Tours, *Franc.* II 9.

[16] Laguna en el texto.

[17] El texto de Zósimo no es aquí claro; la traducción ofrecida acepta la reconstrucción propuesta por F. Paschoud, ed. cit.

rarse de lo cual Teodosíolo y Lagodio, hermanos de éstos, escaparon el uno a Italia y el otro a Oriente para allí ponerse a salvo.

5 Una vez que llevó a cabo todo esto en Iberia, regresó Constancio [18] junto a su padre Constantino; llevaba consigo a Vereniano y Dídimo, y allí había dejado, junto con las tropas de Galia, al general Geroncio como guardián del paso a Iberia desde territorio celta, y ello por más que las legiones de Iberia hubiesen solicitado que, según era costumbre, se les confiase la guardia y no quedase la segu-
2 ridad de sus tierras en manos de extranjeros. Conducidos pues Vereniano y Dídimo a donde Constantino, reciben muerte de inmediato. Y Constante es de nuevo enviado a Iberia por su padre, llevando consigo en calidad de general a Justo. Irritado por lo cual, Geroncio, tras poner de su parte a los soldados, levanta contra Constancio a los bárbaros instalados en territorio celta. Como Constantino no bastase para oponérseles ya que la mayor parte de sus fuerzas estaba en Iberia, los bárbaros transrenanos acometieron a placer por todas partes [19] y constriñeron a los ha-

[18] Error por Constante.

[19] Usualmente (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 392-95; C. E. Stevens, *op. cit.*, págs. 323-26; J. Matthews, *Western...* cit., págs. 308-11; E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 438-40 y 440; F. Paschoud, ed. cit., VI, nn. 117 y 120-122) se supone que, tras derrotar a Saro en verano del 407, Constantino empleó el resto de dicho año y el comienzo del siguiente en completar su dominio del territorio galo; a partir de la primavera del 408 —aprovechando que por estas fechas el Gobierno de Rávena estaba ocupado primero en la expedición a Oriente planeada por Estilicón, después en el motín de Tesino y la invasión de Alarico— emprendió la invasión de Hispania. Cuando, a comienzos del 409, Constatino envía su primera embajada a Honorio, Dídimo y Vereniano han sido ya ejecutados, pero su muerte es reciente, porque Honorio aún la ignora (cf. Zósimo, V 43, 2): la ejecución tendría lugar, pues, a finales del 408, y la vuelta de Constante junto a su padre tras la primera expedición a Hispania ocurriría en otoño del 408; entre esta fecha y el 28 de septiembre o 13 de octubre del 409, en que suevos, vándalos y alanos penetraron en Hispania (Hidacio, *s.a.* 409, 42 [Tranoy]), debe ubicarse la vuelta de Constante a Hispania y la rebelión de Geroncio. Sobre el relato que ofrece aquí Zósimo y sus diferencias con las versiones consignadas en otras fuentes, véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

bitantes de Britania y a algunos de las provincias celtas a hacer defección del Imperio Romano y vivir independientemente, dejando de prestar obediencia a las leyes de aquéllos. Ciñéndose entonces las armas, los de Britania 3
afrontaron el riesgo de su propia defensa y libraron sus ciudades de los bárbaros que las amenazaban, y el Armórico entero y otras provincias galas, a imitación de los britanos, se libraron de idéntica manera a sí mismos, al tiempo que expulsaban a los magistrados e instituían a su albedrío formas propias de gobierno.

En tiempos de la usurpación de Constantino fue cuan- 6
do se produjo la defección de Britania y de las provincias del territorio celta, habiéndose los bárbaros aprovechado de la incuria con que aquél ejercía el poder [20]. En Italia, Alarico, como no hubiese obtenido la paz en los términos que solicitaba ni hubiese recibido rehenes, se dirigió de nuevo contra Roma, amenazando con tomarla por las armas a no ser que de común acuerdo se marchasen con él contra

[20] Aunque no cabe duda de que en los años a que se refiere el presente texto (esto es, el 409 ó 410) tiene lugar el fin del dominio romano sobre Britania (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 528-29), el comentario que ofrece Zósimo sobre la secesión de esta diócesis y de determinadas provincias galas (*Armoricus* o *Aremoricus* es adjetivo latino que se aplica a las poblaciones galas de las actuales Bretaña y Normandía; en femenino y solo aparece también utilizado para designar el territorio que va del Garona a los Pirineos) no encuentra paralelo en ninguna otra fuente. Sobre las interpretaciones a que ha dado lugar este comentario de Zósimo, véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

2 el emperador Honorio. Dudaban ellos ante su demanda,
por lo que mantenía el cerco de la ciudad al tiempo que,
habiendo rodeado el puerto [21] y tras perseverar durante
unos días en su asedio, acabó por adueñarse de éste. Al
encontrar allí depositado todo el avituallamiento de la ciu-
dad, amenazaba con gastarlo en su propio ejército si los
romanos no ejecutaban rápidamente sus propuestas [22].
3 Se reunió entonces el Senado en pleno y, después de tratar
el plan que había de seguirse, accedió a todo cuanto había
exigido Alarico: pues si a través del puerto no entraba en
la ciudad alimento alguno la muerte era inevitable.

7 De acuerdo con todo ello, tras acoger la embajada de
Alarico lo convocaron a él ante la ciudad. Y siguiendo sus
indicaciones elevan a Átalo, que era prefecto de la ciudad,
2 al trono, revistiéndolo de púrpura y corona [23]. Inmediata-
mente designa éste prefecto del pretorio a Lampadio, mien-
tras que a Marciano lo colocó al frente de la ciudad. La
jefatura de las fuerzas militares la pone en manos de Alari-
co mismo y Valente (aquel que había desempañado la co-
mandancia de las unidades estacionadas en Dalmacia), y
sucesivamente hizo a los demás entrega de las magistratu-
3 ras [24]. Después de guarnecerse con la guardia imperial,

[21] Traduzco el texto resultante de aceptar la corrección que sugiere L. Mendelssohn, *op. cit.*

[22] La noticia según la cual el avituallamiento de la ciudad se encontraba en el puerto, pero aún no había sido distribuido, permite fechar el segundo asedio de Roma por Alarico en otoño del 409: cf. nn. 1 y 106 al libro V.

[23] Átalo fue coronado a finales del 409 (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 449). Según Filostorgio, XII 3, Alarico permitió a los romanos elegir por votación emperador y éstos eligieron a Átalo, según Sozómeno, IX 8, 1, los obligó a votar emperador en la persona de Átalo.

[24] El Lampadio (Postumio Lampadio) aquí mencionado es distinto del Lampadio al que alude V 29, 9 (cf. J. Matthews, *Western...*, cit.,

se dirigió al palacio del emperador, habiendo acaecido a
sus expensas muchos indicios que no eran favorables. Al
día siguiente, compareció ante el Senado para pronunciar
un discurso lleno de arrogancia en el que se jactaba de
que pondría la tierra entera bajo los romanos y de otras
cosas más fuertes que éstas, por las que, quizás, había de
tomar la divinidad venganza en él, abatiéndolo no mucho
después. Estaban los habitantes de Roma llenos de alegría, 4
pues si en general los magistrados que les habían sido da-
dos conocían bien el arte de gobernar, particular contento
les infundía la concesión de la dignidad consular a Tértu-
lo. Sólo a la casa de los llamados Anicios afligía aquello
que a todos en común parecía contentar, pues al detentar
ellos solos las riquezas de, por así decirlo, todos, soporta-
ban de mal grado la prosperidad general [25]. Aunque Alari- 5

págs. 279; 295-96; F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 125). Marciano fue elegido *praefectus urbi*, Alarico y Valente (éste idéntico al nombrado en V 45, 2, pero diferente al que citan V 48, 1, y, posiblemente, VI 10, 1: véase n. 36), *magistri utriusque militiae*.

[25] Postumio Lampadio y Marciano eran posiblemente paganos (F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 126, pero consúltese también J. Matthews, *Western...*, cit., pág. 295), y ciertamente lo era Tértulo (cf. Orosio, VII 42, 8); el mismo Átalo profesaba el paganismo, y si recibió el bautismo de manos de Sigesario, obispo arriano de los godos (Sozómeno, IX 9, 1), ello estuvo condicionado por su ascensión al trono. Todo esto corrobora la afirmación de Sozómeno, *ibid.*, según la cual el régimen de Átalo marcó un resurgimiento del paganismo, afirmación que ha sido aceptada modernamente y a partir de la cual se explica el comentario que hace aquí Zósimo sobre los Anicios, pues el acendrado cristianismo de dicha casa senatorial motivaría su descontento con el nuevo gobierno (véase F. Paschoud, *ibid.*). J. Matthews, *Western...*, cit., págs. 296-97, puntualiza cómo este florecimiento pagano constituyó un fenómeno minoritario, simple reflejo concomitante del renacimiento de la ideología senatorial (una ideología anclada frecuentemente en los valores del pasado, pero no teñida forzosamente de paganismo) que se registra bajo el

co aconsejase a Átalo juiciosamente enviar a Libia y Cartago fuerzas de dimensiones adecuadas para deponer de su cargo a Heracliano, de suerte que no surgiese del lado de éste, partidario de Honorio, ningún impedimento a su empresa, Átalo no atendía a tales recomendaciones, sino que, entregándose a las esperanzas que le hacían concebir los adivinos y arropado en la confianza de que haría suya sin lucha Cartago y el territorio todo perteneciente a Libia,
6 omite [26] enviar a Druma —quien, por medio de las fuerzas bárbaras bajo su mando, con la mayor facilidad habría podido despojar de su cargo a Heracliano— y entrega, relegado el consejo de Alarico, la comandancia de las tropas de Libia a Constantino [27], sin despachar con él fuerza alguna capaz de plantar batalla [28]. Y mientras los asuntos

régimen de Átalo. Dicho régimen, en efecto, estaba fuertemente vinculado a la clase senatorial, y a este respecto resulta significativa la precisión hecha por Sozómeno, IX 8, 2, según la cual en el discurso inaugural de su reinado Átalo prometió guardar las prerrogativas tradicionales (*tà patriá*) del Senado y poner bajo los habitantes de Italia Egipto (que se menciona aparte a causa de su importancia como centro abastecedor de trigo: cf. F. Paschoud, *ibid.)* y todo el Oriente. Las ambiciosas leyendas que portan las monedas de Átalo (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 453; A. Demandt, *Die Spätantike...*, cit., pág. 145), reflejan asimismo el arcaísmo propio del ambiente senatorial.

[26] La traducción de este pasaje se adapta a la puntuación del texto griego que ofrece L. Mendelssohn, diferente de la de F. Paschoud.

[27] Error por Constante (cf. Sozómeno, IX 8, 3, y Zósimo, VI 9, 1.

[28] La negativa de Átalo debió estar motivada por su aprensión ante la perspectiva de enviar tropas godas —potencialmente hostiles y difícilmente controlables— a una zona en la cual la aristocracia senatorial romana —estamento con el que su régimen mantenía los más fuertes vínculos— poseía amplios dominios: cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 452; F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 127. Posiblemente, Átalo esperase atraer a su bando, por el procedimiento que fuese (quizás soborno), a los partidarios de Honorio en la zona.

de Libia yacían en la incertidumbre, se dirige contra el Emperador, que estaba en Rávena.

Descompuesto Honorio por el temor y habiendo despa- 8
chado embajadores con los que proponía que ambos compartieran el Imperio, Jovio, a quien Átalo había hecho prefecto del pretorio, decía que ni título de rey dejaría Átalo a Honorio, antes bien, sin guardar [29] siquiera el cuerpo incólume, le daría una isla por morada, y eso después de haber mutilado alguna parte de su cuerpo [30]. Espanta- 2

[29] La traducción aquí ofrecida se ciñe al texto del *Vaticanus Graecus 156*, sin acoger, por tanto, la corrección que propone L. Mendelssohn, *op. cit.*, y acepta F. Paschoud, ed. cit.

[30] Con ayuda de Olimpiodoro, f. 1, 13 [Müller], Sozómeno, IX 8, 5, y Filostorgio, XII 3, L. Mendelsson, *op. cit.*, *ad loc.* rectifica así la presente noticia: Jovio compareció ante Átalo como embajador de Honorio (cf. Zósimo, V 47, 1), pero en el curso de las negociaciones se pasó al lado de Átalo y le sugirió la mutilación de Honorio (destinada a apartarlo definitivamente del trono, pues la integridad física era requisito indispensable para el monarca); la sugerencia fue hecha en secreto y rechazada por Átalo, que proyectaba confinar a Honorio en una isla, pero guardándole trato de emperador; finalmente, cuando formuló su sugerencia Jovio no era prefecto del pretorio de Átalo —lo era Lampadio según el mismo Zósimo, VI 7, 2—, sino de Honorio. Basándose en los mismos textos, en Olimpiodoro, f. 1, 14 [Müller] y en Sozómeno, IX 8, 6; 12, 5, E. Demougeot, *La unité...*, cit., págs. 453-56, propone la siguiente reconstrucción: Átalo pretendía inicialmente sólo el reconocimiento de Honorio: con ello buscaba una aproximación al poder legítimo que iba acompañada por el distanciamiento frente a Alarico reflejado en la negativa a seguir las recomendaciones de éste sobre la expedición africana (cf. Zósimo, VI 7, 5-6); a tal actitud de Átalo respondía la embajada en que Honorio lo reconocía coemperador, pero con motivo de dicha embajada y por obra de Jovio las cosas se plantearon de distinta manera: Honorio se hallaba por entonces en situación apurada, pues a la presión ejercida sobre él por Alarico y Átalo y la ausencia de noticias sobre África se unían los problemas causados en la misma Rávena por Alóbico (véase n. 31): pues bien, Jovio reveló a Átalo la precariedad

dos todos ante la arrogancia de tales palabras, estaba el emperador Honorio listo para huir —a cuyo efecto había reunido en el puerto de Rávena multitud de barcos— cuando desembarcaron seis unidades de soldados que sumaban una cifra de cuarenta mil [31]; esperadas desde hacía tiempo —desde cuando aún vivía Estilicón—, llegaban entonces
3 del Oriente en calidad de aliadas. Como si saliese de un profundo sopor, procedió Honorio a confiar la custodia de la muralla a los venidos de Oriente, al tiempo que determinó permanecer durante algún período en Rávena, hasta recibir información más precisa de lo que ocurría en Libia; si se había impuesto Heracliano, combatiría —al hallarse a resguardo la situación en aquella zona— con todo su ejército a Átalo y Alarico, mientras que si sus enviados a Libia [32] habían sido derrotados navegaría, sirviéndose de

de la posición de Honorio, lo persuadió a que rechazara la oferta de compartir el trono con éste, fue nombrado prefecto del pretorio por Átalo (quien depuso a Lampadio) y propuso la mutilación de Honorio, que Átalo no aceptó.

[31] La desconfianza de Honorio en sus propios soldados estaba causada por los tumultos que en la misma Rávena promovía Alóbico: Alóbico (a la sazón *magister equitum* de Honorio, cf. A. Demandt, «Magister...», cit., pág. 642) había iniciado negociaciones con Constantino III a fin de hacerlo venir con su ejército a Italia, y como a raíz de ello fuese acusado de traición por el chambelán Eusebio, suscitó un motín entre las tropas e hizo que Eusebio fuese muerto en presencia del mismo Honorio, que veía así cómo la amenaza de una invasión desde Galia encontraba apoyo entre sus propias tropas (véase E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., págs. 455-56). Respecto a las fuerzas venidas de oriente, la cifra de 40.000 es evidentemente absurda; Sozómeno, IX 8, 6, habla de 4.000.

[32] Zósimo debe referirse a Heracliano, nombrado *comes Africae* a raíz de la muerte de Estilicón y como tal enviado allí poco después de finales de agosto del 408 (Zósimo, V 37, 6, y n. 94 al libro V) y a los funcionarios que le acompañaban.

las embarcaciones de que disponía, hacia el Oriente, junto a Teodosio, y renunciaría al Imperio de Occidente.

En eso estaba Honorio cuando Jovio, quien, como ya 9
expuse, había sido enviado a éste en calidad de embajador, comienza a albergar —habiéndole hecho Honorio insinuaciones por medio de ciertos personajes— proyectos de traición [33]. Se niega así ante el Senado a cumplir con la embajada, profiriendo contra ella determinados términos que la descalificaban, especialmente en el sentido de que convenía, al haber fallado quienes fueron expedidos a Libia, recurrir al envío de bárbaros para la guerra contra Heracliano: pues, suprimido Constante, sus expectativas en aquella zona se veían sujetas a incertidumbre. Como Átalo, 2
movido a cólera, indicase que se había de proceder a través de otros, son enviados a Libia otros provistos de dinero para cooperar al buen curso de los asuntos de la zona [34]. Cuando Alarico tuvo conocimiento de ello, disgus-

[33] Según L. Mendelssohn, *op. cit.*, *ad* VI 8, 1, Zósimo confunde aquí al Jovio prefecto del pretorio de Honorio con el Jovio embajador de Constantino mencionado en el cap. 1 —de donde las palabras «como ya expuse»—. Puede suponerse también que en el momento reflejado por el presente pasaje el antiguo prefecto del pretorio de Honorio había actuado, una vez pasado al bando de Átalo (cf. n. 30), como embajador de este último ante Honorio: Zósimo habría leído tal dato en Olimpiodoro y tendría la intención de incluirlo en su composición, o incluso pensó que lo había incluido (recuérdese que con toda probabilidad el libro VI no fue acabado), y de aquí la expresión «como ya expuse» (cf. F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 130).

[34] O. Seeck, *Geschichte...*, cit., V, págs. 410 y 598, E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 457 y C. E. Stevens, *op. cit.*, pág. 330, suponen que la reunión del Senado aquí descrita es idéntica a la expuesta en el cap. 12, 1, pero tal hipótesis no es aceptada por J. Matthews, *Western...*, cit., págs. 298-99 ni F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 130. Sozómeno, IX 8, 7-11, permite interpretar de la siguiente manera el presente pasaje:

tado por lo ocurrido se desentendió de cuanto concernía a Átalo, quien fácilmente se empeñaba, de forma estúpida y sin concierto alguno, en empresas carentes de provecho.
3 Tras tomar esto en consideración, decidió retirarse de Rávena, por más que hubiese proyectado insistir en el cerco de la ciudad hasta su captura. Eso, en efecto, era lo que le recomendaba Jovio, quien, una vez que conoció el fracaso en Libia del enviado de Átalo, se había entregado decididamente a cooperar con Honorio y no cesaba de difamar a Átalo ante Alarico, intentando convencerlo de que, cuando se adueñara del Imperio, trazaría en primer lugar planes contra él y contra todos cuantos le eran próximos por vínculo de sangre [35].

10 Como Alarico pretendía perseverar de momento en los juramentos prestados a Átalo, Valente, el comandante de caballería, es ejecutado por haber incurrido en sospechas de traición [36], al tiempo que Alarico se lanzaba sobre to-

la embajada que aquí se menciona era dirigida a Átalo por el Senado; Jovio había sido designado embajador, pero se negaba a ejecutar su misión porque en ella los senadores instaban a que se interviniese en África (intervención exigida por las noticias llegadas a Italia acerca del fracaso de Constante) no mediante el envío de bárbaros —como recomendaba el propio Jovio—, sino insistiendo en las medidas ya ensayadas por Átalo (cf. capítulo 7, 6); no sabemos si Jovio convenció al Senado o cuál fue en última instancia el tenor de la embajada, pero es seguro que su propuesta fue desechada.

[35] Filostorgio, XII 3, afirma que Alarico levantó el cerco de Rávena al ser vencido por Saro, que había sucedido a Estilicón como *magister militum* de Honorio: tal afirmación se ve desautorizada no sólo por el presente pasaje, sino también por Zósimo, V 36, 2, y VI 13, 2, y Sozómeno, IX 9, 2-4, de acuerdo con los cuales el acercamiento entre Honorio y Saro se produjo sólo tras la deposición de Átalo (cf. L. Mendelssohn, *op. cit., ad loc.*; R. C. Blockley, *The Fragmentary...*, cit., págs. 213-14).

[36] Había dos *magistri militum* llamados Valente, uno al servicio de Átalo (cf. capítulo 7, 2), otro al de Honorio (cf. Zósimo, V 48, 1); la

das aquellas ciudades de Emilia que rehusaron acoger con la disposición adecuada la ascensión al trono de Átalo. De las demás se apropió con facilidad, pero tras poner 2
cerco a Bolonia no pudo, por la resistencia que ofreció, capturarla en muchos días, con lo cual tomó el camino de Liguria, obligando a los habitantes de ésta a aceptar la ascensión al trono de Átalo [37]. Y Honorio, después de haber escrito a las ciudades de Britania conminándolas a

presente noticia puede referirse tanto al uno como al otro, aunque el contexto sugiere que se trata del Valente de Átalo. Si ello es así, cabe suponer que Valente fue víctima de las luchas entabladas alrededor de Alarico entre los partidarios de perseverar en la línea de Átalo y los defensores de una política de acercamiento a Honorio (véase n. 37).

[37] Se ha especulado con la posibilidad de que la expedición de Constantino al norte de Italia —respuesta a la invitación de Alóbico (véase n. 31)— tuviese lugar por estas fechas, y de que fuese Alarico quien lo obligase a huir enfrentándosele cuando, según narra Zósimo en el presente pasaje, tras levantar el cerco de Rávena se dirigió a Emilia y a Liguria (cf. E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 459; C. E. Stevens, *op. cit.*, págs. 331-32). Tal hipótesis concuerda con el hecho de que Zósimo, VI 9, 3 vincule el abandono del asedio de Rávena con la adopción de una línea política de cooperación con Honorio; se ve apoyada, además, por la conducta posterior de Alarico, quien en verano del 410 intentó llegar a un acuerdo con Honorio (véase Zósimo, VI 12, 2-3, y 13, 1). Sin embargo J. Matthews, *Western...*, cit., pág. 312, y F. Paschoud, ed. cit., VI, nn. 114 y 132, rechazan semejante reconstrucción, aduciendo que el silencio guardado por Zósimo repecto a la expedición italiana de Constantino se explica por acaecer ésta a finales del verano del 410, es decir, en un momento no alcanzado por la *Nueva Historia*: el argumento no es compulsivo si se tiene en cuenta que algo tan importante para el relato del libro VI como los sucesos acaecidos en África alrededor de Heracliano no es mencionado por Zósimo más que de pasada. Es cierto, sin embargo, que ni el presente capítulo ni las otras dos fuentes sobre la expedición italiana de Constantino —Olimpiodoro, f. 1, 14 [Müller], y Sozómeno, IX 12, 4-6— conectan la retirada de éste del norte de Italia con la presencia en la misma zona de Alarico.

que se mantuvieran en guardia y tras recompensar a sus soldados con obsequios procedentes de los recursos que le enviaba Heracliano, disfrutaba de una situación de completo bienestar, pues se había atraído el afecto de las tropas de todos los lugares [38].

11 Habiendo Heracliano sometido a rigurosa vigilancia todos los puertos de Libia, y como ni trigo, ni aceite, ni ningún otro medio de sustento llegase a Roma, se abatió sobre la ciudad un hambre más feroz que la de antes, al tiempo que quienes ofrecían sus productos en la plaza ocultaban cuanto tenían, en la esperanza de hacerse con las riquezas de todos cuando les fuese concedido fijar libre-
2 mente los precios. A tal punto llegaron las estrecheces por las que pasaba la ciudad que, ante la perspectiva de probar incluso la carne humana, se dejaba oír en la carrera de caballos [39] el grito de *pretium inpone carni humanae,* esto es, «fija precio a la carne humana».

[38] *Cod. Theod.* XI 28, 6, del 25 de junio del 410, recompensa mediante una inmunidad fiscal la lealtad de los africanos hacia su emperador, lo que se puede interpretar en el sentido de que hacia tal fecha habría llegado a Rávena la noticia referente al fracaso en África de los enviados de Átalo e incluso sumas de dinero enviadas por Heracliano: el presente pasaje aludiría, pues, a la situación en que se veía Honorio en torno a junio del 410 (cf. O. Seeck, *Geschichte...*, cit., V, pág. 410; E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 456; C. E. Stevens, *op. cit.*, pág. 333). El comentario sobre el completo bienestar y la seguridad militar de este último invita a suponer que a la llegada de tropas orientales, al abandono del asedio de Rávena y a las pruebas de lealtad de Heracliano se había añadido la desaparición del otro gran problema que pesaba sobre Honorio, la amenaza de invasión de Constantino propiciada por Alóbico, amenaza liquidada por las operaciones de Alarico en el norte de Italia (cf. n. 37). Sobre el sentido que puede tener la noticia referente a las cartas de Honorio, véase J. M. Candau, *La historia...*, cit.

[39] «La carrera de caballos» traduce literalmente el texto de la *Nueva Historia*, pero se esperaría que la expresión apareciese en plural.

En tal situación, Alarico, tras ocupar Roma, convoca 12
al Senado; y puesta la cuestión a debate, prácticamente todos estimaban que era preciso enviar a Libia, además de los soldados, fuerzas bárbaras bajo la jefatura de Druma, hombre éste que había dado ya las mayores muestras de lealtad y buena disposición; sólo Átalo, en compañía de unos pocos, estaba disconforme con la opinión de la mayoría, pues era del parecer de que no se despachase con la legiones a bárbaro alguno [40]. Ante lo cual, puso sus 2
miras Alarico en el derrocamiento de Átalo, habiéndolo Jovio, desde mucho antes, predispuesto de la más efectiva manera a ello mediante sus incesantes difamaciones. Procedió entonces a ejecutar su designio, a cuyo objeto, condujo a Átalo fuera de la ciudad de Rímini, donde a la sazón residía, le arrebató la corona y lo despojó de la púrpura; una y otra las envió a Honorio, mientras que para Átalo desplegó a la vista de todos tratamiento de particu-

[40] Se ha pensado que la reunión del Senado aquí descrita es la misma que la expuesta en capítulo 9, 1. Sozómeno, IX 8, 7-11, refiere primero una embajada del Senado a Átalo, después la llegada de éste a Roma, a continuación una hambruna desatada en Roma (idéntica con toda seguridad a la expuesta por Zósimo en el cap. 11, pues ambos autores recogen el detalle concerniente a la antropofagia) y finalmente la deliberación del Senado en presencia de Alarico. Zósimo conecta el levantamiento del cerco de Rávena (cap. 9, 3) y la marcha de Alarico al norte de Italia (cap. 10, 1) con un primer y parcial rechazo de la propuesta de Jovio, y sólo tras consignar dicho levantamiento relata la reunión de Roma donde la misma propuesta, pero esta vez defendida por Alarico, es debatida: de ello cabe deducir que el plan de Alarico-Jovio fue presentado dos veces, primero con motivo de la embajada del Senado a Átalo (cf. n. 34; tal negativa no tuvo que producirse forzosamente en el curso de una asamblea del Senado, pues Átalo pudo rehusar el plan sin trasladarse a Roma, limitándose a informar a la embajada de su desacuerdo con la propuesta de Jovio) y después en la deliberación descrita por el presente capítulo.

3 lar, reteniéndolo junto a sí en compañía de su hijo Ampelio hasta que pudiese conseguir para ellos, una vez que tuviese lugar la paz con Honorio, garantía de conservar la vida [41]. Permanecía también junto a él la hermana del Emperador, Placidia, quien de alguna manera estaba en calidad de rehén, si bien disfrutaba de toda suerte de pleitesías y prerrogativas reales [42].

13 Tal era la situación de Italia cuando Constantino, tras coronar a su hijo Constante, al que promovió de césar a emperador [43], separó a Apolinario de su cargo y en su lugar proclamó a otro prefecto del pretorio. Y cuando Alarico había partido a Rávena con objeto de ratificar la paz con Honorio, la Fortuna, abriendo camino por la vía conducente a los percances en que había de verse inmersa la república, ideó, contra todo lo que cupiera esperar, un nuevo obstáculo. Como Saro residiese con un escaso número 2
de bárbaros en el Piceno y ni con el Emperador ni con Alarico hubiese llegado a un acuerdo, Ataúlfo, quien a causa de cierta diferencia habida previamente albergaba sentimientos hostiles contra él, avanza con todo su ejército sobre los parajes en que a la sazón se encontraba Saro. Se percató éste de la acometida y, en el convencimiento de que al tener sólo trescientos hombres no bastaría para plantar batalla, decidió correr junto a Honorio y tomar parte en la guerra contra Alarico [44].

[41] *Cod. Theod.* IX 38, 12, del 6 de agosto del 310 (pero es posible que la fecha proporcionada por la *subscriptio* sea errónea: véase T. Mommsen, *op. cit., ad loc.*) proclama el fin de la usurpación de Átalo.

[42] Zósimo no precisa la fecha desde la que Placidia estaba en poder de Alarico, pero otras fuentes (Olimpiodoro, f. 1, 3 [Müller]; Orosio, VII 40, 2) conectan el episodio con el saco de Roma o lo ubican en el 410 (Hidacio, *s.a.* 410, 44 [Tranoy]). A partir de estas indicaciones, así como de los datos proporcionados por otras fuentes (repertorio en W. Ensslin, «Placidia»..., cit., col. 1913), la historiografía moderna ha situado el comienzo de la cautividad de Placidia ya en el 408 (cuando la deposición de Átalo: así W. Ensslin, *ibid.*), ya en el 409 (cuando la elevación del mismo: así F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 136) ya en agosto del 410 (saco de Roma: Sirago, pág. 112); ninguna de estas opciones puede aducir argumentos determinantes.

[43] Zósimo parece situar la elevación de Constante a augusto en verano del 410, antes del saco de Roma, y esa es la fecha que admiten F. Paschoud, ed. cit., VI, n. 137 y E. Demougeot, *De l'unité...*, cit., pág. 459, ubicándola esta última inmediatamente antes de la expedición a Italia de Constantino. E. Demougeot, *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 445, sitúa el nombramiento en septiembre del 410 y lo conecta con la segunda expedición de Constante a Hispania, que tuvo lugar en esa fecha y pretendía acabar con los desórdenes allí creados a raíz de la invasión de suevos, vándalos y alanos. La misma conexión establece J. Matthews, *Western...*, cit., pág. 311. Consúltese también E. A. Thompson, «Zosimus...», cit., pág. 450.

[44] Zósimo inicia aquí el relato de los sucesos que habían de desembocar en el saco de Roma por Alarico (el 24 de agosto). La enemistad entre Saro y Ataúlfo se remonta quizás a la defección del bando de Alarico que protagonizó Saro tras Verona (cf. H. Wolfram, *op. cit.*, pág. 162). Según Olimpiodoro, f. 1, 3 [Müller], la alianza entablada entre Honorio y Saro (quien disponía sólo de 200 ó 300 hombres) motivó el rechazo de Alarico a cualquier acuerdo con el Gobierno de Rávena. Sozómeno, IX 9, 3, notifica que Saro, a la cabeza de trescientos hombres, decidió impedir la alianza entre Honorio y Alarico, y para ello se lanzó súbitamente sobre las fuerzas de este último, liquidando a algunos de sus bárbaros. Filostorgio, XII 3, consigna sólo que el plan de Alarico para llegar a un acuerdo con Honorio fue impedido por Saro, el cual afirmaba que no era digno de figurar entre los amigos quien debía expiar sus atrevimientos.

APÉNDICE

LOS JUEGOS SECULARES

Los Juegos Seculares eran celebraciones de carácter cultual que tenían lugar al término de cada *saeculum* (espacio máximo de tiempo que cabe asignar a la vida de un hombre; la duración que se le atribuye al *saeculum* en la literatura grecolatina varía según los autores y las tradiciones por ellos seguidas, siendo 100 y 110 años las cifras más usuales: cf. M. P. NILSSON, *op. cit.*, cols. 1697-700; véanse además P. BRIND'AMOUR, *op. cit.*, págs. 1335-53, sobre los precedentes orientales y griegos del *saeculum* y HALL III, *op. cit.*, págs. 2567-69, sobre su posible origen etrusco). Las ceremonias que componían los Juegos estaban dominadas en primer lugar por la idea de lustración propiciatoria, siendo uno sus objetivos fundamentales el de lograr para la comunidad exención de plagas y enfermedades (ello se refleja en el motivo de la enfermedad de los hijos de Valesio con que ZÓSIMO, II 1, 1 inicia el relato de sus orígenes); en segundo lugar pretendían garantizar la perpetuación de la raza hasta el retorno del próximo *saeculum*, invocando para ello el concepto de nacimiento y el complejo de ideas —crecimiento, renovación, fecundidad— que se articula en torno a dicho concepto (de donde la preminencia que en las celebraciones seculares corresponde a las divinidades relacionadas con el alumbramiento). Según J. GAGÉ, «Recherches....», cit., pág. 1933, 180, las fiestas seculares remontan a ceremonias gentilicias (vinculadas a la *gens* de los *Valerii*, como

indica la leyenda fundacional consignada por Zósimo, II 1-2) de origen sabino (tal era la procedencia de los *Valerii*) y propósito lustral y salutífero, ceremonias que al hacerse nacionales y adquirir carácter propiciatorio e infernal se transformaron en el precedente inmediato de los Juegos Seculares. Otros autores (véanse las referencias que ofrece Hall III, *ibid.*, págs. 2569-70) rechazan o minimizan la autenticidad de la leyenda concerniente al origen valeriano y sabino (leyenda documentada también en Valerio Máximo, II 4, 5-6, y dominante en la tradición republicana relativa a la procedencia de los Juegos: véase Hall III, *ibid.*, pág. 2569) y subrayan la importancia de los *ludi Tarentini* o *Terentini*; estos *ludi*, que constituirían el verdadero antecesor de los Juegos Seculares, eran practicados en Roma desde fecha muy antigua, se desarrollaban en el Campo de Marte (escenario también de los Juegos) y estaban dirigidos a divinidades infernales. Los estudios modernos concuerdan en que, sea cual sea su origen remoto, los Juegos Seculares nacen propiamente en el 249, cuando la celebración primitiva sufre una importante reforma al quedar su dirección en manos de los *decemviri*, que actuaban en nombre de la Sibila; con ello, además, se da entrada a las influencias helénicas, factor este de gran importancia en la conformación final del ritual de los Juegos (cf. M. P. Nilsson, *ibid.*, cols. 1704-5; Hall III, *ibid.*, pág. 2570). Debe decirse que las afirmaciones presentes en los autores antiguos —y en muchos de los modernos— sobre las fechas de celebración y en general sobre la trama cronológica de los Juegos Seculares resultan frecuentemente inexactas; tales inexactitudes derivan ante todo (y haciendo abstracción de las incertidumbres que albergan las listas eponímicas para la época más antigua) de dos fuentes de errores: en primer lugar la existencia de tradiciones divergentes sobre las fechas de celebración y la periodicidad de los Juegos Seculares; una de estas tradiciones, según la cual las celebraciones seculares tendrían lugar cada 110 años y se habrían iniciado en el 456, sería la «quindecenviral», esto es, la forjada por los *quindecemviri* en época de Augusto a fin de justificar los Juegos realizados bajo este emperador en el 17 a. C.; otra, centrada en el linaje de los *Valerii*, tiende a realzar el lustre de este linaje, afirma que la periodicidad de los Juegos es de 100 años y asigna tanto a la distintas ediciones de los Juegos como a su momento de origen fechas que ni son fiables ni responden frecuentemente a la periodicidad de 100 años, pues se hallan alteradas por la propaganda favorable a los Valerios: así se hace coincidir las celebraciones en cuestión con años presididos por algún cónsul Valerio o se fija el inicio de los Juegos en un año durante el cual alguno de los Valerios desempeñó un papel insigne en la historia de Roma (sobre ambas tradiciones véase M. P. Nilsson, *ibid.*, cols. 1700-4; 1710). La segunda fuente de errores viene dada por la existencia, junto a los Juegos Seculares, de jubileos conmemorativos de los centenarios de la fundación de Roma; tales jubileos eran originariamente ritos de aniversario dominados por el culto de *dea Roma* y de índole muy distinta a la de los *ludi Saeculares*, pero a partir del siglo II d. C. tendieron a adoptar la atmósfera propia de estos últimos, facilitándose así la confusión, especialmente frecuente en los estudios modernos, entre ambos (cf. J. Gagé, *ibid.*, págs. 400-6; 426-29). Es preciso añadir, por último, que los hombres de la Antigüedad, en general, no parecen haberse mostrado muy escrupulosos en la observancia de las fechas prescritas por la periodicidad de las celebraciones seculares: cf. M. P. Nilsson, *ibid.*, cols. 1711-12.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL